



Historia Sagrada
II
Santa Biblia Palmariana
de Grado Superior

según el Magisterio Infalible de la Iglesia

Primer Tomo





¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**SANTA SEDE APOSTÓLICA
SEVILLA**

**PATRIARCADO DEL PALMAR DE TROYA
ORDEN DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: Abad Gordillo nº 5 - Apartado 4.058
41.080 — Sevilla (España)

Santo Sínodo Dogmático Palmariano

Historia Sagrada

II

Santa Biblia Palmariana

de Grado Superior

según el Magisterio Infalible de la Iglesia

Primer Tomo: Partes 1-7

Compuesto por los Venerables Padres del Santo Sínodo Dogmático Palmariano, reunidos en el Espíritu Santo, dirigido y aprobado por Su Santidad el Papa Gregorio XVII.

Dado en Sevilla, Sede Apostólica, día 25, Fiesta de la Encarnación del Verbo Divino, de la Anunciación a la Santísima Virgen María, y de la Maternidad Divina de la Santísima Virgen María, Marzo MMI, Año de Nuestro Señor Jesucristo y vigésimo tercero del Pontificado del Papa felizmente reinante.

Historia Sagrada

II

Santa Biblia Palmariana

de Grado Superior

según el Magisterio Infalible de la Iglesia

Preámbulo

1. La Historia Sagrada o Santa Biblia Palmariana es la narración de los acontecimientos del Pueblo de Dios o Iglesia Santa, contenidos en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento.

2. El Antiguo Testamento comprende los Libros Sagrados escritos antes de la Primera Venida de Nuestro Señor Jesucristo a la tierra como Mesías Salvador, y en ellos se anuncia y se prepara a la humanidad para el gran Misterio de la Obra salvífica de la Reparación y Redención.

Los Libros del Antiguo Testamento son cuarenta y cinco, clasificados en históricos, morales y proféticos:

Los Libros históricos son veintinueve, y en ellos se relata la historia del Pueblo de Dios: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, cuyos cinco libros forman el Pentateuco; Josué, Jueces, Rut, los cuatro de los Reyes, los dos Paralipómenos o Crónicas, Tobías, Judit, Ester, Esdras, Nehemías y los dos de los Macabeos.

Los Libros morales son siete, y en ellos se contienen sabias sentencias: Job, Salmos, Proverbios, Sabiduría, Cantar de los Cantares, Eclesiastés y Eclesiástico.

Los Libros proféticos son diecisiete, y en ellos se contienen los vaticinios de los Profetas: Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, que son los cuatro Profetas llamados Mayores; Abdías, Jonás, Miqueas, Amós, Joel, Nahúm, Baruc, Oseas, Habacuc, Sofonías, Ageo y Zacarías, que son los Doce Profetas llamados Menores; y el Santísimo Malaquías, el cual es el Espíritu Santo, que cierra este ciclo profético del Antiguo Testamento.

3. El Nuevo Testamento comprende los Libros Sagrados escritos tras la Ascensión del Señor, y en ellos se relata la Vida, Doctrina y Milagros de Nuestro Señor Jesucristo, Reparador y Redentor, así como otros acontecimientos de los tiempos apostólicos y anuncios proféticos.

Los Libros del Nuevo Testamento son veintisiete, clasificados en históricos, morales y proféticos.

Los Libros históricos son cinco: Los Cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles.

Los Libros morales son las veintiuna Epístolas o Cartas Apostólicas.

El Libro profético es el Apocalipsis.

4. Completamos esta Historia Sagrada o Santa Biblia Palmariana con un Resumen Histórico de todos los Papas Apacentadores de la Santa Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo.

5. Si bien la Vida Intratrinitaria de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, corresponde a la eternidad, y, por tanto, no entra dentro de la Historia, sin embargo, hemos visto muy conveniente iniciar la Historia Sagrada o Santa Biblia Palmariana con un extracto del Tratado de la Santísima Trinidad compuesto por el Santo Sínodo Dogmático Palmariano, ya que Dios Uno y Trino es la Causa y Raíz de la Historia Sagrada, la cual comenzó con la Creación Universal, Obra de las Tres Divinas Personas. De esta manera, podemos valorar más la grandeza del Creador en su relación con las criaturas salidas de sus Manos. En la Historia del Pueblo de Dios se proyecta la misma Vida Divina Intratrinitaria.

Primera Parte

La Santísima Trinidad

Libro Primero

Dios, Uno en Esencia

Capítulo I

Existencia de Dios

1. Lo primero que todo hombre debe creer, es que hay un solo Dios verdadero, Espíritu Purísimo, existente por Sí mismo y que reúne todas las cualidades y perfecciones en grado infinito. Dios es el Ser Eterno, Inmutable, infinitamente Perfecto y Omnipresente. Dios es el Señor, infinitamente Santo, Sabio, Justo, Veraz, Misericordioso, Poderoso, Principio y Fin de todas las cosas.

2. Ninguna criatura, por su misma capacidad natural, puede llegar a la visión de la Esencia de Dios. Por eso, el hombre, de inteligencia finita, por sí solo no puede comprender a Dios; pues sólo es posible verlo mediante la visión beatífica: o sea, cuando el alma humana es iluminada por el Alma de Cristo o Lumen Gloriar. Además, aunque los Ángeles y hombres Bienaventurados ven en el Cielo a Dios cara a cara, es de forma limitada, pues ninguna criatura puede abarcar a Dios infinitamente: sólo Dios puede contemplarse infinitamente a Sí mismo. Por tanto, el hombre, por su misma capacidad natural, únicamente puede ver la imagen, huella o vestigio de Dios, a través de las criaturas.

3. El hombre, mediante su razón, por la Ley Natural impresa en su alma, conoce necesariamente la existencia de Dios. Todo hombre, por la Ley Divina o Eterna impresa en el alma, llamada también Ley Natural, conoce necesariamente la existencia de un Ser superior que es bueno, poderoso y remunerador, el cual es Dios. Luego, por la Ley Natural impresa en el alma, el hombre con uso de razón sabe, sin duda alguna, que Dios existe.

4. También, el hombre puede llegar a conocer, con su razón, la existencia de Dios, a través de las cosas creadas, ya que por la grandeza y hermosura de éstas se puede llegar al conocimiento de la existencia del Creador. Las criaturas son fidelísimo testimonio de un Ser Supremo que existe por Sí mismo. Dios es: el Creador, de Quien procede todo cuanto existe; el Primer Motor eterno e inmóvil, que todo lo mueve; el Ser Necesario, que existe eternamente por Sí mismo, sin el Cual nada existiría; el Ser infinitamente perfecto, que hace partícipe de sus perfecciones a todos los seres; el Supremo Ordenador o Providente, que gobierna y ordena el universo con sabiduría admirable; el Bien infinito, que solo puede llenar plenamente la aspiración natural del hombre a la felicidad; el Ser Omnipotente, que todo lo domina con su poder infinito.

5. El hombre puede también conocer la existencia de Dios por el Magisterio Infalible de la Iglesia y las Sagra-

das Escrituras. Pues la existencia de Dios es una verdad de Fe enseñada por la Iglesia en su doctrina infalible y contenida en las Sagradas Escrituras. Mas, para que el hombre pueda creer los misterios de Fe enseñados por la Iglesia, es necesario que su razón esté iluminada por la luz sobrenatural de la Fe. Conviene resaltar que, las enseñanzas y milagros del Unigénito de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, prueban con evidencia irrefutable la existencia de un Dios Uno y Trino.

Capítulo II

Naturaleza de Dios y Atributos divinos

1. Dios es Ser Simplicísimo, Espíritu Purísimo, sin composición alguna.

2. La Naturaleza, Esencia o Substancia de Dios la constituye: el ser subsistente por Sí mismo. Dios existe por Sí mismo, ya que tiene el Ser por Sí y no por otro: «*Yo soy el que soy*», o sea: Yo soy el que existo por Mí mismo. El ser subsistente por Sí mismo es el primer atributo que conocemos de Dios, por el que lo distinguimos de los demás seres, y es la raíz de los demás atributos. Por tanto, por ser Dios el Ser subsistente por Sí mismo, tiene todas las perfecciones o atributos en grado infinito; ya que, todo atributo divino, es una perfección infinita que Dios posee necesariamente.

3. En Dios, al no haber composición alguna, todos y cada uno de sus atributos son su misma Esencia o Naturaleza divina, sin haber distinción real de esencia y atributos, y de atributos entre sí. Pero nuestra incapacidad natural para abarcar la infinita y simplicísima naturaleza de Dios, nos obliga, para mejor conocerle, a establecer distinciones entre los diversos atributos divinos, y entre estos y la Divina Esencia. Los nombres con los cuales expresamos las perfecciones divinas indican diversos aspectos de una misma cosa: la Divina Esencia. En el Cielo, cuando contemplemos la Esencia de Dios, le veremos tal como es en Sí mismo.

4. Por lo tanto, en cada atributo de Dios se contienen esencialmente todos los demás atributos, ya que en cada uno están las perfecciones infinitas de todos los demás; pues, cada atributo manifiesta todas las perfecciones infinitas de Dios al ser cada uno la misma Esencia o Substancia Divina. Por ejemplo, en Dios, su Justicia es esencialmente Bondad y su Bondad es esencialmente Justicia; su Omnipotencia es esencialmente Sabiduría y su Sabiduría es esencialmente Omnipotencia, etc. Luego cuando Dios nos manifiesta su Infinita Justicia, está manifestando en ella, al mismo tiempo: su Infinita Bondad, su Infinito Poder, su Infinito Amor,

y en definitiva todos sus atributos infinitos, los cuales son realmente Uno: su Divinísima Esencia.

5. Además, toda idea de Dios es también su Divina Esencia; pues, en Dios, el entendimiento, lo entendido, el objeto inteligible y el acto de entender, son una sola y misma cosa. El que Dios conozca, no implica que algo se añada a su Substancia. Las ideas divinas son la causa ejemplar de todo ser creado, pues el ser creado no es más que una reproducción de la idea o modelo ejemplar existente en Dios eternamente. Antes de la Creación Universal sólo existía Dios Uno y Trino. Luego antes que creara Dios cosa alguna, ya existía en la mente de Dios, e identificada con su misma Esencia, la idea de cada ser posible.

Capítulo III

Clases de Atributos divinos

1. Los atributos de Dios son en número infinitos, y por lo tanto imposible de enumerarlos. He aquí los atributos que nos son más conocidos:

2. **La Unicidad de Dios:** Hay un único Dios verdadero, ya que sólo puede haber un Ser que exista eternamente por Sí mismo, cuya existencia sea necesaria, y que sea infinito en todas las perfecciones. Luego la Esencia Divina por Sí misma es única e individual, y excluye absolutamente la posibilidad de otro ser semejante.

3. **La Simplicidad de Dios:** Dios es un Ser Simplicísimo, Espíritu Purísimo, que carece en absoluto de toda composición. En Dios, pues, no hay ningún elemento corpóreo; y, además, sus atributos no se distinguen realmente de su Esencia, ni entre sí; ya que sus distintos nombres indican diversos aspectos de una misma cosa: la Esencia Divina: Dios es el que es.

4. **La Infinitud de Dios:** Dios es absolutamente infinito porque no se halla limitado ni en su naturaleza ni en sus perfecciones. Dios es el Ser más perfecto de todos los seres; contiene en Sí todas las perfecciones en grado infinito. Dios no está, pues, limitado por nadie ni por nada.

5. **La Verdad Infinita de Dios:** En cuanto a su Ser, Dios es el Ser infinitamente verdadero, la misma Verdad por esencia, la Verdad por Sí misma. Y en cuanto a su Palabra, Dios es también la misma Verdad, ya que es infinitamente veraz, tanto al revelar las verdades, como al prometer bienes; la Veracidad de Dios implica, pues, que no puede engañarse ni engañarnos: y, por lo tanto, es testigo digno de la fe más absoluta.

6. **La Bondad o Santidad Infinita de Dios:** Dios es infinitamente bueno, al ser infinito en toda perfección. Dios es la Bondad por esencia o Bondad misma: El Sumo Bien. Dios es infinitamente Santo, pues posee todas las virtudes con perfección infinita: Dios es la misma Santidad. La Santidad en Dios es amarse a Sí mismo. Él es el origen o fuente de toda santidad. Dios ama el bien y odia el mal. Dios es infinitamente bueno para con sus criaturas, pues su voluntad está siempre inclinada a hacer el bien a los demás. Dios es el origen de toda bondad que se encuentra en las criaturas, en

cuanto que Él es el modelo de toda bondad, a quien imitan, y de cuya bondad participan. Dios derrama continuamente inmensos beneficios, de orden natural y de orden sobrenatural, sobre sus criaturas; y esto lo hace por pura bondad y misericordia, sin que haya en las criaturas nada que las haga acreedoras de tales bienes; es más, Dios los derrama a pesar de las maldades e ingratitudes de los hombres.

7. **La Perfección Infinita de Dios:** Dios es infinitamente perfecto, ya que posee todas las perfecciones en grado infinito, no hay en su Ser ninguna imperfección, y fuera de su Ser es imposible una perfección mayor o igual. En Dios están contenidas las perfecciones de todas las criaturas, ya que éstas las tienen porque Él, al crearlas, las hace partícipes de sus perfecciones divinas. Luego las perfecciones que tienen las criaturas en grado limitado, se hallan en la Esencia Divina en grado infinito. En todas las criaturas hay una semejanza o huella de Dios, que es la participación de la criatura en el Ser infinito de Dios.

8. **La Belleza Infinita de Dios:** Dios es infinitamente bello, la misma belleza y hermosura: Es el Autor de la hermosura. Dios reúne, en grado infinito, las condiciones que requiere la belleza: ya que es infinitamente perfecto, posee una proporción y armonía infinitas y es el Ser más claro y luminoso que puede pensarse, ya que es la Claridad y Luminosidad Infinitas.

9. **La Inmensidad y Omnipresencia de Dios:** La Inmensidad es la Omnipresencia de Dios dentro de Sí mismo y fuera de Sí mismo. Antes de que creara cosa o lugar alguno, Dios sólo estaba presente en Sí mismo, ya que fuera de Él no era posible ninguna otra presencia suya, pues nada existía. Mas, después de la Creación Universal, Dios está también presente en las cosas creadas, aunque de distintas maneras, pues hay que distinguir la real y verdadera presencia de Dios con su Esencia o Substancia, de la presencia de Dios manifestada en las perfecciones de las criaturas: Dios está real y verdaderamente presente con su Esencia, en la Sacratísima Humanidad de Cristo, en la Santísima Virgen María, en los Ángeles y demás Bienaventurados, en las Almas del Purgatorio, en los miembros en estado de gracia de la Iglesia Militante, en el Sacramento de la Eucaristía, en el Sacramento Singular de la Gota de Sangre de María, en el Sacramento Singular del Trozo de Corazón de Cristo, así como en otros Sacramentos y Misterios. Dios puede estar substancialmente presente en donde quiera. No debemos, pues, confundir la real presencia substancial o esencial de Dios antes dicha, con la presencia de Dios manifestada en las criaturas; ya que Él se manifiesta de múltiples maneras en las cosas creadas por la semejanza de éstas con el Creador, pues todas ellas llevan su divino sello al ser imagen, huella o vestigio de Él. Las criaturas proclaman, pues, el Poder, la Bondad, la Belleza, etc., del Todopoderoso, pues Él está reflejado en ellas. La presencia de Dios está grabada en todas las criaturas, ya que éstas llevan el sello del Creador. La presencia de Dios se manifiesta también en que todo el Universo creado está necesariamente bajo la atenta mirada y estricto control

del Creador, ya que todo lo ve, lo oye y lo sabe, hasta los más recónditos pensamientos. Y también, Dios manifiesta su presencia en el Universo mediante múltiples actividades divinas, en especial mediante su actividad creadora y conservadora; pues, Él no sólo crea las cosas, sino que las conserva amorosamente con su Divina Providencia. La presencia de Dios también se manifiesta en los mismísimos infiernos: pues, si bien, Dios no se halla real y verdaderamente presente en el Infierno, manifiesta su presencia allí de distintas maneras; v.gr.: mediante su actividad conservadora, pues aunque Dios odia infinitamente a Satanás y a todos los demás condenados, sin embargo, quiere su existencia, como seres que Él ha creado, y en este sentido el Todopoderoso usa de su Divina Providencia para con esos malditos. Este querer divino de la existencia de los condenados, no implica en absoluto amor alguno de Dios para con ellos. Otra manera, espantosa y terrible, de manifestar Dios su presencia en el Infierno, es a través de su Infinita Justicia, pues el castigo eterno evidencia que los condenados están bajo la Santa Ira de Dios, sumidos en la mayor desgracia por eternidad de eternidades.

10. La Inmutabilidad de Dios: Dios, por Esencia, es absolutamente inmutable, permanece siempre el mismo, pues en Él no es posible ningún cambio, mudanza o variación. Dios, al encerrar en su Ser Eterno la plenitud de toda perfección, no puede adquirir nada más para Sí. La presencia eterna de Dios en Sí mismo, no admite tampoco en Él mutación local alguna. Además, los decretos de Dios, al ser su misma Esencia, son tan eternos e inmutables como Él; por eso, la ejecución fuera de Sí de uno de esos decretos, no implica una acción nueva de Dios, sino la materialización de lo ya eternamente decretado; ya que esa ejecución es algo fuera de Dios, o sea, algo que ya pertenece al tiempo. Por ejemplo, Dios decretó eternamente la Creación Universal, y en ese mismo decreto determinó cuándo se llevaría a cabo; de manera que, en virtud de ese decreto, sin otra acción de Dios, el Universo quedó creado en el momento en que estaba eternamente decretado. Mas, Dios, aunque en Sí mismo es absolutamente inmutable, sin embargo, cuando actúa fuera de Sí mismo, se somete soberana y libremente a mutación; por ejemplo, Dios conoce eternamente el destino de cada alma, o sea, su salvación o condenación, mas al crear cada alma, en ese acto creador ignora libre y soberanamente el destino final de cada una de ellas, pues repele a Dios crear un alma sabiendo que luego va a condenarse por el mal uso de su libertad. Por lo tanto, Dios, permanece en Sí mismo inmutable, y a la vez, en este acto creador, es mutable. Dios, fuera de Sí mismo, también se somete, soberana y libremente, a otras mutaciones, v.gr.: Dios, realmente presente en la Eucaristía, deja de estar presente cuando se corrompen los accidentes.

11. La Eternidad de Dios: Dios es Eterno, pues no tiene principio ni fin, ni pasado ni futuro: Dios es un presente eterno. La eternidad no es otra cosa que el mismo Dios. Dios es su propia eternidad: en Dios,

Esencia y Eternidad es lo mismo. La Eternidad de Dios es una consecuencia de su absoluta inmutabilidad. La Eternidad es la Vida Infinita, propia y exclusiva de Dios.

12. La Vida Infinita de Dios: Dios es un Ser vivo, con vida infinitamente perfecta. Dios es la misma Vida por esencia, pues subsiste por Sí mismo. Dios es el Ser eternamente Viviente, ya que no tiene principio ni fin. La vida de Dios es esencialmente intelectiva, pues en Él hay dos operaciones: del Entendimiento y de la Voluntad, con una actuación única y eterna, v.gr.: a la vez que el Padre engendra eternamente al Hijo por vía de entendimiento, el Padre y el Hijo dan procedencia eternamente al Espíritu Santo por vía de voluntad. Dios es vida de todas las cosas: ya que, como Creador, es el origen de todo lo creado, al ser la Fuente de la vida, tanto en el orden natural como en el sobrenatural. Dios da la vida a todos los seres vivientes.

13. La Ciencia o Inteligencia Infinita de Dios: Dios todo lo conoce, pues la Ciencia o Sabiduría la tiene en grado perfectísimo e infinito. Su ciencia es el conocimiento infinito de su Esencia. La ciencia de Dios, como es el conocimiento de su mismísima Esencia, recae sobre su propio Ser Infinito, y, por tanto, sobre las ideas de las criaturas posibles, cuyas ideas preexisten eternamente en Dios al ser ellas la misma Esencia Divina. Dios conoce las cosas por Sí mismo, o sea, por su propia Divina Esencia, en cuanto que es el Creador de todo; pues, todo lo que existe ha sido creado por Dios conforme a la idea que Él tiene de cada cosa. La ciencia divina es absolutamente infalible e inmutable: pues, al ser infinita, todo lo conoce, y, por tanto, no está sujeta a error o ignorancia. La ciencia divina ve o penetra todas las cosas, al mismo tiempo y con un único y simplicísimo acto: Dios lo ve todo en un presente eterno. En Dios, pues, no existe raciocinio, sino visión clarísima de todas las cosas. Dios conoce todas las criaturas posibles: las que existieron, las que existen, las que existirán y las que podrían existir. Todo cuanto ha sido creado y todo lo que Dios irá creando eternamente, estaba ya concebido en su Mente divina desde toda la eternidad. Nada permanece oculto a la Divinidad, que todo lo abarca en su Inteligencia Infinita. Dios conoce perfectamente todos los juicios y argumentaciones que el entendimiento angélico y humano pueda formular, pues Él conoce todos los pensamientos. Dios conoce perfectísimamente los pecados de sus criaturas, pero no los conoce como mal, sino como ausencia del bien o virtud. El pecado es originado por la criatura y opuesto al querer de Dios, Quien lo permite, mas lo reprueba. En Dios, pues, no hay ninguna idea eterna del pecado, ya que toda idea en Dios es su misma Esencia y ello implicaría que el mal fuera Esencia Divina; luego, en Dios, la idea del pecado de las criaturas, no está como mal en sí, sino como ausencia del bien en ellas. Por decreto eterno, en Dios no está la idea de los demonios como demonios, ni de los demás réprobos como condenados; ni tampoco escucha las blasfemias de todos ellos, ni percibe nada de lo horroroso que hay en el Infierno, a excepción del mismísimo fuego eter-

no producido por Él. Dios, mediante un decreto eterno, para manifestar su Infinita Justicia, manda también castigos directos a los hombres. Estos males, consecuencia de un castigo divino, no son causados por Dios, sino causados por los pecados de los hombres. Hay males procedentes de un castigo directo divino; y otros males permitidos por Dios, bien para castigo o bien para evitar un mal mayor o lograr un bien; v.gr.: las mortandades, las enfermedades, las catástrofes, etc., de la humanidad, unas veces son mandadas directamente por Dios y otras sólo permitidas por Él. Los grandes castigos decretados eternamente por Dios a la humanidad, y por lo tanto mandados directamente por Él, son manifestaciones de la Infinita Justicia de Dios por la perversidad de los hombres; por lo tanto, Dios no es el causante de todos los males y desgracias que esos castigos conllevan; la única causante de esos males, es la misma humanidad pecadora; v.gr.: el Diluvio universal, la destrucción de Sodoma y Gomorra, los castigos de los últimos tiempos, etc. El fuego del Infierno, producido por Dios a través del Alma Divinísima de Cristo, es la máxima manifestación de la Justicia Divina; la cual Dios se ve necesariamente obligado a ejecutar a pesar de su ardentísimo deseo de la salvación de todos. Por lo tanto, los ángeles rebeldes y demás condenados, son moralmente los únicos causantes del conjunto de todos los males que hay en el Infierno.

14. La Voluntad de Dios: La Voluntad de Dios es infinitamente perfecta y simplicísima. Dios, con su Voluntad, apetece y ama infinitamente a Sí mismo, pues en Sí mismo encuentra su plena felicidad; el Bien infinito sacia absolutamente la Voluntad Divina. La Voluntad de Dios es absolutamente inmutable, ya que, lo que Él quiere o rechaza, lo quiere o rechaza eternamente, o sea, desde siempre y para siempre; la Voluntad de Dios es un acto o decreto único y eterno. Mas, siendo la Voluntad Divina inmutable, Dios puede querer mudanzas en las cosas, ya que con un mismo acto o decreto puede querer una cosa para un tiempo y otra para otro: así Dios con el mismo acto, quiso que la Ley de Moisés obligase hasta Jesucristo, y que en adelante obligase la Ley Evangélica. Dios manifiesta externamente su Divina Voluntad a las criaturas por algún signo con que se la da a conocer, v.gr.: con obras (la Creación Universal), con preceptos (el Decálogo), con consejos (la predicación evangélica), con prohibiciones y permisiones. Dios crea todas las cosas por su Voluntad libre, no por necesidad de su Naturaleza; pues, si Dios no hubiera querido crear las cosas, las criaturas hubieran permanecido eternamente en la nada, y por lo tanto hubieran estado en el Entendimiento divino como seres meramente posibles.

15. La Felicidad Infinita de Dios: Dios es en Sí mismo infinitamente feliz y bienaventurado: Dios se conoce perfectísimamente a Sí mismo. Al ser su Divina Esencia el cúmulo infinito de todas las perfecciones, la contemplación de la Misma produce en Dios un gozo y una felicidad infinitos, que las criaturas jamás podrán imaginar. Por tanto, Dios, al ser infinitamente perfecto, ningún bien puede desear que no lo tenga ya

en grado infinito. Dios es su propia Felicidad y Bienaventuranza. Dios posee esencialmente el gozo eterno de todo lo creado y de lo creable; pues, todas las criaturas, en cuanto que están eternamente en la idea que Dios tiene de ellas, son también felicidad para Dios, ya que dicha idea es su misma Esencia. Toda la gloria que las criaturas han dado, dan y darán a Dios, Él ya la posee eternamente identificada con su Divina Esencia. La Felicidad o Bienaventuranza de Dios excede infinitamente a la de todas las criaturas: pues en Dios, la Felicidad o Bienaventuranza es por esencia; la de las criaturas es por participación en la Bienaventuranza divina.

16. El Amor Infinito de Dios: Dios se ama infinitamente, pues en Sí mismo encuentra su plena Felicidad, ya que es el Ser infinitamente apetezible. El Bien infinito sacia absolutamente la Voluntad Divina. Dios es la felicidad absoluta y perfecta de Sí mismo. Mas Dios, al amarse a Sí mismo, ama necesariamente la idea que Él tiene de toda cosa posible, pues toda idea en Dios es su misma Esencia. Por eso, Dios no apetece ni puede apeteecer nada fuera de Sí mismo. Además, como el Amor de Dios es en Sí infinito, Él ama infinitamente todo cuanto ha creado; aunque dicho amor lo manifiesta en grados distintos a las criaturas, de manera que a unas ama con más intimidad y a otras con menos. Por tanto, Dios, con el único acto de su amor infinitamente íntimo, hace partícipes del mismo, a las criaturas, con mayor o menor intensidad; y les comunica en diverso grado el ser y la vida, la bondad y la dicha. Dios odia infinitamente a los demonios y demás condenados por su maldad, mas quiere su existencia en cuanto seres, sin que ese querer implique, en absoluto, amor de Dios hacia ellos. Dios no puede querer la salvación de un condenado, ya que los réprobos irremediabilmente no quieren salvarse, y Dios respeta esa determinación libre e irrevocable de ellos, pues desean seguir odiando eternamente a Dios. Dios odia infinitamente el pecado, y por lo tanto odia infinitamente a Satanás, padre del mal, y a todos sus secuaces. También, Dios odia a todo aquel que esté en pecado mortal, por la malicia infinita que implica el pecado; y porque, mientras dicha alma permanezca en estado de pecado, es reo del Infierno; sin embargo, Dios, en su infinita misericordia, quiere salvarla, y le ofrece los medios necesarios para ello.

17. La Justicia y la Misericordia de Dios: Dios es por esencia infinitamente Justo y Misericordioso: Dios es, pues, la misma Justicia y la misma Misericordia. Dios es Justo, porque da a cada criatura lo que le corresponde según su naturaleza y dignidad, porque ordena rectamente a las criaturas al fin propio, al bien común, y al fin último, que es el mismo Dios, y porque, como Supremo Juez, necesariamente premia a los buenos y castiga a los malos, según las obras de cada uno. Dios premia o castiga en parte en esta vida, y plenamente en la otra. Todos los dones y beneficios que Dios concede a sus criaturas son puramente gratuitos, y proceden únicamente de su infinita liberalidad y largueza; por tanto, Dios no está obligado a dar nada.

Dios es infinitamente Misericordioso, porque se compadece enseguida del pecador que recurre a Él confiado y arrepentido. Cuando Dios usa de misericordia, no obra contra la justicia, pues su misericordia es esencialmente justa. De manera que, cuando Dios castiga a los malos, obra con justicia misericordiosa, porque los castiga siempre menos de lo que se merecen; y cuando los perdona, obra con misericordia justísima, porque el perdón exige necesariamente el arrepentimiento del pecador. Dios es infinitamente compasivo, benigno y paciente con las miserias de la pobre humanidad pecadora; de manera que está siempre dispuesto a perdonar nuestros pecados, por muy graves que sean, si humildemente volvemos a Él arrepentidos. En toda obra divina aparece la Misericordia resaltando sobre la Justicia, puesto que Dios, por su inmensa Bondad, otorga a las criaturas muchos más beneficios de los que en justa proporción les corresponde. Mas, bien es verdad que Dios descarga su Santa Ira contra aquellos que se burlan de su Justicia.

18. La Omnipotencia o Poder Infinito de Dios: El Poder de Dios es infinito, pues no tiene límite, ya que es el Ser Todopoderoso, la misma Omnipotencia. Dios todo lo domina y a su Poder nada se resiste. Dios es el Creador de todas las cosas, las cuales las hace de la nada con solo su querer. El atributo de Creador, Dios lo tiene por Sí mismo desde toda la eternidad, y no porque haya creado; pues, aunque no hubiera creado, Dios es Creador porque es el Todopoderoso que subsiste por Sí mismo.

19. La Providencia de Dios: Dios es por esencia infinitamente providente; es la misma Providencia. Dios conserva y gobierna con su Providencia todo lo que ha creado. La Providencia Divina en el orden natural, abarca todas las cosas creadas; pues sin la acción conservadora de Dios, éstas volverían a la nada, ya que por sí mismas no pueden subsistir. Luego la Providencia Divina es el cuidado amoroso que Dios tiene de todas sus criaturas. La Providencia Divina en el orden sobrenatural sólo abarca aquellas criaturas ordenadas a la vida de la gracia y a la Bienaventuranza Eterna (los Ángeles y los hombres): pues, Dios, desde toda la eternidad, desea vehementísimamente que los Ángeles y los hombres, participen de la felicidad infinita que Él posee; para lo cual les ordena al fin sobrenatural de la gracia y les da las gracias suficientes para que, mediante la libre cooperación de ellos, alcancen la salvación eterna. He aquí que, desde toda la eternidad, Dios, en un solo acto inmutable, decretó la ordenación al fin sobrenatural de todo el género angélico y del humano, lo cual implica la voluntad divina salvífica universal en todos sus pormenores.

20. La Presciencia Divina: La Presciencia es el conocimiento infalible que Dios tiene eternamente de todos los seres creables al estar preexistentes en su Entendimiento divino. Por lo tanto, todos los seres que han existido, existen y existirán, Dios, eternamente, los conoce y los ve obrando. Hay, pues, en Dios una presciencia de orden natural, que es el conocimiento eterno de todos los seres en cuanto seres. Y hay también

una presciencia de orden sobrenatural que afecta sólo a los Ángeles y a los hombres: Dios ve eternamente a los Ángeles antes y después de la prueba por la que libremente eligieron su destino final. A la vez, ve eternamente a los hombres, actuando según su libre elección, sin que esta visión eterna de Dios perjudique a la libertad de ellos; pues la libertad humana no pierde nada porque Dios vea, en su presente eterno, los actos libres de los hombres. Por lo tanto, la presciencia en el orden sobrenatural: es el conocimiento eterno que Dios tiene de los que libremente se salvan y se condenan; es el conocimiento eterno de las gracias que Dios gratuitamente concede a los Ángeles y a los hombres; y es el conocimiento eterno del buen o mal uso de esas gracias, y, por tanto, del premio o castigo eterno de cada uno, según su correspondencia o no, a los dones recibidos.

21. La Predestinación divina: Es el plan divino en orden a la vida sobrenatural y al destino eterno de los Ángeles y de los hombres. Hay una predestinación de carácter extraordinario, que es la predestinación a la gloria celestial de algunos seres privilegiados; pues, Dios, mediante gratuita y graciosa elección, por decreto eterno, predestina para su gloria celestial un reducidísimo y excepcional número de elegidos para el cumplimiento de sus planes divinos; para lo cual, dispone la concesión de gracias extraordinarias para que necesariamente se cumpla tal y como está determinado por su Divina Voluntad. He aquí algunos de los seres predestinados eternamente a la gloria celestial: La Sacratísima Humanidad de Cristo unida al Verbo Divino; la Santísima Virgen María; además, todos los presantificados en el vientre de sus respectivas madres: el Santísimo José, Santa Ana y San Joaquín, San Juan Bautista, San Elías, San Enoc, el Santo Job, etc. Además, hay una predestinación de carácter ordinario, que es la predestinación a las gracias o destinación a ser partícipes de la gloria celestial, que es el plan salvífico universal de Dios, tal y como está concebido en el Entendimiento divino; pues, Dios, mediante decreto eterno, destinó a los Ángeles y a los hombres a ser partícipes de su gloria celestial. Esta predestinación a las gracias implica que, necesariamente, Dios da a cada uno las gracias suficientes para salvarse mediante su libre correspondencia a las mismas. Dios, desde toda la eternidad, sin tener en cuenta la condenación de los que rechazan libre y definitivamente la gracia, quiere la salvación de todo el género humano, sin excepción; para lo cual, luego va dando a cada uno, gratuitamente, la gracia suficiente para que pueda salvarse. Esta voluntad salvífica universal de Dios, sólo cada hombre, por su libre voluntad, la hará para sí eficaz o ineficaz, pues nadie puede salvarse sin el auxilio de la gracia divina, siempre suficiente y sobreabundante, recibida gratuitamente de Dios, que el hombre debe convertir en eficaz con su correspondencia.

22. Nadie es predestinado, ni destinado, a hacer el mal o a ir al Infierno: Dios, nunca crea un alma destinada al Infierno; ni jamás, por el poder divino, nadie es predestinado a hacer el mal. Dios no puede conde-

nar a nadie sin propios deméritos, porque Él es infinitamente Bueno y Justo. La condenación de los pecadores está dentro de la permisión divina reprobatoria, ya que Dios respeta la libertad humana. La condición de réprobo es, pues, una consecuencia de la obstinación en el pecado; lo cual Dios lo sabe, lo permite, y determina castigar al culpable por estar dentro del decreto divino de reprobación. Así como la predestinación implica la voluntad divina de dar las gracias y la gloria, la reprobación implica la voluntad divina de permitir que alguien se condene por su obstinación en el pecado, y por lo tanto, la de aplicarle la pena eterna, pues Dios respeta la libertad del hombre. No obstante, mientras viven en este mundo, les va dando a todos la oportunidad para que puedan salvarse; siendo, pues, la maldad del hombre la única responsable de su eterna condenación, por el desprecio de la gracia suficiente dada por Dios para su salvación.

23. Dios, Sabiduría infinita, con su presciencia inmutable, conoce necesariamente en Sí mismo el destino eterno de cada criatura. Sin embargo, por decreto divino eterno, al actuar Dios fuera de Sí mismo, en el instante de crear un alma y mientras que el hombre está peregrinando en este mundo, quiere ignorar sobe-

rana y libremente el destino final de cada uno; pues, repugna absolutamente a su Santidad, Bondad, Generosidad y Justicia Infinitas, el descarado desprecio que la criatura pueda hacer de las gracias que Él concede continua y pródigamente a todos, sin excepción de ninguno. De tal manera que, si Dios, fuera de Sí, no ignorase el destino eterno de las criaturas, no concedería gracia alguna; pues, si bien el decreto salvífico universal conlleva que necesariamente Dios va a conceder a cada uno las gracias suficientes para salvarse, es también necesario que, para ello, Dios, libre y soberanamente, ignore el destino eterno de cada uno, por estar así decretado eternamente por Él. También, Dios, en su actuación fuera de Sí, quiere ignorar el destino eterno de la criatura para dejar constancia que Él deja a la libre determinación de cada uno su propia salvación o condenación, dándole siempre las gracias necesarias para salvarse, y, además, que no crea a nadie destinado al Infierno. Por tanto, mientras Dios eternamente, en Sí mismo, conoce el destino eterno de todas las almas, sin embargo, fuera de Sí mismo, quiere ignorar el destino eterno de los que peregrinan en la tierra; pues, siente absoluto rechazo el que las gracias concedidas sean despreciadas.

Libro Segundo

Dios, Trino en Personas

Capítulo I

Las Tres Personas Divinas en general

1. En Dios, la palabra Trinidad significa unidad de tres: Un solo Dios y Tres Personas realmente distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Estas Tres Personas son consubstanciales, o sea, son una misma Naturaleza o Esencia Divina, en cuanto que son un solo Dios. Dios es Uno en Esencia y Trino en Personas. Las Tres Personas Divinas, al ser una sola Esencia, poseen los mismos atributos, y sólo se diferencian por sus relaciones opuestas entre Sí.

2. Las Tres Personas son una misma Esencia Divina: porque la Idea que el Padre tiene de Sí mismo es el Hijo, y, por tanto, Éste es el Verbo Divino o expresión del Padre; y el Espíritu Santo es la expresión mutua del amor del Padre y el Hijo. Luego el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un mismo Dios ya que poseen la misma substancia y perfecciones infinitas.

3. Las Tres Personas son distintas: Si bien las Tres Personas son una misma Esencia Divina, la razón de que sean Tres Personas, es porque, en cada una de ellas, hay algo intransferible y distinto a las otras Dos: El Padre es Persona, por razón de su Paternidad ingénita; el Hijo es Persona, por razón de su Filiación; el Espíritu Santo es Persona, por razón de su Espiración pasiva. Luego el Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo; el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo; y el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo. Pues, la Paternidad es sólo del Padre e intransferible; la Filiación es sólo del

Hijo e intransferible; y la Espiración pasiva es sólo del Espíritu Santo e intransferible.

4. La Fecundidad divina: Dios es la Fuente y Origen de toda fecundidad. La Fecundidad divina se evidencia, en la Esencia Divina, en el acto eterno del Padre engendrando al Hijo y en el acto eterno del Padre y del Hijo dando procedencia al Espíritu Santo. La Fecundidad es una exigencia de la infinita perfección de Dios, el cual es la misma Fecundidad.

5. Sin la Divina Revelación, el hombre no puede conocer, ni siquiera sospechar, la existencia de la Trinidad de Personas en Dios: El hombre, por su misma razón, conoce la existencia de Dios a través de la Ley Natural, y también puede llegar al conocimiento de la existencia de Dios a través de las criaturas. Pero la simple razón natural, sin la divina revelación, no puede por sí misma conocer la existencia de la Trinidad de Personas en Dios. Por tanto, en virtud de la divina revelación del misterio trinitario, puede la razón humana iluminada y conducida por la fe, explicar, aunque imperfectamente, la Trinidad de Personas en Dios.

Capítulo II

Las Procesiones divinas

1. En la Vida Intratrinitaria se dan necesariamente en Dios dos Procesiones: La del Hijo y la del Espíritu Santo. Estas dos procesiones, son: acción eterna con que el Padre engendra al Verbo Divino, y acción eterna con que ambas Personas dan procedencia al Es-

píritu Santo. Sólo hay en Dios estas dos Procesiones, ya que en la Naturaleza divina hay dos operaciones: la del Entendimiento (entender o conocer); y la de la Voluntad (querer o amar). Pues, al haber esencialmente en Dios una sola operación de entender o conocer, común a las Tres Divinas Personas, sólo puede haber un Verbo Divino; ya que Dios, con un simplicísimo acto, entiende toda su infinitud. Y al haber esencialmente en Dios una sola operación de querer o amar, común a las Tres Divinas Personas, sólo puede haber un Espíritu Santo; pues, Dios, con un simplicísimo acto ama toda su infinitud. Las dos procesiones intratrinitarias, no tienen una causa, sino un solo principio: Pues, el Padre, Principio sin principio, es Principio eterno del Hijo; y el Padre y el Hijo, son Principio eterno del Espíritu Santo; o sea, no hay dos principios, sino un solo principio de la Trinidad, ya que la raíz de Ésta es el Padre, el cual es: Principio del Hijo, y Principio, con el Hijo, del Espíritu Santo. Luego en la Esencia Divina hay un solo principio de operación.

2. La primera procesión intratrinitaria es la del Hijo: que es por vía de entendimiento: El Padre se ve, se entiende, se expresa a Sí mismo, o sea, engendra eternamente la idea de Sí, y esta idea es la Persona del Hijo o Verbo Divino. En la vida intratrinitaria, el Padre es glorificado en el Hijo, al ser Éste la Idea o Imagen infinitamente perfecta, engendada por aquella Primera Persona. La procesión del Hijo es verdadera y propia generación, pues la procesión se produce por una operación del Entendimiento divino. El Hijo es, pues, la Imagen viva y consubstancial del Padre, y, por tanto, Dios.

3. La segunda procesión intratrinitaria es la del Espíritu Santo: Esta procesión es por la acción de la voluntad divina, por vía del amor o impulso de amor de la Naturaleza divina hacia Sí misma: El Padre se conoce a Sí mismo; y este conocimiento engendra al Hijo o Verbo Divino; el Padre conoce y ama a su Hijo, y es conocido y amado por Éste: de ese amor eterno del Padre y del Hijo, procede el Espíritu Santo. Luego el amor entre el Padre y el Hijo es el Espíritu Santo, que es consubstancial a ambos, y, por tanto, Dios. La procesión del Espíritu Santo ni es ni puede llamarse generación, pues la procesión se produce por una operación de la voluntad divina.

4. Las infinitas perfecciones las poseen las Personas Divinas, de la siguiente manera: El Padre las posee de manera ingénita, al ser Principio sin principio, Fuente de la Divinidad y raíz de la Trinidad; el Hijo las posee por generación, ya que las recibe del Padre al ser engendrado por Éste, que le da su misma Naturaleza divina; el Espíritu Santo las posee por espiración, ya que las recibe del Padre y del Hijo al darle ambos procedencia, que le dan su misma Naturaleza divina. De manera que: El Padre es la Bondad ingénita, la Omnipotencia ingénita, la Inteligencia ingénita, la Voluntad ingénita, la Ciencia ingénita, etc., etc., y así para todos los infinitos atributos divinos; el Hijo es la Bondad engendada, la Omnipotencia engendada, la Inteligencia engendada, la Voluntad engendada, la

Ciencia engendada, etc., etc., y así para todos los infinitos atributos divinos; el Espíritu Santo es la Bondad espirada, la Omnipotencia espirada, la Inteligencia espirada, la Voluntad espirada, la Ciencia espirada, etc., etc., y así para todos los infinitos atributos divinos.

5. En la Vida extratrinitaria, se dan, en Dios, también Procesiones, en cuanto que todo lo creado procede de Él. Toda cosa creada es un nuevo ser salido de la causa que lo origina, que es Dios.

Capítulo III

Las Relaciones Divinas

1. En Dios existen cuatro relaciones intratrinitarias: Paternidad, Filiación, Espiración activa y Espiración pasiva: La relación del Padre al Hijo: es generación activa o Paternidad; la relación del Hijo al Padre: es generación pasiva o Filiación; la relación del Padre y del Hijo, dando procedencia al Espíritu Santo: es Espiración activa o común Espiración; la relación del Espíritu Santo con respecto al Padre y al Hijo: es Espiración pasiva o procesión, pues el Espíritu Santo procede de ambos.

2. Si bien el Padre posee la Paternidad por Sí mismo, sin embargo, el Padre, es Padre del Hijo porque lo engendra. El Hijo, es Hijo del Padre porque de Él procede por generación natural. Luego necesariamente entre el Padre y el Hijo ha de existir: la relación de Paternidad, del Padre con respecto al Hijo; y la relación de Filiación, del Hijo con respecto al Padre. El Padre y el Hijo se aman con un amor que es connatural a ambos, cuya necesaria relación amorosa entre los dos es un solo suspiro amoroso: Espiración activa. El Espíritu Santo es la Espiración pasiva o hálito amoroso brotado del Padre y del Hijo, lo cual implica necesariamente la relación del Paráclito con las otras dos Divinas Personas, de las cuales procede.

3. Las cuatro relaciones existentes en Dios, son opuestas entre sí; mas, sólo hay Tres Personas Divinas: La relación del Padre al Hijo: generación activa o Paternidad, opuesta a la de Filiación; la relación del Hijo al Padre: generación pasiva o Filiación, opuesta a la de Paternidad; la relación del Padre y del Hijo al Espíritu Santo: Espiración activa o común Espiración, opuesta a la Espiración pasiva; la relación del Espíritu Santo al Padre y al Hijo: Espiración pasiva, opuesta a la de Espiración activa o común Espiración. La Espiración activa, al ser común al Padre y al Hijo, distingue tanto a una como a otra Persona; la Espiración pasiva no produce otra Persona. Ésta es, pues, la razón de que, habiendo cuatro relaciones opuestas, sólo hay Tres Personas distintas: la Paternidad, es la misma Persona del Padre; la Filiación, es la misma Persona del Hijo; la Espiración pasiva, es la misma Persona del Espíritu Santo.

Capítulo IV

Las Propiedades Divinas

1. **Las Propiedades Divinas** son las notas características por las cuales conocemos y distinguimos las Divinas Personas. Cinco son las Propiedades Divinas: Innascibilidad, Paternidad, Filiación, Espiración activa y Espiración pasiva.

2. **La Persona del Padre:** En cuanto que no procede de nadie, se le conoce por la Innascibilidad, pues es Principio sin principio e Ingénito; y, por tanto, se le conoce por la Paternidad, que la tiene de por sí. Mas, en cuanto alguien procede de Él, también se le conoce de dos maneras: por la Paternidad, en cuanto que de Él procede el Hijo; y por la Espiración activa, en cuanto que el Padre, con el Hijo, es Principio del Espíritu Santo, el cual de ambos procede. **La Persona del Hijo:** En cuanto que procede del Padre, como su Unigénito que es, se le conoce: por la Filiación; y también se le conoce por la Espiración activa, ya que el Hijo, con el Padre, es principio del Espíritu Santo. **La Persona del Espíritu Santo:** Se le conoce por la espiración pasiva, en cuanto que procede del Padre y del Hijo; mas no porque otro procede de Él, porque de Él no procede ninguna Persona.

3. **Las características de cada Persona Divina implican sus correspondientes peculiaridades:** El engendrar, corresponde al Padre; el ser engendrado, corresponde al Hijo; el espirar activamente, corresponde al Padre y al Hijo; y el ser espirado, corresponde al Espíritu Santo. El Padre engendra al Hijo, y el Padre y el Hijo espiran al Espíritu Santo: por naturaleza, con suma complacencia y necesariamente. El Hijo es engendrado consubstancial al Padre; y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y es consubstancial con ellos.

4. **De las cinco Propiedades Divinas, sólo tres constituyen las Personas:** Pues lo que constituye la Persona del Padre, es la Paternidad ingénita en virtud de la innascibilidad; lo que constituye la Persona del Hijo, es la Filiación; y lo que constituye la Persona del Espíritu Santo es la Espiración pasiva. La espiración activa, es propiedad común al Padre y al Hijo, y, por tanto, distingue tanto a Una como a Otra Persona.

5. **Por lo tanto, en Dios hay:** Una sola Esencia, Substancia o Naturaleza divina; Un solo principio: pues, el Padre es el Principio o raíz de la Trinidad; Tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; dos Procesiones: La generación del Hijo y la espiración del Espíritu Santo; cuatro relaciones opuestas: Paternidad, Filiación, Espiración activa y Espiración pasiva; cinco propiedades: Innascibilidad, Paternidad, Filiación, Espiración activa y Espiración pasiva; tres propiedades constitutivas de Persona: Paternidad ingénita, Filiación y Espiración pasiva; una propiedad común al Padre y al Hijo: Espiración activa; cuatro peculiaridades personales: engendrar, ser engendrado, espirar y ser espirado; dos operaciones: la del Entendimiento divino y la de la Voluntad divina: entender y querer.

Capítulo V

La Vida Intratrinitaria

y las Tres Personas Divinas comparadas entre Sí

1. **Las Tres Divinas Personas son entre Sí absolutamente consubstanciales:** Esto es en virtud de la unidad de la Divina Esencia, pues es la misma en las Tres Personas. En la Trinidad nada es antes ni después, nada mayor o menor. Las Tres Divinas Personas se identifican, pues, en una sola y misma Esencia Divina: son una misma Esencia, un mismo y único Dios subsistente. Cada Persona, es, pues, la misma Esencia Divina bajo distinta formalidad: el Padre es la Esencia Divina; el Hijo es la Esencia Divina; y el Espíritu Santo es la Esencia Divina; luego, cada Persona, en su formalidad personal, expresa la misma y única Esencia Divina, ya que las Tres son un mismo y único Dios.

2. **Las Tres Divinas Personas son absolutamente coeternas en virtud de la unidad de la Esencia Divina:** Por tanto, no puede establecerse entre ellas sucesión alguna, aunque parezca que el Hijo viene después del Padre porque le engendra, y el Espíritu Santo después del Padre y del Hijo porque le dan procedencia. O sea, el instante eterno del Padre, el del Hijo y el del Espíritu Santo, es el mismo y único instante eterno de la Naturaleza divina. El Padre es siempre, el Hijo es siempre y el Espíritu Santo es siempre, sin comienzo y sin fin: Dios Uno y Trino es un eterno presente.

3. **Las Tres Divinas Personas son absolutamente iguales en toda clase de atributos o perfecciones infinitas:** las Tres Personas poseen la misma Inteligencia, la misma Voluntad, la misma Omnipotencia, la misma Eternidad, la misma Bondad, la misma Sabiduría, la misma Misericordia, la misma Ciencia, el mismo Poder y todos los demás atributos divinos, ya que las Tres Personas son una misma Esencia o Naturaleza divina.

4. **En virtud de la unidad de la Esencia Divina, cada Persona habita necesariamente en las otras Dos,** por lo que las Tres coexisten Una en Otra, y se compenetran íntimamente sin separación ni confusión. Pues, el Padre no puede estar sin el Hijo, que es su Verbo, ni ambos sin el Espíritu Santo, que es su mutuo amor. Por tanto: El Padre está todo en el Hijo y en el Espíritu Santo; el Hijo está todo en el Padre y en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo está todo en el Padre y en el Hijo.

5. **El conocimiento y el amor intratrinitarios son a la vez Uno y Trino, pues en Dios hay una sola Inteligencia y una sola Voluntad común a las Tres Divinas Personas:** El conocimiento trinitario entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es a la vez Uno y Trino: es Uno, porque esencialmente es el mismo; y es Trino, porque es un acto de cada Persona con la misma y única Inteligencia divina consubstancial a las Tres. Mas, sólo el acto de conocerse el Padre a Sí mismo, engendra al Hijo Unigénito, como único fruto de ese conocimiento. El amor trinitario entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es a la vez Uno y Trino: es Uno, porque esencialmente es el mismo; y es Trino, porque es

un acto de cada Persona con la misma y única voluntad divina, consubstancial a las Tres. Mas, sólo el acto de amarse el Padre y el Hijo, da procedencia al Espíritu Santo, como único Fruto de ese mutuo Amor.

6. **Las Tres Divinas Personas se conocen y aman mediante el correspondiente acto personal consubstancial:** Como en Dios hay una sola Substancia divina en Tres Personas distintas consubstanciales, en Dios hay un solo Conocimiento Divino en tres actos de conocimiento personales y consubstanciales, y en Dios hay un solo Amor Divino en tres actos de amor personales y consubstanciales. El conocimiento trinitario entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, al ser tres actos personales consubstanciales, es cada uno el conocimiento de Dios a Sí mismo. El amor trinitario entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, al ser tres actos personales consubstanciales, es cada uno el amor de Dios a Sí mismo.

7. **En la vida intratrinitaria existe un misterioso orden de autoridad, sin que ninguna de las Tres Divinas Personas tenga más autoridad que las otras dos:** El principio o fuente de toda autoridad radica en el Padre Eterno, al ser la Primera Persona, Principio sin principio; el Hijo recibe eternamente del Padre Eterno la misma autoridad, ya que la Segunda Persona es engendrada por la Primera; el Espíritu Santo recibe eternamente del Padre Eterno y del Hijo la misma autoridad, ya que la Tercera Persona procede de las otras Dos.

8. **La Paternidad la tiene la Persona del Padre, porque es Padre por Sí mismo:** El Padre, Principio sin principio, es la Paternidad por Sí misma, como Fuente que es de la Divinidad y de la Trinidad; el Padre engendra porque es Padre, y no es Padre porque haya engendrado al Hijo; mas, el Padre, al ser Padre, necesariamente engendra al Hijo. Sin embargo, el Hijo, es Hijo porque recibe la Filiación al ser engendrado por el Padre; y el Espíritu Santo es Espíritu Santo porque recibe la Espiración pasiva al ser espirado por el Padre y el Hijo. Mas, en la procreación de las criaturas sucede lo contrario: un padre es padre porque ha engendrado un hijo.

Capítulo VI

Nombres propios y apropiados de las Tres Divinas Personas

1. **Nombre propio** es el personal o exclusivo de cada Persona Divina. **Nombre atribuido o apropiado** es el que, siendo esencialmente común a las Tres Divinas Personas, se atribuye a una en particular.

He aquí los nombres propios y apropiados más resaltantes:

2. **Los nombres propios del Padre, son:** Padre, Primer Principio, Ingénito, Venerable Anciano. Los nombres apropiados o atribuidos al Padre, son: Altísimo, Omnipotente, Creador, Eterno.

3. **Los nombres propios del Hijo, son:** Hijo, Unigénito, Verbo Divino, Imagen del Padre, Gloria del Padre, Divino Reparador y Redentor, Divino Salvador,

Diestra del Padre, Sumo y Eterno Sacerdote Melquisedec, Ángel Mediador. Los nombres apropiados o atribuidos al Hijo, son: Sabiduría, Verdad Eterna, Belleza, Esplendor, Hermosura Infinita.

4. **Los nombres propios del Espíritu Santo, son:** Espíritu Santo, Amor Divino, Gracia Santificante, Don, Espíritu Santificador, Alma Increada de la Iglesia, Santísimo Profeta Malaquías, Divinísima Paloma. Los nombres apropiados o atribuidos, son: Divinísimo Paráclito, Espíritu Creador, Espíritu de Verdad, Virtud del Altísimo, Esposo Divino, Huésped del alma, Fuente Viva, Fuego, Caridad, Luz Beatísima, Viento impetuoso, Soplo de Dios, sublime Volcán.

Capítulo VII

Dios Uno y Trino, por su infinito Poder, es el Supremo Hacedor y Causa esencial de todo lo creado

1. **Las Tres Divinas Personas, son Causa esencial Una y Trina, de todo lo creado, según este orden intratrinitario:** Lo que hace el Padre, es por Sí mismo, como Naturaleza divina ingénita que es; lo que hace el Hijo, es por la Naturaleza divina recibida del Padre; y lo que hace el Espíritu Santo, es por la Naturaleza divina recibida del Padre y del Hijo; de manera que el modo de acción ad extra de cada una de las Personas Divinas, al unísono y sin desigualdad alguna de perfección infinita, guarda este orden de las Procesiones Divinas. Por tanto, todo lo creado depende de la Omnipotencia, Sabiduría y Amor: ingénitos en el Padre, engendrados en el Hijo y espirados en el Espíritu Santo.

2. **Toda obra creada es a imagen o semejanza de Dios Uno y Trino,** pues todo efecto necesariamente ha de ser semejante a su causa. De manera que, en cada cosa creada, está necesariamente impresa la imagen del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo, y, por tanto, la de la unidad de la Esencia Divina al ser común a las Tres Personas.

3. **Las Misiones Divinas:** En el obrar extratrinitario, hay dos misiones divinas, encomendadas expresa y particularmente: Una, al Hijo o Verbo Divino, como Enviado del Padre; otra, al Espíritu Santo, como Enviado del Padre y del Hijo. Por tanto, ser enviado para una misión divina, implica lo que es encomendado a una Divina Persona determinada, y le es personal e intransferible. Y se dice que una Persona Divina es Enviada porque en la vida intratrinitaria procede de otra, y, por tanto, es enviada conforme a esta procedencia. Por eso, el Padre puede enviar, pero no puede ser enviado, puesto que no procede de nadie; el Hijo sólo puede ser enviado por el Padre; y el Espíritu Santo puede ser enviado por el Padre y por el Hijo. El Espíritu Santo no puede enviar, ya que de Él nada procede. Las dos Personas que, como Enviadas, realizan misiones en el Universo, son el Hijo y el Espíritu Santo. Estas misiones son visibles e invisibles. Por ejemplo, en la Obra de la Reparación y Redención, fue sólo el Verbo Divino Humanado el que reparó y redimió; en la Obra de la Encarnación, fue el Espíritu Santo, el que,

personal y especialísimamente, cubrió a María con su sombra.

4. La misión extratrinitaria del Padre Eterno no es, pues, como Enviado, ya que Él no procede de nadie: El Padre, es el Principio o Fuente de la Divinidad, de la Trinidad y de todos los infinitos atributos divinos. Por tanto, todo cuanto es Dios tiene su raíz en el Padre. Su Paternidad, además de ser la Fecundidad misma, es la Fecundidad amorosamente comunicativa. Esto se evidencia en la Persona del Hijo, por Él engendrado, primer Fruto de su Paternidad sobreabundantemente fecunda, en el que se complace y deleita al ser su misma naturaleza y poseer sus mismas perfecciones infinitas. El amoroso éxtasis eterno del Padre en el Hijo engendrado y el amoroso éxtasis eterno del Hijo en el Padre que le engendra, no puede ser tampoco estéril; pues el amor divino ha de ser esencial y necesariamente fecundo; esta fecundidad se evidencia en el Espíritu Santo, Fruto del amor entre el Padre y el Hijo.

5. Todo, pues, cuanto existe, tiene su principio en el Amor del Padre Celestial, el cual es el Principio de toda creación y conservación, el Principio de la Obra de la Reparación y Redención, el Principio de toda obra de salvación y santificación, etc. Por tanto, el Hijo y el Espíritu Santo, son un mismo Creador con el Padre, porque Éste, eternamente está comunicando, a las otras Dos Personas, su omnipotencia ingénita. El Hijo repara al Padre y redime a la humanidad, porque el Padre, eternamente, está engendrando, en el Verbo Divino, su Santidad Infinita, y Éste la comunica a su Sacratísima Humanidad asumida; por eso, las obras hechas por el Verbo Divino Humanado son infinitamente santas e infinitamente gratas al Padre, que es así glorificado en el Hijo. El Espíritu Santo santifica las almas dotándolas del estado de caridad divina, porque, a la vez que el Padre y el Hijo están eternamente espirando al Paráclito, el Padre, juntamente con el Verbo Divino Humanado, y a través de Él, está engendrando en las almas la vida de la gracia al donarlas su Gran Don Sobrenatural, que es el Espíritu Santo o Gracia Santificante.

6. En el plan divino de la Creación, sólo al Verbo Divino le correspondía forzosamente humanarse: Por lo tanto, no podían humanarse ni el Padre ni el Espíritu Santo; pues, al Verbo Divino, como Hijo del Padre, le corresponde, mediante su Humanidad asumida, ser Heredero de toda obra creada; y, por tanto, ser Cabeza de la Creación.

Capítulo VIII

La Santísima Trinidad

habitando en el alma en estado de gracia

1. En el alma en estado de gracia obra la plenitud de la vida intratrinitaria: En el alma en estado de gracia habita y obra la plenitud de la vida intratrinitaria, con sus íntimas procesiones y relaciones, haciendo al alma partícipe de esa misma vida divina. Pues, en virtud de la Habitabilidad trinitaria en el alma, ésta es engendrada constantemente por el Padre en la vida so-

brenatural y, por consiguiente, adoptada por Él como hija suya al ver en ella la imagen de su Unigénito, el Cual, a su vez, la está haciendo partícipe de su singularísima filiación con el Padre. Todo ello implica que el Padre y el Hijo hagan partícipe al alma de su recíproco amor, que es el Espíritu Santo, en virtud de la Habitabilidad en ella de esa Tercera Persona, y en definitiva la hacen partícipe de la misma vida divina al elevarla al Orden Hipostático.

2. Las tres virtudes teologales, cuando habitan en el alma, representan: La Fe: al Padre Eterno y su Obra; la Esperanza: al Hijo y su Obra salvífica de la Reparación y Redención; y la Caridad: al Espíritu Santo y su fecunda Obra. Mas, entiéndase que se está hablando aquí de representación. Por tanto: la Fe no es el Padre Eterno ni su obra; la Esperanza no es el Hijo ni su Obra salvífica de Reparación y Redención; y la Caridad no es el Espíritu Santo ni su fecunda Obra.

3. Las tres virtudes teologales, cuando habitan en el alma, tienen las siguientes formas: La Fe: la de la inmensa Bola cósmica del Universo; la Esperanza: la de un Cordero degollado; la Caridad: la de una Lengua de fuego. Mas, entiéndase que aquí se está hablando de formas misteriosamente reales. Por tanto, cuando habitan en el alma: la Fe tiene la forma de la inmensa Bola cósmica del Universo; la Esperanza tiene la forma de un Cordero degollado; y la Caridad tiene la forma de una Lengua de fuego.

4. Las tres virtudes teologales habitan en el alma a la manera triangular con que suelen representarse las imágenes de la Santísima Trinidad: El triángulo de las virtudes teologales está abarcado por un libro abierto hacia abajo, a la manera de un tejado en forma de la letra «u» (Λ) invertida. Este libro representa la Esencia Divina.

5. El obrar en el alma en estado de gracia, de las Tres Personas Divinas, respectivamente representadas por la Fe, la Esperanza y la Caridad: El Padre, representado en el alma por la virtud de la Fe, da principio a la vida sobrenatural del alma, cuyo principio es la misma virtud de la Fe. El Hijo, representado en el alma por la virtud de la Esperanza, da participación al alma de su propia Filiación con el Padre, cuya participación es la misma virtud de la Esperanza. El Espíritu Santo, representado en el alma por la virtud de la Caridad, da participación al alma de su procedencia del amor del Padre y del Hijo, o Amor Divino.

6. En el alma en estado de gracia: la Fe viva, representa al Padre engendrando en la fe; la Esperanza viva, representa al Hijo engendrando en la gracia; la Caridad viva, representa al Espíritu Santo vivificando.

7. El Depósito de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad: Las virtudes teologales, en cuanto a su contenido, son: La Fe es la habitabilidad, en el alma, del Sacrosanto Tesoro de la Divina Revelación o visión beatífica velada. La Esperanza es la habitabilidad, en el alma, del Calvario u Obra de la Reparación y Redención. La Caridad es la habitabilidad, en el alma, del mismo Amor Divino o Infinita Caridad.

8. **El alma en estado de gracia es sublime tabernáculo trinitario:** El alma en estado de gracia, al ser templo y sagrario de la Santísima Trinidad, es templo y sagrario de todos los misterios que constituyen el Sacrosanto Tesoro de la Divina Revelación.

9. **Los siete dones sobrenaturales del Espíritu Santo habitando en el alma:** tienen la forma de un candelabro de siete brazos, con las lámparas de aceite encendidas, que se halla delante de las tres virtudes teológicas y del Tesoro de la Divina Revelación; siendo la misión principal de dichos dones iluminar y ampliar en el alma el conocimiento de dicho Tesoro, así como perfeccionar y avivar más en ella la Fe, la Esperanza y la Caridad, y, por tanto, la vida intratrinitaria del alma.

10. **Si bien en el alma en pecado mortal no habitan las virtudes de la Fe, Esperanza y Caridad, no obstante es impulsada externamente a estas virtudes mediante gracias actuales:** Veamos, pues, el actuar de Dios cuando un fiel de la Iglesia está en pecado mortal: El alma en pecado mortal no recibe del Padre la vida de la Fe, ni del Hijo la vida de la Esperanza, ni del Espíritu Santo la vida de la Caridad, ya que ninguna de las tres virtudes habita en el alma que está en pecado mortal. Sin embargo: El Padre, sin habitar en el alma, la impulsa externamente a actos de fe muerta, para que, al menos, así pueda ir perseverando en la fe, hasta que recupere la Gracia. El Hijo, sin habitar en el alma, la impulsa externamente a actos de esperanza muerta, para que, al menos, así pueda seguir confiando en la misericordia de Dios, hasta que recupere la Gracia. Y el Espíritu Santo, sin habitar en el alma, la impulsa externamente al arrepentimiento de sus pecados, para que así más fácilmente pueda recuperar el estado de gracia y, por tanto, la Caridad.

Capítulo IX

La Santísima Trinidad representada en las obras del Universo

1. **Dios, al crear el Universo, imprimió en todas sus obras el sello de su Divinidad Una y Trina:** De manera que la criatura intelectual (el Ángel y el hombre), es imagen y semejanza de Dios Uno y Trino; mientras que las demás criaturas, son sólo su huella o vestigio. La Santísima Trinidad, al manifestarse con su divino Sello en todas las obras creadas, está, pues, misteriosamente representada en dichas obras. Por tanto, el que toda cosa creada represente a Dios Uno y Trino, es sólo en el sentido de que es la imagen o huella del Creador.

2. **La Santísima Trinidad en la Obra de la Creación:** Si bien en la Obra de la Creación todas las cosas fueron creadas con un mismo obrar de la Santísima Trinidad, conviene atribuir a cada Persona un solo espacio: en el primero, el Padre Eterno creó la Divinísima Alma de Cristo; en el segundo, el Hijo creó la Divina Alma de María; en el tercero, el Espíritu Santo creó el Desposorio de las Almas de Cristo y María, con los frutos del amor de ambas Almas, que son sus hijos, todas las demás cosas.

3. **La Santísima Trinidad reflejada admirablemente en el misterio del Calvario:** El Sacrificio cruento del Calvario y el Sacrificio incruento de la Misa, son reflejo vivísimo del misterio de la Santísima Trinidad; v.gr.: En el Sacrificio del Calvario, hubo tres Sacerdotes y tres Víctimas: Cristo, María y San Juan. En el Sacrificio de la Misa, hay tres Sacerdotes y tres Víctimas: Cristo, María y el Sacerdote Celebrante. En la Santa Misa hay tres partes esenciales: el Ofertorio, la Consagración y la Comunión del Celebrante o inmolación.

4. **La Santísima Trinidad, representada en la Sagrada Familia o Trinidad de la tierra:** Las Tres Personas Augustas de la Trinidad de la tierra, que son Cristo, María y San José, están continuamente correspondiéndose el purísimo amor, ya que las Tres Personas, en todo momento, cumplen la Voluntad de Dios. En Jesucristo, tenemos al Reparador del Padre Celestial y al Redentor de la humanidad. En la Santísima Virgen María, tenemos a la Corredentora y a la Corredentora, como Coadjutora de Cristo. En el Santísimo José, tenemos al Corredentor y al Corredentor, como Coadjutor de la Santísima Virgen María.

5. **La Santísima Trinidad representada en los Ángeles:** En cada persona angélica se refleja la Unidad y Trinidad de Dios; pues en la persona angélica, hay tres estados: Inteligencia, Verbo y Obra. En el primer estado, se reflejan algunos aspectos del Padre Eterno. En el segundo estado, se reflejan algunos aspectos del Verbo Divino. En el tercer estado, se reflejan algunos aspectos del Espíritu Santo. Por lo tanto, cada espíritu angélico es una imagen sublime de Dios Uno y Trino; pues, si bien la Santísima Trinidad es un solo Dios en Tres Personas o Tres Personas en un solo Dios, cada espíritu celestial es una persona en tres estados o tres estados en una persona.

6. **La Santísima Trinidad representada en la persona humana:** La persona humana es imagen y semejanza de la Unidad y Trinidad de Dios, ya que la persona humana consta de tres elementos: el alma, la substancia primigenia y el cuerpo accidental. Los tres elementos son la persona humana, y ésta es cada uno de ellos, de forma que hay una unidad en la trinidad y una trinidad en la unidad. La unidad, es la persona humana; la trinidad, los tres elementos que la componen. El alma, es persona humana; la substancia primigenia, es persona humana; el cuerpo accidental, es persona humana. Mas, sólo hay una persona humana.

7. **La Santísima Trinidad representada en las tres formas del Universo:** La inmensa Bola del Universo representa al Padre Eterno. La inmensa Cruz del Universo representa al Hijo. El inmenso Altar del Universo representa al Espíritu Santo.

Capítulo X

Las Tres Divinas Personas y la Persona de María

La Santísima Virgen María, como idea eterna de Dios, está siempre concebida en la Mente divina como idónea compañera del Altísimo; por lo que, eternamen-

te, el Padre la toma como Hija, el Hijo la toma como Madre y el Espíritu Santo la toma como Esposa. Luego la Santísima Virgen María, es contemplada eternamente por la Santísima Trinidad: El Padre la contempla como Hija, el Hijo la contempla como Madre y el Espíritu Santo la contempla como Esposa. Y esta idea eterna de la Divina María, viene glorificando a Dios Uno y Trino desde toda la eternidad en su eterno presente. De manera que Dios Padre nunca estuvo sin su Hija predilectísima, ni el Hijo sin su Madre dilectísima, ni el Espíritu Santo sin su Esposa amantísima. La Santísima Virgen María, es eternamente la delicia de Dios Uno y Trino.

Capítulo XI

Dios Uno y Trino prueba a las criaturas conforme a un decreto eterno probatorio

Dios somete a prueba a los elegidos, por exigirlos así la Infinita Justicia; ya que no hay eterna remuneración sin previa demostración de las virtudes personales. Dios llevó a cabo el decreto probatorio eterno de las criaturas intelectuales, en el primer Día de la Creación Universal, al someter a prueba de fidelidad tanto al género angélico como al género humano. En cuanto al género angélico: Los Ángeles que superaron la prueba, manteniéndose fieles a Dios, fueron confirmados en gracia y son eternamente Bienaventurados; y los Ángeles que, por su obstinada rebeldía, no superaron la prueba, fueron confirmados en la desgracia y convertidos eternamente en demonios. De esta manera, Dios dejó zanjada la prueba que correspondía al género angélico. Por eso, los Ángeles que Dios creará en el Reino Mesianico ya no serán sometidos a prueba alguna. En cuanto al género humano: Éste fue sometido a prueba en las personas de nuestros primeros padres Adán y Eva; los cuales, por su desobediencia a Dios, no la superaron, perdiendo así el privilegio de ser confirmados en gracia, tanto ellos como sus descendientes. De esta manera, Dios dejó zanjada la prueba que correspondía al género humano; si bien éste sigue sometido a continuas pruebas de fidelidad a Dios como consecuencia de su naturaleza caída; v.gr.: tentaciones, pasiones, enfermedades, muerte y otros múltiples sufrimientos. Dichas pruebas son, pues, castigo del pecado de Adán y Eva que heredamos. Por eso, como los

hombres que nazcan en el Reino Mesianico no heredarán el pecado original, ya no estarán sometidos a las pruebas, que como castigo, conlleva este primer pecado.

Capítulo XII

En el Reino Mesianico ya no habrá prueba de fidelidad

En el Reino Mesianico ya no habrá prueba de fidelidad: El Antiguo Testamento fue la era del Padre; el Nuevo Testamento, es la del Hijo; y el Reino Mesianico, será la era del Espíritu Santo, la era del amor. En cada era, la economía de la gracia es perfecta para su tiempo. El Reino Mesianico vendrá en virtud de los méritos de Cristo y María ganados en el Calvario, y será la confirmación del triunfo total y absoluto de la Obra de la Reparación y Redención; pues, si bien Cristo triunfó plenamente al morir en la Cruz, sin embargo, la manifestación absoluta y total de ese triunfo, tendrá lugar con la implantación del Reino Mesianico en su Gloriosa Segunda Venida; ya que, a partir de este momento, Satanás ya no podrá jamás tentar a los hombres, pues no tendrá poder alguno sobre ellos. He aquí que el Reino Mesianico será de paz y felicidad absolutas. Los hombres que, como viadores, pasen a vivir al Reino Mesianico, serán confirmados en gracia conforme al estado de justicia original; y los que nazcan en el Reino Mesianico, serán concebidos en estado de justicia original. Tanto unos como otros, gozarán ya del estado esencialmente glorioso y vivirán en la santidad, conforme a la singularísima economía de la gracia que corresponde a esa Era. Por tanto, con el Reino Mesianico, Dios jamás probará ya a los hombres; mas estos podrán obtener mayores grados de méritos según la medida de su amor. Sabemos que en el instante de establecer el Reino Mesianico, Dios creará nuevos Ángeles, en número igual a los que se rebelaron contra Él y que fueron arrojados al Infierno. Dichos nuevos Ángeles serán creados confirmados en gracia y en calidad de Bienaventurados; y, sin necesidad de prueba alguna, recibirán los correspondientes grados de gloria esencial que los ángeles rebeldes perdieron por su pecado. De esta manera, los nuevos Ángeles ocuparán los tronos de gloria que estaban preparados para aquellos malditos si hubieran superado la prueba.

Antiguo Testamento

Segunda Parte El Génesis

Libro I

La Creación Universal

Capítulo I

La Creación Universal fue decretada por Dios

1. Antes de la Creación Universal sólo existía Dios, Uno y Trino, o sea, la Esencia Divina en Tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, ya que son una misma Naturaleza Infinita y Eterna, y, por tanto, un mismo y único Dios. Desde toda la eternidad, antes de que fuera creada cosa alguna, el nombre del Padre Eterno era ya el de Ananías, el nombre del Hijo o Verbo Divino era ya el de Melquisedec y el nombre del Espíritu Santo era ya el de Malaquías. Y antes de que creara Dios cosa alguna, ya estaba en la Mente divina la idea de cada uno de aquellos seres que eran posibles de ser creados, cuya idea, en Dios, es su misma Esencia. Fuera, pues, de Dios, Uno y Trino, ninguna cosa existía, ya que nada había sido todavía creado.

2. La Creación Universal, fue decretada eternamente por la Santísima Trinidad. Pues, Dios, que es la infinita plenitud, el volcán inextinguible de todas las perfecciones, la suprema felicidad en Sí mismo, y que podría haber prescindido eternamente de otros seres, no queriendo contener para Sí solo tanta felicidad, movido por el impulso ardentísimo de su infinito amor, quiso manifestar y extender su dicha fuera de Sí, para hacer partícipes a otros seres de su sobreabundancia. Para llevar a cabo esta explosión amorosa de su naturaleza y expandir las irradiaciones de su divinidad hacia fuera, fue imprescindible la creación de seres capaces de compartir y deleitarse en los tesoros ocultos de su Esencia.

3. Mediante el decreto eterno de la Creación Universal, Dios, con un simplicísimo acto, dejó establecido: la clase de seres que iba a crear, el número de cada uno, el orden en la creación de los mismos, y el preciso instante en que la creación se obraría. Por eso, cuando llegó el momento en el que debía obrarse la Creación Universal, automáticamente todo salió de las Manos de Dios Creador tal y como estaba planeado por Él eternamente.

Capítulo II

La Creación Universal se obró en un mismo y único instante

1. La Creación Universal, fue en un mismo y único instante; por lo que no fue en distintos espacios de tiempo (v.gr. ni en varios días u horas o minutos, etc.). El principio de la obra creadora de Dios, fue en el instante en que tuvo lugar el comienzo del tiempo, y, por tanto, el comienzo del primer día natural o Día de la Creación Universal. Dios Uno y Trino creó, en aquel primer instante, junto con las Almas de Cristo y María, todas las demás cosas visibles e invisibles que forman el Universo Incommensurable. La Creación Universal fue la primera manifestación de la obra creadora incesante de Dios, así como la primera expresión, en el tiempo, del Amor Divino, al ser promovida por el Espíritu Santo, que es la personificación del Amor trinitario; pues, Dios, con su solo y amorosísimo Sople divino, dio existencia a todo. Todo fue creado con un mismo obrar de la Santísima Trinidad.

2. Mas, en aquel primer acto creador de Dios hubo un orden misterioso: pues, la obra de la Creación Universal se realizó en un mismo y único instante, el primero del tiempo natural, mas conforme al orden en que estaban concebidas las cosas en la Mente divina para ser creadas. Este orden concebido por Dios implica, misteriosamente, que en aquel primer instante, hubo una división real y verdadera imposible de entender sin la visión beatífica. Por eso, conforme al orden con que Dios concibió la Creación en su Mente divina, el primer instante en que se obró la Creación Universal, fue un instante dividido en instantes o tres espacios distintos y coiguales; mas según la medida temporal, al ser un instante materialmente indivisible, fue en definitiva un solo y único instante.

3. En la Obra de la Creación Universal, conforme fue concebida y ordenada en la Mente divina: el primer espacio, es la creación de la Divinísima Alma de Cristo unida al Verbo Divino; el segundo espacio, es la creación de la Divina Alma de María asociada al Consejo Divino; el tercer espacio, es la creación del Desposorio de las Almas de Cristo y María con los frutos de su amor, que son todas las demás cosas creadas.

Y, dado que los tres espacios son, pues, el mismo y único instante, la Obra de la Creación, en toda su extensión, se consumó al mismo tiempo. Por lo tanto, en la Obra de la Creación Universal: la Divinísima Alma de Cristo no estuvo ni un solo instante sin su Esposa, la Divina Alma de María; y Ésta, no estuvo ni un solo instante sin su Esposo, la Divinísima Alma de Cristo; y ambas tampoco estuvieron ni un solo instante sin sus hijos, todas las demás cosas creadas; y éstas no estuvieron ni un solo instante sin sus Padres, la Divinísima Alma de Cristo y la Divina Alma de María. En la Creación Universal, todo, pues, salió al mismo tiempo de las Manos creadoras del Todopoderoso, a manera de explosión amorosa, con el orden concebido por Dios. ¡Oh amorosísimo primer instante creador, indivisible en el tiempo y perfectamente ordenado en la Mente de Dios: pues toda la Creación Universal fue hecha por Dios al mismo tiempo y con misterioso orden divino!

Capítulo III

La Creación Universal se obró según el orden decretado por Dios

1. La Creación Universal se obró según el orden decretado eternamente por Dios: En el principio creó Dios el cielo y la tierra, o sea, la Gran Bola del Universo; la cual hasta entonces no existía, ya que fuera de Dios nada había. Por lo que el Espíritu de Dios, con un único y amoroso Soplo, creó todo de la nada con sólo su querer. En el Cielo y la Tierra creados por Dios, hay que entender: el Cielo Sobrenatural o Alma de Cristo unida al Verbo Divino, y la Tierra Celestial o Alma de María Asociada al Consejo Divino, y, además, todas las otras cosas invisibles y visibles que constituyen la Gran Bola del Universo.

2. Por tanto, la Creación Universal, se obró según el siguiente orden planeado eternamente por Dios: *Dios creó la Luz Divina*, o Alma Divinísima de Cristo, Instrumento y Modelo de todas las demás cosas; la Cual produjo el Sublime Fuego que envuelve la Gran Bola del Universo, y que es distinto del fuego común que conocemos. *Dios creó la Luminosísima Estrella espiritual* o Alma Divina de María, Instrumento y Modelo de todas las demás cosas después de Ella; la cual produjo la sublime Agua que envuelve la Gran Bola del Universo y que es distinta del agua común que conocemos. *Dios creó las demás lumbreras espirituales*: que son los Ángeles o Espíritus Puros. *Dios creó las lumbreras materiales que pueblan el espacio o firmamento*: el sol, la luna, los planetas, las estrellas y demás cuerpos celestes, y quedó diferenciada la luz del día de las tinieblas de la noche. *Dios creó el agua común que conocemos*, contenida en los mares, lagos, ríos y demás manantiales. *Dios creó los vegetales*, en sus distintas especies. *Dios creó los animales acuáticos, volátiles y terrestres*, según sus distintas especies. *Dios creó finalmente al primer hombre y a la primera mujer*, con dominio sobre las demás cosas materiales creadas. Y así Dios creó todo con gran perfección en un mismo y único instante.

Capítulo IV

La Creación de las Almas de Cristo y María

1. Dios creó el Alma Divinísima de Cristo unida al Verbo Divino: Esta sublime Alma humana de Cristo fue hecha a imagen y semejanza perfectísima del Creador, por lo que es la imagen más perfecta de Dios. El Cielo Sobrenatural o Luz Divina, que es el Alma de Cristo, fue creado con suma plenitud de gracias y visión beatífica, por lo que su dignidad, excelencia y belleza, sobrepujan, abismalmente, a todas las demás criaturas juntas. Dios creó el Alma Divina de María desposada con el Alma Divinísima de Cristo: Esta sublime Alma humana de María fue hecha a imagen y semejanza perfectísima del Alma de Cristo; por lo que, después de Ésta, es la Imagen más perfecta de Dios. La Tierra o Jerusalén celestial, que es el Alma de María, fue creada con plenitud de gracias y visión beatífica, de manera que, después de la de Cristo, sobrepuja, abismalmente, a todas las demás criaturas juntas.

2. El Alma de Cristo, en el mismo instante de ser creada, fue instrumento de la creación del Alma de María y quedó desposada con Ella; y, ambas Divinas Almas desposadas, fueron instrumentos de todas las demás cosas invisibles y visibles, creadas también por Dios en aquel primer instante del Día de la Creación Universal. Este amorosísimo desposorio espiritual de las Divinas Almas, fue, pues, fecundísimo en aquel primer acto creador de Dios. Pues en la Creación Universal, la Divinísima Alma de Cristo fue la Luz que iluminó todo y lo llenó todo; y, como potentísimo Astro Solar que es, propagó sus sobrenaturales rayos recibidos del Creador inundando la Divina Alma de María, quedando convertida en Luminosísima Estrella; la cual, irradió su potente luz sobre los Ángeles y los demás seres creados. El Creador, pues, al crear todas las cosas en aquel primer instante, lo hizo en compañía del Sol, que es el Alma de Cristo, y en compañía también de la Estrella de la Mañana, que es el Alma de María. Y lo sigue haciendo así en la incesante obra creadora y conservadora.

3. Las Almas de Cristo y María preexistieron sin sus respectivos Cuerpos, porque fueron creadas antes de ser estos concebidos. De manera que el Alma de Cristo unida al Verbo Divino, desde el instante de ser creada estuvo sin su Cuerpo hasta que, milenios después, se revistió de carne humana en el Purísimo Seno de María; y, el Alma de María desposada con el Alma de Cristo, desde el instante de ser creada estuvo sin sus dos Cuerpos hasta que, milenios después, se revistió de carne humana en su Inmaculada Concepción.

4. Dios creó el Alma de Cristo, Alma eminentemente sacerdotal, ya que el Sumo y Eterno Sacerdocio de Cristo es la unión de su Alma con el Verbo Divino. El Sacerdocio Eterno de Cristo es según el Orden de Melquisedec o Verbo Divino, ya que esta Segunda Persona Divina hizo partícipe de su Sacerdocio Eterno al Alma de Cristo en virtud de la Unión Hipostática. Dios Padre, al crear el Alma Divinísima de Cristo le dijo solemnemente: *«Tú eres Sacerdote Eterno según el*

Orden de Melquisedec». Dios creó el Alma de María, Alma excelentemente cosacerdotal, ya que el Cosacerdocio de María es la participación en el Sumo y Eterno Sacerdocio de Cristo, en virtud del singularísimo desposorio del Alma de Ella con el Alma de Cristo. Las Almas de Cristo y María, desde el primer instante de ser creadas, ofreciéronse al Eterno Padre, como Víctimas Espirituales de la futura humanidad caída. Las Almas de Cristo y María, tras el pecado de nuestros primeros padres, fueron ya los instrumentos esenciales e imprescindibles, de la Obra Salvífica de la humanidad; pues, se ofrecieron como futuras y verdaderas Víctimas cruentas del Calvario, aplicando anticipadamente los méritos del Sacrificio de la Cruz en beneficio de la humanidad caída. Además, desde el primer instante de ser creadas, ejercieron, y a perpetuidad, su Paternidad sobre los demás seres y fueron la Luz que iluminó todo el Antiguo Testamento.

Capítulo V

La Iglesia del Alma Mística

Con el Desposorio de las Almas de Cristo y María, quedó constituida la Iglesia del Alma Mística. Los Ángeles y la primera pareja humana, fueron creados dentro de la Iglesia Santa; mas, luego, los ángeles rebeldes, por su pecado y reprobación, quedaron definitivamente excluidos de la Iglesia; y Adán y Eva, por su pecado de apostasía, quedaron excluidos, transitoriamente, hasta que se arrepintieron y volvieron a Ella. La primera etapa de la Iglesia fue, pues, la Iglesia del Alma Mística, formada por las Almas de Cristo y María y los miembros del Pueblo de Dios; siendo imprescindible para salvarse, el pertenecer a Ella.

Capítulo VI

La creación de los Ángeles

Dios creó los Ángeles o Espíritus Puros, a su imagen y semejanza, no sólo en el orden natural, sino sobre todo en el orden sobrenatural, al crearles en estado de gracia y ser así partícipes de la Naturaleza divina; siendo las Almas de Cristo y María Causas instrumentales de la creación angélica. Dios creó a los Ángeles en número y variedad incalculable e incorporados al Alma Mística de la Iglesia. En su creación fueron dotados, además, de ciencia infusa y de visión beatífica, y distribuidos en nueve coros: Serafines, Querubines y Tronos; Dominaciones, Virtudes y Potestades; Principados, Arcángeles y Ángeles. Y aunque los Espíritus angélicos gozaron de la visión beatífica desde el instante de ser creados, dicha visión no les fue dada a perpetuidad, ya que tenían que ser antes sometidos a prueba; y, por tanto, era de grado inferior a la que luego les correspondió, según sus méritos, a aquellos que permanecieron fieles a Dios y fueron confirmados en gracia para gozar eternamente de la gloria celestial.

Capítulo VII

La creación de los seres de los reinos mineral, vegetal y animal

1. Dios creó a los seres del reino mineral, del vegetal y del animal, los cuales son huellas o vestigios del Creador, pues cada uno refleja, según su naturaleza, las perfecciones divinas, siendo las Almas de Cristo y María Causas instrumentales de dichas creaciones: Dios creó los planetas, los astros, los satélites, las estrellas etc., de las distintas galaxias que componen el gran universo existente; unos con luminosidad propia, ya expandida por todo el Universo, desde entonces; y otros que la reciben de los astros solares; y todos sujetos a unas leyes naturales astronómicas que les permitieran interrelacionarse con orden y armonía perfectos. Y, en muchos de esos cuerpos celestes, Dios creó también seres del reino vegetal y animal.

2. En lo que respecta al planeta Tierra, que es en el que habitamos y el que conocemos mejor, además de crear Dios la primera pareja humana, creó también: **Seres del reino mineral**, que son los distintos continentes, con sus montañas, abismos, llanos etc., de las más variadas dimensiones y riquezas, y con una constitución geográfica armónica y perfecta; así como los océanos, los mares, los ríos y demás manantiales de agua, con las más variadas dimensiones y caudales; y todos estos seres del reino mineral, fueron creados sujetos a unas leyes naturales admirables. **Seres del reino vegetal**, que son toda clase de hierbas, plantas, cereales, árboles, frutos, etc.; cuya variedad de colores, olores, sabores, formas, tamaños, efectos nutritivos y medicinales, son en número y riqueza indescriptibles; y con unas leyes naturales asombrosas que les permitieran propagarse, desarrollarse, alimentarse y sobrevivir, conforme a las peculiaridades respectivas, cada ser con su alma vegetal, inteligencia y sensibilidad. **Seres del reino animal**, que son los animales terrestres (v.gr.: mamíferos, reptiles, etc.), los volátiles (v.gr.: aves, insectos, etc.), los acuáticos (v.gr.: cetáceos, peces y demás seres vivientes de los mares y de los ríos), los microscópicos etc.; de cuya diversidad de clases, dimensiones, propiedades, formas, colores, sabores, efectos nutritivos, etc., son en número y riqueza indescriptibles; y con unas leyes naturales maravillosas que les permitieran propagarse, desarrollarse, alimentarse y sobrevivir, conforme a las peculiaridades respectivas, cada ser con su alma animal, inteligencia e instinto propio.

3. El gran Universo creado, salió, pues, de las Manos del Creador hermosísimo y perfectísimo, especialmente la Tierra, que fue creada con una mayor riqueza y hermosura, por ser escogida como centro del Universo, para realizar, Dios, en ella, sus divinos planes espirituales y propagadores del género humano. Por eso, sólo en la Tierra fueron creados el primer hombre Adán y la primera mujer Eva, propagadores de la especie humana. Mas, después, desde la Tierra, muchos seres humanos fueron transportados milagrosamente a otros planetas.

Capítulo VIII

En la Creación Universal, Dios estableció el Calendario Natural

Dios, en el Día de la Creación Universal, dejó establecido el calendario natural, disponiendo unas leyes astronómicas que sirviesen, entre otras cosas, de señales de división del tiempo. Por tanto, mediante esas leyes, el tiempo quedó dividido principalmente: en segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, estaciones y años, tal y como ahora se conocen. Dios santificó el primero y único Día de la Creación Universal, y por eso se llama Domingo o Día del Señor. El día 1 de enero del calendario cristiano, es el aniversario del Día de la Creación Universal.

Capítulo IX

Los cuatro elementos fundamentales para la vida y conservación de las cosas materiales creadas

En la Creación Universal, según el plan divino, fue necesario que salieran también de las Manos de Dios cuatro misteriosos elementos fundamentales para la vida y conservación de lo creado. Dichos elementos son: El sublime fuego, producido por el Alma Divinísima de Cristo; la sublime agua, producida por el Alma Divina de María; el sublime aire, impulsado por el sopleador del Espíritu Santo; y la sublime tierra o alma energética, producida por la unión de los tres elementos anteriores. Estos cuatro sublimes elementos son de naturaleza distinta de los cuatro comunes que ya conocemos, y absolutamente imprescindibles para la vida y conservación de todas las cosas materiales. Y, así como la obra creadora de Dios es incesante, es incesante también la producción de esos sublimes fuego, agua y tierra bajo el impulso vital del aire creado por el Espíritu Santo.

Capítulo X

La creación de Adán y Eva

1. Dios creó al primer hombre, Adán, y a la primera mujer, Eva, como la culminación de todas las cosas visibles y compendio de todos los grados del ser, es decir, de Dios, Ser Increado, y de las distintas criaturas, seres creados. El Creador formó de la tierra al primer hombre y le inspiró un alma inmortal, capaz de conocerle, de amarle y de rendirle homenaje en nombre de toda la creación visible. Y de la costilla de Adán, el Creador formó a la primera mujer, y le inspiró también un alma inmortal. Dios, pues, creó al género humano constituido por hombre y mujer. Dicha creación fue así: En el mismo instante que Dios creó de la nada la substancia primigenia o cuerpo esencial de Adán, creó de la nada su alma, infundiéndola en dicha substancia primigenia; y, ambas, así unidas, infundiolas en el barro; y, al mismo tiempo, al ser éste animado por el alma, quedó convertido en el cuerpo accidental de Adán, en perfecta conformidad con su cuerpo esencial. Y en el mismo instante que Dios extrajo de Adán la

costilla, en la que había substancia primigenia, formó de ésta la substancia primigenia o cuerpo esencial de Eva, en el que infundió el alma creada de la nada, y, ambos elementos unidos, infundióslos en aquella costilla, la cual, al ser animada por el alma, quedó convertida en el cuerpo accidental de Eva en perfecta conformidad con su cuerpo esencial.

2. Adán y Eva fueron creados a imagen y semejanza de Dios, no sólo en el orden natural, sino sobre todo en el orden sobrenatural, ya que Él los creó en estado de gracia, siendo así partícipes de la Naturaleza divina. Dios creó al primer hombre a imagen y semejanza del Alma de Cristo y de su futura Humanidad Corpórea. Dios creó a la primera mujer a imagen y semejanza del Alma de María y de su futura Humanidad Corpórea.

3. Dios creó a nuestros primeros padres, Adán y Eva, en estado de justicia original; pues, poseían: la Habitabilidad del Espíritu Santo, la ciencia infusa, la visión beatífica, la inmunidad de la concupiscencia, el estado glorioso en sus almas y en sus cuerpos, etc.; por lo que no estaban sujetos al dolor ni a la muerte corporal. Dios, pues, les dotó de santidad y demás dones sobrenaturales y naturales. Ambos poseían la plena felicidad. Pero tales excelsos dones no les fueron dados a perpetuidad, ya que, Adán y Eva, tenían que ser antes sometidos a prueba; de manera que, si permanecían fieles a Dios, serían confirmados en gracia para ser, plenamente felices a perpetuidad, tanto ellos como todo el linaje humano, primero en la tierra y después en la gloria celestial.

4. Adán y Eva fueron creados en el seno de la Iglesia de entonces, la del Alma Mística, ya que nuestros primeros padres participaban del Desposorio de las Almas de Cristo y María. Además, en el instante de ser creados, Adán y Eva recibieron el sacerdocio natural y un sacerdocio similar al común.

5. Adán y Eva fueron creados conforme al estado físico y psicológico de una persona de treinta y tres años, perfectísimos y bellísimos, con las estaturas de Cristo y María, respectivamente: Adán tenía 1,85 m. de altura, y Eva 1,70 m. Eran de auténtica raza blanca, pues la que ahora conocemos como tal es sólo algo similar a aquella. Y en cuanto a la lengua, además de usar entre sí un medio de comunicación intelectual y espiritual, propio de la visión beatífica y semejante al de los Ángeles, podían relacionarse oralmente mediante excelso lenguaje paradisiaco, de cierta similitud fonética a los que hablamos y conocemos; con posibilidad, también, de hacerlo a través de la escritura y de otras formas. Ambos no fueron creados desnudos; pues, desde ese instante, sus cuerpos poseían un misterioso resplandor que les cubría, a manera de celestial ropaje, y que conservaron hasta que Adán pecó.

6. Nuestros primeros padres, no fueron creados unidos matrimonialmente, pues el Matrimonio de Adán y Eva tuvo lugar en el instante siguiente al de la Creación Universal, es decir, después de ser creados ambos. Pues, una vez que Dios creó al primer hombre, al cual impuso el nombre de Adán, creó a la primera

mujer que había de ser su compañera o esposa. Ésta fue presentada, por Dios, a Adán y ambos se aceptaron mutuamente por esposos; por lo que Dios confirmó esa unión bendiciéndoles. Y Adán puso a su mujer el nombre de Eva, esto es Vida, por cuanto que había de ser madre de todos los vivientes. Ya establecido el Matrimonio, Adán, inspirado por el Espíritu Santo, proclamó el indisoluble vínculo conyugal con estas palabras dichas sobre Eva: *«Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue hecha. Por lo cual dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer: y serán dos en una carne»*, quedando así también asentado el carácter monógamo del vínculo matrimonial. El Altísimo, además, determinó cuál es el fin principal del Matrimonio, diciendo a nuestros primeros padres: *«Creced y multiplicaos, y llenad la tierra»*, aunque ellos, inspirados por Dios, no lo consumaron hasta después del pecado. El Matrimonio de nuestros primeros padres gozó en el Paraíso, en virtud de la justicia original, de una dignidad sobrenatural aún más excelsa que la del mismo Sacramento del Matrimonio que después Cristo instituiría. Con el vínculo conyugal de nuestros primeros padres, quedó formado el núcleo esencial de la sociedad humana: el Matrimonio. Antes del pecado, Adán ya ejercía sobre Eva la autoridad que como varón y marido le correspondía, si bien dicho ejercicio era en perfectísima armonía y gozosa concordia entre ambos, en virtud de la justicia original.

7. Dios creó al primer hombre, Adán, dueño y señor de la creación visible, cuya autoridad le fue dada a través de las Almas de Cristo y María. Y también Eva, en su creación fue dotada de autoridad, aunque en grado inferior al hombre; pues, la autoridad de Adán estaba sobre la de Eva, ya que el varón fue constituido cabeza de la mujer. Adán y Eva fueron investidos por Dios de monárquica autoridad para gobernar como reyes, cuando Dios les dice: *«Llenad la tierra y dominadla, y tened señorío sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra»*. Pues con estas palabras, no sólo se proclama la dignidad del género humano sobre las demás cosas de la creación visible, sino también la consecuente verdadera autoridad de gobierno de nuestros primeros padres, durante su vida en la tierra, sobre sus descendientes y demás cosas. Por eso el Señor Dios, presentó a Adán todos los animales para que les impusiese el nombre a cada uno; de manera que los nombres propios de los animales vivientes, son los que Adán les impuso. Además, Dios dijo a nuestros primeros padres: *«Ved que os he dado todas las hierbas, árboles y demás vegetales de la tierra, para que os sirvan de alimento a vosotros; y os he dado también todos los animales de la tierra, todas las aves del cielo y todos los animales de las aguas, a fin de que tengáis de qué comer»*.

Capítulo XI

El Sacramento de la Triple Bendición.

La justicia perfecta y la justicia imperfecta

1. La Triple Bendición estaba formada por las Almas de Cristo y María, la semilla de Adán y un óvulo de Eva. Dichas semillas reproductoras, desposadas con las Divinas Almas, y, por tanto, vivificadas por Éstas, se contenían bajo una diminuta envoltura. En el Sacramento de la Triple Bendición, al estar presentes las Almas de Cristo y María, estaba presente la Santísima Trinidad. Mediante la Triple Bendición, Dios derramó cuantiosísimas gracias sobre la humanidad.

2. Para la institución del Sacramento de la Triple Bendición, la Providencia divina reservó, antes del pecado de nuestros primeros padres, las semillas inmaculadas y gloriosas de ellos; pues, Dios, previendo la prevaricación de Adán y Eva, antes de que pecaran, extrajo al primer hombre una porción de su semen glorioso, y a la primera mujer un óvulo glorioso. Estas semillas de Adán y Eva eran, pues, elementos esenciales del Sacramento de la Triple Bendición, que fue instituido, por el Alma Divinísima de Cristo, inmediatamente después de la creación de la primera mujer, y que luego depositó en el costado de Adán en el mismo lugar donde le extrajo la costilla. Horas después, el Alma de Cristo, antes de que Adán pecara, sacó el Sacramento del cuerpo de éste. Merced a dichas semillas gloriosas, fue posible la futura formación del Cuerpo Inmaculado de María; y, en el de Ella, el de Cristo.

3. La Triple Bendición era el Sacramento Perfecto del Antiguo Testamento, pues mediante él se recibía en el alma la justicia perfecta o Habitabilidad del Espíritu Santo. Sólo la Triple Bendición podía, pues, borrar en el alma el pecado original dotándola de la Gracia Santificante e imprimiendo en ella un carácter similar al del Bautismo. En virtud de dicho Sacramento Perfecto, muchos miembros privilegiados del Pueblo de Dios o Iglesia Santa, fueron santificados al recibir la justicia perfecta.

4. Mas, en la economía de la gracia de entonces, lo común era la justicia imperfecta, que se recibía mediante sacrificios y sacramentos imperfectos, según las distintas etapas. Tanto los varones antes de ser instituido el sacramento imperfecto de la circuncisión, como las mujeres en cualquier etapa del Antiguo Testamento, recibían la justicia imperfecta: en lo que se refiere a los niños antes del uso de razón, a través de algún acto o manifestación exterior que expresaba la fe en el futuro Redentor, sacrificios u oraciones, realizado por los padres, o en su defecto los tutores u otra persona competente; y en lo que se refiere a los adultos, mediante esos mismos actos de fe, sacrificios u oraciones, hechos por ellos. Mas, en el caso de peligro de muerte de los niños sin uso de razón, bastaba una sola bendición de los padres para que recibieran la justicia imperfecta. La justicia imperfecta, liberaba al alma de la habitabilidad de Satanás que conlleva el pecado original; mas no daba al alma la Habitabilidad del Espíritu Santo o Gracia Santificante, aunque sí un reflejo de la misma.

Capítulo XII

El Paraíso Terrenal

1. Antes del pecado de nuestros primeros padres, el gran Universo creado, gozaba de la indescriptible belleza y perfección con que salió de las Manos del Creador. El Paraíso Terrenal, era el conjunto del gran Universo; por lo que, cada cuerpo celeste que lo integra, poseía peculiar encanto natural: unos por la concurrencia en ellos del reino animal, vegetal y mineral, y otros sólo por este último, ya que Dios creó en muchas partes del Universo animales y vegetales, como fue en el caso de la Tierra. Mas, sólo en este planeta, Dios creó al hombre, para que, desde aquí, se poblaran también otras partes del Universo.

2. Dentro del planeta Tierra, Dios escogió un lugar de predilección, de más riqueza y hermosura, para implantar allí su Pueblo y centrar los sublimes misterios de su comunicación divina con la humanidad. Este deleitoso paraje, foco espiritual del gran universo paradisíaco, fue el lugar geográfico conocido hoy piadosamente por Tierra Santa; cuyos límites corresponden a la tierra que Dios prometió a Abrahán para su descendencia, y después a Moisés, y en donde se establecieron las Trece Tribus de Israel. El centro del Paraíso o jardín de deleite o Edén, se hallaba en lo que hoy es Jerusalén y sus alrededores. Nuestros primeros padres, Adán y Eva, fueron creados en el mismo lugar en que hoy está la ciudad de Belén, a poca distancia de Jerusalén.

Libro II

La prueba de los Ángeles

Capítulo I

Dios sometió a los Ángeles a la prueba de amor y fidelidad

1. Poco después de que Dios creara a los Ángeles, les sometió a la prueba necesaria de su amor y fidelidad, que haría posible la confirmación de su eterna gloria; cuya prueba consistió en que reconocieran y aceptaran la divina supremacía del Verbo Humanado y la realeza e imperio de María sobre la naturaleza angélica, así como rendirles el debido homenaje. Con esto, se originó una lucha espiritual y trascendental entre los Ángeles.

2. El tiempo transcurrido desde la creación de los Ángeles hasta la caída de los rebeldes y confirmación en gracia de los leales, fue de 12 horas, comenzando la prueba de todos ellos tres instantes antes de las doce en punto de la mañana de aquel primer Domingo, Día de la Creación. Veamos, pues, lo que sucedió en cada uno de los tres instantes que precedieron a ese mediodía: En el primer instante, Dios, para probarles, privó a todos los Ángeles de la visión beatífica, de la ciencia infusa y de otros dones; y ya reducidos al estado común de la naturaleza angélica, presentó ante el entendimiento velado de ellos, la Sacratísima Humanidad completa de Cristo unida al Verbo Divino, así como la Persona completa de María asociada al Consejo Divino, para que adorasen la Deífica Humanidad, venerasen a su Divina Madre y se sometiesen a Ambos como Padres y Reyes de todas las demás criaturas. Con esta prueba, muchos de los Ángeles, inducidos por Lucifer, que era el ángel más bello, sintieron aversión y repugnancia al ver humillada su naturaleza angélica por la prioridad que se daba, en los misterios de Dios, a dos criaturas humanas, y por lo tanto de naturaleza inferior; pues, además, Lucifer, dejándose llevar de su amor propio, por la singular excelencia de su naturaleza angélica, deseó incluso para sí aquella Unión Hipostática de Cristo. En el segundo instante, surgió San

Miguel Arcángel; quien, en un alarde de vehementísimo celo por la gloria del Altísimo, arrastró con su buen ejemplo a otros muchos Ángeles, y todos ellos trataron de atraer a la obediencia de Dios a los obcecados por la tentación y a los que vacilaban. Y en el tercer instante, fue la predicación disuasoria de la Divina María a los Ángeles que se precipitaban a la rebeldía, previniéndoles también del eterno castigo que les esperaba si no desistían del mal; y también dicha predicación fue para fortalecer a los demás, especialmente a los que vacilaban, merced a lo cual muchos superaron la tentación. A las 12h. en punto del mediodía tuvo lugar la enconada lucha intelectual y espiritual entre los Ángeles buenos y los Ángeles malos, de la siguiente manera: San Miguel, capitán de los leales, proclamando la Divinísima Majestad de la Sacratísima Faz de Jesús, gritó imperiosamente: «¡Quién como Dios!»; y los demás Ángeles fieles, respondieron al unísono: «¡Nadie como Dios!», siendo entonces confirmados en gracia. Por otro lado, Lucifer, capitán de los rebeldes, contestó: «¡No le serviremos!»; y los demás Ángeles malos respondieron al unísono: «¡Somos tanto como Dios!», consumando así todos su blasfema rebelión contra su Dios Omnipotente y Criador; por lo que fueron confirmados en la desgracia, penetrados del fuego eterno y convertidos para siempre en demonios. En esta terrible lucha, de todas las milicias angélicas, dos terceras partes superaron la prueba y una tercera parte sucumbió.

3. La Divinísima Alma de Cristo y la Divina Alma de María intervinieron poderosa y decisivamente, asistiendo y fortaleciendo a los Ángeles que humildemente acataban la divina Voluntad; logrando, así, superar la prueba y ser confirmados en gracia y abismados en la contemplación eterna de la Esencia Divina, en una perpetua ofrenda, en una adoración sin fin, como hostias santas en amorosísimo y espiritual sacrificio.

Capítulo II

Los Ángeles fieles tras superar la prueba

1. Los Ángeles buenos, después de superada la prueba, continuaron clasificados en nueve coros angélicos divididos en tres jerarquías; sin que hubiese ya el mismo número de Ángeles en cada Coro debido a la apostasía de una tercera parte de su totalidad; siendo la primera jerarquía la más afectada en su número; algo menos la segunda, y bastante menos la tercera.

2. Las cualidades naturales y sobrenaturales de los Ángeles buenos fueron más sublimadas como premio a la fidelidad a Dios y según la correspondencia de cada uno a la gracia y el grado de mérito adquirido en la prueba. Y, además, según dicha correspondencia y méritos adquiridos, cada espíritu angélico recibió el aumento de gracia y de visión beatífica correspondiente. Por eso, un Ángel miembro de algún coro inferior, puede gozar de más gloria esencial que un Ángel de un coro superior, en virtud de los méritos alcanzados

durante la prueba. Y como lo que vale ante Dios son los méritos personales adquiridos por la correspondencia a la gracia, aquellos espíritus celestiales que más merecieron en la prueba, sin dejar de ocupar la jerarquía y el coro en que fueron creados, están ahora más elevados en el Cielo que otros de jerarquía y coros angélicos superiores, siendo incontable el número de estos casos.

3. Los siete Arcángeles, con San Miguel a la cabeza, al ser los que más méritos ganaron al servicio de Dios en la prueba, no sólo están elevados sobre los demás coros angélicos por su dignidad de jefes de los mismos y por su alto grado de gloria celestial, sino, además, por una mayor perfección de sus cualidades angélicas. Entre los espíritus angélicos, existe, pues, un orden de jerarquía o autoridad de unos sobre otros, cuyo máximo grado corresponde a los siete Arcángeles, encabezados por San Miguel, que es el Príncipe de todos los coros angélicos. Los santos Arcángeles son: Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Cediél, Cedequiel y Jereniel.

Libro III

La prueba y pecado de Adán y Eva

Capítulo I

La prueba de nuestros primeros padres

Adán y Eva, tras sus respectivas creaciones, gozaron de la suma felicidad que correspondía a su justicia original, hasta que Dios, en sus inescrutables planes, determinó someterles a prueba a fin de que, si la superaban, fuesen confirmados en el estado glorioso y en la felicidad que poseían. Fue a las 12,00h. del mediodía del Domingo de la Creación, cuando el Altísimo, para probar a Adán y a Eva, comenzó a privarles, en determinados momentos, de la visión beatífica, de la ciencia infusa, de la impecancia y de la inmunidad de la concupiscencia, salvo en lo que concernía al apetito sexual; y cuando ellos se veían reducidos a un estado cuasi común de los mortales, tenían que esforzarse para permanecer fieles en la obediencia a Dios, sin que les faltase para ello el especial auxilio de la gracia; pues, también, le fue permitido a Satanás tentarles de diversas maneras. Además, durante la prueba, al estar privados de la visión beatífica, ya no tenían la facultad de comunicarse con el lenguaje propio de esa visión, similar al angélico, mas sí con el paradisiaco. Nuestros primeros padres, que habían sido creados en el lugar en que se halla hoy la ciudad de Belén, durante el tiempo de la prueba se encontraban ya en las proximidades de lo que hoy conocemos como Monte Calvario en Jerusalén, por ser el paraje más bello del Paraíso. Y, en medio del Paraíso estaba el Árbol de la Vida, el cual era el Alma Divinísima de Cristo, que durante la prueba de nuestros primeros padres se manifestaba visible allí bajo la forma de esbelto y frondoso Olivo para iluminarles con su luz salvífica. También en medio del Paraíso salía un río, el cual era el Alma Divina de Ma-

ría que, para auxiliar también a nuestros primeros padres, se les manifestaba bajo esa forma de saludable manantial brotado del mismo pie del Árbol de la Vida, y cuyas cristalinas aguas representaban la claridad inmaculada de esa divina criatura, canal de mediación de la gracia entre Cristo y la humanidad. La prueba a que fueron sometidos Adán y Eva consistía en el cumplimiento de ciertos preceptos divinos que Dios les iba imponiendo.

Capítulo II

La caída de la primera mujer

1. Y como viese Satanás que, a pesar de sus acechos, nuestros primeros padres, con el auxilio de la gracia, se mantenían fieles a su virtud original, planeó una manera más eficaz de hacerles caer; para lo cual, en su infernal osadía, pretendiendo suplantar el Árbol de la Vida, manifestó el Maligno bajo la forma de otro árbol: el de la ciencia del bien y del mal o Árbol de la Muerte, el cual poseía una diabólica fuerza seductora por el exuberante fruto que ofrecía, preparado con especial maña diabólica, para seducir a nuestros primeros padres; ya que dicho fruto, de naturaleza etérea, era distinto a todos los de los demás árboles plantados por Dios en el Paraíso; y por eso no fue un manto o algo similar. Y, como el Árbol de la Muerte llamase vivamente la atención de nuestros primeros padres, por su exótico color, olor y otras cualidades de su fruto, que lo destacaban de los demás árboles, quiso Dios prevenirles de la trama infernal y del peligro que los acechaba; para ello, el Alma Divinísima de Cristo, bajo la forma de Árbol de la Vida, habló a Adán diciéndole: «De todo árbol del Paraíso comerás. Mas

del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en cualquier día que comieres de él, morirás», mandato que a la vez fue oído por Eva, comprendiendo que también a ella obligaba; y con estas palabras, les advertía de la muerte sobrenatural del alma y de la muerte corporal, que sobrevendría a la humanidad si ellos pecaban. Y, Satanás, que observaba cómo nuestros primeros padres sentían, no sólo natural atracción, sino, además, cierta intriga por conocer el misterio del fruto del Árbol prohibido dada su extraña belleza, les acechó cada vez con mayor astucia hasta lograr en ellos un vehemente deseo de curiosidad. Y, como Eva fuese más dada a husmear, se aproximó más al maldito árbol para deleitarse con letal embeleso de la rara hermosura de sus frutos.

2. Este fue el momento oportuno que aprovechó Satanás para el ataque decisivo; para lo cual, tomando él también forma de serpiente, se encaramó en el infernal árbol de la muerte, desde donde entabló con Eva el siguiente pernicioso diálogo: La serpiente infernal dijo a la mujer: *«¿Por qué os mandó Dios que no comieseis de este árbol del Paraíso?»* A lo cual respondió la mujer: *«De la fruta de los árboles que hay en el Paraíso, podemos comer: Mas de la fruta de este árbol del bien y del mal, nos mandó Dios que no comiéramos ni lo tocáramos, para que no muramos»*. Y dijo la serpiente a la mujer: *«De ninguna manera moriréis; porque sabe Dios, que cualquier día en que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos: y seréis como dioses, conocedores de todo, del bien y del mal»*.

3. Eva, durante su diálogo con el demonio, llena primero de cierto temor e indecisión, miraba unas veces al Árbol de la Vida, recibiendo de él sabias inspiraciones para apartarse del peligro; y otras veces escuchaba con creciente interés las seductoras insinuaciones de la engañosa serpiente; hasta que, ésta, logró seducirla mediante falaces y halagadoras promesas que despertaban en ella vanagloria y ambición, con la malicia del gravísimo pecado de soberbia, que era el pretender ser como Dios. Además, el que la serpiente hablase, fue también un cebo para la curiosidad de la primera mujer, que estaba admirada de la novedad de oír hablar a lo que creía era un animal. Eva, pues, tras intensa vacilación y rechazo de las divinas inspiraciones, y como veía, además, que el árbol era bueno para comer, y hermoso a los ojos, y agradable a la vista, tomó de su fruto; y rindiéndose ella a Satanás con el corazón, con el pensamiento y con los sentidos, comió materialmente del fruto prohibido; que, aunque de constitución etérea, la complacía como si se tratase de un fruto natural. Este gravísimo pecado de desobediencia, motivado por la soberbia, lo cometió Eva a las dos de la tarde del primer Día de la Creación, sin que estuviese presente Adán.

Capítulo III

La caída del primer hombre

Tras la caída de la primera mujer, la envidiosa e infernal serpiente vio el terreno más abonado para lograr su triunfo total, que era el de hacer pecar al primer hombre, Adán, Cabeza de la humanidad; con cuya caída intuía el Maligno vendría la desgracia para el género humano. Por eso, una vez que la desdichada Eva cayó en la trampa, Satanás, con palabras aún más seductoras, la indujo a que atrajese a su esposo hacia el Árbol de la Muerte, a lo cual descendió Adán para complacerla, comprobando con gran asombro cómo su mujer seguía comiendo del fruto prohibido sin que a la vista ningún mal le sucediese. Ya ambos junto a dicho árbol maldito, Eva tomó uno de los frutos y se lo ofreció a Adán, a la vez que le hacía partícipe de las halagüeñas promesas de la serpiente para el que lo comiese. No se rindió el primer hombre, sin haber ofrecido antes su resistencia, mirando hacia el Árbol de la Vida, de donde recibía sabias inspiraciones para alejarse de aquella tentación; y, si bien por un lado sentíase profundamente dispuesto a la obediencia a su Dios y Creador, por otro la ternura de la mujer le encadenaba hacia las lisonjeras promesas ocultas en aquel fruto prohibido cuya visión ofuscaba su mente y debilitaba su voluntad. En medio de esta terrible lucha entre el bien y el mal, Adán fue incapaz de contradecir y reprender abiertamente a Eva por su acción abominable, ni incluso de alejarse de ella; máxime que no advertía cambio alguno en el físico de su mujer; por eso él dio entrada también en su corazón al ilusorio deseo de igualarse a Dios mediante el influjo del fruto prohibido; el cual comió materialmente, recibido de manos de su mujer. Este gravísimo pecado de desobediencia, motivado por la soberbia, lo cometió Adán a las tres de la tarde del primer Día de la Creación.

Capítulo IV

Adán y Eva pecaron en lo que hoy conocemos como el Monte Calvario

Ambos pecaron en lo que hoy conocemos como Monte Calvario en Jerusalén; pues, el Árbol de la Vida se hallaba en el mismo lugar en que luego moriría Cristo crucificado; y el árbol de la ciencia del bien y del mal se hallaba próximo y a la izquierda del otro árbol, en el lugar en que luego sería colocada la cruz del mal ladrón.

Libro IV

Consecuencias funestas del pecado original, anuncio de la Redención y arrepentimiento de Adán y Eva

Capítulo I

Dios reprende a Adán y a Eva por su gravísimo pecado

1. La pérdida de la justicia original en nuestros primeros padres por su pecado, conllevó que, tras la caída de Adán, se les abrieran a entrambos los ojos al ser conocedores del mal que acarrea la pérdida de la inocencia, estando ya sujetos a la ley del pecado y a las concupiscencias humanas que la misma conlleva. Y, además, desde ese momento, quedaron completamente desnudos, al hallarse ambos privados del celestial ropaje que cubría sus cuerpos, y con sentimiento de mutua vergüenza, por lo que colocáronse unas hojas de higuera para cubrir la desnudez.

2. Y, después de que pecaron, habiendo ellos oído la voz del Señor Dios que, a través del Alma de Cristo, les llamaba desde el Árbol de la Vida, mediante el cual se manifestaba en medio del Paraíso, escondiéronse Adán y su mujer de la presencia del Señor Dios. Mas llamó el Señor Dios a Adán, y díjole: «¿En dónde estás?». Y él respondió: «Oí tu voz en el Paraíso, y tuve temor porque estaba desnudo, y me escondí». Y díjole Dios: «¿Y por qué estás desnudo?, ¿no es por haber comido del árbol, del que te mandé que no comieras?». Y dijo Adán: «La mujer, que me diste por compañera, me dio del árbol, y comí». Y dijo el Señor Dios a la mujer: «¿Por qué has hecho esto?». Ella respondió: «La serpiente me engañó, y comí».

Capítulo II

Dios anuncia la futura Redención del género humano

1. Después, el Señor Dios, en presencia de nuestros primeros padres, maldijo a la serpiente infernal, anunciándole que la Mujer, la Nueva Eva, o sea, la Santísima Virgen María, quebrantaría su orgullosa cabeza, por lo que su soberbia y maldad serían pisoteadas por Ella y por los que se acogiesen bajo su protección. Y por eso, el Señor Dios dijo al demonio: «*Mayores enemistades pondré entre ti y la Mujer, y entre tu linaje y su Linaje: Ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas a su calcañar*». Es decir, que la cabeza de la serpiente infernal sería aplastada por la Mujer y su Linaje que es Cristo y su Cuerpo Místico; y que el dragón infernal acecharía el calcañar de la Mujer, que es la Iglesia Militante en la tierra, en cada uno de sus miembros, mediante engaños, tentaciones y seducciones, sirviéndose para ello de la carne y del mundo. Mas, al oír Satanás el quebrantamiento de su orgullosa cabeza por la Divina Mujer, desapareció, como forma de árbol y de serpiente, de la presencia de nuestros primeros padres.

2. He aquí cómo, Dios, inmediatamente después de la caída y antes de anunciarles a Adán y Eva los castigos por su pecado, les prometió un futuro Salvador, fruto de la Mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente, y que libraría al hombre de la esclavitud del demonio, devolviéndole la gracia y el derecho al Reino de los Cielos. Éste es, pues, el primer anuncio y promesa de la futura Redención, que Adán y Eva oyeron directamente de la boca de Dios. Por lo que ambos conocían perfectamente que la Mujer era María, la Nueva Eva, y que el futuro Salvador, era Cristo, el Nuevo Adán. Vemos, pues, cómo la infinita Bondad de Dios, haciendo alarde de su misericordia sin límites, inmediatamente después de la caída de nuestros primeros padres y antes de que se arrepientan y reconozcan la gravedad de su culpa, les prepara y anticipa el remedio, prometiéndoles la futura Redención realizada por la Mujer y el Hijo que de Ella nacería; abriendo así un rayo de esperanza en sus almas que, abatidas y postradas en una total desesperación, sin esta aleccionadora promesa no hubieran podido levantarse de aquel desolador estado. Pues, si por el pecado de Adán, el demonio alcanzó la victoria sobre el género humano, sometiéndolo a su dominio, no fue definitivamente, pues la humanidad caída sería redimida por el Redentor y la Corredentora: Cristo y María.

3. La promesa de la Redención fue a las cuatro de la tarde, y después Dios siguió hablando a nuestros primeros padres durante una hora más, anunciándoles los castigos merecidos por su pecado, dándoles instrucciones acerca del vestido de sus cuerpos, de los sacrificios que debían ofrecer, de la vida penitencial que debían llevar, de la obligación de procrear y educar a sus hijos, etc., terminando Dios dichas enseñanzas ya en el ocaso de ese primer Día de la Creación.

Capítulo III

Dios establece sus Mandamientos a Adán y Eva

En aquellas instrucciones que fueron dadas por Dios a nuestros primeros padres después de que pecaran, Él les promulgó unos mandamientos o Decálogo primitivo, cuyo contenido era esencialmente el mismo que el Decálogo transmitido después por Dios a Moisés, el de la Ley Evangélica y el que hay actualmente, aunque cada uno de ellos acomodado en su expresión a los distintos momentos históricos. En los mandamientos dados a nuestros primeros padres Adán y Eva, Dios ya establecía la obligatoriedad de santificar el Domingo como Día del Señor.

Capítulo IV

Dios anuncia a nuestros primeros padres los castigos merecidos por su pecado

1. Y dijo Dios a la mujer: *«Se multiplicarán tus trabajos y tus dolores en tus preñeces; con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido y él tendrá poder sobre ti»*. Pues tras el pecado, además de que se quebró la bienaventurada armonía y deleitosa intimidad con Dios de la primera pareja, la autoridad de Adán sobre Eva conllevaba el dominio del esposo sobre la esposa, y el sometimiento de ésta a él, con la consecuente y mutua mortificación de ambos; ya que dejó de existir entre marido y mujer la perfectísima convivencia del Paraíso.

2. Y dijo Dios a Adán: *«Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol, del que te había mandado que no comieras, maldita será la tierra por tu causa; con grandes fatigas comerás los pobres frutos de ella todos los días de tu vida. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste tomado: porque polvo eres, y en polvo te convertirás»*.

3. Dios enseñó a nuestros primeros padres a confeccionar unas túnicas con pieles de animales para que se vistieran; lo cual es el precepto universal dado por Dios de que los hombres cubriesen decentemente sus cuerpos con vestidos.

Capítulo V

Por el pecado, Adán y Eva, perdieron los excelsos dones que poseían en el Paraíso

1. Y después de que anunciara los castigos a nuestros primeros padres, Dios Uno y Trino, en el Árbol de la Vida, se lamentó del pecado de Adán y Eva; pues, habiendo sido creados con la justicia original y la inclinación al bien, al pretender hacerse como Dios, se vieron despojados de ese estado de privilegio y sometidos a la tiranía del pecado, que conlleva la natural inclinación al mal; por lo que, desde entonces, se verían obligados a combatir contra los enemigos del alma, para alcanzar el bien o virtud. Adán y Eva perdieron, pues, la justicia original con todos sus excelsos dones; entre ellos, la filiación divina, la visión beatífica y el estado glorioso de sus cuerpos. Quedando también sujetos al dolor, a las enfermedades y a la muerte corporal. Y como el pecado de nuestros primeros padres conllevó la apostasía de ellos, quedaron fuera de la Iglesia. Además, Adán y Eva perdieron, con las otras dotes, el conocimiento de la excelsa lengua paradisíaca; aunque, al mismo tiempo, Dios les infundió el conocimiento de otra lengua propia a la naturaleza caída. También el Gran Universo sufrió las consecuencias desastrosas del pecado de Adán y Eva, ya que fue trastornado y desposeído de una gran parte de su riqueza y hermosura original, y sometido a la corrupción; por lo que nuestros primeros padres vieron también privados del jardín del deleite en el que habían sido creados.

2. Finalmente, Dios decretó que, tanto Adán y Eva como toda la humanidad caída, quedaran privados de los privilegios del Paraíso Terrenal, hasta la implantación del Reino Mesianico. Y tras dicho decreto, el Alma de Cristo unida al Verbo Divino, desapareció como Árbol de la Vida de la presencia de nuestros primeros padres, y por lo tanto también desapareció el Alma de María bajo la forma de saludable río.

Capítulo VI

Adán y Eva se arrepienten de su pecado

Después de la desaparición del Árbol de la Vida y del río saludable, nuestros primeros padres, viéndose privados de los excelsos dones que poseían en el Paraíso, y tras haber oído la promesa de la Redención y el anuncio de las penas que deberían sufrir por su desobediencia, se arrepintieron de inmediato con dolor de perfecta contrición. A la vista de esto, Dios les perdonó su culpa o pecado mortal, concediéndoles la gracia justificante imperfecta y liberándoles de la habitabilidad de Satanás; por lo que Adán y Eva recobraron la amistad con Dios, dejaron de ser reos de las penas eternas y volvieron a pertenecer a la verdadera Iglesia. Sin embargo, permanecería en sus almas, durante muchos años, la mancha de su gravísimo pecado, la cual es la carencia de la Gracia Santificante. Nuestros primeros padres nunca jamás volvieron a pecar mortal ni venialmente. En sus relaciones matrimoniales, jamás copularon durante los periodos del menstruio, embarazo y las seis semanas posteriores al parto.

Capítulo VII

Autoridad patriarcal y sacerdotal de Adán

Dios, a través de las Almas de Cristo y María, recuerda al primer hombre, Adán, después de su caída, que es jefe y padre de la redondez de la tierra, con potestad para gobernar todas las cosas, dándole la fuerza para ello. Por eso, Adán, como Patriarca o cabeza de la familia del Pueblo de Dios, ejerció sobre éste la suprema autoridad sacerdotal y monárquica, en el orden espiritual y temporal. Dios exige también a Adán, que le ofrezca sacrificios cruentos de animales como testimonio del pecado del hombre, de su impotencia personal para satisfacer por dicha ofensa y de la promesa reparadora de Dios a través de las Víctimas del Calvario, Cristo y María, las cuales harían plenamente posible dicha reparación en virtud de que sus sacrificios son de valor infinito. Y el Patriarca Adán, correspondiendo al mandato divino, fue el que ofreció, a su Dios y Creador, el primer sacrificio cruento expiatorio, como modelo y ejemplo de penitencia a seguir por toda su descendencia. Por eso, Adán, también enseñó a sus hijos a ofrecer sacrificios cruentos de animales; pues sabía que sin derramamiento de sangre no habría Redención, y que era necesario, por consiguiente, realizar sacrificios simbólicos del Sacrificio Cruento y Reparador de la Cruz. Adán es el primer Patriarca de la humanidad; Eva, la primera Matriarca.

Capítulo VIII

El Planeta de María y el Planeta de Lucifer

1. Mientras que el Universo en general sufrió las consecuencias de la caída de Adán, Dios, a instancia de la Divina Alma de María, preservó un planeta del castigo de ese primer pecado para que, los que iban a ser en un futuro sus moradores, gozaran en parte de las gracias propias de la justicia original que nuestros primeros padres poseyeron en el Paraíso y después perdieron. Este planeta privilegiado, es el Planeta de María, en donde hay una especial economía de la gracia. En diferentes épocas y momentos, Dios fue sacando hombres y mujeres privilegiados, no sólo de la Tierra, sino también de otros planetas habitados, para que morasen en el Planeta de María; y desde éste cumpliesen misiones especialísimas en los distintos mundos habitados. Los que viven en el Planeta de María, poseen, desde el momento de su llegada allí, los dones sobrenaturales y preternaturales perdidos por nuestros primeros padres, aunque en inferior grado, por lo que gozan de la visión beatífica, y de la glorificación de sus cuerpos esencial y accidental. Mas, los dones y gracias del Planeta de María son en un grado inferior a los que hubo en el Paraíso Terrenal, y en un grado aún más inferior a los que habrá en el futuro Reino Mesianico, del que dicho Planeta es un anticipo. Por eso, los cuerpos accidentales de sus moradores, aunque gloriosos y bellos, no tienen aún todas las dimensiones y rasgos en conformidad con los del cuerpo esencial. En el Planeta de María no hay procreación humana, pero sí es muy copiosa la reproducción de todos los animales y vegetales, que en él se conservan, sin pérdida de ninguna de las especies creadas, y con la misma belleza original con que Dios las creó, aunque estén sujetas a la muerte. Es admirable cómo el Altísimo preservó de la inmundicia del pecado de Adán un planeta, destinándolo para Reino y Morada de la Divina María en consonancia con su hermosura y pureza inmaculadas. Mas, como Ella renunciase a vivir en ese privilegiado Paraíso para estar en la Tierra con los desterrados hijos de Eva, quiso, en cambio, que algunos de estos par-

ticiparan de las gracias y delicias de aquel maravilloso lugar, en beneficio de la humanidad.

2. Existe, además, el Planeta de Lucifer; pues Dios permitió a Satanás que se apropiara de un planeta para reino exclusivo suyo. Dicha usurpación fue tras la caída de Adán. Después, Satanás, fue poblándolo de hombres y mujeres malditos sacados de la Tierra y de otros mundos habitados, a quienes, por su consumada maldad, persuade con ambiciosas ofertas, a fin de llevarles a su infernal Planeta, en donde no hay posibilidad alguna de Redención. Mas, antes que dichas gentes perversas den su definitivo asentimiento, es necesario que la Divina María les prevenga de las consecuencias eternamente desgraciadas que les sobrevendrán, y les adoctrine sobre la Redención y demás misterios de nuestra fe; y aquellos que decidan seguir las insinuaciones de Satanás, al reafirmarse así con sumo grado de malicia en el pecado contra el Espíritu Santo, son confirmados en la desgracia y llevados por los demonios a ese Planeta; y, desde ese momento, sus almas y sus cuerpos quedan sometidos a un estado de cuasi condenación, con ciertas cualidades de los cuerpos infernales resucitados y la correspondiente pena propia de ese singular estado, que es la de daño en grado inferior, sin posibilidad alguna de gozo. Los cuerpos de esos infelices moradores ya no están sujetos a las necesidades físicas ni orgánicas, ni son posibles los placeres sensuales de cualquier tipo en ellos, ni tampoco la procreación humana. Mas, esos malditos, que vendrán a la Tierra para ayudar al Anticristo, seguirán acumulando deméritos hasta que les sobrevenga la muerte y el juicio particular, todo lo cual acaecerá en la Tierra al Retorno de Cristo, Quien les fulminará con su divino sople, sepultándoles eternamente en el Infierno. Las iniquidades de la Tierra, como el Sionismo, la Masonería, los cismas, las herejías, el comunismo y otras perversas ideologías, se pusieron en práctica, en sus distintos momentos, en los otros mundos habitados, a través de los habitantes del Planeta de Lucifer. Con el Retorno de Cristo, dicho planeta quedará liberado de Satanás y de sus moradores por eternidad de eternidades.

Libro V

Los hijos de Adán y Eva

Capítulo I

Caín y Abel

1. Nueve meses después de que fueron expulsados del Paraíso, Eva tuvo de Adán dos hijos gemelos, llamados Caín y Abel. El primero que nació fue Caín, del cual dijo su madre: «*Dios me ha dado un hijo varón*». Un año después, Eva dio a luz a dos hijas gemelas, llamadas Mafala y Azucena. Mafala, cuyo nombre significa sucia, ya escupía en el vientre de su madre a su otra hermana. Adán y Eva, después del nacimiento de estos cuatro gemelos, engendraron numerosos hijos e

hijas, teniendo un total de ochocientos ochenta y ocho: cuatrocientos cuarenta y cuatro varones y cuatrocientos cuarenta y cuatro varonas. Los descendientes de Adán y Eva pronto se multiplicaron copiosamente, dada la gran fecundidad de los matrimonios, pues los partos eran casi siempre de varios hijos. Dichos matrimonios eran monógamos, tal y como Dios lo había instituido, y el casamiento entre hermanos no implicaba ofensa alguna a Dios hasta la Ley Mosaica.

2. Abel, era pastor de ovejas. Desde muy niño manifestó siempre un espíritu humilde, sumiso y caritativo. Y como su padre le había enseñado el precepto divino

de ofrecer sacrificios cruentos de animales, Abel, dispuesto siempre a servir fielmente a Dios, le ofrecía lo más selecto de los primogénitos de sus ganados; y el Señor veía y aceptaba con agrado sus sacrificios al reunir las condiciones exigidas; hasta incluso, algunas veces, lo manifestaba sensiblemente mandando desde el cielo una llama de fuego que consumía las víctimas que le ofrecía con suma rectitud y esmerada generosidad. A los doce años, Abel quedó santificado, al recibir la custodia de la Triple Bendición, que le fue entregada por el Alma Divinísima de Cristo. Merced a este privilegio, el alma de Abel quedó limpia del pecado original al habitar en ella la Gracia Santificante o Espíritu Santo. Inmediatamente después de recibir esta gracia extraordinaria, Abel se consagró a Dios con voto de perpetua virginidad, por lo que vivió virgen toda su vida, aun teniendo muchas hermanas para poder haberse casado. Una de ellas, llamada Azucena, la que le hubiera correspondido por esposa, también se consagró a Dios con voto de perpetua virginidad cuando tenía doce años de edad y, por tanto, un año después de que lo hiciera su hermano. El Sacramento de la Triple Bendición permaneció bajo la custodia de Abel hasta su muerte. La vida de este justo varón transcurrió sin que perdiera nunca la inocencia, siendo siempre modelo de virtud al servicio de Dios.

3. Caín era labrador. Desde muy niño, manifestó siempre un espíritu soberbio, rebelde y envidioso; máxime, una vez llegado al uso de razón, a pesar de las gracias especialísimas que recibía de Dios, las cuales él menospreciaba. Aunque Caín sabía el precepto divino de que debían ofrecerse a Dios sacrificios cruentos de animales, dadas sus malas disposiciones, cada vez más perversas, guardaba para sí los animales, y hacía sólo ofrendas de los peores frutos de la tierra que cultivaba, por lo que Dios no aceptaba sus sacrificios; siéndole terriblemente enojoso que, su hermano Abel, fuera amado de Dios por sus grandes virtudes, y que sus sacrificios fueran por Él aceptados con suma complacencia. La bien merecida predilección de Dios hacia Abel, acrecentó en Caín el terrible odio que sentía hacia su inocente hermano; por lo que se irritaba sobremanera con él, y le maltrataba con gran crueldad a causa de la envidia que le tenía. Dios, saliendo en defensa de Abel, dijo con enojo a Caín: *«¿Por qué motivo te ensañas con tu hermano y por qué está demudado tu rostro? ¿No es cierto que si obrares bien, serás recompensado; y que, si obrares mal, el hábito del pecado estará siempre contigo? Tú eres el causante de que los apetitos desordenados te arrastren al mal; los cuales, si quieres, podrás dominar con el auxilio de mis gracias»*.

4. Mas, a pesar de las advertencias y exhortaciones de Dios, Caín, en vez de corregirse de su perversa conducta, en un gesto arrogante de venganza, a la edad de doce años se consagró íntegramente a Satanás, quedando entonces marcado con la señal luciferina; esto es, con el número 666, la marca de la Bestia, que de momento permanecía invisible a los demás. Cuando tenía catorce años, Caín se casó con su hermana Mafa-

la, a la que eligió como esposa por sus perversas disposiciones y con la que tuvo numerosos hijos e hijas.

5. A partir de este momento, el incontenible odio que Caín ya venía sintiendo hacia su hermano Abel, se acrecentó en grado tal, que se le hacía insoportable la existencia de éste. Mas, todas las insidias y malos tratos que recibía de Caín, los soportaba el inocente Abel con paciencia heroica, manifestando siempre a su hermano gran amor y respeto. Y sucedió que, en el año 34 de la Creación, cuando Abel tenía treinta y tres años de edad, el taimado Caín, con bondadoso fingimiento, pidió un día a su hermano le acompañara al campo, diciéndole: *«¡Salgamos fuera!»*. Y cuando estaban solos en lo que hoy es el valle de Josafat a las afueras de Jerusalén, Caín acometió por la espalda a Abel y le mató. Caín, después de matar al justo Abel, lo ofreció en holocausto a Satanás, quedando el cuerpo de su hermano reducido a cenizas, a cambio de alcanzar de Satanás cuarenta años de permanencia con sus padres, hermanos y demás familia, para cumplir con su diabólica obra de sembrar entre ellos el mal y arrastrarlos consigo. Y Dios le permitió a Satanás que correspondiese con los malvados deseos de Caín. Después de su crimen, Caín, mintiendo a sus padres, les dijo que, poseído por Satanás, uno de los corderos que Abel reservaba para ofrecérselo a Dios se había comido íntegramente a su hermano. Este engaño lo creyeron Adán y Eva durante cuarenta años. A pesar de este abominable crimen, Dios manifestó su paciencia con el fratricida, y le siguió dando gracias especiales para ver si se convertía, sin que Caín correspondiera en absoluto a ellas.

6. Cuarenta años después de la muerte del justo Abel, primer virgen y mártir de la humanidad, Dios, sumamente enojado con Caín, le habló: *«¿Dónde está tu hermano Abel?»*. Caín, con altanería, respondió: *«No lo sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?»*. Replicóle el Señor: *«¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a Mí desde la tierra. Maldito, pues, serás tú desde ahora sobre la tierra, la cual ha abierto su boca y recibido de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando la labres, no te dará sus frutos, y errante y fugitivo serás sobre la tierra»*. Y Caín, en vez de arrepentirse de sus pecados, lleno de soberbia, reprochó al Señor, diciendo: *«Mi iniquidad es muy grande para merecer tu perdón. He aquí que Tú me arrojas hoy de este lugar de la tierra en el que habitan los tuyos, y estaré lejos de tu presencia, y viviré errante y fugitivo por otras partes de la tierra, por lo que, cualquiera que me hallare me matará»*. Con estas palabras manifestaba Caín su desesperación y absoluta desconfianza en la infinita misericordia de Dios, a Quien culpaba de todos sus males, e incluso de su posible muerte por venganza. Mas, díjole el Señor: *«Así será; mas el que mate a Caín, recibirá un castigo siete veces mayor»*. Manifestándole así el Señor que, si gravísimo pecado es el crimen, mucho mayor es cuando se comete por venganza. Además, Dios trató nuevamente de mover a Caín al arrepentimiento, sin que el perverso fratricida correspondiese a la bondad de Dios.

Por eso, tras este diálogo, Caín, con su esposa Mafala, sus hijos, sus nietos, sus biznietos, y otros descendientes de Adán y Eva, huyó de aquel lugar habitado por el Pueblo de Dios, y vivió errante hacia el oriente, en donde fundó la ciudad de Henoc, donde más tarde fue edificada la Torre de Babel. En la huida, Dios descubrió la señal de la Bestia 666 impresa en la frente de Caín, quedando esta marca luciferina visible a los demás. Tras la huida de este primer heresiarca de la humanidad y sus secuaces, el Arcángel San Uriel, en nombre de Dios, reveló a Adán y Eva la verdad de la muerte de Abel. Caín y Mafala tuvieron seiscientos sesenta y seis hijos, entre varones y varonas. Caín jamás se reconcilió con Dios, rechazando todas las gracias que le fueron dadas para su salvación, por lo que murió en la más abyecta apostasía. Caín y Mafala se condenaron y están en el fuego eterno del Infierno con sus respectivos cuerpos. Caín, es una de las principales bestias de la tierra. Mafala es una de las principales figuras de la Antimaria.

7. Entre los descendientes de Caín, sobresale Lamec por su maldad y pecado de bigamia, ya que tuvo al mismo tiempo dos mujeres, en contra del carácter monógamo del Matrimonio instituido por Dios. Lamec mató a dos hombres: primero, a un hijo mancebo de Caín, para robarle a Sella, la que iba a ser su esposa; y, después, a Caín, el cual, viendo el asesinato de su hijo, se lanzó sobre Lamec para darle muerte, mas venció Lamec matando a Caín. Tras este doble crimen, Lamec, con arrogante desafío, reveló a su primera mujer Ada, y a la otra que había robado, llamada Sella, cómo había matado a Caín y a su hijo, diciendo: *«Oíd mi voz, mujeres de Lamec, escuchad: yo he matado a un hombre hiriéndole, y he matado a un mancebo con un golpe»*. Y agregó con sarcástica ironía: *«Si siete veces será vengado el que mate a Caín, setenta veces siete el que mate a Lamec»*, riéndose así de lo que Dios dijo a Caín. Mas, por su doble crimen, Lamec fue siete veces maldito de Dios, y al final se condenó eternamente.

Capítulo II

Construcción del primer templo de Jerusalén dedicado a Dios. El Patriarca Adán y la Matriarca Eva son santificados. Nacimiento de Set

1. Tras la apostasía y destierro de Caín, el Patriarca Adán y la Matriarca Eva, con su descendencia fiel a Dios, habían quedado en el lugar en que, antes del pecado, se hallaba el Edén o jardín de deleite del Paraíso Terrenal. Dios encargó a Adán le construyera en Jerusalén un templo en su honor. Adán comenzó a construirlo cuando tenía ciento ochenta y dos años de edad y lo terminó a la edad de doscientos veintidós años: o sea, que tardó en construir el templo a Dios cuarenta años. Por tanto, desde los primeros tiempos de la historia del Pueblo de Dios, siempre hubo en Jerusalén un templo dedicado al culto divino; cuyo edificio, a través de los siglos, fue varias veces destruido y reconstruido en el mismo lugar en que se hallaba el Templo en tiempo de Cristo.

2. Cuando Adán tenía doscientos veintidós años, el Alma de Cristo le confió la custodia de la Triple Bendición que había tenido Abel hasta su muerte, a cuya especial gracia se había hecho acreedor tras haber expiado su pecado con rigurosa penitencia. Adán entronizó el Sacramento de la Triple Bendición en el templo recién terminado para que fuese venerada por todo el Pueblo Escogido. Y en el momento en que Adán se hacía cargo de la Triple Bendición, quedó santificado, recibiendo la justicia perfecta, y, por tanto, la Habitabilidad del Espíritu Santo en su alma, y lo mismo su esposa Eva; de manera que a ambos les quedó borrado su primer y único pecado. Después de recibir la Triple Bendición, Adán, de común acuerdo con Eva, en acción de gracias por merced tan singular, guardó continencia absoluta durante un año. A los ocho años de recibir el Sacramento de la Triple Bendición, o sea, el día uno de enero del año 230, Adán tuvo un nuevo hijo de su esposa Eva, a quien llamó Set, cuyo nombre significa fundamento o simiente; por lo que dijo Eva: *«Dios me ha dado otra simiente en lugar de Abel, a quien mató Caín»*: esto es, ahora sé cuál de mis hijos habrá de suceder a Adán en el Patriarcado, con todo lo que implica. Pues, Set fue el elegido por Dios, para que en él continuase la línea promisorio o descendencia de la que nacería el futuro Redentor, Nuestro Señor Jesucristo. Tras la recepción de la Triple Bendición, Adán y Eva, durante toda su vida, de mutuo y santo acuerdo, después de cada siete años de copulaciones, observaban un año de absoluta castidad para dedicarse aún más a Dios.

3. Set vino a dulcificar la amargura que experimentaron Adán y Eva por la muerte de Abel. Desde su infancia, Set se destacó por sus excelsas virtudes, que fueron imitadas por muchos de sus descendientes. Set se desposó a la edad de veinticuatro años con su hermana Lirio, de veintitrés años de edad, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, y a la edad de doscientos cinco años le nació su hijo Enós. Después del nacimiento de Set, el Santo Patriarca Adán vivió setecientos años, y murió el 1 de enero del año 930 de la Creación, a la edad de novecientos treinta años, en el mismo sitio en que Cristo sería enterrado, hoy Santo Sepulcro, en Jerusalén; y el cuerpo de nuestro primer padre, fue sepultado en el mismo lugar del Monte Calvario sobre el que luego sería colocado Cristo en la Cruz. Y una hora más tarde que su marido, o sea, a los novecientos treinta años y una hora, la Santa Matriarca Eva murió en donde sería después depositado el Inmaculado Cuerpo dormido de la Divina María, lugar hoy conocido, en Jerusalén, como sepulcro de la Virgen; y luego Eva fue enterrada en el Calvario, junto a su esposo Adán; quedando la cabeza de ella donde, pasado el tiempo, tendría encima sus pies la Santísima Virgen María al pie de la Cruz. Tras la muerte de Adán y Eva, misteriosamente, todos los seres humanos vivientes guardaron una semana de silencio absoluto, en señal de respetuoso duelo. En lo que respecta a Azucena, hija de Adán y Eva, ella murió santamente a la edad de novecientos años.

Capítulo III

El Patriarca Set y demás Patriarcas antediluvianos

1. Al igual que el Patriarca Adán, el Patriarca Set y todos los demás Patriarcas antediluvianos ejercieron su Patriarcado con suprema autoridad sacerdotal y monárquica en el orden espiritual y temporal.

2. Terminada la semana de absoluto silencio por la muerte de Adán y Eva, Set, que tenía entonces la edad de setecientos años, fue santificado en el Templo, al ser bendecido por el Alma de Cristo con la Triple Bendición. En ese momento quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios y custodio del Misterioso Sacramento. En el año 1142, el Santo Patriarca Set y la Santa Matriarca Lirio murieron en el mismo instante, cuando él tenía la edad de novecientos doce años y ella novecientos once años. A la muerte de Set, su retataranieto Enoc, que tenía veinte años de edad y que estaba presantificado, recibió del Alma de Cristo la dignidad de bendecir en el Templo con la Triple Bendición a los Patriarcas antediluvianos Enós, Cainán, Malaleel y Jared, en los respectivos momentos en que estos comenzaron a ejercer el Patriarcado. Estos cuatro Patriarcas, al recibir la bendición con el misterioso Sacramento, fueron santificados y, además, constituidos custodios de la Triple Bendición entronizada en el Templo.

3. **Enós**, hijo de Set, a la edad de dieciocho años, se casó con su hermana Margarita, que tenía diecisiete años, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Cainán. Enós, cuando tenía ciento noventa años engendró a su hijo Cainán. A la muerte de Set, que fue en el año 1142, Enós quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios, cuando tenía setecientos siete años, estableciendo gran solemnidad en el culto divino. En el año 1340, el Santo Patriarca Enós y la Santa Matriarca Margarita murieron en el mismo instante: él, con novecientos cinco años y ella con novecientos cuatro años. **Cainán**, hijo de Enós, a la edad de veintiún años, se casó con su hermana Jazmina, que tenía veinte años, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Malaleel. Cainán, cuando tenía ciento setenta años, engendró a su hijo Malaleel. A la muerte de Enós, que fue en el año 1340, Cainán quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios cuando tenía setecientos quince años. En el año 1535, el Santo Patriarca Cainán y la Santa Matriarca Jazmina murieron en el mismo instante: él con novecientos diez años, y ella con novecientos nueve años. El Santo Patriarca Cainán, fue conocido también con el sobrenombre de Cainán el Seráfico. **Malaleel**, hijo de Cainán, a la edad de veinticuatro años, se casó con su hermana Rosa, que tenía veintitrés años, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Jared. Malaleel, a la edad de ciento sesenta y cinco años engendró a su hijo Jared. A la muerte de Cainán, que fue en el año 1535, Malaleel quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios, cuando tenía setecientos cuarenta años. En el año 1690, el Santo Patriarca Malaleel y

la Santa Matriarca Rosa murieron en el mismo instante: él, con ochocientos noventa y cinco años, y ella con ochocientos noventa y cuatro. **Jared**, hijo de Malaleel, a la edad de diecisiete años se casó con su hermana Matusalina, que tenía dieciséis años, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Enoc. Jared, a la edad de ciento sesenta y dos años engendró a su hijo Enoc. A la muerte de Malaleel, que fue en el año 1690, Jared quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios cuando tenía setecientos treinta años. En el año 1922, el Santo Patriarca Jared y la Santa Matriarca Matusalina murieron en el mismo instante: él, con novecientos sesenta y dos años, y ella con novecientos sesenta y uno. **Enoc**, hijo de Jared, a la edad de veinticuatro años se casó con su hermana Clavelia, que tenía veintitrés años, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Matusalén. Enoc, a la edad de ciento sesenta y cinco años engendró a su hijo Matusalén. A la muerte de Jared, que fue en el año 1922, Enoc quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios a la edad de ochocientos años. En el año 2010, el Santo Patriarca Enoc, fue arrebatado al Planeta de María a la edad de ochocientos ochenta y ocho años, llevándose consigo la Triple Bendición, y desde donde ejerció su Patriarcado sobre los hombres planetarios. Su esposa la Santa Matriarca Clavelia, murió con ochocientos ochenta y siete años, en el mismo instante del arrebatamiento de Enoc al Planeta de María. **Matusalén**, hijo de Enoc, fue presantificado en el seno materno en el octavo mes de su concepción. Matusalén, a la edad de diecisiete años, se casó con su hermana Ana, que tenía dieciséis años, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Lamec. Matusalén, a la edad de ciento sesenta y siete años engendró a su hijo Lamec. En el año 2010, tras ser trasladado Enoc al Planeta de María, Matusalén, quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios, cuando tenía setecientos veintitrés años. En el año 2121, el Santo Patriarca Matusalén fue arrebatado al Planeta de María a la edad de ochocientos treinta y cuatro años. Su esposa la Santa Matriarca Ana murió con ochocientos treinta y tres años en el mismo instante del arrebatamiento de Matusalén al Planeta de María. **Lamec**, hijo de Matusalén, a la edad de veinticuatro años se casó con su hermana María, que tenía veintitrés años, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue Noé. Lamec, a la edad de ciento ochenta y ocho años, engendró a su hijo Noé. En el año 2121, al ser trasladado su padre Matusalén al Planeta de María, el Alma de Cristo trajo al Templo la Triple Bendición, con la que bendijo y santificó a Lamec, desapareciendo después con la Misma. En este momento Lamec quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios, a la edad de seiscientos sesenta y siete años. En el año 2231 el Santo Patriarca Lamec y la Santa Matriarca María murieron en el mismo instante: él con setecientos setenta y siete años, y ella con setecientos setenta y seis.

Libro VI

Noé y el Diluvio universal

Capítulo I

El Patriarca Noé

En el año de la Creación 1642, cuando Lamec tenía la edad de ciento ochenta y ocho años, tuvo a su hijo Noé, a quien impuso dicho nombre, diciendo: *«Éste nos consolará de las obras y trabajos de nuestras manos, en esta tierra a la que maldijo el Señor»*. Noé fue varón justo y perfecto, y anduvo fiel a Dios, sin apartarse jamás de las sendas de la justicia, de la religión y de la virtud, por lo que halló gracia delante de Él. Noé, a la edad de cuarenta y cuatro años, se casó con su hermana Virginia, que tenía cuarenta y tres años de edad. El nombre de Virginia, le fue impuesto porque, en su tiempo, la tierra sería renovada por el Diluvio universal, y así transformada en Tierra Virgen o Nueva Tierra. Noé y Virginia, antes de que engendraran a Sem, Jafet y Cam, tuvieron numerosos hijos varones y varonas. En el año 2142 de la Creación, cuando Noé tenía quinientos años de edad, tuvo, de su mujer Virginia de un mismo parto tres hijos, que salieron del seno de su madre, por el siguiente orden: Sem, Jafet y Cam. Un año después del nacimiento de estos, Noé y Virginia tuvieron tres hijas de un mismo parto, con este orden: Basílica, Nela y Nila. Y tras estas tres hijas, Noé y Virginia, tuvieron, hasta siete años antes del Diluvio, numerosos hijos varones y varonas. Sem, a la edad de treinta años casó con su hermana Basílica, que tenía veintinueve años. En el mismo día se casaron también Jafet con su hermana Nela, y Cam con su hermana Nila. Cada una de estas tres parejas, tuvo muchos hijos varones y varonas hasta siete años antes del Diluvio.

Capítulo II

La corrupción de la humanidad y el Decreto del Diluvio

1. En los tiempos que precedieron al Diluvio universal, la población de la humanidad había crecido de manera extraordinaria, junto con la ciencia y el desarrollo económico. Mas, los hombres, en vez de ser fieles a las disposiciones de Dios y darle gracias por aquel feliz progreso, se llenaron de soberbia, cometiendo toda serie de iniquidades. Antes del Diluvio universal, durante largo tiempo, se distinguían con claridad dos líneas: de la línea de Set, los hijos de Dios; y de la línea de Caín, los hijos de los hombres. Muchos de los hijos de Dios, andando el tiempo, apostataron y se mezclaron con las hijas de los hombres, merced a las extraordinarias dotes de belleza, seducción y astucia de ellas, muy por encima del común del linaje de las hijas de Dios. Por tanto, con excepción de Noé, Virginia, los tres hijos Sem, Jafet y Cam, y las mujeres respectivas de estos, hasta los mismos hijos del Pueblo de Dios se habían pervertido; pues, poco a poco fueron

perdiendo las buenas costumbres y sentimientos religiosos que habían heredado de sus antepasados.

2. La ambición humana llegó hasta la osadía de querer suplantarse el poder infinito de Dios. Científicos soberbios y aberrantes, so pretexto de adelantos, y con la ayuda de Satanás, se dedicaron a toda serie de experimentos de manipulación genética, en laboratorios de muy avanzada técnica; pues, antes del Diluvio universal, la tecnología, en muchos aspectos, era muy superior a la actual, aunque en otros muchos era muy inferior. Y Dios permitió que trastocaran el orden natural en muchas cosas, sobre todo en lo que concierne a los seres humanos, animales y plantas. Una prueba evidente la tenemos en que, por aquellos tiempos que precedieron al Diluvio, había gigantes sobre la tierra producto de la abominable manipulación genética: unos, eran hombres de estatura gigantesca con almas humanas creadas e infundidas por Dios; y otros, eran animales y vegetales también de tamaño gigantesco. Toda esa serie de gigantes humanos, animales y vegetales, fueron después exterminados por Dios con el Diluvio. Estos gigantes humanos fruto de la manipulación genética, nada tenían que ver con otros hombres de muy elevada estatura, que también había, fruto de la generación natural establecida por Dios, aunque trastocada por el pecado original.

3. Mas dentro de la sociedad corrompida de antes del Diluvio, había otros tipos de gigantes; que eran hombres poderosos en el gobierno, en la economía y en las armas, y que subyugaban a los pueblos con sus conquistas y poderes despóticos. Estos poderosos gobernadores de la tierra, poseían armas mortíferas inimaginables para los hombres actuales. Todos ellos fueron también exterminados por Dios con el Diluvio.

4. Ya antes del Diluvio universal, en muchos de los planetas, existían seres humanos descendientes de las distintas parejas, unas buenas y otras malas, trasladadas desde la tierra. Al igual que en ésta, tuvo lugar en los otros mundos habitados la corrupción de los hombres. En el año 2122 de la Creación, Dios mandó a Noé predicar en la tierra la penitencia, a fin de que las gentes se convirtieran, y evitar el castigo, diciéndole: *«No permanecerá mi Espíritu conservador para con el hombre, pues su carne se ha corrompido; por lo que su tiempo será ciento veinte años»*. Y así, Dios, anunciaba a Noé que, si bien el castigo era ya inevitable por la perversión humana, no vendría hasta los ciento veinte años, tiempo que les era dado a los hombres para la reflexión y el arrepentimiento; con lo cual Dios hasta podría apiadarse de la humanidad. Noé, siempre fiel y obediente a los divinos mandatos, predicaba incesantemente, y el anuncio del castigo iba transmitiéndose de boca en boca a todas partes, sin que las gentes hicieran caso de las dramáticas predicciones, de las que incluso se mofaban, siendo él objeto de escarnio de aquel pueblo envilecido que rechazaba sus

enseñanzas, calificándolas de locura. Por eso, viendo Dios que era mucha la malicia de los hombres sobre la tierra y que todos los pensamientos del corazón eran inclinados al mal, con íntimo dolor, dijo de nuevo a Noé: *«Exterminaré de la faz de la tierra al hombre, que he creado: desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo»*. Y así, lamentábase Dios a Noé de la indiferencia humana ante los anuncios de su mensajero, y a la vez le mandaba predicase con mayor insistencia y detalle el castigo venidero si los hombres persistían en su maldad.

5. Y como después de los primeros veinte años de la predicación de Noé, no hubiera mejora alguna en la conducta de la humanidad, sino que estaba aún más corrompida y llena la tierra de suma iniquidad, Dios decidió comunicar a Noé su firme decisión de castigar con el Diluvio universal. Mas, antes de darle las instrucciones preparatorias para tal castigo, en el año 2142 le concedió a Noé el privilegio de ser santificado. Para ello, la Divina Alma de María, en forma de Nube, y la Divinísima Alma de Cristo, en forma humana dentro de la Nube, portando el Sacramento de la Triple Bendición, se aparecieron a Noé. Y el Alma de Cristo, tocando con este Sacratísimo Misterio el corazón de su siervo, quedó éste santificado al recibir la Gracia Santificante en su alma. Después, el Alma de Cristo ordenó a Noé que construyese el Arca, pues quería castigar a la humanidad exterminándolo todo. Las Divinas Almas desaparecieron y llevaron consigo la Triple Bendición al Planeta de María, de donde la habían traído, ya que allí Enóc la había llevado a causa de la corrupción de la Tierra.

6. Transcurridos, pues, veinte años de la predicación de Noé y, por tanto, cien años antes de que sobreviniese el castigo, Dios anunció a Noé que la ejecución de su Decreto del Diluvio era irrevocable, a la vez que le encomendaba la construcción del Arca, diciéndole: *«Llegado es ya el fin de todos los hombres, decretado por Mí; pues, la tierra está llena de iniquidad por sus malas obras, y Yo los destruiré juntamente con la tierra. Haz para tí un arca de maderas bien labradas: en el Arca harás apartamentos y la embetunarás por dentro y por fuera. Y has de hacerla de esta manera: La longitud del Arca será de trescientos codos, (159 metros), la anchura de cincuenta codos (26,5 metros) y la altura de treinta codos (15,9 metros). Harás una ventana en el Arca, y su cubierta la harás inclinada que vaya alzándose hasta un codo; y en un costado del Arca, pondrás la puerta; y harás en ella tres pisos: uno abajo, otro en medio y otro arriba»*. El codo bíblico equivale a cincuenta y tres centímetros. Poco antes del nacimiento de Sem, Jafet y Cam, Noé empezó a construir el Arca, ayudado por sus hijos, otros parientes y siervos, bajo la gran dirección de su padre el Patriarca Lamec. El Arca fue construida en lo que luego sería llamado Valle de Josafat, en Jerusalén, pues él vivía con su familia en lo que hoy es esta ciudad.

7. Y aunque Dios mandó decididamente, a Noé, construir el Arca, y era el Diluvio ya inevitable por la obstinada impiedad de la humanidad, sin embargo, era

tanta la paciencia y misericordia de Dios, que la ejecución del castigo seguía condicionada a la correspondencia o no de los hombres con respecto a la predicación que de Noé recibían. Y cuanto Dios hablaba del castigo de la Tierra, era también para los demás planetas habitados, pues la corrupción humana se extendía a todos ellos. Y por eso, ciento veinte años antes del Diluvio, Dios había encomendado a Matusalén la predicación de la penitencia a los hombres planetarios; pues, había sido transportado al Planeta de María para que, desde allí, cumplierse dicha misión en los otros planetas; sin que, tampoco, sus advertencias fuesen aceptadas por sus habitantes, salvo algunas excepciones. Por eso, en la Tierra, los que permanecieron fieles a Dios, que fueron Noé, su esposa, sus tres hijos y las respectivas esposas de estos, fueron puestos a salvo en el Arca; pues, llegada la hora de entrar en el Arca salvadora, sólo entraron: Noé y Virginia, Sem y Basflica, Jafet y Nela, así como Cam y Nila; por tanto, todos los demás hijos supervivientes de estas cuatro parejas, se negaron a hacerlo, por lo que fueron tragados por el Diluvio universal. Y, a su vez, los pocos varones y varonas planetarios que también permanecieron fieles a Dios, fueron llevados al Planeta de María; quedando allí como moradores de este planeta, como lo era ya Matusalén; si bien él, por misterios inescrutables, volvería a la tierra, tras el castigo, para morir catorce años después, a la edad de novecientos sesenta y nueve años. Antes de morir, Matusalén entregó a Noé y a sus hijos el Libro de Enoc, que contenía los acontecimientos anteriores al Diluvio y las profecías sobre acontecimientos futuros.

8. En el año 2231, a la muerte de su padre el Santo Patriarca Lamec, Noé, que tenía quinientos ochenta y nueve años, quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios, con suprema autoridad monárquica y sacerdotal en el orden espiritual y temporal.

Capítulo III

El Diluvio universal

1. Llegado, pues, el tiempo en que Dios se dispone a castigar con el Diluvio a la perversa humanidad, dijo al Patriarca Noé: *«Entra tú y toda tu familia en el Arca: ya que tú sólo has sido hallado justo ante Mí en esta generación. De los animales terrestres, toma: de unos, siete parejas: siete machos y siete hembras; y de otros, dos parejas: dos machos y dos hembras; y de las aves del cielo toma siete parejas: siete machos y siete hembras; para que se conserve toda especie de animal sobre la faz de la tierra. Porque pasados siete días, yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches: y exterminaré de ella cuanto vive»*. Y Noé se dispuso a hacer todo lo que le había mandado el Señor.

2. El día 25 de diciembre, viernes, del año de la Creación 2241, comenzaron a entrar en el Arca las parejas de las distintas especies animales, tal y como lo había mandado Dios a Noé. Dichos animales, movidos por Dios, entraron con sumisión y en perfecto orden. Durante la permanencia de los animales en el Arca, Dios

les sometió a un profundo sueño quedando como atargados, con excepción de unos pocos de los que eran domésticos, necesarios para el sostén de Noé y de los otros siete que con él convivían. Pues, aunque Noé no mató ninguno de los animales que estaban en el Arca, sí se sirvió de la leche de algunas de las vacas, ovejas y cabras, y de otros productos animales, para alimento de él y de su familia.

3. El día 1 de enero, viernes, del año de la Creación 2242, estando ya dentro del Arca todos los animales, entraron Noé, su mujer Virginia, sus hijos Sem, Jafet y Cam, y las respectivas mujeres de estos, Basílica, Nela y Nila, siendo el Patriarca el último en hacerlo; el cual portaba solemnemente la Triple Bendición. Pues, momentos antes de entrar Noé en el Arca, se le aparecieron las Tres Divinas Personas, bajo figura humana, envueltas en la Nube, que es la Divina Alma de María; la Segunda Persona de la Santísima Trinidad entregó a Noé el Sacramento de la Triple Bendición dentro del Cáliz de Melquisedec. El Patriarca, procesionalmente, introdujo en el Arca el Misterioso Sacramento y lo depositó en ella como Sagrario vivo de aquel templo que contenía la Iglesia. A él, pues, le fue confiada la custodia de la Triple Bendición, que conservó dentro del Arca durante los días que permanecieron en ella.

4. El día 1 de enero, viernes, del año de la Creación 2242, al amanecer comenzó el Diluvio. Tenía, pues, el Patriarca Noé la edad de seiscientos años cuando se abrieron las cataratas del cielo y las aguas comenzaron a inundarlo todo. Y estuvo lloviendo cuarenta días y cuarenta noches, por lo que la inundación fue de tal magnitud que las aguas crecieron en extremo y todo lo cubrieron; por lo que, el Arca, mientras ondeaba sobre las aguas, fue llevada por el vaivén de éstas, desde lo que hoy es el Valle de Josafat, en Jerusalén, hasta las cumbres de Armenia, siendo elevada muy por encima del Monte Ararat. Y fueron cubiertos todos los montes más altos, hasta sobrepasar el agua quince codos (7,95 metros) sobre el Himalaya, que es el punto más alto de la tierra, quedando así ésta totalmente cubierta por las aguas. He aquí, que desde el 1 de enero, las aguas, en su continua subida de nivel sobre la tierra, llegaron a cubrirla totalmente el 10 de febrero del mismo año 2242. Y el agua destruyó todas las criaturas que vivían sobre la tierra, desde los hombres hasta todas las especies de animales: las aves, las bestias y todos los reptiles. Y no quedó ser viviente sobre la tierra. Solamente quedaron Noé y los otros siete que con él estaban en el Arca: o sea, su mujer Virginia, sus hijos Sem, Jafet y Cam, y las mujeres de estos. Y, si bien por el Diluvio, murieron muchos de los animales que viven bajo las aguas, sobrevivieron en el interior de las mismas múltiples parejas de cada especie; pues, dicho castigo, afectó directamente a la tierra firme e indirectamente a las aguas. Éstas dominaron la Tierra durante ciento cincuenta días, es decir, desde el mismo día 1 de enero en que empezó el Diluvio, hasta el 29 de mayo inclusive, del mismo año 2242.

5. El Arca era el suntuoso santuario que contenía la Iglesia en medio de la terrible borrasca del Diluvio.

Pues las Almas de Cristo y María desposadas, estaban dentro del Arca presentes en el Sacramento de la Triple Bendición; y ese Divino Desposorio o Alma Mística, se manifestaba asistiendo a la Iglesia de manera especialísima, y conduciendo la Nave inmune y salva en medio de la catástrofe universal. Y el Espíritu Santo, presente en las Divinas Almas, cubría con el fuego de su caridad y llenaba de gracias actuales a la Iglesia contenida en el Arca. En ella, Noé y su familia permanecieron en continua oración y sacrificio, para así aplacar más la ira Dios y atraer su misericordia sobre aquella humanidad perversa. Merced, pues, a la intercesión de Noé y su familia, muchos de los que perecieron durante el Diluvio reconocieron su culpa, pidieron perdón a Dios y se salvaron.

6. Para tener una idea de la gran mortandad de seres humanos causada por el Diluvio, conviene tener en cuenta lo siguiente: El 1 de enero del año 2242 de la creación del mundo, antes de comenzar el Diluvio universal, la tierra tenía una población de algo más de ocho mil millones de seres humanos; y esto, sin contar los de los demás planetas habitados. Por tanto, cuando vino el Diluvio universal, había aproximadamente algo más de dos mil millones de habitantes por encima de los que actualmente tiene la tierra. Este ingente número de seres humanos que poblaban la tierra antes del Diluvio, se debió: a la larga duración de la vida humana en aquel entonces, a la copiosa fecundidad de la mujer y a otros factores que favorecían dicha multiplicación. Por tanto, con el Diluvio universal, Dios exterminó de la Tierra y de los demás planetas habitados, todos los seres humanos que existían en dichos lugares antes de comenzar el castigo; con excepción de Noé y su mujer, sus tres hijos y las respectivas esposas de estos. En total, sólo quedaron en la tierra estas ocho personas. Además, con el Diluvio universal cambió la fisonomía de la Tierra y la de los demás planetas afectados por el castigo.

7. Y si bien el Diluvio fue universal, ya que afectó tanto a la Tierra como a los demás planetas habitados, sin embargo, no afectó al Planeta de María, al ser éste un lugar preservado del pecado de Adán, en donde sus habitantes gozan de una especial economía de la gracia y de la visión beatífica. Ni tampoco el Diluvio afectó, por misterios de Dios, al Planeta de Lucifer, ya que sus infernales habitantes no morirán hasta que sean fulminados, juntamente con el Anticristo, por el Divino Sopleo de Cristo. Y como en estos dos planetas no hay procreación humana, toda la ingente masa de hombres y mujeres nacidos después del Diluvio, proceden única y exclusivamente de Noé y sus tres hijos.

8. El 10 de febrero del año de la Creación 2242, miércoles, al amanecer terminó el Diluvio, pues se cerraron las grandes cataratas del cielo y cesaron las lluvias. Y acordándose Dios de Noé, y de todos los animales que estaban con él en el Arca, el día 30 de mayo del mismo año, cuando aún las aguas estaban quince codos (7,95 metros) por encima del Himalaya, el Espíritu Santo, en forma de paloma, cerniéndose sobre las mismas, sopló impetuosamente, y bajo el impulso de

este viento divino, comenzaron a descender vertiginosamente, por lo que disminuyeron las aguas sobre la tierra después de dominarla durante ciento cincuenta días. El día 6 de junio, estando aún las aguas nueve metros por encima del Monte Ararat, el Espíritu Santo, en forma de paloma, posóse sobre la parte superior del Arca, sopló y la nave tocó tierra acompañada de un estruendoso sonido, reposando, pues, sobre dicho monte de Armenia. El día 6 de agosto, descubrieronse las cimas de los montes de aquella zona, empezando por el Ararat, que es el más alto de la región.

9. El 15 de septiembre, es decir, cuarenta días después del día 6 de agosto, abriendo Noé la ventana del Arca que había hecho, soltó un cuervo, el cual salió, y no volvió hasta que las aguas se secaron sobre la tierra. El 15 de octubre, sábado, Noé suelta por primera vez la Paloma, para ver si habían cesado las aguas sobre la faz de la tierra; la cual, no habiendo hallado donde poner su pie, porque las aguas aún estaban sobre la tierra, volvió al Arca ese mismo día. Noé, pues, extendió la mano, y tomándola la metió en el Arca. Dicha Paloma era la Divina Alma de María manifestada bajo esa figura. El 22 de octubre, sábado, o sea, siete días después, Noé suelta por segunda vez la misma Paloma, que retorna por la tarde de ese día trayendo en su pico una rama de olivo con las hojas verdes; cuya Rama era el Alma Divinísima de Cristo, manifestada bajo esa figura. Con lo que entendió Noé que las aguas habían descendido completamente de la tierra, bajando, pues, las mismas al nivel del mar como hoy entendemos. Desde la terminación del Diluvio, 10 de febrero, hasta que descendieron totalmente las aguas, 22 de octubre, transcurrieron doscientos cincuenta y cinco días, ya que milagrosamente febrero tuvo veintinueve días; por lo que el año 2242 fue bisiesto, aunque no le correspondía serlo. Esto se debió a que, después de la cesación de la lluvia del Diluvio universal hasta la bajada de las aguas, Dios prolongó los días.

10. El 29 de octubre, sábado, o sea, siete días después, Noé suelta por tercera vez la misma Paloma; la cual, no volvió: es decir, que el Alma Divina de María, misteriosamente, dejó de hacerse visible bajo esa figura; si bien Ella, en virtud de su presencia sacramental en la Triple Bendición, siguió dentro del Arca. Y el 5 de noviembre, sábado, Noé abrió una ventana de la cubierta del Arca, se asomó, y observó que ya estaba seca la parte de la tierra que alcanzaba ver. Y el 31 de diciembre, sábado, de aquel año 2242, toda la tierra ya estaba seca. Este mismo día volvió el cuervo al Arca, ya que, según el plan divino, tenía que salir oficialmente emparejado con los animales de su especie.

11. El día 1 de enero, domingo, del año de la Creación 2243, poco antes del mediodía, Dios mandó al Patriarca Noé saliesen todos del Arca, diciéndole: *«Sal del Arca tú y tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo. Saca también todos los animales que están contigo: las aves, las bestias y los reptiles. Entrad sobre la tierra y creced y multiplicaos sobre ella»*. A las 12h. de la mañana o mediodía de la referida fe-

cha, salió Noé del Arca portando la Triple Bendición; y tras él, salió su familia; y seguidamente, todos los animales. El Patriarca Noé es, pues, el primero que pisó la tierra ya purificada, embellecida y ricamente fértil. El mismo día 1 de enero, a las 3h. de la tarde, Noé, edificó un altar al Señor; y tomando algunos animales, ofreció holocaustos sobre el altar; cuyo sacrificio fue con olor de suavidad para Dios, por lo que dijo Él: *«No volveré jamás a maldecir la tierra castigándola con un Diluvio a causa de los pecados de los hombres; pues, a pesar de que los sentidos y el pensamiento del corazón humano están inclinados al mal, no castigaré más a todo ser viviente de la misma manera que ahora lo he hecho. Por tanto, desde ahora, y mientras el mundo durare, no dejarán jamás de sucederse la sementera y la siega, el frío y el calor, el estío y el invierno, la noche y el día»*.

Capítulo IV

Bendición y pacto de Dios con el Patriarca Noé

1. Después, se hizo visible a Noé y a los demás, el Padre Eterno, bajo majestuosa figura humana, y se autodenominó Ananías, que significa «Disipador de las tinieblas». El Padre Eterno bendijo a Noé, a su esposa Virginia, a sus hijos y a las esposas de ellos, diciéndoles: *«Creced y multiplicaos y poblad la tierra. Que estén sujetos a vosotros todos los animales de la tierra, todas las aves del cielo, y todos los peces del mar; pues todos están en vuestras manos y bajo vuestro dominio. Los animales os servirán de alimento; así como los vegetales que también os entrego. Vosotros, pues, creced y multiplicaos, y dilataos sobre la tierra y pobladla»*.

2. Dijo también el Padre Eterno a Noé y a su familia: *«Sabed que yo voy a establecer mi pacto con vosotros, y con vuestra descendencia, y con todo animal viviente, y no perecerá ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá en lo venidero diluvio que destruya la tierra»*. Y dijo también el Padre Eterno: *«Ésta es la señal de la alianza que establezco por generaciones para siempre, entre Mí y vosotros, y con todo animal viviente que mora con vosotros: Este Arco Iris que veis colocado sobre la Nube, será la señal de alianza entre Mí y entre la tierra. Por lo que, cuando Yo cubriere el cielo de nubes, aparecerá mi arco en ellas, y me acordaré de mi alianza con vosotros, y con todo ser viviente; y ya no habrá más aguas de diluvio que lo destruyan todo. Ésta es, pues, la señal de la alianza, que tengo establecida entre Mí y todo viviente sobre la tierra»*. El Arco Iris era el Alma Divinísima de Cristo y la Nube el Alma Divina de María, ambas manifestadas de esa manera. Seguidamente, el Padre Eterno ordenó a Noé volviesen todos a su tierra de procedencia, es decir, lo que hoy es Jerusalén, y les indicó que deberían ir entre los ríos Éufrates y Tigris, peregrinando durante seiscientos cuarenta años; y que deberían acampar en ocho lugares distintos, permaneciendo en cada uno de ellos ochenta años; y, además, que, cumplidos estos ocho períodos de acampadas, habrían ya

de ir directamente a su lugar de procedencia. También, el Padre Eterno, les dijo que, durante ese peregrinaje, no fundaran ninguna ciudad permanente, sino que sólo acamparan, hasta que, una vez llegados a su destino, edificasen un Templo en honor de Dios en el mismo lugar en que estuvo el de Adán, y refundaran la primera ciudad de la Tierra virgen, cuya ciudad es Jerusalén.

3. En ese mismo domingo, día 1 de enero del año 2243, Noé, tras el agradable sacrificio que ofreció a Dios al salir del Arca, juntamente con su esposa Virginia, Sem y Basílica, Jafet y Nela, así como Cam y Nila, hicieron, en acción de gracias a Dios, un voto de castidad absoluta por todo aquel año. Mas, a mediados del año, Cam y Nila quebrantaron el voto de castidad que habían hecho, por lo que, caídos en desgracia, ambos perdieron la luz y se consagraron íntegramente a Satanás; mas, no concibieron aquel año; lo cual fue intencionadamente, ya que, de haber concebido Nila, hubiera quedado al descubierto la maldad de ambos esposos por haber roto el voto de castidad. Cam y Nila, que por su apostasía estaban fuera de la Iglesia Santa, no obstante permanecieron viviendo con sus padres y hermanos durante cuarenta años ocultando su perversidad.

4. Noé y Virginia, después del Diluvio tuvieron ochocientos ochenta y ocho hijos entre varones y varonas. Sem y Basílica, después del Diluvio y del nacimiento del heredero de la primogenitura, su hijo Arfaxad, tuvieron muchos hijos varones y varonas. Jafet y Nela, después del Diluvio tuvieron muchos hijos varones y varonas. Cam y Nila, después del Diluvio, tuvieron seiscientos sesenta y seis hijos varones y varonas.

5. Después del Diluvio, todo el linaje de los hombres sobre toda la tierra y demás planetas habitados, se propagó de Noé y Virginia, así como de Sem, Jafet y Cam, y las respectivas esposas de estos. Del linaje de Sem procedería la estirpe de Jesucristo. Noé es el primer Patriarca, después del Diluvio, a quien Dios promete manifiestamente la venida del Redentor. Antes del Diluvio universal los hombres no conocían la lluvia, pues la tierra era regada en virtud de un suave rocío y el agua subterránea era inmensamente abundante.

Capítulo V

Bendición de Sem y Jafet.

Maldición de Cam y toda su descendencia

1. El Patriarca Noé, que era también labrador, dedicóse con sus hijos, entre otras cosas, a labrar la tierra. Y sucedió que, en el año 2282, cuando se hallaba con su familia acampado en el primer campamento, como hubiese plantado una viña y luego echara racimos, los exprimió, bebió del zumo una vez fermentado y se embriagó, quedando desnudo en medio de su tienda. Este accidente, no fue por falta de templanza de Noé en la bebida, pues conocía perfectamente los efectos del vino, sino que fue causado por su nieto Canaán, cuarto hijo de Cam; quien, astuta y satánicamente, manipuló el vino de Noé para que éste se embriagara,

con la diabólica intención de arrebatarle la custodia de la Triple Bendición y así poderla profanar. Y Cam, viendo la desnudez vergonzosa de su padre, y sin considerar el respeto que le debía, salió fuera a contarle a sus dos hermanos con aire burlesco y jocoso. Mas, Sem y Jafet, recriminaron a su hermano Cam por su mala conducta, y luego fueron los dos adonde estaba su padre, y vueltos de espaldas para no ver su desnudez, se acercaron y le cubrieron con un manto. Por su perverso proceder, Cam, que ya estaba maldito a los ojos de Dios tras su nefasta consagración a Satanás, quedó ahora al descubierto tras recaer sobre él una nueva maldición por lo hecho con su padre; ya que Dios había decretado a Adán y Eva en el Paraíso que sería maldito el hijo que descubriese la desnudez de su padre y de su madre; lo cual sólo estaba permitido en el caso de que lo exigiera la caridad en el cuidado para con ellos. Y cuando se le pasó a Noé el efecto del vino, despertóse; y luego que supo por Sem y Jafet lo que había hecho con él su hijo Cam, que era el menor de los tres, Noé no maldijo a Cam, pues éste estaba ya maldito por su abominable acción, sino que maldijo a Canaán, a su esposa Babela, y a toda su descendencia, diciendo: *«Maldito sea Canaán. Siervo será de los siervos de sus hermanos»*. Y añadió: *«Bendito el Señor Dios de Sem; sea Canaán siervo de éste. Ensanche Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem; y sea Canaán siervo de aquél»*. Cam, en vez de arrepentirse, se enfureció terriblemente contra su padre y hermanos, deseándoles toda clase de males. Además, Cam, en agradecimiento a su hijo Canaán por el intento de profanar la Triple Bendición, le premió con la primogenitura según el orden de Satanás.

2. Tras este incidente, Cam y Nila, Canaán y Babela, con todos sus seguidores, se alejaron de su familia con el firme propósito de luchar contra el Pueblo de Dios, sobre todo propagando por doquier la idolatría y el paganismo. No obstante este alejamiento, Cam no perdía de vista el curso del peregrinaje de Noé, Sem, Jafet y todos sus seguidores, a fin de corromperles y arrastrarlos a la apostasía. Cam, es, pues, el protoheresiarca postdiluviano; sintió hacia su hermano Sem un odio implacable, ya que de éste descendería el Salvador del mundo.

3. Después del Diluvio universal y durante siglos, siguió habiendo en la humanidad dos líneas: una, la de los hijos de Dios, la cual tenía dos ramas: la principal, la de los descendientes del Santo Patriarca Sem y de la Santa Patriarca Basílica; y la secundaria, la de los descendientes del Santo Patriarca Jafet y de la Santa Patriarca Nela; la otra, la de los hijos de los hombres, que es la de los descendientes de Cam y Nila. Muchos de los hijos de Dios, andando el tiempo, apostataron y se mezclaron con las hijas de los hombres, merced a las extraordinarias dotes de belleza, seducción y astucia de ellas, muy por encima del común del linaje de las hijas de Dios. Durante su vida, Cam y Nila, así como Canaán y Babela, rechazaron todas las gracias que les fueron dadas para su salvación, por lo que se condenaron eternamente y están en cuerpo y alma en

el Infierno. Entre las principales bestias de la tierra se cuentan Cam y Canaán. Nila y Babela son dos de las principales figuras de la Antimaría. Babela tuvo como sobrenombre diosa de las tinieblas.

4. En el año 2592, el Santo Patriarca Noé y la Santa Matriarca Virginia murieron en el mismo instante: él con novecientos cincuenta años y ella con novecientos cuarenta y nueve. Jafet y Nela murieron santamente. El Templo erigido a Dios por Adán en lo que hoy es Jerusalén, fue destruido por el Diluvio universal.

5. Al igual que el Patriarca Noé, el Patriarca Sem y todos los demás Patriarcas postdiluvianos ejercieron su Patriarcado con suprema autoridad sacerdotal y monárquica en el orden espiritual y temporal.

Capítulo VI

Los Patriarcas postdiluvianos desde Sem hasta la Torre de Babel

1. **Sem**, hijo de Noé, a la edad de ciento dos años, tuvo de su esposa Basílica, a su hijo Arfaxad. El Patriarca Noé, poco antes de morir, mediante una bendición especial dada a Sem, le entregó la custodia del Sacramento de la Triple Bendición, quedando entonces santificado. Con esta bendición especial de su padre, Sem, entre sus hermanos, heredó la primogenitura, y no porque hubiera nacido el primero de todos. A la muerte de Noé, en el año 2592, Sem quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios a la edad de cuatrocientos cincuenta años. En el año 2642, el Santo Patriarca Sem y la Santa Matriarca Basílica murieron en el mismo instante: él con quinientos años de edad y ella con cuatrocientos noventa y nueve años. Después de Sem y Basílica, dejó de coincidir la fecha de la

muerte de un Patriarca con la de la correspondiente Matriarca.

2. **Arfaxad**, hijo de Sem, a la edad de veinticuatro años se casó con su hermana Cielos, que tenía veintitrés años, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Salé. Arfaxad, a la edad de ciento treinta y cinco años, engendró a su hijo Salé. Poco antes de morir Sem, que fue en el año 2642, Arfaxad recibió de su padre la bendición de la primogenitura y la custodia de la Triple Bendición, quedando entonces santificado. A la muerte de Sem, Arfaxad quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios a la edad de trescientos noventa y ocho años. En el año 2682 el Santo Patriarca Arfaxad murió cuando tenía cuatrocientos treinta y ocho años de edad. **Salé**, hijo de Arfaxad, a la edad de diecinueve años se casó con su hermana Azahar, que tenía dieciocho, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Heber. Salé, a la edad de ciento treinta años, engendró a su hijo Heber. Poco antes de morir Arfaxad, que fue en el año 2682, Salé recibió de su padre la bendición de la primogenitura y la custodia de la Triple Bendición, quedando entonces santificado. A la muerte de Arfaxad, Salé quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios a la edad de trescientos tres años. En el año 2812, o sea, treinta y cinco años antes de que se comenzara la construcción de la Torre de Babel, dada la gran corrupción de una gran mayoría del Pueblo de Dios, el Santo Patriarca Enoc vino a la tierra y se llevó el Sacramento de la Triple Bendición al Planeta de María. En el año 2839, el Santo Patriarca Salé murió cuando tenía cuatrocientos sesenta años de edad.

Libro VII

La Torre de Babel

Capítulo I

El Patriarca Heber

Heber, hijo de Salé, fue presantificado en el seno materno unos instantes antes de nacer. A la edad de veintiún años, Heber se casó con su hermana Bósfora, que tenía veinte años, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Faleg. Heber, a la edad de ciento treinta y cuatro años, engendró a su hijo Faleg. Poco antes de morir Salé, que fue en el año 2839, Heber recibió de su padre la bendición de la primogenitura. A la muerte del Santo Patriarca Salé, Heber quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios a la edad de trescientos treinta años, y por lo tanto ocho años antes de comenzarse a construir la Torre de Babel y cuarenta y tres años antes de la confusión de las razas y las lenguas.

Capítulo II

Corrupción de gran parte de los descendientes de Noé.

Proyecto de la construcción de la Torre de Babel

1. Tras el Diluvio universal, fue el deseo de Dios, manifestado a Noé, de que éste, con su familia, partiese desde los montes de Ararat, en Armenia, en donde se había posado el Arca, hacia el occidente, para que ocupasen lo que hoy es Jerusalén y sus contornos, y establecieran allí el centro espiritual del Pueblo Escogido. Los descendientes de Noé, en su largo recorrido, llegaron a Senaar; acampando en aquella extensa llanura con la intención de proseguir después su viaje a su lugar de procedencia, tal y como lo había mandado el Señor. Mas, como era un territorio fertilísimo entre los ríos Tigris y Éufrates, so pretexto de esta fertilidad, se acomodaron allí, en contra del plan divino, con gran relajamiento de sus costumbres a pesar de las ad-

vertencias que recibían de Dios a través de sus representantes, entre ellos el Patriarca Heber. Dicho territorio luego, según las épocas, se fue llamando Caldea, Babilonia y Mesopotamia, y hoy Iraq. Pronto, una gran parte, cayó en la idolatría a consecuencia del materialismo; hasta que, en el año 2842, cuando faltaban cuarenta años para salir del último campamento, instigados por Satanás, planearon la construcción de una gran ciudad que sería dominada por una gigantesca torre, para sus deleites y cultos paganos, y para que el nombre de ellos quedase ensalzado para siempre en la memoria de las futuras generaciones, con el consecuente desafío a la Voluntad y Omnipotencia divinas.

2. Antes del castigo de la Torre de Babel, todos los habitantes del universo eran de una sola raza: la auténtica raza blanca, dada a Adán y Eva, que nada tenía que ver con la que hoy conocemos como tal raza, ya que ésta no es la auténtica. Además, todos los habitantes del Universo hablaban y escribían un solo idioma, que era el recibido por Adán y Eva después de su pecado, que en su origen gozaba de gran riqueza, y que poco a poco fue degenerándose por el embrutecimiento intelectual de los hombres a causa de los vicios y pecados.

Capítulo III

Construcción de la Torre de Babel, división de razas y confusión de lenguas

1. En el año 2847, se comenzó a construir la Torre de Babel. El lugar elegido para dicha obra, es el que más tarde correspondería a la ciudad de Babilonia, en donde estuvo antes del Diluvio la ciudad de Henoc, fundada por Caín. Y para la puesta en marcha de tan aberrante proyecto, dijéronse unos a otros: *«Venid, hagamos ladrillos, y cozámoslos al fuego. Edifiquemos, pues, una ciudad, y una torre que llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre antes de esparcirnos por todas las tierras»*. Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betún en vez de argamasa. Y aquellas gentes, proyectaban también que, una vez construida la ciudad con la torre, y establecido allí el centro de sus satánicas aspiraciones, esparcirse por el mundo para extender su nefasta obra y sustraerse de la obediencia a Dios, a fin de vivir según sus perversas inclinaciones. Todo ello iba abiertamente en contra del plan divino; ya que, según éste, debían seguir su marcha hasta el territorio que se le indicó a Noé para allí convivir juntos formando un gran pueblo bajo la autoridad de Dios y el cumplimiento de sus disposiciones dadas a través de sus representantes; y así, unidos en la misma fe, con una misma lengua y una misma raza, poblasen la tierra. Además, como temieran que con el proyecto de la ciudad viniese un nuevo castigo, que según ellos podría ser otro diluvio, decidieron elevar la torre a una altura tan inimaginable, que, conforme sus necias pretensiones, no pudiera ser jamás rebasada por las aguas, y así les sirviera de refugio. Entre estos y otros motivos, la Torre de Babel se construyó, más principalmente, para desde ella, y por medio de siste-

mas de telecomunicación todavía desconocidos en este momento, dirigir y controlar a toda la humanidad. Los arquitectos y la mayoría de los constructores de la Torre de Babel eran descendientes de Cam y Nila.

2. Cuando se comenzó la construcción de la ciudad y de la Torre de Babel, ya habían muerto Sem, su hijo Arfaxad, y el hijo de éste, llamado Salé, el cual era el padre de Heber, Patriarca del Pueblo de Dios en aquel momento. El promotor de tan infausto proyecto fue el nieto de Cam, llamado Nilo, que tuvo por sobrenombre Nemrod, hombre soberbio, impío e idólatra, con quien colaboraron la mayoría de los hombres; con excepción de unos pocos, entre los que se contaban Heber y su hijo Faleg y su nieto Reu, los tres descendientes de Sem. El Patriarca Heber, por entonces cabeza de la línea promisoría, era hombre de grandes virtudes y fidelísimo a los mandatos de Dios; a los ciento treinta y cuatro años de edad, engendró a su hijo Faleg. Doscientos años antes de que se comenzaran la ciudad y la Torre de Babel, Heber ya sabía, por divina inspiración, que tal obra se llevaría a cabo y que acarrearía la dispersión de los hombres, al quedar dividida la única raza y lengua en múltiples y distintas; y, por eso, cuando le nació el hijo heredero de la primogenitura, en el año 2643, le puso el nombre de Faleg, que significa *«división»*; ya que, en los días de éste, fue dividida la tierra; pues, durante su vida, no sólo sucedería la confusión de razas y lenguas, sino que, además, los descendientes de Noé, que, tras este castigo, se hallarían dispersos, poblarían parte de los cinco continentes. Nilo, por sobrenombre Nemrod, es una de las principales bestias de la tierra, y se halla en el fuego eterno del Infierno en cuerpo y alma.

3. Y como Dios veía con sumo enojo la ciudad y la torre que aquellas presuntuosas gentes edificaban, cuando se hallaban construyendo la nefasta obra, el Alma Divinísima de Cristo, bajo apariencia humana, se hizo visible al Patriarca Heber, y le dijo: *«He aquí que el pueblo es una sola raza, y todos tienen una misma lengua: y de lo que han comenzado a hacer no desistirán, hasta que lo hayan puesto por obra según lo han planeado»*; y así le mandaba que amonestase a todos severamente, para que renunciase a sus propósitos. Mas, ellos no sólo hicieron caso omiso de aquella divina revelación, sino que incluso se burlaron de Heber. No obstante, éste intercedió por ellos a fin de que Dios les diera más oportunidad para la reflexión y el arrepentimiento, dilatando el castigo que merecían; a lo cual el Señor accedió para complacer a su fidelísimo Profeta y Patriarca Heber. Mas, como la arrogancia de ellos no les permitiese desistir del impío proyecto que ejecutaban, Dios Uno y Trino díjose a Sí mismo: *«Confundamos su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero»*. Este misterioso coloquio trinitario, en el que se contiene el decreto divino del castigo, fue oído por el prudente Heber mediante sublime visión.

4. Cuando aquellos engreídos descendientes de Noé trabajaban afanosamente en la construcción de la ciudad y de la torre, acaeció que, de pronto, comenzaron

a hablar lenguas distintas y súbitamente se les cambió también el color de la piel. Ambas cosas sucedieron al mismo tiempo, con el desconcierto entre unos y otros; ya que, por el cambio sufrido, al no conocerse ni entenderse la mayoría de ellos, la organización de los trabajos llegó a un completo caos, con la consecuente y definitiva suspensión de los mismos. El cambio del color de la piel y la transmutación general de los rasgos fisiológicos y psicológicos, fue diferente para cada grupo familiar, que eran setenta; de manera que, cada uno de estos, viose convertido en una raza distinta a la ya existente antes del Diluvio y a las ahora nuevas de los otros grupos, no sólo en el color, sino también en la fisonomía, estatura, carácter y otros muchos rasgos.

5. Por eso, todas las distintas razas, con sus respectivos colores y lenguas que hoy conocemos, son originadas por la maldición divina; aunque, cada una de ellas, a pesar de su empobrecida constitución, guarda peculiares rasgos de similitud con la existente antes del castigo, unas en un aspecto y otras en otro: como pueden ser el color de la piel, las facciones del rostro, la estatura, la complexión anatómica, la fortaleza física, el carácter, la habilidad, etc. Por ejemplo, la raza blanca que conocemos, originada de la maldición, aunque guarda más similitud en el color con aquella antigua única raza, en otros aspectos guarda menos similitud que otras razas, y viceversa. La Deífica Humanidad de Cristo y la Inmaculada Persona de María, son los modelos perfectísimos de la original raza blanca que se perdió a consecuencia del castigo de la Torre de Babel. Y, en cuanto a la confusión de las lenguas, a consecuencia de dicho castigo, se perdió para la posteridad aquel bellissimo lenguaje primitivo que Dios había infundido en Adán y Eva tras el pecado; ya que las nuevas lenguas originadas por la maldición divina eran muy pobres en comparación a la de antes de la confusión, mas guardando éstas cierta afinidad, unas en un aspecto y otras en otro, con aquella misteriosa lengua que desconocemos. Además, a consecuencia de la sucesiva mezcla de las distintas razas y del embrutecimiento de la humanidad por los vicios y pecados, las lenguas que surgieron como castigo, se han ido entremezclando unas con otras, con el consecuente deterioro de las primeras y el nacimiento de otras. Por eso, cualquiera de los idiomas que hoy conocemos, orientales y occidentales, por muy bellos que algunos nos parezcan, son muy pobres en relación con el que hablaba la humanidad antes de la Torre de Babel.

6. Y, si bien la maldición fue sobre los que prevaricaron al tomar parte en la construcción de la Torre de Babel, también los que no contribuyeron a tal aberración, como fue en el caso de Heber y su familia, sufrieron las consecuencias de aquel pecado. Mas, aunque Heber sufrió las consecuencias emanadas del castigo divino sobre la Torre de Babel, no obstante, no debe tomarse como un castigo, sino como una prueba más en su vida. Por eso, aunque Dios privó también a su fidelísimo Heber y familia, de la raza y lengua originales, sin embargo, les conservó el color blanco, aunque sensiblemente trastocado; y les dotó de otra len-

gua que, aun siendo más pobre, superaba en espiritualidad y riqueza a la de las otras razas; dicho idioma fue llamado después el «hebreo», nombre derivado de su raíz etimológica Heber. A partir del castigo de la Torre de Babel, el hebreo fue siempre la lengua del Pueblo Escogido de Dios hasta que su uso común se fue perdiendo, a causa de los castigos que sobrevendrían tras la división de Israel en dos reinos: el de Judá y el de Samaria.

7. El castigo de la confusión de razas y lenguas, que fue en el año 2882 de la Creación, conllevó, pues, la discrepancia entre los componentes de aquel engreído pueblo, al ser incapaces ya de una convivencia pacífica por la extrañeza que les causaba la diferencia de razas y por la imposibilidad de entenderse debido a la multiplicidad de lenguas; todo lo cual forzó la pronta dispersión entre ellos; de manera que, cada grupo de la misma raza y lengua, tomó rumbo distinto a los demás. De esta manera cesaron de edificar la ciudad y la torre, y el Señor los esparció desde aquel lugar por todas las partes de la Tierra; y por esto fue llamado Babel, porque allí fue confundido el lenguaje de toda la tierra y desde allí los esparció el Señor. Además, los distintos planetas habitados por hombres antes del Diluvio, fueron repoblados después de la Torre de Babel. Ya que, una vez confundidas las razas y las lenguas, muchas parejas humanas, fueron transportadas desde la tierra a dichos lugares planetarios.

8. Tras la dispersión de los descendientes de Noé, la familia de Heber, cumpliendo con el plan divino, se estableció en lo que hoy es Jerusalén y sus contornos. Ese mismo año 2882, el Patriarca Heber, por mandato de Dios, comenzó la construcción del nuevo Templo de Jerusalén en el mismo lugar que había estado el que construyó Adán y que fue destruido por el Diluvio universal. El Templo en honor de Dios, erigido por Heber, quedó totalmente edificado en el año 2890, ya que empleó ocho años en construirlo. Terminado el Templo, Enoc trajo del Planeta de María el Sacramento de la Triple Bendición, y lo entregó a Heber, el cual lo entronizó solemnemente en el nuevo Templo.

9. Muchos de los descendientes de Heber, poblaron también los territorios de Europa conocidos ahora como España, Francia, Irlanda, Polonia y Austria. El mismo Heber fue el primer poblador de la Península Ibérica, que toma de él su nombre, formada por España y Portugal. El Patriarca Heber llegó a España entrando por tierra firme a través de África, por donde más tarde iba a quedar separada África de Europa; es decir, por el Estrecho de Gibraltar, antiguamente conocido como Bósforo, en honor a Bósfora, esposa de Heber. Sus descendientes son los iberos, históricamente conocidos como los primeros pobladores de España. El Profeta y Patriarca Heber, tras su entrada en la Península Ibérica, fundó la ciudad de Heberia, hoy Cádiz, otrora Heraclia, esto es, la ciudad más antigua de Occidente. La ciudad de Cádiz, llamada en su fundación Heberia, pasó a llamarse Heraclia en tiempo de los fenicios, por haber sido dominada por el gigante Hércules, cananeo fenicio descendiente de Cam. El

gigante Hércules fue también una de las principales bestias de la tierra, el cual se hizo adorar como dios por los pobladores de la ciudad de Cádiz. Ante las abominables aberraciones de la bestia Hércules y sus adoradores, Dios castigó la ciudad de Heraclia, haciéndola desaparecer con Hércules y todos los demás moradores, bajo las aguas del mar Atlántico. Hércules está en el fuego eterno del infierno en cuerpo y alma. También, otros descendientes de Heber poblaron partes de Asia, entre ellas Caldea, en donde luego nacería Abrahán. El Santo Patriarca Heber, tras su estancia en España, retornó a Jerusalén, en donde murió en el año 2956 a la edad de cuatrocientos cuarenta y siete años, y fue enterrado en Hebrón, nombre que recibió dicha ciudad en honor de Heber.

10. La mutación de la única raza en múltiples, como castigo de la Torre de Babel, no afectó al cuerpo esencial de cada persona, por lo que éste no sufrió cambio alguno, al ser materia espiritualizada. Con la Segunda Venida de Cristo a la tierra como Juez, se dará fin a la multiplicidad de razas y lenguas; pues, en ese instante,

todos los destinados a ser viadores del Reino Mesianico recuperarán los dones que perdieron Adán y Eva con su pecado; por lo que volverán la raza y la lengua del Paraíso, aunque más enriquecidas. Y también, con la Resurrección Universal, todos los cuerpos accidentales de los salvados aún no resucitados, recuperarán las prerrogativas de la única raza humana según el plan divino, al igual que ya las recuperaron los cuerpos accidentales de los que se hallan en el Cielo, y también, en parte, los de los que moran en el Planeta de María.

11. El castigo de Babel, trajo otras consecuencias. Por ejemplo, los desiertos de Iraq, Kuwait y de otros países próximos deben su origen a la santa Ira divina, descargada sobre partes de la tierra cuando, en Babel, Dios produjo la confusión de lenguas y razas. Además, el hombre no conoció la nieve hasta ciento cuarenta y cuatro años después de la dispersión habida tras la confusión de las lenguas y razas en Babel, pues aún no había nevado sobre la tierra, si bien había en muchos lugares una suave escarcha matutina.

Libro VIII

El hundimiento y separación de Continentes

Capítulo I

El Patriarca Faleg

Faleg, hijo de Heber, a la edad de treinta años se casó con su hermana Rebeca, que tenía veintinueve, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Reu. Faleg, a la edad de ciento treinta años, engendró a su hijo Reu. Poco antes de morir Heber, que fue en el año 2956, Faleg recibió de su padre la bendición de la primogenitura; y, además, quedó santificado al recibir en el Templo la bendición que Heber le dio con el Sacramento de la Triple Bendición. A la muerte de Heber, Faleg quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios a la edad de trescientos trece años. En el año 3019, o sea, siete años antes del hundimiento y separación de continentes, Enoc vino a la Tierra a buscar la Triple Bendición, que le entregó el Patriarca Faleg, y la llevó nuevamente al Planeta de María.

Capítulo II

Situación de los cinco continentes según Dios los creó

1. Desde el mismo instante en que Dios creó el mundo hasta 144 años después de la dispersión de los hombres, el polo norte y el polo sur eran dos mares no congelados. Desde el mar del polo norte bajaban cinco continentes en dirección al sur; los cuales estaban limitados o divididos desde el norte al ecuador por cordilleras laterales; mas no por mares. Desde el ecuador hasta el mar del polo sur, los cinco continentes estaban

separados por cinco océanos distintos. En cada uno de los continentes, tanto en el hemisferio norte como en el hemisferio sur, había mares, lagos, ríos, etc. Los hombres y animales podían caminar en el hemisferio norte por distintas partes de tierra firme y dar la vuelta a la tierra.

2. Por tanto, hasta 144 años después de la dispersión con motivo de la Torre de Babel: Europa estaba unida a África por el sur de España, por donde hoy está el estrecho de Gibraltar, o también llamado en la antigüedad el Bósforo; el extremo sur del continente asiático estaba unido al continente oceánico; entre Europa y África unidas y América había un continente llamado la Atlántida; y también entre Asia y Oceanía unidas y América había un continente llamado Mu.

Capítulo III

Corrupción de los hombres en los tiempos que precedieron a los tres días de tinieblas del año 3026

1. En aquellos tiempos que precedieron a los tres días de tinieblas del año 3026 en que tuvo lugar el hundimiento y separación de continentes, los hombres, al igual que pasó antes del Diluvio, habían llegado a tal grado de soberbia, corrupción y maldad, que ambicionaron igualarse a Dios, e incluso superar su infinito poder sobre la vida. Y, otra vez, so pretexto de adelantos científicos, y con la ayuda de Satanás, los hombres trastocaron el orden natural, en muchas cosas, sobre todo en lo que concierne a los seres humanos, animales y plantas.

2. Por eso, como sucedió antes del Diluvio universal, poco antes del hundimiento y separación de continentes había otra vez, entre los seres humanos, dos clases de gigantes, de los cuales, unos eran producto de la abominable manipulación genética, que luego perecieron todos; y, entre los animales, los había también de tamaño gigantesco, obtenidos merced a la manipulación genética, los cuales también perecieron todos; y asimismo, entre los vegetales, los había de tamaño gigantesco y efectos extraños, obtenidos merced a la manipulación genética, los cuales igualmente desaparecieron todos. Antes de los tres días de tinieblas, la tecnología humana, en muchos aspectos, superaba a la tecnología actual; de tal manera, que incluso había armas mortíferas y bélicas inimaginables para nosotros, e incluso muy superiores a las de hoy. Si bien, en otros muchos aspectos, la tecnología de entonces era muy inferior a la nuestra.

Capítulo IV

Los castigos

durante los tres días de tinieblas en el año 3026

1. En el año 3026, es decir, 144 años después de la dispersión tras la confusión de razas y lenguas en la Torre de Babel, Dios castigó a la humanidad por medio de un astro que pasó entre el sol y la tierra, produciendo en ésta tres días de tinieblas en los cuales perecieron las dos terceras partes de la humanidad. Muchos de los que perecieron durante los tres días de tinieblas, reconocieron su culpa, pidieron perdón a Dios y se salvaron. Durante estos tres días, hubo muchas catástrofes, entre ellas: el hundimiento de la mayor parte del continente existente hasta entonces entre Europa y África unidas y América; el hundimiento de gran parte del continente existente hasta entonces entre Asia y Oceanía unidas y América; la separación de Europa y África; la separación de Asia y Oceanía; la aparición de volcanes; terribles inundaciones en muchas partes de la tierra; espantosos terremotos y maremotos; alteraciones climatológicas; gran mortandad de seres humanos y animales; congelación del mar del polo norte, del mar del polo sur, así como de distintas partes de los continentes restantes.

2. Por eso, parte de las islas que hoy constituyen el continente de Oceanía, como por ejemplo las de Polinesia, las de Hawai, etc., son restos visibles del antiguo continente desaparecido llamado Mu, el cual existía entre Asia y Oceanía unidas y América. En cuanto a las siguientes islas: Groenlandia, Islandia, las Azores, las Madera, las Canarias, las de Cabo Verde, entre otras, que están en el Océano Atlántico, son restos visibles del antiguo continente desaparecido, llamado Atlántida, el cual existía entre Europa y África unidas y América. En lo que respecta al territorio del polo sur conocido hoy como la Antártida, surgió del mar durante los tres días de tinieblas. Dicho territorio está rodeado del mar del polo sur u océano glacial antártico. Esto sucedió en vida del Santo Patriarca Faleg; por eso, Heber, con un doble motivo, puso a su hijo el nom-

bre de Faleg, que significa «*división*», ya que en vida de éste acaeció: en el año 2882, la división de razas y lenguas, y la dispersión de los descendientes de Noé por los cinco continentes; y en el año 3026, el hundimiento y separación de continentes durante los tres días de tinieblas.

3. En el año 3026, al comenzar los tres días de tinieblas, el Templo de Jerusalén edificado por Heber, empezó a desmoronarse poco a poco, hasta quedar totalmente destruido al final del tercer día de tinieblas. El Santo Patriarca Faleg murió en Jerusalén cuando se hallaba orando dentro del Templo, en el tercer día de tinieblas, a los trescientos ochenta y tres años de edad. Mas, el hecho de que Faleg muriese en el tercer día de tinieblas, no fue como castigo a él, sino que fue por permisión divina para que, con su muerte santa, se convirtiesen muchos pecadores. Terminadas las tinieblas, su hijo Reu lo enterró en Hebrón, junto al sepulcro de su padre Heber. Después de ser enterrado Faleg, el Santísimo Ananías, o sea el Padre Eterno, se apareció a Reu cuando aún se hallaba en Hebrón, y le ordenó que se marchara inmediatamente a Ur de Caldea con su hijo Sarug y demás familiares supervivientes. Faleg tenía un hermano gemelo, que era el Patriarca Jectán, el cual estaba casado con Brisa.

4. Las pirámides de Egipto fueron terminadas de construir un día antes del primer día de las tinieblas habidas cuando Dios hundió y separó continentes. Nos referimos, entre otras, a las tres gigantescas pirámides existentes a las afueras de El Cairo, Egipto, conocidas como las de Gizeh. Dios no permitió que dichas pirámides sucumbiesen durante los tres días de tinieblas que siguieron a su construcción, para, entre otras razones, quedase a la posteridad una señal patente de la alta tecnología humana ya existente antes del año 3026 de la Creación, en que fue el hundimiento y separación de los continentes. Los arquitectos y la mayoría de los constructores de las pirámides de Egipto, eran descendientes de Cam y Nila. Las pirámides de Egipto, entre otros motivos, se construyeron para, desde ellas y por medio de sistemas de telecomunicación aún más avanzados que los de la Torre de Babel, y, por tanto, desconocidos hasta ahora, dirigir y controlar a toda la humanidad.

Capítulo V

Patriarcas postdiluvianos desde Reu hasta Taré

1. **Reu**, hijo de Faleg, a la edad de veinticinco años se casó con su hermana Séfora, que tenía veinticuatro, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Sarug. Reu, a la edad de ciento treinta y dos años, engendró a su hijo Sarug. Poco antes de morir Faleg, que fue en el año 3026, Reu recibió de su padre la bendición de la primogenitura, y en ese mismo momento, se apareció el Alma de Cristo, portando la Triple Bendición, bendijo con ella a Reu, quedó éste santificado, desapareciendo después con la Misma. A la muerte del Santo Patriarca Faleg, Reu quedó constituido Patriar-

ca del Pueblo de Dios a la edad de doscientos cincuenta y tres años. En el año 3112, el Santo Patriarca Reu murió cuando tenía trescientos treinta y nueve años de edad. **Sarug**, hijo de Reu, a la edad de veintitrés años se casó con su hermana Débora, que tenía veintidós, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Nacor. Sarug, a la edad de ciento treinta años, engendró a su hijo Nacor. Poco antes de morir Reu, que fue en el año 3112, Sarug recibió de su padre la bendición de la primogenitura, y en ese mismo momento, se apareció el Alma de Cristo, portando la Triple Bendición, bendijo con ella a Sarug, quedó éste santificado, desapareciendo después con la Misma. A la muerte de Reu, Sarug quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios a la edad de doscientos siete años. En el año 3142, el Santo Patriarca Sarug murió cuando tenía doscientos treinta y siete años de edad. **Nacor**, hijo de Sarug, a la edad de diecisiete años se casó con su hermana Estrella, que tenía dieciséis, con la cual tuvo muchos hijos varones y varonas, antes y después del heredero de la primogenitura, que fue su hijo Taré. Nacor, a la edad de setenta y nueve años, engendró a su hijo Taré. Poco antes de morir Sarug, que fue en el año 3142, Nacor recibió de su padre la bendición de la primogenitura, y en ese mismo momento, se apareció el Alma de Cristo, portando la Triple Bendición, bendijo con ella a Nacor, quedó éste santificado, desapareciendo después con la Misma. A la muerte de Sarug, Nacor quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios a la edad ciento siete años. En el año 3239, el Santo Patriarca Nacor murió cuando tenía doscientos cuatro años de edad. **Taré**, hijo de Nacor, a la edad de treinta años se casó por primera vez con su prima hermana Lía. En el año 3184, cuando Taré tenía la edad de setenta años, después de cuarenta años de esterilidad de su esposa Lía, tuvo con ella a los hijos trillizos: Abrahán, Nacor y Arán, muriendo ella ocho años después del parto. Taré, a la edad de setenta y nueve años se casó por segunda vez con su prima hermana Sarai, con la que tuvo a su hija Sara, cuando Abrahán tenía diez años. Poco antes de morir Nacor, que fue en el año 3239, Taré recibió de su padre la bendición de la primogenitura, y en ese mismo momento, se apareció el Alma de Cristo, portando la Triple Bendición, bendijo con ella a Taré, quedó éste santificado, desapareciendo después con la Misma. A la muerte de Nacor, Taré quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios a la edad ciento veinticinco años.

2. Los dos hijos de Taré: Nacor y Arán, y sus respectivas esposas Melca y Yesca, murieron santamente antes de la llamada vocacional de Abrahán.

Capítulo VI

El Patriarca Tubal y el Patriarca Tarsis, pobladores de España

Después del hundimiento y separación de continentes, también poblaron España, por la línea de Jafet, el Patriarca Tubal, que era descendiente del otro Tubal hijo de Jafet. El Santo Patriarca Tubal, que estaba casado con Diana, entró en España por donde después fundó la ciudad de Tubala, hoy Almería, otrora Indalia. La ciudad de Almería, llamada en su fundación Tubala, pasó a llamarse Indalia en tiempos de los fenicios por haber sido dominada por el gigante Indalo, cananeo fenicio descendiente de Cam. El gigante Indalo fue también una de las principales bestias de la tierra, el cual se hizo adorar como dios por los pobladores de la ciudad de Almería. Y ante las abominables aberraciones de la bestia Indalo y sus adoradores, Dios castigó la ciudad de Indalia, sepultándola con Indalo y todos los demás moradores, bajo una lluvia de fuego y ceniza. Indalo está en el fuego eterno del Infierno en cuerpo y alma. También pobló España el Patriarca Tarsis, que era descendiente del otro Tarsis nieto de Jafet por la línea de Javán. El Santo Patriarca Tarsis, que estaba casado con Ligustina, entró en España por uno de los brazos de la antigua desembocadura del Guadalquivir. El Patriarca Tarsis, el día 6 de agosto del año 3177 de la Creación, o sea, cuatro mil años antes de la elección de Su Santidad el Papa Gregorio XVII, fundó la ciudad de Tarsis, hoy Sevilla, que llegó a ser en su tiempo la capital del imperio tartésico. Dicho Patriarca cumplió la ley contenida en el libro de Heber, que había recibido de sus antepasados y que él transmitió a su descendencia. Por tanto, fue adorador del Dios de Heber, o sea, del Único y Verdadero Dios. Tarsis fue el primer hombre de la humanidad que recibió los calificativos de: celta, turdetano, bardo y beréber. Un milenio después de la fundación de Tarsis, hoy Sevilla, llegaron por distintas partes de la costa andaluza, los comerciantes fenicios, descendientes de Cam y Nila. El Santo Rey Mago de Oriente Gaspar, descendiente de Madián por la vía de Ofer, tuvo en sus antepasados un cruce de la línea del Patriarca Tarsis, fundador de la ciudad de Tarsis, hoy Sevilla.

Libro IX

El Profeta y Patriarca Job

Capítulo I

El Libro de Job

1. El Libro de Job es una sublime exaltación de la fidelidad y paciencia heroicas. Es, además, una mues-

tra evidentiísima de cómo Dios prueba a sus elegidos para acrisolarlos más en la virtud y para que, con su ejemplo heroico, resplandezca la gloria de Dios y quede patente que el dolor y la aflicción son compañeros inseparables en la vida del hombre y en el camino de

la salvación. El mismo Job dice: *«Milicia es la vida del hombre sobre la tierra»*. En la persona de Job se compendian, pues, las virtudes sobrenaturales más exquisitas, que han de enriquecer siempre el alma de todo siervo de Dios; pues, en el Libro de Job, se ve con perfecta claridad el estado de elevada santidad que poseía el Patriarca. La persona de Job es una figura del Cristo Doliente, entregándose totalmente a la voluntad de Dios.

2. Todo el excelso Libro de Job está escrito por el mismo Job, excepto el Prólogo que abarca los cinco primeros versículos del capítulo I, y el Epílogo, que va desde el versículo 7 del capítulo XLII hasta el final. El sabio Patriarca, en su Libro presenta un juicio de sí mismo a manera de diálogo entre varios personajes, cuando en realidad fue un monólogo. Por tanto, los discursos de los llamados tres amigos de Job, Elifaz de Temán, Baldad de Suhá y Sofar de Naamat, así como el del individuo conocido como Eliú, hijo de Baraquel Buzita, son en realidad reflexiones hechas por el mismo Job, pues dichos cuatro personajes nunca existieron. Lo mismo decimos de los discursos que Job pone en boca de Dios desde un torbellino, pues también son reflexiones del mismo Patriarca. En cuanto a los diálogos entre Dios y el diablo que aparecen al principio del Libro de Job, corresponden a una visión celestial alegórica tenida por el mismo Job.

Capítulo II

Primera etapa de la vida de Job

1. El Patriarca Job, era el decimotercer hijo del Santo Patriarca Jectán, el cual era hermano gemelo de Faleg. Jectán, cumplió con la ley que le entregó su padre Heber en el llamado Libro de Heber, y que él transmitió después a su descendencia. Jectán era, pues, adorador del Dios de Heber, o sea, del Único y Verdadero Dios. El Patriarca Job había nacido en el año 2976 en Ur de Caldea; y, por tanto, cincuenta años antes del hundimiento y separación de continentes que hubo durante los tres días de tinieblas. Job fue presantificado en el seno materno en el noveno mes de su concepción, habitando el Espíritu Santo en su alma desde ese mismo instante y llenándole de otras gracias y carismas especiales. Job, a la edad de treinta y cinco años se casó con Raca, de la descendencia de Faleg, con la que tuvo diez hijos, siete varones y tres varonas.

2. Job era, pues, hombre principal, sencillo, recto y temeroso de Dios, Quien le había dotado de todo aquello que, en el orden sobrenatural y humano, puede desearse en la tierra para ser feliz; pues, además de los siete hijos y tres hijas tenidas con su esposa Raca, poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y muchísimos criados; por lo cual era un varón importante entre todos los orientales. Dentro de la familia, reinaba la paz y el amor. Acostumbraban sus hijos a tener banquetes en sus casas, cada uno en su día, con motivo de distintas fiestas, e invitaban a sus tres hermanas para que comiesen y bebiesen con ellos. Mas, después de conclui-

dos los días del convite, Job les llamaba a todos y los bendecía. Y, además, levantándose de madrugada, ofrecía holocaustos a Dios por cada uno de ellos. Porque decía: *«No sea que mis hijos hayan pecado y desechado a Dios en sus corazones»*. Así procedía Job en todos aquellos días.

Capítulo III

Prueba y paciencia heroica de Job

1. Durante el año 3046, cuando el Patriarca Job tenía la edad de setenta años, sufrió las grandes pruebas. Pues, Dios, en sus planes inescrutables, para dejar a la posteridad un ejemplo de fidelidad y paciencia heroicas ante las adversidades, permitió que Satanás, envidioso de la felicidad de Job, acechase a éste con rabia inaudita. La actitud del demonio y la permisión de Dios, vienen vivamente expresadas en el siguiente misterioso diálogo entre Dios y Satanás, narrado en forma catequística por el Patriarca, conforme a la visión celestial alegórica que él tuvo, y que es de profundo contenido doctrinal. He aquí lo que nos narra el mismo Job: *«Sucedió que cierto día, cuando Dios estaba en presencia de sus hijos Bienaventurados, compareció también Satanás, a quien preguntó el Señor: '¿De dónde vienes?'. Y respondió Satanás: 'Vengo de dar la vuelta por la tierra, y de recorrerla toda'. Replicóle el Señor: '¿Y te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, ya que es varón íntegro y justo, temeroso de Dios, y apartado de todo mal?'. Mas Satanás respondió: '¿Acaso Job teme y sirve a Dios de balde? ¿No lo tienes protegido por todas partes en su persona y en sus bienes? ¿No has bendecido el trabajo de sus manos, y has multiplicado así su hacienda sobre la tierra? Pero, anda, deja sentir un poco sobre él la dureza de tu mano, y tócale sus bienes, y verás cómo maldice tu Nombre, y te despreciará en tu cara'. Dijo, pues, el Señor a Satanás: 'Ahora bien, todo cuanto posee lo dejo a tu disposición; sólo que no extiendas tu mano contra su persona'. Con esto, se salió Satanás de la presencia del Señor a ejecutar sus designios»*.

2. Tras esta visión alegórica, cayeron sobre Job espantosas desgracias, narradas por él mismo en su Libro: Cuando estaba Job en su casa, llegó un mensajero que le dijo: *«Mientras los bueyes estaban arando y las asnas paciendo cerca de ellos, de repente llegaron hombres de la tribu de los Sabeos y se echaron sobre los animales, y lo robaron todo, y a los siervos tuyos los mataron pasándolos a cuchillo; y yo solo he podido escapar, y vengo a darte la noticia»*. Estando aún éste hablando, llegó otro hombre, y dijo: *«Ha caído del cielo fuego de Dios, y ha reducido a cenizas las ovejas y los pastores, y yo solo he podido escapar, y vengo a traerte la noticia»*. Todavía estaba éste con la palabra en la boca, y entró otro diciendo: *«Gentes de los caldeos, divididas en tres cuadrillas, se han arrojado sobre los camellos, y se los han llevado, después de haber pasado a cuchillo a tus siervos, y yo he podido escapar, y vengo a darte el aviso»*. Y mientras éste

hablaba, llegó otro que dijo a Job: *«Estando comiendo tus hijos e hijas y bebiendo vino en la casa de su hermano mayor, ha venido de repente un huracán del desierto, que ha conmovido las cuatro esquinas de la casa, la cual ha caído, cogiendo debajo a tus hijos, que han quedado muertos; y yo solo he podido salvarme, y vengo a avisártelo»*. Al oír Job tales infortunios, se levantó, rasgó sus vestidos, y habiéndose hecho rasurar el pelo de su cabeza, postróse en tierra y adoró al Señor, diciendo: *«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré a la tierra. El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor»*. En medio de estas desgracias, no pecó Job ni habló una palabra inconsiderada contra Dios.

3. Y, según se sigue narrando en el Libro, como viera Satanás que, a pesar de las desgracias acaecidas a Job, éste seguía bendiciendo a Dios en medio de sus infortunios, no se dio todavía por vencido en su infernal propósito, por lo que tramó otra manera más cruel de acechar al justo Patriarca; lo cual Dios lo permitió para que quedara una prueba aún más resaltante de la fidelidad y paciencia heroicas de Job. Según otra visión alegórica del Santo Patriarca, se originó otro misterioso diálogo intelectual entre Dios y Satanás, tal y como Job lo narra: *«Cierta día, cuando Dios estaba en presencia de sus hijos Bienaventurados, compareció también Satanás, a quien preguntó el Señor: '¿De dónde vienes?'. Y respondió Satanás: 'Vengo de dar la vuelta por la tierra, y de recorrerla toda'. Replicóle el Señor: '¿Y te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, ya que es varón íntegro y justo, temeroso de Dios, y apartado de todo mal, y que aún persevera en su perfección a pesar de que tú le has afligido con mi permisión?'. Mas respondió Satanás: 'Siempre que se respete al hombre en su persona, todo cuanto posee lo dará de buena gana, con tal que no le toquen a la piel. Anda, pues, extiende tu mano y tócale en sus huesos y en su carne, y verás cómo te vuelve la espalda'. El Señor dijo entonces a Satanás: 'Ahí lo tienes, en tu mano le pongo, pero bien entendido que no te permito que le quites la vida'. Con esto, salió Satanás de la presencia de Dios»*. Tras esta visión, Satanás hirió a Job con una repugnante y hedionda úlcera leprosa desde la planta de los pies hasta lo más alto de la cabeza; de manera que se vio obligado a alejarse de la gente, por lo que, sentado en un estercolero, con un casco de teja se rascaba la podredumbre y raía los gusanos que salían de sus llagas.

Capítulo IV

Heroico testimonio de Job ante su esposa

La primera mujer de Job, llamada Raca, que, en los tiempos de prosperidad de su esposo, se hallaba plena de euforia por la felicidad reinante en su familia, sin embargo, cuando vinieron las tremendas desgracias, se rebeló en su interior contra Dios, llegando incluso a maldecirle con blasfemias. Y según viene narrado en el Libro, viendo la mujer a Job en aquel lamentable

estado, díjole con ironía y malicia satánicas: *«¿Todavía permaneces tú en tu estúpida aceptación de la voluntad de Dios? Anda, ¡síguele bendiciendo, y muérete después! pues ya ves con qué crueldad te trata»*. Respondióle Job: *«Has hablado como una mujer necia; pues, si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no hemos de recibir también los males?»*. Y en medio de las mayores desgracias, no pecó Job ni habló una palabra inconsiderada contra Dios. Y el Santo Profeta, no sólo dio testimonio de aceptación y paciencia ante su malvada mujer Raca, sino también ante todos aquellos que le habían conocido en la prosperidad y ahora le veían sumido en las mayores desgracias. Raca, después de incitar a Job a maldecir a Dios, desearle la muerte y escuchar la sabia respuesta de Job que la llama necia, fue fulminada por Dios y arrojada en cuerpo y alma al Infierno.

Capítulo V

Noche oscura de Job, con intervalos de luz

1. Casi un año, permaneció Job viviendo sobre el estercolero a las afueras de la ciudad. Según refiere en su Libro, él no comienza a hablar hasta pasados siete días de profundo silencio. Job rompe su silencio con un soliloquio inicial, al que siguen una serie de discursos que, aunque referidos a manera de diálogo, constituyen doctrinalmente un monólogo. Pues, es el Santo Profeta Job el que a sí mismo se habla y responde, unas veces lamentándose de su desgracia, otras recriminándose por sus posibles culpas, y otras con alegaciones en defensa propia. Mas, en cualquiera de los casos, hay siempre en sus palabras una exaltación de la majestad y bondad de Dios.

2. El monólogo de Job en medio de sus desgracias, es la sublime vivencia, en su alma, de una larga noche oscura suscitada por Satanás, con intervalos de luz clarísima por parte de Dios. Pues, el Patriarca, además de ser probado en su familia, en sus bienes y en su propio cuerpo, lo fue sobremanera en su espíritu con amarga desolación interior; pues, creía que sus desgracias materiales eran originadas por alguna falta oculta, de la cual él no tenía conciencia, pero que tendría que ser muy grave cuando así Dios le castigaba. Y el solo pensamiento de haber ofendido a su Dios y Señor, le sumía en tan amargo dolor, que le hacía prorrumpir desgarradores lamentos y maldiciones contra sí mismo y el día de su nacimiento, ya que deseaba ardientemente no haber nacido antes que ofender a su Dios, que tanto amaba. Mas, el Patriarca, en su monólogo interior, en medio de la terrible lucha que su alma mantenía consigo misma, proclama, con evidencia irrefutable, la justicia y santidad infinitas de Dios, y la nada y flaqueza del hombre. Y toda esta afirmación va impregnada, a la vez, de la convicción de su propia inocencia y del profundo sentimiento de que lo bueno que recibe le viene de Dios sin merecerlo; y lo malo que recibe, le viene de Satanás mereciéndolo. Mas, en sus amargas quejas y recriminaciones contra sí mismo, Job

habló siempre con rectitud, sin proferir palabra alguna ofensiva a Dios.

3. El Patriarca Job, en su excelso Libro, da comienzo a su relato con un sentimiento de propia culpabilidad por algún pecado grave oculto que él imaginaba hubiera cometido; y al que atribuía la causa de que Dios le castigara tan terriblemente. He aquí por qué, en aquella espantosa ofuscación espiritual de la noche oscura de su alma, abrió su boca y maldijo el día de su nacimiento, diciendo, entre otras cosas: «¡Maldito, el día en que nací, y la noche en que se dijo de mí: ¡Ha sido concebido un varón! Conviértase ese día en tinieblas: no haga Dios cuenta de él desde lo alto, ni respandezca sobre él un rayo de luz, por no haber cerrado, en el seno de mi madre, las puertas de la fecundidad, ni haber sustraído a mis ojos tanta miseria. ¿Por qué no morí en las entrañas de mi madre: o no perecí al nacer? ¿Por qué hallé regazo que me acogiera y pechos que me amamantaran? Pues ahora muerto dormiré y reposaré en el silencio de la muerte. ¿Por qué razón fue concedida la luz a un desdichado y la vida a los que, como yo, la pasan en amargura de alma? Los suspiros son mi comida, y mis quejidos se derraman como aguas. No tengo tranquilidad, paz ni descanso, se ha adueñado de mí la turbación. La indignación de Dios ha descargado sobre mí». En este sublime y desgarrador lamento de Job, se evidencia el total y absoluto rechazo que él sentía contra el pecado; y por eso Job hubiera deseado no haber nacido antes que ofender a Dios.

4. Y como puede apreciarse en el curso de lo referido por él en su Libro, tras la noche oscura, Job, en un intervalo de luz espiritual, se recrimina por su desaliento mediante sabias sentencias que todo hombre debe tener muy en cuenta en los momentos de la prueba. He aquí algunas de sus reflexiones sobre sí mismo: «Tú eras el que enseñabas a muchos y fortalecías a los agobiados; pues, tus palabras sostuvieron a los que vacilaban, y fortalecieron a los débiles. Mas, ahora que ha venido sobre ti la prueba, flaqueas en medio del abatimiento: te ha tocado el Señor y te has conturbado todo. ¿En dónde está ahora tu confianza en Dios, tu fortaleza, tu paciencia, y la perfección de tus caminos?». Y a esta meditación sobre su propia flaqueza, añade otras de gran consuelo para aquellos que, siendo fieles a Dios, sin embargo, son acrisolados por Él mediante múltiples aflicciones; pues, a la medida que Dios prueba a los justos, y estos corresponden generosamente, será luego su recompensa eterna. A diferencia de lo que sucede con los impíos, que si bien es verdad que suelen pasar con delicias mundanas los días de su vida y son ensalzados y colmados de bienes en este mundo, luego son castigados eternamente. He aquí algunas de las autorreflexiones de Job: «Recapacita: ¿qué inocente pereció jamás? ¿o cuándo los justos fueron castigados eternamente? Antes al contrario, lo que yo he visto es que, los que obran la iniquidad y siembran el mal, males reciben: pues, perecieron al soplo de Dios, y fueron atormentados eternamente por el fuego de su Justa Ira». Y, en otro momento, Job contrasta

la Bondad Infinita de Dios con la miseria de la criatura: «¿Por ventura el hombre podrá tenerse por justo delante de Dios, o podrá creerse que es más puro que su Hacedor? Pues, he aquí que los mismos espíritus angélicos, creados para servirle, no fueron estables, ya que muchos de los Ángeles prevaricaron. ¿Cuánto más el hombre, hecho de barro, lleno de fragilidad, y de cuerpo corruptible, podrá creerse irreprochable ante los ojos de Dios?». Job, pues, se goza del actuar providente y justo de Dios: «Bienaventurado el hombre, a quien Dios corrige: no desprecies pues la corrección del Señor, porque Él mismo hace la llaga, y da la medicina: hiere, y sus manos curan».

5. Satanás, en continuo acecho contra Job a fin de inducirlo a la desesperación, suscita en él el más acendrado sentimiento de propia iniquidad por su pasada vida; lo cual hace prorrumpir en el Patriarca severas autorrecriminaciones que, aunque en él son infundadas, pues es hombre justo, sin embargo, han de tenerse muy en cuenta para evitar que Dios nos pueda decir en el día del juicio, aseveraciones como estas: «¿Será acaso por tu piedad por lo que Dios te castiga? ¿No será más bien por tu grandísima malicia, y por tus infinitas maldades? Pues tú sin causa sacaste prenda a tus hermanos, y al harapiiento despojaste de sus vestidos. No diste agua al sediento, y quitaste el pan al hambriento. Con la fuerza de tu brazo poseías la tierra, y por ser más poderoso te alzabas con ella. Enviaste vacías a las viudas, y quebrantaste los brazos de los huérfanos. Por eso estás cercado de lazos, y te conturba súbito espanto». Mas, Job, a la sugestiva culpabilidad que le infunde Satanás, responde con un firme propósito de enmienda que, aunque en él es infundado, ha de servirnos de gran enseñanza, dada nuestra fragilidad. He aquí algunas de sus reflexiones: «Reconcíliate con Dios, y tendrás paz, y así recogerás los mejores frutos. Recibe de su boca la Ley, y graba en tu corazón sus palabras. Si, humillándote, vuelves al Omnipotente, serás restablecido, y alejarás de ti la iniquidad. El Todopoderoso te protegerá contra tus enemigos, y en sus brazos abundarás en delicias y lleno de confianza alzarás a Dios tu rostro».

6. Mas, como el sentimiento de propia culpabilidad sólo lo tiene Job cuando su alma se halla ofuscada, en otro intervalo de luz declara con sencillez su inocencia con palabras que evidencian la santidad de su vida, y que son de imitar por parte nuestra. He aquí algunas de sus autorreflexiones en las que se refleja su vida de santidad: «De joven hice pacto con mis ojos de no mirar, ni siquiera pensar, en una mujer virgen, porque de otra suerte, ¿qué comunicación tendría Dios conmigo desde arriba, ni que parte me daría el Todopoderoso de su celestial herencia? ¿No está Él mirando mis caminos y contando todos mis pasos? Ni anduve con engaños, ni corrí hacia el fraude mis pies, ni mi corazón se dejó seducir por mujer, ni negué a los pobres lo que querían, ni defraudé la esperanza de la viuda, ni comí solo mi bocado sin dar de comer de él al huérfano. Porque desde la infancia creció conmigo la misericordia: y del vientre de mi madre salió conmigo.

Mas, a pesar de mi inocencia, Dios sabe mi camino, y me ha acrisolado como el oro en el fuego. Sus pisadas siguió mi pie y su camino guardé, y no me desvié de él. De los mandamientos de sus labios no me aparté, y en mi corazón guardé las palabras de su boca. Porque Él es el solo que subsiste por Sí, y nadie puede trastornar sus designios».

7. Mas, Job, aun reconociendo su inocencia, profundamente afligido por su presente infortunio, se desahoga con amargos lamentos, sin que, en ninguno de ellos, se vislumbre la más pequeña rebelión contra el plan divino de su personal prueba. He aquí algunas palabras entresacadas de su Libro: «A Dios lloran mis ojos. Mi espíritu se va debilitando, mis días se abrevian, y sólo me resta el sepulcro. No pequé, y sólo amargas ven mis ojos. ¿Pero qué haré? Si hablare, no cesará mi dolor; y si callare, no se apartará de mí. Mas ahora me ha oprimido mi dolor, y a nada han sido reducidos todos mis miembros. Concentró su furor contra mí, y amenazándome, rechinó sus dientes contra mí: con ojos terribles me miró mi enemigo. Abrieron sobre mí sus bocas, y zahiriéndome hirieron mi mejilla, hartáronse de mis penas. Me ha encerrado Dios en poder del inicuo, y me ha entregado en manos de los impíos. Me cercó con sus lanzas, hirió por todas partes mis lomos, no perdonó, y derramó por tierra mis entrañas. Mi rostro se hinchó con el llanto, y mis párpados se oscurecieron. Esto he sufrido sin maldad de mis manos, cuando ofrecía a Dios limpios mis ruegos. Oh, Señor, ¿por qué me ocultas tu Rostro y me consideras como enemigo tuyo?». Y es tal la desolación que su alma atribulada se queja y clama en demanda de consuelo: «¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma, y me moleréis con vuestras acusaciones? Pues si, como decís, yo he llegado a errar, mi yerro quedará conmigo para propia expiación. Mas vosotros, además, os levantáis contra mí, y me dais en cara con mis oprobios. Siquiera esta vez entendí, que Dios no según tela de juicio me ha afligido, y ceñido con azotes. Ved aquí que clamaré padeciendo violencia, y nadie me oirá: vocearé, y no hay quien haga justicia. Por todas partes han cerrado mi senda, y no puedo pasar, y en mi verdad pusieron tinieblas. Me despojó de mi gloria, y quitó la corona de mi cabeza. Encendióse contra mí su furor, y así me trató como a enemigo suyo. A mis hermanos hizo alejar de mí, y mis conocidos como extraños se apartaron de mí. Me han abandonado mis parientes: y se han olvidado de mí los que me conocían. Los moradores de mi casa, y mis siervos me han tratado como a extraño, y he sido como un forastero a los ojos de ellos. A mi siervo llamé, y no respondió, por mi propia boca le rogaba. Mi mujer tuvo asco de mi hálito, y tenía que rogar a mis desaparecidos hijos de mis entrañas. Aun los insensatos me despreciaban, y en apartándose de ellos, decían mal de mí. Me han abominado los que en otro tiempo eran mis consejeros: y aquel, a quien más amaba, me ha vuelto las espaldas. A mi piel, consumidas las carnes, se han pegado mis huesos, y sólo me han quedado los labios alrededor de mis dientes. Apiadaos de mí, apiadaos de mí,

siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado. ¿Por qué me perseguís como Dios me persigue, y os hartáis de mis carnes?».

8. En otro momento de su Libro, Job recuerda su felicidad y prosperidad pasadas, que siempre las puso al servicio de Dios y del prójimo: «¿Quién me diera, que yo fuese como en los meses antiguos en que Dios me guardaba! Cuando resplandecía su antorcha sobre mi cabeza, y a su lumbre caminaba yo entre las tinieblas. Como fui en los días de mi mocedad, cuando Dios en secreto moraba en mi tienda. Cuando estaba el Omnipotente conmigo, y alrededor de mí y mis hijos. Cuando lavaba mis pies con óleo, y la piedra derramaba para mí arroyos de aceite. Cuando salía a la puerta de la ciudad, y en la plaza me preparaban asiento. Veíanme los jóvenes, y se turbaban por respeto: y los ancianos levantándose, se quedaban en pie. Me vestí de justicia, y revestíme de mi equidad, como de manto y de diadema. Ojo fui para el ciego, y pie para el cojo. Padre era de los pobres, y me informaba con la mayor diligencia de la causa que no entendía. Quebrantaba las muelas del inicuo, y de sus dientes sacaba la presa. Si quería ir a ellos, me sentaban en el primer lugar; y estando sentado como un rey, rodeado de gente armada, era no obstante el consolador de afligidos».

9. Y en contraste de su felicidad y prosperidad pasadas, Job describe después su presente desdicha, usando para ello frases sumamente desgarradoras, mas, sin menoscabo de su heroica paciencia y sometimiento a la voluntad divina: «Mas, ahora he venido a ser el objeto de irónicos cantares y de escarnios por parte de los hombres. Abominan de mí, y huyen lejos de mí, y no tienen reparo de escupirme en la cara. Porque Dios abrió su aljaba, y me afligió, y puso freno en mi boca. En la flor de mi prosperidad, se levantó luego contra mí un tropel de calamidades que me derribaron por tierra, y echándose encima como una inundación me han oprimido. He quedado reducido a la nada. Tú, oh Dios mío, has arrebatado como viento todo lo que yo más amaba, y mi prosperidad ha pasado como una nube. Y ahora, dentro de mí mismo se marchita mi alma, y me poseen días de aflicción. De noche mis huesos son taladrados de dolores, y los gusanos que me roen no duermen. Con la multitud de estos se consume mi vestido, y me han ceñido como con cabezón de túnica. Soy reputado como lodo y asemejado al polvo y a la ceniza. Clamo a ti, oh Dios mío, y Tú no me oyes. Estoy en tu presencia, y ni siquiera me miras. Me elevaste, y como poniéndome sobre el viento me has estrellado con violencia».

10. No obstante el imperioso acecho de Satanás, induciendo a Job a la desesperación, para que sucumba en medio de la prueba, su intento fue completamente inútil, ya que el alma del Patriarca estuvo siempre fortalecida por la esperanza en Jesucristo Redentor: «¿Quién me diera que mis palabras fuesen escritas? ¿Quién me diera que se imprimiesen en un libro con punzón de hierro, o en plancha de plomo, o que con cincel se grabasen en pedernal? Pues yo sé que vive

mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra. Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré a mi Dios. A quien he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar, y no otro: esta, mi esperanza, está depositada en mi pecho».

Capítulo VI

Dios devuelve al Profeta y Patriarca Job la felicidad pasada con creces

1. Después que Dios se vale de Job para dejar ante el mundo el testimonio de su heroica paciencia, le devuelve al Santo Patriarca la felicidad y prosperidad pasadas, pues le restablece en la salud y le premia con bienes acrecentados dándole el doble de cuanto había tenido. Vinieron luego a verle todos sus hermanos, hermanas y parientes, y cuantos antes le habían conocido y tratado; y comieron con él en su casa, y diéronle muestras de su tierna compasión, consolándole por todas las tribulaciones que el Señor le había enviado, y diole cada uno de ellos una oveja y un anillo de oro.

2. Y como su primera mujer, la malvada Raca, había sido castigada por Dios con la muerte, Job se casó a los setenta y un años con Celeste, con la que tuvo diez hijos: siete varones y tres varonas. A los ciento cua-

renta años de edad, enviudó nuevamente; por lo que Job, a la edad de ciento cuarenta y un años se casó por tercera y última vez con Áurea, con la que tuvo diez hijos: siete varones y tres varonas. A estas tres hijas les puso por nombre: a la primera Diana, a la segunda Casilda y a la tercera Cornelia. Y no hubo en toda aquella tierra mujeres tan hermosas como las hijas de Job; e hízolas su padre entrar en la parte de la herencia como a sus hermanos. Y Job llegó a tener catorce mil ovejas, y seis mil camellos, y mil yuntas de bueyes y mil asnas. Vivió Job, después de estas cosas, ciento cuarenta años, y vio a sus hijos y nietos hasta la cuarta generación, llegando a conocer a su biznieta Lía, esposa de Taré, y a su tataranieto Abrahán, cuando éste tenía dos años de edad. Job entregó a sus descendientes el Libro de Heber y su propio Libro. El Santo Profeta y Patriarca Job murió ya muy anciano, a la edad de doscientos diez años, en el año 3186, una semana antes de Áurea.

3. Las Santas Matriarcas Celeste y Áurea, esposas de Job eran de la descendencia de Faleg. Entre los descendientes del Santo Job, hemos de resaltar a los tres Santos Reyes Magos que adoraron al Niño Jesús en el Portal de Belén.

Libro X

Los Patriarcas Abrahán, Isaac, Jacob y José

Capítulo I

Vocación de Abrahán

1. Abrahán, hijo del Patriarca Taré, y descendiente de Noé por la línea de Sem, había nacido, en el año 3184, en Ur de Caldea, región de Mesopotamia. Abrahán, a la edad de sesenta años se casó con su hermana paterna Sara, que tenía cincuenta años. Sara era estéril. Abrahán, hombre justo, aunque vivía en medio de un pueblo idólatra, siempre se mantuvo firme en la Fe verdadera recibida de sus padres y en el culto a Dios. Hallándose Abrahán en su ciudad natal, se le apareció el Señor y le dijo: *«Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré. Y Yo te haré padre y cabeza de un gran pueblo, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendito. Bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan, y en uno de tus descendientes serán benditas todas las generaciones de la tierra»*. Este descendiente sería el Mesías Redentor del mundo. La llamada vocacional la recibió Abrahán en el año 3251, cuando tenía sesenta y siete años de edad.

2. La especial vocación de Abrahán, en Ur de Caldea, fue la llamada directa que Dios le hizo para que cumpliese, en un futuro, una misión eminentemente patriarcal y sacerdotal, la que unida a su fe en Jesucristo, le constituiría padre espiritual de todos los cre-

yentes. El Altísimo concedió a Abrahán la gracia de la Santificación o Justicia Perfecta, mediante la cual su alma quedó lavada y transformada con el fuego de la Gracia Santificante presente en ella, dejándole impreso un carácter similar al del Bautismo. Para ello, el Alma Divinísima de Cristo, portando la Triple Bendición, se apareció a Abrahán, y, mediante una bendición, le incrustó en la zona escrotal, el Misterioso Sacramento, a la vez que le decía: *«En ti serán benditos todos los linajes de la Tierra»*. Desde este momento, Abrahán quedó constituido depositario de este Sacratísimo Misterio del Antiguo Testamento, y su alma, así elevada a la altísima dignidad de templo vivo del Espíritu Santo y trono excelentísimo de la Augustísima Trinidad, quedó dignamente preparada para ser merecedora de otra gracia especialísima reservada a él por el plan divino: el Sacerdocio eterno que Abrahán recibiría después en el Sacrificio de Melquisedec.

3. Abrahán, cuya fe y obediencia a Dios fueron lo más sobresaliente de su vida, lo hizo tal y como se lo había mandado el Señor; pues, el Patriarca Taré, tomando a Abrahán, a Sara, a su nieto Lot, a los siervos y a los animales, salió de Ur de los Caldeos, para la tierra de Canaán, en el mismo año 3251, cuando Abrahán tenía sesenta y siete años de edad. En el camino, llegaron a Harán, ciudad de la región de Mesopotamia y habitaron durante tres años antes de seguir el viaje. En Harán, murió el Santo Patriarca Taré a la

edad de ciento cuarenta años, en el año 3254. Con la muerte de Taré, Abrahán, de setenta años de edad, quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios. Una vez que dio sepultura a su padre y se cumplieron los días del duelo, el Patriarca Abrahán salió de Harán para la tierra de Canaán, llevando consigo a su mujer Sara y a su sobrino Lot, así como a los siervos y animales. La tierra de Canaán estaba habitada por los cananeos, descendientes de Canaán, hijo de Cam, los cuales habían sido todos maldecidos por Noé. Los cananeos eran gentes entregadas a cultos idolátricos y a toda clase de abominaciones.

4. Y luego que Abrahán y los que le acompañaban entraron por el norte en Canaán, atravesaron parte de la tierra hasta el lugar de Sicar o Siquén, hoy Nablús, rico y fertilísimo valle. Y aquí, en Siquén, se apareció el Señor a Abrahán, y díjole: *«Esta tierra daré a tu posteridad»*. Y él edificó allí un altar al Señor, que se le había aparecido, y le ofreció un sacrificio de animales. Después, siguiendo hacia el sur, llegó a un monte de la región central de Canaán, a unos 17 Km de la actual Jerusalén. Sobre este monte Abrahán puso su tienda, y habitó en aquel lugar, teniendo al oeste la población de Luz, que más tarde se llamaría Betel, y al oriente la población de Hai. Entre Betel y Hai hay una distancia aproximada de 2 Km. En aquel monte edificó también un altar al Señor, y ofreció sacrificios a Dios, invocando su Nombre. Y como lo requerían las necesidades de sus ganados, luego caminó Abrahán hacia la región meridional, colocando su tienda en el sur de Canaán.

Capítulo II

Viaje de Abrahán a Egipto

1. Mas como en el año 3256, sobreviniera hambre en la tierra de Canaán, dada la escasez de recursos Abrahán tuvo que marchar a Egipto con su esposa Sara y su sobrino Lot, para estar allí durante el tiempo que prevaleciese el hambre en su tierra. Y estando ya para entrar en Egipto, dijo a su mujer Sara: *«Eres mujer muy bella, y cuando te vean los egipcios dirán que eres mi esposa; por lo que es posible me quiten a mí la vida para tomarte a ti. Te ruego, pues, que sólo digas que eres mi hermana y oculta que eres mi esposa, para que sea yo bien recibido por consideración a ti y salve mi vida por el respeto que a ti te tengan»*. En el año 3257, en el que comenzaba el Reinado en Salén de Melquisedec y Esenia, Abrahán entró en Egipto cuando tenía setenta y tres años de edad. Y sucedió que, cuando entraban en el país, vieron los egipcios que su mujer era extremadamente hermosa, y los cortesanos lo dijeron al Faraón alabándosela mucho; por lo que Sara fue llevada al palacio del Faraón y éste mandó disponer lo necesario para casarse con ella. Entretanto, lo mismo el rey que los magnates egipcios, por respeto a Sara, trataron muy bien a Abrahán y le obsequiaron con valiosos regalos, por lo que éste tuvo ovejas, vacas, asnos, camellos así como siervas y siervos.

2. La actitud de Abrahán y Sara, ocultando al Faraón que estaban casados, fue un fingimiento por parte de ambos, enteramente reprochable, con el agravante de no haber puesto su confianza en la protección de Dios y en las promesas que les había hecho. Bajo esa ilícita restricción mental, se negaba una verdad: la de su vínculo matrimonial. Además, de haber obrado con honradez, Dios no hubiera permitido que Sara fuera requerida por el Faraón con el fin de tomarla como mujer. El asunto se agravó cuando Sara, al estar casada con Abrahán, se negase a aceptar al Faraón como esposo; pues éste, que estaba enamorado de ella, ignorando su condición de desposada, la retuvo como prisionera en su palacio durante tres años, con la esperanza de que, al final, accediese y se casara con él. Sara quedó retenida en el palacio del Faraón el día veinticuatro del Reinado en Salén de los Santísimos Melquisedec y Esenia. Mas, el Faraón, en ningún momento se acercó a ella con fines deshonestos, ya que la trató con gran respeto y consideración. Abrahán y Sara, por haber mentido diciendo sólo que eran hermanos para ocultar su condición de casados, cometieron un gravísimo pecado, en el cual estuvieron obstinados durante tres años, ya que, tanto él como ella, no tuvieron la valentía de declarar la verdad por miedo de que el Faraón les matase.

3. Mas el Señor que vela siempre con exquisita solicitud por aquellos que, a pesar de sus miserias y pecados, están a su servicio, como era el caso de Abrahán y Sara, manifestó al Faraón su enojo por retener a ella bajo su poder, y le azotó tanto a él como a su casa con grandísimas plagas durante tres años. Mas, ante tales castigos, el Faraón siguió obstinado en no dejar en libertad a Sara, con la pretensión de lograr algún día casarse con ésta; aunque, dentro de su arbitrariedad, obraba más por ignorancia que por injusticia, ya que fue bondadoso y respetuoso con ella. He aquí que, Dios, en su Infinita Bondad, teniendo muy en cuenta esto, se le apareció al Faraón en sueños, diciéndole: *«Mira que vas a morir si no sueltas a la mujer que has retenido, pues tiene marido»*. Mas, el Faraón que, a pesar de su obstinada actitud, había guardado respeto a Sara, dijo: *«Señor, ¿castigarás con la muerte a gente ignorante pero justa? ¿Acaso Abrahán no me dijo de ella: Es mi hermana, y ella también no me dijo de él: Es mi hermano? Con sencillez de corazón y con manos inocentes, hice yo esto»*. Y díjole Dios: *«Bien sé Yo que lo has hecho con pureza de corazón. Por eso te guardé de que pecaras contra Mí no permitiendo que llegaras a ella con fines deshonestos. Ahora, pues, devuélve la mujer a su marido, pues él, que es profeta, orará por ti y vivirás; mas, si no la devuelves, quede claro que ciertamente morirás tú con todos los tuyos»*.

4. Al punto, el Faraón despertó del sueño, y, siendo aún de noche, llamó a sus principales siervos, y les contó todo lo que había sucedido, y todos ellos se llenaron de gran temor. Mas, él, para asegurarse de la veracidad de aquel sueño, preparó una entrevista personal entre Abrahán y Sara. Y una vez ambos en privado, el Faraón, observándolos desde una ventana, vio

que, entre Abrahán y Sara, había delicadas y honestas manifestaciones de gran cariño, propias de esposos. El Faraón, pues, plenamente convencido de que estaban casados, llamó a Abrahán, y díjole: *«¿Qué es esto que has hecho conmigo? ¿Qué has hecho con nosotros? ¿En qué te hemos ofendido para haber atraído sobre mí y sobre mi reino tan grandes males? Lo que no debiste hacer, lo hiciste con nosotros. ¿Por qué no me dijiste que era tu esposa? ¿Por qué motivo dijiste que era tu hermana, dando así ocasión a que yo la pretendiese para tomarla como mujer?»*. Y el Faraón siguió con sus quejas, añadiendo: *«¿Qué es lo que has visto en nosotros para hacer esto?»*. Y Abrahán respondió: *«Es que pensé: Quizá no haya temor de Dios en este lugar, y me matarán por causa de mi mujer; aunque es verdad que también es hermana mía, ya que es hija de mi padre, pero no de mi madre, y por eso la tomé como esposa. Y después que Dios me sacó de la casa de mi padre, le dije a ella al entrar en Egipto: Has de hacerme esta merced de decir sólo que soy tu hermano»*. Y el Faraón pidió perdón a Abrahán y le entregó a Sara, diciéndole: *«Ahí tienes a tu mujer, tómala y vuelve, si quieres, con ella a tu territorio»*. Además, el Faraón dio una orden a todo el pueblo, diciendo: *«El que tocara a Sara, mujer de Abrahán, ciertamente morirá»*. Sara, pues, fue puesta en libertad por el Faraón en el año 3260. Abrahán y Sara, arrepentidos de su pecado pidieron perdón a Dios, y también al Faraón. Desde la liberación de Sara, hasta la recepción de la Ley, por Moisés, en el Monte Sinaí, transcurren cuatrocientos treinta años.

5. Luego, el Faraón, para resarcir a Abrahán y a su esposa, les colmó a ambos de regalos, ya que les dio ovejas, bueyes, siervos y siervas, así como gran cantidad de oro y plata, quedando ambos sumamente ricos; y, además, él dijo a Abrahán: *«Tienes esta tierra a tu disposición; habita, pues, donde bien te pareciere»*. Y a Sara dijo, con cierta ironía: *«Mira, he dado a tu hermano mil monedas de plata, en satisfacción del tiempo que te tuve retenida. Y desde ahora, en cualquier lugar que vayas, ten siempre un velo sobre los ojos en señal de casada delante de todos aquellos con quienes te hallares, y acuérdate de que has sido retenida por mí al considerarte como soltera»*. Con estas palabras, el Faraón demostraba ser persona de gran honorabilidad. Y como Dios hubiera castigado al Faraón, a su mujer y a sus siervas, con la esterilidad, por lo que habían hecho con Sara, Abrahán oró a Dios, y Él les sanó de tal enfermedad, por lo que, desde entonces, pudieron de nuevo engendrar y tener hijos. Abrahán, Sara, así como su sobrino Lot, quedaron en Egipto cuatro años más. Cuando Abrahán llevaba siete años en Egipto, se le apareció el Santísimo Ananías, diciéndole, entre otras cosas: *«Sal de la tierra de Egipto y entra en la tierra de Salén, donde te daré más instrucciones»*. Cuando Abrahán ya se disponía a partir de aquí, el Faraón dio orden a sus tropas para que acompañaran a Abrahán, a su mujer y a Lot, con todos los siervos y rica hacienda que tenían, a fin de custodiarlos con los debidos honores, hasta que saliesen de

Egipto. El Patriarca Abrahán, pues, salió de este territorio en dirección a Canaán en el año 3264, cuando el Patriarca tenía ochenta años de edad y después de haber permanecido en Egipto durante siete años.

Capítulo III

Vuelta de Abrahán a Canaán

1. Una vez que entraron en Canaán, Abrahán, con su mujer, Lot, los siervos y toda la rica hacienda, ya que el Patriarca llevaba gran cantidad de oro y plata, fue desde el sur hasta las proximidades de Luz, más tarde llamada Betel, en donde años atrás había establecido su tienda y un altar. Aquí, invocó el nombre del Señor ofreciendo un sacrificio de animales. Mas, como las haciendas de Abrahán y Lot eran muy grandes, se les hizo imposible seguir viviendo juntos en la misma tierra, por falta de pasto suficiente para todos los ganados. Además, por esta causa había rencillas entre los pastores, y esto podía enturbiar la concordia entre Abrahán y Lot. A la vista de ello, dijo Abrahán a Lot: *«Que no haya contienda entre tú y yo, y entre tus pastores y mis pastores: pues somos de la misma familia. Ahí tienes a la vista toda la tierra: Apártate de mí, te ruego; si fueres a la izquierda, yo tomaré la derecha: si tú escogieres la derecha, yo me iré a la izquierda»*. Abrahán se quedó en Canaán; mas Lot, se dirigió hacia la parte sur del Lago, hoy Mar Muerto, cuyo territorio era de regadío, a la manera de paraíso, en donde estaban Sodoma, Gomorra y demás ciudades de la Pentápolis. Lot se estableció en la ciudad de Sodoma. Cuando él llegó, la mayoría de los hombres de toda aquella región del sur del Lago, estaban ya corrompidos por sus vicios y pecados. En el año 3265, Lot se casó con una mujer hebrea natural de Sodoma, con la que tuvo a los nueve meses del mismo año dos hijas en un solo parto.

2. Y después que Lot se hubo separado, se le apareció a Abrahán el Santísimo Ananías, o sea el Padre Eterno, y le dijo: *«Alza tus ojos, y mira desde el lugar, en que ahora estás, hacia el norte y el sur, hacia el oriente y el poniente. Toda la tierra, que contemplas, daré a ti y a tu posteridad para siempre. Y haré tu linaje como el polvo de la tierra; y si hay alguno que pueda contar el polvo de la tierra, podrá también contar tu descendencia. Levántate, y recorre la tierra a lo largo de ella, y a su ancho; porque a ti te la daré toda»*. En esta visión, Dios reveló a Abrahán el sublime misterio de los Celestiales Reyes de Salén, Melquisedec y Esenia, y después le mandó que se estableciera en Hebrón. Abrahán, alzando su tienda, fue con Sara, sus siervos y hacienda, a morar al Encinar de Mambré, que está en Hebrón, y edificó un altar al Señor; lo cual fue en ese año 3265, cuando Abrahán tenía ochenta y un años de edad.

Capítulo IV**Los Augustos Monarcas****Melquisedec y Esenia, Reyes de Salén**

1. El Reinado en la tierra de los Augustos Monarcas Melquisedec y Esenia, reyes de Salén, hoy Jerusalén, comenzó en el año 3257, cuando Abrahán llegó a Egipto, y duró nueve años, ya que finalizó en el año 3266. El Sumo Sacerdote Melquisedec, Rey de Salén, era el Alma Divinísima de Cristo bajo figura humana, y la Reina de Salén, llamada Esenia, era el Alma Divina de María bajo figura humana. El territorio imperial de Salén abarcaba todo el extenso territorio de Canaán: desde el norte, incluido lo que hoy es Líbano, hasta el sur, incluida la península del Sinaí; y desde el oeste, límite con el mar Mediterráneo, hasta el este, límite con el río Éufrates. La capital de este gran imperio era la ciudad de Salén, hoy Jerusalén.

2. En el año 3257 las Almas de Cristo y María, para cumplir con su regia misión en Salén, se hicieron visibles a los habitantes de aquel extenso territorio, que eran en su mayoría paganos. Ese mismo año, lo primero que hizo el Monarca y Sumo Sacerdote Melquisedec, fue reedificar en tres días el nuevo Templo de Jerusalén, ya que el erigido por Heber fue destruido durante los tres días de tinieblas. Tras la milagrosa reconstrucción, en tres días, del Templo de Jerusalén, vinieron tres semanas de total transformación, fecundidad y enriquecimiento del campo. El día 25 del comienzo del Reinado de los Santísimos Melquisedec y Esenia, toda la tierra conocida con el nombre de Canaán había quedado convertida en un verdadero paraíso. La misteriosa presencia de los Reyes Melquisedec y Esenia, y su milagroso poder, infundió sublime atracción, sumo respeto y santo temor. Ambos llevaron a cabo un gran apostolado entre aquellas gentes, convirtiéndose los que fueron sumisos a las sagradas enseñanzas y leyes. Muchos de los habitantes de aquel extenso territorio acataron fácilmente la autoridad real de los Augustos Monarcas. Sin embargo, hubo habitantes, los más perversos, que se negaron a obedecer a Melquisedec y Esenia, por lo que tuvieron que salir del territorio, en donde ya no les era posible seguir con sus cultos idolátricos y demás costumbres paganas.

3. En las primeras semanas posteriores a los veinticuatro días del Reinado Imperial de los Santísimos Melquisedec y Esenia, algunos importantes lugares del imperio recibieron algunos otros nombres, a saber: el actual Mar de Galilea, Lago de Melquisedec; el actual Río Jordán, Río de la Vida; el Monte Tabor, Monte de la Santísima Trinidad; Ananías, Melquisedec y Malaquías; el Monte de las Bienaventuranzas, Monte de Melquisedec; el Monte Carmelo, Monte de Malaquías; el Monte Sinaí, Monte de Ananías.

4. Dentro del territorio del Reino de Salén, se hallaba también el Lago de Esenia, hoy Mar Muerto. Todos los reyes del extenso imperio de Salén, entre ellos los de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboín y Segor, eran tributarios del poderosísimo Rey de Salén; a quien ellos le hacían cuantiosas y ricas ofrendas, en gratitud

de que les permitía ejercer como reyes la autoridad correspondiente sobre sus ciudades; pues, aunque gozaban de cierta autonomía, estaban sometidos a la imperial corona de los Reyes de Salén. Todos los súbditos de los Augustos Monarcas Melquisedec y Esenia, consideraban a ambos como Purísimos y Virginales Esposos.

5. El Sumo Sacerdote y Monarca Melquisedec, para honrar a su Dilectísima Esposa, la Reina Esenia, dio al Lago el mismo nombre que Ella tenía, y por eso todos lo conocían como el Lago de Esenia, el cual era bellísimo, de aguas dulces y cristalinas, con abundancia de peces y circundado de frondosísimos bosques que sobrepujaban en belleza a los de otros lugares del paradisíaco imperio. En la parte norte del Lago, es decir, la que está próxima a la actual ciudad de Jericó, vivían muchos hombres y mujeres de vida santa, dedicados a la oración y a la contemplación, bajo la dirección espiritual de la celestial Reina Esenia. Cuando aún faltaban tres meses para cumplirse el séptimo año del Reinado Imperial de los Santísimos Melquisedec y Esenia, comenzaron los moradores del imperio a corromperse. Dicha corrupción, fue en mayor grado en la parte sur del Lago de Esenia; pues, los reyes y súbditos de estos territorios, que al principio del Reinado habían sido virtuosos, fueron poco a poco relajándose por las comodidades de la vida que les ofrecía la fertilidad de la tierra y las dulzuras climáticas; de cuyos beneficios no supieron aprovecharse para mejor servir a Dios. Estos corrompidos habitantes, fueron substituyendo el santo nombre de Esenia que tenía el Lago, por el injurioso nombre de Lago de la vida placentera.

Capítulo V**Invasión de los territorios de la Pentápolis por los reyes de Oriente**

1. En el año 3266, aconteció que, cuatro poderosos reyes invasores, entre ellos el rey Codorlahomor, declararon la guerra a los reyes de Sodoma y de las otras cuatro ciudades de la Pentápolis. Unos y otros ejércitos, se juntaron en el Valle de las Selvas, en las proximidades del Lago. Y como el resultado fuera adverso para los ejércitos de las ciudades de la Pentápolis, los reyes de Sodoma, Gomorra y demás, se dieron a la fuga. Muchos de sus soldados cayeron en los pozos de betún que allí había; y los que se salvaron, huyeron al monte. Los vencedores, saquearon las ciudades, llevándose cautivos a los varones que habían quedado, así como a las mujeres, hijos, siervos y bienes. También, se llevaron a Lot, su familia y toda su hacienda.

2. Mas, uno de los que escaparon fue a dar la noticia a Abrahán, que habitaba en el valle de Mambré, en Hebrón. Así que oyó Abrahán que Lot, sobrino suyo, había sido hecho prisionero, escogió de entre los criados de su casa trescientos dieciocho, los más instruidos en el manejo de las armas, y persiguió a los invasores hasta salir de los territorios de la parte norte de Canaán, y los derrotó; y así pudo recobrar a Lot, con su familia, hacienda, mujeres y otras gentes de su ciudad.

Capítulo VI

El Patriarca Abrahán es bendecido por el Sumo Sacerdote Melquisedec

1. Tras la derrota del rey Codorlahomor y de los otros tres reyes aliados, que fue en el año 3266, Abrahán se presentó, como victorioso Caudillo, a los celestiales Reyes Melquisedec y Esenia, para ofrecerles su victoria y ponerse a disposición de Ellos; y también lo hizo el rey de Sodoma, para rendirles tributos. El encuentro de Abrahán con los Augustos Monarcas fue en el Valle de Savé o del rey, hoy Valle de Josafat, junto a Salén. El Rey Melquisedec, como Sumo Sacerdote del Dios Altísimo, ofreció un sacrificio de pan y vino en acción de gracias, y bendijo a Abrahán diciendo: *«Bendito Abrahán del Dios Altísimo, dueño de Cielo y Tierra. Bendito el Dios Altísimo, que ha puesto a tus enemigos en tus manos»*. Y Abrahán dio a Melquisedec el diezmo de todo el botín que había tomado de los cuatro reyes invasores. Durante el sacrificio de pan y vino, Melquisedec confirió a Abrahán el diaconado, el presbiterado y la plenitud del sacerdocio o episcopado, mediante la imposición de sus manos sobre él y la pronunciación de las siguientes palabras: *«Tú eres Sacerdote eterno según el Orden de Melquisedec»*. Abrahán quedó, pues, constituido verdadero y real Sacerdote como los de la Nueva Ley, aunque en grado muy inferior. Seguidamente, Melquisedec, en presencia de muchos de sus súbditos, ungió rey a Abrahán, a quien entregó el extenso territorio de Salén para que lo rigiese. Esta unción fue en el mismo año 3266, cuando Abrahán tenía la edad de ochenta y dos años. Con el nombramiento de Abrahán como sucesor en el trono, los Celestiales Monarcas Melquisedec y Esenia, dieron por terminado su Reinado ejercido en la tierra, bajo figuras humanas, durante nueve años. Cumplida, pues, su misión en la tierra, Melquisedec y Esenia desaparecieron sin que esto causara extrañeza a sus súbditos leales, ya que siempre se les había considerado como Celestiales Monarcas.

2. El Patriarca Abrahán, tras ser ungido rey, se estableció en la ciudad de Salén y permaneció en ella durante los catorce años que duró su reinado. La extensión del territorio imperial de Salén que tuvo Abrahán bajo su autoridad monárquica, comprendía todo el territorio de Salén en tiempos de Melquisedec, más lo que hoy es Siria, territorio conquistado por la espada de Abrahán cuando persiguió hasta allí y venció a los cuatro reyes invasores encabezados por Codorlahomor. La autoridad sacerdotal, patriarcal y monárquica de Abrahán, fue reconocida por todos los habitantes del extenso territorio de su reino. Abrahán, tras recibir el Sacerdocio según el Orden de Melquisedec, que era de carácter interno y eterno, sólo ofrecía a Dios sacrificios de pan y vino, y jamás volvió a ofrecer sacrificios de animales.

Capítulo VII

Alianza de Dios con Abrahán. Promesa de un heredero

1. Pocos días después de que Abrahán fuese ungido rey, le habló el Señor en una visión, diciéndole: *«No temas, Abrahán, yo soy tu protector, tu recompensa será muy grande»*. Entendiendo Abrahán que Dios le hablaba de su prometida descendencia, contestóle: *«¡Oh Señor Dios! ¿Y qué es lo que me has de dar? Yo me iré de este mundo sin hijos, y tendrá que ser heredero el hijo de Eliecer, el mayordomo de mi casa. Pues no me has dado descendencia, y será mi criado quien me herede»*. Al punto le replicó el Señor, diciendo: *«No será éste tu heredero, sino un hijo que saldrá de tus entrañas; ése es el que te ha de heredar»*. Y sacóle afuera y le dijo: *«Mira al cielo y cuenta, si puedes, las estrellas. Pues así será tu descendencia»*. Creyó Abrahán a Dios, y por su gran fe fue reputado como justo. Díjole después: *«Yo soy tu Dios, que te saqué de Ur de Caldea para darte esta tierra en posesión»*. Y al día siguiente, estando ya el sol para ponerse, cayó Abrahán en un profundo sueño, y el Señor le dijo: *«Sepas desde ahora que tu posteridad ha de estar peregrina en una tierra no suya (Egipto), y que los sujetarán a servidumbre, y los afligirán cuatrocientos años. Mas la nación a quien han de servir, yo la juzgaré, y después de esto saldrán con gran riqueza, y en la cuarta generación volverán acá (Canaán)»*. Los cuatrocientos años han de contarse desde el sacrificio de Isaac, que fue en el 3290, hasta el 3690, que es cuando Moisés recibió la Ley en el Monte Sinaí.

2. En el año 3280, cuando Abrahán terminó su reinado imperial, salió de la ciudad de Salén, hoy Jerusalén, y se fue a Hebrón, el Santísimo Melquisedec destruyó el Templo con su divino soplo, a fin de que no fuera profanado por los enemigos del Pueblo de Dios; pues, tras la destrucción del Templo, volvieron y se establecieron de nuevo los descendientes de Canaán y Babel: los Jebuseos, Amorreos, Gergeseos, etc.; los cuales se habían ido cuando Melquisedec implantó su imperio.

Capítulo VIII

Abrahán se casa con Agar, de la cual nace Ismael

1. Ese mismo año 3280, cuando Abrahán se hallaba establecido en Hebrón, como su esposa Sara deseaba tener descendencia, ya que no la tenía a causa de su esterilidad, aconsejó a su marido que tomase a su sierva egipcia Agar, de raza árabe, como esposa de segundo orden, por lo que dijo Sara a Abrahán: *«Bien ves que Dios me ha hecho estéril para que no conciba; cástate con mi sierva, a ver si, por lo menos, puedo tener hijos de ella»*. Y, sabiendo Abrahán que esta decisión de Sara era movida por el vehemente deseo de cumplir con el deber de procreación, según lo había mandado Dios en el Paraíso, no puso resistencia alguna, lo cual fue permitido por Dios, ya que en ese tiempo no implicaba ofensa alguna a Él. Sara, tomando a

su sierva Agar, dióselo por mujer a Abrahán. Esto sucedió cuando Abrahán tenía noventa y seis años de edad y llevaba ya quince años viviendo en tierra de Canaán. Agar concibió, y cuando se sintió embarazada comenzó a despreciar a su señora, a lo que Abrahán no le daba mucha importancia.

2. Por lo que dijo Sara a su esposo: «*Mal te portas conmigo, no reprendiendo a Agar; yo te di a mi esclava por mujer, la cual viéndose encinta, me mira ya con desprecio*». A lo que respondió Abrahán: «*Ahí tienes tu sierva a tu disposición; haz con ella como te pareciere*». Y como Sara castigase a su sierva por falta de respeto, Agar huyó. Mas habiéndosele aparecido el Ángel del Señor, que era el Alma de Cristo, en un lugar solitario junto a un pozo de agua, que está en el camino del sur, hacia el desierto, díjole: «*Agar, sierva de Sara, ¿de dónde vienes, y adónde vas?*». Y ella respondió: «*Vengo huyendo de la presencia de Sara, mi ama*». Replicóle el Ángel del Señor: «*Vuélvete a tu ama y humíllate debajo de su mano*». Y añadió: «*Yo multiplicaré en tanto grado tu descendencia, que por su multitud no podrá contarse*». Y prosiguió diciendo: «*He aquí que tú has concebido, y parirás un hijo, y le has de poner por nombre Ismael, por cuanto el Señor te ha oído en tu aflicción*». Y ella invocó al Señor que se le había aparecido, diciéndole: «*¡Oh Dios!, Tú eres el que me has mirado en la aflicción. Ciertamente, he visto también aquí al que me ve*». Y por esto llamó a aquel pozo: Pozo del Viviente y del que me ve. Agar, pues, obedeció sin vacilar las palabras de Dios, volvió a la casa, pidió perdón a Sara, y dio a luz a Ismael, en el año 3281, siendo Abrahán ya de noventa y siete años.

Capítulo IX

Dios renueva la alianza con el Patriarca Abrahán, establece la circuncisión y le promete un hijo

1. En el año 3283 cuando era Abrahán de noventa y nueve años de edad, hallándose en el Encinar de Mambré, en Hebrón, se le apareció la Santísima Trinidad bajo la apariencia corporal de tres varones vestidos de blanco, y Abrahán al principio creyó que eran tres Ángeles. Mas, el Padre Eterno dijo: «*Yo soy el Dios Todopoderoso; anda en mi presencia y sé perfecto. Yo haré contigo mi alianza y te multiplicaré en gran manera*». Postróse Abrahán sobre su rostro adorando al Señor. Y díjole el Padre Eterno: «*Yo soy, y mi pacto será contigo y serás padre de muchas naciones. Y desde hoy ya no te llamarás Abrán — que significa padre excelso —, sino que serás llamado Abrahán porque yo te haré padre de una muchedumbre de pueblos. Yo te haré crecer hasta lo sumo y te constituiré cabeza de muchos pueblos, y reyes descenderán de ti. Yo establezco mi alianza eterna entre ti y entre tu posteridad. A ti y a tus descendientes daré, en posesión perpetua, la tierra de Canaán, en la que estás ahora como peregrino, y seré el Dios de ellos*».

2. Y siguió diciendo, a Abrahán, el Padre Eterno: «*Tú, pues, guarda mi alianza y también la ha de guar-*

dar tu descendencia en todas sus generaciones. Este es el pacto mío que habéis de observar: Circuncidareis la carne de vuestro prepucio, y esa será la señal del pacto de la alianza entre Mí y vosotros. A los ocho días de nacido, todo varón será circuncidado, de una a otra generación. Cualquier varón, cuya carne del prepucio no hubiere sido circuncidada, será su alma borrada de mi pueblo, porque quebrantó mi pacto». La circuncisión fue la marca o señal del Pueblo de Dios, al ser requisito necesario para pertenecer a la Iglesia del Alma Mística. La circuncisión era obligatoria a los ocho días del nacimiento de los niños. Mediante dicho sacramento imperfecto, se recibía la justicia imperfecta, en virtud de la cual se perdonaba la culpa del pecado original al quedar expulsado Satanás del alma; mas, no perdonaba la mancha de dicho pecado, ya que no daba al alma la Habitabilidad del Espíritu Santo.

3. Mas, para el cumplimiento de la promesa hecha al Patriarca Abrahán, de que sería padre de una muchedumbre de pueblos, era naturalmente necesario que Dios concediera, a la Matriarca Sara, la gracia de la fecundidad que no poseía. Y fue en esta misma aparición de la Santísima Trinidad en el Encinar de Mambré, cuando el Padre Eterno anuncia a Abrahán que Sara concebiría un hijo, diciéndole también: «*A Sara, tu mujer, ya no la llamarás Sarai, sino Sara. Yo le daré mi bendición, y te daré de ella un hijo a quien he de bendecir también, y será origen de muchas naciones, y descenderán de él reyes de varios pueblos*». Abrahán se postró sobre su rostro, y sonrióse, diciendo en su corazón: «*¿Conque a un viejo de casi cien años le nacerá un hijo? ¿Y Sara, de casi noventa, ha de parir?*». Y añadió Abrahán: «*¡Ojalá que Ismael viva delante de Ti, para que al menos en él se cumplan tus promesas de mi descendencia!*». Mas, Dios respondió a Abrahán: «*Sí, por cierto. Sara te ha de dar a luz un hijo, y le pondrás por nombre Isaac, y con él confirmaré mi pacto en alianza sempiterna, y con su descendencia después de él. He otorgado también tu petición sobre Ismael; he aquí que le bendeciré, y le daré una descendencia muy grande y muy numerosa, será padre de doce caudillos, y le haré jefe de una nación grande. Pero el pacto mío lo estableceré con Isaac, que Sara te parirá por este tiempo el año que viene*». El cumplimiento del anuncio de Dios a Abrahán, de que haría a Ismael padre de una gran nación, estaba supeditado al sometimiento de éste a Isaac; ya que Dios no iba a constituir a Ismael cabeza de un pueblo herejarca, como al final lo fue por su obstinación en la apostasía. La sonrisa de Abrahán ante la promesa de Dios de que Sara le daría un hijo, cuando ambos eran ya muy ancianos, y ella, además, estéril, implicaba en él la duda de que esto pudiera hacerse por medios meramente humanos, y, por tanto, que sólo mediante un milagro podría llevarse a cabo, pues Abrahán no dudó que Dios pueda hacer lo que al hombre le es imposible.

4. Después que el Padre Eterno anunció a Abrahán que tendría un hijo de Sara, le reveló a él el contenido

del Sacramento de la Triple Bendición que el Patriarca llevaba incrustado en su zona escrotal. Abrahán tuvo una visión extraordinaria de la Virgen María, Madre del Salvador, y de la futura obra de la Redención, gozándose del sublime acontecimiento del Calvario que estaba por venir. Una vez que el Padre Eterno terminó de comunicar a Abrahán su mensaje, la Santísima Trinidad desapareció de su vista. Aquel mismo día, cuando Abrahán tenía noventa y nueve años se circuncidó, y luego circuncidó a su hijo Ismael, que ya tenía dos años de edad, y a todos los siervos varones de su casa como se lo había mandado Dios.

5. Dentro de aquel mismo año 3283, pocos días después de que la Santísima Trinidad, bajo tres figuras humanas, renovara la alianza con Abrahán y le anunciara que Sara concebiría un hijo, se le apareció de nuevo el Señor a Abrahán en el Encinar de Mambré, estando él sentado a la puerta de su tienda a la hora del calor del día. Sucedió, pues, que, alzando los ojos, vio cerca de sí parados a tres personajes, los cuales eran la Santísima Trinidad bajo tres figuras humanas, y corrió al encuentro de ellos desde la puerta de la tienda, y los adoró postrándose en tierra, y les dijo: «Señor mío, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de largo. Te haré traer un poco de agua para lavar vuestros pies, y descansaréis debajo del árbol». Y también les suplicó se dignasen tomar algún alimento. Aceptaron los tres santísimos viajeros tan generoso ofrecimiento, y Abrahán les lavó los pies y les sirvió carne de un becerro tierno que había mandado guisar, pan de flor de harina, manteca y leche.

6. Y mientras los tres visitantes comían bajo el árbol que está junto a la tienda, el Verbo Divino Humanado dijo a Abrahán: «¿Dónde está Sara, tu mujer?». Y contestó él: «Dentro de la tienda». Y díjole luego el Espíritu Santo: «Yo volveré a visitarte dentro de un año por este mismo tiempo, y Sara, tu mujer, tendrá un hijo». Al oír esto Sara se rió detrás de la puerta de la tienda, pues ambos eran ya viejos y de avanzada edad, diciendo consigo misma: «¿Ahora que ya soy vieja, y mi señor lo es más, voy a concebir?». Y dijo el Padre Eterno a Abrahán: «¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: ¿Si será verdad que yo he de dar a luz siendo tan vieja? Pues qué, ¿hay para Dios cosa difícil? Al plazo prometido volveré a visitarte por este mismo tiempo, y Sara tendrá un hijo». Sara, llena de temor, dijo: «No me he reído». Mas el Padre Eterno replicó: «No es así, sino que te has reído». La sonrisa de Sara ante las palabras de Dios de que concebiría un hijo, implicaba en ella la duda de que esto pudiera hacerse por medios meramente humanos, y que, por tanto, sólo mediante un milagro podría llevarse a cabo, pues Sara no dudó de que Dios podía hacer lo que al hombre le es imposible. Días después, Sara concibió un hijo de Abrahán, cuando éste tenía noventa y nueve años de edad.

Capítulo X

Castigo de Sodoma y Gomorra.

Pecado incestuoso de las hijas de Lot.

Muerte santa de Lot

1. Después que se levantaron de allí aquellos tres Santísimos Varones, volvieron los ojos hacia Sodoma; y Abrahán fue andando con ellos un trecho para despedirlos. Y dijo el Padre Eterno a Abrahán: «*El clamor de Sodoma y de Gomorra se aumenta más y más, y la gravedad de sus pecados se ha agravado en extremo. Voy, pues, a destruir estas ciudades.*». Y partiendo de allí, dos de ellos, los cuales eran el Verbo Divino Humanado y el Espíritu Santo, tomaron el camino de Sodoma, con el fin de llevar a cabo el castigo. Mas, Abrahán, que estaba delante del tercero, que era el Padre Eterno, movido por un impulso de su ardiente caridad, interpuso con humilde confianza su poderosa intercesión, ante Dios, por Sodoma, diciéndole: «Señor, ¿por ventura destruirás al justo con el impio? Si se hallaren cincuenta justos en aquella ciudad, ¿perderán todos sus habitantes, y no perdonarás, por amor a los cincuenta justos, a todo aquel lugar?». Y le dijo Dios: «Si hallare en Sodoma cincuenta justos, perdonaría por ellos a todo el lugar». Y respondiendo Abrahán, dijo: «Ya que he comenzado una vez, hablaré a mi Señor, aun siendo yo polvo y ceniza: Y si faltaren cinco justos al número de cincuenta, ¿destruirás la ciudad toda entera porque no son más de cuarenta y cinco?». Y Dios respondió: «No la destruiré si hallare en ella cuarenta y cinco». E insistió de nuevo el Patriarca: «Y si encontrases en ella cuarenta, ¿qué harás?». Y Dios respondió: «No la castigaré por amor de los cuarenta». Y dijo Abrahán: «Suplícote, Señor, que no te enojés si prosigo hablando: ¿Y si hallares allí treinta?». Respondió Dios: «No lo haré si hallare allí treinta». Y prosiguió Abrahán: «¿Y si allí se hallaren veinte?». Respondió el Señor: «No la destruiré por amor de los veinte». E insistió más Abrahán: «Ruégote, Señor, no te irrites, si aún hablare esta sola vez: ¿Y si se hallaren allí diez?». A lo que respondió el Padre Eterno: «No la destruiré por amor de los diez». Y luego desapareció el Padre Eterno, y Abrahán volvió a su casa de Hebrón.

2. Pocos días después, llegaron por la tarde a Sodoma las dos Personas Divinas bajo figuras humanas, y Lot estaba sentado a la puerta de la ciudad, como era su piadosa costumbre, para llevar a su casa a los visitantes que, en su corazón, sentía que eran honrados, a fin de librarles del peligro que podían correr en medio de aquella ciudad corrompida; ya que Lot, era un hombre justo que habitaba entre aquellos malvados de Sodoma; los cuales cada día atormentaban su alma con obras detestables. Lot, pues, al ver a los dos visitantes, se levantó, les salió al encuentro, y les reverenció inclinando su cabeza, y, sin saber quiénes eran, díjoles: «Mirad, Señores, os ruego que vengáis a la casa de vuestro siervo para pasar la noche y lavaros los pies». Llegados a la mansión de Lot, después que comieron, y antes de entregarse al reposo de la noche, muchos

hombres corrompidos de Sodoma, arrastrados por sus deshonestas y nefandas pasiones, pedían desenfrenadamente a Lot les entregase los dos hombres visitantes para abusar de ellos. Mas, Lot dijo a aquellos corrompidos sodomitas: *«Por favor, hermanos míos, no queráis hacer semejante maldad. Mirad, dos hijas tengo que no están casadas, os las sacaré para que hagáis con ellas lo que queráis; con tal que no hagáis ningún mal a estos dos hombres, pues se han acogido bajo mi techo»*. Ante esta respuesta, se acrecentó la irritación de los malvados, hasta el punto que forcejearon con Lot con la intención de entrar en la casa; y estaban ya a punto de romper la puerta, cuando las dos Celestiales Personas, sacando sus manos metieron a Lot dentro de la casa, y cerraron con presteza, después de haber herido con la ceguera a aquellos pervertidos hombres, de manera que ya no pudieron atinar con la puerta. Y, aunque Lot obró en defensa de sus dos visitantes al ofrecer a los sodomitas sus dos hijas para que satisficieran en ellas sus lujuriosos deseos, sin embargo, pecó gravemente, ya que el fin no justifica los medios. Mas, Lot, reconociendo después su pecado, pidió perdón a Dios.

3. Tras este desagradable suceso, las Dos Divinas Personas, dándose a conocer a Lot, le dijeron: *«Todo cuanto tengas en esta ciudad, prepáralo para sacarlo de aquí, porque vamos a destruir este lugar, pues es tan grande el clamor de sus pecados en la presencia de Dios Padre, que nos ha enviado para destruirla»*. Al amanecer, salió Lot para hablar a los novios de sus hijas, y les dijo: *«Levantaos y salid pronto de este lugar, porque Dios va a destruir la ciudad»*. Y les pareció a estos que se burlaba, y no le hicieron caso. Cuando Lot volvió a su casa, las Dos Divinas Personas le apresuraron a que saliese de Sodoma, diciéndole: *«Vamos ya, toma a tu mujer y a las dos hijas que tienes, no sea que tú también perezcas en la ruina de esta ciudad malvada»*. Y viendo que se entretenía, le agarraron de la mano a él, a su mujer y a sus dos hijas, pues el Señor quería salvarles, y sacáronles fuera de la ciudad; y allí le dijeron a Lot estas palabras: *«Si quieres salvar tu vida, no mires hacia atrás, ni te pares en todo el contorno de esta región; sino ponte a salvo en el monte, no sea que tú también perezcas juntamente con los otros»*. Lot, suplicó a las Dos Divinas Personas le permitiesen refugiarse en la ciudad de Segor, la cual Dios preservó de ser destruida para que viviesen allí Lot y su familia. Cuando estos entraban en la ciudad, siendo ya de día, Dios hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego desde el Cielo, quedando destruidas ambas ciudades y otras de la Pentápolis, pereciendo todos sus habitantes, sus animales y su rica vegetación. Mas, cuando entraban en la ciudad de Segor, la mujer de Lot, en contra del mandato de Dios, miró para atrás; y por su desobediente y malsana curiosidad nostálgica, fue matada por Dios por medio de la inmensa cantidad de sal que hizo caer sobre ella, por lo que quedó convertida en un bloque de sal. Merced al castigo, muchos de los habitantes de aquellas ciudades malditas, reconociendo la justa ira de Dios por sus pe-

cados, se arrepintieron al sentir sobre ellos la tromba abrasadora que les envolvía.

4. Las ciudades de Sodoma y Gomorra, juntamente con las de Adama, Seboín y otras, todas ellas situadas a las orillas de la parte sur del Lago de Esenia, hoy Mar Muerto, fueron destruidas por Dios desviando Él la órbita de un astro, al que hizo pasar sobre tales ciudades; el cual estaba formado de agua, azufre y sal, y tenía la forma de un gran hongo, que se desintegró explotando, y cayó sobre esas ciudades en forma de lluvia de agua, fuego, azufre y sal. Este astro había sido formado por Dios cuando el Diluvio universal, de una pequeña parte del agua sobrante. Con este castigo, aquella región paradisíaca del sur del Lago de Esenia, fertilísima y climáticamente apacible, quedó caóticamente transmutada en el desierto más abrupto hasta entonces conocido. Y el mismo Lago de Esenia, de agua dulce y muy rico en peces, quedó contaminado, fétido, sumamente salado y sin vida animal, por los elementos destructores caídos sobre aquella región. Abrahán, que había oído, desde la ciudad de Hebrón, el pavoroso estruendo del astro al explotar sobre las ciudades malditas, salió al sitio en donde días atrás había intercedido ante el Señor por Sodoma y Gomorra. Y desde allí miró hacia aquella región castigada, viendo cómo se levantaban de la tierra pavesas ardientes y espesa humareda. El castigo de las ciudades malditas de Sodoma, Gomorra y otras de la Pentápolis, fue en el año 3283.

5. Lot, que había sido librado por Dios de perecer en el castigo en atención al valimiento del Patriarca Abrahán, se había refugiado con sus dos hijas en la ciudad de Segor, aunque sólo fue por breve tiempo; pues, temeroso y desconfiado de que la ciudad pudiera ser después castigada, huyó a los montes con sus dos hijas gemelas, y habitó en una cueva. Y sucedió que ellas, con el falso pretexto de que no había hombres con quien tener descendencia, tentadas de lujuria, concibieron el nefasto plan de tenerla de su mismo padre. Para lo cual, echando en el vino un brebaje alucinante y excitante, le embriagaron una noche, pecando con él la hija mayor, y a la noche siguiente le embriagaron de nuevo pecando con él la hija menor. En ambas ocasiones, dado el fuerte efecto del brebaje, Lot no se dio cuenta en absoluto de que se hallara embriagado, ni tampoco del infame incesto que sus hijas habían cometido con él, por lo que quedó ignorante de todo aquel atropello. En el perverso proceder de las hijas de Lot, no cabe justificación alguna; pues, jamás hay causa justa para cometer a sabiendas un pecado. Además, la falta de hombres fue un falso pretexto, ya que sí los había, tanto en Segor como en la familia del justo y virtuoso Abrahán. Y como el incesto con el mismo padre, por ser pecado abominable, estaba ya maldecido por Dios desde los primeros tiempos de Adán y Eva, las hijas de Lot quedaron malditas automáticamente. Y ellas, por su propia decisión, cuando sintieron la preñez dentro de sí, antes de que su padre pudiera darse cuenta, desaparecieron de su presencia para siempre, y vivieron errantes por la tierra pasando grandes penas

y calamidades. Lot, jamás supo que sus hijas habían concebido de él. De los respectivos hijos de ellas, llamados Moab y Amón, surgieron los pueblos idólatras moabitas y amonitas. San Lot, en medio de sus grandes sufrimientos y adversidades, que le sirvieron para expiar algunos de los errores de su vida, permaneció siempre fiel a Dios, acabando sus días santamente de ermitaño en el desierto.

Capítulo XI

Nacimiento de Isaac

En el año 3284, cuando Abrahán tenía cien años de edad, hallándose con su familia en Hebrón, cumplióse la promesa de Dios, y en dicha ciudad Sara dio a luz un hijo varón, por lo que dijo ella: *«Dios me ha dado motivo de alegrarme, y cualquiera que lo oyere, se regocijará conmigo»*. Y sumamente emocionada, casi ni se creía lo que estaba viendo. Por eso dijo: *«¿Quién hubiera creído que Abrahán llegaría a ver que yo daba de mamar a un hijo que le parí siendo ya viejo?»*. Abrahán circuncidó a su hijo en el octavo día de su nacimiento y le puso el nombre de Isaac, que significa risa.

Capítulo XII

Agar y su hijo Ismael son despedidos de la casa de Abrahán

1. A los pocos meses del nacimiento de Isaac, el Patriarca Abrahán, con toda su familia, siervos y hacienda, se fue a la ciudad de Bersabé, situada al sur de Canaán, y frontera con el desierto de Farán. Cuando Isaac tenía dos años, se le destetó; y en el día del destete, celebró Abrahán un gran convite. Por entonces, Ismael tenía ya cinco años de edad. Mas, sucedió que, durante la fiesta, como viese Sara que el hijo de su sierva Agar perseguía y maltrataba una vez más a Isaac con el pretexto de jugar con él, dijo Sara a Abrahán: *«Echa fuera a esta sierva malvada y a su envidioso hijo, que no ha de ser, como ambos pretenden, que el hijo de la sierva sea heredero con mi hijo Isaac»*. Dura cosa pareció a Abrahán el tener que maldecir y despedir de su casa a Agar y a Ismael por el trato cruel que, tanto la madre como su hijo inducido por ella, daban continuamente a Isaac, a causa de la envidia que le tenían por ser el hijo de la promesa. Mas Dios dijo a Abrahán: *«No te parezca cosa dura lo que dice tu mujer acerca de ese niño y de la madre, sierva tuya; haz, pues, todo lo que Sara te pide, porque Isaac es por cuya línea ha de permanecer el nombre de tu descendencia. Si bien, al hijo de la sierva, Yo permitiré que sea caudillo de un pueblo grande por ser sangre tuya»*. Al día siguiente, levantándose Abrahán de mañana, cogió pan y un odre con agua, y púsolo sobre los hombros de Agar, y sobre la espalda de ella puso también a su hijo Ismael, y despidiólos. Agar, habiendo partido, andaba errante por el desierto de Bersabé. Y como se hubiese acabado el agua del odre, viendo a su hijo sumamente extenuado por la sed, lo depositó debajo de un árbol, y lue-

go ella se alejó un poco, porque decía: *«No quiero ver morir a mi hijo»*; y así, sentada enfrente de Ismael, alzó el grito y comenzó a llorar. El niño, al oír los gemidos de su madre, también gritaba y lloraba. Pero Dios oyó la voz y clamores del niño, por lo que el Ángel del Señor, que era el Alma de Cristo, desde el Cielo, llamó a Agar, diciendo: *«¿Qué haces, Agar? No temas, porque Dios ha oído la voz de tu hijo desde el lugar en que se halla. Levántate, toma al niño y cógelo de la mano, que, en atención a mi fidelísimo hijo Abrahán, Yo permitiré que Ismael sea cabeza de una gran nación»*. Seguidamente, por indicación del Ángel del Señor, Agar vio cerca de allí un pozo, al que fue corriendo, llenó el odre y dio de beber al niño, quedando restablecido. A pesar de que Agar e Ismael, habían sido maldecidos por Abrahán por el mal trato que, a causa de la envidia, daban a Isaac, Dios, en un gesto de su infinita Bondad, ayudó en el camino a la madre y al hijo para que no desfalleciesen y muriesen; ya que la Providencia divina no sólo actúa sobre los buenos, sino también sobre los malos. Ismael, vivió y fue creciendo en el desierto de Farán, cerca de Bersabé, y llegó a ser muy diestro en el manejo del arco y la flecha; y su madre le casó con una mujer egipcia de raza árabe, llamada Sarracena, y sus descendientes son los árabes ismaelitas, llamados también agarenos y sarracenos.

2. Tras del repudio de Agar, Abrahán tomó a su sierva Cetura como esposa de segundo orden o concubina. Siendo Cetura concubina, Abrahán tuvo con ella seis hijos en cuatro partos: dos de dos hijos y dos de uno, en cuatro años, Zamrán, Jecsán, Madán, Madián, Jescob y Sué. Cuando estos ya podían valerse por sí mismos, Cetura les separó de Isaac, por el temor de que le pudieran hacer algún daño y cayera sobre ellos la maldición de Dios, como ocurrió con Ismael. No obstante, los seis hermanos, aunque alejados de Isaac, siguieron siendo fieles al Pueblo de Dios y sumisos al Patriarca Abrahán; y más tarde, también permanecerían bajo la obediencia a Isaac. Entre ellos, hemos de destacar a Jecsán y Madián, de cuya descendencia procederían los Santos Reyes Magos que visitaron al Niño Jesús en Belén. Madián, que estaba casado con Noelia, llegó, con el tiempo, a ser un Santo Patriarca que observó y cumplió la ley que le entregó su padre en el llamado Libro de Abrahán, cuyo libro llegó hasta los Santos Reyes Magos, y después se perdió sin que se conociera por ahora el destino. El Patriarca Jecsán y su esposa la Matriarca Samaria, cuyo nombre significa regazo de María, murieron santamente, y lo mismo el Patriarca Madián y la Matriarca Noelia.

3. Abrahán, durante los cuatro años que llevaba viviendo en tierra filisteo o Palestina, había construido muchos pozos, sobre todo cerca de las ciudades de Gerara y Bersabé. Solía haber ciertas envidias y disensiones entre los filisteos y los siervos de Abrahán acerca de dichos pozos, por la necesidad de agua para beber ellos y los ganados. Y dada la poca distancia que había entre Gerara y Bersabé, Abrahán andaba de una ciudad a otra. Hallándose una vez en Bersabé, hubo un

problema acerca de un pozo que él había cavado; pues, los filisteos le habían arrebatado el uso del mismo por la fuerza, dando Abrahán sus quejas. En el año 3288, el Abimelec o rey que había entonces en Filisteia, y que había hecho a Abrahán la merced de que viviese allí como extranjero, fue, acompañado de su Pícol o príncipe de su ejército, adonde estaba Abrahán, pues sabía que éste estaba disgustado porque los filisteos le obstaculizaban mucho su trabajo en aquella tierra. Y no queriendo el Abimelec tener guerras y disgustos con Abrahán, le dijo a éste: *«Tu Dios está contigo en todo lo que haces: Júrame, pues, por tu Dios que no harás daño a mí, ni a mis descendientes, ni a ninguno de mi linaje, sino que harás conmigo, y con la tierra en que habitas como extranjero, conforme a la merced que te hice»*. Y dijo Abrahán: *«Yo lo juraré»*. Mas, Abrahán dio sus quejas al Abimelec, a causa del pozo de agua que, por fuerza, le habían quitado sus siervos. Y el Abimelec respondió: *«No tengo conocimiento de tal cosa, ni tú tampoco me lo has advertido, ni yo lo he oído hasta hoy»*. Y tomó Abrahán ovejas y bueyes, y diolos al Abimelec, e hicieron entre ambos alianza. Abrahán apartó siete corderas del rebaño y le preguntó el Abimelec: *«¿Para qué son estas siete corderas que has apartado?»*. Abrahán le contestó: *«Para que las recibas de mi mano, y te sirvan de prueba que yo he abierto este pozo»*. Por eso, fue llamado aquel lugar Bersabé, porque allí juraron ambos e hicieron alianza por el pozo del juramento. Tras esto, el Abimelec y el Pícol volviéronse a Gerara, capital de Filisteia.

Capítulo XIII

Dios prueba al Patriarca Abrahán pidiéndole el sacrificio de su hijo Isaac

1. En ese mismo año 3288, después del pacto con el Abimelec, el Patriarca Abrahán plantó en Bersabé un bosque, en el que erigió un altar a Dios, en donde invocaba su Santo Nombre y le ofrecía sacrificios de pan y vino.

2. En el año 3290, en el que Isaac ya tenía seis años de edad, hallándose Abrahán en Bersabé, le probó Dios, y, hablándole el Padre Eterno, le dijo: *«Abrahán, Abrahán»*. Y respondió él: *«Aquí me tienes, Señor»*. Díjole el Padre Eterno: *«Toma a Isaac, tu hijo único de Sara, al que tanto amas, y vé a la Tierra de Visión, y allí me lo ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que Yo te mostraré»*. La tierra de Visión era la parte más alta del Monte Moria, hoy Monte Calvario, en Jerusalén. Dios pide a Abrahán el acto supremo de obediencia, que es el sacrificio de Isaac, con cuya cruenta inmolación sellaría su alianza con el santo Patriarca; pues, en dicho sacrificio, aunque materialmente no hubo derramamiento de sangre, sí lo hubo en la voluntad de Abrahán y de su hijo, al aceptarlo plenamente; ya que, si no llegó a ser físicamente cruento porque la intervención divina lo impidió, sí lo fue espiritualmente. Abrahán comunicó a su esposa Sara que el Señor había mandado sacrificar a su hijo Isaac. Sara,

aunque transida de dolor, aceptó generosamente la orden del Señor.

3. Abrahán, pues, levantándose antes del amanecer, aparejó su asno; y tomando consigo a su hijo Isaac y a dos mozos, partió la leña para el holocausto, y desde Bersabé se encaminó al lugar que el Padre Eterno le había mandado. Al tercer día de camino, alzando los ojos, divisó de lejos el lugar, y dijo a sus mozos: *«Quedaos aquí con el asno, que yo y mi hijo subiremos allá arriba»*. Tomó también la leña del sacrificio y la cargó sobre su hijo Isaac, mientras que él llevaba en las manos el fuego y el cuchillo. Caminando así los dos juntos, aunque Isaac presentía en su interior que él era la víctima, dijo a su padre: *«Padre mío»*. Y él respondió: *«¿Qué quieres, hijo?»*. E Isaac dijo: *«Llevamos el fuego y la leña; mas, ¿dónde está la víctima del holocausto?»*. A lo que respondió Abrahán: *«Hijo mío, Dios ha mandado que tú seas la víctima para el holocausto»*. Siguieron, pues, juntos su camino; y, una vez llegados al lugar en que Dios les había indicado, Abrahán, envuelto en lágrimas, erigió un altar, sobre el que colocó la leña; y luego, habiendo atado a Isaac su hijo, púsole en el altar sobre el montón de la leña y tomó el cuchillo para sacrificar a su hijo. Y cuando levantó su mano para clavárselo a Isaac en el corazón, de repente el Ángel del Señor, que era el Alma Divinísima de Cristo, gritó desde el Cielo diciendo: *«Abrahán, Abrahán: Detén tu mano, y no descargues el golpe sobre el niño, ni le hagas daño alguno, que ahora Dios Padre se da por satisfecho que le temes; puesto que, por obediencia y amor a Él, no has perdonado ni siquiera a tu único hijo parido por Sara»*. Y Abrahán, alzando sus ojos, vio tras sí un carnero enredado por las astas en un zarzal, y habiéndolo cogido le ofreció en holocausto, en vez del hijo. Y llamó este lugar Moria, esto es, *«el Señor ve y provee»*. El Sacrificio de Isaac por Abrahán fue precisamente en el mismo lugar en que luego Cristo sería crucificado.

4. Abrahán, aunque es excelsa figura del Padre Eterno, por no perdonar a su hijo Isaac, entregándole a la muerte, objeto de sus complacencias y esperanza del cumplimiento de las promesas, es, sin embargo, de manera más especial y hondamente significativa, figura de María, pues aceptó el decreto divino de la muerte de su hijo y lo llevó voluntariamente al suplicio. Abrahán, pues, figura de María, revela la obediencia heroica, el desgarramiento del corazón, la unión de su propio sacrificio al de su hijo y su propia inmolación espiritual. Isaac, subiendo al Monte Moria cargado con la leña para ser sacrificado, es la más viva figura de Jesucristo: Quien, cargado con el leño de la Cruz, subió la cima del Monte Calvario para ser crucificado, aceptando con obediencia suma y sin queja su propia inmolación. Isaac, aceptando su propio sacrificio, es, pues, figura de la obediencia y sumisión de Cristo a la voluntad del Padre Eterno.

5. Cuando Abrahán acabó el sacrificio con el carnero que había hallado tras sí, el Alma Divinísima de Cristo, desde el Cielo le habló por segunda vez, transmitiéndole las siguientes palabras del Padre Eterno:

«Por Mí mismo juro, palabra de Dios: que, por no haber perdonado a tu hijo por amor de Mí, Yo te llenaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar; tu posteridad poseerá las ciudades de sus enemigos, y en un Descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido a mi voz». El sacrificio de Abrahán fue, pues, majestuosamente coronado con la octava y definitiva bendición y promesa de una numerosa descendencia, de la cual nacería Nuestro Señor Jesucristo, Redentor del mundo. Y después de todo esto, Abrahán, desde el Monte Moria, se encaminó con su hijo Isaac y los dos siervos, a Bersabé, en donde estaba Sara, su esposa, que ya había muerto; pues, en el mismo momento en que Abrahán se disponía a sacrificar a su hijo Isaac, murió en Bersabé la Santa Patriarca Sara, a la edad de noventa y seis años, a causa del dolor que le produjo el pensar que ya había sido sacrificado su hijo. El Patriarca Abrahán, vuelto a Bersabé, lloró con gran sentimiento la muerte de su esposa; a la que, tras los oficios del funeral, llevó a Hebrón para enterrarla en la gruta de Macpela, que él compró para dar sepultura a su esposa. Tras el entierro de Sara, el Patriarca volvió a Bersabé, y, una vez aquí, tomó como esposa principal a Cetura que, hasta entonces, había sido esposa de segundo orden o concubina. Cetura murió en el año 3314, cuando Abrahán tenía ciento treinta años.

Capítulo XIV

El Patriarca Abrahán da las órdenes sobre el Matrimonio de su hijo Isaac.

El Patriarca Abrahán, poco antes de morir, da a Isaac la Bendición de la Primogenitura

1. En el año 3322, cuando Abrahán tenía ya ciento treinta y ocho años de edad y, por tanto, era muy anciano, viendo que ya era inmediata su muerte, encomendó a su mayordomo se hiciera responsable del matrimonio de Isaac; para lo cual, le hizo jurar por el Señor Dios, que no había de tomar mujer para su hijo de las hijas de los cananeos. Abrahán dijo, pues, a su mayordomo Eliecer: «*Irás a mi tierra y parentela, y tomarás de allí mujer para mi hijo Isaac*». Respondió el mayordomo: «*Y si la mujer no quiere venir conmigo aquí, ¿debo volver y llevar a tu hijo al lugar de donde tú saliste?*». Y dijo Abrahán: «*Guárdate bien, de llevar jamás a mi hijo allá; pues, el Señor Dios del Cielo, que me sacó de la casa de mi padre y de la tierra de mi nacimiento, me habló y me juró, diciendo: 'A tu descendencia daré esta tierra', El mismo enviará su Ángel delante de ti, y hará que traigas de aquel país mujer para mi hijo, que si la mujer no quiere seguirte, quedarás desobligado del juramento, pero en ningún caso lleves allá jamás a mi hijo*». El mayordomo tomó diez camellos de su amo, llevando consigo ricos presentes, y puesto en camino partió para la ciudad de Harán en Mesopotamia.

2. En ese mismo año 3322, días después de que partiese Eliecer para Mesopotamia, como le llegara a

Abrahán la hora de la muerte, llamó a su hijo Isaac para darle la bendición de la primogenitura, que constaba de dos bendiciones; primero, a través de la bendición sacerdotal, le entregó a su hijo la Triple Bendición, que quedó incrustada en la zona escrotal de su cuerpo, siendo éste entonces santificado en virtud de la Habitabilidad en su alma del Espíritu Santo; y luego, a través de otra bendición especial, Abrahán confirió a Isaac el diaconado, el presbiterado y la plenitud del sacerdocio o el episcopado según el Orden de Melquisedec. Ese mismo día del año 3322, murió el Santo Patriarca Abrahán en la ciudad de Bersabé, a la edad de ciento treinta y ocho años. Después de la muerte de Abrahán, su hijo Isaac, de treinta y ocho años de edad, quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios. Abrahán, antes de morir, además de hacer heredero a Isaac de todo lo que poseía, dejó también en herencia la parte que correspondía a cada uno de los siete hijos que tuvo de sus dos concubinas. Isaac, tomando el cuerpo muerto de su padre, lo llevó a Hebrón, y aquí diole sepultura en la cueva de Macpela, en donde ya se hallaba sepultada Sara su esposa. En el entierro, estuvieron también los seis hijos que Abrahán tuvo con Cetura, ya que fueron avisados por su hermano Isaac; y, además, estuvo presente Ismael; pues, aunque vivía en el desierto de Farán, tuvo conocimiento de la muerte de su padre por unos siervos que le envió Isaac para que se lo comunicaran, y así darle también una nueva oportunidad de conversión, ya que Ismael sentía implacable aversión y profundo resentimiento contra Abrahán, Sara e Isaac. Por eso, la asistencia de Ismael al entierro de Abrahán, fue sólo por el interés de hacerse con la parte de la herencia que le había dejado su padre. Después, Ismael, partió de nuevo para el desierto de Farán, en donde venía residiendo.

3. Lamentablemente, Ismael no correspondió a las gracias dadas por Dios para su salvación, de lo cual, gran parte de culpa tuvo su misma madre. Y como Agar quería que la salvación del género humano viniese de la descendencia de su hijo Ismael, siempre envidiosa y resentida, por la preferencia que Abrahán tenía por Isaac, inspirada por Satanás, había infundido en su hijo Ismael un odio a muerte contra su hermano, por ser el hijo de la Promesa, de cuya descendencia nacería el Salvador del mundo. E Ismael, aunque recibió muchas gracias de Dios para alcanzar la salvación, no se arrepintió del odio que sentía hacia su hermano; por lo que murió impenitente en el año 3407, a la edad de ciento veintiséis años, condenándose eternamente. Su esposa Sarracena también murió impenitente y se condenó, siendo una de las figuras principales de la Antimaría.

Capítulo XV

Matrimonio del Patriarca Isaac y Rebeca

1. Mientras sucedía la muerte de Abrahán, su mayordomo Eliecer se encaminaba a la ciudad de Harán, en Mesopotamia, en donde vivía Batuel, que era hijo de Nacor, hermano de Abrahán. Al llegar a la ciudad de Harán, descansó en las afueras junto a un pozo, y

como era al caer de la tarde, hora en que solían salir las mujeres a sacar agua, rogó al Señor que se dignase manifestarle cuál era la elegida para esposa de Isaac, y que lo fuese aquella a quien, pidiéndole de beber, accediera gustosamente a su petición, y también diera de beber a sus camellos. En aquel mismo instante llamó su atención una hermosa y agraciada doncella, de nombre Rebeca, hija de Batuel, que salía de la ciudad llevando un cántaro sobre su hombro, y que acercándose al pozo lo llenó de agua y se volvía. El mayordomo corrió hacia ella, y dijo: *«Dame a beber un poco de agua de tu cántaro»*, y dijo ella: *«Bebe, señor mío»*; y, bajando el cántaro sobre su brazo, le dio de beber. Y cuando él hubo bebido, añadió ella: *«También sacaré agua para tus camellos hasta que todos beban»*. Y vaciando el cántaro en los abrevaderos, volvió al pozo para sacar agua, y dio de beber a todos los camellos. Eliecer la estaba mirando en silencio, deseando saber si el Señor le había conducido a donde su amo quería. Y luego, para confirmar que era Rebeca, le preguntó: *«¿De quién eres hija?»*. Y ella respondió: *«Soy hija de Batuel, el hijo que Melca dio a Nacor»*. Entonces Eliecer le entregó a ella unos pendientes y brazaletes de oro, diciéndole: *«¿Hay en tu casa lugar para pasar la noche?»*. Ella contestó: *«Hay en nuestra casa paja, heno y lugar para pernoctar»*. El mayordomo dio gracias a Dios de que le había guiado adonde Abrahán le envió. La joven Rebeca marchó presurosa a su casa, en donde su padre, Batuel, estaba moribundo, contando todo lo ocurrido. Enseguida, Labán, hermano de la joven, fue al pozo y llevó consigo al mayordomo. Una vez éste en la presencia de Batuel, pidió para Isaac la mano de Rebeca, diciéndole: *«Yo soy siervo de Abrahán, y el Señor ha colmado a mi amo de bendiciones y le ha engrandecido. Y Sara, mujer de mi amo, ha dado un hijo a mi señor. Mi amo me ha hecho jurar: 'No tomarás mujer para mi hijo de las hijas de los cananeos, en cuya tierra habito, sino que irás a la casa de mi padre y de mi parentela, y tomarás mujer para mi hijo'. Por tanto, mi señor me ha dicho: Irás a la casa de mi padre, y de allí traerás mujer para mi hijo»*. Y, además, contó a Batuel y a su familia todo lo que, providencialmente, había sucedido en el pozo con su hija Rebeca.

2. Al oír la propuesta de Eliecer, como Batuel estaba moribundo, y sus palabras no eran inteligibles para el mayordomo, aunque sí para su hijo Labán, éste habló en nombre de su padre, diciendo: *«De Dios viene esto. Ahí tienes a Rebeca, tómala y llévatela contigo, para que sea la esposa del hijo de tu amo, conforme lo ha manifestado el Señor»*. Poco después de este episodio, Batuel murió. Pasado el duelo, el mayordomo entregó los ricos regalos de la dote, correspondiente a Rebeca, a su madre y a su hermano; y, preparado el convite por la petición de la mano de Rebeca, estuvieron juntos comiendo y bebiendo. Al día siguiente de estas celebraciones, siendo muy de mañana, Eliecer suplicó a la familia de Rebeca le permitiese marchar con ella para hacer cuanto antes partícipe de tan feliz acontecimiento a Abrahán, el cual ya había muerto mientras el viaje

de Eliecer, y éste lo ignoraba. Mas, la madre y los hermanos de Rebeca, le dijeron: *«Que se esté la muchacha con nosotros siquiera diez días, y después se marchará»*. El mayordomo accedió a ello; y sucedió que, en uno de estos días, murió la madre de Rebeca, que se llamaba Rocío. Una vez pasado el duelo, como Labán y los otros hermanos quisieran detener por más tiempo a Rebeca con ellos, Eliecer manifestó con firme decisión que le dejaran ya partir con ella a la casa de su amo. Mas, Labán, que sentía mucho separarse de su hermana, quiso que lo decidiera ella; por lo que, preguntando a Rebeca si deseaba ya partir con Eliecer, contestó que sí. Labán y sus hermanos se despidieron de Rebeca dándole bendiciones. Seguidamente, Rebeca, con la nodriza de sus futuros hijos, llamada Débora, y sus doncellas, partió con Eliecer al país de Canaán. Por entonces, Isaac seguía habitando en Bersabé. Cuando Rebeca llegaba, se encontró con Isaac que había salido al campo a meditar, ya caído el día. Y ella, al verle, cubrió su rostro en señal de modestia. El Patriarca Isaac, después que Eliecer le hubiera contado todo lo ocurrido, introdujo a Rebeca en la tienda de Sara y la tomó por esposa, cuando él tenía cuarenta años de edad, en el año 3324. Después de casados, Rebeca dio claras señales de que era estéril.

3. Dada la proximidad entre las ciudades de Bersabé y Gerara, ambas filisteas, Isaac andaba de una a otra con sus siervos atendiendo los ganados. En Gerara, tiempo atrás, Abrahán había abierto varios pozos. Y como los filisteos tuviesen envidia de Isaac, ya que Dios bendecía sus cosechas y se enriquecía sobremanera, cegaron los pozos abiertos por su padre. Y sucedió que el Abimelec o rey que había entonces en Filistea, viendo las disensiones que existían entre sus súbditos y la familia de Isaac por la envidia de aquellos, se llegó un día al Patriarca y le dijo: *«Retírate de aquí, porque te has hecho mucho más poderoso que nosotros»*. Isaac, retirándose de las proximidades de la ciudad, marchóse hacia un valle no muy lejos de Gerara, en donde abrió de nuevo los pozos que tiempo atrás había hecho su padre y que ahora se hallaban cegados por los filisteos, hallando en ellos bastante agua. Mas, también en este valle próximo a Gerara, hubo guerra y rencillas entre los pastores de esta ciudad y los de Isaac, que decían: *«Nuestra es el agua»*. Por lo que, el Patriarca, marchó a Bersabé, en donde por la noche se le apareció el Señor, y le dijo: *«Yo soy el Dios de Abrahán tu padre, no temas, que Yo estoy contigo. Te bendeciré y multiplicaré tu posteridad por amor a mi siervo Abrahán»*. En este lugar, en el altar erigido por Abrahán, Isaac invocaba el nombre del Señor y le ofrecía sacrificios de pan y vino. Y habiendo venido aquí desde Gerara el Abimelec de Filistea, con un amigo llamado Ochocaz y el Pícol o general de sus tropas, díjoles Isaac: *«¿Por qué habéis venido adonde yo estoy, cuando soy hombre a quien aborrecéis y me habéis echado de entre vosotros?»*. Y entonces, el rey le propuso hacer una alianza entre ambos. Al día siguiente, una y otra parte hicieron un juramento de paz y después el rey y los que con él venían, se marcharon. Y

como los filisteos hubiesen cegado el pozo que Abrahán había hecho aquí en Bersabé, conocido como el Pozo del Juramento, los siervos de Isaac lo abrieron de nuevo, y fue tanta la cantidad de agua que daba, que lo llamaron también «Pozo de la Abundancia».

Capítulo XVI

Dios ratifica con el Patriarca Isaac la alianza hecha con Abrahán.

Viaje de Isaac a Egipto.

Isaac es ungido rey de Hebrón

1. Dado que en ese mismo año 3324 hubo nuevamente hambre en la tierra de Canaán, se fue Isaac, con su esposa Rebeca, de nuevo a Gerara, con la intención de bajar luego a Egipto. Estando ya en Gerara, se le apareció el Señor a Isaac, y tras bendecirle como nuevo Patriarca del Pueblo de Dios, le dijo para probar su obediencia: *«No descendas a Egipto, sino sigue permaneciendo aquí en esta tierra de Canaán, que te daré. Peregrina por ella, que Yo estaré contigo, y te bendeciré; porque a ti te daré todas estas tierras, cumpliendo el juramento que hice a Abrahán tu padre. Y multiplicaré tu posteridad como las estrellas del cielo, y daré a tus descendientes todas estas tierras, y serán benditas en ti y en Aquel que saldrá de tu descendencia, todas las gentes de la tierra; por cuanto obedeció Abrahán a mi voz, y guardó mis preceptos y mandamientos, y observó mis ceremonias y leyes»*. A esta disposición divina, Isaac manifestó su más incondicionada sumisión y obediencia. Y, cuando más dispuesto estaba a permanecer en la tierra de Canaán, Dios habló otra vez al Patriarca ordenándole ahora que fuera a Egipto, por lo que él partió para este territorio algunos días después de haber recibido esa contraorden divina.

2. Isaac, con Rebeca, sus siervos y los ganados, llegaron a Egipto dentro de ese mismo año 3324. Cuando Isaac y Rebeca llevaban tres años en Egipto, decidieron por su cuenta retornar a la tierra filisteá. Isaac y Rebeca, antes de emprender el pretendido retorno a la tierra filisteá, fueron a despedirse del Faraón de entonces; el cual les rogó, con lágrimas en los ojos, que no se marcharan y quedaran algún tiempo más; pues, desde que ellos entraron en Egipto, él y su pueblo se habían visto colmados de bendiciones y prosperidad materiales. A lo que ellos accedieron gustosamente. Cuando Isaac y Rebeca llevaban seis años en Egipto, se le apareció a Isaac el Santísimo Ananías, diciéndole entre otras cosas: *«Sal de la tierra de Egipto, y retorna a la tierra filisteá, donde te daré más instrucciones»*. Isaac y Rebeca, antes de emprender el retorno a la tierra filisteá, fueron a despedirse del Faraón; el cual les agradeció sobremedida el haberse quedado tres años más en Egipto; pues él y su pueblo se habían visto colmados aún más de bendiciones y prosperidad materiales. El Faraón, con gran parte de su corte y de su ejército, acompañó a Isaac y Rebeca hasta los límites de Egipto con la tierra filisteá, colmándoles además de oro, plata, siervos y siervas, e innumerables rebaños. Isaac y Rebeca habían estado en Egipto por espacio de seis años.

3. En el año 3330, Isaac, con su esposa, sus siervos y rica hacienda, desde Egipto se encaminaron a la ciudad filisteá de Bersabé, en Canaán. Allí se le apareció a Isaac un ángel y le ordenó de parte de Dios que se marchara a la ciudad de Hebrón. Veinticuatro días antes de la llegada de Isaac y Rebeca a esta ciudad, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Hebrón, y les dijo: *«A partir de mañana, en siete días, una tercera parte de vuestro campo quedará convertido en un verdadero paraíso. Pasado esto, volveré otra vez con mis siete Arcángeles»*. Dieciséis días antes de la llegada de Isaac y Rebeca a la ciudad de Hebrón, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Hebrón, y les dijo: *«A partir de mañana, en siete días, otra tercera parte de vuestro campo quedará convertido en un verdadero paraíso. Pasado esto, volveré otra vez con mis siete Arcángeles»*. Ocho días antes de la llegada de Isaac y Rebeca a la ciudad de Hebrón, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Hebrón, y les dijo: *«A partir de mañana, en siete días, la tercera parte restante de vuestro campo quedará convertido en un verdadero paraíso. Pasado esto, volveré otra vez con mis siete Arcángeles y os daré un rey»*. El día siguiente, o sea el día veinticinco de este período, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Hebrón, y en presencia de los mismos y de gran parte del pueblo, ungió a Isaac como rey cuando tenía cuarenta y seis años de edad, ya que este acontecimiento fue en el año 3330. El reinado de Isaac sobre Hebrón y su comarca, duró catorce años, permaneciendo en dicha ciudad hasta la terminación del mismo, que fue en el año 3344, cuando Isaac tenía sesenta años de edad. La autoridad sacerdotal, patriarcal y monárquica de Isaac, fue reconocida por todos los habitantes del extenso territorio de su reino, los cuales se convirtieron y adoraron al Dios de Isaac, y, por tanto, al único y verdadero Dios. El Patriarca Isaac levantó, en la ciudad de Hebrón, un altar a Dios, en donde invocaba su Santo Nombre y le ofrecía sacrificios de pan y vino.

Capítulo XVII

Nacimiento de Esaú y Jacob

1. Isaac y Rebeca oraban constantemente a Dios para alcanzar un hijo fruto del matrimonio, ya que ella era estéril. Y sucedió que, cuando Isaac y Rebeca llevaban diecisiete años de vida conyugal sin fecundidad, Rebeca, deseando dar descendencia a Isaac, le propuso que tomara por esposa de segundo orden o concubina a la mayordoma y confidente de ella, la nodriza Débora, para que cohabitara con ésta y poder tener descendencia; lo cual, como sabemos, por aquel tiempo no implicaba ofensa a Dios. No obstante, Isaac, sin menospreciar a Rebeca ni a Débora, dijo a su esposa:

«Es más agradable a Dios que sigamos orando, confiados en que él trocará la esterilidad en fecundidad».

2. En el año 3344, Dios, atendiendo a los ruegos de Isaac y Rebeca, otorgó a ella la virtud de concebir dos hijos gemelos cuando Isaac contaba ya la edad de sesenta años, y faltaban once meses para que terminara su reinado en Hebrón. Cuando estaba Rebeca encinta, notó que luchaban los dos niños en su vientre. Y presintiendo ella que entre ambos habría enemistad cuando nacieran, dijo entre sí: *«Si esto ha de suceder, ¿para qué he concebido yo?»*. Y luego fue a consultar al Señor, y Él le dijo: *«Dos pueblos llevas en tu vientre, dos pueblos que, al salir de tu vientre, se separarán, pues un pueblo prevalecerá sobre el otro pueblo, y el mayor servirá al menor»*.

3. Dentro del mismo año, hallándose en Hebrón, Rebeca dio a luz dos niños gemelos: el que salió primero era pelirrojo, velludo a manera de un pellico, y fue llamado Esaú, que quiere decir *«hombre vellososo»*. Detrás, salió el otro, que tenía cogido con su mano el talón de su hermano, y por esto se le llamó Jacob, que significa *«el que pone la zancadilla»*. En ese mismo año 3344, en que terminó el reinado de Isaac en Hebrón, marchó él con toda su familia para residir en Bersabé, cuando Esaú y Jacob tenían dos meses. Crecieron los dos niños, y fue Esaú diestro cazador y hombre de campo; mas, Jacob, varón sencillez, era más bien hombre casero y dedicado a las cosas del espíritu. Isaac sentía predilección por Esaú, ya que era el primogénito y, además, le complacía trayéndole buena caza para comer. Rebeca amaba más a Jacob, porque sabía los designios que Dios le había comunicado sobre su hijo, y que ella guardó en secreto sin decirlo a su marido.

Capítulo XVIII

Esaú vende a Jacob los derechos de la primogenitura

1. En el año 3384, cuando Isaac tenía cien años de edad y sus dos hijos cuarenta años, Esaú fue nombrado por su padre capataz sobre todas sus mayordomías; para lo cual, a cierta distancia de la tienda o casa patriarcal, Isaac preparó una rica tienda o casa para que Esaú ejerciera la capatacía. Tres meses más tarde, Esaú abandonó la capatacía y se fue sin pedir la bendición de su padre. Al quedar vacante la capatacía, Isaac nombró capataz a su hijo Jacob, dándole la tienda que ocupó Esaú. Isaac, tras la marcha y apostasía de Esaú, juró firmemente que le desheredaba de todos los derechos de la primogenitura.

2. En el mismo año 3384, en que los dos hijos de Isaac aún tenían cuarenta años, sucedió que Esaú, pasados dos meses de haber abandonado la capatacía, tras algunos días de absoluta hambre, no tuvo la suficiente humildad de presentarse ante su padre, a fin de que le socorriese. Y sabiendo que Jacob ocupaba su tienda antigua, Esaú acudió a su hermano para que le socorriera. Fue entonces cuando, cansado y angustiado por el hambre, encontró a su hermano Jacob que acababa de guisar un plato de lentejas, y le dijo: *«Dame de co-*

mer ese guiso». Y Jacob, a quien su madre había confiado el secreto de que el mayor serviría al menor, vio entonces una ocasión de poder hacerse con los derechos de la primogenitura que correspondían a su hermano. Y por eso le contestó a Esaú: *«Te daré mi guiso a condición de que me vendas tu derecho de primogenitura»*. Respondió Esaú: *«Ya ves que me estoy muriendo, ¿de qué me servirá la primogenitura?»*. Y Jacob dijo: *«Pues, júramelo»*. Y Esaú se lo juró, vendiéndole la primogenitura por aquel plato de lentejas. Y una vez que se lo comió, se fue sin importarle nada el haberla vendido. Tenía entonces el Patriarca Isaac cien años de edad.

3. Esaú, que aún tenía cuarenta años, con motivo de su encuentro con Jacob en la tienda o casa de la capatacía, al tener noticia por éste, de que, a raíz de su apostasía, Isaac, con juramento firme, le había desheredado de todo, se enfureció satánicamente contra su padre y su madre; por lo que, para herirles, tomó por esposas a dos mujeres cananeas: Judit, hija de Beeri Heteo, y Basemat hija de Elón Heteo. Esto desagradó grandemente a sus padres, ya que ambas mujeres eran idólatras. Y dijo Rebeca a Isaac: *«Cansada estoy de vivir, a causa de estas hijas de Het, mujeres de Esaú; si Jacob llega a tomar mujer de este país, no quiero vivir más»*. Isaac, pues, llamó a su hijo Jacob, para recomendarle que, cuando más tarde llegara el tiempo para él de casarse, fuera a buscar una esposa en la parentela de su padre en Harán, y por esto le dijo ya anticipadamente: *«No quiero que tomes mujer de la raza de Canaán. Vé a Mesopotamia de Siria, a casa de Batuel, padre de tu madre, y escoge allí mujer de las hijas de la descendencia de Labán, hermano de tu madre. Y el Dios todopoderoso te bendiga, y te aumente y multiplique; de manera que vengas a ser padre de numerosos pueblos. Y te conceda las bendiciones de Abrahán, así a ti como a tu descendencia después de ti, para que poseas como propia la tierra en que estás ahora como peregrino, la cual tiene prometida a tu abuelo»*. Jacob pidió entonces una bendición a su padre para que, llegado el momento, todo se cumpliera según la voluntad de Dios.

4. Esaú, que aún seguía teniendo cuarenta años, cuando se enteró que Isaac había dicho a Jacob *«No tomes mujer de las hijas de Canaán»*, y que, cuando le llegara el tiempo de casarse, fuera a Mesopotamia, y tomara ahí esposa de la familia de su madre, sabiendo Esaú que sus padres no miraban con agrado a las hijas de Canaán, para herirles más a ellos, se fue al desierto de Farán y tomó otra tercera mujer, a la pagana Mahelet, hija de Ismael, lo cual dolió sobremanera a Isaac y Rebeca.

Capítulo XIX

El Patriarca Isaac, poco antes de morir, da a Jacob la Bendición de la Primogenitura

1. En el año 3404, Isaac y Rebeca, así como Jacob y los siervos de ellos, aún se hallaban residiendo en Bersabé. Sin embargo, Esaú llevaba veinte años viviendo fuera de la casa paterna con sus tres mujeres paganas.

Y sucedió que, este mismo año, cuando Esaú tenía sesenta años de edad, recibió la noticia, por medio de la nodriza Débora, que su padre Isaac estaba moribundo. Esaú hizo comunicar a su padre, por medio de la misma Débora, que estaba sinceramente arrepentido y dispuesto a obedecerle en todo, incluso a romper definitivamente con sus tres esposas, cuando en realidad no estaba dispuesto a obedecerle en nada. Al saber Isaac, por medio de la nodriza, que su hijo Esaú estaba arrepentido de todo y dispuesto a retornar, repudiando incluso a sus tres esposas, ordenó a la misma Débora que llamara a Esaú, al que creía arrepentido.

2. Cuando Isaac recibió a Esaú creyéndole sinceramente arrepentido, le mandó a que buscara en el campo un cabrito, y no que cazara animal alguno, para celebrar su retorno y darle la bendición de la primogenitura. He aquí que Isaac, dijo a Esaú: *«Ves que estoy ya muy viejo, y que presiento la proximidad de la muerte. Vé y busca en el campo un cabrito, guísalo según sabes como me gusta, y tráemelo para que lo coma contigo y te bendiga mi alma antes que yo muera»*. Mas, Débora, que estaba cerca y lo había oído, pues ella es la que había traído a Esaú, le comunicó rápidamente a Rebeca la disposición de Isaac, y Rebeca, inducida por Débora, vio la ocasión y la solución para conseguir la bendición de la primogenitura para Jacob. Por eso, cuando Esaú salió al campo para cumplir el mandato de su padre, dijo ella a su hijo Jacob: *«Me ha dicho Débora que tu padre hablaba con Esaú tu hermano, y que le decía: Vé al campo, tráeme un cabrito, y guísamelo para que coma contigo, y te bendiga delante del Señor antes que muera. Ahora, pues, hijo mío, condesciende a mis consejos: Anda, vete al establo y tráeme enseguida dos cabritos de los mejores, para hacer de ellos a tu padre un guiso como a él le gusta; a fin de que, después que tú lo lleses a tu padre y una vez que haya comido, te bendiga antes que muera»*. Jacob dijo a Rebeca: *«Sabes que Esaú mi hermano es hombre velludo y yo soy lampiño; Si mi padre me palpare, y lo conociere, temo vaya a creerse que yo he querido burlarme de él, y traiga sobre mí la maldición en lugar de la bendición»*. Y díjole su madre: *«Caiga sobre mí esa maldición, hijo mío; pero tú obedece solamente mi voz, y vé y tráeme lo que te he dicho»*. Jacob fue, y trajo los dos cabritos, y díolos a su madre; y ella hizo el guisado, como sabía que gustaba a su esposo. Luego, vistió a Jacob con los mejores vestidos de Esaú, que tenía en casa; y con las pieles de los cabritos le cubrió las manos y lo desnudo del cuello. Seguidamente, Rebeca entregó a Jacob el guisado, y los panes que había cocido, para que éste lo llevara a su padre.

3. Dada la vejez de Isaac, tenía la vista tan debilitada que, a la edad de ciento veinte años, cuando se hallaba moribundo, ya no veía nada. Jacob, llevando la comida a su padre, le dijo: *«¿Padre mío?»*. Y él respondió: *«Heme aquí: ¿Quién eres tú, hijo mío?»*. Y díjole Jacob: *«Yo soy tu primogénito Esaú, he hecho como me has mandado; levántate, siéntate, y come del cabrito para que me bendigas después»*. Mas, Isaac dijo a Jacob: *«¿Cómo has podido ir tan presto al cam-*

po y guisarlo como te lo encomendé, hijo mío?». El cual respondió: *«Fue voluntad de Dios que todo se hiciera muy rápido»*. Y dijo Isaac: *«Llégate acá para palparte, hijo mío, y reconocer si tú eres mi hijo Esaú o no»*. Acercóse Jacob a su padre, y habiéndole éste palpado, dijo: *«La voz ciertamente, es la de Jacob, mas las manos son de Esaú»*. Y no lo reconoció, porque las manos vellosas se parecían a las del mayor. Cuando se disponía a bendecirle, díjole antes: *«¿Eres tú mi hijo Esaú?»*. Jacob respondió: *«Yo soy»*. E Isaac le dijo: *«Tráeme el guiso, hijo mío, para que te bendiga mi alma»*. Y habiéndoselo presentado, y comido de él, le sirvió también vino; el cual, una vez bebido, díjole: *«Llégate a mí, y dame un beso, hijo mío»*. Jacob se llegó, y besó a su padre. Éste, después de vacilar, cuando percibió la fragancia de sus vestidos, humanamente convencido de que tenía delante de él a Esaú, le dio la bendición de la primogenitura, y dijo: *«He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, que bendijo el Señor. Dios te dé del rocío del cielo, y de la granjura de la tierra abundancia de trigo y de vino, y sirvante los pueblos, y póstranse ante ti las tribus: sé señor de tu hermano y de su descendencia, e inclínese delante de ti. El que te maldijere, maldito sea, y el que te bendijere, sea colmado de bendiciones»*. Isaac, a través de la bendición sacerdotal a Jacob, le entregó a su hijo la Triple Bendición, que quedó incrustada en la zona escrotal de su cuerpo, siendo éste entonces santificado y recibiendo un carácter similar al del Bautismo. Y luego, a través de otra bendición especial, Isaac confirió a Jacob el diaconado, el presbiterado y la plenitud del sacerdocio o episcopado según el Orden de Melquisedec, mediante el cual habría de ofrecer a Dios sacrificios de pan y vino. Dios, aunque reprobó sobremanera los medios empleados por Jacob y Rebeca, no obstante dio validez a la ceremonia, sin percatarse de esto Isaac hasta que después llegó el verdadero Esaú.

4. Apenas había acabado Isaac de decir las anteriores palabras, y de salir fuera Jacob, llegó Esaú, que traía a su padre el guiso del cabrito, diciéndole: *«Levántate, padre mío, y come del guiso de tu hijo, para que me bendigas después»*. Asombrado Isaac, dijo: *«¿Pues, quién eres tú?»* Contestóle su hijo: *«Yo soy tu primogénito Esaú»*. Entonces, Isaac, con pasmo vehemente, y maravillado más de lo que se puede creer, dijo: *«¿Pues quién es aquel que hace poco me ha traído un guiso de cabrito, y he comido antes que tú vinieras y le he bendecido, y bendecido está?»*. Esaú, cuando oyó las palabras de su padre, rompió a gritar y a llorar amargamente, y consternado dijo: *«Dame también a mí tu bendición, padre mío»*. Mas, Isaac le dijo: *«Vino tu hermano fraudulentamente, y recibió la bendición que a ti correspondía»*. Y respondió Esaú: *«Con razón fue llamado Jacob; pues he aquí que, por segunda vez, me ha puesto la zancadilla, ya que antes me quitó la primogenitura, y ahora me ha quitado mi bendición»*. Y a su padre otra vez le dijo: *«¿Por ventura no has guardado bendición también para mí?»*. Respondió Isaac: *«Le he constituido a Jacob señor tuyo, y he sometido a tu descendencia a su servidum-*

bre; de trigo y de vino lo he fortalecido, ¿y después de esto, hijo mío, qué podré ya hacer por ti?». A quien Esaú respondió: «¿Pues es que no tienes, padre mío, más que una sola bendición? Ruégote, pues, que me bendigas también a mí». Y como llorase con grande alarido, conmovido Isaac, le dio la bendición paternal ordinaria, como él solía hacerlo con frecuencia con los miembros de la familia, e incluso con los siervos. Mas, cuando recibió de Isaac esta ordinaria bendición, y, además, meramente material, ya que él seguía siendo apóstata en su interior, Esaú, indignado sobremanera, hirió una vez más a su padre revelándole que no estaba arrepentido ni había pensado obedecerle en nada. A lo que Isaac respondió: «Si así termina tu vida, tu recompensa ya está dada». Y le añadió: «Mira, fuera de la extensión de la tierra escogida será tu morada, y fuera del rocío que baja de los cielos. Servirás a tu hermano, y vivirás de tu espada, y llegará tiempo en que sacudas y quites su yugo de tu cuello». He aquí cómo el anciano Isaac vaticinaba: que Esaú viviría apartado del Pueblo de Dios, y fuera de las gracias reservadas para este Pueblo; que Esaú y sus descendientes los idumeos, serían un pueblo belicoso, que lucharían con feroz odio contra Jacob y sus descendientes; y que, con el tiempo, los descendientes de Esaú, por su condición de apóstatas, serían un pueblo social y políticamente distinto del pueblo de los descendientes de Jacob.

5. Rebeca cometió un gravísimo pecado al engañar a su esposo Isaac e inducir a su hijo a cometerlo también con tan vil fraude. Mas, reconociendo ambos su error, una hora después de que Esaú saliera de la presencia de su padre, Rebeca y Jacob se presentaron ante Isaac sinceramente arrepentidos para pedirle perdón. E Isaac, perdonándoles, exclamó: «Bendito sea Dios, que permitió vuestras malas acciones para que la primogenitura no pasara a Esaú». Mas, la nodriza Débora, ante el temor de ser despedida por Isaac, no pidió perdón. Es admirable cómo Isaac bendice a Dios por permitir el fraude de su esposa e hijo; ya que, si en vez de ser Jacob, hubiera sido Esaú el que se hubiera acercado a su padre para recibir la bendición de la primogenitura, esta bendición hubiera sido inválida, ya que Esaú era apóstata, pues fingía arrepentimiento. Y, aunque era voluntad divina que la bendición de la primogenitura fuera a Jacob y no a Esaú, esto no justifica la actitud de Rebeca; pues ella, que conocía los designios de Dios para con su hijo Jacob cuando aún estaba concebido en su vientre, tenía el sagrado deber de habérselo manifestado a su esposo cuanto antes; y, sin embargo, ella se lo ocultó por falta de valor y porque él sentía preferencia por Esaú. Mas, ciertamente, Isaac, de haber conocido el vaticinio que le fue dado a Rebeca sobre su hijo Jacob, hubiera tenido suficiente luz para aceptar el plan de Dios acerca de este hijo; de manera que, sin ser sometido a engaño alguno, hubiera bendecido a Jacob. Además, Rebeca, cometió otro gravísimo pecado al ocultar a su esposo la venta de los derechos de la primogenitura que, por un plato de lentejas, hizo Esaú a Jacob. Con la cooperación de Jacob al fraude de su madre, él recibió la Bendición de la

Primogenitura sacrílegamente, mas de forma válida. Y aunque había quedado santificado, no recibió en aquel momento la Habitabilidad de la Gracia Santificante, mas sí después cuando pidió perdón a Dios por su pecado.

6. Esaú, que aborreció siempre a Jacob por la bendición de la primogenitura que su padre le había dado, dijo: «Cerca están los días del luto por mi padre; después que él muera, yo juro que mataré a mi hermano Jacob»; y por siempre perduró en Esaú su odio hacia Jacob y su descendencia. De esta vengativa decisión, Débora dio aviso a Rebeca, la que, enviando llamar a Jacob su hijo, díjole: «Mira que tu hermano Esaú amenaza con matarte. Anda, pues, hijo mío, créeme, y después de que muera tu padre y sea enterrado, huye a casa de mi hermano Labán, en la ciudad de Harán, y estarás allí hasta que la cólera de tu hermano se pase, y se olvide de lo que has hecho. Después, enviaré por ti para que vuelvas acá». Y, además, Rebeca se lamentaba diciendo: «¿Por qué he de perder a mis dos hijos en un día?». pues, ella daba ya por perdido a Esaú como hijo suyo por la actitud adversa de éste contra la madre; y si ahora Rebeca no evitaba la muerte de Jacob, quedaría también sin el otro hijo.

Capítulo XX

Muerte del Patriarca Isaac

1. Horas después de que Jacob recibiera la bendición de la primogenitura, el Santo Patriarca Isaac murió en Bersabé en el año 3404, a la edad de ciento veinte años, en presencia de Rebeca y Jacob. Ambos lloraron con gran sentimiento la muerte de Isaac. Jacob llevó el cadáver a Hebrón dándole sepultura en la cueva de Macpela, en donde estaban depositados el cuerpo de Abrahán y el de su esposa Sara. Débora había avisado a Esaú de la muerte de su padre; por lo que este hijo maldito estuvo presente en el entierro y lloró fingidamente. Tras la muerte de Isaac, su hijo Jacob, de sesenta años de edad, quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios.

2. Una vez que dio sepultura a su padre, Jacob, sin esperar a que se cumpliesen los días del duelo, apremiado por su madre Rebeca, salió secretamente para Bersabé, adonde días después llegó su madre Rebeca. Esaú, al darse cuenta de que Jacob se había marchado de Hebrón, fue a Bersabé para cumplir el juramento de vengarse de su hermano. Mientras tanto, Jacob ya había salido de Bersabé camino de Harán en Mesopotamia. Una vez en Bersabé, cuando Esaú vio que Jacob no estaba aquí, emprendió una enconada persecución contra su hermano, de la cual tuvo que desistir, ya que Dios protegió muy especialmente a Jacob librándole de las sanguinarias garras de su hermano. Mas, Esaú, montado en cólera, decidió vengarse de su madre Rebeca, a la cual odiaba; por lo que, hallándose ésta en Bersabé, fue acuchillada en el pecho por Esaú. Rebeca no murió en el acto, sino que tuvo una dolorosísima y lenta agonía, en la que reconoció, con todo el ardor de su alma, el grave pecado cometido al engañar a su es-

poso Isaac e inducir al engaño a su hijo Jacob para que éste recibiera la bendición de la primogenitura haciéndose pasar por Esaú. Rebeca, pues, profundamente arrepentida de sus graves errores, pidió de nuevo perdón a Dios; y, purificada con aquella terrible agonía, murió santamente a la edad de ciento diez años. La nodriza Débora, mayordoma y confidente de Rebeca, cuando descubrió a su ama asesinada, murió de dolor y lágrimas, expiando así su mala conducta y salvándose. Los siervos llevaron el cadáver de Rebeca a Hebrón y lo enterraron en la cueva de Macpela, en donde ya se hallaba depositado el cuerpo de Isaac. Débora fue enterrada al pie de una encina en Bersabé.

3. Cuando Jacob salió huyendo de Bersabé para Harán en Mesopotamia, no sólo Batuel y su esposa Rocío, sino también Labán, hijo mayor de estos, así como su esposa Escarcha, ya habían muerto santamente. Por tanto, el mandato que, años atrás, Isaac y Rebeca habían dado a Jacob para que fuera a Mesopotamia a escoger mujer de la familia de Batuel y de Labán, era para que tomase esposa entre la descendencia de ambos, y concretamente entre las hijas de otro Labán, sobrino de Rebeca, e hijo del hermano de ésta, llamado Labán. Estas hijas eran Lía y Raquel.

4. Esaú, tras su abominable matricidio, abandonó con carácter definitivo a los de su linaje, partiendo de Canaán para Arabia Pétreá, y se estableció en Idumea.

Capítulo XXI

Dios ratifica con el Patriarca Jacob la alianza hecha con Abrahán e Isaac. La visión de la escala celestial

1. En el año 3404, yendo Jacob camino de Harán en Mesopotamia, al llegar cerca de Luz, paróse a descansar ya de noche, sin saber dónde se hallaba. Y tomó una de las piedras que allí había, y poniéndosela por cabecera, durmió en aquel sitio. Y vio en sueños una escala que, apoyada en la tierra, llegaba hasta el Cielo; y que los Ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Y vio también al Padre Eterno apoyado sobre la escala, que le decía: *«Yo soy el Señor Dios de Abrahán, tu abuelo, y el Dios de Isaac, tu padre; la tierra en que duermes te la daré a ti y a tu descendencia. Y será tu posteridad tan numerosa como los granitos del polvo de la tierra; y te ensancharás al Occidente, y al Oriente, y al Septentrión, y al Mediodía, y serán benditas en ti y en Aquel que saldrá de tu descendencia, todas las tribus de la tierra. Yo estoy contigo, y seré tu guarda dondequiera que fueres, y te restituiré a esta tierra, y no te dejaré de mi mano hasta que cumpla todas las cosas que te tengo dichas»*. El Padre Eterno bendijo a Jacob como nuevo Patriarca del Pueblo de Dios.

2. Despertando Jacob del sueño, dijo: *«Verdaderamente que este lugar es sagrado, y yo no lo sabía al llegar»*. Y, lleno de santo temor, añadió: *«¡Cuán majestuoso es este lugar! Verdaderamente, esta Escala es la Puerta del Cielo que lleva a la Casa de Dios»*. Levantándose, pues, Jacob al amanecer, cogió la piedra que se había puesto por cabecera y erigióla como me-

moria de la visión, y vertió el óleo encima. Y puso por nombre Betel a la ciudad, antes llamada Luz. Hizo, además, este voto, diciendo: *«Si el Señor estuviere conmigo y me amparare en el viaje que llevo, y me diere pan que comer, y vestido con que cubrirme, y volviere yo felizmente a la tierra de mi padre, será señal de que el Señor Dios ha protegido a su siervo, y yo, de todo lo que me diere, le ofreceré el diezmo. Esta piedra que dejo aquí erigida en monumento, será señal de que en este lugar he visto la Casa de Dios»*.

Capítulo XXII

El Patriarca Jacob llega a la casa de su tío Labán

Prosiguiendo Jacob su viaje, llegó a Harán en Mesopotamia en el año 3404, cuando tenía sesenta años de edad. Y vio un pozo en el campo, y junto a él descansaban tres rebaños de ovejas, ya que en él abrevaban los ganados. El brocal estaba tapado con una piedra, pues era costumbre que, reunidos allí los pastores, se quitaba la gran piedra, y una vez que hubieran bebido las ovejas, se volvía a cubrir el brocal. Jacob preguntó a los pastores: *«¿De dónde sois?»*. Contestaron: *«De Harán somos»*. Díjoles Jacob: *«¿Conocéis a Labán, de la descendencia de Nacor?»*. Dijeron: *«Sí que le conocemos»*. Y dijo él: *«¿Está bien?»*. Y respondieron: *«Bueno está; mira, ahí viene Raquel, su hija, con su rebaño»*. Todavía estaba Jacob hablando con ellos, cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues ella misma pastoreaba el rebaño. Este Labán, padre de Raquel, era, como sabemos, hijo de un hermano de Rebeca llamado también Labán. Jacob, cuando vio a Raquel, sobrina segunda suya, y que las ovejas eran de Labán, su primo hermano, removió la piedra con que se cerraba el pozo, para que bebieran las ovejas de Raquel, dándose él a conocer como hijo de Rebeca, tía abuela de la muchacha. Y como la familia de Labán tenía conocimiento del asesinato de Rebeca a través de unos siervos de Isaac venidos desde Canaán, Raquel, comunicó enseguida a Jacob que su hermano Esaú había dado muerte a Rebeca, madre de ambos. Jacob, profundamente conmovido, besó a su sobrina llorando. La muchacha corrió a contárselo a Labán. Y éste, saliendo al encuentro de Jacob, le abrazó, le besó y le llevó a su casa. Contó Jacob a Labán los motivos del viaje, y entre ellos que venía huyendo de su hermano Esaú. Y Labán dijo a Jacob: *«Hueso mío eres y carne mía, yo cuidaré de ti»*. Jacob quedó con su primo hermano ayudándole en sus trabajos.

Capítulo XXIII

Jacob se casa con Lía y Raquel

1. Tenía Labán dos hijas: la mayor llamada Lía, y la menor Raquel. Lía no era muy agraciada de cara, pero sí de ojos dulces y cariñosos. Raquel, era de rostro muy hermoso, y de lindo porte. Y pasado el mes de duelo por la muerte de Rebeca, dijo Labán a Jacob: *«¿Acaso porque eres primo mío, me has de servir de balde? Dime cual va a ser tu salario»*. Y Jacob, que estaba

enamorado de Raquel, dijo a Labán: *«Te serviré por Raquel tu hija menor, siete años»*. Y Labán contestó: *«Mejor es que te la dé a ti que a un extraño, quédate conmigo»*. Y dijo Jacob: *«Dame, pues, a Raquel por esposa, porque ya se ha cumplido el tiempo del dolo»*. Reunió Labán, a todas las gentes del lugar, para celebrar las bodas de Jacob y Raquel, que eran precedidas de los correspondientes festejos.

2. Mas, por la noche, cuando Jacob estaba ya en la habitación nupcial, Labán introdujo secretamente allí a su hija Lía. Y aunque Jacob se dio cuenta de que no era Raquel, sin embargo, aceptó a Lía como esposa, a fin de que ella, no sufriera, ante los demás, menoscabo alguno en su buena reputación. Por entonces, en las bodas, el vínculo matrimonial se producía en el momento en que los contrayentes se aceptaban mutuamente en la cámara nupcial. Sin embargo, Jacob, a la mañana siguiente de haber pasado la noche con Lía, sumamente extrañado, dijo a Labán: *«¿Qué es lo que has pretendido hacer con esto? ¿No me he comprometido yo a servirte por Raquel? ¿Por qué me has engañado?»*. Y Labán respondió: *«No es costumbre en nuestro lugar, que demos antes en matrimonio las menores. Cumple los siete días de solemnidad de tu casamiento con Lía, y luego también te daré a Raquel por esposa, por el servicio que me has de hacer durante otros siete años»*. Condescendió Jacob, y pasada la semana de celebraciones, tomó por mujer a Raquel, a quien amaba más que a Lía. Jacob casó con Lía y con Raquel cuando tenía sesenta años de edad.

Capítulo XXIV

Los hijos de Jacob nacidos en Harán

1. Jacob amaba a Raquel más que a Lía, pero Dios hizo fecunda a ésta, quedando estéril la otra. Y sucedió que, cuando Jacob tenía sesenta años, Lía dio a luz a su primer hijo, que fue llamado Rubén, pues dijo ella: *«Vio el Señor mi abatimiento, ahora me amará más mi marido»*. Y Raquel, como era estéril, tuvo envidia de su hermana, y dijo a su marido: *«Dame hijos, o si no moriré»*. A la cual respondió Jacob con enojo: *«¿Por ventura soy yo Dios para poder librarte de la esterilidad?»*. Y ella dijo: *«Tengo a mi sierva Bala; haz que conciba de ti, a fin de que yo tenga hijos de ella»*. Y diole a Bala por mujer: la cual, cuando Jacob tenía sesenta años de edad, le dio un hijo que fue llamado Dan, pues dijo Raquel: *«El Señor me ha hecho justicia, y ha oído mi voz, dándome un hijo»*. Al año siguiente, cuando Jacob tenía sesenta y un años, Bala le parió otro hijo, que fue llamado Neftalí, pues dijo Raquel: *«Dios me ha hecho que contienda con mi hermana, y la he vencido»*. Al siguiente año, cuando Jacob tenía sesenta y dos años, Lía le parió otro hijo, que fue llamado Simeón, pues dijo ella: *«Por cuanto oyó el Señor que yo era menos amada, me ha dado también a éste»*. Un año más tarde, cuando Jacob tenía sesenta y tres años, Lía le parió otro hijo, que fue llamado Leví, pues dijo su madre: *«Ahora también se unirá más conmigo mi marido, porque he parido tres hijos»*. Al año siguiente,

siendo Jacob de sesenta y cuatro años de edad, Lía le parió otro hijo, que fue llamado Judá, pues dijo ella: *«Ahora alabaré al Señor»*. Tras este parto, Lía dejó por entonces de concebir.

2. Mas, viendo Lía que había cesado de tener hijos, dio a Jacob por mujer a su sierva Zelfa; la cual, teniendo Jacob sesenta y cinco años de edad, le parió un hijo, que fue llamado Gad, pues Lía dijo: *«En buena hora venga»*. Al año siguiente, cuando Jacob tenía sesenta y seis años, Zelfa le parió un nuevo hijo, que fue llamado Aser, pues Lía dijo: *«Esto para dicha mía: pues las mujeres me llamarán dichosa»*. Mas, Lía que deseaba parir más hijos, rogó al Señor le devolviese la fecundidad, y Él oyó sus ruegos; por eso, cuando Jacob tenía sesenta y siete años, Lía le parió otro hijo, que fue llamado Isacar, pues Lía dijo: *«Dios me ha pagado mi galardón, por haber dado mi sierva a mi marido»*. Al año siguiente, teniendo Jacob sesenta y ocho años, Lía le parió un nuevo hijo, que fue llamado Zabulón, pues dijo ella: *«Dios me ha dado una buena dote; ahora mi marido morará más conmigo, pues le he dado seis hijos»*. Al año siguiente, cuando Jacob tenía sesenta y nueve años, Lía le parió a su hija Dina.

3. Acordándose también el Señor de Raquel, oyóla, e hízola fecunda. La cual, cuando Jacob tenía setenta años de edad, le parió un hijo que fue llamado José, pues ella dijo: *«Dios ha quitado mi oprobio, ya que me ha añadido un hijo mío propio a los que me dio mi esclava»*. José nació en el año 3414.

Capítulo XXV

Jacob, que desea volver a la tierra de Canaán, sirve seis años más a Labán

1. Cuando José tenía cuatro años de edad, dijo Jacob a su suegro Labán: *«Déjame volver a mi patria y a mi tierra. Dame, pues, mis mujeres, por las cuales te he servido, y mis hijos, para que me vaya; pues bien sabes tú el buen servicio que te he hecho»*. Mas, Labán, padre de Lía y Raquel, que era hombre avaro, usurero, explotador y mentiroso, díjole a Jacob: *«Hazme el favor de escuchar lo que te voy a decir: durante el tiempo que llevas conmigo, Dios me ha bendecido, por lo que quisiera que te quedarás conmigo sirviéndome. Señala tú el salario que te he de dar»*. Y Jacob respondió: *«Tú sabes de qué manera te he servido, y cuán grande ha aumentado tu hacienda con el trabajo de mis manos. Bien poco era lo que antes tenías, pero ahora tu hacienda se ha aumentado grandemente, ya que Dios te ha bendecido por mi estancia aquí. Así que es justo que ahora trabaje yo también en provecho de mi casa»*. Y dijo Labán: *«¿Qué he de darte?»*. Mas Jacob dijo: *«Nada quiero; pero si hicieres lo que pido, volveré a apacentar y guardar tus ganados»*. Jacob, ante esta postura egoísta de su suegro, no vio que fuera el momento propicio de partir con sus mujeres, sus hijos y su rica hacienda, ya que esta marcha podría acarrear grandes disgustos con su suegro y los hijos de éste. Por eso, prefirió quedarse más tiempo con él, para

complacerle y así también esperar a que Dios le indicara el momento oportuno.

2. Jacob, con el fin de contentar a su suegro, le propuso con toda honradez y buena fe un plan que beneficiaba a Labán más que a él, y que luego resultó ser todo lo contrario, ya que Dios bendecía a Jacob y le multiplicaba sus bienes. Aceptó Labán la propuesta de su yerno y acordaron juntar las cabras y ovejas de ambos. Después, pusieron a un lado todas las cabras y ovejas que reunieran varios colores, con el fin de que Jacob sólo apacentara el ganado de un solo color, ya fuere todo blanco o todo negro; conviniendo, además, que las crías que saliesen de un solo color fuesen todas para Labán, y las de varios colores a la vez para Jacob; siendo este número de ganado menor que el de un solo color. Este convenio favorecía sobremedida a Labán, ya que humanamente era de esperar que el mayor número de las crías fuese blanco o negro. Mas, Dios, de cuya providencia lo esperaba todo Jacob, le advirtió en sueños, cómo había de actuar para que, el mayor número de crías, fuera de varios colores, aumentando así la riqueza de Jacob tan notablemente, que llegaron a causar la envidia de toda la familia de Labán; el cual, aunque en diferentes ocasiones quiso mudar las condiciones convenidas, y Jacob aceptó, siempre resultaba favorecido éste con la mejor y más numerosa parte de los ganados. Jacob tuvo muchos siervos y siervas, hatos de ganados, camellos y asnos. He aquí que Jacob, después de haber servido a Labán durante catorce años por sus dos hijas, le sirvió seis años más por sus ganados.

3. De tal manera se enriqueció Jacob, que los hijos de Labán, llenos de envidia, decían entre ellos: «*Jacob se ha apoderado de todos los bienes que eran de nuestro padre, se ha enriquecido con su hacienda, y se ha hecho un señor poderoso*». Como oyera Jacob lo que ellos decían, y, además, advirtiese que Labán no le miraba con el mismo semblante que antes, decidió partir para su tierra. Esta decisión fue confirmada por las palabras del Santísimo Ananías, que le dijo: «*Vuélvete a la tierra de tus padres y a tu parentela, que Yo estaré contigo*». Jacob envió a llamar a Lía y a Raquel que estaban en el campo, y díjolas: «*Veo el rostro de vuestro padre que no es para conmigo como lo era antes, y vosotras sabéis que he servido a vuestro padre con todas mis fuerzas, y que él no ha cumplido conmigo rectamente, y por eso Dios me ha enriquecido a mí con la hacienda de vuestro padre fructificando mi trabajo*». Y respondieron Lía y Raquel: «*¿Acaso tenemos nosotras alguna parte en los bienes y herencias de la casa de nuestro padre? Dios es el que ha hecho prosperar nuestra hacienda y la de nuestros hijos mediante nuestro trabajo, valiéndose de los bienes de nuestro padre*». Seguidamente, hicieron los preparativos para el viaje.

Capítulo XXVI

Vuelta de Jacob a la tierra de Canaán

1. En el año 3424, cuando Jacob tenía ochenta años de edad, después de haber servido a Labán durante veinte años, levantóse muy temprano; y, puestos sus mujeres e hijos sobre los camellos, partió para Canaán,

la tierra de su padre, llevando consigo sus siervos, ganados y cuanto en Harán había adquirido, sin dar ningún aviso a su suegro, pues temió se lo fuera a impedir. Para ello, Jacob aprovechó la circunstancia de que Labán se hallaba fuera con motivo del esquileo de las ovejas. De esto también se valió Raquel para robar a su padre las joyas artísticas de oro, de gran valor, llevándoselas ocultamente consigo. Y, como tres días después lo supiese Labán, reuniendo las gentes de su casa, salió en persecución de Jacob, y logró darle alcance en el Monte Galaad, próximo a los límites de Canaán. Mas, cuando iba por el camino, Labán vio en sueños a Dios, el cual le decía: «*Guárdate de hablar algo contra Jacob áspidamente*».

2. Después de haber alcanzado a Jacob, Labán puso su tienda en el mismo Monte Galaad, y dijo a su yerno: «*¿Por qué te has marchado de manera que, sin darme conocimiento, te has llevado mis hijas como si fueran prisioneras de guerra? ¿Por qué has querido huir sin saberlo yo, y sin avisarme, para que te acompañase con alegría, cánticos, panderetas y vihuelas? No me has dejado besar a mis hijas y nietos; neciamente has obrado. Y ahora, en verdad, mi mano es suficientemente fuerte para volverte mal por mal; pero Dios me dijo ayer: Guárdate de hablar contra Jacob cosa alguna áspera*». Respondió Jacob: «*El haberme marchado sin avisarte, ha sido porque temí que a la fuerza me quitaras tus hijas*». Y dijo Labán: «*Está bien tu deseo de ir a los tuyos y al país de tu padre. Mas, ¿por qué has robado mis joyas?*». Y Jacob, que había salido de Mesopotamia con toda la hacienda que en conciencia le pertenecía, desconociendo que Raquel llevaba consigo las joyas que había robado de su padre, díjole a Labán que investigara, hasta hallar al que las hubiera robado, para darle muerte. Labán, pues, entrando en la tienda de Jacob, en la de Lía y en la de cada una de las dos siervas, no las halló. Y luego, como hubiese entrado en la tienda de Raquel, tampoco las halló, pues ella las había escondido debajo del aparejo de un camello y se había sentado encima, y alegó falsamente no poderse levantar por hallarse en período menstrual. De esta manera, ella burló a su padre en la búsqueda que hizo de las joyas. Mas, después, arrepentida de su pecado, las devolvió, sin que su padre se diera cuenta.

3. Después, Jacob, enojado recordó a Labán lo bien que le había servido en su casa: catorce años por sus hijas y seis por sus ganados; y que, si Dios no le hubiera asistido, tal vez él le hubiera despedido sin hacienda alguna; y que, hasta incluso, le había cambiado el salario diez veces de mayor a menor cantidad. Con estos y otros justos argumentos de Jacob, se calmó el furor de Labán, y acordaron establecer una alianza en virtud de la cual se prometían ambos a no romper por ningún motivo los vínculos de la más cordial y sincera amistad. Como señal de esta perpetua alianza, hicieron con un montón de piedras un pequeño monumento, para que sirviera de testimonio de que, ni Labán ni Jacob, podían traspasarle para hacerse mal el uno al otro. Después decidieron festejar esta alianza familiar.

Para lo cual prepararon todo lo necesario, matando animales para el banquete. Mas, antes de comer, Jacob, como Sacerdote que era según el Orden de Melquisedec, llamó a todos sus familiares para que estuviesen presentes en el sacrificio que él ofreció de pan y vino. Después del sacrificio, todos comieron alegremente y durmieron allí. Labán, levantándose antes del amanecer, besó a sus hijas y a sus nietos, bendíjolos, y después de abrazar a Jacob, volvió a su casa de Harán.

Capítulo XXVII

Encuentro del Patriarca Jacob con su hermano Esaú

1. Una vez que marchó Labán, el Patriarca Jacob siguió hacia Canaán. Y antes de llegar a Sicar o Siquén, en el camino, le salieron al encuentro dos ejércitos de Ángeles de Dios, y como los hubiese visto, dijo él: *«Este es el campamento de Dios»*, y por eso llamó aquel lugar Mahanai, que significa campamento de Dios.

2. Y como Dios quisiera dar al malvado Esaú una oportunidad más de conversión si aceptaba a Jacob como Patriarca del Pueblo de Dios, sometiéndose a su autoridad, el Alma de Cristo, habló a Jacob, diciéndole que, como señor que era de su hermano Esaú, le enviara mensajeros para que éste viniese a su encuentro y así exhortara a su extraviado hermano a que humillase su altiva cerviz sometiéndose a él como Patriarca y Sacerdote de Dios que era. Y, además, dijo a Jacob que no tuviera temor alguno, ya que estaban a su disposición dos ejércitos angélicos para protegerle contra cualquier peligro que pudiera correr.

3. Mas, Jacob, lejos de confiar en la protección divina, se llenó de gran temor y confusión. Y si bien envió mensajeros a su hermano Esaú, a la tierra de Seir, en Idumea, no lo hizo conforme Dios se lo había dicho; sino que le envió un mensaje en el que aparentaba un reconocimiento a su hermano como si fuera su señor, en contra de la verdad, ya que Jacob, como Patriarca y Sacerdote de Dios, era el señor de Esaú. He aquí, pues, que Jacob dijo a los mensajeros antes de partir: *«Así hablaréis a Esaú mi señor: He aquí lo que dice tu hermano Jacob: He estado con Labán y he morado con él hasta ahora, tengo siervos y siervas, bueyes, asnos y ovejas, y quiero hacérselo saber a mi señor para hallar gracia a sus ojos»*; con cuyas palabras, Jacob, lleno de cobardía y fingimiento, atentaba contra Dios y contra su propia autoridad de Patriarca y Sacerdote, pecando así gravemente. Días después, volvieron los dos emisarios a Jacob diciéndole: *«Fuimos a tu hermano Esaú, y he aquí que viene presuroso a tu encuentro con cuatrocientos hombres»*. Con esta noticia, concibió Jacob aún mayor miedo y temor, por lo que dividió en dos bandos la gente que tenía consigo, juntamente con los ganados, diciendo: *«Si Esaú acometiere a un bando y lo destrozare, el otro bando que resta se salvará»*.

4. Y fue tal la poca confianza que Jacob tuvo en el auxilio que Dios le había prometido, que exclamaba:

«¡Oh Dios de mi abuelo Abrahán, y Dios de mi padre Isaac! Tú, Señor, que me dijiste: Vuélvete a tu tierra, y al lugar de tu nacimiento, que Yo te colmaré de beneficios; yo soy indigno de todas tus misericordias, y de la fidelidad con que has cumplido a tu siervo las promesas que le hiciste; sólo con mi simple cayado pasé hace veinte años el río Jordán, y ahora vuelvo rico con cuadrillas de gentes y ganados. Librame, te ruego, de las manos de mi hermano Esaú, porque le temo mucho, no sea que, arremetiendo, al igual que antes mató a mi madre Rebeca, mate ahora también a todos nosotros, que de una u otra manera, somos hijos de ella. Tú has prometido hacerme mil bienes y dilatar mi descendencia como las arenas del mar, que por la muchedumbre no pueden contarse».

5. Con el fin de aplacar la posible ira de su hermano, Jacob mandó al día siguiente, delante de él, varios siervos con regalos para Esaú, diciéndoles que, si su hermano les preguntaba de quién era todo eso, ellos respondiesen: *«Son presentes de tu siervo Jacob que ha enviado a mi señor Esaú, y él mismo también viene detrás de nosotros. Y añadiréis: el mismo Jacob, tu siervo, sigue también su camino, porque dijo: Le aplacaré con los presentes que van delante. Y luego le veré. Quizá me reciba bien»*; con cuya abominable adulación, Jacob aparentaba nuevamente ser el siervo de su hermano Esaú, y no el señor de Esaú. Y mientras los siervos de Jacob se adelantaron con los presentes, él quedó allí aquella noche en el campamento, con sus mujeres, hijos, siervos y ganados. Al día siguiente, alzando Jacob los ojos vio venir a Esaú con cuatrocientos hombres. Jacob, lleno de espantoso temor, salió al encuentro de Esaú, se postró en tierra siete veces ante su hermano para hacerle reverencia, fingiendo que se sometía a su autoridad. Esaú, al ver este gesto, creyó verdaderamente que Jacob le reconocía a él como su dueño y señor, por lo que, con la mayor hipocresía, corrió hacia Jacob, a quien tanto odiaba, abrazándole y besándole con fingidas lágrimas. También, por orden de Jacob, sus mujeres e hijos, postrados en tierra, rindieron reverencia siete veces al malvado Esaú. Y fue tal la cobardía y fingimiento de Jacob que, como su hermano no aceptase los presentes que le ofrecía, le dijo a Esaú: *«Si es que he hallado gracia a tus ojos, acepta de mi mano este regalo, ya que he visto tu rostro como si hubiera visto el Rostro de Dios. Sé, pues, favorable para mí, y recibe este presente como bendición mía»*. Y después de esta detestable adulación a Esaú, le insistió tanto a su hermano, que al fin aceptó el regalo que le ofrecía. La cobarde actitud de Jacob para con su hermano Esaú, lejos de servirle a éste para su posible conversión, produjo el efecto contrario, pues sólo con la verdad se pueden atraer almas para Dios, ya que el fingimiento y la mentira son actuaciones propias del demonio.

6. Esaú, que creía haber ganado para sí a su hermano, manifestó a Jacob su deseo de que le siguiera a Idumea con sus mujeres, hijos, siervos y ganados, diciéndole: *«Pongámonos en marcha: Yo iré delante de ti»*; pues, lo que pretendía era que Jacob le cediera a él

la bendición de la primogenitura, con el Sacerdocio y la posesión de la Triple Bendición; de manera que así quedara Jacob bajo su autoridad. Con estas ambiciones, se aplacó en Esaú, momentáneamente, el deseo de matar a su hermano. Mas, Jacob que, a pesar de su debilidad, no estaba dispuesto a llevar a cabo tal abominación, respondió a su hermano Esaú con astuto fingimiento: *«Bien ve, mi señor, que hay niños tiernos, y que llevo ovejas y vacas que están criando, y que, si durante un día se los hiciera marchar apresuradamente, todo el ganado moriría. Pase, pues, mi señor, delante de su siervo, y yo seguiré lentamente al paso de los rebaños que llevo delante, y al paso de los niños, hasta llegar a Seir con mi señor»*. Y lo que pretendía Jacob con este fingimiento, era que su hermano, en el camino a Idumea, fuese más adelante que él y su familia, con el fin de buscar la ocasión de librarse de sus garras, desviando su camino hacia Canaán.

7. Mas, a pesar del gravísimo pecado que cometió Jacob atentando contra su sagrada autoridad, Dios le libró de otros males que, por su cobarde fingimiento, le pudieran haber venido; como hubiera sido el de la apostasía. Pues, cuando se hallaba Jacob en tan grave compromiso, Dios manifestó a su pérfido hermano los dos ejércitos angélicos que tenía dispuestos para defender a Jacob. La vista de aquellos dos numerosos ejércitos causó tal terror en Esaú que, de súbito, con sus cuatrocientos hombres, huyó a Seir de Idumea, sin que ya volviese a preocuparse más de su hermano. Y, Jacob, viendo aquella nueva protección del Cielo, recuperó su confianza en el favor divino, quedando aquella noche en el lugar de Mahanaín. En Idumea Esaú murió impenitente, condenándose eternamente.

8. Al día siguiente, levantándose Jacob muy temprano, tomó sus dos mujeres, sus once hijos varones, su hija Dina, sus siervos y animales, y pasó el torrente del río Jaboc, acampando poco después. Siendo ya de noche, Jacob buscó un lugar solitario para orar a Dios, ya que su alma estaba abatida por todo lo acaecido con su hermano. Jacob, profundamente arrepentido de su gravísimo pecado de cobardía y de fingimiento, pidió perdón a Dios, y sintió cómo era magnánimamente perdonado. Y he aquí que, estando derramando lágrimas de contrición, se le apareció el Alma de Cristo bajo figura corporal, que emprendió una ardua lucha con Jacob, no pudiendo éste comprender quien era aquel misterioso hombre. Hasta el amanecer, Jacob estuvo luchando con aquel ser desconocido; quien, aparentando no poder vencer a Jacob, tocó a éste impetuosa y fuertemente en la zona escrotal, y lo dejó herido y cojo al arrebatarle el Sacramento de la Triple Bendición que Jacob llevaba incrustado en esa misma parte desde que recibió la bendición de la primogenitura. Y como el Divino Personaje manifestara su deseo de marcharse con el Sagrado Misterio, Jacob, forcejeando con Él, le dijo que no le dejaría marchar mientras no le devolviese lo que le había quitado. Mas, por permisión divina, Jacob logró vencerle y detenerle para que no se llevara el Depósito Sagrado, hasta que al fin lo recuperó. Dijo, pues, el Alma de Cristo a Ja-

cob: *«¿Qué nombre tienes?»*. Él respondió: *«Jacob»*; y el Alma de Cristo le dijo: *«No te llamarás en adelante Jacob, sino Israel, pues si, luchando con Dios fuiste fuerte, ¡cuánto más fuerte serás luchando contra los hombres!»*, con cuyas palabras le amonestaba de la cobardía que había manifestado ante su hermano. Mas, Jacob le preguntó quién era, y la Divina Persona se transfiguró y bendijo al Patriarca, dándose entonces cuenta que era el mismo Dios. Jacob llamó aquel lugar Fanuel, que quiere decir: *«He visto a Dios cara a cara»*; y después exclamó: *«Mi alma ha sido salva»*, pues Jacob contempló por breves instantes a Dios en su Divina Esencia.

9. Una vez salido el sol, Jacob, salió de Fanuel con toda su familia, y llegó a un lugar en donde edificó una casa y fijó tiendas para sus ganados; por eso aquel sitio se llamó Socot, que quiere decir tiendas. Desde este lugar, Jacob marchó a la ciudad de Siquén, hoy Nablús, llegando en el año 3425, ya restablecido de su herida y su cojera. Y habitó cerca de dicha ciudad, y compró a los hijos de Hemor, padre de Siquén, a cambio de cien corderos, la parte del campo en que había fijado las tiendas, en donde hizo un pozo para su hijo José que, juntamente con la parcela de terreno en donde fue excavado, más tarde se lo dejaría en herencia. Este pozo es conocido como el pozo de Jacob. En este terreno, el Patriarca Jacob erigió un altar y ofreció sacrificios de pan y vino invocando al Dios fortísimo de Israel. Jacob tenía la edad de ochenta y un años cuando se estableció en Siquén al retorno de Mesopotamia, y su hijo José once años.

Capítulo XXVIII

Los sueños de José.

José es vendido por sus hermanos y conducido a Egipto

1. Jacob amaba a José más que a todos sus otros hijos por su inocencia y candor, y le había regalado una túnica bordada de varios colores. Tenía por entonces José la edad de once años, y ya iba con cuatro de sus hermanos, los hijos de Bala y de Zelfa, mujeres de su padre, a apacentar el ganado. Y como un día José viese que cada uno de sus cuatro hermanos había cometido un pecado lujurioso de bestialidad, lo puso en conocimiento de su padre, quien les corrigió severamente, despertando en ellos cierto enojo contra José. Además, el mismo amor y predilección de Jacob para con este hijo, produjo en todos sus hermanos varones tal sentimiento de envidia hacia él que llegaron incluso a odiarle, siendo José objeto de malos tratos por parte de ellos.

2. Aconteció que, el 6 de enero del año 3426, a la edad de doce años, tuvo José dos sueños; y llevado de su inocencia, se los contó a sus hermanos, lo cual acrecentó aún más en estos el odio contra él. Díjoles, pues, José: *«Escuchad el sueño que he visto: Parecíame que estábamos todos atando gavillas en el campo, y que mi gavilla se levantaba y se mantenía derecha; mientras que vuestras gavillas, puestas alrededor, adora-*

ban la mía». Esto causó tal rabia a sus hermanos, que respondieron: «¿Acaso vas a ser tú nuestro rey, y nosotros vamos a estar sujetos a tu dominio?». Por lo que este sueño fomentó más en ellos la envidia y el odio. Seguidamente, José, refirió a sus hermanos el otro sueño, diciendo: «He visto en el sueño cómo el sol, la luna y once estrellas me adoraban». Los hermanos, llenos de indignación, se lo dijeron a su padre, y éste llamó a José para que se lo contara a él, diciéndole después a su hijo con gran dulzura: «¿Qué quiere decir ese sueño que has visto? ¿Por ventura yo y tu madre y tus hermanos, postrados en tierra, te hemos de adorar?». He aquí que, sus hermanos, le miraban cada vez con más envidia; mas el padre consideraba estos misterios en silencio.

3. José había visto en el primer sueño que, verdaderamente sus once hermanos eran los que le adoraban; pues, aunque Benjamín aún no había nacido, estaba ya concebido, y el niño, dentro del seno de su madre Raquel, milagrosamente, de súbito tuvo uso de razón y con su cuerpo hizo un acto de adoración a su hermano, volviendo después a su estado normal de niño en gestación. En el segundo sueño, José había entendido que el sol, la luna y las once estrellas, representaban a su padre, a su madre y a sus once hermanos.

4. Pocos días después de que José refiriese los sueños, fue con su padre Jacob, su madre Raquel y unos siervos, al valle de Mambré en Hebrón a visitar la cueva de Macpela, en donde estaban enterrados Isaac y Rebeca, padres de Jacob, y los abuelos de éste, Abrahán y Sara. En su viaje a Hebrón, pasaron por Jerusalén, en donde Jacob mostró a Raquel y a José el lugar en que estuvo el Templo, y el Monte del sacrificio de Isaac. Mas, los diez hermanos de José quedaron en Siquén apacentando las ovejas, y con ellos quedaron también Lía, Dina, Bala y Zelfa. Un día de estos, Jacob, llamado también Israel, estando en Mambré, le dijo a José: «Tus hermanos guardan las ovejas en los pastos de Siquén; prepárate, que quiero enviarte a ellos». Y él respondió: «Pronto estoy»; y después Jacob le dijo: «Anda, vé y averigua si están bien tus hermanos y los ganados, y tráeme noticia de lo que pasan». José, acompañado de unos siervos, fue desde el valle de Hebrón a Siquén; y, como buscara a sus hermanos en los pastos próximos a la ciudad y no los hallase, viéndole un hombre que por ahí estaba, preguntóle a quién buscaba, y José respondió: «Busco a mis hermanos, muéstrame dónde pastan los ganados». Y díjole aquel hombre: «Apartáronse de este lugar, y les oí decir: Pasemos a Dotain». Los siervos que acompañaban a José quedaron en Siquén; y él solo marchó en busca de sus hermanos y hallólos en Dotain, a unos veinte kilómetros más al norte.

5. El día 17 de febrero de aquel año 3426, cuando sus hermanos vieron a José de lejos, antes de que se acercara a ellos, inducidos por Dan, se decían entre sí: «Mirad, que viene el soñador. Vamos a matarle y lo echaremos en uno de estos pozos; y diremos que lo ha devorado una fiera. Así veremos de qué le sirven sus sueños». Mas, Rubén, el hermano mayor, como quería

librarle de las manos fraticidas de los otros hermanos, les dijo: «No le quitéis la vida, ni derramáis su sangre, sino echadle en aquella cisterna seca que está en el desierto, y no manchéis vuestras manos»; lo cual decía con el fin de librarle de ellos y luego restituirle a su padre. Apenas hubo llegado José, al ver la actitud agresiva de sus hermanos, pidió tuviesen compasión de él; mas, ellos, no le escucharon, sino que le despojaron de la túnica de varios colores; y metieronle en una cisterna vieja, que no tenía agua.

6. Seguidamente, los hermanos se sentaron a comer cerca del pozo, y Rubén, después, se ausentó, con la intención de volver cuando ellos no estuvieran, y sacar a José para llevárselo a su padre. Y sucedió que los otros hermanos, alzando los ojos, vieron una caravana de ismaelitas que venían de Galaad con camellos cargados de aromas y otras especies para llevarlas a Egipto. Y entonces dijo Judá a sus hermanos: «¿Qué ganaremos con quitar la vida a nuestro hermano y ocultar su muerte? Mejor es venderlo a los ismaelitas y no manchar nuestras manos, porque, al fin, hermano nuestro es, y de nuestra misma carne». Los otros hermanos asintieron a estas razones; por lo que, después de que permaneciera una hora en la cisterna, sacaron a José de ella para venderlo. Y a fin de causar más dolor a José, y justificarse ellos falazmente, Neftalí y Simeón, de acuerdo con sus otros hermanos, a excepción de Rubén, que no estaba, dijeron a José que su padre Jacob, aconsejado por Raquel, había ordenado su venta a causa de los sueños que había tenido; lo cual José creyó. Sus hermanos, pues, vendieron a José a aquellos ismaelitas, por treinta monedas de plata, quienes le condujeron a Egipto. Vuelto Rubén a la cisterna, no halló al muchacho, y rasgándose los vestidos, fue luego a sus hermanos, diciendo: «El muchacho no aparece, ¿adónde iré yo ahora?», ya que, como hermano mayor, caería todo el peso de la responsabilidad sobre él. Los otros hermanos le notificaron lo que habían hecho y, además, le entregaron las tres monedas que le correspondían de la venta, por lo que Rubén fue reo de la misma culpa. Después, de común acuerdo, tomaron la túnica de José, tiñéronla con la sangre de un cabrito, y la dieron a un siervo para que la llevase a Jacob, que aún estaba en Hebrón, con el siguiente mensaje: «Esta túnica hemos hallado; mira si es la túnica de tu hijo, o no». El padre, reconociéndola, dijo: «La túnica es de mi hijo; un animal feroz se lo ha comido, una fiera ha devorado a mi hijo José». Y rasgándose los vestidos, se vistió de cilicio, llorando por mucho tiempo a su hijo, sin sospechar el crimen que habían cometido sus hermanos. Días después, llegando los diez hermanos de José, con Lía, Dina y los demás, a Hebrón, en donde estaba Jacob sin consuelo alguno, en vano trataban de consolarle, pues decía: «Descenderé al sepulcro llorando a mi hijo». Y Jacob siguió llorando a José. Con este terrible golpe de la desaparición de su muy amado hijo, al que creía muerto, Jacob se purificó una vez más de los pecados de su vida; sobre todo del engaño que hizo a su padre Isaac cuando la bendición de la primogenitura. El creer Jacob que

su hijo estaba muerto, fue para él mayor dolor que si sus perversos hijos le hubieran dicho la verdad, ya que entonces le quedaría la esperanza de ver a José algún día.

7. Entretanto, los ismaelitas que habían comprado a José, una vez en Egipto lo vendieron como esclavo a Putifar, por entonces valido del Faraón, y capitán de sus guardias. Fue el 19 de marzo del año 3426, cuando José, con doce años de edad, quedó como esclavo bajo el mando de Putifar.

Capítulo XXIX

El Patriarca Jacob y su familia vuelven a Siquén. La violación de Dina

1. Ese mismo mes de febrero del año 3426, tras el doloroso episodio de la venta de José por sus hermanos, el Patriarca Jacob, con toda su familia, volvió a Siquén, en donde se hallaban los ganados pastando al cuidado de varios siervos. Raquel estaba por entonces en el cuarto mes de gestación de su hijo Benjamín.

2. Varios días después de su regreso, sucedió que su hija Dina, movida de curiosidad, quiso visitar la ciudad con ocasión de que sus habitantes celebraban una solemne fiesta. Viéndola Siquén, hijo de Hemor, el cual era príncipe de aquella tierra, prendado de su hermosura, la robó y violó; aunque ella, en parte, también tuvo culpa; ya que, si bien al principio no accedía, después consintió por lo mucho que le agradaba el muchacho. Siquén, a pesar de su violento proceder, enamorado de Dina, la consoló con caricias, y le manifestó su vehemente deseo de casarse, por lo que retuvo a ella en su casa, en espera de que su padre se la diera por esposa. Mas, como la afrenta hecha a Dina hiriera profundamente a la familia de Jacob, los hermanos de la muchacha decidieron secretamente vengarse en la primera ocasión que se les presentase. Por su parte, ella, después de su pecado, se arrepintió de haberlo cometido.

3. Siquén, que amaba verdaderamente a Dina y que quería reparar la ofensa que le había hecho, muy arrepentido, dijo a Hemor, su padre: *«Pide esa joven para que sea mi esposa»*. Hemor fue a hablar con Jacob, y le dijo: *«Siquén, mi hijo, ha quedado prendado de tu hija: Dásela, te ruego, por mujer. Haced alianza con nosotros y enlacemos recíprocamente matrimonios. Dadnos vuestros hijos y tomad nuestras hijas, y habitación entre nosotros. La tierra está a vuestra disposición, labradla y tened propiedades»*. Siquén, por su parte, con toda honradez y sinceridad, dijo al padre y a los hermanos de Dina: *«Halle yo gracia delante de vosotros, y os daré lo que me pidáis. Solamente os ruego que me deis por mujer a esta muchacha»*. Jacob, oyó esta propuesta manifestando su buena disposición. Pero sus hijos, que incubaban un deseo de venganza incontenible, con doloso fingimiento respondieron a Siquén que admitirían su matrimonio con Dina a condición de que se circuncidasen todos los varones de la casa de Hemor. La aceptación por estos fue unánime; y, junto al pozo de Jacob, quedó pactado el casamiento

de los dos jóvenes y sellada la paz entre ambas familias, aunque en lo que respectaba a los hijos de Jacob era una mera apariencia. Y sucedió que, al tercer día de ser circuncidados, cuando los varones de la casa de Hemor se hallaban en la dolorosa convalecencia, Simeón y Levi, hijos de Jacob, con un grupo de siervos armados con espadas, mataron a todos los de la casa, incluso a Siquén y a su padre, llevándose luego a su hermana Dina. Después, todos los hijos de Jacob, se arrojaron sobre los muertos, saquearon la casa de Hemor, y se llevaron cautivas las mujeres, los niños y los ganados. Esta criminal masacre la llevaron a cabo los hijos de Jacob en el mes de marzo del año 3426, algunos días después de la violación de su hermana Dina, de trece años de edad.

4. El Patriarca Jacob, que ninguna participación había tenido en este horroroso crimen, reprendió con severidad a sus hijos, y dijo a Simeón y a Levi: *«Habéis perturbado mi vida, haciéndome odioso a los cananeos y a los fereceos, moradores de esta tierra. Nosotros somos pocos, ellos se reunirán contra mí y me matarán, y seré yo destruido, y también mi casa»*. Los dos hermanos respondieron que por qué habían abusado de su hermana como si fuera una ramera. Y Jacob, viendo que la odiosa venganza de sus hijos clamaba al Cielo, hizo todo lo que estaba de su parte para resarcir a la familia de Siquén del daño causado por ellos, por lo que dejó en libertad a las mujeres y a los niños y les restituyó lo que les habían robado en el saqueo.

Capítulo XXX

Nacimiento de Benjamín y muerte de Raquel

1. Aquel mismo año 3426, cuando más atribulado estaba el ánimo de Jacob por el terrible crimen que habían cometido sus hijos, hallándose él en Siquén, se le apareció el Alma Divinísima de Cristo, para fortalecerle y consolarle, y le dijo: *«Anda, sube al monte que está junto a Betel, y haz un altar a Dios, en el lugar que se te apareció cuando huías de tu hermano Esaú»*. Jacob, obediente a la voz de Dios, se dispuso para partir. Mas, como algunos de sus hijos, guardaran secretamente algunas joyas idolátricas que habían tomado en el saqueo de la casa de Hemor, mandó Jacob que las arrojasen fuera de sí, y que se purificaran y mudaran de vestidos. Después de emprender el viaje, cuando se hallaban un poco alejados de Siquén, Jacob destruyó aquellas joyas y las enterró bajo un árbol. Los ultrajados habitantes de esta ciudad que, de común acuerdo con los de otras ciudades próximas, habían planeado vengarse de Jacob y su familia por el terrible crimen cometido por sus hijos, al ver que todos habían partido, se prepararon para seguirlos con el fin de llevar a cabo sus vengativos propósitos; mas, Dios, no lo permitió.

2. Llegó, pues, Jacob al monte próximo a Betel con su familia, siervos y ganados. Y allí edificó un altar y ofreció a Dios un sacrificio de pan y vino. Y el Padre Eterno se le apareció diciéndole de nuevo: *«Ya no te llamarás más Jacob, sino Israel será tu nombre»*. Y

llamóle Israel. Y el Padre Eterno siguió diciéndole: «*Yo soy el Dios omnipotente, crece y multiplicate; gentes y muchedumbre de naciones procederán de ti, reyes saldrán de tu linaje. Y la tierra que di a Abrahán y a Isaac, la daré a ti y a tu posteridad*». Días después, partiendo Jacob más hacia el sur, llegó con su familia a la ciudad de Belén, entonces llamada Ramá, y más tarde Éfrata. En junio de aquel año 3426, cuando se hallaban acampados en esta ciudad, estando Raquel en el octavo mes de su preñez, le sobrevinieron los dolores del parto, el cual se hizo tan difícil, que puso en grave peligro no sólo la vida de la madre, sino también la del hijo. Y la sierva comadrona que la atendía, le dijo: «*No temas, porque aún tendrás este hijo*». Mas, Raquel, en medio de los profundos dolores del parto, antes de morir, viendo que su hijo había nacido, le llamó Benoni, que significa «*hijo de mi dolor*»; pero Jacob le llamó Benjamín, que quiere decir «*hijo de mi diestra*», ya que lo consideró como su hijo muy amado y báculo de su vejez. Después que Santa Raquel murió en Belén, Jacob la sepultó en esta misma ciudad; y fijó aquí su tienda en un paraje de excelente pasto, llamado Torre del Ganado. Después, Jacob, dedicó treinta días de duelo por la muerte de su esposa.

Capítulo XXXI

Jacob es ungido rey de Belén

Al día siguiente de los treinta días del duelo por la muerte de Raquel y, por tanto, veinticuatro días antes de que Jacob fuera ungido rey de Belén, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Belén, y les dijo: «*A partir de mañana, en siete días, una tercera parte de vuestro campo quedará convertido en un verdadero paraíso. Pasado esto, volveré otra vez con mis siete Arcángeles*». Dieciséis días antes de que Jacob fuera ungido rey de Belén, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Belén, y les dijo: «*A partir de mañana, en siete días, otra tercera parte de vuestro campo quedará convertido en un verdadero paraíso. Pasado esto, volveré otra vez con mis siete Arcángeles*». Ocho días antes de que Jacob fuera ungido rey de Belén, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Belén, y les dijo: «*A partir de mañana, en siete días, la tercera parte restante de vuestro campo quedará convertido en un verdadero paraíso. Pasado esto, volveré otra vez con mis siete Arcángeles y os daré un rey*». El día siguiente, o sea, el día 25 de este período, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Belén, y en presencia de los mismos y de gran parte del pueblo, ungió a Jacob como rey cuando tenía ochenta y dos años de edad, ya que este acontecimiento fue en el año 3426. El reinado de Jacob sobre Belén y su comarca, duró catorce años, permaneciendo en dicha ciu-

dad hasta la terminación del mismo, que fue en el año 3440, cuando Jacob tenía noventa y seis años de edad; marchándose ese mismo año a vivir a Siquén. La autoridad sacerdotal, patriarcal y monárquica de Jacob, fue reconocida por todos los habitantes del extenso territorio de su reino, los cuales se convirtieron y adoraron al Dios de Jacob, y por tanto al único y verdadero Dios. El Patriarca Jacob levantó, en la ciudad de Belén, un altar a Dios, en donde invocaba su Santo Nombre y le ofrecía sacrificios de pan y vino.

Capítulo XXXII

Dina marcha a Egipto con su hija Asenet. Muerte de Lía.

Incesto de Rubén con Bala

1. Dentro de ese mismo año 3426, el resentimiento de los hijos de Jacob por lo sucedido a Dina, llegó hasta el extremo que, cuando ella parió a su hija Asenet, fruto de su pecado con Siquén, sus hermanos la instaron a que matase a su hija, para que no quedara entre ellos rastro alguno de la familia de Hemor. Ante esta criminal maquinación, Jacob mandó a Dina que marchara con su hija de la casa y se ocultase. Una vez que ella abandonó el hogar familiar, dirigióse a Egipto, adonde llegó Dina ese mismo año. Días después de la marcha de su hija Dina, debido a la pena y dolor inmensos que le causó el tener que vivir separada de su hija y de su nieta, murió en Belén la Santa Matriarca Lía. Jacob llevó el cadáver de su esposa a Hebrón y le dio sepultura en el panteón familiar de la gruta de Macpela, guardándose, además, los treinta días de duelo.

2. En el mismo año 3426, tras los días de duelo por la muerte de Lía, sucedió que Bala, esposa concubina de Jacob, acosó reiteradas veces, astuta y seductoramente, a Rubén, que tenía veintidós años, para hacerle caer; y esto lo hizo ella porque pensaba que, pecando con Rubén, éste quedaría maldito por tal incesto, y la primogenitura pasaría a Dan, que era el segundo hijo de Jacob, y primer hijo de Bala. Al fin, Rubén cohabitó con Bala, lo cual fue visto por Judá, ya que venía sospechando de las pretensiones de ella con Rubén, y estuvo al acecho. Seguidamente, Judá lo puso en conocimiento de Jacob, evitando así que Bala dijera a su esposo que había sido violada por Rubén, cuando la mayor culpable del incesto era ella. Este abominable atentado de Rubén contra el lecho de su padre ofendió y afligió enormemente a Jacob; quien maldijo a Bala y la despidió. El repudio de Bala, causó gran indignación a su hijo Dan, el cual era cómplice con su madre en el propósito de usurpar los derechos de la primogenitura que correspondían a su hermano mayor. Dan abrigó desde entonces un odio secreto e implacable contra su padre, sin desistir jamás de su ambiciosa aspiración.

3. Zelfa, desde el nacimiento de Benjamín, veía con envidia el mucho amor que Jacob manifestaba a éste; por lo que ella siempre sintió aversión por el niño. Después que Bala fue repudiada y despedida, Jacob encomendó a su esposa concubina Zelfa la crianza de

Benjamín, de unos seis meses de edad. Y como Jacob venía manifestando su predilección por Benjamín desde su nacimiento, Zelfa veía con sumo desagrado que el niño fuese más querido por su esposo que sus mismos hijos Gad y Aser, tenidos con Jacob; y fue tal el odio que Zelfa acabó sintiendo por Benjamín que, en más de una ocasión, estuvo a punto de dejarlo caer de sus brazos con la intención de matarlo. Y aunque no lo llegó a hacer, le hizo objeto de sus malos tratos; lo cual, observado por Jacob, le produjo en él un mayor dolor que el incesto cometido por Rubén y Bala. Jacob, no pudiendo soportar por más tiempo a su perversa esposa, la maldijo y la repudió despidiéndola en el último día del año 3426.

Capítulo XXXIII

Judá se casa y tiene tres hijos.

Jacob, tras su Reinado en Belén, vuelve a Siquén.

Episodio de Tamar

1. El terrible pecado de lujuria incestuosa de Rubén y Bala, sirvió de pretexto a Judá para precipitar su salida y emancipación; por lo que, en aquel mismo año 3426, cuando Jacob y sus once hijos vivían en Belén, sucedió que Judá, que tenía dieciocho años de edad, apartándose de su padre y hermanos, descendió a la ciudad de Odollán, que estaba a pocos kilómetros, en donde tomó por esposa a una mujer cananea, convertida al Pueblo de Dios, hija de Sué, teniendo con ella tres hijos: primero Her; al año siguiente, Onán; y un año más tarde, Sela.

2. En el año 3440, cuando Jacob tenía noventa y seis años y había terminado su reinado en Belén y su extensa comarca, decidió volver a la ciudad de Siquén con diez de sus hijos, sus siervos y hacienda. Mas, como los amorreos se habían apoderado de la extensa comarca de Siquén, Jacob, retornó ahora a este territorio en calidad de Caudillo; por lo que, con su espada y auxiliado por dos legiones de Ángeles y siervos suyos, conquistó la extensa comarca de Siquén, lo que más tarde se conocería como región de Samaria, al vencer al amorreo.

3. En el año 3441, Judá, que vivía en la ciudad de Odollán, como su hijo Her tenía ya catorce años, le casó con una mujer llamada Tamar. Pero Her fue castigado por Dios con la muerte por la perversidad de impedir la concepción de los hijos. Después, Judá casó a su hijo Onán, que ya tenía catorce años, con la viuda Tamar, a fin de que diera sucesión a su hermano muerto. Y Onán, también fue castigado por Dios con la muerte por el mismo pecado del anterior hermano, que era el de impedir la concepción de los hijos derramando el semen fuera. Muerto Onán, Judá dijo a su nuera Tamar que permaneciese en estado de viudez hasta que su tercer hijo Sela cumpliera los catorce años para dársele por esposo, y de esta manera dar sucesión a su primer hermano muerto.

4. Entretanto, murió la esposa de Judá. Y como su hijo menor Sela, hubiera cumplido ya los catorce años, y su padre no se lo entregase como esposo a Tamar

temiendo que también muriera como sus hermanos, sucedió lo siguiente: Un día Judá iba a la ciudad de Tamnas, hacia la parte norte, para hacer el esquila de las ovejas. Y como Sela no había sido entregado a Tamar por esposo, sabiendo ésta que Judá, su suegro, subía a Tamnas, ella, en represalia, se quitó las vestiduras de viudez y se disfrazó de prostituta y le esperó en el camino, con la intención de cohabitar con él para quedar encinta. Al verla Judá, sin conocer que era su nuera, la solicitó para pecar, a cambio de un cabrito de sus ganados. Mas, la astuta Tamar, con la intención de llevar a cabo felizmente sus planes, le pidió a Judá, como garantía de pago, le dejara en prenda el anillo, el brazalete y el báculo que llevaba. Y una vez que ambos pecaron, vistiéndose Tamar otra vez de viuda, y marchó a su casa. Cuando Judá le envió a ella el cabrito como pago de los deshonestos servicios que le prestó, y así rescatar las tres prendas que habían quedado en su poder, le fue imposible localizar a aquella supuesta prostituta, que él ignoraba fuese su nuera. Y como Tamar hubiera concebido de Judá, dando al tercer mes señales externas de su preñez, fue avisado él de lo que le pasaba a su nuera. Y al estar ella comprometida para ser esposa de Sela, y ser acusada como adúltera, Judá, que como suegro suyo tenía autoridad para condenarla a la pena de muerte, que era el castigo que ya se daba a este pecado, dijo respecto a Tamar: «*Sacadla para que sea quemada*». Cuando la llevaban a matar, ella envió a su suegro las tres prendas de él que tenía en su poder, con el siguiente mensaje: «*Del hombre de quien son estas cosas, he concebido; reconoce de quien es el anillo, el brazalete y el báculo*». Y, Judá, viendo que aquellas prendas eran las suyas, y que, por tanto, había pecado con ella creyendo que era una prostituta, y que Tamar había concebido de él, reconoció que, si mal había obrado su nuera, también él había obrado pésimamente por un doble motivo: por no entregar a su hijo Sela a Tamar como esposo y por haber pecado con ella. Seis meses después, Tamar tuvo de Judá dos hijos gemelos varones: Farés, que nació el primero, y después Zara. En Farés, continuó la línea promisorio de la que descendería Cristo.

5. Después de que Judá y Tamar, que eran viudos, cometiesen aquel gravísimo pecado, no volvieron a tener contacto alguno deshonesto, sino todo lo contrario; pues, Judá, arrepentido de su grave pecado, pidió perdón a Dios, y lo mismo Tamar. Jacob, que se hallaba ya en Siquén, teniendo noticia de lo que había hecho su hijo Judá, le llamó para amonestarle severamente, ya que se encontraba en Odollán. Éste, aunque estaba ya emancipado, una vez en presencia de su padre, se humilló ante él y le pidió su bendición, y Jacob se la dio. Como desagravio de lo hecho por Judá, Jacob, movido por Dios, dijo a su hijo: «*Repara este daño tomando como esposa a Tamar*». Él aceptó la enseñanza del Patriarca, por lo que Judá y Tamar se casaron, teniendo después, a su debido tiempo, sus relaciones matrimoniales. El Patriarca Jacob, como suprema autoridad de la Iglesia de entonces, tenía plena potestad para dar así solución a estos asuntos. Judá y Ta-

mar, se casaron en el año 3443, meses antes de que nacieran los dos hijos Farés y Zara, cuando Jacob tenía noventa y nueve años de edad.

6. Dios castigó severamente a Her y a Onán por sus actuaciones abominables de impedir voluntariamente la procreación de los hijos. Desde entonces, este pecado se llama onanismo.

Capítulo XXXIV

José en casa de Putifar

1. Continuamos ahora la historia de José, hijo de Jacob. Cuando José llegó a Egipto en el año 3426 era un muchacho de doce años, hermoso de rostro y de agradables prendas personales. Por lo que, viéndole Putifar, que era valido del Faraón y príncipe del ejército, lo compró con la esperanza de poder gozar de su hermosura. A pesar de las insinuaciones de su amo, José, modelo siempre de castidad, guardó puro su corazón, rechazándolas con gran dignidad y presteza, sin guardar hacia él resentimiento alguno. Dios, que en todo momento asistía a su siervo José en sus múltiples adversidades, castigó a Putifar con la impotencia, para que así dejara en paz a su joven esclavo. La honrosa actitud de José, lejos de enturbiar la estima que por él sentía su amo, la acrecentó más, ya que Putifar, viendo las óptimas cualidades de su siervo, procuró tratarle siempre con el mayor respeto y amabilidad. Todo esto contribuyó a que, Dios, en atención a José, protegiese a Putifar e hiciese prosperar todas sus cosas, de manera que el siervo halló gracia delante de su amo. Cuando José tenía dieciséis años, dada su conducta ejemplar y la asistencia que recibía de Dios, Putifar le dio autoridad sobre todas sus cosas, a fin de que gobernara su casa y sus bienes. Y el Señor bendijo la casa del egipcio por la buena administración de José, y multiplicó su hacienda, de manera que el amo no tenía otro cuidado que el de ponerse a la mesa para comer.

2. Dada la impotencia de Putifar y las excelentes dotes de José, la esposa de aquél puso sus ojos en el atractivo joven. La lujuriosa ama, cegada por la pasión, llegó un día a decir a José que pecase con ella. Él rehusó a tan deshonesto pretensión diciendo: *«Bien ves que mi amo me ha entregado la administración de toda su casa, y que no hay cosa alguna que no esté bajo mi poder, a excepción de ti que eres su esposa. ¿Voy acaso a pecar contra mi Dios haciendo esta maldad con mi amo?»*. Y como ella le insistiese a José, y él rehusara, sucedió que, un día que entró José en casa, hallándose solo, el ama le cogió a él por el manto, diciéndole que pecara con ella. José huyó de súbito saliendo fuera de la casa; mas, su capa quedó presa en las manos de la mujer de Putifar. Viéndose ella despreciada, llamó a sus siervos y díjoles: *«Ved lo que ha hecho mi marido; nos ha metido en casa este mozo hebreo para burlarse de nosotros; pues, ha entrado donde yo estaba para deshonorarme; mas, habiendo yo levantado el grito, y oído él mis voces, soltó la capa que yo tenía asida, y escapóse fuera»*. Y cuando volvió Putifar, su esposa le mostró la capa, culpando ca-

lumniosamente a José de que había pretendido hacer con ella tan deshonesto atropello. Putifar, que hasta entonces apreciaba y confiaba plenamente en su joven siervo, dio demasiado crédito a su lasciva y malvada esposa, encolerizándose en gran manera contra José; pues, además, sintió el resentimiento de que a él le hubiese rechazado y ahora pretendiese abusar de su mujer. Por eso, Putifar, encerró a José en la cárcel sujeto con grillos. José fue encarcelado en el año 3432, cuando tenía dieciocho años de edad.

3. Pocos días después de que José entrara en la cárcel, su hermana Dina, de diecinueve años de edad, llevando consigo a su hija Asenet de seis años, entró al servicio de Putifar, en donde trabajó llevando con gran resignación su infortunio y bendiciendo a Dios en medio de sus muchos sufrimientos. Dina era ejemplo de grandes virtudes, y crió a su hija Asenet, con gran esmero, en la fidelidad a Dios. Putifar, que carecía de hijos, viendo la buena conducta de Dina y de cómo su Dios favorecía su casa con el servicio que ella le prestaba, le tomó gran afecto hasta el punto que él adoptó a Asenet como hija suya. Y como la entrada de Dina en la casa de Putifar fue tras la salida de José para la cárcel, ambos hermanos no tuvieron oportunidad de verse; por lo que ignoraban que uno y otro estuvieran en Egipto.

Capítulo XXXV

José en la cárcel.

Los sueños del copero y del panadero del Faraón

1. Mas, el Señor Dios, que protegía a José, se apiadó de él e hizo que fuese grato a los ojos del carcelero, el cual puso en manos de José la custodia de los otros presos; de manera que lo que allí se hacía era por orden suya. El carcelero de nada se preocupaba después que confió todo a José, pues veía que su Dios estaba con él y dirigía todas las cosas a través del joven siervo. En el año 3433, cuando llevaba José un año en la cárcel, entraron en prisión el copero mayor del rey de Egipto, y su principal panadero, por haber ofendido a su señor, quedando ambos bajo la custodia de José, el cual, les servía con gran amor.

2. Un día, entrando por la mañana José a visitarlos, y viéndolos tristes, les preguntó: *«¿Por qué vuestro rostro está hoy más triste que otros días?»*; y respondieron: *«Hemos tenido un sueño, y no sabemos interpretarlo, ni tampoco hay nadie que nos lo esclarezca»*. Y díjoles José: *«¿Acaso no es un don de Dios la interpretación de los sueños? Referidme lo que habéis visto»*. El copero mayor contó el primero su sueño de esta manera: *«Vea delante de mí una vid, con tres sarmientos, cuyas yemas crecían poco a poco, y que, después de florecer, dieron uvas, y éstas maduraron; yo tenía en mis manos la copa del Faraón y, cogiendo las uvas, las exprimí en la copa, y servi con ella al Faraón»*. A ello, respondió José: *«He aquí la interpretación del sueño: Los tres sarmientos significan tres días que aún faltan; después de los cuales el Faraón se acordará de tu ministerio, y te restablecerá en tu pri-*

mer puesto, y le servirás la copa conforme a tu oficio, como solías hacerlo antes. Sólo te pido que te acuerdes de mí cuando te vaya bien, y me tengas compasión, sugiriendo al Faraón que me saque de esta cárcel; pues, inicualemente me sustrajeron de la tierra de los hebreos, y ahora aquí, siendo también inocente, me metieron en la cárcel». Viendo el jefe de los panaderos que había descifrado el sueño sabiamente, dijo: «Yo también, en un sueño, vi que llevaba sobre mi cabeza tres canastillos de harina; y en el canastillo que estaba más alto, había toda especie de viandas que se hacen por arte de pastelería, y que las aves comían de él». Respondió José: «Esta es la interpretación del sueño: Los tres canastillos, son tres días, al cabo de los cuales el Faraón te destituirá del primer puesto de panadero y te colgará en una cruz, y las aves despedazarán tus carnes». En efecto, tres días después, en que el Faraón celebraba su cumpleaños, hizo un gran convite a sus cortesanos, y se acordó en la mesa del copero mayor y del principal panadero que estaban en la cárcel. Mandó llamar a ambos: al primero, le restituyó en su empleo para que le sirviese la copa; y al otro, le colgó en una cruz. De manera que quedó confirmada, como verdadera, la interpretación de los dos sueños hecha por José. Con todo, el copero mayor, vuelto a su prosperidad, echó en olvido al intérprete de su sueño.

Capítulo XXXVI

José sigue en la cárcel. Los sueños del Faraón

1. En el año 3435, cuando José tenía veintiún años de edad y se hallaba en el tercer año de su encarcelamiento, tuvo el Faraón el siguiente sueño: Parecía que estaba parado junto al río Nilo, del cual subían siete vacas gordas y hermosas que se pusieron a pacer en la ribera. Salían también del río otras siete vacas flacas y feas, como jamás se habían visto en Egipto, las cuales se comieron a las siete vacas gordas y hermosas. Después, despertó el Faraón, y, vuelto a dormirse, tuvo otro sueño: Vio siete espigas granadas y hermosas, que brotaban de una misma caña; y vio también otras siete espigas desgranadas y requemadas del viento, las cuales devoraban a las siete espigas granadas y hermosas. Despertando el Faraón, siendo ya de día, lleno de espanto y pavor, mandó llamar a todos los adivinos y sabios de su palacio. Y, una vez reunidos, les contó los sueños, sin que ninguno los supiese interpretar. Mas, el copero mayor, acordándose entonces de José, dijo al rey: «Confieso mi pecado»; y refirió que, cuando él y el panadero principal estaban en la cárcel, tuvo cada uno un sueño en los que se vaticinaban cosas futuras; y que, habiendo allí un joven hebreo, les había interpretado a ellos los sueños, cumpliéndose después tal y como él había dicho.

2. El Faraón mandó sacar a José de la cárcel, y lo llevaron a su presencia. Y díjole el Faraón: «He tenido unos sueños, y no hay quien acierte a explicarlos; he oído de ti que tienes gran luz para interpretarlos». Contestó José: «No seré yo, sino Dios, quien responderá favorablemente al Faraón». Contó, pues, el Fa-

raón el sueño que había tenido sobre las vacas gordas y hermosas y las flacas y feas, y el otro sueño sobre las espigas granadas y hermosas y las desgranadas y requemadas. A esto, José respondió: «Los dos sueños del rey son una misma cosa que Dios va a hacer, y así se lo ha mostrado al Faraón. Las siete vacas gordas y hermosas y las siete espigas granadas y hermosas, contienen un mismo significado: son siete años de abundancia que han de venir. Y las siete vacas flacas y feas y las siete espigas desgranadas y requemadas, son siete años de hambre que han de venir. Ambos sueños se cumplirán con este orden: vendrán primero siete años de gran fertilidad en toda la tierra de Egipto, a los cuales sucederán otros siete años de tanta esterilidad, que hará olvidar toda la anterior abundancia; porque el hambre ha de asolar toda la tierra, y la gran carestía ha de acabar con la gran abundancia». Y agregó: «El hecho de que hayas tenido un segundo sueño del mismo significado que el primero, es señal de que los sucesos se cumplirán ciertamente, tal y como Dios los ha decretado, y de manera apresurada».

3. Cuando José terminó de interpretar los sueños, dijo al Faraón: «Ahora, pues, elija el rey un varón sabio e inteligente, y póngalo de gobernador de la tierra de Egipto; el cual, a su vez, establezca intendentes en todas las regiones para que almacenen en los graneros del palacio y de las ciudades, a disposición del Faraón, la quinta parte de la cosecha de la tierra de Egipto obtenida en los años de abundancia; de manera que haya reserva de víveres para los siete años de hambre que han de afligir a Egipto, y así, durante ellos, no haya tampoco carestía en esta tierra».

Capítulo XXXVII

José, nombrado Virrey de Egipto

1. Y como el sabio consejo de José fuese del agrado del Faraón y de todos sus ministros, el rey dijo: «¿Por ventura podremos hallar un varón como éste, tan lleno del espíritu de su Dios?». Y luego, el Faraón dijo a José: «Puesto que tu Dios te ha manifestado todas las cosas que acabas de decir, ¿acaso podré yo hallar otro más sabio e igual a ti? Tú tendrás, pues, el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá todo el pueblo; sólo yo tendré sobre ti la precedencia del solio real». Y añadió el Faraón a José: «He aquí que te constituyo Virrey sobre toda la tierra de Egipto». Y luego se quitó el anillo de su mano, y se lo puso a José, y le vistió con ropa de lino muy fino, y le puso en su cuello un collar de oro. Seguidamente le hizo subir en la segunda de sus carrozas, y un heraldo del rey iba gritando para que todos doblasen la rodilla ante José, y supiesen que era gobernador de toda la tierra de Egipto. Y dijo también el rey a José: «Yo soy el Faraón; sin orden tuya nadie moverá ni mano ni pie en toda la tierra de Egipto». Y mudóle a José el nombre, llamándole en lengua egipciaca: «Salvador del mundo». Fue en el año 3435 cuando José, de veintiún años de edad, es nombrado Virrey de Egipto.

2. Cuando José fue nombrado virrey de Egipto, aún le faltaban a Jacob cinco años para terminar su reinado en Belén y su extensa comarca. Este prestigioso reinado de Jacob era de general conocimiento entre las gentes de otros países. Y aunque José, lógicamente sabía que su padre reinaba en Belén, no quiso que llegara a él la noticia del alto cargo que ocupaba en Egipto; pues, si su padre y su madre, a quienes creía como mayores culpables, habían prescindido de él vendiéndole como esclavo, era señal de que nada les importaba su persona; máxime que Jacob, siendo un poderoso rey, ni se había preocupado de buscarlo para llevarlo consigo. Todos estos pensamientos se agolpaban en la cabeza de José, con mayor o menor intensidad, según las circunstancias, ante la creencia errónea de que Jacob y Raquel habían sido los promotores de su venta a los ismaelitas. No obstante, José no guardó resentimiento a sus padres, ni tampoco a sus hermanos, por el atropello cometido con él. José, primero en medio de su infortunio y después en el encumbramiento de su gloria, todo lo dejó en manos de Dios, para que Él obrara según sus planes.

Capítulo XXXVIII

Los años de fertilidad y los años de carestía

1. Vinieron, pues, los siete años de fertilidad, que fue desde el 3436 al 3442, ambos inclusive. Y recogidas las cosechas, se almacenó el trigo en los graneros de Egipto; y fue tanta la cantidad, que igualaba a las arenas del mar, y excedía a toda medida.

2. Pasados los siete años de abundancia, comenzaron los siete años de carestía vaticinados también por José, que fue desde el 3443 al 3449, ambos inclusive. Fuera de la tierra de Egipto, el hambre afligió a todo el mundo, sin que tuvieran recursos propios para poderla combatir. Sin embargo, en Egipto, cuando el pueblo comenzó a sentir el hambre, y acudieron al Faraón pidiendo víveres, éste les dijo: *«Id a José, y haced cuanto él os dijere»*. Y él abrió todos los graneros, y empezó a vender los granos a los egipcios. Y venían a Egipto de las provincias vecinas, para comprar víveres y aliviar la pena de la carestía.

Capítulo XXXIX

Los hermanos de José acuden a Egipto

1. En el año 3443, en que comenzaron los siete años de carestía vaticinados por José, como el territorio de Canaán fuese también víctima del hambre, Jacob, que había terminado su reinado en Belén y que se hallaba ahora en Siquén con sus once hijos, díjoles: *«¿Por qué os descuidáis ante esta grave necesidad? Pues, he oído que se vende trigo en Egipto. Bajad, pues, allá, y comprad lo necesario para que podamos vivir, y no muramos de hambre, no sólo nosotros, sino también todos los de la comarca»*. Jacob mandó a diez de sus hijos fueran a comprar trigo en Egipto; pues, como amaba muy especialmente a Benjamín, le retuvo consigo, di-

ciendo: *«No sea que al muchacho le suceda alguna desgracia en el camino»*.

2. Días después, bajaron aquellos diez hermanos al territorio de Egipto, y entraron en él con otras gentes que iban también a comprar. Y como solamente José, que era el príncipe de aquella tierra, podía autorizar la venta de los granos a los pueblos, los diez hijos de Jacob tuvieron que ir a la presencia de José, para solicitar el permiso. Y una vez ante él, le reverenciaron. Al punto que José los vio, reconocióles, y ocultando su emoción no quiso darse a conocer, y se acordó de los sueños que había tenido cuando se hallaba en Canaán, por los cuales había sido vendido; y, también, porque ahora se veían cumplidos, en parte, al ver que sus hermanos acudían a él solícitos, y le reverenciaban por su alta dignidad en Egipto. Mas, José, no dejándose vencer de la emoción, tomó las precauciones necesarias, ya que pensó que eran espías; y, aún más, que eran mandados a esta misión por su propio padre Jacob. He aquí por qué José trató a sus hermanos como a gente sospechosa, a través de un severo interrogatorio. Díjoles, pues: *«¿De dónde venís vosotros?»*; los hermanos respondieron: *«De la tierra de Canaán, venimos a comprar lo necesario para el sustento»*. Mas, José les dijo: *«Vosotros sois espías que habéis venido a reconocer los parajes no fortificados de la tierra»*. Ellos le dijeron: *«No es así, señor, sino que tus siervos han venido a comprar alimentos. Todos somos hijos de un mismo padre; venimos en paz; ni tus siervos maquinan mal alguno»*. José les respondió: *«No, antes muy al contrario, vosotros habéis venido a observar los lugares indefensos de este país»*. Mas ellos dijeron: *«Somos nosotros tus siervos, doce hermanos varones, hijos de un mismo padre, en la tierra de Canaán; el más chico queda con nuestro padre, el otro ya no existe»*. Dijo José: *«Esto me confirma lo que tengo dicho: espías sois; desde luego voy a probar si decís la verdad. Por vida del Faraón, que no saldréis de aquí hasta tanto que comparezca ese vuestro hermano más chico. Enviad uno de vosotros que le traiga; y vosotros entretanto quedaréis presos hasta que se pruebe si es verdad lo que habéis dicho; porque, si no lo fuera, por vida del Faraón, es que sois unos espías»*.

3. Tras esto, metió a sus hermanos en la cárcel por tres días. Pero al tercero, sacándolos de ella, dijo: *«Haced lo que os he dicho, y quedaréis con vida, porque yo temo a Dios. Si sois gente de paz, quede en la cárcel un hermano vuestro; y vosotros id a llevar a vuestras casas los granos que habéis comprado; y traedme a vuestro hermano más pequeño, para que yo pueda asegurarme de vuestras palabras y no seáis condenados a muerte»*. Y todo se hizo como José decía. Y los hermanos conversaban entre sí, diciendo: *«Justamente padecemos esto porque pecamos contra nuestro hermano, a quien vimos con angustia de su alma pedirnos compasión, y no le escuchamos; y también, porque pecamos contra nuestro padre al decir de él, calumniosamente, que había mandado la venta de nuestro hermano, y al causarle gran dolor cuando le dijimos que una fiera se lo había comido, para ocultarle*

nuestra inicua actuación. Por eso ha venido sobre nosotros esta desventura». Y uno de ellos, Rubén, dijo: «¿Por ventura no os dije yo entonces: 'No cometáis ese crimen contra el muchacho'; y no hicisteis caso? Mirad como Dios nos demanda su sangre». Y no sabían ellos que José los entendía; pues, para no identificarse, les hablaba por medio de un intérprete, como si no conociese la lengua de ellos. Mas, cuando oyó José los comentarios de sus hermanos delante de él, creyendo ellos que él no entendía la lengua hebrea, se dio cuenta que su padre no había tomado parte en su venta. Además, José vio cómo sus hermanos reconocían el mal que habían hecho tanto a él como a su padre. José, pues, no pudiendo contener ya la emoción, se retiró por un poco de tiempo, y lloró abundantemente.

4. Después, habiendo vuelto José, les habló otra vez. E hizo prender a Simeón, y atarle en presencia de ellos. Mas, privadamente, mandó a los ministros que les llenasen de trigo los costales, y metiesen en ellos el dinero de cada uno; y, además, les dieran víveres para el camino. Los nueve hermanos de José, cargando los sacos de grano en sus asnos, se marcharon. El mismo año 3443, los nueve hijos de Jacob llegaron a la casa de su padre en Siquén, del país de Canaán, y le contaron todos los pormenores de lo que les había acontecido en Egipto. Y como uno abriera un saco, vio el dinero dentro; por lo que dijo a sus hermanos: «*Me han devuelto el dinero, mirad, aquí está en el saco*». Y los demás también pudieron comprobar lo mismo en los otros sacos. Por lo que, asombrados y turbados, dijeron unos a otros: «¿*Qué es esto que ha hecho Dios con nosotros?*». Mas, el dinero que los hermanos de José encontraron en sus sacos, había salido del propio peculio de José; pues, el que ellos habían llevado para la compra, había entrado en el erario del Faraón. Jacob, al oír que Simeón había quedado allí en prisiones y que el gobernador egipcio exigía la presencia de Benjamín para liberarlo, dijo amargamente: «*Vosotros vais a dejarme sin hijos: pues, José ya no existe, Simeón está encarcelado, y queréis aún quitarme a Benjamín. Todos estos desastres han recaído sobre mí*». Respondióle Rubén: «*Entrégamelo a mí, que yo te lo devolveré*». Pero Jacob replicó: «*No irá mi hijo con vosotros. Sabéis que dos hijos me parió mi esposa Raquel: el primero, murió devorado por una fiera; y solo me ha quedado éste. Si le acaeciese algún desastre en el país adonde vais, me haréis descender aún con mayor dolor, en mi vejez, al sepulcro*».

Capítulo XL

Segundo viaje de los hijos de Jacob a Egipto

1. A principios del año 3444, que era el segundo año en que el hambre afligía cruelmente la tierra, como ya se hubiesen consumido los víveres traídos de Egipto, dijo Jacob a sus hijos: «*Volved a comprar víveres*». Respondió Rubén: «*Aquel señor que manda allí nos dijo terminantemente: No os recibiré si no traéis con vosotros a vuestro hermano menor*». Y ante la tenaz resistencia de Jacob en no permitir que se llevasen a

Benjamín, Rubén dijo a su padre: «*Deja que yo lleve al muchacho, para que nos podamos poner en camino, y así no muramos de hambre ni tú ni nuestros hijos. Yo respondo del muchacho: tú lo reclamarás de mi mano; y, si no te lo vuelvo a traer, seré yo reo de culpa ante ti para siempre*». Jacob, pues, accedió a que se llevaran a su hijo Benjamín en vista de la palabra que habían empeñado ante el gobernador del país de Egipto. Además, dijo a sus hijos que llevaran doble de dinero para comprar los víveres, más la cantidad que encontraron en los sacos para devolverla, ya que podían haberla puesto por equivocación; y, además, les dio algunos regalos para el gobernador egipcio. Jacob, se despidió diciéndoles: «*Mi Dios Todopoderoso os proteja y me devuelva con vosotros a vuestro hermano que tiene en su poder, y a este Benjamín; y yo, mientras tanto, me veré privado de mis hijos*».

2. Llevando, pues, con ellos a Benjamín, el dinero y los regalos, bajaron los diez a Egipto, y se presentaron a José. Cuando éste los vio, y a Benjamín con ellos, fue tan grande la alegría que internamente sintió que, aunque no los recibió en ese momento, dio esta orden a su mayordomo: «*Mete a esos hombres en mi casa, mata animales, y disponles un convite, porque a mediodía han de comer conmigo*». El mayordomo hizo todo lo que se le había mandado. Mas, cuando se hallaban en la casa de José, llenos de temor pensaban que los hubiesen tomado por ladrones de aquel dinero que encontraron en los sacos, y que, por tanto, los llevaban allí para prenderlos. Por lo que, llegándose al mayordomo de la casa, le contaron cómo habían hallado el dinero en los sacos y que lo tenían allí para devolverlo. Mas él, rehusando el dinero, les dijo que tuvieran paz, que todo había sido obra del Dios de ellos, y les atendió debidamente. Luego, sacóles a Simeón de la cárcel.

3. Al mediodía, se presentó José ante sus hermanos; y, una vez que estos le reverenciaron con respeto, le ofrecieron los presentes que le habían traído. Mas, José, a pesar de que seguía sintiendo ciertas dudas sobre la honradez de ellos, después de haberlos recibido con afabilidad y dulzura, preguntóles: «¿*Por ventura está bueno vuestro padre anciano de quien me hablasteis? ¿Vive todavía?*»; y ellos respondieron: «*De buena salud goza nuestro padre; aún vive*». Y otra vez reverenciaron a su hermano José. Y luego, alzando éste los ojos, vio a Benjamín, su hermano uterino, y dijo: «¿*Es este vuestro hermano el pequeño, de quien me hablasteis?*». Y dijo después: «*Dios tenga misericordia de ti, hijo mío, y te bendiga*». Y retiróse a toda prisa, porque se le conmovieron las entrañas a causa de su hermano, y se le saltaban las lágrimas, por lo que, entrando en su aposento, prorrumpió en llanto. José, saliendo otra vez fuera, después de haberse lavado la cara para que no notaran que había llorado, mandó que colocaran la mesa para el banquete; y sus hermanos se sentaron en la mesa delante de él, ordenadamente, según la edad. Y todos comieron a su satisfacción y bebieron regocijándose entre ellos.

4. Mas, antes de que los once hijos de Jacob marcharan del palacio de José, éste dijo al mayordomo de su casa: «Llena de trigo los costales de ellos, cuanto pueda caber, y pon el dinero de cada uno en la parte superior del costal». Mas, José, no mandó que pusiesen copa alguna en el saco de Benjamín; ni nadie tampoco la puso. Sino que les entregó a Simeón y retuvo a Benjamín a su lado, pero no en calidad de preso, sino con plena libertad en su casa, hasta que viniera Jacob. He aquí, pues, que su hermano menor quedó con José por su propia voluntad, a petición de éste por el mucho amor que le había tomado al ser hijo de su misma madre. Y aunque José dijo a sus hermanos que nada malo pasaría a su padre si volvían sin Benjamín, fue tal la preocupación de ellos que dijo Rubén a su hermano José: «Ruego, señor mío, que dejes hablar a tu siervo, y no te enojas con tu esclavo, porque tú eres la máxima autoridad después del Faraón. Mi señor preguntó la primera vez que vio a tus siervos: '¿Tenéis padre todavía y tenéis algún otro hermano?'; y nosotros respondimos: 'Tenemos un padre anciano y un hermano más pequeño que nació en su vejez; cuyo hermano uterino es muerto, y éste solo queda de su madre, por lo que le ama tiernamente su padre'». Y seguidamente, Rubén le refirió también que, si habían traído a Benjamín, era porque él lo había pedido; mas, que su padre anciano no quería separarse de su hijo menor por el miedo de que le pasara algo, y por fin había accedido confiando que se lo iban a devolver vivo. Y siguió diciendo Rubén: «Si mi padre viere que el muchacho no está con nosotros, morirá, y tus siervos llevarán a nuestro padre anciano con dolor al sepulcro. Sea yo tu esclavo y fiador de él; pues, me obligué a devolver a mi hermano diciendo a mi padre: 'Si no lo volviese a traer, seré para siempre reo de pecado contra mi padre'. Por tanto, yo, tu siervo, quedaré por esclavo tuyo, y serviré a mi señor en lugar del muchacho, a fin de que pueda éste volverse con sus hermanos. Porque yo no puedo volver a mi padre sin el muchacho, por no presenciar la extrema aflicción que ha de acabar con él».

Capítulo XLI

José se da a conocer a sus hermanos.

Tercer viaje de los hijos de Jacob a Egipto

1. No pudiendo José contener ya su emoción, mandó a todos los siervos que salieran fuera, para que ningún extraño asistiese al mutuo reconocimiento entre él y sus hermanos. Y luego prorrumpió en lamentos a voz en grito, que oyeron los egipcios y toda la familia del Faraón. Enseguida dijo a sus hermanos: «Yo soy José». No podían sus hermanos responderle a causa de su gran temor y espanto. Mas José les dijo dulcemente: «Llegaos a mí»; y habiéndose ellos acercado, dijo: «Yo soy José, vuestro hermano, a quien vendisteis para ser traído a Egipto. No temáis, porque, aunque mal hicisteis al venderme, por la grave ofensa a Dios y a mí, que era inocente, Dios permitió vuestra abominable acción para que viniese yo antes que vosotros, pues Él saca

bien del mal. Porque dos años hace que comenzó la carestía en el país, y aún restan cinco en que no habrá siembra ni siega. Así que el Señor me ha enviado delante, a fin de que vosotros os conservéis sobre la tierra y tengáis alimentos para sostener la vida. Yo soy virrey, no por voluntad vuestra, sino por voluntad de Dios, el cual ha hecho que yo sea como padre del Faraón, y dueño de toda su casa, y príncipe en toda la tierra de Egipto. Apresuraos y volved luego a mi padre y decidle: Esto te envía a decir tu hijo José: 'Dios me ha hecho el señor de toda la tierra de Egipto: Ven a mí, no te detengas y habitarás en la tierra de Gesén; y estarás cerca de mí tú y tus hijos, tus ovejas y demás ganados y todo cuanto posees. Y allí te alimentaré, pues faltan todavía cinco años de hambre, para que no perezcáis tú y tu familia y todo lo que posees'. Anunciad, pues, a mi padre toda mi gloria y todo lo que habéis visto en Egipto. Apresuraos y traédme». La tierra de Gesén, que era el territorio más fértil de todo Egipto, la tenía José como suya propia. Y seguidamente, abrazó llorando a Benjamín, y éste abrazó a José también llorando. Y luego, José besó a todos sus hermanos llorando. Cuando esto sucedía era José de treinta años de edad.

2. Enterados el Faraón y toda la corte de este acontecimiento, se alegraron en gran manera. Y dio orden a José para que hiciese venir a su padre y a toda su familia y súbditos, y le proporcionase carros del país para el transporte, y los víveres necesarios para el camino.

3. En aquel mismo año 3444, tras la segunda entrevista con José, sus hermanos retornaron a la casa de Jacob en Siquén, y relataron a su padre todo lo acaecido en Egipto, y le dijeron: «Tu hijo José vive; y él es el señor que manda en toda la tierra de Egipto». Oído esto Jacob, como quien despierta de un profundo sueño, no acababa de creerlos. Los hijos de Jacob, con sinceridad le pidieron perdón por sus malas acciones pasadas; y el padre, tras perdonarles, sobrecogido de gozo inenarrable, dijo: «¡Si todavía vive mi hijo José, iré y le veré antes que muera!». Y sin dilación alguna envió a sus diez hijos para que comunicaran a José su vehementísimo deseo de ir a Egipto, si así Dios era complacido. Jacob, en el pozo que había construido en Siquén para su hijo José, llamado pozo de José, pozo de Jacob, pozo del pacto y pozo del juramento, mientras sus diez hijos volvían a Egipto, ofreció a Dios en agradecimiento un sacrificio de pan y vino; apareciéndosele a continuación, en el mismo lugar, el Santísimo Ananías, Quien, entre otras cosas, le ordenó fuera a Egipto, diciéndole: «Israel, Israel». El cual respondió: «Aquí me tienes». Díjole Dios: «Yo soy el fortísimo Dios de tu padre y de tu abuelo, no temas. Desciende a Egipto, porque allí te haré cabeza de una nación grande. Yo iré allá contigo y de allí te traeré una vez muerto. Y José cerrará tus ojos cuando mueras». Muchos días después, volvieron de Egipto los diez hijos de Jacob con carros y otras muchas cosas mandadas por José, para el viaje.

Capítulo XLII

Jacob va a vivir a Egipto con sus hijos

1. Dentro del año 3444, cuando Jacob tenía cien años de edad, partió de Siquén para Egipto, recorriendo las ciudades de Betel, Jerusalén, Belén, Hebrón y Bersabé. Entre los que salieron de Siquén con Jacob y se le unieron después en las otras cinco ciudades, hacen un total de setecientas personas, que son las que entraron en Egipto, incluido Jacob. Por tanto, salieron de Siquén con Jacob: diez hijos, diez nueras, cuarenta nietos entre varones y varonas, que suman un total de sesenta y una personas de la familia, a los que hay que agregar descendientes de Madián y Noelia, descendientes de Jecsán y Samaria, siervos y siervas, así como cananeos convertidos. Además, en el camino, se fueron agregando a esta caravana: convertidos de Betel, convertidos de Jerusalén, convertidos de Belén, convertidos de Hebrón y convertidos de Bersabé. Todos ellos hacen un total de setecientas personas: Jacob y seiscientos noventa y nueve hijos: unos según la carne y otros según la fe. También llevaban numerosos ganados y otros animales. En la ciudad de Bersabé se detuvo en el pozo que había construido Abrahán, llamado también Pozo del Juramento, por la alianza que este Patriarca había hecho con el Abimelec de Filisteá. Jacob celebró allí un sacrificio de pan y vino, y después, con la asistencia de todos, celebró un banquete, para lo cual mataron animales para comer. Antes de partir, se le apareció a Jacob el Santísimo Malaquías, el cual, entre otras cosas, le dijo: «Yo iré delante de vosotros. No temáis». Y, tras estas palabras, bendijo a todos y desapareció. Después, Jacob y la numerosa comitiva, continuaron viaje.

2. En ese mismo año 3444, cuando Jacob aún tenía cien años de edad, hizo su entrada en Egipto. Y Jacob envió a Rubén delante de sí para avisar a José, a fin de que saliese con Benjamín a su encuentro en la tierra de Gesén. Después que aquí llegó Jacob, subió José en su carroza y, acompañado de Benjamín, fue a encontrar a su padre en este mismo lugar. Cuando José le vio, se abrazó fuertemente a él, y lloró. Jacob también lloró, abrazado a José y a Benjamín. Y dijo Jacob a José: «Ya moriré contento, porque he visto tu rostro y te dejo vivo». Dijo después José a su padre: «Voy a dar parte al Faraón y le diré: Mi padre, mis hermanos, otros muchos de mi familia, así como numerosos seguidores del Dios de mi padre, han venido a mí. Muchos de ellos son pastores de ovejas y se ocupan en criar ganados; han conducido consigo sus rebaños y ganados mayores, y todas las cosas que pudieron adquirir. Por tanto, cuando él os llamare, y dijere: ¿Cuál es vuestro oficio? Habéis de responder: Nosotros, tus siervos, somos mayormente pastores desde nuestra niñez hasta el presente, así como lo fueron nuestros padres. Esto lo diréis a fin de que él sienta gran alegría de que os quedéis en esta tierra de Gesén, pues los egipcios aprecian sobremanera a todos los pastores de ovejas».

3. José, acompañado de sus once hermanos, fue a dar parte al Faraón, diciéndole: «Mi padre, hermanos

y otros muchos, con sus ovejas y ganados mayores, y cuanto poseen, han venido del país de Canaán, y están detenidos en la tierra de Gesén». Al mismo tiempo le presentó a sus once hermanos, y el Faraón les dijo: «¿Qué oficio tenéis?». Y respondieron: «Somos pastores de ovejas, lo mismo que nuestros ante pasados. Hemos venido para vivir en tu tierra, porque en el país de Canaán no hay hierba suficiente para los ganados de tus siervos; y va creciendo el hambre, y te pedimos que nos permitas a tus siervos estar en la tierra de Gesén». El Faraón dijo a José: «Tu padre y tus hermanos han venido a ti, tienes a tu disposición la tierra de Egipto; dales el mejor sitio para que habitan, y sea enhorabuena la tierra de Gesén. Y si conoces que hay entre ellos sujetos capaces, ponlos por mayores de mis ganados».

4. Después de esto, José introdujo a su padre en el palacio del Faraón, el cual recibió a Jacob con honores de rey. Jacob, le saludó, deseándole toda suerte de felicidades, y el Faraón le preguntó: «¿Cuántos son los días de tu vida?». Respondió Jacob: «Los días de mi peregrinación en este mundo son cien años, pocos y trabajosos; aún no he llegado a la edad que vivieron mi padre y mi abuelo». José, según lo acordado con el Faraón, dio a su padre y hermanos la posesión del territorio de Gesén, el más fértil de Egipto, en cuyo territorio el Faraón mandó construir después la ciudad de Ramesés, en donde habitaron los israelitas hasta su salida de Egipto. José proveyó a su padre, hermanos y demás familia y seguidores, de víveres suficientes para alimento de ellos.

5. Durante los casi cinco años de carestía que aún restaban en Egipto y fuera de este país, José dio señales de grandes dotes de caritativa y justa administración. Acudían a él gentes no sólo de todo Egipto, sino de Canaán y de otras partes de la tierra; y como a los compradores les faltara dinero para adquirir víveres, José se los daba primero a cambio de animales. Mas, cuando los compradores no pudieron ofrecer ya ni animales a cambio de víveres, se ofrecieron a cambio ellos mismos con sus tierras, al servicio del Faraón; de manera que, tanto ellos como sus tierras, quedaron bajo el dominio del rey egipcio. Dijo, pues, José a las gentes de aquellos pueblos: «He aquí que el Faraón es dueño, como veis, de vosotros y de vuestra tierra; tomad, pues, semillas y sembrad los campos para que podáis tener frutos; de ellos, daréis al rey una quinta parte; y las otras cuatro restantes os las dejo para simiente y para alimento de vuestras familias e hijos». Y las gentes de aquellos pueblos, que, a pesar de la esterilidad de los campos, veía que sus semillas fructificaban milagrosamente, manifestaron a José su agradecimiento diciendo: «En tu mano está nuestra salud. Solamente queremos vivir bajo tu bondadosa mirada, como amo que eres nuestro, y de esta manera serviremos con gran alegría al Faraón».

6. En el año 3448, cuando Jacob llevaba cuatro años en Egipto, su hija Dina se presentó ante su hermano José por primera vez; y éste la llevó adonde estaban su padre y demás hermanos. Ocho años después de la en-

trada de Jacob en Egipto, cuando Benjamín tenía veintiséis años, se casó con Dina, su hermana paterna, que tenía treinta y nueve años. Dicho matrimonio produjo en Jacob sumo agrado.

Capítulo XLIII

Matrimonio de José con Asenet. Nacimiento de Manasés y Efraín

En el año 3458, catorce años después de la llegada del Patriarca Jacob a Egipto, cuando José tenía la edad de cuarenta y cuatro años, se casó con su sobrina Asenet, de treinta y dos años de edad, oficialmente hija de Putifar por adopción, y que en realidad era hija de Dina y de Siquén. Este Putifar, valido del Faraón y príncipe de Egipto cuando compró a José como esclavo, después, dada su impotencia, pasó a ser sacerdote del culto pagano egipcio de Heliópolis. En el año 3458, transcurridos nueve meses de su casamiento, cuando José aún tenía cuarenta y cuatro años de edad, tuvo de su esposa Asenet a su hijo Manasés. Y cuando José tenía ya cuarenta y cinco años, le nació de Asenet su hijo Efraín.

Capítulo XLIV

Testamento del Patriarca Jacob

1. El Patriarca Jacob, llamado también Israel, desde su llegada y establecimiento en Egipto, habitó en el territorio de Gesén, que le había sido dado en posesión, y vivió diecisiete años.

2. Unos días antes de la muerte de Jacob, el envidioso Dan propuso secretamente a su padre que, en la hora del testamento, le diera la bendición de la primogenitura para que recayesen en él el sacerdocio, el patriarcado y el trono, así como la posesión de la Triple Bendición. Y, de esta manera, a imitación de Lucifer, Dan pretendía también que de su descendencia naciera el Salvador del mundo. A tan inicua pretensión, Jacob se negó con la fuerza recibida de Dios. Y Dan, amenazando a su padre, le deseó la muerte, diciéndole: *«Muerras tú, ya que no puedo recibir nada tuyo»*. Y Jacob respondió: *«Maldito tú, que te levantas contra tu padre»*. Y Dan, que ya estaba maldito ante Dios, quedó ahora maldito ante su padre. Mas, Dan, arrojándose a los pies de su padre, le pidió perdón fingidamente, y Jacob le perdonó creyendo que actuaba de buena fe; aunque, a los ojos de Dios siguió maldito. Todos los privilegios de la primogenitura que pretendía ambiciosamente Dan, hubieran correspondido a Rubén de no haber pecado con Bala. Dichos privilegios pasaron a José, figura de Cristo.

3. En el año 3461, en que Jacob tenía ciento diecisiete años de edad, como se acercara la hora de su muerte, llamó a sus hijos, diciéndoles: *«Congregaos para que os anuncie lo que os ha de suceder en lo venidero. Congregaos, y oíd, hijos de Jacob, oíd a Israel, vuestro padre»*. Con excepción de José, que llegaría algo más tarde pues se hallaba despachando asuntos de su cargo en el palacio del Faraón, los demás

hijos de Jacob se reunieron en torno al lecho de su padre. Seguidamente, el Patriarca, otorgó su testamento, disponiendo y vaticinando lo correspondiente a cada uno de sus hijos; y para ello los fue nombrando y bendiciendo según el orden de su nacimiento: *«Rubén, primogénito mío, tú, que eres el mayor de tus hermanos, fuiste el principio de mi dolor. Deberías ser el primero en los dones, y el mayor en la autoridad. Mas, no tendrás la primacía, te derramaste como agua, no crezcas, porque subiste al lecho de tu padre, profanando su tálamo»*. Rubén, es el principio del dolor de Jacob; ya que, como primogénito, tenía la obligación de haber protegido a José contra sus otros hermanos y, sin embargo, fue en parte cómplice con ellos; y la desaparición de José fue para su padre el principio de los dolores. Más tarde, Rubén agregó otro gran dolor a su padre, que fue el pecar con Bala, esposa concubina de Jacob. *«Dan será juez de su pueblo a la manera de cualquiera otra tribu de Israel. Dan será culebra en el camino, ceraste o serpiente en la senda, que muerde las pezuñas del caballo para que caiga hacia atrás el jinete. Yo, Señor, esperaré la salvación en el Salvador, tu Enviado»*. De la tribu de Dan nacerá el Anticristo persona, serpiente encarnada, que luchará contra la verdadera Iglesia, figurada en el caballo, con la pretensión de suplantar a Cristo, que es el jinete; y, también, de la descendencia de Dan, nacerá la Antimaría, madre del Anticristo. Por eso, Jacob, tras pronunciar sus palabras, lleno de profundo pavor, exclamó en nombre del Pueblo de Dios: *«Yo, Señor, esperaré la salvación en el Salvador, tu Enviado»*; pues, Jacob, tuvo una visión anticipada del Anticristo luchando contra la Iglesia Santa. *«Neftalí, será como un ciervo suelto que hablará con hermosa elocuencia»*. En Galilea, que ocuparían los descendientes de Neftalí, Cristo, como Ciervo de Dios, manifestó su Divina Palabra, considerando aquella tierra como su propia patria tras el criminal rechazo en Nazaret y ante la persecución que recibía en Jerusalén. *«Simeón y Leví, hermanos en el crimen; instrumentos de inicua violencia. No permita Dios que mi pueblo imite su mal ejemplo, ni alcance su gloria por estos medios inhumanos. Porque con saña degollaron varones, y con venganza maligna destruyeron una mansión. Maldito su furor por ser pertinaz y violento, y maldita su indignación por ser cruel. He aquí que les dividiré en Jacob y los esparciré en Israel»*. Simeón y Leví fueron los que, con injusta venganza, mataron a Siquén, el violador de Dina, y demás varones de la casa de Hemor, e indujeron a los demás hermanos a saquearla. Por eso, a la tribu de Simeón le tocó una pequeña porción en medio del territorio de Judá, quedando luego absorbida por éste; y a la tribu de Leví, no le tocó parte determinada, sino que sus descendientes fueron distribuidos por todas las tribus. Además, el furor y la obstinación de Simeón y Leví, se verían después profundamente reflejadas en los escribas y doctores de la Ley salidos de la tribu de Simeón; y en los sacerdotes y levitas salidos de la tribu de Leví, ya que, tanto unos como otros, persiguieron obstinadamente a Cristo. *«¡Oh Judá!, a ti te ala-*

barán tus hermanos, pues pondrás bajo el yugo a tus enemigos. Se postrarán ante ti los hijos de tu padre. Tú, Judá, hijo mío, serás como cachorro de león que corre tras la presa. El cetro no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillaje, hasta que venga el que ha de ser Enviado: el Mesías, que será la esperanza de las naciones». Los de la tribu de Judá fueron los que poseyeron la primacía y fortaleza en las conquistas y en las grandes victorias; de dicha tribu, salieron grandes reyes y caudillos que asentaron su trono con gran poderío. El cetro de la casa real de David, permaneció en los descendientes de Judá hasta que vino el Mesías o Enviado, en el cual, como Rey de reyes, culmina la herencia del trono de Israel. «Gad, armado de todo punto, irá peleando a la vanguardia de Israel; y luego, él mismo, se dispondrá para volver hacia atrás». Los de la tribu de Gad marcharon al frente de las otras tribus para ponerlas en posesión de la tierra prometida; y, después de esta conquista, volvieron bien armados al territorio que Moisés les había señalado en la otra parte del Jordán, en donde se hallaban sus mujeres. «Aser: su pan será jugoso, y dará deleite a los reyes». El territorio que tocó a los de la tribu de Aser era de gran fecundidad y riquezas de mieses y frutos. Dentro del territorio de esta tribu estuvo situada Nazaret, en cuyas proximidades nacería la Madre del Salvador, el cual es Divino Pan jugoso y deleitoso para las almas. «Isacar será para el trabajo, como asno robusto, se mantendrá en sus términos. Consideró que el reposo, o sosiego, era una cosa buena; y que su terreno es excelente, y ha arrimado su hombro al trabajo; y sujetándose a pagar tributos». Dentro del territorio de la tribu de Isacar, estaba situado el Monte Carmelo, en donde la Santísima Virgen María fundó su Orden predilecta, cuyo Padre y Fundador es el Santo Profeta Elías. La vida de sus miembros transcurría en la soledad, en el sosiego espiritual, combinando la oración y el trabajo; de manera que, mediante su penitencia, pagaban el tributo a Dios por los pecados de la humanidad. «Zabulón habitará en la ribera del mar, y donde arriban las naves, extendiéndose hasta Sidón». El territorio de Zabulón se extendía desde el Mediterráneo hasta el mar de Galilea. En este mar, llamado también Lago de Genesaret, Cristo eligió a Pedro, que era pescador, para dirigir la Nave de la Iglesia. «José, hijo que crece en virtud, dignidad y autoridad, y de hermoso aspecto. Fue la admiración de las doncellas, que le causaron amarguras y le armaron pendencias. Sus hermanos, con mortal envidia, se armaron con flechas contra él; mas, no usó su arco en defensa propia, sino que puso su confianza en el fuerte Dios. Y fueron desatadas las cadenas de sus brazos y manos por la mano del todopoderoso Dios de Jacob, de donde salió para ser pastor y piedra fundamental de Israel». Por lo que todos los hermanos, a la muerte de Jacob, quedarían bajo la autoridad patriarcal, sacerdotal y monárquica de José. «Benjamín, lobo rapaz, que por la mañana devorará la presa, y por la tarde repartirá los despojos». Los de la tribu de Benjamín se destacaron por su belicosa ferocidad, luchan-

do contra las otras tribus, raptando a doncellas y cometiendo otros atropellos.

4. Este testamento les otorgó su padre, y bendijo a cada uno con bendiciones peculiares. Jacob, finalmente, dio a sus once hijos presentes este mandato: «Yo voy a reunirme con los míos; enterradme con mis padres en la tierra de Canaán, en Hebrón, enfrente de Mambré, en la cueva doble de Macpela, la cual compró Abrahán para tener allí su sepultura. Allí están sepultados Abrahán y su esposa Sara, Isaac y su esposa Rebeca, y también mi esposa Lía».

Capítulo XLV

Jacob, poco antes de morir, da a José la Bendición de la Primogenitura. Muerte y entierro del Patriarca Jacob. Las trece tribus de Israel

1. Mientras Jacob, en su lecho de muerte, manifestaba su última voluntad a cada uno de sus hijos, varios siervos habían ido a donde se hallaba José para comunicarle la gravedad de su padre. Recibida esta noticia, José, con sus hijos Manasés y Efraín, se encaminó al territorio de Gesén, que era donde Jacob residía. Cuando José llegó, su padre ya había otorgado el testamento en presencia de sus otros hermanos; por lo que estos dijeron a su anciano padre: «Mira, que tu hijo José viene a verte». Y Jacob, tomando aliento, sentóse sobre la cama. Y ellos salieron de la habitación de su padre, quedando en la dependencia inmediata; de manera que estos once hijos de Jacob no presenciaron lo que sucedió después entre su padre, José y sus hijos Manasés y Efraín; ni tampoco dichos once hijos se hallaron junto a su padre Jacob en el momento en que murió.

2. Una vez que José, con sus hijos Manasés y Efraín, se hallaba a solas con Jacob, éste dijo a José: «El Dios omnipotente se me apareció en Betel, ciudad de la tierra de Canaán, y bendiciéndome, me dijo: 'Yo aumentaré y multiplicaré tu descendencia, y te haré Caudillo de una muchedumbre de pueblos; y daré esta tierra a ti y a tu descendencia en posesión sempiterna'. Por tanto, tus dos primeros hijos los tomo como hijos míos: o sea, Efraín y Manasés, serán considerados tan hijos míos como los otros, y con los mismos derechos. Mas, los otros que engendrades después de estos, serán únicamente tuyos, y las tierras que poseerán llevarán el nombre de sus otros dos hermanos».

3. Y tras pronunciar dichas palabras, Jacob, llamado también Israel, que a causa de su mucha vejez ya no veía con claridad, vislumbrando sólo a los dos niños que estaban con José, preguntóle a éste: «¿Son estos tus hijos?». Y José le respondió: «Son mis hijos, que el Señor me ha dado». Y díjole Jacob: «Acércamelos para bendecirlos». Y habiéndoselos José acercado, Jacob, abrazándolos y besándolos, dijo a su hijo: «Además de que he tenido el gozo de volver a verte después de que, durante tantos años, te diera ya por muerto, Dios me ha hecho la merced de dejarme vivir hasta ver también la sucesión tuya». Y habiendo José retira-

do sus hijos del regazo de su padre, reverenció a éste inclinándose profundamente hasta el suelo. Luego José sentó a Efraín sobre la pierna izquierda de Jacob, y a Manasés sobre la pierna derecha. Jacob, extendiendo la mano derecha, la puso sobre la cabeza de Efraín, que era el hermano menor, y la izquierda, sobre la cabeza de Manasés, que era el mayor, cruzando las manos intencionadamente. Y bendijo Jacob a los hijos de José, diciendo: *«El Dios en cuya presencia anduvieron mi padre Isaac y mi abuelo Abrahán, el Dios que me sustenta desde mi juventud hasta el día de hoy, el Ángel, — refiriéndose al Alma de Cristo —, que me ha librado de todos los males, bendiga a estos niños, y sean llamados también hijos míos, ya que los adopto como hijos, y también serán llamados hijos de Abrahán e Isaac, y multiplíquense más y más sobre la tierra»*. Y viendo José que su padre había puesto la mano derecha sobre la cabeza de Efraín, sintiólo mucho; por lo que, tomando la mano de su padre, intentó alzarla de la cabeza de Efraín y ponerla sobre la cabeza de Manasés, diciéndole: *«No están así bien las manos, padre; porque este es el primogénito, y no el otro; pon, pues, tu derecha sobre su cabeza»*. Mas Jacob, rehusándolo, dijo: *«Lo sé, hijo mío, lo sé. Éste será ciertamente padre de pueblos y se multiplicará; mas su hermano menor será mayor que él; y su descendencia será más numerosa»*. Y bendijolos entonces, diciendo: *«En ti, José, será bendito el Nombre mío de Israel, cuando digan mis descendientes: Dios te bendiga como lo hizo a Efraín y Manasés, cuando Jacob los bendijo»*. Y puso a Efraín antes que a Manasés. Inmediatamente después, José retiró a sus dos hijos del regazo de su padre.

4. Seguidamente, dijo Jacob a José: *«Ya ves que me voy a morir. Dios estará con vosotros y os restituirá a la tierra de vuestros padres. Yo te doy de mejora sobre tus hermanos aquella porción que conquisté del amorreo con mi espada y mi arco»*. Después de estas palabras, viendo ya Jacob que se moría, dijo a su hijo José: *«Si es que me amas de veras, júrame con toda verdad que no me darás sepultura en Egipto, sino que iré a descansar con mi padre y mi abuelo; y que, sacándome de esta tierra, me pondrás en el sepulcro de mis antepasados»*. Respondióle José. *«Yo cumpliré lo que has mandado»*. Y Jacob dijo: *«Júramelo, pues»*. José, lo juró solemnemente. Acto seguido, Jacob le dio la Bendición de la Primogenitura, que constaba de dos bendiciones: Primero, Jacob, dio una bendición a José, diciéndole: *«¡Oh, hijo mío!, el Dios de tu padre será tu auxiliador, y el Omnipotente te llenará de bendiciones: pues, desde lo alto del Cielo, bendecirá todo lo que hay aquí abajo dándote abundancia de bienes, y multiplicando tu descendencia con bendiciones a los pechos y matrices»*. Con esta primera bendición sacerdotal, Jacob transmite a José la custodia del Sacramento de la Triple Bendición, que quedó incrustada en la zona escrotal de su hijo, quedando éste santificado al recibir la Justicia Perfecta o Habitabilidad en su alma de la Gracia Santificante, que es el Espíritu Santo, y un carácter similar al del Bautismo. Inmediatamente

después, Jacob bendijo a José por segunda vez, diciéndole: *«Las bendiciones que te da tu padre, llevan también el vigor y la fuerza de las bendiciones del padre y del abuelo de él: Hasta que venga el Deseado de los collados eternos, cúmplanse en la cabeza de José y sobre la coronilla de la cabeza del nazareno entre sus hermanos»*. Con esta segunda bendición y en el momento que pronuncia estas palabras, Jacob confiere a su hijo José el Sacerdocio eterno según el Orden de Melquisedec, aunque sólo el diaconado y el presbiterado; por lo que, tras la muerte de José, ya no era posible la continuación de este verdadero sacerdocio, que fue nuevamente restablecido en su plenitud y máxima perfección por Nuestro Señor Jesucristo, al instituirlo la víspera de su Pasión.

5. Inmediatamente después de que José recibiera la bendición de la primogenitura, el Santo Patriarca Jacob recogió sus pies sobre la cama, y murió a la edad de ciento diecisiete años, en el año 3461. José, que se hallaba allí con Efraín y Manasés, cerró los ojos de su padre muerto y echóse sobre su rostro llorando y besándole. Luego, llamó a sus demás hermanos que estaban fuera de la habitación para que entraran adonde estaba su padre muerto. Y también José mandó a los médicos embalsamadores para que embalsamaran el cuerpo de Jacob. Entre el tiempo del embalsamamiento, los funerales y demás ceremonias de duelo, José guardó por Jacob un luto de setenta días. Todo Egipto lloró la muerte del padre de José. Terminado el tiempo del luto, José dijo a un familiar principal del Faraón: *«Te ruego que comuniques al Faraón que mi padre, al morir, me hizo jurar, diciendo: 'Voy a morir; quiero que entierres mi cuerpo en la sepultura que tengo en el país de Canaán'. Por tanto, dile al Faraón que iré a sepultar a mi padre y volveré después»*. Y el Faraón le mandó a José el siguiente mensaje: *«Anda enhorabuena y sepulta a tu padre, como se lo prometiste con juramento»*. Tras la muerte de Jacob, José quedó constituido Patriarca del Pueblo de Dios. De los hijos del Santo Patriarca Jacob hay cuatro líneas que llegan a Cristo: Leví, Judá, José y Benjamín. La línea de José llegó a Cristo a través de Santa Susana, madre del Santísimo Joaquín.

6. El Patriarca José emprendió el viaje a Canaán llevando el cuerpo de su padre para darle sepultura en Hebrón. Fue acompañado de los principales señores del palacio del Faraón, y de los príncipes de la tierra de Egipto, así como de sus once hermanos y demás miembros de la familia, y también numerosos seguidores del Santo Patriarca muerto. Fueron en la comitiva carros y gente de a caballo, por lo que se juntó un grande acompañamiento. De esta suerte, una vez que entraron en Canaán, pasando por Bersabé llegaron a Hebrón, en donde emplearon siete días en celebrar las exequias, con grande y acerbo llanto. Lo que, habiendo visto los habitantes de la tierra de Canaán, dijeron: *«Gran duelo es éste para los egipcios»*; y como consecuencia de esto, se llamó aquel sitio «Llanto del pueblo de Egipto». Hicieron, pues, los hijos de Jacob lo que éste les dejó encomendado, sepultando a su padre

en la cueva doble de Macpela, que había comprado Abrahán, enfrente de Mambré. Y luego que hubo sepultado a su padre, volvióse José a Egipto con sus hermanos y todo el acompañamiento.

7. Tras la muerte y entierro de Jacob, los hermanos de José, se decían entre sí llenos de temor: «¿Quién sabe si José, acordándose de la injuria que padeció de parte nuestra, nos guardará ahora rencor y nos devolverá todo el mal que le hicimos?». Y entonces, ellos mandaron a decir a José: «Tu padre, antes de morir, nos encargó que te dijésemos estas palabras en su nombre: 'Ruégote que te olvides de la maldad de tus hermanos, y del pecado, y de la malicia que contra ti usaron'. Nosotros también te suplicamos que perdones esta maldad a los siervos del Dios de tu padre». Este ruego para José y la recomendación a sus hijos, la había hecho Jacob en el lecho de muerte tras otorgar el testamento en presencia de estos once hijos. Y cuando José oyó estas palabras, prorrumpió en llanto. Después, vinieron a él sus hermanos y adorándole postrados en tierra, le dijeron: «Esclavos tuyos somos, aquí nos tienes». A los cuales él respondió: «No tenéis que temer. Vosotros me hicisteis un mal, pero Dios lo convirtió en bien para ensalzarme, como al presente lo estáis viendo, y para salvar a muchos pueblos. No temáis, pues; yo os mantendré a vosotros y a vuestros hijos». Y los consoló y habló con expresiones blandas y amorosas.

8. Si bien todos los hijos de Jacob se sometieron a José por su autoridad Patriarcal y Sacerdotal, no obstante Dan lo hizo mirando más lo material que lo espiritual. No olvidemos que Dan había inducido a sus otros hermanos a matar a José cuando éste era un niño. Dan siempre se destacó por su envidia, ambición y rebeldía; y, desde que era un muchacho, vivió siempre devorado por la avariciosa pretensión de usurpar los derechos de la primogenitura; hasta el punto de que, en complicidad con su madre Bala, había conseguido que Rubén pecara con ella, para así quedar éste desheredado como primogénito. Dan, odió siempre a su padre Jacob desde que éste despidió a Bala tras el incesto con Rubén, sin que perdiera la esperanza de ser el heredero de la primogenitura. Mas, como con el testamento de Jacob su ambición llegara a lo máximo de frustración, ya que su padre otorgaba a José el Sacerdocio, el Patriarcado y la posesión de la Triple Bendición, el odio de Dan se centró ahora, y con más intensidad, contra su hermano, el Patriarca del Pueblo de Dios. Por eso, el perdón que él había pedido a José, fue un acto de taimado fingimiento. Además, Dan, había oído en el testamento de su padre, que el Mesías Salvador del mundo descendería de la tribu de Judá, por lo que quedaba también desprovisto de este privilegio, que deseaba mayormente por arrogancia. Dan, tras la muerte de su padre, vivió secretamente consagrado al servicio de Satanás, muriendo en la más abyecta impenitencia y condenándose eternamente. En el Apocalipsis, entre los marcados como elegidos no están los de la tribu de Dan.

9. Estas son las trece tribus de Israel: la de Rubén, la de Dan, la de Neftalí, la de Simeón, la de Leví, la de

Judá, la de Gad, la de Aser, la de Isacar, la de Zabulón, la de Benjamín, la de Efraín y la de Manasés.

Capítulo XLVI

El Patriarca José, rey de Siquén

1. Tras la muerte de Jacob, el Patriarca José, con su esposa la Matriarca Asenet, tuvo más descendencia, llegando a un total de veintiséis hijos: veinticuatro varones y dos varonas.

2. En el año 3478, diecisiete años después de la muerte de Jacob, cuando José tenía sesenta y cuatro años de edad, el Faraón de Egipto envió a José a la ciudad de Siquén para gobernar Canaán en calidad de virrey suyo; sin que dejara de ser al mismo tiempo Virrey de Egipto y Patriarca de los israelitas. Veinticuatro días antes de la llegada de José a la ciudad de Siquén, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Siquén, y les dijo: «A partir de mañana, en siete días, una tercera parte de vuestro campo quedará convertido en un verdadero paraíso. Pasado esto, volveré otra vez con mis siete Arcángeles». Dieciséis días antes de la llegada de José a la ciudad de Siquén, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Siquén, y les dijo: «A partir de mañana, en siete días, otra tercera parte de vuestro campo quedará convertido en un verdadero paraíso. Pasado esto, volveré otra vez con mis siete Arcángeles y os daré un rey». El día siguiente, o sea, el día 25 de este período, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, convocó en la ciudad a los Ancianos de la extensa comarca de Siquén, y en presencia de los mismos y de gran parte del pueblo, ante el altar que Jacob había levantado a Dios, ungió a José rey de Siquén y su extensa comarca, que más tarde sería conocida con el nombre de la región de Samaria. José tenía sesenta y cuatro años de edad cuando fue ungido rey, ya que este acontecimiento fue en el año 3478. En la ciudad de Siquén, ante el pozo que Jacob le había construido a José, éste fue reconocido como rey por los descendientes de Abrahán por la línea de Jecán y su esposa Samaria; y, además, por los descendientes de los habitantes de Siquén en tiempos de Jacob; así como por ciento cuarenta y cuatro egipcios de color negro, entre varones y varonas. Todos los cuales, además de reconocerle como rey, le tomaron por padre según la fe, pues todos ellos adoraron al Dios de José y, por tanto, al único y verdadero Dios. De un cruce con uno de esos egipcios de color negro, vino después el rey Baltasar, que fue uno de los tres reyes Magos que fueron a

visitar al Niño Jesús en Belén. La autoridad sacerdotal, patriarcal y monárquica de José, fue reconocida por todos los habitantes del extenso territorio de su reino, los cuales se convirtieron y adoraron al Dios de José, y, por tanto, al único y verdadero Dios. El Patriarca José, en el altar levantado por su padre, invocaba el Santo Nombre de Dios y le ofrecía sacrificios de pan y vino. El reinado de José en Siquén y su comarca duró catorce años; pasado lo cual, regresó a Egipto, y quedó allí hasta su muerte, ejerciendo su cargo de Virrey de Egipto y Patriarca de los israelitas.

Capítulo XLVII

Muerte del Patriarca José

Tras su retorno a Egipto, que fue en el año 3492, José vivió aún treinta y cuatro años más; durante los cuales, antes de que él muriera, murieron sus once her-

manos, las esposas de estos, así como su esposa la Santa Matriarca Asenet. Cuando José se hallaba moribundo, habló a todos sus hermanos en la fe, diciéndoles: *«Después de mi muerte os visitará Dios, y os sacará de esta tierra para la tierra que tiene prometida con juramento a Abrahán, a Isaac y a Jacob»*. Y habiéndoselo exigido bajo juramento, díjoles también: *«Cuando llegue el tiempo en que Dios os visite, transportad de este lugar mis huesos con vosotros, y los sepultéis en la parte del campo que Jacob compró a los hijos de Hemor, padre de Siquén»*. El Santo Patriarca José murió en el año 3526, a la edad de ciento doce años; su hijo Efraín le cerró los ojos. Después de embalsamado su cuerpo, fue depositado en Egipto dentro de una caja, y fue tenido en mucha veneración por los israelitas. Los restos mortales de José fueron fuente de santificación de muchos.

Libro XI

Los Profetas Pastores de los israelitas

Capítulo I

Los Profetas Pastores de los israelitas en Egipto

1. Desde la muerte del Santo Patriarca José, hasta los cuarenta años de vida del Profeta Moisés, los israelitas en Egipto fueron pastoreados por seis Santos Profetas Pastores según este orden cronológico, cuya sucesión se transmitía de padres a hijos: *Efraín*: segundo hijo de José. Efraín, que estaba casado con su hermana Asenet, fue Profeta y Pastor del Pueblo de Dios durante veinticuatro años: o sea, desde que tenía la edad de sesenta y siete años, hasta los noventa y uno de edad, en que murió. A los noventa había engendrado a su hijo Bería. *Manasés*: primer hijo de José. Manasés, que estaba casado con su hermana Dina, fue Profeta y Pastor del Pueblo de Dios durante dieciséis años: o sea, desde los noventa y dos años de edad hasta los ciento ocho años de edad en que murió. A los veintiséis había engendrado a su hijo Maquir. *Maquir*: hijo de Manasés. Maquir, que estaba casado con Raquel, fue Profeta y Pastor del Pueblo de Dios durante veintitrés años: o sea, desde los ochenta y dos años de edad, hasta los ciento cinco años de edad en que murió. *Bería*: hijo de Efraín. Bería, que estaba casado con Sara, fue Profeta y Pastor del Pueblo de Dios durante veinticuatro años: o sea, desde los cuarenta años de edad hasta los sesenta y cuatro años de edad en que murió. A los treinta y uno había engendrado a su hija Sara. *Sara*: hija de Bería. Sara, que estaba casada con Uriel, fue Profetisa y Pastora del Pueblo de Dios durante veinte años: o sea, desde los treinta y tres años de edad, hasta los cincuenta y tres años de edad en que murió. A los diecisiete años había engendrado a su hijo Rafael. *Rafael*: hijo de Sara, que estaba casado con Rebeca, fue Profeta y Pastor del Pueblo de Dios durante

diecisiete años: o sea, desde los treinta y seis años de edad, hasta los cincuenta y tres años de edad en que murió, que fue en el año 3650.

2. Los Profetas y Pastores de los israelitas en Egipto, acudiendo al lugar donde estaban los restos mortales de José, fueron santificados en los últimos días de sus correspondientes pastoreos, mediante un rayo de luz que salía de la Triple Bendición allí depositada. Ninguno de los Profetas y Pastores de los israelitas en Egipto ofreció a Dios sacrificios de animales, sino que ofrecían a Dios todo su ser, como figura del Pastor que iba a ser inmolado: Cristo Jesús, Señor Dios nuestro, que dio su vida por sus ovejas. Una vez muerto el Santo Profeta y Pastor Rafael, hubo durante cuarenta años una apostasía general de los israelitas, ya que nadie quería aceptar a ningún otro Pastor, y hubo múltiples Pastores que querían dirigir a los israelitas; por lo que, levantándose Pastores contra Pastores, reinaba el caos total.

Capítulo II

Multiplicación de los israelitas en Egipto.

Los Israelitas, maltratados por los egipcios

Después que murió José, los hijos de Israel se multiplicaron como la hierba; y crecidos en tan gran número, llenaron el país de Gesén en Egipto. Por aquel tiempo reinaba en Egipto un Faraón que nada había tenido que ver con José. Dicho Faraón, dijo a sus vasallos egipcios: *«Bien veis que el pueblo de los hijos de Israel es muy numeroso y más fuerte ya que nosotros. Vamos, pues, a oprimirle con astucia, no sea que prospere multiplicándose más y más; y que sobreviniendo alguna guerra contra nosotros, se agregue a nuestros enemigos, y después de habernos vencido y robado, se*

vaya de este país». Para llevar a cabo su plan, el Faraón puso, sobre los israelitas, capataces de obras suficientemente preparados para que los afligiesen, con cargas insoportables, en los trabajos de edificación de las ciudades Pitón y Ramesés, mandadas edificar por el Faraón. Mas, como vieran los egipcios que, cuanto más oprimían a los israelitas, estos más se multiplicaban y crecían en número, les aborrecieron con más intensidad, y les ofendían con insultos; por lo que, oprimiéndolos con servidumbres inhumanas, les hacían pasar una vida muy amarga en los duros trabajos del

barro, del ladrillo y labores del campo. Mas, viendo que sus planes de opresión a los israelitas no surtían el efecto por él requerido de evitar la multiplicidad de los hijos, el Faraón, en el año 3609, decretó el siguiente edicto: *«A partir de ahora, los padres israelitas no podrán engendrar más de dos hijos, sean varones o varonas. Por lo tanto, pasado un año, todo varón o varona que hubiese nacido entre los israelitas sobrepasando el límite impuesto de procreación, será matado»*. Este edicto fue dado, pues, un año antes del nacimiento de Moisés.

Libro XII

Moisés, Profeta, Pastor, Legislador y Caudillo del Pueblo de Israel

Capítulo I

Nacimiento de Moisés.

Los cuarenta primeros años de Moisés

1. Entre los hijos del Pueblo de Israel en Egipto, se hallaba Anrán, casado con Jocabed, su prima hermana, y ambos nietos de Leví. A este piadoso matrimonio le había nacido su hija María; y nueve años más tarde su hijo Aarón. Mas, después que le nacieran estos dos hijos, Anrán y Jocabed, a pesar de la prohibición del edicto del Faraón, siguieron con fe manteniendo sus relaciones matrimoniales para dar más hijos a Dios. Cuando Aarón tenía la edad de tres años, Jocabed quedó encinta de un nuevo hijo varón. Pocos días antes de nacer, el Arcángel San Gabriel se apareció a Jocabed, y le dijo entre otras cosas: *«El hijo que te va a nacer, será grande y libertará a su pueblo, al cual tu esposo circuncidará e impondrá el nombre de Moisés»*. Y en el año 3610, en la tierra de Gesén, en Egipto, a Anrán y a Jocabed les nació su tercer hijo, a quien su padre circuncidó en el octavo día de su nacimiento, y le impuso el nombre de Moisés, que quiere decir *«del agua será salvado»*. Y como este nuevo hijo, por ser el tercero del matrimonio, estaba dentro del decreto de tener que ser matado, su madre, para evitar que muriera, le tuvo escondido por espacio de tres meses. Mas, como existiese ya grave riesgo en seguir encubriéndolo, Jocabed rogó a Dios le iluminara acerca de lo que debía hacer con el niño para librarle de la muerte. Como Dios oyera la oración de su sierva, se le apareció a ésta el Arcángel San Rafael para indicarle todo lo que tenía que hacer con su hijo para salvarle de la muerte. Jocabed, siguiendo las instrucciones del Cielo, hizo una cestita de juncos, la calafateó con betún y pez, colocó dentro al niño, y lo dejó así sobre las aguas de la ribera del río Nilo, en una parte protegida de la corriente por juncos y otras plantas. Una vez depositada la cestita con Moisés, Jocabed dijo a su hija María, de doce años de edad, que quedara lo más cerca posible para ver el paradero del niño.

2. Mas, he aquí que la hija del Faraón que, con sus damas, había bajado a bañarse al río, como se paseara

luego por la orilla, vio la cestita depositada entre las plantas y envió por ella a una de sus criadas. Y habiéndosela traído, la destapó, y vio dentro a un niño que lloraba; por lo que, compadecida de él, dijo a su dama principal: *«Es un hijo de los hebreos»*. Y como ella deseara quedar con el niño, lo adoptó por hijo y mandó a dicha dama que procurase una mujer que lo pudiera amamantar. Y como María, la hermana de Moisés, estuviese observándolo todo, se acercó adonde estaba la hija del Faraón, y le dijo: *«¿Quieres que vaya a buscarte entre las mujeres de los hebreos una nodriza para que críe al niño?»*. Y ella respondió: *«Anda, y búscala»*. María fue corriendo y llamó a su madre; y cuando ella llegó a la presencia de la hija del Faraón, díjole ésta: *«Toma a mi hijo y criámelo, que yo te pagaré»*. Tomó Jocabed a Moisés y lo amamantó. En el año 3611, o sea, un año después del nacimiento de Moisés, fue destetado el niño y Jocabed se lo devolvió a la hija del Faraón, la cual se lo presentó a su padre. El Faraón, cuando vio al niño Moisés, quedó prendado de sus dotes de gracia y hermosura; por lo que dio la enhorabuena a su hija por este hijo suyo adoptivo. El Faraón, sumamente emocionado, en atención a este niño hebreo, revocó su edicto criminal, por lo que, desde entonces, las familias israelitas podían procrear hijos sin límite alguno. El Faraón crió a Moisés en el palacio como hijo suyo. Y, cuando llegó a la edad de veinte años, el Faraón lo puso a su derecha y lo nombró príncipe de todo Egipto, llegando a ser la admiración de los egipcios y recibiendo los honores correspondientes. En el año 3650, cuando Moisés tenía cuarenta años, murió el Faraón que lo había amado como a un hijo. En ese mismo año entró a reinar un nuevo Faraón, que destituyó a Moisés porque era hebreo, y dio órdenes severísimas de opresión sobre el pueblo hebreo.

3. Moisés veía con gran dolor cómo sus hermanos, los israelitas, vivían sometidos en la más inicua opresión por parte de los egipcios. Y sucedió que, en ese mismo año 3650, cuando aún Moisés tenía cuarenta años de edad, como viese que un egipcio golpeaba a uno de los hebreos, después de haber mirado a un lado

y a otro, comprobando que nadie lo observaba, mató al egipcio y enterrólo en la arena; con esta actuación, Moisés pecó gravemente, pues aunque obró bien saliendo en defensa del hebreo, se excedió innecesariamente matando al egipcio sin que lo requiriera la gravedad del caso. Al día siguiente, viendo cómo dos Pastores de los israelitas luchaban a muerte entre sí para tomar el poder, intervino para poner la paz, por lo que dijo a uno de ellos: «¿Por qué das golpes a tu prójimo?». El cual respondió: «¿Quién te ha puesto por príncipe y juez sobre nosotros? ¿quieres por ventura matarme, como mataste ayer el egipcio?». Temió Moisés, y dijo: «¿Cómo se ha hecho público este suceso?». Por lo que, Moisés, en vez de conseguir la paz entre ambos Pastores, fue denunciado por ellos al Faraón por haber matado antes a un egipcio. Cuando el Faraón tuvo conocimiento, mandó buscar a Moisés para matarlo. Ante tal persecución, Moisés huyó en compañía de un grupo reducido de israelitas a un lugar seguro.

Capítulo II

Moisés es ungido Profeta y Pastor de los israelitas.

Moisés en la tierra de Madián. Dios le nombra Caudillo y Libertador del Pueblo de Israel

1. Moisés, tras huir de Egipto, se refugió primero en el Monte Horeb o Sinaí, llamado en otro tiempo Monte de Ananías, en donde pidió perdón a Dios por su pecado de homicidio. Aquí se apareció el Santísimo Melquisedec y ungio a Moisés Profeta y Pastor de los israelitas. Desde entonces, Moisés, nuevo Profeta y Pastor de los israelitas, se dedicaría, durante cuarenta años, a buscar y recoger a las ovejas descarriadas para apacentarlas hasta que llegase la hora en que sería el Caudillo Libertador del Pueblo de Israel.

2. Desde el Monte Horeb, Moisés fue a habitar a la tierra de Madián, al sur de la península del Sinaí, que tomó su nombre de un hijo de Abrahán y Ceturá llamado Madián, el cual fue un Santo Patriarca que observó y cumplió la ley que le entregó su padre en el llamado Libro de Abrahán. Aquí, en esta tierra de Madián, vivía un piadoso anciano llamado Jetró, adorador del verdadero Dios y celoso cumplidor de la Ley contenida en el Libro de Abrahán. Jetró era hijo de Raguel, anciano de Madián, y de su esposa Saturnina, anciana de Madián. Jetró, casado con Séfora, tenía siete hijas ejemplarísimas, que eran modelo de las siete virtudes. Y sucedió que, hallándose un día Moisés sentado junto a un pozo, vinieron estas siete doncellas a sacar agua. Y cuando estaban llenas sus vasijas y se disponían a dar de beber a sus ganados, llegaron varios Pastores de los israelitas, de esos que luchaban unos con otros para tomar el poder, y las echaron. Viéndolo esto Moisés, intervino en auxilio de las muchachas, logró echar a los Pastores y dio de beber a las ovejas de ellas. Cuando las siete hermanas volvieron a su casa, Jetró, llamado también Raguel, dijo a sus hijas: «¿Por qué habéis venido más pronto de lo acostumbrado?». Y respondieron: «Un hombre egipcio nos ha librado de mano de los Pastores; y, además, él mismo sacó agua y dio de beber a las ovejas». Y él dijo: «¿En dónde está? ¿Por

qué dejasteis ir a este hombre? Llamadle para que coma algo». Moisés accedió a habitar con Jetró y su familia. Y en ese mismo año 3650, cuando aún tenía cuarenta años de edad, se casó con Séfora, la hija mayor de Jetró y Séfora. En el año 3657, Moisés y Séfora, después de siete años de esterilidad, tuvieron de un solo parto dos hijos varones, a los cuales Moisés circuncidó en el octavo día del nacimiento y les puso, al primero el nombre de Gersán, pues se dijo: «Peregrino fui en tierra ajena»; y al segundo el de Eliecer, pues se dijo: «Porque el Dios de mi padre, mi ayudador, me sacó de la mano del Faraón».

3. En el año 3690, murió el Faraón que persiguió a Moisés, y ese mismo año entró a reinar otro Faraón en Egipto. Los hijos de Israel, que seguían gimiendo en aquel país a causa de la cruel servidumbre, clamaron a Dios con más ímpetu, y escuchó Dios sus clamores, acordándose de la alianza que concertó con Abrahán, Isaac y Jacob. Y he aquí que, a pesar del caos espiritual reinante durante cuarenta años por la apostasía general de los israelitas, el Señor los miró y reconociólos nuevamente como su Pueblo.

4. En aquel mismo año 3690, Moisés, a la edad de ochenta años, como apacentaba las ovejas de su suegro Jetró, anciano de Madián, llevó el ganado a lo interior del desierto; y, una vez llegado a la ladera del Monte Horeb o Sinaí, conocido como Monte de Dios, vio en la cima como algo misterioso que le invitaba a subir; por lo que fue ascendiendo poco a poco hasta alcanzar la altura. Una vez aquí, a cierta distancia, se le apareció el Santísimo Ananías, bajo figura humana, en medio del fuego de una zarza ardiendo; y Moisés, viendo que la zarza ardía y no se quemaba, dijo: «Me acercaré, voy a ver qué gran prodigio es éste, y por qué no se consume la zarza». Y viendo Dios que caminaba para ver lo que allí sucedía, lo llamó desde el medio de la zarza, y dijo: «Moisés, Moisés». El cual respondió: «Aquí estoy». Y Dios le dijo: «No te acerques acá: desata el calzado de tus pies; porque el lugar, en que estás, es tierra santa». Y añadió: «Yo soy el Dios de tus padres: el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob». Moisés cubrió su rostro, porque no se atrevía a mirar hacia Dios. Y el Señor le dijo: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he oído su clamor por la dureza de los capataces de las obras. Y conociendo su dolor, he descendido para librarlo de las manos de los egipcios y sacarlo de aquella tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, a los lugares del cananeo, y del heteo, y del amorreo, y del fereceo, y del heveo, y del jebuseo. El clamor, pues, de los hijos de Israel ha llegado a Mí, y he visto la aflicción de ellos, por lo que son oprimidos por los egipcios. Ven, pues, que te enviaré al Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, a los hijos de Israel». Y dijo Moisés a Dios: «¿Quién soy yo para ir al Faraón, y sacar a los hijos de Israel de Egipto?». Y Dios respondió: «Yo estaré contigo: y esto tendrás por señal de que te he enviado. Luego que hubieres sacado a mi pueblo de Egipto, sacrificarás a Dios sobre este monte». Dijo Moisés a Dios: «He aquí que yo he de ir a los hijos de Israel, para decirles: 'El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros'. Si me dijeren: ¿Cuál es su nombre? ¿qué les

responderé?». Dijo Dios a Moisés: *«Yo Soy El Que Soy; y de este modo, dirás a los hijos de Israel: El Que Es, me ha enviado a vosotros»*. Y añadió Dios: *«Esto dirás a los hijos de Israel: El Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros; este es mi nombre para siempre, y esta es mi memoria por generación y generación. Vé, pues, y junta a los ancianos de Israel, y les dirás: El Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob se me apareció, diciendo: Os he visitado, y he visto todo lo que os ha acontecido en Egipto, y he dicho: Yo os sacaré de la aflicción de Egipto y os llevaré a la tierra del cananeo, y del heteo, y del amorreo, y del fereceo, y del heveo, y del jebuseo, a una tierra que mana leche y miel. Y oirán tu voz, e irás tú, y los ancianos de Israel, al rey de Egipto, y le dirás: El Señor Dios de los hebreos nos ha llamado; iremos al desierto para sacrificar al Señor nuestro Dios y adonde Él disponga. Mas yo sé que no os dejará el rey de Egipto que vayáis, hasta que no vea el actuar de mi mano poderosa: Pues Yo extenderé mi mano, y castigaré a Egipto con toda suerte de prodigios que obraré en medio de ellos, y después os dejaré salir»*.

5. Mas, Moisés, temiendo que no sólo el Faraón, sino incluso los israelitas, no creyeran en sus palabras, dijo a Dios: *«No me creerán, ni oirán mi voz, sino que dirán: 'No se te ha aparecido el Señor'»*. Y Dios le dijo: *«¿Qué es lo que tienes en tu mano?»*. Respondió Moisés: *«Una vara»*. Y dijo el Señor: *«Arrójala en tierra»*. Arroja, y se convirtió en serpiente, de manera que Moisés huía. Y díjole el Señor: *«Extiende tu mano, y tómala por la cola»*. La extendió, y la tomó, y se convirtió en vara. Y díjole el Señor: *«Esto es para que crean, que se te ha aparecido el Señor Dios de sus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob»*. Y díjole de nuevo el Señor: *«Mete tu mano en tu pecho»*. La que habiendo metido Moisés, sacóla cubierta de lepra. Y luego le dijo el Señor: *«Vuelve a meter tu mano en el pecho»*. Volvióla a meter, y la sacó otra vez como antes era. Y añadió Dios: *«Si no te creyeran a la primera señal, te creerán a la segunda; y si, ni aun dieran crédito a estas señales, ni oyeren tu voz, toma agua del río, y derrámala en tierra; y cuanto sacares del río, se convertirá en sangre»*. Dijo Moisés: *«Perdona, Señor, yo no soy hombre que se exprese bien al hablar, y esto no es de ayer ni desde anteayer; y aun ahora que me estás hablando, me veo más tartamudo»*. Díjole el Señor: *«¿Quién hizo la boca del hombre? ¿o quién formó al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No fui Yo? Pues anda, y Yo estaré en tu boca, y te enseñaré lo que has de hablar»*. Y dijo Moisés: *«Ruégote, Señor, que envíes a otro, porque yo soy indigno»*. Y enojado el Señor contra Moisés, dijo: *«Sé que Aarón tu hermano es elocuente; mira que él saldrá a tu encuentro, y cuando te vea, se alegrará su corazón. Háblale, y pon mis palabras en su boca, y Yo estaré en tu boca, y en la boca de él, y os mostraré lo que debéis hacer. Él hablará por ti al pueblo, y será tu boca; mas tú serás el que recibas mis mandatos. Lleva siempre en la mano tu vara, con la cual has de hacer prodigios»*. Con esta misión que le

encomendó el Señor, Moisés quedó constituido Caudillo Libertador del Pueblo de Israel.

6. Partió Moisés, y volvió adonde habitaba su suegro Jetró, y le dijo: *«He de volver a Egipto a visitar a mis hermanos israelitas, para ver si aún están vivos»*. Jetró le dijo: *«Vete en paz»*. Y de nuevo el Señor, cuando Moisés se hallaba en Madián, le confirmó el mandato que antes le había dado, diciéndole: *«Vé, y vuelve a Egipto; porque ya han muerto todos los que te buscaban para matarte»*. Y en aquel año 3690, cuando Moisés tenía ochenta años de edad, dejando a su mujer Séfora y a sus dos hijos con su suegro Jetró, en Madián, partió hacia Egipto llevando en su mano la vara milagrosa. Y cuando ya Moisés había emprendido el viaje, se le apareció de nuevo el Señor, y le dijo: *«Mira que hagas delante del Faraón todos los portentos que he puesto en tu mano, ya que se endurecerá su corazón, no oirá tu voz y no dejará ir a tu pueblo»*. Y añadió: *«Y le dirás al Faraón: 'Esto dice el Señor: el Pueblo de Israel es mi hijo primogénito; deja, pues, ir a mi hijo para que me sirva rindiéndome el culto que me es debido'. Y cuando el Faraón se obstine en no hacerlo, le dirás que, como no lo haga, entre otros castigos, Yo mataré a su hijo primogénito»*.

7. Durante los cuarenta años precedentes de Profeta y Pastor de los israelitas, Moisés vigiló escrupulosamente, entre otras leyes, la de la circuncisión, tanto para los hebreos como para los conversos. Por tanto, no fue verdadero el episodio del mesón en que el Señor se apareció a Moisés con ademán de quererle matar por no haber circuncidado a uno de sus hijos.

8. Mientras que Moisés se encaminaba de nuevo al Monte Horeb para, desde aquí, continuar su viaje a Egipto, el Señor se le apareció a Aarón en la tierra de Gesén, en Egipto, y le dijo: *«Vé al desierto del Sinaí al encuentro de Moisés»*. Aarón se puso en camino y salió al encuentro de su hermano en el Monte Horeb o Monte de Dios, allí se abrazaron y subieron al Monte. Y contó Moisés a Aarón todo lo que le había dicho el Señor al enviarle, y los prodigios que le había ordenado hacer. Con esto, partieron juntos a Egipto; y, una vez en el territorio egipcio de Gesén, congregaron a todos los ancianos de los hijos de Israel. Y Aarón refirió todas las palabras que el Señor había dicho a Moisés: y éste hizo los prodigios delante de los hijos de su pueblo, por lo que creyeron en él. Y todos, cuando comprobaron que el Señor, mirando la aflicción de su pueblo, había visitado a los hijos de Israel enviándoles un Caudillo Libertador, postrados adoraron a Dios.

Capítulo III

Moisés y Aarón se presentan ante el Faraón

1. En aquel mismo año 3690, cuando Moisés aún tenía ochenta años de edad, y habían pasado tres semanas desde que, el Santísimo Ananías, le había encomendado la misión de libertar a su pueblo, fue Moisés con Aarón a la presencia del Faraón, y le dijo: *«El Señor Dios de Israel me ha dicho que dejes ir a su pueblo para que le ofrezca sacrificios en el desierto y adonde Él disponga»*. Pero el Faraón respondió: *«¿Quién es ese Señor, para que obe-*

dezca su voz, y deje ir a Israel? No conozco a tal Señor, ni dejaré ir a Israel». Y ellos respondieron: «El Dios de los hebreos nos ha mandado que vayamos al desierto y ofrezcamos allí sacrificios al Señor nuestro Dios». Y díjoles el Faraón: «¿Por qué, vosotros, Moisés y Aarón, con vuestras fantasías apartáis al pueblo de sus tareas? Id a vuestros quehaceres». Y el Faraón mandó a los capataces e inspectores de obras, que oprimieran con mayores trabajos a los israelitas para que así no dieran oído a embustes, pues, según él, perdían el tiempo alzando el grito y diciendo: «Vayamos y ofrezcamos sacrificio a nuestro Dios», y ya no les daban paja como antes para hacer los ladrillos, sino que les obligaban a buscarla, y, además, a tener dispuesta la misma cantidad de ladrillos en el mismo tiempo que antes. Y como los maestros de obras que pertenecían al Pueblo de Israel reclamasen ante tal injusticia, fueron azotados por los inspectores. Ante esta crueldad, los capataces de los hebreos se dirigieron al Faraón, clamando: «¿Por qué procedes así contra tus siervos? No nos dan paja, y se nos manda hacer igual número de ladrillos; mira que tus siervos somos heridos con azotes y se obra injustamente contra nuestro pueblo». A lo que respondió el Faraón: «Estáis holgando, y por eso decís: 'Vayamos, y ofrezcamos sacrificios al Señor'. Por tanto, andad, y a trabajar; no se os dará la paja, y entregaréis el acostumbrado número de ladrillos». Y los capataces hebreos se veían en apuro, porque se les decía: «No se disminuirá nada de la producción de los ladrillos de cada día». Y como los israelitas lo pusieran en conocimiento de Moisés, éste dijo al Señor: «Señor, ¿por qué permites que sea afligido así tu pueblo? ¿para qué me has enviado? Pues desde que yo he venido al Faraón, para hablarle en tu nombre, él ha afligido más a tu pueblo: y Tú no lo has librado». Y dijo el Señor a Moisés: «Ahora verás lo que voy a hacer con el Faraón; porque, obligado por el poder de mi brazo, dejará salir a los israelitas. Por tanto, di a los hijos de Israel: Yo, el Señor, os sacaré del yugo de los egipcios, y os libraré de la servidumbre; y os rescataré levantando mi brazo y descargando terribles golpes contra ellos, y sabréis que Yo soy el Señor vuestro Dios, que os ha sacado de la esclavitud de los egipcios e introducido en la tierra que tengo jurado dar a Abrahán, a Isaac y a Jacob, porque a vosotros os daré la posesión de ella».

2. Contó, pues, Moisés todas estas cosas a los hijos de Israel; los cuales no le dieron crédito, angustiados como estaban en extremo y agobiados con el exceso de la faena. Mas como también hubiesen transcurrido siete semanas de opresión egipcia sobre los israelitas después de la primera visita de Moisés y Aarón al Faraón, díjole Dios a Moisés: «Yo soy el Señor; di al Faraón, rey de Egipto, todas las cosas, que Yo te hablo; y que, si no obedece mis órdenes, castigaré severamente al pueblo egipcio». Habiéndose, pues, presentado Moisés y Aarón por segunda vez ante el Faraón, como éste les dijese que le hiciesen ver por un prodigio que el Dios de Israel les enviaba, Moisés echó su vara en presencia del Faraón y de sus cortesanos, y ésta se convirtió en serpiente. Entonces, el astuto Faraón llamó a los hechiceros de palacio, y uno de ellos arrojó también su vara que, por permisión divina, se

convirtió también en serpiente; lo cual no fue por ningún milagro, sino por falso prodigio de Satanás. Mas, la serpiente de la vara de Moisés devoró a la serpiente de la vara del hechicero; lo cual es figura de Cristo venciendo al Anticristo. No obstante el milagro obrado por Dios a través de la vara de Moisés, el corazón del Faraón se endureció aún más al ver que sus hechiceros hacían cosas parecidas.

Capítulo IV

Dios castiga la obstinada actitud del Faraón con diez plagas

1. Como a pesar de las señales portentosas dadas por Moisés, el Faraón rehusase escuchar la orden divina de dejar salir al Pueblo de Israel, Dios, durante setenta días, castigó al pueblo egipcio con diez plagas, siendo de siete días la duración de cada una. Mas, el territorio de Gesén, que era en donde habitaban los israelitas, no fue afectado por ninguna de las plagas.

2. **Primera plaga:** Dijo Dios a Moisés: «Se ha obstinado el corazón del Faraón, y no quiere dejar ir a mi pueblo. Vé por la mañana al encuentro de él, pues irá al río, y estarás aguardándole en la orilla, teniendo en tu mano la vara que se convirtió en serpiente, y le dirás: El Señor Dios de los hebreos me ha enviado a ti para decirte: 'Deja ir a mi pueblo para que me ofrezca sacrificios en el desierto', y hasta ahora no has querido oír. Así pues, dice el Señor: 'En esto conocerás, que soy el Señor: mira que heriré el agua del río y la de todas las fuentes con la vara que está en la mano de mi siervo Moisés, y se convertirá en sangre, se romperán las aguas, y serán afligidos con la sed los egipcios'». En la madrugada de la primera semana, fueron Moisés y Aarón a comunicar este anuncio del Señor al Faraón. Mas, como éste no hiciera caso, Dios, para castigarle con la primera plaga, dijo a Moisés: «Extiende tu mano con la vara para que las aguas de Egipto: las de sus ríos, arroyos, lagunas y cualquier otro manantial, se conviertan en sangre; y haya sangre en toda la tierra de Egipto, incluso en las vasijas de madera y en las de piedra». Y Moisés hizo lo que el Señor le había mandado: y alzando la vara, hirió el agua del río a la vista del Faraón y de sus siervos, y no sólo el río, sino también todos los manantiales, se convirtieron en sangre. Y los peces que había en el río murieron aparentemente. Y como hubo sangre en toda la tierra de Egipto, los egipcios no pudieron beber agua. Y cavaron en muchas partes de la tierra para sacar agua, mas no la hallaron, sino sangre. Cuando terminó la plaga, los hechiceros de los egipcios, viendo que había desaparecido la sangre, y había vuelto el agua, llenaron con ésta un recipiente, y no por milagro, sino por falso prodigio de Satanás, la convirtieron en sangre; por lo que, a pesar de esta primera plaga, endurecióse más el corazón del Faraón, y no oyó lo que el Señor había ordenado.

3. **Segunda plaga:** Como a pesar del castigo anterior, el Faraón tampoco hiciese caso a las órdenes divinas, el Señor dijo a Moisés: «Vé al Faraón, y le di-

rás: Esto dice el Señor: 'Deja ir a mi pueblo para que me ofrezca sacrificios; que, si no quisieres dejarle ir, mira que Yo voy a castigar todos tus territorios con una plaga de ranas. Y saldrán del río y demás manantiales de agua tantas ranas, que subirán y entrarán en tu casa, y en el aposento donde duermes, y en tu misma cama, así como también en las casas de tus siervos, y en las de todo tu pueblo, y hasta en tus hornos, y en los repuestos de tus viandas. Y seréis, pues, atormentados por las ranas tú, tus servidores y todo tu pueblo'. Fueron Moisés y Aarón a comunicar este anuncio del Señor al Faraón; y como éste tampoco hizo caso alguno a esta nueva amenaza, Dios, para castigar al Faraón con la segunda plaga, dijo a Moisés: *«Extiende tu mano con la vara sobre las aguas de Egipto, para que, de los ríos, arroyos, lagunas, y cualquier otro manantial, salgan ranas sobre la tierra de Egipto»*. Y Moisés extendió la mano con la vara sobre las aguas, y subieron tal multitud de ranas, que cubrieron todo el territorio de los egipcios. Y en el penúltimo día de este castigo, el Faraón llamó a Moisés y a Aarón, y díjoles: *«Rogad a vuestro Señor, que quite de mí y de mi pueblo las ranas, y dejaré ir a vuestro pueblo para que ofrezca sacrificios a vuestro Señor»*. Y respondió Moisés: *«Señala cuando he de rogar por ti, y por tus siervos, y por tu pueblo, para que sean echadas las ranas de ti, de tu casa, de tus siervos, y de tu pueblo, y solamente se queden en las aguas»*. Y el Faraón respondió: *«Mañana»*. Y díjole Moisés: *«Lo haré, conforme a tu palabra, para que conozcas, que nadie hay como el Señor nuestro Dios»*. Y después que salieron Moisés y Aarón de la presencia del rey, clamó Moisés al Señor para que se cumpliera la promesa que, sobre las ranas, había hecho al Faraón. Y el Señor lo hizo conforme a la palabra de Moisés, y fueron devueltas las ranas a las aguas al terminar esta segunda semana. Mas, una vez que pasó la plaga, los hechiceros de los egipcios, no por milagro, sino por falso prodigio de Satanás, hicieron salir abundantes ranas de las aguas. Por lo que, el Faraón, al verse libre del castigo y observar que lo mismo podían hacer sus hechiceros, no cumplió con la palabra dada a Moisés de que dejaría salir a su pueblo.

4. Tercera plaga: Ante la reiterada obstinación del Faraón, el Señor mandó a Moisés que fuera con Aarón a anunciarle que le castigará con una tercera plaga si rehúsa dejar salir a su pueblo. Mas, como el Faraón se reafirmase en su contumacia de impedir la salida de los israelitas, Dios, para castigarle con la tercera plaga, dijo a Moisés: *«Extiende tu mano con la vara para que, del polvo de la tierra, salgan mosquitos de toda clase en la tierra de Egipto»*. Y Moisés, extendiendo la mano con la vara sobre el polvo de la tierra, los hombres y los animales quedaron infectados de mosquitos, y todo el espacio fue una nube compacta de mosquitos por todo el territorio egipcio. Cuando terminó la plaga, los hechiceros de Egipto intentaron hacer algo parecido a lo hecho por Moisés, mas no lo consiguieron; por lo que dijeron al Faraón: *«Es el Dedo del Dios de los hebreos el que actúa»*. No obstante esta plaga, se

endureció aún más el corazón del Faraón, y otra vez no escuchó lo que había mandado el Señor.

5. Cuarta plaga: Ante el nuevo rechazo del rey egipcio, dijo el Señor a Moisés: *«Levántate de madrugada, y preséntate al Faraón, porque ha de salir a las aguas del río; y le dirás: Esto dice el Señor: Deja ir a mi pueblo para que me ofrezca sacrificios. Porque si no le dejas ir, he aquí que Yo enviaré sobre ti, sobre tus siervos, sobre tu pueblo, sobre tus casas, todo género de moscas; de manera que las habitaciones de los egipcios y todos los lugares donde moraren se llenarán de moscas de distintas especies»*. Fueron Moisés y Aarón a comunicar este anuncio del Señor al Faraón. Y como éste, una vez más, no cumpliera el mandato divino, Dios, para castigarle con la cuarta plaga, dijo a Moisés: *«Extiende tu mano con la vara sobre la tierra para que salgan enjambres de moscas molestísimas y dañinas que inunden las casas del Faraón y de sus criados y toda la tierra de Egipto. De manera que el país quede infeccionado por tales insectos»*. Mas, a pesar de esta plaga, seguía tan endurecido el corazón del Faraón, que ni aun esta vez dejó salir al pueblo de Israel.

6. Quinta plaga: Ante la nueva obstinación del rey egipcio, dijo el Señor a Moisés: *«Vé al Faraón, y dile: Esto dice el Señor Dios de los hebreos: Deja ir a mi pueblo para que me ofrezca sacrificios. Y si todavía lo rehúsas, y los retienes, mira que descargaré mi mano sobre tus campos, y enviaré sobre tus caballos, asnos, camellos, bueyes, ovejas, una cruel peste»*. Fueron Moisés y Aarón a comunicar este anuncio del Señor al Faraón; mas, ante la negativa de éste, Dios, para castigarle con la quinta plaga, dijo a Moisés: *«Extiende tu mano con la vara sobre la tierra para que venga la peste sobre los animales»*. Por lo que murieron, aparentemente, todos los animales de los egipcios; y cuando cesó la plaga, volvieron a su estado normal. A pesar de este castigo, el corazón del Faraón se endureció aún más no dejando ir al Pueblo de Israel.

7. Sexta plaga: Ante la pertinaz resistencia del Faraón, dijo el Señor a Moisés: *«Levántate de mañana, y ponte delante del Faraón, y le dirás: Esto dice el Señor Dios de los hebreos: 'Deja ir a mi pueblo para que me ofrezca sacrificios; porque, si no lo haces, esta vez enviaré mis plagas sobre tu misma persona, las de tus siervos y los demás egipcios, para que sepas que no hay semejante a Mí en toda la tierra. De manera que heriré a ti y a tu pueblo con pestilencia, y sufriréis mucho los egipcios. Y sepas que, si hasta ahora no te he fulminado, es para que, a través de tu obstinación, se manifeste mi fortaleza y poder; y así sea referido el poder de mi Nombre en toda la tierra'»*. Fueron Moisés y Aarón a comunicar este anuncio del Señor al Faraón. Mas, como éste no echara cuenta de este anuncio, Dios, para castigarle con la sexta plaga, dijo a Moisés: *«Coge puñados de ceniza de un horno, y esparcela hacia el cielo en presencia del Faraón. Y extiéndase este polvo por todo Egipto, y haya úlceras y tumores apostemados en los hombres por toda la tierra de Egipto»*. Y Moisés tomó ceniza de un horno, y

delante del Faraón esparcióla hacia el cielo: y quedaron las gentes egipcias llenas de úlceras malignas. Y los hechiceros del Faraón no podían comparecer delante de Moisés a causa de las úlceras que había en ellos, y en toda la tierra de Egipto. Mas, a pesar de esta plaga, siguió endurecido el corazón del Faraón, y no oyó lo que el Señor había dicho a Moisés.

8. Séptima plaga: A la vista del nuevo rechazo del Faraón, dijo el Señor a Moisés: *«Vé, y dile al Faraón: 'Esto dice el Señor Dios: ¿Aún detienes a mi pueblo, y no quieres dejarle ir? Pues mira, haré llover un gran diluvio de granizo, cual no se vio en Egipto desde el día en que fue fundado, hasta el tiempo presente. Y si quieres librarte de este gran daño, desde ahora envía a recoger tus bestias, y todo lo que tienes en el campo, porque los hombres, las bestias y todo lo que se halle fuera por no haberse recogido de los campos, serán grandemente dañados cuando cayere sobre ellos el granizo'»*. Fueron Moisés y Aarón a comunicar este anuncio del Señor al Faraón. Ante este nuevo anuncio de castigo, aquellos que, entre los egipcios temieron y creyeron en la palabra del Señor, convertidos al Dios de los hebreos, se fueron a Gesén con sus familias, siervos y animales; mas, los que despreciaron la palabra del Señor, dejaron sus criados y bestias en el campo. Dios, para castigar al pueblo egipcio con la séptima plaga, dijo a Moisés: *«Extiende tu mano con la vara hacia el cielo, para que caiga granizo en toda la tierra de Egipto sobre los hombres, las bestias y la hierba del campo»*. Y Moisés extendió la mano con la vara hacia el cielo, y el Señor envió truenos, granizos y relámpagos que discurrían por la tierra. E hizo llover el Señor un diluvio de granizo mezclado con fuego sobre la tierra de Egipto. Y fue de tal tamaño el granizo, que nunca otro tal se había visto antes en toda la tierra de Egipto, desde que fue fundada aquella nación. Y el granizo hirió todo cuanto hubo en los campos, desde el hombre hasta la bestia, y arrasó toda la hierba y destruyó todos los árboles del país. Mas, una vez cesada la plaga, todo volvió a su estado normal. A pesar de esta séptima plaga, de tal manera se hallaba endurecido el corazón del rey que no dejó ir a los hijos de Israel.

9. Octava plaga: Ante esta nueva negativa del Faraón, dijo el Señor a Moisés: *«Vé al Faraón, y dile que, por haberse endurecido su corazón y el de muchos de sus siervos, he de hacer recaer sobre Egipto mi mano con nuevos castigos prodigiosos»*. Fueron, pues, Moisés y Aarón al Faraón, y le dijeron: *«Esto dice el Señor Dios de los hebreos: ¿Hasta cuándo vas a seguir desobedeciéndome? Deja ir a mi pueblo, para que me ofrezca sacrificios. Pero si todavía resistes, y no quieres dejarle ir, mira que Yo inundaré tus comarcas de langostas silvestres, que cubrirán la superficie de la tierra egipcia, de manera que nada de ella se vea; y devorarán cuanto hubiere en los campos: los árboles y toda clase de plantas; y, además, se llenarán de ellas tus casas, las de tus siervos, y las de todos los demás egipcios, como nunca vieron tus padres y abuelos, desde que nacieron sobre la tierra hasta este día»*.

Mas, como el Faraón se negase otra vez a cumplir el mandato divino, Dios, para castigarle con la octava plaga, dijo a Moisés: *«Extiende tu mano con la vara sobre la tierra de Egipto, a fin de que las langostas silvestres vengan sobre ella y devoren toda clase de árboles y plantas»*. Moisés extendió, pues, la mano con la vara sobre la tierra de Egipto; y el Señor envió un viento abrasador que levantó langostas silvestres; las cuales inundaron toda la tierra de Egipto, y se posaron en todos los términos de los egipcios en tan espantosa cantidad, que nunca había habido tantas hasta aquel tiempo, y devoraron toda hierba, plantas y árboles. Mas, una vez cesada la plaga, todo volvió a su estado normal. A pesar de esta octava plaga, siguió endurecido el corazón del Faraón, y no dejó ir a los hijos de Israel.

10. Novena plaga: Como el Faraón permaneciese en su ceguera desobedeciendo el mandato divino, el Señor mandó a Moisés y Aarón fueran a anunciarle que le castigaría con una novena plaga si rehusaba el dejar salir a su pueblo. Mas, como el Faraón se negase a escuchar el anuncio, Dios, para castigarle con la novena plaga, dijo a Moisés: *«Extiende tu mano con la vara hacia el cielo, para que el Faraón, sus siervos y todo el pueblo egipcio, queden ciegos»*. Extendió Moisés la mano con la vara hacia el cielo, y al instante quedaron sin vista todos los de la tierra de Egipto. De manera que ninguna persona veía a otra, ni nadie se movía del sitio en que estaba. Mas, una vez cesada la plaga, todos recuperaron la vista. A pesar de esta novena plaga, el Faraón no dejó ir a los hijos de Israel.

11. Décima plaga: Ante la reiterada negativa del Faraón, Dios anunció que castigará a los egipcios con la décima y última plaga, por lo que dijo a Moisés: *«Todavía castigaré al Faraón y a Egipto con otra plaga, y después de esto, no sólo os dejaré ir, sino que hasta os forzaré a salir. Dirás, pues, a todos los de mi pueblo que, durante los siete días de esta última plaga, en los que habrá para los egipcios densas y palpables tinieblas, salgan de Gesén y despojen todas las casas egipcias, cuyas puertas serán abiertas por mis Ángeles, del oro, plata, y demás objetos de valor, como justa retribución por los abusos, estrecheces y tribulaciones que les han hecho pasar»*. Seguidamente, Dios mandó a Moisés y Aarón que fueran al Faraón a decirle: *«Esto dice el Señor: Saldré a recorrer la tierra de Egipto, que quedará envuelta en densas y palpables tinieblas, y morirán todos los primogénitos de los egipcios, desde el primogénito del Faraón que se sienta en el trono con él, hasta el primogénito de la esclava, que trabaja en el molino. Y habrá tan gran clamor en toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo hasta ahora»*. Y añadió Moisés: *«Tras este terrible castigo, que dará el Señor a Egipto, vendrán después a mí todos tus siervos, y postrados en mi presencia, me suplicarán diciendo: Sal tí, y todo el pueblo de Israel que está a tus órdenes: y después de esto saldremos»*. Ante estos nuevos anuncios, el Faraón echó a Moisés y Aarón de su presencia. Por lo que dijo el Señor a Moisés: *«Ni aun ahora os ha escuchado el Faraón, por lo que se multi-*

plicarán los castigos prodigiosos en la tierra de Egipto». Y el corazón del Faraón se endureció aún más, y no dejó ir de su tierra a los hijos de Israel, a pesar del anuncio de este nuevo castigo. Antes de comenzar la última plaga, el Arcángel San Uriel señaló con sangre de cordero todas las casas del territorio de Gesén, que era donde vivían los israelitas, como señal de protección divina hacia ellos. Durante los siete días de tinieblas, el Alma Divinísima de Cristo, como Ángel exterminador, fue hiriendo a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, desde el de la más ínfima esclava, hasta el del Faraón, que murió en el último día, por lo que éste quedó consternado. Y fueron grandes los clamores por todo el país, ya que no había casa en la que no hubiera algún muerto. Mas, ha de entenderse que

fue para todos una muerte aparente, aunque levemente visible y palpable en medio de las tinieblas. Y cuando cesaron los siete días de tinieblas, los primogénitos continuaron aparentemente muertos. Al día siguiente, que era domingo, llamando el Faraón a Moisés y a Aarón, les dijo: *«Salid de mi pueblo, vosotros y los hijos de Israel, id y ofreced sacrificios a vuestro Dios, como lo habéis pedido».* Ese mismo domingo del año 3690, los hijos de Israel salieron del territorio de Gesén en Egipto, camino del desierto del Sinaí, capitaneados por el Caudillo y Libertador Moisés. Dos días después de la salida, o sea, el martes de la misma semana, todos los primogénitos de Egipto que se hallaban aparentemente muertos, volvieron a su estado normal.

Tercera Parte

El Éxodo y el Levítico

Libro I

Los israelitas salen de Egipto

Capítulo I

Moisés toma consigo los restos del Santo Patriarca José. Santificación de Moisés.

Persecución de los israelitas por los egipcios

1. El número de los hijos del Pueblo de Israel que había salido de la tierra de Gesén, en Egipto, era de un millón cuatrocientas mil personas, entre varones y varonas; y esta muchedumbre estaba formada por una inmensa mayoría de israelitas y un considerable número de conversos. Llevaban consigo gran cantidad de ovejas, bueyes y otros animales, así como abundante oro, plata y alhajas de gran valor, y muchísimos vestidos e instrumentos de guerra; todo lo cual lo habían adquirido por el despojo que, de sus bienes, habían hecho a los egipcios por mandato de Dios. Los hijos de Israel iban en buen orden capitaneados por Moisés. Y Dios iba delante de ellos, para mostrarles el camino, de día en Columna de Nube, que era el Alma Divina de María bajo esa forma, y de noche en Columna de Fuego, que era el Alma Divinísima de Cristo bajo esa forma. Dicha Columna, que era el Desposorio de las Almas de Cristo y María, nunca faltó, manifestándose ora como Nube, ora como Fuego.

2. Aquella inmensa multitud de israelitas llevaba también consigo la Triple Bendición, así como los huesos del Santo Patriarca José, según él lo había exigido bajo juramento antes de morir. Pues, Moisés, entrado ya el domingo en que tendría lugar la salida de Egipto, siendo aún de noche, había extraído de los huesos de José el Misterioso Sacramento, y lo había depositado en el Cáliz usado por Melquisedec y colocado éste dentro del sarcófago de oro que contenía los huesos del

Santo Patriarca. Dios, para preparar de manera más especial el alma del Caudillo y Libertador de Israel, le había concedido entonces la gracia de la Habitabilidad del Espíritu Santo y un carácter similar al del Bautismo; ya que, en el mismo instante que Moisés extrajo de los huesos de José la Triple Bendición, ésta penetró en él, le santificó y salió en el mismo instante.

3. Los israelitas, en su camino al desierto del Sinaí, acamparon primero en las proximidades de la ciudad de Socot, hoy Tell-el-Mashutah, fronteriza con dicho desierto, y después, bajando hacia el sur, acamparon en Etán, hoy Suez, a la orilla de la parte más alta y estrecha del Mar Rojo. Y si bien desde Etán, hubieran podido pasar a la península del Sinaí por un camino más corto, Dios les condujo hacia más al sur del Mar Rojo para evitar que pasaran por tierra ocupada por los filisteos, y así evitar el peligro de que pudieran ser atacados por estos, y muchos de los israelitas desertaran volviendo a Egipto. Y, una vez que les hizo caminar hacia el sur, el Señor, en sus misteriosos planes, mandó a Moisés que volvieran hacia el norte, diciéndole: *«Habla a los hijos de Israel: Que cambien de rumbo y vayan a Fihariot, que está entre Migdol y el mar frente a Beelsefón; allí acamparán. Con esto, el Faraón pensará que los hijos de Israel andan errantes por la tierra sin rumbo fijo y que el desierto les cierra el paso; pues, su corazón se ha endurecido aún más y de nuevo os va a perseguir. Pero Yo haré brillar mi gloria ante el Faraón y todo su ejército, y sabrán otra vez los egipcios que Yo soy el Señor».* E hicieron los hijos de Israel tal y como el Señor se lo había mandado, recorriendo más de 300 kilómetros, lo cual conllevaba una asistencia especial por parte de Dios.

4. Y, efectivamente, el Faraón, dos días después de la salida de los israelitas, al ver que los primogénitos egipcios, aparentemente muertos, habían vuelto a su estado normal de manera milagrosa, endurecido aún más su corazón, decidió perseguir a los hijos de Israel, máxime que tenía conocimiento que estos andaban como desorientados de un lugar a otro. He aquí que el Faraón dijo a su pueblo: «¿Qué es lo que hemos hecho, dejando salir a Israel y privándonos de sus servicios?». Y enseguida reclutó un numeroso ejército de entre los egipcios, a quienes puso bajo el mando de adiestrados jefes; e hizo preparar su carro, así como seiscientos carros más especialmente dispuestos para la guerra. Además, iban con el ejército un gran número de hombres y mujeres del pueblo, con el fin de recuperar todos sus bienes que les habían tomado los israelitas antes de partir. Todo ya dispuesto, el Faraón fue en persecución de los hijos de Israel, llegando a las proximidades de Fihariot, frente a Beelsefón, que era el lugar en donde ellos acampaban. Mas, viendo los israelitas que el Faraón se acercaba con un gran ejército, llenos de terror, clamaron al Señor, y dijeron a Moisés: «¿Es que no hay sepulcros en la tierra de Gesén, que nos has traído aquí a morir? ¿Qué es lo que nos has hecho con sacarnos de allí? ¿No te decíamos nosotros: Deja que sirvamos a los egipcios, que mejor nos es servir a los egipcios que morir en el desierto?». Moisés respondió al pueblo: «No temáis; estad tranquilos, y veréis las maravillas que en este día hará el Señor, pues los egipcios que hoy veis no volveréis a verlos jamás. El Señor combatirá por vosotros; vosotros estaos firmes». Tras estas palabras, el Pueblo de Israel, conducido por su Caudillo y Libertador Moisés, se dirigió de nuevo hacia el sur, perseguido por el Faraón y sus ejércitos. Mas, para proteger a los israelitas, el Ángel del Señor o Alma Divinísima de Cristo que, durante la noche, bajo Columna de Fuego, iba delante de las huestes de Israel, ahora iba detrás; y el Alma Divina de María que, durante el día, bajo Columna de Nube, iba delante, ahora iba detrás. De manera que, la milagrosa Columna, ya en forma de Fuego, o ya en forma de Nube, que servía de luz, protección y guía a los israelitas, se puso ahora entre los egipcios y el Pueblo de Israel, haciéndose tenebrosa y sombría durante la noche para aquellos, de manera que impedía que los ejércitos del Faraón se acercaran a los campamentos de los hijos de Dios.

5. Una vez que los hijos del Pueblo de Israel, en su camino hacia el sur habían recorrido un buen trecho del lado occidental del Golfo del Mar Rojo, hoy Golfo de Suez, se pararon a la orilla de una de las partes más anchas de dicho golfo. Allí fueron cercados por el numeroso ejército del Faraón y el gran número de gentes del pueblo egipcio. De manera que la única salida que les quedaba era el mar. Ante esta situación, los israelitas lanzaron gritos de terror, mas el Señor dijo a Moisés: «¿A qué esos gritos? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Tú alza tu vara y tiende el brazo sobre el mar, y divídelo para que los hijos de Israel pasen por en medio, en seco. Yo permitiré que se en-

duzca aún más el corazón de los egipcios para que entren también detrás de ellos, y haré brillar mi gloria sobre el Faraón y sobre todo su ejército, sus carros y sus caballeros, y los egipcios sabrán que Yo soy el Señor Dios».

Capítulo II

Los israelitas cruzan milagrosamente el Mar Rojo

1. El viernes día 17 de junio del año 3690, Moisés, cumpliendo las órdenes de Dios, extendió su mano con la vara sobre el Mar Rojo, y el Santísimo Ananías hizo surgir de pronto un fuerte viento, con su Divino Sople, que dividió la parte superior de las aguas, y quedó hecho un milagroso camino de tierra, de 35 kilómetros de largo, a manera de puente, con un profundo caudal de agua debajo de él; y, a ambos lados del puente, dos muros de agua por encima de su nivel, uno a la derecha y otro a la izquierda. Este puente enlazaba la orilla occidental con la orilla oriental del Mar Rojo.

2. Para cruzar los israelitas el anchísimo puente milagroso, de inmenso grosor, sobre las aguas del Mar Rojo, la Santísima Trinidad se hizo visible y mandó a Moisés dividir el Pueblo en siete grupos o tramos de doscientas mil personas; y puso un Arcángel, que era visto por todos, a la cabeza de cada grupo, siendo el primero San Miguel. Tras el último grupo o tramo de los israelitas, iba la Divina Alma de María, bajo forma de Columna de Nube; y sobre la misma, la Santísima Trinidad: en el centro, el Santísimo Ananías; a su derecha, el Santísimo Melquisedec; y a su izquierda, el Santísimo Malaquías. Y a larga distancia detrás, venían el Faraón con su ejército, y una multitud de hombres y mujeres del pueblo egipcio.

3. Los israelitas empezaron a cruzar el puente milagroso, siete minutos después de las doce de la noche del jueves, en que había empezado aquel glorioso viernes 17 de junio del año 3690, y terminaron de cruzarlo siete minutos antes de las doce de la noche del mismo viernes, en el que iba a comenzar el sábado. Todas las horas de aquel glorioso viernes del paso del Mar Rojo, fueron de día soleado para los israelitas, y de noche tenebrosa para los egipcios.

4. Una vez que los hijos de Israel entraron por el camino milagrosamente preparado por Dios sobre las aguas, el Faraón, con su nutrido ejército, y numerosa gente del pueblo, en furiosa persecución, entraron también en seguimiento de ellos. Y Dios hizo que las ruedas de los carros egipcios se enredasen unas con otras de modo que sólo muy penosamente avanzaban, por lo que dijeron entonces: «Huyamos ante el poder de Israel, que el Dios de ellos combate contra nosotros los egipcios». Ante el temor de la ira de Dios y a la vista del gran milagro del puente sobre el mar, muchos de los egipcios que perseguían a los israelitas durante el cruce del puente se convirtieron. Y Dios hizo resplandecer para los conversos una luna llena, de manera que, guiados por su luz, pudieran agregarse a los hijos del Pueblo Escogido, los cuales los aceptaron en su grey por las señales clarísimas que veían de su conversión.

Ese número de conversos fue de siete mil personas, entre varones y varonas.

5. Cuando la Columna de Nube, que iba detrás del Pueblo de Israel protegiéndoles, llegó a la otra orilla del Mar Rojo, el Santísimo Ananías se asomó hacia atrás, y de un soplo hizo desaparecer el milagroso puente; por lo que, el Faraón, su ejército y toda la multitud de egipcios que le acompañaban, fueron precipitados a las aguas que había debajo. Tras la desaparición del milagroso puente, el Señor dijo a Moisés: *«Tiende tu mano sobre el mar, para que las aguas recobren su estado ordinario»*. Y Moisés tendió su mano con la vara sobre el mar, y las aguas volvieron a su sitio, quedando todos los egipcios sepultados bajo ellas. Después desaparecieron la Santísima Trinidad, así como los siete Arcángeles que encabezaban cada uno de los grupos israelitas.

6. Aquel viernes 17 de junio del año 3690, libró el Señor a su Pueblo de los egipcios, cuyos cadáveres vio Israel en las playas del mar. Israel vio la mano potente que mostró el Señor para con Egipto, y el Pueblo de Dios temió más al Señor, y manifestó más su fe en Él y en Moisés, su siervo.

7. El sábado, 18 de junio del año 3690, después de haber cruzado el Mar Rojo, Moisés y los varones de Israel cantaron al Señor un himno de alabanza y acción de gracias, con estrofas como estas: *«Cantaré al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido por sus obras. El Señor es mi fortaleza y el objeto de mi canto: Él es mi Salvador. Él es mi Dios, yo le alabaré. Es el Dios de mi padre, yo le exaltaré. El Señor es un fuerte guerrero; Omnipotente es su Nombre. Precipitó en el mar los carros del Faraón y su ejército; la flor de sus capitanes se la tragó el mar Rojo; cubriéronle los abismos, y cayeron al fondo, como una piedra. Tu diestra, ¡oh Señor!, destrozó al enemigo. ¿Quién, Señor, como Tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, obrador de prodigios? En tu misericordia, Tú acaudillas al pueblo que libraste de tus enemigos; y por tu poderío lo conduces a tu santa morada»*.

Capítulo III

Moisés conduce al Pueblo de Israel al Monte Horeb o Sinaí

1. Los israelitas, al mando de Moisés, partieron del Mar Rojo, hacia la zona norte del desierto de la península del Sinaí, y luego bajaron hacia el sur, realizando un misterioso recorrido durante tres días sin hallar agua; al cabo de los cuales llegaron al paraje de Mara, hoy Ayun Musa o fuente de Moisés, a pocos kilómetros del Mar Rojo, mas no pudieron beber las aguas de este oasis por ser amargas. Ante tal penosa situación, muchos de los hijos de Israel murmuraron contra Moisés diciendo: *«¿Qué vamos a beber?»*. Y Moisés clamó al Señor, el cual le dijo que tocara las aguas con su vara; y, habiéndolo hecho Moisés, las aguas se endulzaron, por lo que todos pudieron saciar su sed. Mas, Dios mostró a su Pueblo su descontento por haber des-

confiado de su providencia y murmurado del Profeta, Pastor y Caudillo que les había puesto por guía; y, además, les recordó algunas normas que ya les había dado, y les impuso otras para así probarles más en la fidelidad hacia Él. También, Dios habló a su Pueblo, a través de Moisés, diciéndole: *«Si escuchas al Señor, tu Dios; si obras lo que es recto a sus ojos, si das oído a sus mandatos y guardas todas sus leyes, no traeré sobre ti ninguna de las plagas con que he afligido a Egipto, porque Yo soy el Señor, tu Salvador»*.

2. Después de que hubiesen acampado en Mara, los israelitas, al mando de Moisés, continuaron su viaje hacia el sur, siguiendo la orilla oriental del golfo del Mar Rojo, y acamparon en la población de Elín, hoy Wadi Garandel, donde había abundantes fuentes y palmeras. Y luego, partiendo de Elín, la congregación de los hijos de Israel llegó al desierto del Sin, que está entre Elín y el Sinaí. Después realizaron una nueva etapa en su viaje, conforme el Señor lo ordenaba; y acamparon en el valle de Rafidín, no lejos ya del Monte Horeb, en donde no tenían agua para beber. Entonces, muchos del pueblo de Israel increparon a Moisés diciéndole: *«¡Danos agua que beber!»*. A lo que él respondió: *«¿Por qué me recrimináis? ¿Por qué tentáis al Señor, en vez de poner en Él toda vuestra confianza?»*. Mas, aquellas gentes, siguieron manifestando su descontento a Moisés con frases como estas: *«¿Por qué nos hiciste salir de Egipto, para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?»*. Moisés, pues, clamó al Señor diciendo: *«¿Qué voy a hacer yo con este pueblo? Poco más y me apedrean»*. Y el Alma Divinísima de Cristo dijo a Moisés: *«Vete delante del pueblo y lleva contigo a algunos ancianos de Israel para que sean los primeros testigos del milagro que voy a hacer. Lleva en tu mano la vara con que tantos prodigios has hecho en mi Nombre, y hiere una de las rocas de la cordillera del Sinaí, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo»*. Y andando Moisés una corta distancia, lo hizo tal y como el Señor se lo había ordenado, brotando abundantísima agua de aquella roca herida con su vara. Y puso a aquel lugar el nombre de Tentación, por la querella que muchos de los hijos de Israel le habían hecho, pues así habían tentado al Señor, ya que ponían en duda la asistencia que siempre les manifestaba.

Capítulo IV

Victoria de los israelitas contra el Amalec o rey de los amalecitas

El mismo día en que Moisés con su vara sacase agua de la roca, siendo ya de noche, vino a Rafidín para guerrear contra los hijos de Israel, el Amalec o rey de los amalecitas, con un gran ejército de carros y caballería. A la vista del enemigo, dijo Moisés a Josué: *«Elige varones y ataca mañana al Amalec. Yo estaré sobre la cumbre de la colina con la vara milagrosa en mi mano»*. Hízolo Josué como Moisés se lo había dicho, y atacó al Amalec. Sobre la cumbre del collado, estaban Moisés, Aarón y Hur. Y sucedió que, mientras

Moisés tenía alzados los brazos en cruz, llevaba la ventaja Israel en la batalla; mas, cuando bajaba un poco los brazos, aventajaba en la lucha el ejército del Amalec. Y como Moisés tenía muy cansados los brazos de mantenerlos en cruz, Aarón y Hur le pusieron debajo una piedra para que se sentase Moisés, a la vez que le sostenían sus brazos: uno el derecho, y otro el izquierdo. De esta manera, Moisés se mantuvo en oración con los brazos en cruz sin cansarse hasta que se puso el sol. Y gracias a la oración que Moisés elevaba a Dios, Josué, con su valerosa espada, tras matar a un buen número del ejército enemigo, hizo huir al Amalec y a los que sobrevivieron. Después de aquella victoria, dijo el Señor a Moisés: *«Deja constancia por escrito de esta gloriosa hazaña, y di a Josué que Yo borraré al Amalec de debajo del cielo»*; cuya profecía se cumpliría muchos años después. Moisés alzó allí un altar y le dio el nombre de *«El Señor es mi exaltación»*, diciendo: *«Por cuanto el Amalec ha extendido su mano contra el trono de Dios, el Señor afligirá con guerra sangrienta a los amalecitas hasta acabar enteramente con ellos»*. Hur, de la tribu de Judá, era el esposo de María, hermana de Moisés. Hur y María eran padres de Caleb. El nombre de Josué o Jesús le fue impuesto por Moisés a este valeroso guerrero tras su victoria en la batalla, ya que antes se llamaba Oseas. Josué, en su juventud, inspirado por Dios, se consagró a Él con voto de perpetua virginidad, por lo que vivió virgen toda su vida.

Capítulo V

El Pueblo de Israel, acaudillado por Moisés, acampa junto al Monte Horeb o Sináí.

Encuentro de Moisés con Jetró

1. Tras el triunfo sobre los amalecitas, Moisés guió a su Pueblo al valle del desierto del Sináí, frente al Monte Horeb, acampando aquí el viernes 24 de junio de aquel año 3690.

2. Jetró, suegro de Moisés, conociendo por revelación divina lo que había hecho Dios en favor de Moisés y de Israel, su Pueblo, y de cómo lo había sacado de Egipto, tomó a Séfora, mujer de Moisés, a sus dos nietos, Gersán y Eliecer, a las seis hermanas de Séfora, y a un numeroso grupo de seguidores del verdadero Dios, y se encaminó con ellos adonde había acampado Moisés junto al Monte Horeb o Monte de Dios.

Durante el camino, Jetró mandó a su yerno un aviso diciéndole: *«Yo, tu suegro Jetró, voy con tu mujer y tus dos hijos adonde tú estás»*. Y Moisés, saliendo al encuentro de su suegro, le hizo una profunda reverencia y le besó, y se saludaron el uno al otro con palabras afectuosas. Moisés, con inenarrable y santo gozo, abrazó a su esposa Séfora y a sus dos hijos. Después, Jetró, entró en la tienda de Moisés, y éste contó a su suegro, a su mujer y a sus hijos, todos los portentos que Dios había hecho con su Pueblo, y de cómo le había librado del Faraón, así como los trabajos y contrariedades que en el camino habían tenido. Y alegrándose Jetró por todos los favores que había hecho el Señor a Israel, alabó a Dios diciendo: *«Bendito sea el Señor, que os ha librado de la mano de los egipcios y del Faraón. El Señor es magnánimo con su Pueblo, humillando la soberbia de sus enemigos»*. Jetró ofreció a Dios, en holocausto, sacrificios de animales en acción de gracias, por la liberación del Pueblo de Israel del poder egipcio y por la victoria contra los amalecitas. Y después dio un gran banquete al que asistieron Moisés, Aarón, y todos los ancianos o personas principales de Israel, que se regocijaron alabando las grandezas del Señor.

3. También, las mujeres, con santo regocijo, se unieron a las alabanzas a Dios; pues, Séfora, esposa de Moisés, tomando en sus manos un pandero, al mismo tiempo que danzaba con júbilo inenarrable, elevaba su canto con hermosa voz, diciendo: *«Cantad al Señor, que ha hecho resplandecer su gloria precipitando en el mar el ejército egipcio»*. A este gesto de santo alborozo, se unió primero María, la hermana de Moisés, y después las seis hermanas de Séfora y todas las demás hijas de Israel, las cuales respondían a Séfora con las mismas frases de alabanza y gloria a Dios.

Libro II

Dios promulga el Decálogo en el Monte Sináí

Capítulo I

Moisés y su Pueblo se preparan con oraciones y penitencias especiales para recibir la Ley de Dios

1. El sábado 25 de junio, al amanecer, Moisés se retiró a un lugar más elevado de la falda del Monte Horeb, para orar a Dios en la soledad de una cueva. Allí le habló el Señor, diciéndole: *«Moisés, dirás a la casa de Jacob y anunciarás a los hijos de Israel: Vosotros mismos habéis visto lo que Yo he hecho a los egipcios y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído conmigo. Ahora, si oís mi voz, observáis los man-*

damientos que os voy a dar y guardáis mi alianza, vosotros seréis verdaderamente mi pueblo escogido entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros seréis para Mí un reino sacerdotal, y una nación santa. Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel». Aquella misma mañana, después de que Moisés hubo recibido este mensaje de Dios, volvió al valle y convocó a los ancianos y a todos los demás hijos de Israel, declarándoles las palabras que el Señor le había comunicado. Y el pueblo respondió al unísono: *«Todo lo que ordene el Señor haremos»*.

2. Inmediatamente después, Moisés volvió al mismo lugar en que había estado orando, para transmitir al Señor la disposición unánime de su Pueblo de aceptar sus mandatos. Y el Señor dijo a Moisés: *«Yo vendré a ti en densa Nube, para que vea el pueblo que Yo hablo contigo y tenga siempre fe en ti. Diles a los hijos de mi pueblo que estén apercebidos, pues al tercer día descenderé Yo, el Señor, sobre el Monte Sinaí, y ellos, como señal de mi presencia y comunicación contigo, verán la Nube y el Fuego»*. Y el Señor le añadió: *«Vuelve adonde está el pueblo y santifica a los hijos de Israel hoy y mañana ofreciéndome a Mi sacrificios de animales, y que ellos se preparen para este gran acontecimiento con oraciones y penitencias especiales, a fin de purificarse más de sus pecados»*. Aquel mismo día, 25 de junio, Moisés, reuniéndose de nuevo con su Pueblo, ofreció a Dios sacrificios de animales e hizo todo cuanto Él le había mandado.

3. Al día siguiente, domingo 26 de junio, por la mañana, Moisés volvió a retirarse al mismo lugar apartado de la falda del Monte, para orar otra vez a Dios en la soledad. Y el Señor le dijo: *«Di a los hijos de Israel que, si permanecen fieles, serán, al final, testigos de la solemne promulgación de mi Ley, ya que oirán mi Voz y verán las grandes señales de mi presencia ante ti, en este Santo Monte, que tengo reservadas especialmente para ese día, en el cual me mostraré aún con mayor magnificencia a través de la densa Nube y de los grandes resplandores de Fuego, cuya gloriosa aparición irá acompañada del sonido de las trompetas angélicas, de fuertes truenos y de otros maravillosos prodigios. En ese día solemne, todos los que permanezcan fieles, quedarán desposados con mi Santa Ley, cuyo Desposorio será una nueva Alianza mía con mi pueblo»*. Y el Señor añadió: *«Tú señalarás límites al pueblo alrededor del Monte, y les dirás: Cuando Yo me manifieste en la cima del Monte Horeb, guardaos de subir al Monte, ni siquiera pasar sus límites, porque todo el que tocara el Monte, morirá. Estad, pues, muy apercebidos, no sea que, cuando comenzaren a sonar las trompetas de mis Ángeles, alguno, por curiosidad ose subir al Monte»*. Inmediatamente después de oír este mensaje, Moisés se reunió de nuevo con su Pueblo, y les comunicó lo que Dios le había dicho. Aquel mismo día, Moisés volvió a ofrecer a Dios sacrificios de animales, y permaneció en oración hasta recibir la siguiente orden de Dios, que le dijo: *«Sube a Mi al Monte y estate allí. Te daré unas Tablas de piedra, y escrito en ellas mi Decálogo, para que se lo enseñes»*. Y aquel domingo 26 de junio, tras la puesta del sol, se dispuso Moisés para subir a la cima de la montaña de Dios, mandando a Josué, a Caleb y a Jetró que le acompañaran durante un trecho de aquel escabroso ascenso, como señal de predilección de Moisés hacia ellos. Mas, antes de partir, dijo a los ancianos del pueblo: *«Esperadnos aquí hasta que volvamos. Quedan con vosotros Aarón y Hur; si alguna cosa grave hay, llevadla a ellos»*. Y, además, exhortó a los hijos de Israel que, durante el tiempo que iba a estar él en la cima del Monte en comunicación con Dios, per-

maneciesen unidos en oración y penitencia a fin de estar bien dispuestos para la recepción del Decálogo y demás leyes divinas.

Capítulo II

Moisés, Profeta, Pastor y Caudillo de Israel, sube a la cima del Monte Horeb.

Apostasía de un gran número de los hijos de Israel, por el becerro de oro

1. En el ascenso a la cumbre del Monte Horeb, Josué, Caleb y Jetró, después de acompañar a Moisés durante un buen trecho, acamparon en un lugar de aquel empinado camino, a poca distancia de la cima del Monte, para permanecer allí. Desde aquí, Moisés, continuó solo la subida, llegando a la cima del Monte a las 12h. de la noche, en que terminaba aquel domingo y comenzaba el lunes 27 de junio del año 3690. Moisés, estuvo en oración a la espera de que Dios se le manifestara como lo había prometido. A las 6h. de la mañana de aquel primer día de estancia de Moisés en la cima del Monte, una misteriosa Nube envuelta en resplandores de Fuego, descendió sobre la cima ocultándola. Esa Nube era el Alma Divina de María, y ese Fuego era el Alma Divinísima de Cristo, ya que ambas se manifestaron bajo esas formas respectivas. Dentro de esa Nube resplandeciente de Fuego, se hallaba presente la Esencia Divina; por lo que Moisés veía a Dios cara a cara mientras se comunicaba con Él para recibir el Decálogo y todos los demás preceptos aplicativos del mismo. La Nube y el Fuego sobre la cima del Monte Horeb eran vistos por Josué, Caleb y Jetró desde donde habían quedado; así como también por el Pueblo de Israel desde el valle en donde se hallaba acampado. Josué, Caleb y Jetró fueron santificados mientras permanecían cerca de la cima del Monte Sinaí, cuya gracia especial les fue dada por la Triple Bendición desde el valle en que ésta era venerada.

2. Mas, a pesar de que los hijos de Israel presenciaban, desde abajo, día tras día, la misteriosa Nube rodeada de Fuego sobre la cima del Monte Sinaí, como señal de la presencia de Dios en su aparición a Moisés, viendo que éste tardaba en bajar del Monte, muchos del pueblo, rebelándose contra Dios, asediaban con violencia a Aarón, diciéndole: *«Anda, haznos ídolos que vayan delante de nosotros. Porque Moisés, ese hombre que nos ha sacado de la tierra de Egipto, no sabemos qué ha sido de él»*. Ante tamaña aberración, Aarón opuso primero gran resistencia, máxime que la otra gran parte de los hijos del Pueblo de Israel, que permanecían fieles a Dios y al Caudillo por Él puesto, le exhortaban enérgicamente a que desoyera tales pretensiones idolátricas. Pero Aarón, ante la amenaza que le hacían de muerte, lleno de cobardía, claudicó poniendo en obra lo que exigían aquellos taimados apóstatas, por lo que les dijo: *«Coged las joyas de oro de vuestras mujeres, hijos e hijas, y traédmelas»*. Todos le entregaron sus objetos de oro, y Aarón hizo un molde, y en él un becerro fundido, que entregó a los ídólatras; los cuales, presentándolo ante el pueblo, procla-

maban a los cuatro vientos: *«Israel, ahí tienes a tu dios, el que te ha sacado de la tierra de Egipto»*. Y los que habían apostatado, adoraron el becerro de oro. Ante esa pública manifestación, el también apóstata Aarón, alzando un altar ante el ídolo, gritó con voz de pregonero: *«Mañana habrá fiesta solemne en honor del nuevo dios»*. Al día siguiente, 30 de julio, levantándose de mañana, aquellos prevaricadores, dirigidos por Aarón, ofrecieron holocaustos y sacrificios al becerro de oro, adorándole y proclamándole por su dios; después, comieron hasta saciarse, bebieron hasta embriagarse y danzaron con bailes profanos y deshonestos, convirtiendo esa parte del valle del Sinaí en un infierno de orgías y sacrilegios.

3. Pero, mientras estos malvados llevaban a cabo sus cultos idolátricos ante el becerro de oro, los hijos de Israel que permanecían fieles a Dios, se hallaban reunidos en oración y penitencia junto al sarcófago de oro con los huesos de José, en el que estaba depositado el Cáliz de Melquisedec con la Triple Bendición, de la cual recibieron un especial fortalecimiento espiritual. En este numerosísimo grupo de fieles israelitas, se hallaban Hur, Eleazar hijo de Aarón, Séfora esposa de Moisés, María hermana de dicho Caudillo y las seis hermanas de Séfora, quedando estos santificados, con otros más, por especial gracia recibida del Misterioso Sacramento.

4. El viernes 5 de agosto de aquel año 3690, al amanecer, el Alma Divinísima de Cristo entregó a Moisés las dos Tablas de piedra en donde estaba escrito el Decálogo por el Dedo de Dios. Y viendo el Señor la prevaricación de una buena parte de su Pueblo, interrumpió su comunicación con Moisés, diciéndole: *«Anda, baja, pues una parte de tu pueblo, al que sacaste de la tierra de Egipto, ha prevaricado. Pronto se han apartado del buen camino que les mostraste, y se han hecho un becerro fundido y le han adorado; y, ofreciéndole sacrificios, han dicho: Este es tu dios, Israel, que te sacó de la tierra de Egipto»*. Y, además, dijo el Señor a Moisés: *«Ya veo que este pueblo es de cerviz dura. Déjame, pues, que mi Santa Ira caiga sobre los que me han traicionado, y los fulmine ahora mismo, para que tú sólo seas el Caudillo de los que permanecen fieles al Pueblo de Dios»*. Moisés imploró al Señor, su Dios, y le dijo: *«¿Por qué, oh Señor, vas a descargar tu Santa Ira? Deja primero que yo les exhorte a la conversión. ¡Oh, Señor! muéstrase tu misericordia ante la iniquidad de aquellos que han pecado contra Ti. Acuérdate de Abrahán, Isaac y Jacob, tus siervos, a los que juraste diciendo: 'Multiplicaré vuestro linaje como las estrellas del cielo, y toda la tierra de que os he hablado se la daré a vuestros descendientes en eterna posesión'»*. Y se aplacó de momento la Ira del Señor, por la súplica de Moisés, para darles, a aquellos malvados, una nueva oportunidad de conversión.

5. Y aquel 5 de agosto, o sea, a los treinta y nueve días de que Moisés llegase a la cima del Monte Horeb para recibir la Ley Divina, comenzó su descenso hacia el valle en donde se hallaba el Pueblo de Israel. En sus

manos llevaba las dos Tablas de la Ley, cuyo Decálogo, repartido entre ambas Tablas, estaba escrito en la cara delantera de cada una. Un buen trecho antes de llegar al valle, encontró a Josué, a Caleb y a Jetró, en el mismo lugar del Monte en que los había dejado cuando subió a la cima, y en donde los tres habían permanecido hasta este momento en oración y penitencia. Desde allí, se oía el ruido que abajo hacía el populacho; por lo que Josué dijo a Moisés: *«Se oye, desde el valle, como un ruido de batalla»*. Moisés respondió: *«No es clamor de gentes en combate, no son gritos de victoria ni de derrota. Son cánticos de algazara desenfrenada»*. Y cuando Moisés y los otros tres estaban cerca del valle, vieron sobre un altar un becerro de oro y multitud de gentes que danzaban en derredor de él, con gestos de adoración. Moisés, desde un lugar alto, con potente voz, llamó al orden a aquellos israelitas apóstatas, advirtiéndoles que, si no se convertían, serían fulminados por la Santa Ira de Dios. Ante la severa exhortación de Moisés, su hermano Aarón, mayor culpable de aquella idolatría, en aquel mismo momento pidió públicamente perdón a Dios de su gravísimo pecado, con gran llanto y abundantes lágrimas; y otros muchos siguieron su ejemplo manifestando también su arrepentimiento. A todos estos que aceptaron sus exhortaciones, mandó Moisés que se fueran a donde se hallaba el numerosísimo grupo de los hijos del Pueblo de Israel que permanecían fieles a Dios. Y viendo que muchos de los que habían pecado, desoían sus exhortaciones y se entregaban aún con más desenfreno a sus cultos idolátricos, Moisés, impulsado por la Santa Ira de Dios, en presencia de Josué, Caleb y Jetró, tiró con vehemente cólera las Tablas de la Ley contra el becerro de oro, quedando éste hecho cenizas y al mismo tiempo reducidos también a cenizas todos aquellos obstinados idólatras, incluso los que, con falso arrepentimiento, se habían retirado con Aarón. Siendo un total de veintitrés mil varones muertos, sin contar las mujeres y los niños, todos sus animales y demás enseres.

6. Después, Moisés, fue adonde estaban los hijos de Israel que permanecían fieles, y dijo a Aarón: *«¿Por qué has accedido a las abominables pretensiones de los prevaricadores del Pueblo de Israel, contribuyendo con ellos a tan gravísimo pecado?»*. Y Aarón, profundamente arrepentido, respondió: *«No se enoje mi señor. Tú mismo sabes que muchos de este pueblo eran inclinados al mal. Ellos me dijeron: Haznos un dios que marche delante de nosotros, porque ese Moisés, ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué ha sido de él. Yo les dije: Que los que tienen oro se despojen de él. Me lo dieron, y fundí el becerro»*. Y Aarón lloraba amargamente su pecado. Y luego, Moisés, dirigiéndose a aquellos israelitas que habían tomado parte en la idolatría, y que después se habían arrepentido ante sus exhortaciones, les dijo: *«Habéis cometido un pecado grandísimo. Oraré al Señor para suplicarle tenga piedad por vuestra maldad»*. Y Moisés oró a Dios diciendo: *«Señor, estos de tu pueblo han cometido un grandísimo pecado, y han*

hecho para sí un dios de oro. Perdónales a ellos la culpa, y si no lo haces bórrame a mí del Libro de la Vida, pues asumo como míos los pecados de este pueblo». Y el Señor le respondió: «Sólo el que no se arrepienta de sus pecados, quedará borrado de mi Libro, mas tú guía a este pueblo. Mi Ángel irá delante de ti». Y así, el Señor Dios, manifestó de nuevo su infinita misericordia ante los pecadores arrepentidos. Y el Señor añadió: «Sube otra vez a la cima del Monte Sinaí para que te entregue de nuevo mi Ley. Que nadie suba contigo, ni sea visto alguno por todo el Monte». Y Moisés, aquel mismo día 5 de agosto del año 3690 comenzó su nuevo ascenso a la cima del Monte Horeb o Sinaí, esta vez sin compañía de nadie. Al día siguiente, antes de las grandes señales que precederían a la promulgación solemne de la Ley, dijo Dios a Moisés: «Con tu vara milagrosa corta otras dos tablas de piedra como las primeras para que en ellas, durante la solemne promulgación de mi Ley, queden escritas de nuevo las mismas palabras que, por mi Dedo inscribí en las que tú quebraste en defensa de la gloria y honor que sólo a Mí se deben».

Capítulo III

Majestuosa manifestación de Dios en el Monte Sinaí. Solemne promulgación de la Ley Divina al Pueblo de Israel

1. La promulgación solemne de la Ley de Dios fue aquel sábado, 6 de agosto del año 3690, o sea, cincuenta días después del paso de los israelitas por el Mar Rojo. A las 12h. de la mañana o mediodía, cuando Moisés se hallaba de nuevo en la cima del Monte Sinaí, los Ángeles anunciaron la inmediata presencia de Dios con grandes sonidos de trompetas, cada vez más crecientes, y que se extendía a gran distancia. Mientras tenía lugar este glorioso anuncio, comenzaron a oírse truenos y a relucir relámpagos, y la cumbre del Monte se cubría con una densa Nube envuelta en resplandores de Fuego. Ante esta majestuosa presencia de Dios, el sonido de las trompetas angélicas resonó aún con más vehemencia. De la cima del Monte Sinaí subía el humo como de un potentísimo horno, porque había descendido el Señor sobre él en forma de Fuego. Parecía como si el Cielo no pudiera contener dentro de sí toda la magnificencia, esplendor y diversidad de luces, colores y sonidos sobrenaturales. En esta sublime manifestación del Sinaí, el ardorosísimo amor del Divino Desposorio de las Santísimas Almas de Cristo y María, se manifestó a través de una desbordante agitación de las fuerzas de la naturaleza movidas impetuosamente por estas Divinas Almas, como prueba de su presencia. El Alma Divina de María cubría, con el espeso y engalanado manto de la Nube de su presencia, el Monte de la Legislación divina. Y la Divinísima Alma de Cristo, con el Fuego de su manifestación y la Voz de su abrasadora autoridad, se dejaba oír con estruendo y resonancia insólitos por los hijos del Pueblo de Israel, durante la promulgación del Decálogo, quedando atónitos y maravillados. Y a la

vez que ellos, desde el valle, oían la misma Voz de Dios que les llegaba desde la cima del Monte Sinaí durante la asombrosa ceremonia de la Promulgación de la Ley, veían con santo temor la extraordinaria manifestación divina a través de la Nube, el Fuego, los truenos y el sonido de las trompetas angélicas. Con estas mayestáticas señales, Dios, Uno y Trino, dio prueba inequívoca de su presencia sobre la cima del Monte Horeb. Y Moisés, el gran Caudillo y Libertador de Israel, contempló la Esencia Divina y habló con el Señor cara a cara.

2. He aquí el Decálogo promulgado solemnemente por el Alma Divinísima de Cristo unida al Verbo Divino, a la vez que Moisés, cumpliendo sus instrucciones, iba con el dedo de la mano derecha escribiendo los diez preceptos sobre las tablas, que Dios dejaba grabados con fuego en ellas.

«Yo soy el Señor, tu Dios, que te ha sacado de la servidumbre de la tierra de Egipto.

I) No tendrás otro Dios más que a Mí. No idolatrarás.

II) No tomarás en vano el Nombre del Señor tu Dios.

III) Santificarás el día del sábado.

IV) Honrarás a tu padre y a tu madre.

V) No matarás.

VI) No fornicarás.

VII) No robarás

VIII) No dirás contra tu prójimo falso testimonio, ni mentirás.

IX) No desearás la mujer de tu prójimo.

X) No codiciarás los bienes ajenos.»

Desde la cima del Monte Sinaí, en medio del Fuego y de la Nube, con gran voz, estas palabras del Decálogo promulgó el Señor a toda la multitud de su Pueblo acampado en el valle frente al Monte. Y todos ellos oyeron la Voz de Dios y el sonido de las trompetas, y vieron arder el Monte con Fuego divino. Y decían unos a otros con santo temor: «*He aquí que el Señor Dios nuestro nos ha mostrado su majestad y grandeza. Hemos oído su Voz de en medio del fuego, y hemos experimentado hoy que, hablando Dios con el hombre, éste ha recobrado nueva vida*». El Decálogo, Ley Fundamental e inmutable, Dios lo promulgó, acomodado en su expresión literal, a aquel momento histórico.

3. El Señor Dios, había mandado a Moisés que, en el valle del Sinaí, comunicara a los hijos de Israel, además del Decálogo que ellos habían oído de su propia Voz, muchos de los demás preceptos que le había dado privadamente en la cima del Monte Sinaí; mas, otros muchos, Moisés los mantendría en secreto para irlos revelando a su Pueblo en el momento en que Dios se lo ordenara.

4. Salvo las horas que descendió para castigar la idolatría del becerro de oro, Moisés estuvo cuarenta días y cuarenta noches en comunicación con Dios en la cima del Monte Sinaí, sin comer ni beber; pues, había permanecido allí desde el comienzo del lunes 27 de junio del año 3690, hasta las 3h. de la tarde del 6 de agosto del mismo año, hora en que comenzó el des-

censo del Monte Sinaí llevando las dos nuevas Tablas del testimonio de la Ley. A su llegada al valle, en que su pueblo fiel esperaba, todos quedaron sumamente sorprendidos de que la cara del Caudillo y Libertador de Israel estuviera radiante de luz celestial por la contemplación de Dios y las divinas enseñanzas y mandatos que había recibido de Él. Además, sobre la cabeza de Moisés había resplandores luminosos a manera de tres cuernos o potencias, como figura de Cristo que él era y como señal de su suprema autoridad sobre aquel Pueblo de Dios. Cuando Aarón y los demás hijos de Israel contemplaron la cara radiante de Moisés, sintieron gran respeto de acercarse a él, ya que en su rostro había cierto reflejo de la Divinidad. Durante el resto del día, conservó Moisés esas señales gloriosas.

5. Una vez reunido Moisés con los hijos de su Pueblo, les habló de cómo Dios les había dejado oír su Santa Voz como señal del gran amor que tenía hacia ellos. Mas, los israelitas, aún sobrecogidos por los grandes sucesos del Monte Sinaí, dijeron a Moisés: *«Desde ahora, háblanos siempre tú, y oiremos. No nos hable el Señor, no sea que muramos»*. Y respondió Moisés al pueblo: *«No temáis, porque Dios ha venido sobre el Monte con tan extraordinaria magnificencia en prueba de vuestra fidelidad a Él; y, además, para infundir en vosotros un santo temor, a fin de que no pequéis»*. Por eso, con excepción del Decálogo, que fue promulgado directamente por Dios a los hijos de Israel, todas las demás leyes aplicativas del Decálogo dadas por Dios a Moisés, en la cima del Monte Sinaí, las irían recibiendo ellos por medio de su Profeta, Pastor, Legislador y Caudillo.

Capítulo IV

Moisés comunica a su Pueblo muchos preceptos recibidos en el Sinaí. Alianza entre Dios e Israel

El mismo día 6 de agosto, Moisés convocó a los hijos de Israel. Y después de colocar las dos Tablas de la Ley en un lugar alto y visible, en presencia de todo el pueblo, levantó un altar sobre trece piedras, por las trece tribus de Israel; y, ante las Dos Tablas de la Ley, ofreció en holocausto, sobre aquella ara, varios terneros y cabritos, en señal de adoración a Dios por su Suprema Autoridad, en acción de gracias por todos los beneficios recibidos de su bondadosa Mano, y en expiación de los pecados de su Pueblo. Moisés, puso la mitad de la sangre de los animales en una vasija y la otra mitad la derramó sobre el altar. Y después, tomando las Tablas de la Ley, se las leyó al pueblo, que respondió: *«Todo cuanto dice el Señor lo cumpliremos y obedeceremos»*. Y después, Moisés empapó en la sangre de las víctimas una especie de hisopo, y roció al pueblo diciendo: *«Esta es la sangre de la alianza que hace con vosotros el Señor sobre todos estos preceptos»*. Esta Alianza era el Desposorio externo y visible del Pueblo de Israel con Dios, con su Ley y con su Iglesia Santa. Al final de este solemnisimo culto, el Pueblo de Israel, en unión a su Legislador y Caudillo,

festejó santamente aquella alianza hecha con Dios. Hasta la institución del sacerdocio levítico, Moisés, con mucha frecuencia, ofrecía a Dios sacrificios de animales y asperjaba al pueblo con la sangre de las víctimas en este mismo altar.

Capítulo V

La Legislación Mosaica

1. Además de la solemne promulgación de la Ley Fundamental e Inmutable, que es el Decálogo, Dios había comunicado a Moisés, privadamente, en el Sinaí, todos los preceptos aplicativos de dichos Mandamientos. No obstante, muchos de esos preceptos, Moisés los fue revelando a su Pueblo y poniéndolos en ejecución en el momento en que el Señor se lo fue mandando; para lo cual, generalmente, Dios hablaba a su Caudillo en el Tabernáculo, una vez que éste fue construido.

2. Los preceptos aplicativos del Decálogo, que constituyen la Ley Mosaica, eran de carácter moral, judicial y cultural: los preceptos morales, tenían por finalidad el gobierno y dirección del espíritu y de la conciencia del hombre, determinando lo que debe hacer como lícito y omitir como ilícito; los judiciales, tenían por objeto la recta administración de justicia, y eran de carácter civil, político y militar; los culturales, comprendían todo lo concerniente al culto divino público y privado. La Ley Mosaica contenía, pues, preceptos de carácter perdurable, jamás abrogados; y otros de carácter provisorio, como por ejemplo los judiciales y culturales, abrogados después por Cristo. El que esta extensa legislación aplicativa del Decálogo, que Moisés recibió privadamente de Dios en el Monte Sinaí, se llame Legislación Mosaica, es porque, además de ser promulgada por el gran Caudillo y Legislador, fue después escrita por él, quien impuso con toda severidad la observancia de los preceptos divinos; hasta el punto que, el quebrantamiento de no pocos de ellos, era castigado con la muerte. Mas, no deben confundirse los preceptos aplicativos del Decálogo dados por Dios a Moisés, con otra gran cantidad de leyes corrompidas para la aplicación errónea del Decálogo, que fueran añadidas posteriormente por los adulteradores y manipuladores de la verdadera Ley Divina que se sentaban en la Cátedra de Moisés.

Capítulo VI

La obligación de santificar el día del sábado

1. Uno de los mandamientos dados por Dios en el Sinaí, era el de la fiesta sabática o santificación de todos los sábados. En el tercer mandamiento del Decálogo consta literalmente: *«Santificarás el día del sábado»*. Además, el Señor agregó a Moisés para que comunicase a su Pueblo: *«Seis días trabajarás y harás todas tus labores; mas, el séptimo, día de sábado, lo has de dedicar al Señor tu Dios, por lo que no trabajarás en él ni tú, ni tu mujer, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni alguna*

otra de tus bestias, ni el extranjero que esté dentro de tu casa, para que descansen tu siervo y tu sierva, como tú también. Por tanto: Seis días trabajaréis; mas, el séptimo día será para vosotros santo y día del Señor».

2. Hasta el momento en que quedó establecido el sábado como día dedicado al Señor, estuvo vigente la obligatoriedad de santificar el Domingo. Este precepto dominical fue impuesto por Dios a nuestros primeros padres Adán y Eva tras su pecado, mediante leyes que fueron transmitidas de unos a otros hasta que, con la corrupción de los hombres, se fue perdiendo en las conciencias la noción de santificar especialmente el Domingo. Y los que se mantenían fieles a Dios, honraban su Santísimo Nombre mediante sacrificios culturales en cualquier día de la semana. Por tanto, en aquellas instrucciones que fueron dadas por Dios a nuestros primeros padres después de que pecaran, Él les promulgó unos mandamientos o Decálogo primitivo, cuyo contenido era esencialmente el mismo que el del Decálogo que le fuera después transmitido por Dios a Moisés. La diferencia entre uno y otro Decálogo era, pues, únicamente literal y circunstancial, ya que en ambos casos se promulgaba, en esencia, la misma Ley Divina e inmutable, aunque acomodada en su expresión a los distintos momentos históricos. Luego, en los Mandamientos dados a nuestros primeros padres Adán y Eva, Dios ya establecía la obligatoriedad de santificar el Domingo como Día del Señor; mas, en los Mandamientos dados a Moisés, Dios manda santificar el séptimo día o sábado, en memoria de la recepción de la Ley por su Pueblo. Luego, en lo que se refiere a la observancia del Día del Señor, la Ley dada a Moisés, en su literalidad y en su aplicación, era más imperfecta que la dada a nuestros primeros padres. Fue Nuestro Señor Jesucristo el que, mediante la Ley Evangélica, aplicó los mandamientos del Decálogo en toda su perfección, restableciendo, con su Resurrección gloriosa, el Domingo como Día consagrado al Señor.

Capítulo VII

Otras principales Fiestas de la Legislación Mosaica

1. Entre los preceptos culturales de la Ley Mosaica dados por Dios a Moisés en el Monte Sinaí el 6 de agosto del año 3690, están los de la celebración de cuatro fiestas al año: la de la Pascua o solemnidad de los ácidos, la de Pentecostés o solemnidad de la siega, la de las Expiaciones por los pecados, y la de los Tabernáculos o solemnidad de la vendimia. Y, también, en la Ley Mosaica está una Fiesta que se celebraba cada cincuenta años: la del Jubileo.

2. **La Fiesta de la Pascua:** Fue establecida por Dios en memoria del milagroso paso de los israelitas por el Mar Rojo. La palabra Pascua significa «Paso». La fiesta de la Pascua se celebraba en el mes de Nisán, el cual solía coincidir con los meses de marzo o abril, y duraba ocho días: uno de preparación o 14 de Nisán, y siete de ácidos. El primer día de los ácidos o 15 de Nisán era la solemnidad de la Pascua en que se comía el

Cordero Pascual. El último día de los ácidos era el 21 de Nisán. La fiesta de la Pascua se celebraba en el Tabernáculo, adonde estaban obligados a acudir todos los varones y mujeres llegados a los doce años de edad.

3. **La Fiesta de Pentecostés:** Fue establecida por Dios cuando dijo a Moisés: «*Cuando hubiereis segado las mieses, ofreceréis al Sacerdote manojos de vuestras espigas, primicias de vuestra siega; y en el día de la fiesta, el Sacerdote elevará el hacecillo delante del Señor, para que sea aceptable a favor vuestro y se lo consagrará. Y en este mismo día en que se consagrará el manajo, será sacrificado, en holocausto al Señor, entre otros animales, un cordero de un año, sin mácula, por todo el Pueblo de Dios*». La Fiesta de Pentecostés fue establecida por Dios en memoria y acción de gracias por la solemne promulgación de la Ley en el Monte Sinaí; cuya promulgación fue a los cincuenta días del paso del Mar Rojo. La palabra Pentecostés, significa quincuagésimo, pues se celebraba a los cincuenta días del 15 de Nisán o solemnidad de la Pascua. Durante la fiesta de Pentecostés, que duraba un día, todos los varones y mujeres llegados a la edad de doce años, estaban obligados a acudir al Tabernáculo para asistir a los sacrificios de animales y oblaciones de panes y cereales. La Fiesta de Pentecostés se celebraba unos años en el mes de mayo y otros años en el mes de junio, según la fecha en que se celebrara la fiesta de la Pascua.

4. **La Fiesta de las Expiaciones:** Fue establecida por Dios cuando dijo a Moisés: «*El décimo día del séptimo mes será el día solemnísimos de la Expiación o perdón, y se llamará santo, y mortificaréis en él vuestras almas, y ofreceréis holocaustos al Señor. En todo este día no haréis ninguna obra servil, porque es día de propiciación, a fin de que os sea propicio el Señor Dios vuestro*». La fiesta de las Expiaciones fue establecida por Dios para alcanzar el perdón de todos los pecados del Pueblo Elegido, cometidos durante el año y en memoria del perdón obtenido por el pecado que muchos israelitas cometieron adorando al becerro de oro en el Sinaí. Celebrábase, una vez al año, el día 10 del mes séptimo, o sea, unas veces en septiembre y otras en octubre, según la fecha en que hubiera caído la Pascua. Durante este día de las Expiaciones se observaba un riguroso ayuno que duraba desde la puesta del sol de la víspera hasta la puesta del sol del día de la Fiesta. En este día de la Fiesta de las Expiaciones es cuando había más solemnidad en el culto del Tabernáculo; y era el único día del año en que el Sumo Sacerdote entraba oficialmente con gran pompa en no más Santo del Tabernáculo para ofrecer incienso y la sangre de las víctimas. La fiesta de las Expiaciones era exclusiva de los Sacerdotes, y sólo estos estaban obligados a acudir al Tabernáculo. Por tanto, al que no fuera Sacerdote le era prohibido ir al Tabernáculo en esa fiesta anual. Sin embargo, los varones y mujeres llegados a la edad de doce años estaban obligados a guardar el riguroso ayuno y el descanso preceptuados para dicha fiesta, en el lugar en donde se hallaren.

5. **La Fiesta de los Tabernáculos** o tiendas: Fue establecida por Dios cuando dijo a Moisés: *«Cuando hubiereis hecho la vendimia, el día quince del mes séptimo empezarán las fiestas de los Tabernáculos, que se celebrarán en honor del Señor durante ocho días. El primero será solemnisimo y santísimo; en él no haréis ninguna obra servil. Los siete primeros días ofreceréis holocaustos al Señor. El día octavo también será solemnisimo y santísimo, y ofreceréis al Señor un holocausto por ser día de gran concurrencia de fieles y de especial colecta. No haréis en él ninguna obra servil»*. La Fiesta de los Tabernáculos o tiendas se celebraba cinco días después de la de las Expiaciones. Fue establecida por Dios para que quedase memoria, a perpetuidad, de la permanencia de los israelitas en el desierto viviendo en tiendas de campaña, que fue durante cuarenta años. Esta fiesta tenía lugar después de la vendimia. Duraba ocho días, y todos los varones y mujeres llegados a la edad de doce años, estaban obligados a acudir al Tabernáculo para ofrecer sus dones por la recolección. De todas las fiestas anuales, ésta era la más popular y alegre. La Fiesta de Tabernáculos o tiendas se celebraba unos años en el mes de septiembre y otros años en el mes de octubre, según la fecha en que se celebrara la Fiesta de la Pascua.

6. **La Fiesta del Jubileo** o año del perdón: Se celebraba cada cincuenta años, y duraba un año. Se llamaba así porque se concedía una especie de indulgencia general por todos los pecados de los hijos de Israel verdaderamente arrepentidos. Muchos correspondían a la magnanimidad de Dios, dando ellos la libertad a algunos de sus esclavos, así como perdonando deudas y haciendo otros actos de generosa caridad.

Capítulo VIII

Dios manda construir el Arca de la Alianza y el Tabernáculo

1. En la Ley Mosaica referente al culto divino, dada por Dios a Moisés en el Monte Sinaí el 6 de agosto del año 3690, entre otras cosas, estaba preceptuado la construcción del Arca de la Alianza y del Tabernáculo. Moisés, para cumplir fielmente con las disposiciones recibidas, mandó construir: el Arca de la Alianza, que era el objeto más sagrado para el Pueblo de Dios; el Tabernáculo, que era un templo portátil; los demás objetos necesarios para el culto y las vestiduras sacerdotales. Para llevar a cabo toda esta sublime obra, Moisés mandó a los hijos de Israel que se desprendiesen de sus objetos de valor. Y fue tal el testimonio de generosidad y gratitud a Dios por parte de aquel pueblo, que ofrecieron todo género de alhajas de oro, plata, pedrería, así como lino, seda, pieles, aromas, madera, etc.; y en tanta abundancia, que fue necesario avisarles que, de momento, suspendiesen sus ofrendas. Una vez que Moisés estuvo en posesión de tales riquezas para la construcción de las obras del culto, Dios le dijo: *«Mira, y hazlo según el modelo que te he mostrado en visión en el Monte Sinaí»*.

2. Días antes de dar comienzo la realización del Arca de la Alianza, del Tabernáculo y de todos los objetos del culto divino, el Alma Divinísima de Cristo habló a Moisés, diciendo: *«He aquí que Yo he elegido a Beseleel, nieto de Hur, de la tribu de Judá y lo he llenado del espíritu de Dios, dotándole de sabiduría, de inteligencia y de ciencia para ingeniar, proyectar y ejecutar toda clase de obras: manufacturas con oro, plata, bronce, tallar piedras y engastarlas, tallar la madera, realizar paños de varios colores, bordados de jacinto y púrpura, tejer el lino, y ejecutar trabajos de todo tipo. Y le doy por compañero a Ooliab, hijo de Aquisamec, de la tribu de Dan. Y, además, he puesto sabiduría tanto a éste como a todos los demás artífices que han de intervenir en la ejecución de todo lo que te he mandado hacer: el Tabernáculo, el Arca de la Alianza, el propiciatorio que está sobre ella, la mesa de la proposición con sus vasos, el candelabro, el altar de los perfumes, el altar del holocausto, la pila de las purificaciones, las vestiduras santas para el futuro Sumo Sacerdote y demás sacerdotes, el incienso, el óleo de la unción sacerdotal, etc.»*. Estas palabras de Dios, Moisés las comunicó después a los hijos de Israel.

3. Beseleel, Ooliab y todos los demás hombres hábiles, en los cuales había puesto el Señor inteligencia para labrar con arte todo lo que era menester para el uso del Santuario, se dispusieron a llevar a cabo la obra. Moisés les entregó todas las ofrendas de oro, plata, maderas, telas, pieles, etc., que le habían entregado los hijos de Israel, para ejecutar las obras para el culto de Dios. El día 25 de septiembre del año 3690, los artífices elegidos por Dios, bajo el mandato y dirección de Moisés, comenzaron a hacer el Arca de la Alianza, el Tabernáculo y demás cosas sagradas necesarias para el culto divino. Los trabajos se llevaron a cabo con suma precisión, exquisito arte y extremada belleza.

Capítulo IX

Censo de los varones de la Tribu de Leví para el ministerio sagrado

1. En el mes de octubre de aquel año 3690, hallándose Moisés en oración, le dijo el Señor: *«Da un edicto para que todos los varones de treinta años para arriba de la tribu de Leví por las casas y familias de sus padres, se presenten ante ti a fin de que hagas un censo con el número de ellos. Pues, de entre los varones de la tribu de Leví se han de elegir los que se dedicarán al servicio del Tabernáculo: unos, al sagrado ministerio sacerdotal; y otros, al sagrado ministerio de los levitas»*. Moisés, ayudado por Aarón, Josué, Jetró y Caleb, así como otros por él elegidos, comenzó a hacer un riguroso censo de todos los varones de la tribu de Leví de treinta años para arriba.

2. Dios hizo recaer el ministerio sacerdotal y el ministerio de los levitas, sobre la tribu de Leví, en atención de que Moisés era de esta tribu. Los ministros del culto divino se dividían en tres clases o rangos: Sumo Sacerdote, Sacerdotes y levitas, simbolizando los tres

grados o jerarquías de los ministros sagrados de la Nueva Ley según el Orden de Melquisedec: Obispos, Presbíteros y Diáconos.

Capítulo X

El ministerio del sacerdocio levítico

1. En la Ley Mosaica dada por Dios a Moisés en el Monte Sinaí el día 6 de agosto del año 3690, estaba también preceptuado el sacerdocio levítico, a causa de la extinción del sacerdocio según el Orden de Melquisedec. Pues, el plan divino, era que este Sacerdocio según el Orden de Melquisedec, de carácter interno y eterno, fuera transmitido por medio de la Bendición de la Primogenitura al hijo mayor de cada familia, y de esta manera conservar este verdadero sacerdocio, para que nunca faltaran auténticos mediadores entre Dios y los hombres. Mas, este designio de la voluntad divina quedó frustrado por el pecado de Rubén, primogénito de Jacob, al cohabitar con Bala, una de las esposas de su padre. Por eso, tras la muerte del Santo Patriarca José, el Pueblo de Israel, se vio privado del sacerdocio según el Orden de Melquisedec.

2. El sacerdocio levítico, aunque poseía autoridad sacerdotal y sagrada, era de carácter temporal, externo y figurativo. El sacerdocio levítico carecía, pues, del carácter interno y eterno del verdadero y real sacerdocio según el Orden de Melquisedec, por lo que se extinguía en la persona con la muerte. Era, pues, una figura del Sacerdocio según el Orden de Melquisedec. Por tanto, la diferencia esencial entre el sacerdocio levítico y el del Orden de Melquisedec estriba, en que, este último, de carácter interno y eterno, es la participación del alma del sacerdote en las Divinas Almas de Cristo y María, en virtud del místico desposorio con la Divinísima Alma de Cristo, mediante el desposorio con la Divina Alma de María, y que le convierte en auténtico mediador entre Dios y la humanidad.

3. Dios mandó que el sacerdocio recayera sobre la tribu de Leví, y no exclusivamente sobre la descendencia de Aarón. Moisés, que era de dicha tribu, ejerció funciones sacerdotales hasta la consagración sacerdotal de su hermano Aarón, los hijos de éste y setenta sacerdotes más, entre los que estaban Gersán y Eliezer, hijos de Moisés. La misión de los sacerdotes levíticos era la de ofrecer a Dios sacrificios cruentos en el Tabernáculo mediante la inmolación de animales que ellos mismos sacrificaban dándoles muerte, y la de ofrecer a Dios sacrificios incruentos mediante la oblación de cereales, vino, incienso, aceite, pan, etc. Estas oblationes acompañaban generalmente a los sacrificios cruentos. El Sumo Sacerdote era, además, el que purificaba a los fieles mediante la aspersión de la sangre del animal inmolado a Dios. A los sacerdotes, les correspondía, pues, el sagrado ministerio del altar y el de todas las cosas pertenecientes al culto que estaban dentro del lugar Santo y del lugar Santo de los Santos. Además, les correspondía la custodia, administración y uso de todas las cosas que eran santificadas mediante los sacrificios y oblationes.

4. Antes de la consagración sacerdotal de Aarón y de los demás sacerdotes, según el mandato de Dios, se confeccionaron las correspondientes vestiduras sacerdotales: unas, para el uso común, ya que el Sacerdote, al estar especialmente consagrado al servicio de Dios, debía vestir con atuendos distintos del resto del pueblo, y otros para el culto divino. Para el **Sumo Sacerdote**, además de las ropas interiores, se confeccionó una túnica de lino, de tejido muy espeso y precioso, ajustada sin arrugas al cuerpo, y un fajín o ceñidor. Para encima de esta túnica, se confeccionó otra que se extendía hasta un poco más abajo de las rodillas, y que era de color violeta, con un precioso bordado alrededor de la abertura superior y de la extremidad inferior, la cual terminaba en puntas, de las que pendían campanillas de oro; y para sujetar esta vestidura se hizo un largo y ancho ceñidor, guarnecido de oro y de diferentes colores, cuyas extremidades colgaban hasta el suelo. Pero lo más sagrado de las vestiduras del Sumo Sacerdote era el efod, pequeña túnica de diversos y hermosísimos colores, tejida de oro y púrpura; la cual era a semejanza de un roquete, y se colocaba sobre los hombros. Para encima del efod, se confeccionó el pectoral cuadrado, que ostentaba cuatro órdenes de piedras riquísimas, formadas de tres en tres, y en cada una el nombre de una tribu, y en el centro del pectoral había una piedra aún más hermosa con el nombre de Leví. En el pectoral, también se grabaron las palabras «doctrina y verdad». Para cubrir la cabeza del Sumo Sacerdote, se confeccionó una preciosa tiara con una lámina de oro que caía sobre la frente, en que se leían estas palabras: «Santo es el Señor». Para los demás sacerdotes, además de las ropas interiores, se confeccionaron túnicas ajustadas, fajín y turbante alto y redondo, semejante a una mitra, cuyas puntas arqueadas correspondían a los lados.

Capítulo XI

El ministerio de los levitas

1. Muchos de los miembros de la tribu de Leví, fueron entresacados para constituir el rango de los levitas, que eran auxiliares de los sacerdotes, por lo que no podían ejercer, bajo ningún concepto, funciones sacerdotales.

2. Acerca de la misión de los levitas, Dios dijo a Moisés: «Esta es la ley de los que sean elegidos para levitas: Desde los treinta años para arriba se dedicarán al servicio activo del Tabernáculo, y cuando hubieren cumplido los sesenta años de edad dejarán de servir activamente y seguirán ayudando a sus hermanos levitas para custodiar las cosas sagradas que les fueran encomendadas, y dedicarse a la enseñanza y otros menesteres. Por tanto, los levitas ayudarán a los Sacerdotes en su ministerio, y acamparán alrededor del Tabernáculo para custodiarlo. Cuando tuviereis que marchar de un lugar en que estéis acampados, los levitas desarmarán el Tabernáculo, y cuando hubiereis de acampar otra vez, lo armarán. Cualquiera que no tenga el ministerio de los levitas, si se acercare a

hacer trabajos de estos, será muerto». Los de la tribu de Leví que no eran elegidos para el ministerio sacerdotal o el ministerio levita, se dedicaban a los mismos trabajos que los de las otras tribus.

Capítulo XII

Censo de los varones de todas las tribus aptos para la guerra

Hallándose Moisés en oración, le dijo el Señor: «Haz un censo de todos los varones de Israel, de veinte años para arriba, que sean aptos para la guerra, de todas las tribus. Y te ayudarán en esta misión, Aarón, Hur, Josué, Jetró y Caleb». Los príncipes de las tribus eran estos: De la tribu de Leví, el Profeta, Legislador y Caudillo Moisés; de la tribu de Rubén: Elisur, hijo de Se-deur; de la tribu de Dan: Ahiezer hijo de Amisadai; de la tribu de Neftalí: Ahirá hijo de Enán; de la tribu de Simeón: Salamiel hijo de Surisadai; de la tribu de Judá: Nahasón hijo de Aminadab; de la tribu de Gad: Eliasaf hijo de Duel; de la tribu de Aser: Fegiel hijo de Ocrán; de la tribu de Isacar: Natanael hijo de Suar; de la tribu de Zabulón: Eliab hijo de Helón; de la tribu de Benjamín: Abidán hijo de Gedeón; de la tribu de Efraín: Elisama hijo de Amiúd; de la tribu de Manasés: Gamaliel hijo de Fadasur. Estos eran los más nobles príncipes de las tribus y los caudillos del ejército de Israel. Toda la muchedumbre de los varones aptos para la guerra sumaba un total de ochenta mil. Todos estos varones hijos de Israel asentaron sus tiendas con sus familias, cada uno por sus escuadrones y batallones.

Capítulo XIII

Trabajos que realizaba el Pueblo de Israel durante su permanencia en el desierto

1. Conforme Dios se lo había ordenado a Moisés, los hijos del Pueblo de Israel, durante su permanencia en el desierto de la península del Sinaí, realizaban labores de todo tipo, cada cual según su conocimiento y aprendizaje. Si bien aquellos territorios eran mayormente desérticos y, por tanto, de escasa productividad, muchos de los israelitas realizaron trabajos agrícolas, cultivando el trigo y otros cereales, así como las viñas, huertas y árboles frutales. Otros muchos, se emplearon más especialmente a la cría de animales, como las vacas, las ovejas, las cabras, los camellos, las aves de corral, las abejas, etc., etc., así como a la realización de productos lácteos. Hubo también grandes artesanos dedicados a la fabricación de tiendas de campaña, utensilios de cerámica, de metal, en todas sus diversas variedades. Generalmente, las mujeres empleaban su tiempo en trabajos domésticos de todo tipo. Por tanto, a excepción de los muy niños, los muy ancianos, los enfermos e impedidos, nadie podía permanecer ocioso, ya que así lo imponía Moisés por mandato de Dios, al ser la ociosidad madre de muchos vicios y pecados.

2. Los productos agrícolas eran generalmente escasos, dada la pobreza del terreno; y la ganadería se fue poco a poco reduciendo por falta de pastos, y la mayor

parte del ganado que quedaba tenía que ser reservado para los sacrificios a Dios en el Tabernáculo. No obstante, Dios, muchas veces, favorecía los cultivos con fertilidad extraordinaria. También los israelitas solían comprar, a las caravanas que cruzaban el desierto, pieles, telas, comestibles, frutas, vino, aceite, a cambio de otros artículos que ellos ofrecían, especialmente objetos de plata y oro.

Capítulo XIV

Terminación y erección del Tabernáculo. Distribución, dimensiones y ornato del Tabernáculo

1. A mediados del mes de marzo del año 3691, quedaron terminados el Arca de la Alianza, el Tabernáculo y demás objetos del culto divino; todo lo cual, Moisés comprobó escrupulosamente viendo que las obras estaban acabadas. El Tabernáculo quedó erigido por entonces en el lugar del valle del Sinaí en que los israelitas idólatras habían dado culto al becerro de oro.

2. Conforme a los detalles dados por Dios a Moisés, el Arca de la Alianza estaba hecha de madera de acacia, guarnecida de oro por dentro y por fuera. Era de codo y medio de alta (79,5 cm.), otro tanto de ancha (79,5 cm.), y tres codos y medio de larga (185,5 cm.), ya que cada codo equivale a 53 cm. Sobre la cubierta, a la que daban el nombre de propiciatorio, había dos querubines de oro, de cara el uno al otro, mirando al propiciatorio, y lo cubrían con sus alas extendidas, formando una especie de trono. Esta parte superior del Arca se llamaba propiciatorio porque era donde allí se manifestaba Dios y comunicaba sus oráculos a Moisés, y más tarde al Sumo Sacerdote, cuando le consultaban, y en donde Dios les ordenaba muchos de los asuntos que concernían a los hijos de Israel. Dentro del Arca de la Alianza se depositó primero el Cáliz de Melquisedec conteniendo la Triple Bendición, y las Tablas de la Ley; más tarde, en sus respectivos tiempos, se depositarían también la copa de oro con el maná, la vara de Moisés, la vara de Aarón, y los libros originales de Moisés.

3. El Tabernáculo era un Templo portátil que se colocaba en medio del campamento del pueblo de Dios. Era una amplia tienda rectangular, de treinta codos de largo (15,9 m.), por diez de ancho (5,3 m.), compuesta por cuarenta y ocho tablas de madera de acacia cubiertas con láminas de oro, por dentro y por fuera, que servían de paredes: veinte por el norte o septentrión; veinte por el sur o mediodía; y ocho por el oeste u occidente; en la parte de la entrada que miraba al este u oriente, había cinco columnas de madera de acacia, de las cuales pendía un velo muy precioso que las cubría de arriba abajo. Formaban la cubierta o tejado cuatro tapices: los dos interiores, eran finísimos y delicados, que servían como de adorno al Tabernáculo; y los dos exteriores, estaban compuestos de ricas pieles para proteger el edificio de las inclemencias del tiempo. El interior del Tabernáculo estaba dividido en dos recintos, mediante un velo de gran tamaño y riqueza: uno llamado el Santo, de veinte codos de largo (10,6 m.), por

diez de ancho (5,3 m.); y otro, que era el más sagrado y secreto, llamado el Santo de los Santos, de diez codos de largo (5,3 m.), por diez codos de ancho (5,3 m.); dicho velo impedía ver desde el Santo lo que había en el Santo de los Santos. El Tabernáculo, se hallaba rodeado por el atrio, de cien codos de largo (53 m.), cincuenta de ancho (26,5 m.), y cinco de alto (2,65 m.), formado por sesenta columnas de bronce con capiteles de plata, revestidos de cortinas de lino. Desde el atrio, se entraba al Tabernáculo por la parte que miraba al este u oriente: el primer recinto de acceso desde el atrio, era el Santo, delante del cual había cinco columnas de madera de acacia, de las que pendía un velo muy precioso que las cubría de arriba abajo, y que impedía ver, desde el atrio, los objetos de culto en aquel conservados; desde el Santo, se tenía acceso al recinto del Santo de los Santos, ambos recintos separados por un gran velo.

4. El Santo de los Santos era el lugar más sagrado y santísimo, porque en él se guardaba el Arca de la Alianza, la cual estaba colocada enfrente mismo de la entrada. Una vez al año, en la fiesta de las Expiaciones, era cuando el Sumo Sacerdote, de manera oficial y solemne, entraba en este lugar sacratísimo, ya que, fuera de este día, no tenía acceso de manera cultual, aunque sí para otros fines; y también, otros sacerdotes por él designados, tenían acceso para llevar a cabo misiones de vigilancia, limpieza, y otras que fuesen necesarias. El Santo, era un lugar también sagrado al que sólo tenían acceso los Sacerdotes. El Santo contenía a la izquierda de la entrada el candelero de oro, de cuyo tronco subían seis brazos encorvados, y uno recto en el centro; a la derecha, estaba la mesa de proposición, de madera de acacia cubierta de oro, de dos codos de largo (1,06 m.), uno de ancho (53 cm.), y un codo y medio de alto (79,5 cm.). Sobre esta mesa, se depositaban perpetuamente, ante Dios, los panes de proposición, que eran doce normales y uno especial, hechos de flor de harina, sin levadura y con sal; dichos panes se renovaban cada ocho días, y sólo podían comerlos los sacerdotes. Los trece panes de proposición representaban las trece tribus, y eran figura de la Última Cena del Señor. Para las libaciones u ofrendas, había platos, navetas, copas, tazas y otros objetos. Entre el candelero y la mesa de los panes de la proposición, estaba el altar de los perfumes, llamado timiama. El altar de los perfumes era de madera de acacia, todo cubierto de oro, y estaba destinado para quemar el incienso que se ofrecía mañana y tarde. El atrio, que rodeaba al Tabernáculo, estaba descubierto y contenía el altar de los holocaustos o sacrificios, que era de madera de acacia, forrado de bronce, con una especie de parrilla encima, y debajo una especie de fogón donde ardía la leña de los holocaustos encendida con el Fuego Sagrado. Encima de este altar estaba el Fuego Sagrado, en una especie de brasero. Cuando colocaban las víctimas sobre el altar, el Fuego Sagrado era colocado dignamente en otro pequeño altar adjunto. Entre el altar de los holocaustos y el Santo, estaba la pila de

bronce en donde se purificaban los Sacerdotes antes y después de los sacrificios.

Capítulo XV

Consagración del Tabernáculo e institución del Sacerdocio levítico, por Moisés, Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Israel

1. El día 25 de marzo del año 3691, el Señor habló a Moisés diciendo: *«Hoy mismo inaugurarás el Tabernáculo; para lo cual colocarás primero, dentro de él, los objetos sagrados correspondientes: en el recinto más secreto pondrás el Arca de la Alianza, y extenderás el velo delante de la puerta de acceso. En el otro recinto, a la entrada, pondrás la mesa de la proposición, y sobre ella los trece panes y demás cosas necesarias que te han sido mandadas, así como el candelabro con las lámparas y el altar de los perfumes. En la puerta de este recinto, que es la de la entrada al Tabernáculo, pondrás un velo. Fuera del Tabernáculo, en el atrio, colocarás el altar de los holocaustos o sacrificios y la pila de las purificaciones, la cual llenarás de agua. Rodearás de cortinas el atrio y su entrada. Una vez que todo haya sido debidamente colocado, tomarás el óleo de la unción, y ungirás el Tabernáculo con sus objetos de uso para que sean santificados; y ungirás también el altar del holocausto y todas las cosas de uso y la pila de purificaciones, para que todo sea santificado»*. Y también dijo Dios a Moisés: *«Después que consagres el Tabernáculo con todos sus objetos de culto, harás venir a las puertas del Tabernáculo: a Aarón, candidato al Sumo Sacerdocio; a sus cuatro hijos y a los otros setenta candidatos al sacerdocio; y también a los candidatos al ministerio de los levitas; y luego que estén lavados con el agua purificadora, los revestirás de los ornamentos sagrados, y los consagrarás para que sean mis ministros; y su unción sacerdotal pase de generación en generación»*. Moisés colocó ordenadamente todo, según el Señor se lo había mandado; e inmediatamente después, aquel Caudillo y Libertador de Israel procedió a la consagración del Tabernáculo y de todos sus objetos cultuales, en medio de la expectación general de los hijos de Israel, que manifestaban en sus semblantes un júbilo inenarrable. Después, dijo el Señor a Moisés: *«Toma a Aarón y a los demás varones, con sus vestiduras sacerdotales, según sus respectivas dignidades, y el óleo de la unción, y los consagrarás ante todo el pueblo a la puerta del Tabernáculo. Toma, también, un ternero por el pecado, dos carneros y un canastillo con ácidos para el sacrificio de esta ceremonia»*.

2. A las 3h. de la tarde de aquel memorable día 25 de marzo del año 3691, después de haber consagrado el Tabernáculo, Moisés, con gran pompa y solemnidad, procedió primero a la consagración de Aarón: confiriéndole los tres grados del sacerdocio levítico: el de levita, el de sacerdote y el de Sumo Sacerdote. Después procedió a la consagración de sus cuatro hijos: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar, y setenta más, y entre ellos los hijos de Moisés Gersán y Eliecer, confi-

riéndoles los dos primeros grados del sacerdocio levítico: el de ministro levita y el de sacerdote; y finalmente consagró a un nutrido número de varones confiéndoles el primer grado del sacerdocio levítico: el de ministro levita. En esta ceremonia se hallaba congregada toda la multitud de los hijos de Israel delante de la fachada principal del Tabernáculo. Antes de la solemne ceremonia, Moisés, Aarón y los demás candidatos al sacerdocio, según su grado, se lavaron en la pila de las purificaciones, colocada para ese fin en el atrio, y después el gran Caudillo y Libertador, con voz potente dijo ante todos los hijos del Pueblo de Israel: *«He aquí lo que el Señor ha mandado que haga»*. Seguidamente, revistió a Aarón con los atuendos de Sumo Sacerdote, y tomando el óleo de la unción, derramólo en abundancia sobre su cabeza, quedando así ungido y consagrado Sumo Sacerdote Levítico; después, cubrió su cabeza con la tiara. Aarón, por especial gracia, quedó santificado por la Triple Bendición en el momento de ser ungido Sumo Sacerdote. Acto seguido, Moisés vistió también con sus atuendos propios a los setenta y cuatro elegidos para el Sacerdocio, y los ungió con el óleo en la frente, quedando todos así ungidos sacerdotes levíticos. Finalmente, Moisés vistió con sus atuendos propios a los candidatos elegidos para levitas, y los ungió con el óleo en la frente, quedando todos así ungidos ministros levitas. Después, ofreció el becerro en sacrificio por expiación de los pecados; y Aarón, sus cuatro hijos y los otros setenta sacerdotes levíticos, pusieron, uno tras otro, sus manos sobre la cabeza del animal. Moisés lo degolló; y luego, tomó la sangre, mojó en ella el dedo, y con él tocó las cuatro puntas del altar, derramando al pie del mismo la sangre restante. El becerro fue quemado en holocausto, conforme al ceremonial mandado por Dios para este culto de consagración del Tabernáculo; y, además, Moisés ofreció también los dos carneros y los panes ácidos. Terminado el sacrificio, dijo Moisés a Aarón, a sus cuatro hijos y demás Sacerdotes y ministros levitas: *«Por siete días permaneceréis dedicados a la oración en el Tabernáculo, haciendo turnos de guardia en servicio del Señor, pues así se me ha ordenado»*. E hicieron Aarón y los demás todo cuanto dijo el Señor por medio de Moisés. Concluidas las ceremonias, una Nube cubrió el Tabernáculo, que quedó todo lleno de la gloria de Dios; de manera que ni podía Moisés entrar en el Tabernáculo, pues lo cubría completamente la Nube, brillando por todas partes el Fuego de la majestad del Señor. Desde entonces, mientras era de día, la Nube del Señor se posaba sobre el Tabernáculo; y por la noche se posaba el Fuego del Señor. Y todo el pueblo, veía estas portentosas señales.

3. Llegado el día octavo, Moisés convocó en el atrio, delante del Tabernáculo, al pueblo de Israel para que asistiesen a los sacrificios que, por vez primera, iba a ofrecer el Sumo Sacerdote Aarón. Y estando todos reunidos, Moisés llamó al Sumo Sacerdote, y a los otros setenta y cuatro sacerdotes, y dijo a Aarón que tomara animales sin mancha, según estaba establecido en la Ley, y los ofreciera a Dios. Y que dijera a los hijos del

Pueblo de Israel que le trajeran animales también sin mancha para que él los ofreciera. Y sucedió que, estando próximo Aarón a terminar las sagradas ceremonias que celebraba bajo la inmediata dirección de Moisés, de repente bajó Fuego del Cielo que consumió las víctimas que estaban ya preparadas sobre el altar de los sacrificios. Lo cual, visto por la multitud, postrándose sobre sus rostros, alabaron al Señor. Este Fuego Sagrado bajado del Cielo en el primer sacrificio de Aarón, fue conservado por los sacerdotes con la mayor atención y desvelo, para cumplirse así el mandato del Señor a Moisés: *«El Fuego ha de arder siempre en el altar, y el sacerdote cuidará de echar leña cada día por la mañana. Este es el Fuego perpetuo, que nunca debe faltar en el altar»*. Y este Fuego acompañó siempre a los israelitas a través del desierto, y era colocado, cuando se acampaba, sobre el altar de los holocaustos. Sólo con este Fuego tenía que prenderse la leña para la consumición de las víctimas, hasta que se extinguió totalmente a la muerte de Cristo. El Fuego sagrado era el Alma Divinísima de Cristo bajo esa forma.

4. Con la consagración sacerdotal de Aarón, de los setenta y cuatro sacerdotes más, y de los ministros levitas, quedó instituido el sacerdocio levítico, establecido por Dios en el Sinaí. Además, con la consagración de los setenta y cuatro sacerdotes, quedó constituido el Consejo Supremo Eclesiástico o Consejo del Sumo Sacerdote; aunque, poco después, con la muerte de Nadab y Abiú, su número quedaría reducido a setenta y dos miembros. Con el tiempo, el Consejo Supremo llegaría a llamarse Consejo del Sumo Sacerdote o Sanedrín. Esta institución perduró hasta el tiempo de Cristo.

Capítulo XVI

Los sacrificios según la Ley Mosaica

1. En la Ley Mosaica dada por Dios a Moisés en el Monte Sinaí, el 6 de agosto del año 3690, se contienen también todos los preceptos sobre los sacrificios levíticos del Antiguo Testamento. Los sacrificios eran de dos clases: cruentos, pues en ellos había derramamiento de sangre, ya que las víctimas eran animales. E incruentos eran todos los demás sacrificios de otras ofrendas diversas. Los sacrificios cruentos generalmente iban acompañados de oblaciones de productos vegetales y libaciones. Los sacrificios también eran de carácter público o privado: el público era el establecido para el culto oficial del Tabernáculo, ya diario o ya con motivo de alguna de las fiestas solemnes; y los privados eran los que se celebraban a instancia de los fieles.

2. Los sacrificios cruentos eran de cuatro clases: el de holocausto, el expiatorio, el de reparación y el de hostia pacífica. **El holocausto:** era el más perfecto de todos los sacrificios, ya que en el fuego se consumía toda la víctima en honor de Dios y se ofrecía con el fin principal de tributar a Dios la adoración que le es debida por su Infinita Majestad. Las víctimas podían ser

terneros, corderos y cabritos, los cuales debían ser machos, íntegros y sin defecto. Lo más corriente era la inmolación de corderos. Los pobres presentaban víctimas más humildes, como tórtolas o palomas. La víctima, sea cual fuere, era primero ofrecida a Dios, por el Sacerdote, el cual ponía la mano sobre la cabeza del animal como señal de ofrecimiento. Acto seguido, la degollaba delante del altar, tomaba un poco de sangre y, con su dedo mojado en ella tocaba el altar, derramando la restante a los pies del mismo; finalmente, auxiliado por los levitas, troceaba la víctima y la ponía sobre el altar del holocausto quemando todas las partes del animal. El sacrificio del holocausto, unas veces era de carácter público y otras de carácter privado. **El sacrificio expiatorio:** Tenía como fin aplacar la Santa Ira de Dios contra el pecado. Dicho sacrificio era obligatorio cuando lo exigía la ley por la transgresión grave de algún precepto determinado de la misma. Fuera de este caso, era siempre a instancia de los fieles con fines expiatorios por algún pecado cometido. La víctima del sacrificio podía ser un animal mayor o menor según la condición de la persona. En este sacrificio, el que aportaba la víctima ponía las manos sobre la misma significando con esto que se arrepentía de sus pecados y los echaba sobre ella para conseguir el perdón de Dios. Luego el Sacerdote ponía su mano sobre la víctima en señal de ofrecimiento a Dios. Seguidamente el Sacerdote la degollaba y ponía sobre la mesa de los holocaustos la cola, el sebo, los riñones, la grasa y el hígado. La carne de la víctima era sólo comida por los sacerdotes. Una de las características del sacrificio expiatorio era que se rociaba siete veces con la sangre de la víctima la cortina o velo del templo. El sacrificio expiatorio unas veces era público cuando se ofrecía con el fin de expiar una culpa generalmente colectiva del pueblo, y otras veces privado cuando se trataba de una culpa individual. **El sacrificio de reparación:** Tenía como fin el de dar satisfacción o reparación por un delito: ya por el daño causado a Dios en las cosas sagradas o por el causado al prójimo en sus bienes. La víctima más común era el carnero. El rito de este sacrificio era muy parecido al del sacrificio expiatorio. También podía ser de carácter público o privado, según el caso. **El sacrificio de hostia pacífica:** Se ofrecía a Dios en gratitud por los beneficios recibidos o para alcanzar nuevas gracias. La característica fundamental del sacrificio pacífico consistía en ser un verdadero sacrificio de comunión: Pues, se observaba el siguiente rito: se quemaba, en el altar de los holocaustos, la cola, el sebo, los riñones, la grasa y el hígado; y luego, la carne, una parte era para que la comiera el sacerdote, y otra se la llevaba el aportador de la víctima para comerla en su casa con sus familiares. Las víctimas podían ser novillos, corderos, cabritos, etc.

3. Los sacrificios incruentos eran aquellas oblaciones y libaciones en que se ofrecían a Dios ciertos productos de la tierra. La materia de las oblaciones, según la Ley, era la flor de la harina en estado natural o en forma de panecillos amasados con aceite, junto con incienso y sal. El Sacerdote, tomando un puñado de

esa harina, o uno de esos panes, lo quemaba sobre el altar; lo restante de la ofrenda, pertenecía por derecho a los Sacerdotes. En cuanto a las libaciones, el único líquido admitido era el vino, el cual era derramado al pie del altar como perfume agradable a Dios.

4. Además, según estaba prescrito en la Ley de Moisés, era obligatorio que, como holocausto perpetuo, el Sacerdote inmolasen cada día, tanto por la mañana como por la tarde, un cordero de un año íntegro y sin defecto. Y en día de sábado era obligatorio que el Sacerdote inmolasen dos corderos por la mañana y dos por la tarde. Este era el sacrificio ordinario del culto público u oficial.

5. El valor del sacrificio levítico sólo era de carácter finito, pues, tanto el Sacerdote oferente, como la ofrenda, en sí mismos eran finitos; y, además, no podían ser unidos, por entonces, al Sacrificio de la Cruz, único de valor infinito, ya que esta misión estaba reservada al Sacerdote Ministerial. Por eso, en el Calvario, al unir San Juan Evangelista todos los sacrificios finitos del Antiguo Testamento al Sacrificio Infinito de Cristo y María, adquirieron entonces el valor infinito. Los sacrificios levíticos, en sus distintas finalidades, simbolizaban los fines contenidos en el Santo Sacrificio de la Misa: único y verdadero Sacrificio infinito de adoración, expiación, reparación, acción de gracias e impenetración.

6. El hombre, en el Antiguo Testamento, a través de los sacrificios, mediante la sincera contrición perfecta de sus pecados y el deseo ardiente de unirse a su Creador, así como por la expresión viva de su fe y esperanza en el futuro Redentor, alcanzaba el perdón de sus pecados personales y numerosas gracias actuales. Al mismo tiempo, mediante los sacrificios, el hombre reconocía la absoluta soberanía de Dios y su total dependencia de Él, su indigencia y necesidad de humillarse, viéndose pecador y merecedor de los castigos de la divina justicia; así como de vivir en continua acción de gracias e invocarle como Autor de todo bien.

7. Los sacrificios culturales del Antiguo Testamento tenían la relevante finalidad de prefigurar el Sacrificio de la Cruz y de representar ante el Pueblo Escogido, de manera simbólica, la naturaleza, propiedades y fines del Sacrificio cruento del Mesías que esperaban, y su perpetuación en la Misa, único Sacrificio capaz de reparar y tributar a Dios el debido honor, de obtener la remisión de todos los pecados y restablecer la filiación divina en el hombre mediante la Habitabilidad del Espíritu Santo. Además, el sacrificio cultural del Antiguo Testamento era un medio para retirar al pueblo de la idolatría y unirlo alrededor del culto al verdadero Dios.

Capítulo XVII

Distribución de las Tribus alrededor del Tabernáculo

1. Después de la terminación del Tabernáculo, el Señor había dicho a Moisés: «Todas las familias de los hijos de Israel acamparán alrededor del Tabernáculo;

cada una según su tribu, con sus escuadrones de ejército, insignias y estandartes». Todas las tribus acampaban alrededor del Tabernáculo, para que éste quedara en el centro del campamento, según el siguiente orden: Las familias de la tribu de Leví, acampaban en el espacio que había entre las otras tribus y el Tabernáculo, de manera que lo rodeaban de cerca para atender mejor a su servicio. Moisés, Aarón, sus hijos y los otros sacerdotes acampaban delante de la entrada del Tabernáculo, o sea, a la parte este u oriental del mismo, para una mayor custodia. Las familias de las otras Tribus, acampaban alrededor de las de la tribu de Leví rodeando el Tabernáculo.

2. También había ciertas mujeres vírgenes que hacían custodia velando a la puerta del Tabernáculo, mediante turnos de oración; y que se hacían cargo de aquellos servicios religiosos propios de su sexo. Este grupo de mujeres piadosas fue la primera comunidad precursora de la futura Orden esenia o carmelitana, fundada después por el Santo Profeta Elías. Entre dichas mujeres estaban las seis hijas vírgenes de Jetró.

Capítulo XVIII

Primera celebración de la Fiesta de la Pascua

1. La Fiesta de la Pascua israelita, llamada también en otros tiempos hebrea o judía, duraba ocho días: uno de preparación y siete de ácidos. El día de preparación, o 14 de Nisán, era cuando se preparaba todo lo necesario para los siete días de ácidos; y tras la puesta del sol de este día de preparación, comenzaba el primer día de ácidos o 15 de Nisán, día solemne de la Pascua, en el que tenía lugar la comida del Cordero Pascual o cena legal; a la cual seguía la cena diaria, que era con más solemnidad en razón de la Pascua.

2. El día 30 de marzo del año 3691, para la institución de la Pascua, dijo Dios a Moisés: *«Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y dile: Cada familia o grupo de familias, según sea el número de sus miembros, tome un cordero macho, sin defecto, y de un año; el cual se reservará para la celebración de la Pascua. Desde el día 10 de Nisán hasta el día 14 de Nisán al mediodía, todos los corderos deberán quedar inmolados y ofrecidos por los Sacerdotes en el atrio del Tabernáculo, y después cada familia o grupo de familias lo asará al fuego en su casa. Tras la puesta del sol de ese día 14 en que comienza el 15 de Nisán o primer día de los ácidos, ceñiréis vuestros lomos, y puestos el calzado en los pies, y un báculo en la mano, comeréis aprisa, como significando que estáis siempre en actitud de caminar. Las carnes las comeréis asadas al fuego, con panes ácidos y lechugas silvestres. El primer día de los ácidos o 15 de Nisán, será santo y solemne, y el día séptimo será venerado con igual solemnidad: ninguna obra servil haréis en ambos días. Guardaréis, pues, la fiesta de la Pascua a perpetuidad, comiendo los ácidos desde el día catorce a la puesta del sol o quince de Nisán, hasta la puesta del sol del veintiuno de Nisán. Por espacio de siete días no se hallará levadura en vuestras casas; pues el que*

comiere pan u otra cosa con levadura, será excluido del Pueblo de Dios y, por tanto, de la Iglesia Santa. Ninguna cosa comeréis con levadura, y comeréis ácidos en todas vuestras casas». Después que hubiese recibido las instrucciones de Dios, Moisés se las transmitió a su Pueblo, y además dijo: *«Guarda, oh Pueblo de Israel, el mandato que os he transmitido, el cual ha de ser como una ley para ti y para tus hijos a perpetuidad*». El sacrificio del Cordero Pascual constaba de tres partes fundamentales: la efusión de la sangre, el holocausto de la grasa y la manducación de la carne por cada familia. El cordero debía ser inmolado por el sacerdote sin romper un hueso del animal.

3. La primera Pascua que celebró el Pueblo de Israel, fue en el valle junto al Monte Sinaí, en el año 3691. Duró desde el día 7 de abril a la puesta del sol, en que comenzó el 14 de Nisán, hasta el día 15 del mismo mes a la puesta del sol, en que terminó el 21 de Nisán. El día 8 de abril a la puesta del sol, en que comenzó el 15 de Nisán, fue la comida del Cordero Pascual, seguida de la cena diaria con más solemnidad en razón de la Pascua.

4. La fiesta de la Pascua, la celebraron todos los años los hijos del Pueblo de Dios, en su correspondiente fecha, durante el tiempo que estuvieron de peregrinación por la península del Sinaí.

Capítulo XIX

Consejo de Jetró a Moisés. Nombramiento de jueces

1. Moisés, como Caudillo y Legislador que era del Pueblo de Israel, ejercía sobre sus súbditos el oficio de Juez. Para esta delicada misión de juzgar, permanecía sentado, atendiendo las numerosas causas que le presentaba el pueblo, desde la mañana hasta la tarde. Mas, como lo viera Jetró, inspirado por Dios, dijo a su yerno Moisés: *«¿Qué es esto que haces? ¿Por qué te sientas solo, y todo el pueblo espera desde la mañana hasta la tarde?»*. A lo cual respondió Moisés: *«Viene el pueblo a mí buscando que dicte sentencia conforme a la Ley de Dios; ya que, si les acaece alguna diferencia, vienen a mí para que juzgue entre ellos, y les manifieste las órdenes de Dios, y sus leyes*». Y respondió Jetró: *«No es así como lo debes hacer; pues, te agobias con un trabajo superior a tus fuerzas. Y no sólo tú, sino también el pueblo que está contigo. Lo que haces es, pues, superior a tus fuerzas, y tú solo no podrás soportarlo. Mas, oye mis palabras y consejos, y el Señor te ayudará, ya que esa es su voluntad: dedícate sobre todo a las cosas relacionadas más directamente con Dios, como mediador que eres entre Él y los hijos de tu pueblo, a fin de que les refieras las cosas que Dios les manda a través de ti en el orden espiritual: las ceremonias, el ritual del culto, el buen camino por el cual deben andar y las obras que deben hacer. Y para que tú puedas dedicarte a esta misión más excelsa, elige entre los del pueblo varones valerosos y temerosos de Dios, íntegros, amadores de la verdad y aborrecedores de la avaricia. Y constitúyelos*

sobre el pueblo como jefes, en distintos grados de autoridad: tribunos, centuriones y caporales; unos sobre grupos de cincuenta, y otros sobre grupos de diez, para que, bajo tu suprema autoridad, juzguen al pueblo en todo tiempo y te lleven a ti los asuntos de mayor importancia, decidiendo ellos mismos en los menores; y así te sea más llevadera la carga al estar compartida con otros. Si esto hicieres, cumplirás el mandamiento de Dios y podrás aplicar mejor sus preceptos, y todo el pueblo vivirá en paz».

2. Moisés, aceptando el sabio consejo de su suegro, se propuso llevarlo a cabo; y el Señor, ratificó tan inspirada sugerencia de Jetró, diciendo: «*Reúneme setenta varones de los ancianos o principales de Israel, los que tú conoces como más autorizados y maestros del pueblo, y los conducirás a la puerta del Tabernáculo, y harás que estén allí contigo, y Yo descenderé, te hablaré, y les comunicaré a ellos parte de tu espíritu para que sostengan contigo la carga del pueblo, y no te sea demasiado pesada llevándola solo*».

3. Para cumplir lo mandado por el Señor, Moisés escogió setenta varones de los ancianos o principales de Israel, entre los que se contaban Josué, Jetró y Caleb, y los convocó junto al Tabernáculo, refiriendo al Pueblo las palabras del Señor acerca de la constitución del Consejo de Ancianos de Israel. El Señor descendió en la Nube, y el Espíritu Santo se posó sobre los setenta varones, infundiéndoles parte de los dones de sabiduría, discernimiento y gobierno que había en Moisés. El Caudillo Moisés puso a estos setenta varones para que, bajo su Suprema Autoridad, juzgaran al pueblo en todo tiempo; y sólo le remitieran los asuntos más graves y los de difícil solución, para que los resolviese personalmente, o los delegase en los sacerdotes, o incluso en aquellos jueces que él determinara para cada asunto. El gobierno del Pueblo de Israel, bajo el Caudillaje de Moisés, era de carácter teocrático, ya que el mismo Dios gobernaba directamente a su Pueblo mediante leyes, consejos e instrucciones dadas por Él a Moisés.

Capítulo XX

Castigo de Nadab y Abiú, hijos de Aarón

1. Dios había impuesto a los sacerdotes la obligación de abstenerse de beber vino cuando se disponían a entrar en el Tabernáculo con el fin de que tuvieran discernimiento entre lo santo y lo profano. Y sucedió que, a finales del mes de abril de aquel año 3691, los dos sacerdotes Nadab y Abiú, hijos de Aarón, habiendo bebido del vino de las libaciones hasta emborracharse, tomaron los incensarios y pusieron en ellos unas ascuas encendidas con un fuego profano, lo cual les estaba prohibido; y, de esta manera, ofrecieron el incienso a Dios. Mas, en ese momento, del Tabernáculo salió un rayo de fuego enviado por el Señor que los fulminó en su presencia.

2. Ante tan lamentable suceso, dijo Moisés a Aarón: «*Esto es lo que ha hablado el Señor: He de ser santificado en mis sacerdotes y a la vista de todo el pueblo*

he de ser glorificado». Lo que oyendo Aarón, guardó silencio. Y luego, Moisés, habiendo llamado a Misael y a Elisafán, hijos de Ociel, tío paterno de Moisés, les dijo: «*Id y sacad a Nadab y Abiú, de delante del Santuario y llevadlos fuera del campamento*». Ellos fueron al instante, y los llevaron, así como yacían, revestidos de las túnicas de lino, y los sacaron fuera, conforme se les había mandado. Y después, Moisés dijo a Aarón y a sus otros dos hijos Eleazar e Itamar, que eran también sacerdotes: «*No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestras vestiduras en señal de duelo; no sea que muráis vosotros y el castigo se extienda a todo el pueblo. Mas, vosotros y todo el pueblo de Israel llorad por el pecado que ha suscitado el incendio devorador del Señor*».

Capítulo XXI

Celebración de las Fiestas de Pentecostés, Expiaciones y Tabernáculos

El domingo día 28 de mayo del año 3691, se celebró por primera vez la Fiesta de Pentecostés, hallándose el Pueblo de Israel al pie del Monte Sinaí. Como estaba preceptuado en la Ley Mosaica, en este día solemne el Sumo Sacerdote Aarón y los demás sacerdotes ofrecieron al Señor, en el Tabernáculo, holocaustos de animales junto con oblaciones de panes y cereales. El 26 de septiembre del mismo año, junto al Monte Sinaí, los Sacerdotes celebraron, por primera vez, en el Tabernáculo, la Fiesta de las Expiaciones, en las que el Sumo Sacerdote Aarón entró, con gran pompa, en el Santo de los Santos, para ofrecer incienso y la sangre de las víctimas. El 1 de octubre de aquel mismo año, junto al Monte Sinaí, comenzó a celebrarse por primera vez la Fiesta de los Tabernáculos; durante los ocho días que duró esta Fiesta, los sacerdotes ofrecieron al Señor holocaustos de animales, junto con oblaciones de uvas y otros frutos. La Fiesta de Pentecostés, la de las Expiaciones y la de los Tabernáculos, se celebraron todos los años en las correspondientes fechas en que cayeron, durante el tiempo que peregrinaron los israelitas por la península del Sinaí.

Capítulo XXII

Dios manda el maná para alimento de su Pueblo

1. A finales de junio del año 3693, cuando los israelitas llevaban tres años acampados en el valle junto al Monte Sinaí, muchos comenzaron a murmurar ante la escasez de alimentos, por lo que prorrumpían en continuas quejas contra Moisés, diciendo: «*¿Por qué nos has traído a este desierto para matar de hambre a todo el pueblo? ¡Ojalá hubiéramos muerto antes de salir de la tierra de Egipto, pues en ella comíamos carne y pan hasta hartarnos!*». Dichas murmuraciones y quejas, iban minando las gentes de aquel Pueblo Escogido, por lo que Moisés oró al Señor, y Él le dijo: «*He oído las murmuraciones de muchos de los hijos de Israel. Diles que esta tarde os hartaréis de carne y mañana os hartaréis de pan, y sabréis que Yo soy el Señor, vuestro Dios, que os cuida. Yo haré caer*

pan del cielo; salga el pueblo, y recoja lo que necesite para cada día, y de esta manera dará también prueba si anda en mi Ley o no. Mas, el día sexto de cada semana preparen para llevar el doble de lo que recogen cada día».

2. Después de oír las palabras del Señor, Moisés dijo a los hijos de Israel: *«Esta tarde el Señor dará una gran prueba de que Él es quien nos ha sacado de Egipto, y mañana al amanecer veréis la gloria del Señor mediante otra gran prueba, a fin de que pongáis vuestra confianza más en Él, pues ha oído vuestras murmuraciones. Esta tarde os dará a comer el Señor carnes, y mañana pan a saciedad».*

3. Llegada la tarde, los israelitas vieron que, desde otras partes, subían en el aire codornices que luego descendieron, cubriendo el campo donde ellos estaban; por lo que, comieron carne de ave hasta saciarse.

4. Al día siguiente al amanecer, vieron sobre todo el campo una densa capa de rocío que, cuando se evaporó, dejó sobre la superficie de la tierra una cosa menuda, como granos, parecida a la escarcha. Los hijos de Israel, al verla, se preguntaban unos a otros: *«¿Maná?»*, que quiere decir: *«¿Qué es esto?»*, pues no sabían lo que era. Y Moisés les dijo: *«Ese es el pan que os da el Señor para alimento. Mirad que el Señor ha mandado que cada uno de vosotros recoja la cantidad que necesite para alimentarse, según el número de personas: pues, cada uno recogerá para cuantos tenga en su tienda».* Ese mismo día por la mañana, cuando el campo estaba cubierto del blanco maná caído del cielo, dijo Moisés a Aarón: *«Di a toda la congregación de los hijos de Israel que, arrepentidos por sus murmuraciones, pidan perdón ante la presencia de su Dios y Señor».* Y mientras hablaba Aarón a toda la asamblea de los hijos de Israel, apareció la gloria del Señor en la Nube.

5. Cuando los hijos de Israel se dispusieron a recoger el maná, muchos movidos por la codicia, no obedecieron, y tomaron más de lo que les hubiera correspondido; y otros de más largueza de espíritu, recogieron menos. Pero luego comprobaron que, el que había recogido más, no tenía nada de más, y el que había recogido menos no tenía nada de menos, sino que tenía cada uno lo que para su alimento necesitaba. Moisés les dijo: *«Que nadie deje nada para mañana».* Sin embargo, muchos, desconfiando de la promesa divina, no obedecieron a Moisés y dejaron algo para el día siguiente; pero el maná sobrante se llenó de gusanos y se pudrió, por lo que irritóse Moisés contra ellos. A partir de entonces, por las mañanas, recogían el maná para alimento, cada cual según sus necesidades; y lo que quedaba en el campo sin recoger, se derretía cuando el sol comenzaba a calentar.

6. Llegado el día sexto, o sea, el viernes de la semana, los hijos de Israel recogieron doble cantidad de alimento por cabeza, según Moisés había mandado. Y como esto lo vieran algunos del pueblo, fueron a decirselo a Moisés, quien les contestó que así lo había mandado el Señor ya que, al día siguiente era sábado, día de descanso consagrado a Dios; y que, por tanto, el viernes tenían que coger el maná que necesitaban para ese día y otra cantidad para el día siguiente que era sábado, pues en este día

no caía el maná. Y, además, agregó: *«Cualquier obra que haya de hacerse, hacedla hoy, y lo que se haya de cocer, cocedlo, y todo lo que sobrare, reservadlo hasta mañana».* Y la porción de maná que correspondía para el sábado, guardáronla, y no se pudrió ni se hallaron gusanos. Los granos del maná, tal y como caían del cielo, eran muy sabrosos. Mas, algunos, lo molían en molinos o lo majaban en morteros; y luego lo cocían en una caldera para comerlo guisado; o también lo ponían sobre el fuego y hacían de él tortas, que tenían un sabor como de pasta amasada con aceite; mas, el sabor natural del maná era como de torta de harina de trigo amasada con miel.

7. Mas, algunos, en el día del sábado salieron al campo a recoger el maná, pero no lo hallaron. Y el Señor dijo a Moisés: *«¿Hasta cuándo rehusarán guardar mis mandatos y mis leyes?»* Y Moisés dijo al Pueblo: *«Mirad que el Señor os ha dado el sábado, y por eso el día sexto os da pan para dos días. Que se quede cada uno en su puesto, y no salga de él el día séptimo».* El pueblo descansó el día séptimo, o sábado.

8. Moisés también dijo a su Pueblo: *«El Señor Dios ha ordenado que se llene una copa de oro con maná para conservarlo en el Santo de los Santos del Tabernáculo, a fin de que puedan ver vuestros descendientes el pan con que Él os ha alimentado en el desierto cuando os sacó de la tierra de Egipto».* Dijo, pues, Moisés a Aarón: *«Coge una copa, llénala de maná y deposítala ante el Señor, que se conserve para vuestros descendientes».* Aarón depositó en el Arca de la Alianza la copa de oro con el maná para que allí permaneciese a perpetuidad, como lo había mandado el Señor. Desde entonces, en la Sagrada Arca, además de la Triple Bendición y las Tablas de la Ley, se guardaba también una pequeña porción de maná.

9. Durante los muchos años que los hijos del Pueblo de Israel peregrinaron por el desierto, el Alma Divinísima de Cristo les alimentaba con el maná día tras día, siempre que lo necesitasen, pudiendo así subsistir materialmente aquella Iglesia Antigua cuando tuvo falta de los alimentos naturales de la tierra; pues, el maná sólo lo mandaba el Señor en aquellas épocas en que faltaban dichos alimentos naturales. Además, el maná, figura de la Eucaristía, comunicaba cierta fortaleza espiritual al que lo comía con buenas disposiciones. El maná era el alimento milagroso que Dios mandó, cuando fue necesario, para el sustento de su Pueblo Escogido, hasta que éste, al mando de Josué, entrase en Canaán. ¡Oh, Bondadosísima Paternidad de Dios: Con manjar de Ángeles alimentaste a tu pueblo, y sin fatiga por parte de éste, le diste pan del cielo que tenía en sí la delicia y la suavidad de todos los sabores! Y así este sustento demostraba cuán dulce eres para con tus hijos, pues se acomodaba al gusto de cada uno y se cambiaba en el sabor que cada cual quería. Pues, el maná, tomando el gusto de todos los manjares, cumplía con tu benéfica voluntad sustentadora de todos, acomodándose al deseo de aquellos que a Ti recurrían, a fin de que tus hijos, oh Señor, de Ti tan amados, reconociesen que no sólo los frutos naturales son los que alimentan a los hombres, sino que es también tu Providencia milagrosa la que sustenta a los que en Ti creen.

Cuarta Parte

Los Números y el Deuteronomio

Libro I

Viaje del Pueblo de Israel desde el valle del Sinaí hasta Cadesbarne

Capítulo I

El Pueblo de Israel

se dispone a partir del valle junto al Monte Sinaí

1. A finales de octubre del año 3693, pocos días después de celebrar la Fiesta de los Tabernáculos, habló el Señor a Moisés, diciendo: *«Anda, sal de este lugar tú, y tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto y encamínate a la tierra que juré a Abrahán, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu linaje la daré»*. Y como en ese caminar por el desierto hacia la Tierra Prometida, Moisés y su Pueblo se verían obligados a enfrentarse a muchas gentes idólatras y, por tanto, enemigas del Pueblo de Dios, dijo Moisés al Señor: *«Me mandas que saque a tu pueblo de este valle junto al Sinaí, y no me muestras a quién has de enviar conmigo para que me guíe; pues, si Tú mismo no vas delante, no nos saques de este lugar»*. Y respondió el Señor: *«Yo enviaré mi Ángel Precursor delante de ti, para que guíe a mi pueblo a la Tierra de Promisión y le ayude en las grandes batallas contra los cananeos o amorreos que ahora la habitan, en sus distintas ramificaciones: heteos, fereceos, heveos, jebuseos, gergeseos, filisteos, y otros; de manera que tú entres en esa tierra de gran riqueza y prosperidad. Ten confianza, pues mi Rostro irá delante de ti, y te dará descanso»*. Con estas palabras, el Señor anunciaba a Moisés que su Ángel, que era el Alma Divinísima de Cristo bajo la figura de Fuego, iría delante de ellos con la Columna de Nube, que era el Alma Divina de María.

2. Poco después, habló el Señor a Moisés, diciendo: *«Haz trompetas de plata, con las que puedas convocar a la multitud cuando deba moverse del campamento. Si las toques una sola vez, habrán de acudir a ti los príncipes y las cabezas de familia de la multitud de Israel. Si el sonido de ellas fuere más prolongado, los que están a la parte oriental serán los primeros que muevan el campamento. Y al segundo tañido y sonido recio de la trompeta semejante al primero, alzarán sus tiendas los que habitan hacia el mediodía. Y de la misma manera harán los otros en sonando reciamente las trompetas para la marcha. Y cuando se hubiere de congregarse al pueblo, el sonido de las trompetas será sencillo, y suave; y todos se congregarán ante ti a la puerta del Tabernáculo. Y los Sacerdotes serán los encargados de tocar las trompetas, y esto será un estatuto perpetuo en vuestras generaciones. Y si saliereis para ir contra los enemigos que os hacen guerra, haréis sonar reciamente las trompetas, y el Señor se acordará de vosotros para que seáis sacados de las manos de vuestros enemigos. También, en los días de fiesta, to-*

caréis las trompetas cuando ofrezcáis vuestros holocaustos y víctimas pacíficas, para que se acuerde de vosotros vuestro Dios: Yo soy el Señor Dios vuestro».

Capítulo II

Los hijos de Israel salen del valle del Sinaí, bajo el mando de Moisés, Profeta, Pastor y Caudillo de su Pueblo

1. Durante los muchos años que los hijos de Israel anduvieron dando vueltas por la península del Sinaí en dirección a la Tierra Prometida, fueron guiados por la Columna de Nube o de Fuego, según fuera de día o de noche. En donde se erigía el Tabernáculo, mientras fuera de día estaba encima de él la Columna de Nube; y mientras fuera de noche, estaba encima de él la Columna de Fuego. Así sucedía de continuo: de día había una nube, y de noche un fuego. Si durante el día se quitaba la Nube que se posaba sobre el Tabernáculo, era señal de que los hijos de Israel tenían que partir de donde estaban; y en el lugar en que luego se paraba, allí volvían a acampar. De esta manera, a la orden del Señor se ponían en marcha, y a la orden del Señor fijaban el Tabernáculo. Todo el tiempo que la Nube estaba parada sobre el Tabernáculo, se estaban quietos en aquel mismo lugar.

2. El 1 de noviembre del año 3693, se alzó la Nube que estaba sobre el Tabernáculo, lo cual era señal de que el Pueblo de Israel tenía que levantar el campamento y partir del valle del Sinaí. Aarón y los sacerdotes, auxiliados por los levitas, desmontaron el Tabernáculo y colocaron el Arca de la Alianza sobre unas andas. Cuando estuvo todo organizado, los hijos de Israel, divididos según sus escuadrones, se dispusieron para la marcha, conforme lo ordenaba el Señor por medio de Moisés.

3. Mas, antes de partir, dijo Moisés a su suegro Jetró, llamado también Hobab y Raguel: *«Nosotros vamos para el país cuyo dominio nos ha de dar el Señor; ven con nosotros para que participes también de las gracias y demás bienes que el Señor ha prometido a Israel»*. Y respondió Jetró: *«Yo deseo volver a mi tierra en que nací»*. Pero Moisés le mandó que les acompañase por el desierto camino de la Tierra Prometida. Ante la gran insistencia de Moisés, Jetró, se dio cuenta que se trataba de un mandato de Dios a través de aquel Caudillo, por lo que desistió de volver a su tierra, para seguir a Moisés en el camino por el desierto con su Pueblo. Con Jetró, fueron también sus seis hijas vírgenes, hermanas de Séfora esposa de Moisés. Años después, Jetró sería arrebatado al Planeta de María antes que lo fuera Moisés.

4. Los hijos del Pueblo de Israel, acaudillados por Moisés, partieron, pues, del pie del Monte Horeb o Sinaí, hacia el noreste de la península, portando el Arca de la Alianza, la cual era llevada en procesión por los Sacerdotes con gran solemnidad. Cuando el Arca era alzada para seguir caminando, decía Moisés la siguiente jaculatoria: «*Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu rostro los que te aborrecen*». Y cuando era bajada, decía: «*Vuélvete, Señor, hacia la multitud del ejército de Israel*». Iba el Señor delante de su Pueblo, en Columna de Nube durante el día, para guiarles en su camino; y de noche, en Columna de Fuego para alumbrarlos a fin de que pudiesen marchar lo mismo de día que de noche.

Capítulo III

Los hijos de Israel acampan en Tabera.

Murmuraciones contra el Señor y castigo a su Pueblo

1. El 4 de noviembre de aquel año 3693, o sea, después de tres días de camino, los hijos de Israel acamparon en el lugar que después sería llamado Tabera, región desolada a unos 60 Km del Sinaí.

2. Cada vez que el Pueblo de Dios acampaba en un lugar, Aarón y los demás sacerdotes, auxiliados por los levitas, tenían que erigir el Tabernáculo, el cual llevaban desmontado por el camino; y las familias de cada Tribu, tenían que instalar también sus tiendas. Todo este montaje, se realizaba según los mandatos del Señor, de acuerdo a la situación del Tabernáculo y a la de las Tribus que lo rodeaban. Ello implicaba un gran trabajo para los hijos del Pueblo de Israel.

3. Y sucedió que, cuando se hallaban acampados en la región de Tabera, una parte, murmurando de los muchos agobios que sentían por el trabajo, se quejaron contra el Señor; y Él, enojándose con el pueblo, lanzó sobre los murmuradores el fuego de su Santa Ira muriendo unos cien mil entre hombres, mujeres y niños; y además murieron sus animales. A la vista de aquel terrible incendio, el pueblo clamó a Moisés pidiendo su intercesión. Y Moisés hizo oración al Señor y se extinguió el fuego. Por este suceso, Moisés llamó aquel lugar Tabera, que significa Incendio, por cuanto se había encendido contra ellos el fuego del Señor. Moisés, para expiar aquel pecado de murmuración contra Dios, mandó al Sumo Sacerdote Aarón que, en presencia de todo el pueblo, ofreciera al Señor en sacrificio expiatorio varios terneros y carneros sin defecto.

Capítulo IV

Muchos de los hijos del Pueblo de Israel son tentados de gula

1. La tierra de Tabera era muy pobre y desértica, por tanto, pobre en pastos y productos agrícolas. Y sucedió que, pasados casi dos meses del castigo del incendio en dicho lugar, muchos que, por su mal espíritu, no gustaban de la rica variedad de sabores que les daba el maná, tentados de un ardiente deseo de comer alimentos que eran más sabrosos, sobre todo carne, con

gran llanto y sin motivo alguno, se lamentaban a Moisés, diciendo: «*¡Oh!, ¡quién nos diera carnes para comer! ¡Cuánto nos acordamos del abundante pescado que comíamos en Egipto; y también de las verduras, melones, puerros, cebollas, ajos! Ahora, no está saciado nuestro apetito. ¡Oh, si pudiéramos comer otra vez codornices!, pues no vemos otra comida que el maná, que ya nos resulta pesado y monótono*».

2. Y, de esta manera, muchas de las familias del Pueblo de Israel, agrupadas en las puertas de sus tiendas, se lamentaban murmurando de Moisés echando de menos las comidas de Egipto, con el consecuente desprecio de aquel delicado manjar que Dios les proporcionaba en los momentos de escasez. Esto causó gran indignación al Señor, y al mismo Moisés le pareció una cosa para él insoportable, por lo que dijo a Dios: «*¿Por qué me has afligido a mí, tu siervo, cargando sobre mis débiles hombros el peso de todo este pueblo? ¿Es que acaso he concebido yo toda esta turba, o la he engendrado, para que Tú me digas: Llévalos en tu seno, como suele una madre tener al niño que cría, y condúcelos a la Tierra Prometida que juré dar a tus padres? ¿De dónde puedo yo sacar carnes para dar de comer a tanta gente? Pues lloran y murmuran contra mí, diciendo: 'Danos carnes para comer'. No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, porque me pesa demasiado. Y si no lo llevas a mal, suplíctote que me quites la vida, y halle yo gracia en tus ojos para no sufrir tantos males*».

3. Y el Señor, que oía la humilde queja de Moisés, le dijo: «*Comunica al pueblo: Purifícaos, porque mañana comeréis carnes, ya que os he oído decir: '¿Quién nos dará carnes para comer? Mejor nos iba en Egipto'. Sí, díles que Yo les daré carnes para que coman, no un día, sino por todo un mes entero; hasta que les salgan por las narices y les causen náuseas, puesto que han despreciado la comida que Yo les doy como Padre Bondadoso*». Y Moisés respondió: «*Señor, hay en este pueblo una gran multitud de personas, y tú dices: Yo les daré a comer carnes un mes entero. ¿Dónde encontraré tantas ovejas y bueyes para matar, que les baste para comer?, ¿o dónde se podrá pescar la inmensa cantidad de peces que se necesita para comer?*». Y replicóle el Señor: «*¿Pues qué, acaso no es poderosa mi mano? Bien presto verás cómo se cumple mi palabra*».

Capítulo V

Dios provee, otra vez, de codornices a su Pueblo.

Castigo de los que las comían con gula

1. Al día siguiente, 6 de enero del año 3694, un fuerte viento promovido por el Señor, arrebatando una gran multitud de codornices que se hallaban al otro lado del mar, las arrastró arrojándolas cerca del campamento israelita, y revoloteaban en el aire a dos codos de altura sobre la tierra. Alertado el Pueblo, acudió a aquel lugar, y por espacio de treinta días, a excepción de los sábados, estuvieron cazando codornices, de manera que se saciaban de ellas.

2. Mas, viendo el Señor cómo pecaban de gula muchos de su Pueblo, menospreciando el sabroso maná que les había mandado antes para alimento de sus cuerpos y cierto fortalecimiento espiritual de sus almas, se irritó contra ellos. Por lo que, el día 4 de febrero del mismo año, cuando aún estaban comiendo codornices, Dios manifestó su Ira mandándoles un castigo, pues, al tragarlas, se les atragantaban en la garganta, muriendo de asfixia. Por cuyo motivo fue nombrado aquel lugar Sepulcros de Concupiscencia; pues allí quedaron sepultadas unas cien mil personas entre varones y varonas, que habían pecado de gula.

Capítulo VI

Aarón y María murmuran de Moisés.

María es castigada con la lepra

1. Después que el Pueblo de Israel hubiese permanecido alrededor de un año en Tabera, partió de este territorio en los primeros días de noviembre del año 3694, en dirección norte de la península del Sinaí, acampando en Haserot, que estaba a un día de camino de la anterior estación. La distancia entre Tabera y Haserot era de unos 35 kilómetros. Dios, en su Bondadísima Paternidad, preparó allí a su Pueblo un paradisíaco oasis, con abundantes palmeras y huertos, y un copioso manantial de aguas cristalinas.

2. Hallándose en este lugar, sucedió que, a finales del tercero y último año de permanecer acampados, Aarón y María murmuraron contra su hermano Moisés, diciendo: «¿Acaso sólo con Moisés habla el Señor? ¿No nos ha hablado Dios también a nosotros?». Dichas críticas habían surgido porque Moisés distinguía a su esposa, la virtuosa Séfora, con el prestigio y la autoridad que le correspondía sobre todas las demás mujeres del Pueblo de Israel. María, que no lo veía con buenos ojos, ya que ambicionaba ser la preferida entre todas, y Séfora ni siquiera era israelita de nacimiento, no sólo desdénaba a su cuñada, sino que hasta ponía en tela de juicio la suprema autoridad de Moisés, dando a entender que estaba bajo la de Aarón, por ser éste el Sumo Sacerdote. Mas, Séfora, celosa porque se respetara la autoridad de su marido, Caudillo elegido por Dios para guiar y gobernar al Pueblo de Israel, se vio obligada a reprender severamente a María. Ante esta actitud justa y razonable de Séfora, Aarón salió en defensa de su envidiosa hermana, ya que ésta, con su proceder, le complacía al fomentar su vanidad.

3. Moisés, que era el hombre más manso de cuantos moraban en el Pueblo de Israel, llevaba con suma paciencia las insidias de Aarón y María contra él y su esposa Séfora, con la esperanza de que aquella desavenencia se disipase por sí misma. Mas, como todo fue en aumento, intervino el Señor en defensa de Moisés, diciendo a él, a Aarón y a María: «Venid los tres solos al Tabernáculo». Una vez llegados a la entrada, el Señor dijo a Aarón y a María. «Escuchad: A cualquier otro profeta mío que hubiere entre vosotros, Yo me mostraría a él bajo la apariencia de una determi-

nada figura o le hablaría en sueños. Mas, no es así con mi siervo Moisés, ya que, al ser mi más fiel confidente en todo mi Pueblo, Yo le hablo boca a boca, y no por signos y figuras, ya que él me ve cara a cara. Por tanto, ¿cómo os habéis atrevido a hablar mal de mi siervo Moisés, con menosprecio de su autoridad?». Y el Señor, airado, desapareció. Mas, he aquí que, de repente, María se vio cubierta de lepra; lo cual, visto por Aarón, dijo a Moisés: «Suplícote, señor mío, que no tomes en cuenta el pecado que neciamente hemos cometido. Que María no viva ante el Pueblo como un desecho arrojado del seno de su madre. Mira cómo la lepra ha consumido ya la mitad de su carne». Entonces, clamó Moisés al Señor, diciendo: «¡Oh Dios!, vuélvele, te ruego, la salud». Respondió el Señor: «Si su padre hubiera escupido en la cara a María por haberle ofendido, ¿acaso no mereciera ella estar por lo menos siete días avergonzada ante los demás? Pues, por haberte ofendido a ti, que esté separada siete días fuera del campamento y después se le permitirá volver». Y María fue, pues, echada del campamento por siete días; al término de los cuales, curada de la lepra por Dios, volvió. Después de vuelta María, ella y su hermano, delante de todo el pueblo, pidieron perdón a Moisés y a Séfora.

Capítulo VII

Lugares en que acampó el Pueblo de Israel desde el año 3697 al 3709

El día 2 de noviembre del año 3697, los hijos del Pueblo de Israel partieron de Haserot otra vez en dirección sur de la península del Sinaí, acampando de nuevo en el desértico territorio de Tabera, en donde quedaron durante un año, siendo alimentados con el maná dada la escasez de alimentos. El 1 de noviembre del año 3698 los israelitas partieron otra vez de Tabera hacia el norte, acampando nuevamente en el paradisíaco oasis de Haserot durante tres años. En los primeros días del mes de noviembre del año 3701, el Pueblo de Israel partió de Haserot hacia el nordeste de la península del Sinaí, y penetró en el desierto de Farán. Estaba en el plan divino que los israelitas entrasen muy pronto en Canaán; mas, esto dependía de la buena conducta de ellos para con Dios y para con el Caudillo Moisés. Si bien el camino por el que el Señor les llevaba iba directamente a la Tierra Prometida, las quejas, murmuraciones, e incluso rebeliones, de muchos del pueblo, fueron la causa de que Dios demorase considerablemente aquella entrada en Canaán que tenía prevista a corto plazo, mandando a su Pueblo que en el camino fueran acampando en los siguientes lugares: Retma, Remmonfares, Lebna, Ressa, Ceelata, Monte de Sefer, Arada, y Metca. En cada uno de estos lugares, los israelitas permanecieron acampados alrededor de un año. Mas, a pesar de la ingratitud de muchos de su Pueblo, Dios, en su Bondad infinita, cuidó a sus hijos con verdadero mimo paternal, asistiéndoles con su Providencia para que, en aquel desierto, no les faltase comida, bebida, árboles para ampararse del calor, pas-

to para sus ganados y frutos en las siembras; pues, el Señor, no pocas veces, en los lugares de mayor aridez desértica, ponía fertilidad.

Capítulo VIII

Los israelitas, en su peregrinación hacia el norte de la península del Sinaí, acampan en Cadesbarne. Los exploradores de la Tierra Prometida

1. En los primeros días de noviembre del año 3709, el Pueblo de Israel salió de Metca, y luego fijó sus tiendas en Cadesbarne, ciudad al norte del desierto de Farán. Pasados algunos meses, Moisés transmitió a su Pueblo el siguiente mandato de Dios: *«Hemos llegado junto a los montes de Idumea, en donde comienza la tierra de Canaán, mayormente habitada por amorreos, de la cual nos ha de dar Dios nuestro Señor la posesión. Mirad, oh hijos de Israel, la tierra que os da el Señor Dios, como lo prometió a vuestros padres. Subid, pues, y ocupadla. No tengáis temor alguno, ya que el Dios Todopoderoso la pondrá en vuestras manos»*. Pero, muchos de aquel pueblo, al oír las palabras de Moisés, en vez de confiar en el poder divino, se llenaron de espanto al pensar que tenían que enfrentarse a los enemigos que habitaban en las montañas y en los distintos territorios de Canaán. Además, muchos de aquel Pueblo de Israel, con gran tendencia al desánimo y a la incredulidad, ponían en duda que la Tierra Prometida fuese tan rica y fértil como el Señor y Moisés se lo habían dicho muchas veces.

2. Y fue tal la cobardía e incredulidad de muchos del Pueblo Escogido, que acudieron a Moisés diciendo: *«Para entrar en Canaán, necesitamos saber primero si la tierra es pobre o rica, fértil o estéril; si sus ciudades están fuertemente amuralladas o no, si el pueblo que la habita es o no numeroso y valeroso, y también los caminos por donde podemos entrar más fácilmente. Es, pues, necesario que envíes a algunos de los nuestros para que investiguen todas estas cosas»*. Ante esta reacción de aquellos israelitas, Moisés se irritó, ya que daban muestras de insolente desconfianza en la palabra y en el favor de Dios. Y cuando el Caudillo y Libertador se hallaba en oración pidiendo al Señor luz y fuerzas para los incrédulos, Dios habló a Moisés diciendo: *«Envía, trece hombres principales, uno de cada Tribu, que reconozcan la tierra de Canaán, que he de dar a los hijos de Israel»*. Hizo Moisés lo que el Señor le había mandado, y envió trece varones principales, cuyos nombres eran: De la tribu de Rubén, a Sammua. De la tribu de Simeón, a Safat. De la tribu de Judá, a Caleb. De la tribu de Isacar, a Igal. De la tribu de Efraín, a Josué. De la tribu de Benjamín, a Falti. De la tribu de Zabulón, a Geddiel. De la tribu de Manasés, a Gadí. De la tribu de Dan, a Amiel. De la tribu de Aser, a Stur. De la tribu de Neftalí, a Nahabí. De la tribu de Gad, a Güel. De la tribu de Leví, a Eleazar. Y de entre ellos, puso de jefe y guía a Josué.

3. Envió, pues, Moisés, a estos exploradores para que reconociesen la tierra de Canaán según los pormenores que exigían muchos de aquellos israelitas obstina-

dos, a fin de que se convencieran con el testimonio de los trece. He aquí que dijo a estos Moisés: *«Id más al norte; y, cruzados los montes, entrad en Canaán, para que reconozcáis si la tierra es buena o mala, fértil o estéril, con bosques o sin ellos; y, también, sus ciudades, sus fortalezas y murallas, el pueblo que la habita, si es numeroso o no, y los caminos por donde se pudiese entrar más fácilmente. Tened buen ánimo, y traednos de los frutos de la tierra»*. El 1 de julio de aquel año 3710, partieron los trece emisarios. Y una vez que cruzaron los montes de Idumea y entraron en Canaán, fueron desde el sur hasta Hebrón, desde donde prosiguieron viaje a otros lugares del territorio. Los trece exploradores, después de haber dado vuelta a toda la tierra de Canaán, volvieron al cabo de cuarenta días, trayendo consigo frutos riquísimos en prueba de la fertilidad del país; sobre todo, un racimo de uvas de tan grandes dimensiones que era portado en un varal por Josué y Caleb.

4. El 10 de agosto de aquel mismo año 3710, cuando llegaron adonde estaba el Pueblo de Israel, a todos les mostraron los frutos de la tierra; y Josué, Caleb y Eleazar dieron cuenta a Moisés de la misión por Canaán, diciendo: *«Llegamos a la tierra que nos enviaste, la cual es tan rica que, se podría decir que en ella mana leche y miel, como se puede conocer por estos frutos. Tiene unos habitantes valerosos y ciudades grandes y amuralladas. Hemos visto allí la raza gigante de Enac. Los amalecitas habitan en el mediodía. El heteo, el jebuseo y el amorreo sobre las sierras, y el cananeo mora junto al mar y en las riberas del Jordán»*. Mas, esta verídica información de Josué, Caleb y Eleazar, fue pronto desprestigiada por los otros diez exploradores; los cuales, para infundir el pánico ante el pueblo, decían exagerando: que las ciudades de Canaán eran absolutamente inexpugnables, pues estaban defendidas por numerosas guarniciones de guerreros valientes y esforzados, y de estatura gigantesca; que allí habían visto ciertos monstruos de tan gigantescas dimensiones, que ellos, a su lado, parecían como langostas; y lo más grave de todo, es que decían también que, ni con la ayuda de Dios, podrían conquistar esta tierra, lo cual implicaba una desconfianza y un desprecio blasfemos a la paternal providencia del Señor para con ellos.

Capítulo IX

Rebelión contra Moisés.

Castigo de Dios al Pueblo de Israel

1. Mas, a pesar de la oposición de muchos del pueblo, era el deseo de Dios, comunicado a Moisés que, Israel, con valor y confianza en el poder divino, penetrase sin más en la Tierra Prometida. Esta decisión divina, al no ser aceptada por muchos, dio lugar a manifestaciones de protesta y rebelión contra Moisés. Y como viera Caleb que comenzaban a levantarse contra aquel gran Caudillo, dijo a todos: *«Subamos, y poseamos la tierra, pues estoy seguro que podremos apoderarnos de ella si confiamos en el poder de Dios»*. Mas,

los diez exploradores blasfemos seguían aun con más fuerza infundiendo el desánimo en el pueblo, diciendo: *«De ningún modo podremos enfrentarnos con los habitantes de Canaán, porque son más fuertes que nosotros»*.

2. Y fue tal el abatimiento de muchos de los israelitas, que pasaron toda la noche llorando a gritos, e intensificaban sus murmuraciones y rebeldía contra Moisés, diciendo: *«Ojalá hubiéramos muerto en Egipto; y ojalá perezcamos en este vasto desierto, y no nos introduzca Dios en esa tierra, donde muramos al filo de la espada y sean llevados cautivos nuestras mujeres e hijos. ¿Por ventura no es mejor volvernos a Egipto?»*. Y llegaron hasta el extremo de decirse unos a otros: *«Establezcamos para nosotros un caudillo y volvámonos a Egipto»*. Mas, Josué hijo de Nun, Caleb hijo de Hur, y Eleazar hijo de Aarón, que también habían explorado la tierra, rasgaron sus vestiduras y dijeron a toda aquella multitud de los hijos de Israel: *«El país de Canaán que hemos explorado es muy rico. Si el Señor nos fuere propicio, nos introducirá en él, y nos dará una tierra que, por su fertilidad y abundancia de muchos bienes, podría decirse que en ella mana leche y miel. No queráis ser rebeldes contra el Señor, ni temáis a las gentes de esa tierra, porque los venceremos a todos tan fácilmente como se tritura el pan. No los temáis, pues se hallan destituidos de toda defensa, ya que el Señor está con nosotros»*. Mas, como al oír esto, muchos del pueblo gritasen manifestando incluso su deseo de matar a pedradas a Josué, a Caleb y a Eleazar, se postró en tierra Moisés ante el Tabernáculo pidiendo la intervención divina. Y manifestándose la gloria de Dios ante el Pueblo de Israel, dijo el Señor a Moisés: *«¿Hasta cuándo ha de blasfemar de Mí ese pueblo? ¿Hasta cuándo no ha de creerme, después de tantos milagros como he hecho delante de ellos? Los heriré, pues, con la peste, y acabaré con ellos; y a ti, Moisés, te haré príncipe de una nación grande y más poderosa que ésta»*.

3. Mas Moisés intercedió por su Pueblo diciendo a Dios: *«Señor, que tu longanimidad resplandezca ante todos, pues Tú eres paciente y de mucha misericordia, que quitas la iniquidad y las maldades, y en cuya presencia no hay ninguno que sea inocente. Perdona, te ruego, el pecado de este pueblo, según la grandeza de tu misericordia, así como les has sido propicio desde que salieron de Egipto hasta este sitio»*. A lo que respondió el Señor: *«Ya que tú me lo pides, quedan perdonados de la plaga de la peste con la que iba a castigarles. Sin embargo, dado que tantas veces, este pueblo, ha visto la majestad mía y los prodigios que tengo hechos en Egipto y en el desierto, y a pesar de ello muchos me han menospreciado reiteradamente con su incredulidad y desobediencia a mi Voz, decreto el siguiente castigo: Todos los hijos de Israel, varones y varonas, de veinte años para arriba, no entrarán en la Tierra Prometida, con excepción de ti, Moisés; y también de Josué, de Caleb, y de Eleazar. Por tanto, ninguno más de los que salieron de Egipto pisarán la tierra que juré dar a sus padres Abrahán, Isaac y Jacob. Pues, en este desierto yacerán sus cadáveres»*.

4. Y añadió el Señor: *«Además, impongo a este pueblo otro castigo: Todos los hijos de Israel andarán vagando por el desierto hasta que se cumplan los cuarenta años de la salida de Egipto, pues antes no entrarán en la Tierra Prometida. De esta manera, pagaréis la pena de vuestros pecados de infidelidad y desobediencia. Por tanto, conforme al número de los cuarenta días en que los trece exploradores habéis reconocido la tierra de Canaán, por cada día permaneceréis un año en el desierto a contar desde vuestra salida de Egipto»*. Y habiendo referido Moisés una por una todas estas palabras del Señor a los hijos de Israel, el pueblo prorrumpió en un amargo llanto. Después, Dios fulminó con un rayo a los diez exploradores blasfemos que habían desacreditado, con sus malvadas palabras, el testimonio dado por Josué, Caleb y Eleazar a favor de la Tierra Prometida.

Libro II

El Pueblo de Israel cumple con el castigo divino de peregrinar durante veinte años más por la península del Sinaí

Capítulo I

Muchos de los israelitas intentan penetrar en Canaán, la Tierra Prometida, a pesar de la prohibición de Dios

1. Entre Cadesbarne y la Tierra Prometida se hallaban los montes de Idumea, en cuyo valle cercano estaba acampado Moisés con su Pueblo. Los amalecitas y cananeos, alertados por el peligro de una posible invasión de Canaán por los israelitas, fueron ocupando lugares estratégicos de dichos montes, y colocando emboscadas en los valles con el fin de sorprenderlos en su intento de avanzar más hacia el norte. Ante tales

peligros, en los primeros días de noviembre de aquel año 3710, el Señor dijo a Moisés: *«El amalecita y el cananeo habitan en los valles vecinos. Moved mañana el campamento, y dirigiós hacia el sur, para volver al territorio del desierto que está cerca del Mar Rojo»*.

2. Y aunque Moisés comunicó a todos ese mandato del Señor, muchos del Pueblo de Israel que no querían seguir en el desierto, pese a la prohibición de Dios, propusieron a Moisés el entrar ahora en la Tierra de Promisión, diciéndole con taimado fingimiento: *«Estamos prontos a ir al lugar que habló el Señor; por cuanto conocemos haber pecado»*. Y Moisés les dijo: *«¿Por qué os obstináis en traspasar el mandato del*

Señor, cosa que nunca os saldrá bien? No penséis, pues, en ir; porque el Señor no os asistirá, y seréis derrotados por vuestros enemigos. El amalecita y el cananeo están enfrente de vosotros, al filo de cuyas espadas pereceréis por no querer rendiros al Señor». Mas, a pesar de las exhortaciones de Moisés, ellos, consumando su apostasía de la Iglesia Santa, subieron a una parte elevada del monte idumeo. Muchos de los amalecitas y cananeos que habitaban en lo más alto, al verlos, descendieron; y, luchando contra aquellos rebeldes israelitas, vencieron a estos, muriendo un número aproximado de cien mil israelitas entre varones y varonas.

Capítulo II

El Pueblo de Israel, en su continuo peregrinar en el desierto, acampa de nuevo en el Valle del Sinaí.

Moisés transmite algunos preceptos

1. Mientras los rebeldes israelitas luchaban contra los amalecitas y los cananeos, Moisés, cumpliendo la orden dada por Dios, partió de Cadesbarne rápidamente con su Pueblo, y después de varios días de camino, acamparon de nuevo en el valle junto al Monte Sinaí. Aquí, el Señor mandó a Moisés que transmitiese algunos de los otros preceptos religiosos que Él le había dado veinte años atrás en la cima de aquel Monte.

2. Quien, obstinada y alevosamente, despreciaba la Ley de Dios, era castigado con la muerte, y lo mismo el que infringía ciertos preceptos así penalizados: *«La persona que públicamente se rebelare contra la Ley, sea ciudadano o extranjero, perecerá de en medio de su Pueblo, porque fue rebelde contra el Señor, por cuanto despreció su palabra e hizo vano su mandamiento. Por esto, será exterminada como pena a su iniquidad».*

3. Y acació que hallaron a uno de los hijos de Israel cogiendo leña en día de sábado con manifiesto desprecio de la ley sabática que él bien conocía, y fue presentado a Moisés ante todo el pueblo. Moisés lo encarceló no sabiendo con certeza qué debía hacer con él. Y el Señor dijo a Moisés: *«Muera sin remisión ese hombre, mátelo el pueblo a pedradas».* Y habiéndolo sacado fuera del campamento, fue apedreado y muerto por un grupo numeroso elegido por Moisés, en representación de todo el pueblo.

4. Dijo también el Señor a Moisés: *«Habla a los hijos de Israel, y les dirás que se hagan unas franjas en los remates de los mantos, y que pongan en ellos unos cordones de color jacinto: para que, cuando los vieren, se recuerden de todos los mandamientos del Señor, y no se vayan en pos de sus malos pensamientos ni pongan sus ojos en objetos que corrompan su corazón; mas, antes bien acordándose de los preceptos del Señor, los cumplan, y sean santos: Yo soy el Señor, que os saqué de la tierra de Egipto, para que me honréis como vuestro Dios».*

Capítulo III

Sedición y castigo de Coré, Datán y Abirón

1. El 1 de febrero del año 3711, cuando los israelitas se hallaban en el valle del Sinaí, sucedió que el Sacerdote Coré, de la tribu de Leví, y Datán y Abirón, de la tribu de Rubén, en unión de doscientos cincuenta ministros levitas de los más ilustres e influyentes ante el pueblo, se amotinaron contra Moisés y Aarón, con la intención de deponerlos de sus respectivos cargos y ocuparlos ellos, alegando que ambos los desempeñaban ilegítimamente; pues, Coré, al ser Sacerdote, ambicionaba la dignidad del Sumo Sacerdocio que correspondía a Aarón; y Datán y Abirón, de la tribu de Rubén, como descendientes que eran del primogénito de Jacob, ambicionaban, respectivamente, el cargo de Moisés y el de Josué. He aquí que los tres sediciosos cabecillas, haciendo frente a Moisés, a Aarón y a Josué, les dijeron: *«Basta ya que sigáis ejerciendo cada uno vuestra autoridad ilícitamente, pues este pueblo es la Iglesia Santa del Señor, y Él está en medio de sus fieles, y sólo al Señor le corresponde el gobierno de la misma. ¿Por qué razón os erigís jefes del Pueblo del Señor?».* Con cuya actuación hipócrita, Coré y los demás sectarios, pretendían que el Pueblo depusiera a Moisés, a Aarón y a Josué para luego ellos ocupar sus puestos. Ante tales palabras de rebeldía, Moisés se echó postrado sobre su rostro, pidiendo el auxilio divino. Dios manifestó su gloria en el Tabernáculo, por lo que los sediciosos, llenos de pánico, depusieron momentáneamente su rebeldía. Luego, Moisés habló a Coré, a los demás sectarios y a todo el pueblo, diciendo: *«Mañana, el Señor dejará bien patente ante todos quiénes son los suyos y a quiénes ha escogido para el gobierno y guía de su Pueblo».*

2. No obstante la palabra de Moisés, los doscientos cincuenta levitas rebeldes y más de veinticinco mil personas del pueblo, proclamaron a Coré como Sumo Sacerdote, usurpando así el cargo que correspondía a Aarón. Y llegó a tal la osadía que, al día siguiente, 2 de febrero, Coré, junto con los doscientos cincuenta levitas que apoyaban su rebelión, lleno de obcecación, llevó consigo un incensario y se presentó en el Tabernáculo para ofrecer incienso a Dios como si fuera Sumo Sacerdote, cargo que había usurpado a Aarón. Moisés, viendo esto, dijo a Coré y a los doscientos cincuenta levitas: *«Oíd hijos de la tribu de Leví: ¿Os parece poco que el Dios de Israel os haya escogido como sacerdotes y levitas, separándoos de los demás para teneros más cerca de Él a fin de que le sirváis en el culto del Tabernáculo y ejerzáis su ministerio? ¿Por qué quieres, Coré, también usurpar el Sumo Sacerdocio que no posees?».* Y dijo Coré: *«Apártate de ahí».*

3. Una gran multitud de personas había acudido para presenciar tan lamentable suceso. Más de veinticinco mil eran partidarios de los rebeldes, los cuales rodeaban a Moisés y Aarón a la puerta del Tabernáculo. Y cuando Coré tenía preparado el incensario encendido con el Fuego Sagrado, dijo el Señor a Moisés: *«Retiraos de en medio de esa turba, que ahora mismo voy a*

acabar con ellos». Y saliendo Fuego del mismo incensario que portaba el Antisumo Sacerdote Coré, abrasó y fulminó a este usurpador y a los doscientos cincuenta levitas que le apoyaban. El Fuego Sagrado del incensario tomado por Coré, movido por la Santa Ira de Dios, se extendió devastadoramente, abrasando y fulminando también a los más de veinticinco mil cismáticos. Con este justísimo castigo, Dios demostró ante su Pueblo que Aarón era el Sumo Sacerdote escogido por Él.

4. Seguidamente, Dios, para demostrar ante el pueblo que Moisés era el Caudillo de Israel y que Josué era el Vicecaudillo, ordenó a Moisés que, acompañado de Josué, fuera a las tiendas de los sediciosos Datán y Abirón. Y una vez llegado, dijo a estos Moisés: *«El Señor acaba de dejar bien patente que Aarón es el Sumo Sacerdote, ya que el Fuego Sagrado ha devorado a Coré y a todos sus seguidores. Mirad que no os pase lo mismo a vosotros dos y a vuestros seguidores por rechazar la autoridad que Dios ha puesto en mí y la que ha puesto en Josué»*. Ante el desprecio que Datán y Abirón demostraron, dijo Moisés delante del pueblo congregado: *«Ahora sabréis que estos dos han blasfemado contra el Señor al ir contra mi autoridad y la autoridad de Josué, pues la tierra abrirá su boca y se tragará a ellos, a sus familias, a sus seguidores y a todas sus cosas»*. No bien hubo acabado de hablar, cuando la tierra se hundió debajo de los pies de los sediciosos y se los tragó vivos a todos con sus tiendas y haberes. Y así quedó demostrado el caudillaje de Moisés y el vicecaudillaje de Josué. Los sediciosos Coré, Datán y Abirón, una vez muertos, fueron arrojados en cuerpo y alma al Infierno. En este día, el número total de muertos por los castigos divinos, alcanzó la cantidad de cincuenta mil personas, entre varones y varonas.

Capítulo IV

El Sumo Sacerdocio de Aarón es confirmado ante el pueblo por el milagroso florecimiento de su vara

1. Para confirmar milagrosamente ante el pueblo que el Sumo Sacerdocio había recaído en Aarón por voluntad divina, y para evitar en lo sucesivo toda posible codicia sobre el derecho al sacerdocio, por parte de las otras tribus, pues sólo correspondía a los de la tribu de Leví, dijo el Señor a Moisés: *«Habla con los hijos de Israel y haz que entreguen una vara por cada tribu; doce varas por los doce príncipes de las tribus, y escribirás el nombre de cada príncipe sobre su vara peculiar. En lo que concierne a Aarón, su nombre estará escrito en la vara de la tribu de Leví, que no está contada entre las otras doce. Las trece varas las pondrás en el Tabernáculo delante del Arca de la Alianza, en donde te hablaré; la vara que Yo eligiere florecerá, para que no haya más codicia del Sumo Sacerdocio que corresponde a Aarón»*.

2. Habló, pues, Moisés con los hijos de Israel, y dieronle todos los príncipes las varas: una por cada tribu, o sea, doce varas, que, con la vara de Aarón, sumaban

trece. Moisés colocó en el Tabernáculo, delante del Arca de la Alianza, todas las varas, estando la de Aarón en el centro de las otras doce. Y cuando volvió al día siguiente, halló que había florecido la vara de Aarón, puesta por la tribu de Leví. Sacó, pues, Moisés, todas las varas de la presencia del Señor y las enseñó a los hijos de Israel, viendo todos que la vara de Aarón era la que había florecido. Y Dios dijo a Moisés: *«Que Aarón porte en su mano la vara florecida hasta su muerte como señal milagrosa de su Sumo Sacerdocio»*. Y así lo cumplió Aarón.

Capítulo V

Los israelitas permanecen acampados en el valle del Monte Sinaí desde el año 3710 al 3713. Peregrinaje del Pueblo de Israel por el desierto, bajo el mando de Moisés, desde el año 3713 al 3725

1. El Pueblo de Israel estuvo acampado en el valle junto al Monte Sinaí desde noviembre del año 3710 en que llegó por segunda vez, hasta noviembre del año 3713 en que partió de nuevo.

2. En los primeros días de noviembre de aquel año 3713, los israelitas, al mando de Moisés, partieron del valle del Monte Sinaí, llevando a cabo un largo peregrinaje por la península del Sinaí, acampando en los siguientes lugares, y por este orden: un año en Tabera, tres años en Haserot, un año en Retma, un año en Remmonfares, un año en Lebna, un año en Ressa, un año en Ceelata, un año en Monte de Sefer, un año en Arada y un año en Metca.

3. En ese peregrinar por el desierto, muchos del Pueblo de Dios apostataron y otros muchos extranjeros aceptaron la fe y disciplina de Moisés, pasando a formar parte de la Iglesia Santa; pues, la península del Sinaí era una ruta obligada para el cruce de las caravanas, hacia distintas regiones, procedentes de Egipto o de Canaán, o de otros lugares. Por tanto, durante estos doce años hubo apostasías individuales, de grupos, e incluso generales; y de los que apostataron, unos volvieron al Pueblo de Dios y otros no. Además, muchos de los enemigos que, durante estos doce años, guerrearon contra los israelitas, se convirtieron al ver las grandes virtudes de estos y también los prodigios que el Señor hacía con su Pueblo Escogido.

4. Moisés, siempre celoso por el mantenimiento e integridad de la fe en el verdadero Dios y del culto que a Él ha de tributarse, exigió a su Pueblo, no sólo durante estos doce años, sino durante todo el tiempo de los cuarenta años que peregrinó en el desierto, el más estricto cumplimiento de la Ley Divina: los Mandamientos del Decálogo, los preceptos sobre el culto divino, la observancia de las fiestas principales, la general disciplina impuesta por el Señor y muy especialmente la circuncisión de los varones en el octavo día de su nacimiento, y también la de los extranjeros que se convertían.

5. Durante estos doce años fueron numerosísimos los nacimientos de varones y varonas, como lo fue durante todo el tiempo de los cuarenta años que el Pueblo de Israel peregrinó por el desierto.

Libro III

Últimos años del largo peregrinar, por el desierto, del Pueblo de Israel.

Diligencias para la entrada en la Tierra Prometida

Capítulo I

Muerte de María, hermana de Moisés, en Cadesbarne

En los primeros días de noviembre del año 3725, el Pueblo de Israel, procedente de Metca, acampó otra vez en Cadesbarne. En el mes de febrero del año 3726, murió aquí María santamente, a la edad de ciento veintiocho años, y fue enterrada en aquel mismo lugar. Cuando murió María, su hermano Moisés, tenía ciento dieciséis años y su hermano Aarón ciento diecinueve.

Capítulo II

Nuevo amotinamiento contra Moisés.

Moisés saca milagrosamente agua de la Roca

1. En los primeros días del mes de julio de aquel año 3726, cuando los hijos de Israel se hallaban acampados en Cadesbarne, como llegase a faltar agua, muchos se amotinaron contra Moisés manifestando su ingratitud a él, con estas injustas quejas: «¡Ojalá hubiéramos perecido entre nuestros hermanos que castigó el Señor! ¿Por qué has conducido al pueblo de Israel al desierto, para que muramos nosotros y también nuestros animales? ¿por qué nos hiciste salir de Egipto, y nos has traído a este desierto miserable, que ni aún agua tiene para beber?».

2. Al oír esto, Moisés separóse de la gente y entrando en el Tabernáculo, se postró rostro al suelo y clamó al Señor, diciendo: «¡Oh, Señor, nuestro Dios, oye el clamor de muchos de los hijos de este pueblo y ábreles una fuente de agua abundante, para que, saciados, pongan fin a su murmuración!». Y apareció la gloria del Señor, y dijo a Moisés: «Toma tu vara, y congrega al pueblo, y golpearás la peña en presencia de toda la gente, y la peña brotará aguas abundantes. Y sacado que hubieres agua de la peña, beberá todo el pueblo con sus ganados». Tomó, pues, Moisés su vara, para llevar a cabo el mandato divino, comunicando al Pueblo lo que Dios le había dicho. Sin embargo, aquella ingente multitud de israelitas murmuradores, aún más obstinados en su rebeldía, clamaron enérgicamente para que fuera Aarón quien, con su misma vara florecida, golpeará la peña. Esta adulatora pretensión, llenó de tal engreimiento a Aarón, que éste se dispuso a golpear la peña con su vara; mas, no pudo llevarlo a cabo ya que, al intentar mover el brazo en cuya mano portaba su vara, Dios se lo inmovilizó totalmente. Y llegó a tal la osadía de Aarón que, con la otra mano, agarró la vara que Moisés portaba en la suya sin que éste pudiera impedir que la tomara, ya que Dios había aflojado la mano de Moisés, y entendió que el Señor lo había hecho así para luego salir en su defensa ante el pueblo, acreditándole nuevamente como Caudillo mediante una milagrosa victoria. Una vez que Aarón tomó la vara de Moisés, gran parte del pueblo aclamó al Sumo Sacerdote con gritos de júbilo. Aarón golpeó la roca con la vara

usurpada al Caudillo de Israel, sin que brotase agua alguna. Mas, de inmediato, sucedió que, la parte superior de la vara florecida que Aarón aún portaba en la otra mano, se convirtió en un gran pulpo que le atrapó todo el cuerpo, ciñéndole fuertemente cabeza, tronco y extremidades, lo cual producía en Aarón dolores y estremecimientos agónicos. Aarón, sintiéndose morir oprimido por los tentáculos de aquel gigantesco pulpo, sinceramente arrepentido de su pecado, clamó a Moisés para que pidiese a Dios le librara de tan merecido castigo divino.

3. Aquel gran Caudillo Moisés, tomando su propia vara de la mano de Aarón, dijo a la multitud: «¡Oíd, rebeldes e incrédulos al favor de Dios! Vais a ver ahora cómo, con la intervención del poder divino, haré salir agua de esta peña para vosotros». Y habiendo golpeado Moisés la peña una sola vez con la vara, brotó milagrosamente de ella abundantísima agua, para que pudieran saciar la sed el pueblo y los ganados. Tras este milagro, Dios comunicó a Moisés: «Ahora, con tu vara, toca la cabeza de Aarón para librarle de la opresión externa del pulpo». Lo hizo así Moisés, y el pulpo se convirtió nuevamente en la parte florida de la vara de Aarón, quedando así éste liberado por entonces; pues, no tardando mucho, tendría que soportar una dolorosa enfermedad llamada del «pulpo», parecida al cáncer de huesos.

4. Seguidamente, dijo Dios a Moisés: «Por cuanto que muchos han vuelto a ser incrédulos a mi providencia amotinándose contra ti, no merece este pueblo que tú, su Caudillo y Libertador, seas el que los introduzcas en la Tierra Prometida». Después de estas palabras, Dios fulminó con un rayo a los promotores de aquella rebelión y a sus secuaces, causando una mortandad de unas ciento cincuenta mil personas entre varones y varonas. El manantial de agua brotada milagrosamente de la peña por la vara de Moisés en Cadesbarne, pasó a llamarse Agua de Contradicción, pues allí pendenciaron los hijos de Israel contra el Señor, y Él fue santificado ante ellos al manifestar su Poder, a través de Moisés, y también su justicia castigando a los rebeldes.

5. Seguidamente, Aarón, pidió perdón a Dios y a Moisés delante de todo el pueblo. Mas, dijo Dios a Moisés que comunicara a su hermano lo siguiente: «Por las repetidas infidelidades de Aarón, él no entrará en la Tierra Prometida, y además, hasta el día de su muerte, habrá de expiar sus pecados».

Capítulo III

Dios purifica a Aarón con una dolorosa enfermedad

En el mes de noviembre del año 3726, el Señor Dios clemente y misericordioso, para purificar al Sumo Sacerdote Aarón de su pecado de idolatría por el becerro de oro, de su envidia contra Moisés y codicia de su Caudillaje, de sus vanidades, de sus rebeldías y de otros errores

de su vida, le mandó una dolorosísima enfermedad, similar a lo que hoy es el cáncer, antes llamada del «pulpo», porque sus tentáculos iban oprimiendo todos sus huesos; de manera que, durante los tres últimos años de su vida, toda la estructura ósea de Aarón estuvo penetrada de esa enfermedad cancerosa que le producía dolores atroces y le dificultaba el andar y cualquier otro movimiento corporal; mas, sin que mermase sus facultades mentales, ni le impidiese ejercer su ministerio. A la vista de todo el pueblo, esta purificadora enfermedad de Aarón quedó bien patente por los lamentos, alaridos y demás gestos desgarradores de dolor, que eran de inevitable manifestación pública.

Capítulo IV

Frustradas negociaciones de Moisés con el rey de Edón

1. Para pasar desde Cadesbarne a la tierra de Canaán, era necesario cruzar el territorio de Idumea, poblado por los descendientes de Esaú, hermano de Jacob. Moisés, con el fin de evitar una posible guerra con ellos, en el mes de noviembre del año 3727, envió mensajeros, desde Cadesbarne, al Amalec o rey de Edón, de Idumea occidental, para que le dijese: *«Esto te envía a decir el Pueblo de Israel: Nos hallamos en esta ciudad de Cadesbarne, situada en tus confines. Suplicamos que nos permitas pasar por tu tierra para entrar en Canaán. No iremos ni por los sembrados ni por las viñas; no beberemos agua de tus pozos, sino que iremos por el camino público, sin torcer ni a la derecha ni a la izquierda, hasta que pasemos tus dominios»*. A lo que respondió el rey de Edón: *«No pasarás por mi tierra, que si lo haces, saldré armado a tu encuentro»*. E insistieron los mensajeros de Israel: *«Pasaremos por el camino público, y si nosotros y nuestros ganados bebiéramos de tus pozos, pagaremos lo que es justo, ninguna dificultad habrá. Sólo queremos que nos dejéis libre el paso»*. Mas, el obstinado rey idumeo respondió: *«No pasaréis»*. Y luego, a fin de asegurarse más e impedir el paso, colocó un poderoso ejército para que guardase las fronteras. Ante esta negativa actitud del rey de Edón, Moisés, con su Pueblo, permaneció en Cadesbarne a la espera de que, en algún momento, desaparecieran los obstáculos para entrar desde ahí directamente en Canaán.

2. En los primeros días de noviembre del año 3728, el Señor se apareció a Moisés y le mandó que encaminase a su Pueblo hacia el este de la península del Sinaí, en donde se hallaba la parte oriental de Idumea, fuera del dominio del rey de Edón. Pocos días después, los hijos de Israel levantaron el campamento de Cadesbarne y se encaminaron hacia donde el Señor les había indicado, acampando en el valle de Moserot junto al Monte Hor.

Capítulo V

Muerte de Aarón en el Monte Hor

En los primeros días de noviembre del año 3729, cuando el Pueblo de Israel se hallaba acampado en el valle de Moserot, en Idumea oriental, el Señor dijo a

Moisés: *«Es llegada la hora de la muerte de Aarón. Vaya, pues, a reunirse con sus antepasados, porque no ha de entrar en la Tierra Prometida, por cuanto que fue infiel en las Aguas de Contradicción. Toma contigo a Aarón y a su hijo Eleazar, y los conducirás al Monte Hor. Y después de despojar al padre de sus vestiduras de Sumo Sacerdote, revestirás con ellas a su hijo Eleazar. Aarón morirá allí»*. Hizo Moisés lo que le mandó el Señor, y a la vista de todo el pueblo, comenzaron el ascenso del monte. Y cuando se hallaban solos los tres, Moisés despojó a Aarón de sus vestiduras sacerdotales y vistió con ellas a su hijo Eleazar. En la cumbre del Monte Hor, murió santamente Aarón a la edad de ciento veintitrés años, y allí Moisés y Eleazar lo sepultaron en un lugar muy escondido. Después, Moisés descendió con Eleazar, siendo éste Sumo Sacerdote tras la muerte de su padre. Cuando el pueblo oyó que Aarón había muerto, hubo duelo por él durante treinta días en todas las tribus.

Capítulo VI

La serpiente de bronce

1. En los primeros días de diciembre del año 3729, los israelitas partieron del valle de Moserot, junto al Monte Hor, hacia el sur de la península del Sinaí, por el camino que va al Mar Rojo, con el fin de hacer un rodeo hacia el territorio de Moab. En este viaje de retroceso, pasaron por Benejacán, el Monte de Gadgad, Jetebata, Hebrona y Asiongaber ciudad ésta situada en el punto en que termina el golfo del mar Rojo de la parte oriental de la península del Sinaí. Desde Asiongaber, partieron otra vez hacia el norte, pasando por Salmona, en donde había manantiales con abundante agua.

2. Desde Salmona, ascendiendo la península, caminaron por un valle estéril con trechos arenosos y pedregosos, con grandes dificultades para caminar; por lo que, el pueblo, impacientándose por la fatiga y el trabajo, comenzó a murmurar contra Dios y Moisés, diciendo: *«¿Por qué no habremos muerto ya? Nos traes por una tierra desértica y estéril, donde nos faltan pan y agua; nos provoca ya náuseas esta comida del maná, casi sin substancia»*. Y llegó a tal el enojo del Señor que, llegados a la ciudad de Punón, envió contra su Pueblo unas feroces serpientes, cuyas mordeduras eran tan venenosas, que causaban inflamaciones dolorosísimas hasta producir la muerte. Ante tan terrible castigo, los del pueblo vinieron a Moisés, diciendo: *«Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti. Ruega a Dios que aleje de nosotros las serpientes»*. Y el Señor dijo a Moisés: *«Haz una serpiente de bronce, y ponla en lo alto de una columna para señal de salud, y el que la mirare vivirá, aunque esté herido de la mordedura de las serpientes»*. Hizo, pues, Moisés una serpiente de bronce y púsola en lo alto de una columna, y la serpiente de bronce fue señal de salud; ya que, ante su presencia, murieron de súbito todas las serpientes, y aquellos que habían sido mordidos por ellas, mirándola quedaban sanos del doloroso

y mortífero efecto del veneno. Este castigo causó la muerte a unas cien mil personas entre varones y varonas. La serpiente de bronce es figura de Cristo levantado en la cruz del Calvario.

3. Después de que Dios, en su paciencia y bondad infinitas, libró a su Pueblo de la mordedura de las serpientes, partieron los hijos de Israel de Punón llevando consigo la serpiente de bronce como señal de salud. Y más hacia el norte, acamparon brevemente en la ciudad de Obot, que está al este del territorio de Idumea. Después, continuando viaje más hacia el norte, fijaron sus tiendas brevemente en Jeabarín, en el desierto, situada en la frontera del territorio de Moab; dirigiéndose después más hacia el este, hasta llegar al torrente Zared. Después, dejando éste, acamparon unos pocos días enfrente del torrente Arnón, el cual desemboca en el Mar Muerto. El torrente Arnón, de abundantes aguas, se deslizaba entre un gran cañón de encrespadas rocas, por lo que era muy difícil cruzarlo por donde tenían que hacerlo los israelitas. Aquí, hizo Dios un milagro similar al del cruce del Mar Rojo, ya que se formó sobre las rocas del torrente Arnón un camino a manera de puente, por donde pudo pasar fácilmente el Pueblo de Israel desde donde estaba a la ciudad de Ar, en el centro del territorio de Moab. Este puente desapareció cuando hubo pasado todo el Pueblo Escogido.

4. Los israelitas, dentro del territorio de Moab, hicieron el siguiente recorrido: Desde Ar, pasaron a Beer, en donde, buscando agua, hallaron un pozo seco, por lo que el Señor dijo a Moisés: *«Junta al pueblo, que Yo le daré agua»*. Y una vez que se obró el milagro, todo el Pueblo de Israel, a una, entonó este cántico: *«Brotó agua del pozo, por el poder de Dios, a través de la vara de Moisés»*. Desde Beer fueron a Mataná, de aquí a Nahaliel y luego a Bamot, acampando después en Setín, valle moabita junto al Monte Fasga o Nebo, en los primeros días de enero del año 3730.

Capítulo VII

Divino Apostolado del Ángel del Señor, bajo la figura del Santísimo Melquisedec, en todos aquellos territorios que serían conquistados por Moisés

Mucho antes de que Moisés se alzara en armas para emprender la conquista de la parte oriental del Jordán, el Alma de Cristo, bajo la figura del Santísimo Melquisedec, se apareció en muchos lugares para exhortar a la conversión a aquellas gentes paganas e idólatras, generalmente de pueblos amorreos, moabitas y madianitas, que habitaban en la tierra de Canaán situada en la parte oriental del río Jordán y del mar Muerto. Este apostolado divino se debió a un gesto de la infinita piedad y misericordia de Dios para con aquellos pueblos, a fin de darles una oportunidad de conversión. De esta manera, Dios perseguía un doble fin: el de la salvación de sus almas mediante la aceptación del verdadero Dios, de su Santa Ley e integración en su Iglesia Santa, y el de librarles del mortal exterminio que conllevaría la conquista de sus ciudades por los ejércitos

del Pueblo de Israel, ya que Dios había ordenado a Moisés que exterminase completamente a todos los pueblos que se obstinasen en el paganismo. De tan generosísima oportunidad se aprovecharon muchas gentes de aquellos pueblos idólatras aceptando las palabras de Melquisedec; ya que, unos antes y otros durante las grandes batallas de Moisés, se convertirían al Pueblo de Dios. Mas, la mayor parte de aquellas gentes siguieron obstinadas en sus creencias y costumbres idólatricas, por lo que perecerían exterminados hombres, mujeres y niños, y muchas de las ciudades serían aniquiladas. En la conquista de la parte oriental del Jordán, por Moisés, el Señor fue, pues, el gran Salvador de los que llegarían a aceptarle como Dios Único y Verdadero, y fue también el gran Exterminador de los que llegarían a rechazarle.

Capítulo VIII

Victoriosas batallas del Pueblo de Israel en territorios de la ribera oriental del Jordán

1. En el mismo mes de enero de aquel año 3730, cuando el Pueblo de Israel se hallaba en el valle moabita de Setín, junto al Monte Fasga o Nebo, envió Moisés una embajada a Sehón, rey de los amorreos, diciéndole: *«Ruégote que me dejes pasar por tu tierra. No dañaremos ni tus sembrados ni tus viñas, ni beberemos agua de los pozos; marcharemos por el camino público, hasta que hayamos pasado tus términos»*. No quiso Sehón permitir que Israel atravesase por su país; es más, juntando sus tropas, les salió al encuentro en el desierto y peleó contra él en Jasa. Mas, Sehón murió en la batalla herido por la espada de los hijos de Israel, quienes, además, exterminaron a todos los habitantes que no se convirtieron al Pueblo de Dios, sin perdonar ancianos, mujeres y niños; y ocuparon todo su territorio desde el torrente Arnón hasta el torrente Jaboc y las fronteras de los amonitas, las cuales estaban defendidas con fuertes guarniciones. Tomó, pues, Israel la ciudad de Hesebón y sus aldehuelas, del territorio de los amorreos, y habitó en ellas.

2. Desde Hesebón, Moisés envió soldados que reconocieran la situación de la ciudad amorrea de Jazer; y, después, al frente de su ejército, la tomó con todas sus aldehuelas, exterminando también a sus habitantes. El ejército vencedor israelita siguió sus conquistas más hacia el norte; y le salió al encuentro Og, rey de Basán, con toda su gente, para atacarlos en Edrai. Y el Señor dijo a Moisés: *«No le temas, que Yo haré que caigan en tus manos tanto él como su tierra y habitantes; pues, lo vencerás y morirá a filo de espada, como pasó con Sehón, rey de los amorreos»*. Moisés, pues, emprendió la batalla, muriendo en ella el rey Og. Los israelitas se apoderaron de toda la tierra de Basán exterminando a todos los habitantes que no se convirtieron al verdadero Dios.

3. Estas dos victorias proporcionaron a los israelitas, no sólo inmensas riquezas, sino un amplio y fértil territorio de la zona cananea de la parte oriental del Jordán.

Capítulo IX

El profeta Balaán

1. La fama de las victorias de los hijos del Pueblo de Israel y las maravillas que Dios hacía con ellos, corrió de boca en boca por aquellos territorios divididos en pequeños reinos; a cuyos habitantes, el solo nombre de Israel causaba pavor. He aquí que, con suma diligencia, observaban los movimientos del Pueblo de Dios, y hacían alianzas con otros reinos a fin de apoyarse unos a otros en defensa contra aquel enemigo israelita que veían invencible. Moisés y todo su Pueblo, tras las dos victorias anteriores, siguió acampado, y ahora con más señorío, en el valle de Setín, a unos 10 kilómetros de la orilla del río Jordán, del país de Moab, cuyo rey se llamaba Balac.

2. Por entonces, vivía en Harán de Mesopotamia el profeta Balaán, descendiente de la familia de Abrahán que había quedado en aquella región cuando éste salió de Ur a la tierra de Canaán para corresponder a la vocación de Dios. Balaán era auténtico profeta y adorador del verdadero Dios, y venía profesando la fe heredada de sus antepasados, a los que no había llegado todavía la Ley de Moisés; pues, Balaán no supo de la existencia del Pueblo de Israel como Pueblo Escogido, hasta que Dios se lo reveló con motivo de hallarse acampados los israelitas en el país de Moab. A pesar de que Balaán poseía el don de profecía, sin embargo, su conducta moral dejaba mucho que desear, ya que era persona ambiciosa, lujuriosa y engreída; por lo que, Satanás, solía valerse de él, algunas veces, para llevar a cabo sus perversos planes mediante mensajes diabólicos. No pocas veces Balaán había vendido su misión profética por riquezas y placeres. La conducta de Balaán solía pasar de un extremo a otro: desde las muestras de arrepentimiento más exageradas hasta las manifestaciones de incontinencia y ambición de riqueza más depravadas. A pesar de la conducta ambigua del profeta Balaán, Dios, que quería salvar su alma, se valía de él para comunicar su Divina Palabra a las gentes con santos vaticinios. Con todos estos aspectos contrapuestos, la fama de Balaán se había extendido por diversos territorios, siendo considerado por unos como verdadero profeta y por otros como mago y hechicero.

3. Como Balac, rey de los moabitas, considerase el grave peligro que suponía para él y sus súbditos la estancia del Pueblo de Israel dentro de su reino, se apresuró a concertar alianza defensiva con sus vecinos los madianitas. No obstante, temiendo que, ni aun así, podría sostener las posibles acometidas del Pueblo de Israel, envió mensajeros de su territorio, y también del de Madián de acuerdo con su rey, al profeta Balaán, que habitaba en la ciudad de Harán, en Mesopotamia, para decirle: *«Ha llegado, procedente de Egipto, un pueblo que está apoderándose de gran parte de estos reinos, y está acampado en el mío. Ven, pues, a maldecir a dicho pueblo, porque es más fuerte que yo; a ver si así puedo arrojarlo de mi país, porque yo sé, oh Balaán, que será bendito aquel a quien tú bendijeres, y maldito aquel a quien tú maldijeres»*. El hecho de

que el rey Balac recurriese a Balaán para sus perversos fines, era porque le consideraba como un adivino con ciertos poderes mágicos, y no como verdadero profeta de Dios.

4. Una vez que los emisarios, con preciosos regalos, llegaron a la casa de Balaán, le expusieron a éste todo lo que el rey Balac les había mandado decir, y él les respondió: *«No conozco cuál es la opinión de Dios sobre el Pueblo de Israel. Quedaos aquí esta noche, y yo os comunicaré lo que me dijere el Señor»*. Hospedáronse, pues, en casa de Balaán, y Dios se le apareció a éste, y díjole: *«¿Qué quieren esos hombres que tienes en tu casa?»*. Respondió: *«Balac, rey de los moabitas, me ha enviado a decir: Un pueblo salido de Egipto ha ocupado gran parte de estos territorios: ven y maldícele, para ver si puedo, peleando, ahuyentarlo»*. Dijo Dios entonces a Balaán con cierto enojo: *«No vayas con ellos, ni maldigas a ese pueblo, siendo, como es, bendito por Mí»*. Balaán, temeroso de Dios, levantándose de mañana, dijo a sus huéspedes emisarios: *«Volveos a vuestra tierra, porque me ha prohibido el Señor ir con vosotros»*.

5. El rey Balac envió de nuevo a Balaán otros emisarios en mayor número y más distinguidos que los anteriores, y con más preciosos regalos, para que le dieran el siguiente mensaje: *«Balaán, no tardes en venir a maldecir al Pueblo de Israel; por ello, dispuesto estoy a honrarte y a darte cuanto quisieres. Ven, y maldice este pueblo»*. Y respondió Balaán: *«Aunque Balac me diese toda su casa llena de plata y oro, no podré contradecir la palabra del Señor mi Dios, para hablar ni más ni menos de lo que Él me ha dicho. Ruégos que os quedéis también aquí esta noche, y podré saber qué me responde de nuevo el Señor»*. Y se apareció Dios a Balaán, diciéndole: *«Vé con esos hombres, con tal que hagas todo lo que Yo te mandare»*. El Señor reveló a Balaán que el Pueblo de Israel era su Iglesia Santa, y que debía presentarse a su Caudillo y Libertador Moisés para someterse a su autoridad y unirse a ellos, ya que sólo de esta manera cumpliría su divina Voluntad y podría salvarse; mas, que antes tenía que decir al rey Balac que no estaba dispuesto a hacer daño alguno a los hijos de Israel, ya que constituían el Pueblo de su Dios y Señor. Balaán aceptó, momentáneamente, este mandato de Dios, y se dispuso interiormente a cumplirlo.

6. Por la mañana, levantándose Balaán, aparejó su burra y marchó con los emisarios del rey Balac. Mas, por el camino, ellos, con grandes promesas, regalos y adulaciones, lograron cambiar la buena disposición que Balaán llevaba de unirse al Pueblo de Dios; hasta el punto que el profeta se ofreció a maldecir a los hijos de Israel para satisfacer los perversos deseos del rey de Moab, y así recibir su recompensa. Con tal cambio, el Señor se enojó grandemente con Balaán. Y cuando éste, sentado sobre su burra, iba por el camino, el Ángel del Señor, que era el Alma Divinísima de Cristo, salió a su encuentro con una espada desenvainada en la mano; y, cortando el paso al animal, le obligaba a que se apartara a un lado y a otro, ya que no podía

continuar el paso hacia delante. Y como el profeta Balaán, que no veía al Ángel del Señor, golpease brutalmente a la burra para que enderezara su paso por el centro de la senda, el Ángel del Señor estrechó aún más el camino al animal, por lo que éste se vio obligado a arrimarse a una pared de piedra, dañando un pie de Balaán, quien golpeó, con este motivo, más fuertemente al animal. Mas, parándose el Ángel del Señor delante de la burra, ésta cayó en tierra, siendo golpeada más reciamente por Balaán. El Señor, haciendo que la burra hablase, ésta se quejó a Balaán, diciendo: «¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me pegas ya por tercera vez?». Respondió Balaán: «Porque lo has merecido por burlarte de mí, ¡ojalá tuviera yo una espada para atravesarte con ella!». Dijo la burra: «¿Por ventura no soy yo tu bestia, sobre la cual has ido casi siempre montado hasta el día de hoy? Dime si yo te he hecho mal alguna vez». Y él respondió: «Nunca». A lo que la burra dijo: «Más golpes mereces tú, porque te opones ahora a Dios con las gracias que te ha dado».

7. En aquel momento, el Ángel del Señor o Alma Divinísima de Cristo, permitió que Balaán le viese parado en el camino con la espada desenvainada, y el profeta postrándose en tierra le adoró. Y el Ángel del Señor le dijo: «¿Por qué castigas por tercera vez a tu burra? Yo he venido para oponerme a ti, por cuanto la idea que llevas es perversa contra mi pueblo, y con ella te opones a mi voluntad, ya que te he mandado que vayas a unirte con los hijos de Israel. Y si la burra no se hubiese desviado del camino, cediéndome el lugar cuando me oponía a su paso, a ti te hubiera dado muerte, y ella viviría». Dijo Balaán: «He pecado al disponerme a hacer lo que iba contra tu voluntad. Mas, si te desagrada que vaya, me volveré»; ya que Balaán prefería volver a su tierra para continuar allí su vida sin mayores compromisos con Dios. Y como la voluntad divina era que el profeta se uniese a su Iglesia Santa constituida por el Pueblo de Israel bajo el caudillaje de Moisés, ya que sólo, de esta manera, podría salvarse, el Ángel del Señor dijo a Balaán: «Vete con esos; mas, guárdate de hablar otra cosa de lo que Yo te mandare decir». Y Balaán se fue con los emisarios, y presentándose ante el rey Balac, éste le recibió con distinguidas muestras de obsequio y adulación, reprochándole, además, por qué no había venido antes. Y Balaán le dijo: «Aquí me tienes. Mas, yo solo hablaré lo que mi Dios pusiere en mi boca».

8. El rey Balac, condujo a Balaán a un monte elevado desde el cual se distinguía una parte del campamento de Israel, con el fin de que lo maldijera. Mas, el profeta mandó que edificase allí un altar para inmolar becerros y carneros. Y, una vez colocadas las víctimas sobre el altar, dijo Balaán a Balac: «Quédate junto a tu holocausto, pues, aunque yo sé ciertamente que mi Señor no quiere que yo maldiga al Pueblo de Israel, voy a ver si me dice alguna palabra por la que pueda convencerte de tu error». Y el Señor, apareciéndose a Balaán, le dijo: «Vuélvete a Balac, y le dirás todas mis palabras». Y llegado Balaán adonde estaba el rey y todos los demás emisarios moabitas y madianitas, pro-

fetizó de esta manera: «De Harán de Mesopotamia me ha traído Balac, rey de los moabitas, diciéndome: 'Ven y maldice a Jacob, date prisa y detesta a Israel'. Mas, ¿cómo he de maldecir yo a quien Dios no maldice, y cómo he de detestar yo a quien el Señor no detesta? Desde lo alto de los riscos me pondré a mirarle y desde las colinas le contemplaré; pues este pueblo habitará separado de los otros, y no será contado en el número de las demás naciones, ya que es un pueblo que pertenece a Dios. ¿Quién podrá contar la descendencia de Jacob y saber el número de la estirpe de Israel? Ojalá pueda yo lograr el morir como los justos, y que mi fin sea semejante al suyo». Al oír esto Balac, dijo a Balaán: «¿Qué es lo que dices? Te he llamado para que maldijeras a mis enemigos, y tú, al contrario, les echas bendiciones». Y Balaán respondió: «Yo no puedo hablar otra cosa sino lo que me ha ordenado el Señor».

9. El rey Balac, viendo frustrados sus planes, al día siguiente fue con Balaán al Monte Fagga o Nebo, desde donde se divisaba una parte del campamento del Pueblo de Israel, para que desde allí lo maldijera. En este monte, como en el anterior, Balaán mandó edificar un altar para ofrecer holocaustos; y, luego, separándose del rey para oír lo que le decía el Señor, volvió y le comunicó las siguientes palabras proféticas: «Levántate, ¡oh Balac!, y escucha: No es Dios como el hombre para que mienta, ni para estar sujeto a mudanza. ¿Cuándo Él ha dicho una cosa, y no la hará? ¿Habiendo hablado, no cumplirá su palabra? He sido traído aquí por Dios para bendecir a su Pueblo, y no puedo hacer otra cosa, pues, ni en la estirpe de Jacob, ni en el Pueblo de Israel hay ídolos ni simulacros. Es el Señor su Dios el que está con él, y por eso resuenan ya las trompetas en señal de la victoria. Dios sacó a su Pueblo de Egipto, y su fortaleza es semejante a la del rinoceronte. No hay en Jacob agüeros, ni adivinaciones en Israel. A su tiempo se verá lo que Dios obra en Jacob y en Israel: He aquí el pueblo que como leona se levantará, y como león se alzarán, y no se echará hasta que devore la presa y beba la sangre de los que habrá degollado». Dijo el rey Balac al profeta Balaán: «Entonces, ni le maldigas ni le bendigas». Y dijo Balaán: «¿No te dije que todo lo que el Señor me mandara, lo haría?».

10. Al siguiente día, el rey Balac, viendo otra vez frustrados sus planes, dijo a Balaán: «Ven conmigo a otro sitio para que allí los maldigas». Y, habiendo ido ambos al Monte Fogor, desde donde se divisaba, también, una parte del campamento de Israel, el profeta mandó, como antes, edificar un altar para ofrecer holocaustos. Mas, sabiendo Balaán que era del agrado de Dios que bendijera a Israel, esta vez no fue a consultar con el Señor, sino que, volviendo su rostro hacia el desierto, alzó los ojos, miró a Israel acampado en las tiendas y distribuido por tribus, y arrebatado del Espíritu de Dios, comenzó a profetizar así: «Palabra de Balaán, hijo de Beor, palabra de aquel hombre que tenía cerrados los ojos a la verdad del Pueblo de Israel, palabra de aquel que ha oído la voz de Dios, del

que ha contemplado la visión del Todopoderoso, del que ha caído por su obstinación, y que, mediante esta caída, le han sido abiertos de nuevo los ojos: '¡Oh, cuán bellos son tus tabernáculos, Jacob!; y tus pabellones, ¡oh Israel! Son como valles de árboles frondosos, como huertas de regadío junto a los ríos, como tiendas que el Señor mismo ha fijado, como cedros plantados cerca de las aguas. Fluirá perennemente el agua de su arcaduz, y su descendencia crecerá como las copiosas aguas de los ríos. Su rey será desechado por causa de Agag, y le será quitado el reino. Sacó Dios de Egipto al pueblo suyo, y su fortaleza es como la del rinoceronte. Devorará Israel los pueblos que sean sus enemigos, los atravesará con saetas, les desmenuzará los huesos, y luego se echará a dormir como león y como leona, a quien ninguno osará despertar. Quien a ti te bendijere, ¡oh, Israel!, también él será bendito; aquel que te maldijere, será también maldito' ».

11. Entonces, Balac, airado contra Balaán, dando una palmada, dijo: «Yo te llamé para maldecir a mis enemigos; y tú, al contrario, ¡los has ya bendecido por tres veces! Vuélvete, pues, a tu lugar. Yo, ciertamente, tenía determinado el premiarte magníficamente, pero tu Señor te ha privado del premio que tenía dispuesto para ti». Respondió Balaán a Balac: «¿Pues no dije yo a tus mensajeros que me enviaste: Aunque Balac me diese su casa llena de oro y plata, no podré traspasar el mandato del Señor Dios mío, para proferir por capricho mío cosa alguna, sea de bien o de mal, sino que diré lo que el Señor dijere?». Y prosiguió de nuevo sus profecías diciendo: «Palabra de Balaán, hijo de Beor, palabra de aquel hombre que tenía tapada la vista, palabra del que ha oído lo que ha dicho Dios, del que sabe la doctrina del Altísimo, y está viendo visiones del Omnipotente, del que cayendo abrió los ojos: 'Le veré, mas no ahora; le miraré, mas no de cerca. De Jacob nacerá una estrella, y de Israel se levantará una vara, que herirá a los caudillos de Moab y destruirá todos los hijos de Moab. Idumea será posesión de Israel, la herencia de Seir pasará a sus enemigos, peleará Israel con valor. De Jacob saldrá el que ha de dominar y arruinar lo que quede de Moab' ».

12. De los cuatro vaticinios de Balaán acerca de los destinos gloriosos del Pueblo Escogido, sobresale el cuarto, que anuncia la Venida del Mesías en los siguientes términos: «Le veré, mas no ahora; le miraré, mas no de cerca. De Jacob nacerá una estrella y de Israel se levantará una vara».

Capítulo X

Balaán, desobedece el mandato de Dios y traiciona al Pueblo de Israel. Fornicación de muchos israelitas con mujeres moabitas y madianitas

1. Como Balac hubiese fracasado por tres veces en su intento de que Balaán maldijera a los israelitas, antes de que éste se marchara de Moab le requirió para que le diera, al menos, un consejo, de cómo debería proceder contra el Pueblo de Israel, ofreciéndole, a

cambio, gran cantidad de dinero y cuantiosos regalos. Balaán, que había desistido definitivamente de unirse al Pueblo de Dios con el fin de llevar una vida licenciosa y codiciosa de riquezas, dijo al rey de Moab: «Espera un poco que, antes de volver a mi pueblo, diré, tanto a ti como al rey de Madián, qué artilugio debéis usar para atraer la maldición de Dios sobre el Pueblo de Israel, y así vencerle». Con esta perversa disposición, Balaán, después de su estancia en el reino de Moab, en vez de volver a su tierra de Mesopotamia, marchó al reino vecino de los madianitas, con el fin de que ambos reinos, llevando a cabo sus malvados consejos, procedieran al unísono contra el Pueblo de Israel.

2. La mala disposición de Balaán quedó bien patente al aconsejar al rey moabita y al madianita, que las mujeres de sus territorios fuesen al campamento de los soldados del Pueblo de Dios para prostituirlos, ya que los israelitas eran invencibles mientras se conservaran fieles al Señor. Mas, introduciendo entre ellos la corrupción y la idolatría, el Señor les retiraría su ayuda y serían vencidos. Este perversísimo consejo, produjo sus funestos resultados para los israelitas, ya que admitieron sin obstáculo, en su campamento, a unas mujeres muy hermosas moabitas y madianitas; las cuales, con pretexto de venderles víveres, los indujeron a la fornicación y a la idolatría, consiguiendo, no sólo que adorasen a sus dioses, sino que asistiesen a sus fiestas y juegos públicos, y participasen en sus sacrificios paganos.

Capítulo XI

Castigo del Pueblo de Israel por su fornicación e idolatría. Victoria de Moisés contra los moabitas y los madianitas. Muerte de Balaán

1. El malvado consejo de Balaán, dio tan lamentables frutos de perversidad, que muchos varones israelitas estuvieron prostituyéndose con las mujeres moabitas y madianitas durante varios meses. Mas, Dios, dejando caer su santa ira contra los israelitas pecadores, les envió una peste venérea que causó la muerte a unos cien mil varones; y, además, fueron ahorcados unos mil hombres principales del Pueblo Escogido por orden de Dios, al haberse ellos consagrado al ídolo Beelfegor. Es memorable la hazaña del Sacerdote Finés, hijo del Sumo Sacerdote Eleazar; pues, habiendo visto que un hijo de Israel admitía en su tienda a una mujer madianita para prostituirse con ella, movido por el celo de Dios, levantóse de en medio de la multitud, y con una lanza entró en el lugar en que pecaba aquella pareja, y les atravesó a los dos dándoles muerte. Por tal hazaña, Dios concedió a Finés la gracia de la santificación; y, además, hizo cesar la plaga que venía afligiendo al Pueblo de Israel.

2. Después, Moisés, por mandato de Dios, envió trece mil hombres, mil de cada tribu, al mando de Finés, contra los moabitas y madianitas, exterminando a todos aquellos que no dieron señales de conversión al verdadero Dios. En esta numerosa mortandad, cayó

también el perverso profeta Balaán que se hallaba conspirando, con su satánica astucia, contra la Iglesia Santa del Pueblo de Israel. Este renegado profeta, que había rehusado unirse al Pueblo de Dios, murió en la más abyecta impenitencia, condenándose eternamente en el fuego del infierno. Muchas de las ciudades y aldeas de los moabitas y madianitas fueron arrasadas por el fuego. El ejército israelita, con motivo de esta victoria contra ambos pueblos, tomó un riquísimo botín de oro, plata, cobre, pieles, animales, etc., de todo lo cual, por mandato de Dios a Moisés, se hizo un inventario y una equitativa repartición entre el ejército y el pueblo, reservando las primicias para el Sumo Sacerdote y demás ministros del culto. Mas, los objetos de oro recogidos en el botín por los soldados israelitas, fueron entregados por estos a Moisés y Eleazar, los cuales, habiéndolos recibido, los fundieron, y con ellos hicieron nuevos utensilios para el servicio del Tabernáculo, en memoria de la ofrenda hecha por los hijos de Israel al Señor.

Capítulo XII

Moisés, como Profeta, Pastor y Caudillo de Israel, distribuye las tierras conquistadas por él entre las tribus de Rubén y Gad. Muerte santa de Séfora.

Traslado al Planeta de María de Jetró y de sus seis hijas vírgenes

1. Tras la gloriosa victoria de Israel contra los moabitas y madianitas, Moisés distribuyó, entre las tribus de Rubén y Gad, las tierras que los israelitas habían ido conquistando en la parte de Canaán de la zona oriental del Mar Muerto y del Jordán. No obstante esta primera distribución, los miembros varones de estas dos tribus capaces para la guerra, estaban obligados a ir con los de las otras, para llevar a cabo la conquista de la parte cananea occidental del Jordán, sin que pudieran volver a sus casas hasta que todas las tribus de Israel poseyeran su heredad en la Tierra Prometida. He aquí que, en los territorios asignados a las tribus de Rubén y Gad, cuando comenzara la conquista de la parte occidental de Canaán, quedarían las mujeres, los niños, y un número de varones para su defensa y protección; pues, todos los demás varones aptos para la guerra, seguirían con las otras tribus bajo el mando de Josué, hasta completar la conquista. Las tribus de Rubén y Gad, juraron, pues, a Moisés que no pretenderían terreno alguno de la otra parte del Jordán, ya que tenían su posesión en la ribera oriental del río.

2. En el mes de junio de aquel año 3730, en el valle de Setín, del país de Moab, murió santamente Séfora, la esposa de Moisés, el cual le dio allí sepultura, guardándose treinta días de duelo.

3. El sábado 16 de julio del mismo año 3730, hallándose Jetró y sus seis hijas vírgenes en el valle de Setín del país de Moab, Dios sumió a los siete en una dulce dormición; y creyendo todos, con excepción de Moisés, que habían muerto, fueron enterrados en aquel valle moabita. Poco después, Jetró y sus seis hijas vírgenes, fueron misteriosamente trasladados al Planeta de María.

Capítulo XIII

Moisés designa a Josué como su sucesor en el Caudillaje del Pueblo de Israel

1. El 3 de agosto de aquel año 3730, hallándose Moisés, con su Pueblo, en el valle de Setín del país de Moab, díjole el Señor: «*Sube a un lugar alto de la cordillera de Abarín, y contempla desde allí toda la Tierra Prometida para los hijos de Israel; y después que la hubieres visto, Yo dispondré de ti para que cumplas otros planes divinos*». A lo que respondió Moisés: «*Elija antes el Señor Dios un varón que gobierne a los hijos del Pueblo de Israel, que vaya delante de ellos, les guíe, y les introduzca en la tierra que les has prometido, y así el Pueblo de Dios no quede como oveja sin pastor*». Y díjole el Señor: «*Toma a Josué, hijo de Nun, varón de gran virtud, y delante del Sumo Sacerdote Eleazar y de todo el pueblo, impondrás tus manos sobre él y luego comunicarás públicamente que Josué es el que va a sucederte en autoridad y gobierno, a fin de que todos le reconozcan como jefe, y le obedezcan. Cualquiera consulta que quiera hacerme en el Tabernáculo, será a través del Sumo Sacerdote Eleazar; y según lo que Yo indicare a éste, así obrará Josué, como igualmente todos los hijos de Israel*». Esta última advertencia la hizo el Señor porque Josué no podía entrar en el Tabernáculo, como sí podía hacerlo Moisés en virtud de su privilegiada autoridad. Mas, fuera del Tabernáculo, el Señor se manifestaría muchas veces a Josué y le hablaría directamente.

2. Y haciéndolo Moisés como el Señor se lo había mandado, tomó a Josué, lo presentó al Sumo Sacerdote Eleazar y a la multitud del pueblo; y delante de ellos impuso Moisés sus manos sobre la cabeza de su sucesor en el Caudillaje de Israel, quedando Josué lleno de espíritu profético, de sabiduría y de gobierno. Y todos los hijos de Israel reconocieron a Josué como el sucesor de Moisés en el cargo de Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Israel.

Capítulo XIV

Últimas disposiciones de Moisés antes de ser arrebatado al Planeta de María

1. Durante los cuarenta años que, por el desierto, Moisés guió al Pueblo de Israel tras sacarlo de Egipto, se ocupó de escribir los cinco libros del Pentateuco: el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio; si bien, estos dos últimos libros fueron después completados por Josué. Dichas narraciones las hizo Moisés, en láminas elaboradas de la planta de papiro que había traído de Egipto.

2. El testamento de Moisés está constituido por el Deuteronomio, en donde, el gran Caudillo, hace una recopilación de muchas de las leyes que había recibido de Dios para su Pueblo, y exhorta a éste a que las cumpla con la mayor fidelidad. El Deuteronomio es, pues, a manera de una segunda Ley Mosaica. El testamento y última voluntad de Moisés, fue transmitido por él a su Pueblo el 4 de agosto de aquel año 3730, cuando los israelitas se halla-

ban acampados en el valle de Setín, del recién conquistado país de Moab; pues, congregados todos ante el Tabernáculo para este fin, Moisés les recordó lo mucho que el Señor había hecho por ellos, desde que salieron de Egipto, durante los cuarenta años que habían peregrinado por el desierto; sobre todo, con la solemne promulgación de la Ley Divina en el Monte Sinaí, mediante la cual Dios hizo una nueva alianza con Israel, quedando éste desposado externamente con su Ley y con Él, su Señor. Moisés, también, les manifestó lo mucho que, por amor a su Pueblo, había hecho él mismo para gobernarlos y encaminarlos hacia la Tierra de Promisión. Aquel gran Caudillo, con especial énfasis, les trajo de nuevo a la memoria todos los preceptos del Decálogo para que los tuvieran siempre muy presentes, así como muchos preceptos de la Ley Mosaica con nuevas exposiciones e ilustraciones de la misma.

3. Moisés, pues, con toda la autoridad que él poseía como Caudillo y Legislador de Israel, mandó a su Pueblo que observara todos los preceptos de la Ley Divina, y que se preservase de caer en la idolatría, por ser la fidelidad a Dios condición indispensable para pertenecer al Pueblo Elegido. Entre otras muchas cosas, dijo Moisés: *«Asentad mis palabras en vuestros corazones y en vuestras almas, y tenedlas siempre en vuestra memoria. Enseñad a vuestros hijos a meditarlas en todo momento: ora estén sentados en casa, o andando de camino, así como al acostarse y al levantarse. Porque, si guardareis los Mandamientos que yo os impongo amaréis al Señor Dios vuestro, y andaréis en todos sus caminos, unidos a Él. Él destruirá todas las naciones delante de vosotros, de manera que las dominaréis aunque sean mayores y más fuertes. Todo lugar en que pusiereis el pie, será vuestro. Y tras vuestras conquistas al mando de Josué, vuestros dominios se extenderán desde el desierto de Idumea hasta Libano y Siria, y desde el desierto de Arabia hasta el mar Mediterráneo. Nadie podrá resistiros, pues el Señor Dios vuestro extenderá el terror y espanto del Nombre de Israel en cualquier país donde entrareis, según os ha prometido»*. Y dijo Moisés a Josué: *«Luego que hubiereis pasado el Jordán, cuando lleguéis a la tierra cananea de Siquén, ofreceréis, en el Tabernáculo del Señor Dios, holocaustos, así como víctimas de paz, y todos comeréis allí, y haréis banquete en presencia del Señor Dios. Sobre el Monte Hebal levantarás, también, dos grandes piedras que alisarás con cal, y escribirás en ellas los preceptos del Decálogo»*.

4. También, Moisés, en aquellas sus últimas recomendaciones, manifestó otra vez a su Pueblo, ahora con mayor insistencia, lo que es bendito y maldito para Dios: *«Ya veis que os pongo delante la bendición y la maldición: la bendición, si obedeciereis a los Mandamientos de Dios vuestro Señor, que yo os intimo hoy con mayor severidad; la maldición, si desobedeciereis a los Mandamientos del Señor Dios vuestro, desviándoos del camino que yo os muestro y siguiendo dioses ajenos. Cuando el Señor Dios vuestro os hubiere introducido en la Tierra de Promisión que vais a habitar, publicaréis la bendición mirando al Monte Garizín, y la maldición mirando al Monte Hebal, en el lugar cananeo de Siquén. Junto al*

Monte Garizín estarán para representar al Pueblo, en las bendiciones, gentes de todas las tribus de Israel; y junto al Monte Hebal, estarán para representar al Pueblo, en las maldiciones, gentes también de todas las tribus. Y luego los ministros levitas, desde el valle que hay entre los dos montes: primero, mirando al Monte Garizín, pronunciarán las bendiciones que corresponden al cumplimiento de la Ley de Dios, a lo cual contestarán los de las tribus de ese monte: Amén; y, después, mirando al Monte Hebal, pronunciarán las maldiciones que corresponden al incumplimiento de la Ley de Dios, a lo cual contestarán los de las tribus de ese monte: Amén».

5. Moisés recordó a su Pueblo el precepto divino de que, los sacrificios habían de ofrecerse a Dios en el Tabernáculo; y que, por tanto, en donde éste se hallare, será el lugar escogido para que se bendiga su Santo Nombre mediante los ritos culturales. Y por eso dijo Moisés a su Pueblo: *«Guardaos de ofrecer los holocaustos en cualquier lugar que se os antoje, sino en aquel que Dios haya escogido en uno de los territorios de las tribus. Allí ofreceréis vuestros holocaustos y víctimas, los diezmos y primicias de las obras de vuestras manos, y los votos y donativos, y los primogénitos de cada vaca y oveja; allí comeréis de ellos en el atrio del Tabernáculo a la vista de Dios nuestro Señor, y os regocijaréis junto con vuestras familias disfrutando del fruto del trabajo de vuestras manos, sobre las cuales el Señor Dios vuestro ha echado su bendición»*.

6. Moisés, encareció también a su Pueblo: que cumpliera fielmente con el precepto de la circuncisión de los varones, con el de la fiesta sabática y los de otras fiestas principales establecidas por Dios; así como todos los preceptos culturales, ofreciendo a Dios los sacrificios tal y como Él lo tenía establecido; que no se contaminasen de la idolatría y del paganismo de las otras naciones; que los varones y varonas, no se casasen con gentes que no pertenecieran a la Iglesia Santa; que devastasen todos los lugares conquistados, en que sus gentes adorasen dioses falsos, para que quedasen reducidos a cenizas altares, ídolos e ídólatras, y así quedara borrado el nombre de aquellos lugares.

7. Moisés, poco antes de su dulce dormición y traslado al Planeta de María, transmitió al pueblo una profecía, sobre el Mesías, que Dios mismo le había comunicado: *«Levantaré para ellos un Profeta de en medio de sus hermanos semejante a ti: y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que Yo le mandare»*. Además, entregó a Josué los papiros con los cinco Libros que constituyen el Pentateuco, conocido éste como Libro de Moisés.

Capítulo XV

Dormición y traslado de Moisés al Planeta de María

1. Después que Moisés transmitía al Pueblo de Israel su testamento lleno de severas y amorosas exhortaciones, el día 5 de agosto de aquel año 3730, el Señor le mandó que, acompañado de Josué, Caleb y el Sumo Sacerdote Eleazar, subiera desde el valle de Setín del país de Moab, al Monte Nebo, que es el más

alto de la cordillera de Abarín. Al día siguiente, sábado 6 de agosto de aquel año 3730, desde la cumbre, mostróle el Señor, milagrosamente, a Moisés la Tierra Prometida, no sólo la parte conquistada por él y la que conquistaría Josué, sino, además, todos los demás territorios que pasarían a formar parte del Pueblo de Dios siglos después. Dijo, pues, el Señor a Moisés: «*He ahí la tierra que juré a Abrahán, a Isaac y a Jacob, diciendo: 'A tu descendencia se la daré'. Tu misión con el Pueblo de Israel termina aquí*».

2. Después de oír las palabras de Dios, aquel sábado 6 de agosto del año 3730, cuando el gran Caudillo y Legislador Moisés tenía ciento veinte años de edad, fue sumido en un profundo sueño, y luego enterrado por el mismo Señor en una cueva del Monte Nebo, cuyo entierro fue presenciado por Josué, Caleb y Eleazar. Y una vez que la puerta de la cueva fue cerrada con una gran piedra por el poder divino, tras un brevísimo instante de permanecer allí Moisés, desde su interior fue transportado por el Arcángel San Miguel al Planeta de María, para desde allí implantar y hacer cumplir, en los planetas habitados, los preceptos de la Ley dados por Dios a él, en el Monte Sinaí, ese mismo día cuarenta años atrás. Mas, sucedió que, cuando San Miguel se disponía a tomar el cuerpo dormido de Moisés para llevarle al Planeta de María, se presentó Satanás para tratar de impedirlo; ya que, barruntó que no estaba muerto y de que sería llevado al Planeta de María, desde donde haría un gran daño a sus planes diabólicos al implantar en los demás planetas la Ley Mosaica. Hubo una gran disputa entre San Miguel y Satanás, quedando éste derrotado. Josué, Caleb y Eleazar creyeron verdaderamente que Moisés había muerto y que allí quedaba enterrado, lo cual transmitieron así al pueblo.

3. Los hijos del Pueblo de Israel, en el valle de Setín lloraron por espacio de treinta días, a Moisés, a quien creían muerto. Y por mucho que buscaron su tumba, no la hallaron, por haberla Dios ocultado. Y los hijos de Israel prestaron obediencia a su nuevo Caudillo Josué y ejecutaron lo que había mandado el Señor a Moisés. Por mucho tiempo, no se vería en Israel un profeta tan grande como Moisés, Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Dios.

4. Tras el traslado de Moisés al Planeta de María, el Sumo Sacerdote Eleazar, por orden de Josué, depositó en el Arca de la Alianza la vara de Moisés y la vara florecida de Aarón.

Capítulo XVI

El emperador de Canaán y los distintos pueblos cananeos o amorreos a él sometidos.

Divino Apostolado del Ángel del Señor, bajo la figura del Santísimo Melquisedec, en todos aquellos territorios que serían conquistados por Josué

1. El territorio de Canaán de la parte occidental del río Jordán y del mar Muerto, en donde Josué llevaría a cabo victoriosas conquistas, estaba ocupado por los cananeos o amorreos, distribuidos en los siguientes

principales pueblos: en el norte los sidonios, los heveos y heteos o hititas; en el centro, los gabaonitas, fereceos y gergeseos; en el sur, los jebuseos, heveos, heteos y quenitas; y en el oeste, en la costa mediterránea, los filisteos. Estos pueblos eran gobernados por uno o más reyes, según el caso, y todos estos reyes, con sus correspondientes territorios, estaban bajo la autoridad del poderoso emperador cananeo, cuya sede y palacio imperial se hallaba en una ciudad del norte del Canaán occidental llamada Caná, distinta de la otra del mismo nombre que hay en la actual Galilea. Todos estos pueblos eran idólatras y estaban sumergidos en la más degradante corrupción.

2. Mucho antes de que Josué se alzara en armas para emprender la conquista del territorio de Canaán en la parte occidental del Jordán, el Alma Divinísima de Cristo, bajo la figura del Santísimo Melquisedec, se apareció en muchos lugares para exhortar a la conversión a aquellas gentes paganas e idólatras, y así darles una oportunidad de conversión para que aceptasen al verdadero Dios, se sometiesen a su Santa Ley y formasen parte de la Iglesia Santa. Con esta conversión, Dios quería evitar, también, que dichos pueblos paganos fueran exterminados por su idolatría a manos de los ejércitos israelitas bajo el mando de Josué. Si bien muchos de los cananeos o amorreos que poblaban el territorio de Canaán occidental, se convirtieron por el apostolado de Melquisedec, unos antes de la conquista por Josué y otros durante la misma, sin embargo, la gran mayoría siguieron obstinados en sus creencias y costumbres idolátricas, por lo que perecerían exterminados sus varones, mujeres y niños, y muchas de sus ciudades serían aniquiladas. En la conquista de la parte occidental del Jordán, por Josué, el Señor Dios de Israel fue, pues, el gran Salvador de los que le aceptaron como Dios Único y Verdadero, y fue también el gran Exterminador de los que le rechazaron.

Capítulo XVII

El Ángel del Señor, bajo la figura del Santísimo Melquisedec, aflige, con plagas de tábanos, a los cananeos obstinados, antes de la conquista por Josué

Tras el divino apostolado de Melquisedec en el territorio de Canaán, que habría de conquistar Josué, con el fin de alcanzar la conversión de aquellas gentes paganas e idólatras, y evitar también su exterminio, Dios, en su infinita Misericordia, tuvo que mandar numerosas plagas de tábanos contra los que se habían obstinado en rechazar su Palabra, a fin de que, con las dolorosísimas picaduras de estos insectos, tratar de doblegar la dura cerviz de muchos de aquellos pueblos a través del sufrimiento. Merced a este castigo, muchos de los habitantes de Canaán que antes no habían aceptado la predicación de Melquisedec, cuando llegaron los ejércitos israelitas tenían su corazón más dispuesto a la aceptación del verdadero Dios; por lo que se convirtieron, y se unieron al Pueblo Escogido.

Quinta Parte

El Libro de Josué

Libro I

Conquistas del Pueblo de Israel, bajo el mando de Josué, en la Tierra Prometida

Capítulo I

Rebelión de Tali

y de muchos secuaces contra Josué

El 8 de septiembre del año 3730, cuando el Pueblo de Israel estaba acampado en el valle de Setín, del país de Moab, ocurrió lo siguiente: Tali, varón de la tribu de Dan, se alzó contra Josué con la ambición de usurparle el Caudillaje. En esta rebelión se unió a Tali un número importantísimo de todas las tribus de Israel, incluida la de Leví. Ante tal rebelión, dijo Dios a Josué: «Levanta tu vara y haz que sean heridos con fuego todos los rebeldes». Josué levantó su vara en alto, como símbolo de Cristo en la Cruz del Calvario; y de la parte más alta de la vara salieron rayos de fuego sobre la multitud, muriendo unas cien mil personas, entre varones y varonas. Todos estos rebeldes que murieron habían nacido en Egipto, y ninguno había nacido en el desierto.

Capítulo II

Exhortaciones y promesas de Dios a Josué, como nuevo Profeta, Pastor y Caudillo de Israel

En los primeros días de diciembre del año 3730, el Santísimo Ananías se apareció a Josué, y le dijo: «Prepárate y pasa el Jordán con todo tu pueblo, para que entres en la parte occidental de la tierra que Yo también daré a los hijos de Israel. Todo el lugar de ella que pisare la planta de tu pie, os lo entregaré. Ninguno podrá resistir tu ímpetu, pues como asistí a Moisés, lo haré contigo, y no te desampararé. Anímate, pues, y ármate de gran fortaleza para guardar y cumplir con toda mi Ley prescrita por Moisés; no te desvíes de ella ni un ápice, y así obrarás prudentemente. Que tu boca hable de continuo del libro de esta Ley, y medita de día y de noche lo que en él se contiene, a fin de guardar y cumplir todas las cosas en él escritas; con lo cual irás por el recto camino y procederás sabiamente. Mira que Yo soy el que te lo mando; buen ánimo y sé constante; no temas ni desmayes, porque contigo está el Señor Dios tuyo a cualquier parte que vayas».

Capítulo III

Josué ordena a su Pueblo que se prepare para el paso del Jordán

Algunos días después de que el Santísimo Ananías le alentara con su palabra, mandó Josué a los varones principales del pueblo, diciendo: «Recorred el campamento y anunciad al pueblo esta orden mía: Haced provisión de víveres, porque después de tres días de levantado el campamento, habéis de pasar el Jordán y entrar en posesión de la tierra que os ha de dar el Señor Dios vuestro». Dijo asimismo a los hijos de las tribus de Rubén y de Gad: «Acordaos del mandato que os dio Moisés, siervo del Señor, cuando os dijo: Dios vuestro Señor os ha dado toda esta tierra de la parte oriental del Jordán y del Mar Muerto en que ahora estamos. Por tanto, vuestras mujeres e hijos y vuestros ganados se quedarán en este territorio que os entregó Moisés, con un buen número de varones para que os protejan; pero todos los demás varones esforzados y aguerridos de esas dos tribus, combatid con vuestros hermanos, hasta que el Señor dé a los de las otras tribus la parte que les corresponde de la Tierra Prometida, y entonces os volveréis para habitar en el territorio que os dio Moisés en esta parte oriental del Jordán y Mar Muerto». Y respondieron a Josué: «Haremos todo cuanto nos has mandado, e iremos a doquiera que nos envíares; así como hemos obedecido a Moisés en todo, del mismo modo te obedeceremos también a ti; solamente deseamos que el Señor Dios nuestro sea contigo, como fue con Moisés. El que contradijere tus palabras y no quisiere obedecer tus órdenes, muera. Tú, por tu parte, ámate y obra varonilmente, que nosotros te seguiremos».

mento y anunciad al pueblo esta orden mía: Haced provisión de víveres, porque después de tres días de levantado el campamento, habéis de pasar el Jordán y entrar en posesión de la tierra que os ha de dar el Señor Dios vuestro». Dijo asimismo a los hijos de las tribus de Rubén y de Gad: «Acordaos del mandato que os dio Moisés, siervo del Señor, cuando os dijo: Dios vuestro Señor os ha dado toda esta tierra de la parte oriental del Jordán y del Mar Muerto en que ahora estamos. Por tanto, vuestras mujeres e hijos y vuestros ganados se quedarán en este territorio que os entregó Moisés, con un buen número de varones para que os protejan; pero todos los demás varones esforzados y aguerridos de esas dos tribus, combatid con vuestros hermanos, hasta que el Señor dé a los de las otras tribus la parte que les corresponde de la Tierra Prometida, y entonces os volveréis para habitar en el territorio que os dio Moisés en esta parte oriental del Jordán y Mar Muerto». Y respondieron a Josué: «Haremos todo cuanto nos has mandado, e iremos a doquiera que nos envíares; así como hemos obedecido a Moisés en todo, del mismo modo te obedeceremos también a ti; solamente deseamos que el Señor Dios nuestro sea contigo, como fue con Moisés. El que contradijere tus palabras y no quisiere obedecer tus órdenes, muera. Tú, por tu parte, ámate y obra varonilmente, que nosotros te seguiremos».

Capítulo IV

Josué manda exploradores a Jericó

1. El día 8 de diciembre de aquel año 3730, desde el valle de Setín del país de Moab, en donde se hallaba acampado el Pueblo de Israel, mandó el Caudillo Josué dos valientes soldados para explorar la ciudad de Jericó; los cuales, una vez cruzado el Jordán, cuando se hallaban en la ciudad, tentados de lujuria, entraron en una casa de prostitución que estaba unida a los muros de Jericó, cuya dueña era la ramera Rahab. Los dos exploradores fueron descubiertos como soldados israelitas por las dos ramera con las que pecaron, siendo Rahab una de ellas. La otra ramera, una vez que se dio cuenta que el soldado con quien había pecado era israelita, fue a comunicarlo al rey de Jericó, diciendo: «Han entrado de noche en casa de mi patrona Rahab unos hombres de los hijos de Israel para explorar la tierra». Mientras que esta ramera había ido a dar cuenta al rey, los dos exploradores, arrepentidos sinceramente de su pecado, hablaron a Rahab del Dios de Israel, del Pueblo Escogido y del exterminio que ven-

dría sobre Jericó cuando entrase el ejército israelita. El rey de Jericó envió varios de sus guardias para decir a la ramera Rahab que le entregara esos hombres israelitas que habían entrado en su casa. Mas, ella los había escondido debajo de unos haces de lino, en un desván de la casa, y cuando llegaron los enviados del rey, les dijo: *«Es verdad que vinieron a mi casa; mas, salieron siendo ya de noche, cuando se iban a cerrar las puertas, sin que yo sepa adónde marcharon; corred aprisa en su seguimiento, que los alcanzaréis»*. Inmediatamente, Rahab fue a dar aviso a los dos israelitas del peligro en que se hallaban, aconsejándoles que, sin pérdida de tiempo, bajaran por la muralla con el auxilio de una sogla escarlata y permanecieran tres días en el monte hasta que hubieran desaparecido sus perseguidores.

2. Rahab, movida a conversión por la heroica obra que había hecho en favor del Pueblo de Dios poniendo a salvo a los dos israelitas arriesgando su propia vida, dijo a los dos exploradores, antes que se descolgasen por las murallas: *«Juradme por el Señor Dios vuestro, que es el verdadero Dios del Cielo y de la Tierra, que, del mismo modo que yo he hecho misericordia con vosotros, la haréis también vosotros con la casa de mi padre, por lo que me daréis una contraseña de seguridad de que salvaréis a mi padre, a mi madre, a mis hermanos y hermanas de la muerte, y que protegeréis también todos sus bienes»*. Los israelitas, dijeron a la mujer que, cuando se tomase la ciudad de Jericó, ella dejara pendiente de la muralla aquella misma sogla de color escarlata para que les sirviera a los ejércitos como señal de que era su casa. Los exploradores siguieron el consejo de Rahab, y tres días después, cruzando el Jordán, volvieron al campamento de Setín, refiriendo a Josué todo lo que les había ocurrido, diciéndole: *«El Señor pone en nuestras manos toda esta tierra, y todos sus habitantes están poseídos de temor»*. Los dos israelitas pidieron a Josué perdón de sus pecados de lujuria en Jericó, cuyo perdón alcanzaron magnánimamente. La conversa Rahab convirtió a toda su familia al Pueblo de Dios.

Capítulo V

Los israelitas pasan milagrosamente el río Jordán acaudillados por Josué

1. Una vez vueltos los dos exploradores israelitas de su misión en Jericó, Josué, tras invocar al Dios Todopoderoso e implorar su auxilio, sintió que era el momento de preparar a su Pueblo para cruzar el Jordán y emprender la conquista de la parte del territorio de Canaán allí situado. El 22 de diciembre de aquel año 3730, cuando ya tenían todo dispuesto, Josué, levántose de noche y movió el campamento; y saliendo luego del valle de Setín llegó el mismo día a la orilla de la parte oriental del Jordán con todos los hijos de Israel y allí se detuvieron tres días. Pasados dos días, los pregoneros atravesaron por medio del campamento diciendo en voz alta: *«Cuando veáis en marcha el Arca de la Alianza del Señor Dios de Israel, llevada por los Sa-*

cerdotes del linaje de Leví, levantad también vuestras tiendas y andad en pos de ellos, dejando un espacio, entre vosotros y el Arca». Y dijo Josué al pueblo: *«Purificaos en vuestra alma y en vuestro cuerpo porque mañana ha de obrar el Señor maravillas entre vosotros»*.

2. El domingo 25 de diciembre del año 3730, dijo Josué a los sacerdotes: *«Tomad el Arca de la Alianza e id delante del pueblo»*; los cuales la tomaron y se pusieron en marcha delante de todos. Entonces el Señor dijo a Josué: *«Hoy volveré a ensalzarte a la vista de todo el Pueblo de Israel, para que vean que así como fui con Moisés, así también soy contigo. Tú, pues, di a los sacerdotes que llevan el Arca de la Alianza: 'Luego que hubiereis puesto los pies en las aguas del Jordán, paraos allí y no paséis más adelante hasta que el Señor divida las aguas'»*. Estas palabras del Señor a Josué, las comunicó él también a su Pueblo, añadiendo: *«En este milagro que el Señor va a hacer, conoceréis que el Señor Dios Vivo está en medio de vosotros, y que exterminará delante de vosotros a las gentes de la tierra que vamos a conquistar, que son enemigos del Pueblo de Dios»*. Todos estos pueblos eran idólatras y estaban sumergidos en la más degradante corrupción. Por lo que había ordenado el Señor a los israelitas que exterminasen a todos aquellos habitantes que no se convirtiesen al verdadero Dios.

3. Apenas que los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza, pusieron sus pies en las aguas a la orilla del Jordán, que en aquel tiempo llevaba un caudal muy grande, las aguas de la parte de abajo del río siguieron su corriente y las de la parte de arriba pararon en forma de pared de gran altura, formándose un camino de tierra seca a manera de puente. Los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza se pararon en el centro del camino milagrosamente formado, para que sirviese a los israelitas de garantía de este milagro, aunque a la vez les decían que pasaran aprisa. Una vez que el pueblo de Israel pasó a pie por aquel camino milagroso, Josué, para perpetuar la memoria de este extraordinario favor divino, mandó a trece varones, uno de cada tribu, que sacasen del río trece grandes piedras, para luego colocarlas en el lugar elegido para el campamento, como señal a la posteridad de tan gran favor de Dios. Y, además, para perpetuar también la memoria del gran milagro sobre el Jordán, mandó a trece, uno de cada tribu, para que sacasen otras trece piedras grandes para dejarlas a manera de columna en el lugar del centro del milagroso puente en el que había estado parada el Arca de la Alianza. Y sucedió que, una vez que quedó erigida la columna en el centro del puente, éste desapareció; mas, a la vez, quedó en el centro del cauce una isla sobre la que se levantaba la columna de piedra como señal del milagro. El lugar por donde los israelitas cruzaron el Jordán, es el conocido después como Betábara de Perea, que significa «lugar del paso», en donde Cristo sería bautizado por San Juan Bautista mil cuatrocientos noventa y nueve años después.

4. Ese mismo día 25 de diciembre, después que los israelitas cruzaron el río, acamparon en el lugar llamado Gálgala, de la campiña de Jericó, fuera de las murallas de la ciudad, cuyas puertas permanecían cerradas por miedo a ellos. Cuando los reyes amorreos o cananeos, en sus múltiples poblaciones y distintos reinos, oyeron que el Señor había dividido las aguas del Jordán para que pasaran los hijos de Israel, se llenaron de pavor ante la fama de la fuerza conquistadora del Pueblo Escogido.

Capítulo VI

Dios manda a Josué que practique la circuncisión para con aquellos recién convertidos al Pueblo de Dios

El domingo día 1 de enero del año 3731, cuando el Pueblo de Israel se hallaba acampado a las afueras de la amurallada ciudad de Jericó, el Señor dijo a Josué: *«Circuncida a los varones recién convertidos a la fe del Pueblo de Israel»*, refiriéndose aquí el Señor a los que se habían convertido de otros pueblos durante las conquistas en Canaán que precedieron al paso del Jordán, y a los que se habían convertido con motivo de dicho paso milagroso. Ya que, excepto los varones recién convertidos, todos los demás varones del Pueblo de Dios se hallaban circuncidados; pues, Moisés, durante los cuarenta años que guió a su Pueblo por el desierto, se preocupó celosamente de que se llevara a cabo el mandato divino de la circuncisión, como condición indispensable para pertenecer a la Iglesia Santa. Josué, pues, cumpliendo lo mandado por el Señor, ayudado por los sacerdotes, circuncidó a los nuevos conversos.

Capítulo VII

El Alma Divinísima de Cristo se manifiesta a Josué como Príncipe del ejército del Pueblo de Israel

1. Una vez que el Pueblo de Israel cruzó el río Jordán, las Almas de Cristo y María dejaron ya de manifestarse bajo la forma de Columna de Nube y Fuego. Además, dejó ya de caer definitivamente el maná que Dios les mandó en el desierto en las épocas de falta de alimento; por lo que, desde entonces, los israelitas sólo se alimentaron de los abundantes frutos que producía esta parte occidental de Canaán.

2. El domingo día 15 de enero del año 3731, hallándose Josué en oración retirado del campamento, alzó los ojos y vio un varón puesto en pie enfrente de sí, vestido de guerrero, que sostenía alzada una espada desenvainada. Josué, encaminándose hacia él, le dijo: *«¿Eres tú de los nuestros, o de los enemigos?»*. El varón, que era el Alma Divinísima de Cristo bajo la figura del Santísimo Melquisedec, respondió: *«Yo soy el Príncipe del Ejército del Pueblo de Israel, y ahora vengo para ir delante de tus huestes, para guiaros y protegeros»*. Josué, postróse en tierra sobre su rostro; y adorando, dijo: *«¿Qué es lo que mi Señor habla a su siervo?»*. Y aquel Santísimo Varón le dijo: *«Quita tu*

calzado de tus pies, porque el lugar en que estás, santo es con mi presencia». E hizo Josué como le había sido mandado. De esta manera, Dios manifestó a Josué que ya el Alma de Cristo no guiaría a su Pueblo en la Columna de Nube, sino en forma de Invicto Guerrero de Dios, haciéndose visible muchas veces.

Capítulo VIII

La ciudad de Jericó es tomada y arrasada por los israelitas al mando de Josué

1. La presencia de los israelitas acampados a las afueras de la ciudad de Jericó, causaba tal temor a sus habitantes, que tenían cerradas las puertas de sus murallas, y éstas bien fortificadas por soldados armados, y ningún ciudadano de Jericó se atrevía a salir ni a entrar. Mas, el 27 de enero de aquel año 3731, llegado el momento de la conquista de la ciudad, el Señor dijo a Josué: *«He aquí de qué manera pongo en tu mano a Jericó, a su rey y a todos sus habitantes: Durante seis días consecutivos todos vuestros hombres de armas daréis la vuelta a la ciudad una vez al día junto con el Arca de la Alianza y también todo el pueblo. Y llegado el día séptimo, los sacerdotes tomarán las siete trompetas que se usan en la fiesta, e irán delante del Arca de la Alianza portada por otros sacerdotes. Y con este orden, daréis siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes irán tocando las trompetas. Y cuando el sonido de la trompeta mayor sea más estrepitoso y largo, y al final quede de súbito interrumpido, todo el pueblo gritará a una, en voz muy alta, y caerán las murallas de la ciudad hasta los cimientos, y cada uno entrará por aquella parte que tuviere delante de sí»*.

2. Josué transmitió a su Pueblo las órdenes del Señor y se cumplió tal y como había sido ordenado. De manera que, el séptimo día, jueves, 2 de febrero de aquel año 3731, cuando se dejó oír el sonido de la trompeta más grande, que era la señal prescrita, levantando Josué la voz en grito y con él todo el pueblo a una, en el mismo instante se desplomaron por todas partes las murallas de la ciudad. Y cada combatiente entró por el lado que tenía enfrente de sí; de manera que el asalto fue general y simultáneo, siendo exterminados todos los habitantes de la ciudad de Jericó y sus ganados; salvo los conversos Rahab, sus padres y hermanos, los cuales fueron sacados de la ciudad y llevados al campamento del Pueblo de Dios, y después agregados a la Iglesia Santa tras cumplir los ritos requeridos. Finalmente, los soldados israelitas, pusieron fuego a Jericó y a todo lo que había en la ciudad, con excepción del oro, la plata y las vasijas de bronce y de hierro, que se consagraron para el tesoro del Señor en el Tabernáculo. Con esta victoriosa batalla, el nombre de Josué se divulgó por todas aquellas tierras. Rahab vivió haciendo penitencia por su vida pasada, y se casó después con Salmón, de la tribu de Judá, que fue el explorador con quien pecó. De este matrimonio nació Booz, fruto de aquel pecado, casado después con Rut, de cuya descendencia vendría Cristo. Pocos años después de su destrucción, la ciudad de Jericó fue recons-

truida por los israelitas, en honor de Dios, por la milagrosa victoria al mando de Josué.

Capítulo IX

Derrota del ejército israelita en el sitio de la ciudad de Hai

El 17 de febrero de aquel año 3731, Josué se dispuso a llevar a cabo la conquista de la ciudad amorrea de Hai, distante unos veinte kilómetros más hacia el noroeste de Jericó y a dos kilómetros de Betel. Mas, antes de sitiar la ciudad, Josué envió varios exploradores a que la reconociesen; los cuales, viendo que se trataba de una ciudad muy pequeña y con poquísima gente, volvieron diciendo a Josué que era suficiente para tomarla, unos tres mil hombres. Pocos días después, habiendo Josué enviado dicho número de soldados, estos retrocedieron llenos de pavor ante la impetuosa salida de las gentes de Hai, que acuchillaron a treinta y seis soldados israelitas y persiguieron a los demás combatientes desde las puertas de la ciudad hasta las proximidades de la localidad de Sabarín, muriendo otros en la huida. Los soldados israelitas supervivientes, volvieron a Gálgala, dando cuenta a Josué de su infortunio. La lamentable e inesperada derrota de los israelitas en Hai, llenó de consternación a Josué, quien rasgó sus vestiduras y se postró en tierra delante del Tabernáculo, dando humildes quejas a Dios por la derrota. Ante la súplica del intrépido Caudillo, el Señor le reveló que la derrota ante los amorreos de Hai, había sido causada por la codicia de un israelita, el cual se había guardado algunas alhajas del botín de Jericó cuando deberían haber sido entregadas, como todos los demás objetos de valor, para el tesoro del Señor en el Tabernáculo. Investigando Josué quién había sido el culpable, halló que era un varón de la familia de Farés, de la tribu de Judá, llamado Acán, quien, viéndose descubierto, confesó su pecado delante de Josué y de todo el pueblo. Acán, con sus hijos e hijas, cómplices del pecado, murieron apedreados, y fueron pasto de las llamas su tienda, sus ganados y todo cuanto poseían. Con el castigo de Acán y su familia, se aplacó la cólera de Dios.

Capítulo X

La ciudad de Hai es tomada y arrasada por los israelitas al mando de Josué

El día 28 de febrero de aquel mismo año 3731, Dios, apareciéndose a Josué, le dijo: *«No temas, ni te acobardes: toma contigo a una parte de tu ejército y sube a la ciudad de Hai. Mira que pongo en tus manos su rey, el pueblo, la ciudad y la tierra. Y harás a la ciudad de Hai, y a su rey, como hiciste a Jericó, y os repartiréis entre vosotros el botín y todos los animales»*. Ese mismo día, víspera de la batalla, por la noche, se situaron cinco mil soldados israelitas en emboscada detrás de la ciudad de Hai. Y al amanecer se presentó Josué con tres mil soldados de su ejército por el lado opuesto para llamar la atención del enemigo; y como

Josué y sus huestes, fingiendo que tenían miedo, emprendieran la huida, los amorreos, engreídos por el recuerdo de la victoria anterior, salieron de la ciudad en persecución de los israelitas sin advertir que se hallaban los de la emboscada detrás de la ciudad. Entonces dijo el Señor a Josué: *«Alza el estandarte que tienes en tu mano hacia la ciudad de Hai, porque te la entregaré»*. Y, habiendo alzado el broquel, salieron al punto los de la emboscada, tomaron la ciudad y la incendiaron. La derrota de los amorreos de Hai fue el 1 de marzo del año 3731, siendo exterminadas doce mil personas entre hombres, mujeres y niños, pereciendo así todos los habitantes de Hai. Su rey fue cogido vivo y murió colgado en una cruz sobre un patíbulo, y después fue enterrado bajo un gran montón de piedras. Todas las bestias y demás despojos de la ciudad se lo repartieron entre sí los hijos de Israel como se lo había mandado Josué.

Capítulo XI

Los israelitas celebran la Pascua acampados en Gálgala

El sábado 15 de abril de aquel año 3731, día 14 de Nisán, los israelitas terminaron los preparativos para la celebración de los siete días de ácidos y la solemnidad de la Pascua. A la puesta del sol del día 14 de Nisán, en que comenzaba el 15 de Nisán o solemnidad de la Pascua, cada familia israelita celebró en su tienda la cena legal, comiendo el cordero inmolado por los sacerdotes en el Tabernáculo. Y durante siete días comieron también panes ácidos y hierbas amargas.

Capítulo XII

Los gabaonitas hacen un pacto con los hijos de Israel

1. Cuando la victoria de Josué sobre los amorreos de Hai llegó a los oídos de otros reyes cananeos, algunos de esos pueblos se juntaron para combatir contra Israel de común acuerdo y parecer.

2. Mas, los gabaonitas, habitantes de Gabaón, ciudad próxima a la de Hai, que habían aceptado las predicciones de Melquisedec y que sabían las recientes victorias de Josué, y por tanto que el verdadero Dios estaba con Israel, el día 15 de mayo de aquel año 3731, mandaron emisarios para comunicar a Josué que habían sido visitados por el Ángel del Señor, el cual era el Santísimo Melquisedec, quien les había movido a la conversión por medio de exhortaciones y milagros, y que los gabaonitas, convertidos al verdadero Dios, estaban deseosos de unirse al Pueblo Escogido. Josué, inspirado por el Señor, no dudó de la sinceridad de estos recién conversos, y les prometió su protección, quedando agregados al Pueblo de Dios, en santa alianza, con todos los mismos derechos que los israelitas, siendo antes circuncidados los varones gabaonitas. El Pueblo de Israel, con gran alegría, celebró esta conversión en masa. El reino gabaonita estaba constituido por cinco ciudades: Gabaón, que era la capital, Cafira, Berot,

Cariatiarín y Mecmas. Los gabaonitas que se habían agregado al Pueblo de Israel, prestaron a éste una gran ayuda, ya que eran valientes guerreros y conocedores de la tierra de Canaán.

3. El lunes día 5 de junio del año 3731, los israelitas celebraron la fiesta de Pentecostés en el campamento de Gálala.

Capítulo XIII

Josué lucha contra cinco reyes cananeos y hace parar el sol hasta lograr una victoria completa

1. Enterado Adonisedec, rey de Jerusalén, de las victorias de Josué y de que los gabaonitas habían hecho alianza con los israelitas al haberse convertido a la fe del verdadero Dios, quiso acabar con los habitantes del reino gabaonita. Mas, al mismo tiempo, Adonisedec tuvo gran miedo de hacerles la guerra, ya que sus guerreros eran muy valientes; máxime que, unidos a los del Pueblo de Israel, formaban un poderoso ejército. Por eso, Adonisedec, rey de Jerusalén, mandó aviso a Ocán rey de Hebrón, a Farán rey de Jerimot, a Jafia rey de Laquis y a Dabir rey de Eglón, para que vinieran, y entre los cinco conquistasen el reino gabaonita. Mas, viendo estos que no podían contrarrestar la poderosa embestida de los cinco ejércitos enemigos, acudieron a Josué en demanda de socorro, el cual se hallaba acampado en Gálala con todo su Pueblo.

2. El domingo 16 de julio de aquel año 3731, Josué, con su ejército de hombres muy valientes, emprendió la subida para defender a los gabaonitas que luchaban contra los cinco reyes. Y en el camino díjole el Señor a Josué: *«No los temas, porque los pongo en tus manos; ninguno de ellos podrá resistirte»*. Y después de caminar toda la noche desde Gálala, cayó de improviso sobre los sitiadores de las ciudades gabaonitas, les obligó a levantar el sitio, y los fue persiguiendo por el camino que sube a Betorón, y acuchillándolos hasta Azeca y Maceda. Mas, cuando los ejércitos enemigos, en su huida, estaban en la bajada de Betorón, Dios envió una espesa y terrible lluvia de grandes piedras de granizo que, cayendo sobre los ejércitos de los cinco reyes cananeos, les causó más víctimas que las que habían causado las espadas israelitas.

3. Mas, viendo Josué que el sol se iba a poner y que la victoria sobre sus enemigos no era tan completa como él deseaba, suplicó humildemente al Señor le concediese el tiempo suficiente para acabar en aquel mismo día con ellos; y conociendo que Dios había escuchado su ferviente plegaria, Josué levantó sus ojos al cielo, diciendo: *«Sol, detente sobre el reino de Gabaón, y luna, sobre el valle de Ayalón»*. Y ese mismo día 16 de julio del año 3731, se pararon el sol y la luna hasta que el Pueblo de Israel se vengó de todos sus enemigos, confirmándose, con este extraordinario milagro, la alianza de Dios con los gabaonitas. El sol estuvo parado en medio del cielo por espacio de doce horas más de las que naturalmente le correspondían, sin que eso alterase para nada el calendario natural del tiempo. Y durante el espacio en que hubo luz, exterminó a todos los habitantes de las ciudades de los cinco reinos enemigos, incluidos los de Jerusalén. Y fue tan

grande la matanza de los enemigos, que no dejó ninguno con vida, y sólo se salvaron de la muerte los que pudieron escapar y esconderse en otras ciudades enemigas del Pueblo de Israel. Los cinco reyes cananeos que se habían coaligado contra Israel, fueron sacados por Josué del interior de una cueva en que se habían escondido. Y después de quitarles la vida, mandó colgarlos en cinco maderos, en donde estuvieron hasta la tarde, en que sus cadáveres fueron sepultados en la cueva donde se habían escondido. En esta victoriosa batalla, Josué conquistó las ciudades de Jerusalén, Hebrón, Jerimot, Laquis y Eglón, y las otras de estos reinos.

Capítulo XIV

Conquista de Betel por Josué

1. El 5 de agosto del año 3731, el Santísimo Malaquías se apareció a Josué en Gálala, y le dijo: *«Prepara tu valeroso ejército para la conquista de Betel. No temas. Yo estaré contigo blandiendo mi espada flamígera al frente de tus soldados, y el triunfo que alcanzarás en esta batalla resonará como un trueno en los oídos de los otros reinos enemigos»*. Ese mismo día 5 de agosto, víspera de la gran batalla, Josué envió treinta mil soldados israelitas para que se situaran en emboscada detrás de la ciudad de Betel.

2. Al día siguiente, domingo 6 de agosto, Josué, al mando de ocho mil soldados, se situó al lado opuesto de los de la emboscada, y, por tanto, delante de la puerta principal de la ciudad de Betel, para así llamar la atención al enemigo. Los amorreos de Betel, al ver las huestes de Josué delante de la puerta principal de la muralla, salieron en persecución de los soldados israelitas que iban con Josué; los cuales, fingiendo tener miedo, huían de los amorreos. Y cuando estos llevaban persiguiéndolos un buen trecho, los treinta mil soldados israelitas de la emboscada salieron de sus escondites y penetraron en Betel, quedando ésta bajo el control de un buen número de soldados israelitas. La otra parte de los treinta mil soldados se lanzó tras el ejército amorreo que perseguía a Josué y sus huestes, quedando los amorreos entre los dos ejércitos del Pueblo de Israel. Todos los soldados amorreos de Betel perecieron en la batalla, incluido su rey. Después, el ejército israelita exterminó a todos los habitantes de Betel, ya que ninguno se convirtió al Pueblo de Dios. La mortandad total de los idólatras de Betel fue de unas ciento veinte mil personas entre hombres, mujeres y niños.

Capítulo XV

Otras batallas de Josué desde agosto del año 3731 hasta noviembre del año 3733

1. Después de la victoriosa conquista de Betel, Josué, desde Gálala, se lanzó a la conquista de la parte sur del Canaán occidental, apoderándose incluso del territorio filisteo. Y tras notables triunfos contra sus enemigos, llevó luego su ejército más hacia el norte, conquistando, entre otras, las ciudades de Silo, Mace-

da, Lebna, Gazer, Tamna, Faratón, y finalmente Siquén, la cual tomó en noviembre del año 3733. Los reyes de estos territorios conquistados fueron exterminados por el ejército israelita, y también todos los habitantes varones y varonas que no se convirtieron al verdadero Dios.

2. Durante los tres años que el Pueblo de Israel estuvo acampado en Gálala, se celebraron aquí, además de las fiestas de la Pascua y de Pentecostés, la fiesta sacerdotal de las Expiaciones y la fiesta de los Tabernáculos, en sus correspondientes fechas.

Capítulo XVI

Los israelitas, desde Gálala, van a Siquén. Sepultan aquí los huesos de José, ofrecen sacrificios y leen las bendiciones y maldiciones divinas

1. En los primeros días de diciembre del año 3733, el Caudillo Josué y su Pueblo, salieron de Gálala y se encaminaron a la recién conquistada ciudad de Siquén, llevando consigo el Arca de la Alianza portada por los sacerdotes; y, también, los restos del Santo Patriarca José, que habían traído de Egipto para sepultarlos en Siquén, en la parte del campo que su padre Jacob había comprado a los hijos de Hemor, y que había dejado en herencia a su hijo José, pasando después a los hijos de éste. El Pueblo de Israel acampó en Siquén el 8 de diciembre de ese mismo año.

2. Pocos días después, Josué colocó el Tabernáculo, con el Arca de la Alianza, en el valle entre los Montes Hebal y Garizín, y el Sumo Sacerdote Eleazar ofreció holocaustos al Señor y sacrificios de víctimas pacíficas. Después, Josué mandó que la mitad del pueblo se colocara junto al Monte Hebal y la otra mitad junto al Monte Garizín, tal y como se lo había mandado Moisés en su última voluntad. Acto seguido, los ministros levitas, leyeron las bendiciones y las maldiciones divinas según estaban escritas por Moisés. Finalmente, Josué bendijo al Pueblo de Israel.

3. El Pueblo de Israel quedó acampado en Siquén durante cuatro años, cumpliéndose, en sus respectivas fechas, con las fiestas preceptuadas en la Ley Mosáica. La permanencia del Pueblo Elegido durante cuatro años acampado en Siquén, nos trae a la memoria los últimos cuatro años del Patriarca Jacob en Siquén, antes de ir a Egipto, tras su victoria contra el amorreo.

Capítulo XVII

Durante los cuatro años que el Pueblo de Israel permanece acampado en Siquén, Josué lleva a cabo otras victoriosas batallas, culminando su labor guerrera con la derrota del emperador cananeo.

Milagrosa transformación, fecundidad y enriquecimiento de Canaán tras las conquistas por Josué

1. Durante los tres primeros años de la permanencia del Pueblo de Israel en Siquén, Josué y sus valerosos guerreros, van y vuelven de las victoriosas campañas llevadas a cabo hacia al norte de la parte occidental de

Canaán, conquistando, entre otras, las ciudades de Megido, Betsán, Asor, Madón, Semerón, Asad, Merón, así como las regiones de Dor junto al mar Mediterráneo; matando a sus reyes, así como a los varones y mujeres que no se convirtieron al verdadero Dios, e incendiando también algunas de sus ciudades; pues, el gran Caudillo Josué, siempre fiel a las órdenes de Dios, no descansaría hasta que no lograra la conquista de la mayor parte del territorio occidental de Canaán.

2. El 23 de noviembre del año 3736, Josué culminó su misión guerrera con la gran batalla victoriosa contra el poderoso emperador cananeo, a quien dio muerte con su propia espada, exterminando también a la gran mayoría de sus súbditos por las espadas de los ejércitos israelitas. La ciudad imperial de Caná del norte quedó totalmente destruida, y los ejércitos israelitas se apoderaron de las inmensas riquezas del espléndido palacio del emperador.

3. Josué, en sus victoriosas campañas, conquistó toda la parte norte del Canaán occidental, incluso lo que hoy es Líbano. Fueron treinta y dos los reyes que venció, además de su poderoso emperador.

4. El territorio de la Tierra Prometida conquistada por Moisés y por Josué estaba limitado: al norte, por Siria; al sur, por la cordillera de Idumea; al este, por el desierto de Arabia; y al oeste, por el Mar Mediterráneo.

5. Cuando Josué terminó sus conquistas, tanto la parte oriental del territorio de Canaán, como la parte occidental del mismo, ocupadas por Israel, experimentaron milagrosamente una transformación, fecundidad y enriquecimiento mayores de los que ya poseían, por lo que quedaron convertidas en un verdadero paraíso.

Capítulo XVIII

Repartición de la parte occidental de la tierra de Canaán por Josué. Situación del territorio correspondiente a cada tribu, tras la distribución hecha primero por Moisés y después por Josué

1. En diciembre del año 3736, cuando el Pueblo de Israel se hallaba acampado en Siquén, el Señor dijo a Josué que distribuyese en diez porciones aquella parte de la Tierra Prometida que él había conquistado, la cual era la que correspondía al Canaán de la zona occidental del Jordán. Sobre las diez reparticiones, echaron suertes para así determinar el territorio que, a cada una de esas diez tribus, correspondía.

2. He aquí la distribución total de las tierras, según cada tribu: En la parte oriental del Jordán, conquistada y distribuida por Moisés:

La tribu de Rubén, estaba situada al sur, y con los siguientes límites: al norte, el Monte Nebo; al sur, Idumea; al este, el desierto de Arabia; y al oeste, el Mar Muerto.

La tribu de Gad, estaba situada en el centro, y con los siguientes límites: al norte, los altos del Gólan; al sur, el Mar Muerto y la tribu de Rubén; al este, el desierto de Arabia; y al oeste, el río Jordán.

En la parte occidental del Jordán, conquistada y distribuida por Josué:

La tribu de Dan, estaba situada en el suroeste, y con los siguientes límites: al norte, la tribu de Efraín; al sur, la de Simeón; al este, las de Benjamín y Judá; y al oeste, el Mar Mediterráneo.

La tribu de Neftalí, estaba situada al noreste, y con los siguientes límites: al norte, Siria; al sur, la tribu de Zabulón; al este el Lago de Genesaret y el Jordán; y al oeste, la tribu de Aser.

La tribu de Simeón, estaba situada al suroeste, y con los siguientes límites: al norte, las tribus de Dan y de Judá; al sur, Idumea; al este, la tribu de Judá; y al oeste, el mar Mediterráneo.

La tribu de Judá, estaba situada al sureste, y con los siguientes límites: al norte, la tribu de Benjamín; al sur, Idumea; al este, el Mar Muerto; y al oeste, las tribus de Simeón y de Dan.

La tribu de Aser, estaba situada al noroeste, y con los siguientes límites: al norte, Siria; al sur, la tribu de Zabulón; al este, la tribu de Neftalí; y al oeste, el Mar Mediterráneo.

La tribu de Isacar, estaba situada en el centro, y con los siguientes límites: al norte, la tribu de Zabulón; al sur, la de Manasés; al este, el río Jordán y la tribu de Gad; y al oeste, el Mar Mediterráneo.

La tribu de Zabulón, estaba situada en el centro norte, y con los siguientes límites: al norte, las tribus de Aser y Neftalí; al sur, la de Isacar; al este, el Lago de Genesaret; y al oeste, el Mar Mediterráneo.

La tribu de Benjamín, estaba situada en el centro, y con los siguientes límites: al norte, la tribu de Efraín; al sur, la de Judá; al este el río Jordán, el Mar Muerto y la tribu de Gad; y al oeste la tribu de Dan.

La tribu de Efraín, estaba situada en el centro, y con los siguientes límites: al norte, la tribu de Manasés; al sur, las tribus de Dan y Benjamín; al este, el río Jordán y la tribu de Gad; y al oeste, el Mar Mediterráneo.

La tribu de Manasés, estaba situada en el centro, y con los siguientes límites: al norte, la tribu de Isacar; al sur, la de Efraín; al este, el río Jordán y la tribu de Gad; y al oeste, el Mar Mediterráneo.

3. La tribu de Leví, en cumplimiento de la maldición de Jacob, no tuvo parte territorial en la distribución de la Tierra Prometida, sino que le designaron un total de cuarenta y ocho ciudades, distribuidas entre las otras tribus. Los de la tribu de Leví tenían el dominio indirecto o usufructo sobre las ciudades que les correspondiesen habitar; y, además, los Sacerdotes y ministros levitas recibían de las trece tribus el diezmo de las rentas de las propiedades y frutos que recolectasen, para que así pudieran dedicarse libremente a sus ministerios, ya propiamente sacerdotales, o sólo lo concerniente a los levitas, según el caso.

4. En la distribución de la Tierra Prometida Josué otorgó a Caleb la ciudad de Hebrón, para él y para sus hijos, a perpetuidad, tal y como se lo había mandado el Señor a Moisés, por su veraz testimonio sobre Canaán tras la exploración de este territorio.

5. Tras la distribución de la parte de la Tierra Prometida que correspondió hacer a Josué, cada tribu marchó para el territorio que se le había asignado de la parte occidental del Jordán. Y también, los varones de las tribus de Rubén y Gad que habían acompañado a Josué en sus conquistas, marcharon para el territorio que les había asignado Moisés en la parte oriental del Jordán. Todas las tribus iban en posesión de muchos bienes y riquezas: oro, plata, cobre, hierro, vestidos, etc., producto del despojo de sus enemigos.

6. La tierra conquistada por Moisés y por Josué, no era el territorio completo de la Tierra de Promisión que estuvo bajo el imperio de Abrahán y que Dios le prometió a él dar a su descendencia; ya que, tras la muerte de Josué, el Pueblo de Israel tuvo que seguir las conquistas, hasta finalmente conseguir la totalidad del amplio territorio de la Tierra Prometida, cosa que ocurrió durante el reinado de David, de quien lo recibió Salomón.

Libro II

Últimos años de la vida de Josué

Capítulo I

Josué establece el Tabernáculo en la ciudad de Silo

El 23 de diciembre del año 3737, el Caudillo Josué salió de Siquén para Silo, acompañado del vicecaudillo Caleb, del Sumo Sacerdote Eleazar y de un amplio séquito. El 25 de diciembre del mismo año estableció el Tabernáculo del Señor en Silo, ciudad al norte de Betel, dentro del territorio de la tribu de Efraín; ya que, por hallarse Silo situada en el centro de Canaán, reunía mejores condiciones que ninguna otra para la ob-

servancia de las fiestas anuales por los hijos del Pueblo de Israel, los cuales tenían que desplazarse desde los territorios respectivos que les habían sido asignados.

Capítulo II

Los de las tribus de Rubén y Gad levantan un altar cerca del Jordán

Cuando los soldados de las tribus de Rubén y Gad, una vez hecha la distribución del territorio de Canaán a las otras tribus, habían partido de Siquén a sus terri-

torios respectivos de la parte oriental del Jordán, sucedió que, una vez que cruzaron el río, levantaron a la orilla un altar a Dios de gran tamaño; lo cual hicieron con la santa intención de que sirviera de testimonio, a la posteridad, de que ellos, aunque estaban separados por el Jordán, también pertenecían a la Iglesia Santa del Señor Dios de Israel. Mas, como esto llegara a oídos de las otras tribus, creyendo éstas que el altar había sido edificado para ofrecer sacrificios a Dios, lo cual sólo podía hacerse en el Tabernáculo, Josué envió al Sacerdote Finés, hijo del Sumo Sacerdote Eleazar, y con él a un representante de cada una de las tribus del territorio de Canaán occidental. Cuando estos llegaron adonde estaban las tribus de Rubén y de Gad, les dijeron: «¿Qué transgresión es ésta? ¿Por qué habéis abandonado al Señor Dios de Israel, edificando un altar sacrílego, y separándoos de su culto?». Mas, los de estas dos tribus, manifestaron al Sacerdote Finés y a sus acompañantes que no habían levantado el altar para ofrecer holocaustos ni otros sacrificios a Dios, ya que eso estaba rigurosamente prohibido por la Ley, sino para testimonio, ante todos, de que ellos adoraban al mismo Dios que el que adoraban las demás tribus de Israel. Finés, viendo que se hallaban ajenos a toda prevaricación, quedó satisfecho de ellos; y, alabando a Dios, retornó a Silo.

Capítulo III

Josué edifica en Silo un Templo a Dios de carácter duradero

1. El 1 de enero del año 3740, o sea, ocho años antes de la muerte de Josué, Dios le mandó que le edificara un Templo en la ciudad de Silo, bien fortificado, duradero, no algo efímero. Josué, con toda diligencia y rapidez, comenzó la obra, empleando siete años en la construcción del Templo en honor de Dios. El 1 de enero del año 3747, terminado el Templo, Josué lo consagró conforme al rito establecido en la Ley Mosaica, y mandó colocar el Arca de la Alianza en el lugar del Santo de los Santos. A partir de la inauguración del Templo, la ciudad de Silo se llamó la Ciudad Santa, hasta que el Templo fue destruido después de más de tres siglos.

2. Durante el octavo año o último de la vida de Josué, en el gran Templo por él erigido a Dios, se celebraron todas las fiestas prescritas en la Ley Mosaica: Pascua, Pentecostés, Expiación y Tabernáculos, así como algunas otras más.

Capítulo IV

Censo del Pueblo de Israel hecho por Josué

El 1 de enero del año 3747, último de su vida, Josué hizo el censo del Pueblo de Dios a él sujeto, cuyo empadronamiento fue sobre todos los miembros del Pueblo de Israel: tanto de aquellos que eran israelitas por la sangre como de los que eran israelitas sólo por la fe. Según ese censo, el número de los que pertenecían al Pueblo Escogido, era de ochocientas sesenta y cuatro

mil personas, entre varones y varonas, según esta distribución: De la casa de José, setenta y dos mil: treinta y seis mil de la tribu de Efraín y treinta y seis mil de la tribu de Manasés. De la tribu de Rubén, setenta y dos mil. De la tribu de Dan, setenta y dos mil. De la tribu de Neftalí, setenta y dos mil. De la tribu de Simeón, setenta y dos mil. De la tribu de Leví, setenta y dos mil. De la tribu de Judá, setenta y dos mil. De la tribu de Gad, setenta y dos mil. De la tribu de Aser, setenta y dos mil. De la tribu de Isacar, setenta y dos mil. De la tribu de Zabulón, setenta y dos mil. De la tribu de Benjamín, setenta y dos mil.

Capítulo V

Muerte santa del Sumo Sacerdote Eleazar

Pasada la fiesta de los Tabernáculos de aquel año 3747, a los pocos días murió santamente en Silo el Sumo Sacerdote Eleazar. Mas, momentos antes de su muerte, Josué transmitió al Sacerdote Finés el Sumo Sacerdocio, revistiéndole con los atuendos de su padre Eleazar; de manera que, a la muerte de éste, Finés quedó consagrado Sumo Sacerdote del Pueblo de Dios. Después Josué se encargó de dar una digna sepultura a Eleazar, enterrándolo bajo el templo de Silo.

Capítulo VI

Caleb, hijo de Hur, es ungido Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Israel, por Josué.

Muerte santa de Josué en Silo

1. En el año 3747, tres días antes de la muerte de Josué, éste, por mandato de Dios, ante el Templo de la ciudad de Silo, poniendo sus manos sobre la cabeza de Caleb, le ungó Profeta, Pastor y Caudillo de Israel. En esta ceremonia se hallaban presentes el Sumo Sacerdote Finés, los setenta y dos sacerdotes del Consejo de Ancianos, los setenta miembros del Consejo de Jueces, y una gran multitud de fieles israelitas.

2. Y tras esta solemnísima ceremonia, el gran Caudillo Josué hizo las últimas exhortaciones a su Pueblo, poniendo delante de todos los grandes beneficios que habían recibido del Señor, a quien solo debían servir como Dios Santo y Celador, y de que, si algún día le eran infieles sirviendo a dioses falsos, Dios se volvería contra ellos y destruiría todos los bienes que les había hecho. Muy especialmente les exhortó a que continuaran las batallas contra los pobladores de los territorios que aún faltaban por conquistar de la Tierra Prometida; y que exterminaran de los pueblos paganos que fueran poseyendo, sus templos, altares, ídolos, e ídólatras, a fin de que la fe al verdadero Dios no estuviera mezclada con la iniquidad. A las palabras de Josué respondieron unánimemente que servirían al Señor siendo obedientes a sus preceptos. Josué, en aquel día, hizo una nueva alianza de su Pueblo con el Señor, y escribió las actas de esta nueva alianza con preceptos y leyes divinas que puso en conocimiento del pueblo. Luego mandó traer trece piedras grandes y levantó en aquel lugar una gran columna, y dijo a todo el pueblo: «Esta señal os servirá de testimonio de que ha-

béis oído de mi boca las palabras que el Señor ha hablado a través de mí, y de que vosotros os habéis comprometido a cumplirlas, para que después no vayáis a negarlo, ni mintáis al Señor Dios vuestro». Y despidió al pueblo, para que cada uno se fuera a su destino. Josué entregó a Caleb los Libros originales de Moisés para que fueran depositados en el Arca de la Alianza; y, además, le entregó su propio libro y varias copias de los de Moisés, para que la Ley Mosaica se recordase continuamente al Pueblo y fuese pasada de padres a hijos.

3. El 25 de diciembre de aquel año 3747 Josué murió santamente en Silo, en el mismo día en que cumplía la edad de ciento once años, y se cumplían también diecisiete años del milagroso paso de los israelitas por el río Jordán. Josué, pues, fue Profeta, Pastor y Caudillo de Israel durante más de diecisiete años. Muerto Josué, se encargó de darle sepultura su sucesor el Profeta, Pastor y Caudillo Caleb, en la ciudad de Silo, bajo el Templo de Dios.

Libro III

El Pueblo de Israel es gobernado por Caleb, Profeta, Pastor y Caudillo

Capítulo I

Nuevas Conquistas del Pueblo de Israel bajo el mando de Caleb

1. En el año 3747, Caleb tenía la edad de ciento siete años, cuando fue ungido Profeta, Pastor y Caudillo de Israel por Josué. Los ocho primeros años del gobierno del Pueblo de Israel por Caleb, fueron de gran paz, ya que transcurrieron sin que hubiera guerra alguna.

2. En diciembre del año 3755, el octavo del Caudillaje de Caleb, el territorio del Pueblo de Israel, por la parte norte, en la zona del Monte Hermón, fue invadido por los trece reyes del territorio que hoy se llama Siria. Ante esta invasión, el Santísimo Ananías dijo a Caleb: *«Prepara un ejército de cada una de las trece tribus y vete al norte, al Monte Hermón. No sólo lucha contra esos reyes, sino procura la conversión de muchos y ocupa también el territorio de los trece reyes invasores. Yo iré delante de ti. Ese territorio fue conquistado por la espada de mi siervo Abrahán, y ahora te toca a ti reconquistarlo»*. Caleb, con su ejército, se dirigió a donde el Santísimo Ananías le había mandado, y combatió contra los trece reyes de Siria, y el Señor se los puso en sus manos, derrotándolos. Con esta gran victoria, Caleb reconquistó, para el Pueblo de Dios, el extenso territorio sirio, en el que se hallaban enclavados los respectivos reinos. Muchos de sus habitantes se convirtieron al verdadero Dios; mas, los reyes y la gran mayoría de su ejército no se convirtieron y fueron exterminados. La victoria de los israelitas, bajo el mando de Caleb, sobre los reyes sirios y su ejército, fue el día 25 de diciembre de aquel año 3755.

3. Tras la reconquista del territorio sirio, dijo el Santísimo Ananías a Caleb: *«Reparte entre las tribus de Israel la tierra reconquistada»*. De las trece tribus, sólo la de Rubén quedó fuera de esta repartición, ya que, en la toma del territorio, el ejército de dicha tribu tuvo una presencia meramente simbólica, sin haber guerreado para nada; por tanto, a la tribu de Rubén no se le dio parte alguna del territorio sirio, por no haber guerreado, cumpliéndose, una vez más, la profecía de Ja-

cob sobre su primogénito: *«Rubén... no crezcas, porque subiste al lecho de tu padre, profanando su tálamo»*. A la tribu de Leví se le dieron veinticuatro ciudades más en usufructo, que junto con las cuarenta y ocho ciudades que antes recibieron, hacía un total de setenta y dos ciudades. El repartimiento del territorio sirio implicó una ampliación del territorio de cada una de las doce tribus favorecidas mediante un corrimiento hacia el norte de sus anteriores límites.

4. En la gran batalla de Caleb contra los trece reyes sirios, sobresalió Otoniel, general de su ejército, hijo de Cenez hermano menor de Josué. Por el brillante gesto bélico de Otoniel, Caleb le dio por esposa a su hija Axa.

Capítulo II

Caleb conquista gran parte del territorio del Sinaí, incluido el Monte Horeb

1. Ocho años más tarde de la conquista de Siria, en diciembre del año 3763 el Santísimo Ananías dijo a Caleb: *«Toma el Monte Sinaí, y gran parte de su territorio, algo más de la mitad; ése es mi Monte; mas no tomarás todo aquel desierto»*. Caleb, obediente siempre a los mandatos de Dios, emprendió la conquista de una gran parte de aquel territorio, alcanzando la victoria contra los ejércitos enemigos el día 25 de diciembre de ese año 3763, decimosexto del Caudillaje de Caleb sobre el Pueblo de Israel. Como el territorio de Edón o Idumea pertenecía geográficamente al desierto del Sinaí, al reconquistar Caleb una gran parte de este territorio, lógicamente en esa reconquista, tomó también una gran parte de Edón o Idumea.

2. Tras la conquista, por Caleb, de esa parte del territorio del Sinaí, el Santísimo Ananías le mandó que lo repartiera entre las tribus. En este reparto, se le dio una porción de territorio a la tribu de Rubén, ya que había cooperado con su ejército en la conquista del mismo. A la tribu de Leví se le dieron ocho ciudades más en usufructo, poseyendo, desde entonces, un total de ochenta. El repartimiento del territorio del Sinaí implicó, también, una ampliación del territorio de cada

una de las trece tribus mediante un corrimiento hacia el sur de sus últimos límites.

Capítulo III

Caleb hace un nuevo censo del Pueblo de Israel

El 1 de enero del año 3770, el vigésimo tercero del Caudillaje de Caleb, éste hizo el censo de todos los hijos del Pueblo de Israel, tanto de los que lo eran según la carne, como los que sólo lo eran por la fe. Todos adoradores del verdadero Dios. El total censado fue de un millón ciento cincuenta y dos mil personas entre varones y varonas, de la siguiente manera: noventa y seis mil de la Casa de José; suma de cuarenta y ocho mil de la tribu de Efraín y cuarenta y ocho mil de la tribu de Manasés; noventa y seis mil de la tribu de Rubén; noventa y seis mil de la tribu de Dan; noventa y seis mil de la tribu de Neftalí; noventa y seis mil de la tribu de Simeón; noventa y seis mil de la tribu de Leví; noventa y seis mil de la tribu de Judá; noventa y seis mil de la tribu de Gad; noventa y seis mil de la tribu de Aser; noventa y seis mil de la tribu de Isacar; noventa y seis mil de la tribu de Zabulón; noventa y seis mil de la tribu de Benjamín. Así, el total fue de doscientas ochenta y ocho mil personas más que en el censo que el Caudillo Josué había hecho veintitrés años antes. Al hacer el censo, se distribuyeron los nuevos conversos por las trece tribus, a fin de igualar el número de cada tribu.

Capítulo IV

Muerte santa de Caleb, Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Israel. El Sumo Sacerdote Finés gobierna interinamente al Pueblo de Israel

El día 29 de diciembre del mismo año 3770, cumplidos ya veintitrés años de su Caudillaje, murió Caleb santamente en Silo a la edad de ciento treinta años. No había sucesor. Caleb había encargado que, tras su muerte, el Sumo Sacerdote Finés le enterrara en Hebrón, a poca distancia de la gruta de Macpela en donde habían sido sepultados Abrahán y otros Patriarcas; y así lo hizo. Inmediatamente después de la muerte de Caleb, Finés interinamente tomó el mando del Pueblo de Israel, sintiendo en su corazón el impulso divino para hacerlo. La regencia de Finés duró algo más de tres años, ya que gobernó hasta el nombramiento del primer Juez de Israel, Otoniel, que fue en el año 3774.

Capítulo V

Las ciudades de Jerusalén, Belén, Hebrón y otras próximas, siempre permanecieron en el territorio de la tribu de Judá

Tanto en el corrimiento del territorio de las tribus hacia el norte como en el corrimiento de las mismas hacia el sur, según el plan divino, las ciudades de Jerusalén, Belén, Hebrón y otras próximas, siguieron siempre dentro del territorio de la tribu de Judá.

Sexta Parte El Libro de los Jueces

Libro I

Autoridad de los Jueces del Pueblo de Israel

1. En Israel cada Juez ejercía su autoridad sobre todo el territorio del Pueblo Escogido, por lo que su gobierno no era meramente local. Dios dirigía a su Pueblo por medio de Jueces directamente elegidos por Él, y no por elección popular. Era, pues, un gobierno teocrático: gobierno de Dios. Durante los trescientos veintitrés años en que gobernaron los Jueces en Israel, hubo interregnos, es decir, intervalos de tiempo en que el Pueblo de Dios estuvo privado de la autoridad de un Juez, la cual fue ejercida por el Sumo Sacerdote correspondiente, hasta la elección del nuevo Juez.

2. Durante el período teocrático, fueron trece los Jueces que sucesivamente gobernaron al Pueblo de Israel; siendo cada uno de ellos, además de Juez, Profeta y Caudillo. Cada Juez del Pueblo de Israel, era de una tribu distinta, es decir, que hubo trece Jueces, uno por cada tribu, según este orden: Otoniel, Aod, Sangar, Débora, Gedeón, Tola, Jaír, Jefté, Abesán, Elón, Abadón, Sansón y Samuel.

3. Durante el período del gobierno de los Jueces, hubo invasiones en los territorios de Israel por gente de países paganos. Esto dio lugar a que no pocos israelitas se dejaran influir del paganismo y de la idolatría de ellos. He aquí uno de los tantos motivos por lo que, muchos de los hijos de Israel, aceptaron los cultos y costumbres idolátricas, prevaricando así del verdadero Dios en múltiples ocasiones.

4. Durante el dilatado período en que Israel fue gobernado por Jueces, hubo un interregno de siete años y once de un mes. Los interregnos de un mes que precedían a la elección del nuevo Juez, correspondían a los treinta días de luto que se guardaban por el difunto Juez anterior; eran, pues, interregnos ordinarios. Sin embargo, el interregno de siete años que precedió a la elección del Juez correspondiente, fue por la prevaricación de los hijos de Israel, permitiendo Dios que, durante ese largo período en que su Pueblo se veía privado de la autoridad de un Juez, los enemigos invadiesen algu-

nos territorios israelitas, y quedasen bajo el yugo invasor; y esto duró hasta que el Señor Dios de Israel, siempre a la espera de la conversión de sus hijos, al ver el sincero arrepentimiento que manifestaban, se compadeció de ellos y eligió nuevo Juez para levantar a su Pueblo de la postración, y así resplandeciese la intervención divina. Hubo también Jueces perversos que Dios permitió porque era lo que su Pueblo merecía.

5. Cada vez que Dios elegía un Profeta, Juez y Caudillo de Israel, éste iba a donde se hallaba el Templo de Dios; y, en presencia de una gran multitud de todas

las tribus, el Sumo Sacerdote correspondiente le ungía con óleo, quedando así oficialmente proclamado como Profeta, Juez y Caudillo de Israel. Mediante la unción, el Sumo Sacerdote le transmitía los poderes del gobierno que había ejercido durante el interregno. Mas, el Sumo Sacerdote, antes de hacer la unción del nuevo Juez, consultaba con Dios para que le confirmara si éste era el que Él había elegido para Juez.

Libro II

Los Jueces Otoniel y Aod

Capítulo I

Otoniel, primer Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Otoniel libra a los israelitas de la opresión de Cusán, rey de Edón. Muerte de Otoniel

1. En el año 3774, Dios eligió el primer Juez del Pueblo de Israel, llamado Otoniel, de la tribu de Efraín, hijo de Cenez hermano menor de Josué. Otoniel era al mismo tiempo yerno del Caudillo Caleb por haberse casado con su hija Axa. En el momento de su elección, era Sumo Sacerdote Finés, que como regente venía gobernando durante algo más de tres años el Pueblo de Israel tras la muerte del Profeta, Pastor y Caudillo Caleb. Finés fue el que ungió a Otoniel delante del Templo de Silo, en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Otoniel fue Juez de Israel durante cuarenta años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo.

2. Ocho años antes del último año del Caudillaje de Otoniel, o sea, en el 3806, el rey Cusán de Edón, invadió parte del territorio de Israel; lo cual fue permitido por Dios por la prevaricación de los hijos de Israel que por allí vivían. Con esta invasión, no quedó, pues, todo Israel bajo el yugo del rey de Edón, sino la parte vecina a Idumea, quedando los demás territorios israelitas bajo el gobierno de Otoniel. En el año 3814, Otoniel salió a combatir contra los ejércitos invasores, y el Señor derrotó a los enemigos de su Pueblo y puso en manos de su Caudillo a Cusán rey de Edón. Con esta victoria, Otoniel no sólo reconquistó los territorios israelitas invadidos por el rey Cusán, sino que, además, penetró en el territorio de Edón o Idumea y lo reconquistó completamente. Por tanto, todo Edón o Idumea quedó bajo el dominio del Pueblo de Dios.

3. En el mismo año 3814, o sea, en el cuadragésimo año de su gobierno, murió santamente Otoniel y fue enterrado bajo el Templo de Silo.

Capítulo II

Aod, segundo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Aod libra a los israelitas de la opresión de Eglón, rey de los moabitas en el exilio. Muerte de Aod

1. Tras la muerte de Otoniel, hubo un interregno de un mes, en que asumió el mando el Sumo Sacerdote de ese momento, que era Finés. En el mismo año 3814, pasado el interregno, Dios eligió como Profeta, Juez y Caudillo de Israel a Aod, hijo de Gera, de la tribu de Benjamín. Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote ungió a Aod, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Aod fue Juez de Israel durante ochenta años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo.

2. Con el paso del tiempo, durante el gobierno del Juez Aod, prevaricaron muchos de los israelitas que vivían en la parte oriental del río Jordán y del Mar Muerto, en la que había estado el reino de Moab conquistado por Moisés. Y Dios permitió que Eglón, rey de los moabitas, que estaba en el exilio esperando la ocasión para invadir y tomar otra vez sus antiguas posesiones, se armase fuertemente para hacer la guerra a los habitantes de este territorio israelita prevaricador, con el fin de invadirlo. Para ello, Eglón reclutó a todos sus súbditos que se hallaban refugiados fuera del territorio de Moab: unos en Egipto, otros en Mesopotamia, otros en Arabia, etc.; y, además, se unió con los amonitas y los amalecitas.

3. En el año 3876, o sea, dieciocho años antes del año octogésimo del gobierno de Aod, el rey de los moabitas derrotó a los hijos de Israel; y no sólo invadió el territorio del reino de Moab conquistado por Moisés, sino también otros territorios colindantes, haciéndose dueño, incluso, de la ciudad de Jericó. Los israelitas que habitaban los territorios invadidos por el rey Eglón, quedaron sometidos a su servidumbre durante dieciocho años; es decir, hasta que Dios se apiadó de aquellos hijos de su Pueblo al ver su arrepenti-

miento y oír su clamor. Para liberarlos del yugo enemigo, en el año 3894, Dios dijo al Profeta, Juez y Caudillo Aod: *«Toma tu poderoso ejército y presenta batalla ante el rey Eglón de los moabitas hasta vencerle, y toma todo el territorio que él ha tomado, incluido el que tuvieron antes los moabitas. Yo estaré contigo. Confiar en Mí»*.

4. Siguiendo las instrucciones de Dios, Aod, al mando del ejército del Pueblo de Israel, se preparó para luchar cara a cara contra el rey de Moab, cuyo combate fue guerra santa dirigida por Dios, rey Supremo del Universo. Para la gran batalla contra los invasores, el Juez y Caudillo Aod reunió a su ejército en el extremo oriental del Monte Efraín, no lejos de la ciudad de Jericó. Cuando Aod tocó la trompeta en el Monte, como señal del inicio de la guerra, dijo a los de su ejército: *«Seguidme, porque el Señor ha puesto en nuestras manos a los moabitas nuestros enemigos»*. La gran

batalla se dio en el valle de Gálgal, de la parte occidental del Jordán, próximo a Jericó, que es donde se hallaba el numeroso ejército moabita, el cual fue derrotado con gran mortandad. Durante la batalla, el valeroso Juez Aod, luchando cara a cara con el rey Eglón, lo mató personalmente con su espada. Ante la muerte de su rey, los supervivientes del ejército enemigo se dieron a la fuga. Mas, como el ejército israelita había cercado los caminos de acceso por el Jordán a Moab, no dejó que ninguno de los enemigos pasaran a la otra parte del río. Con esta gran victoria del Pueblo de Dios, los israelitas dieron muerte a diez mil moabitas, hombres todos robustos y esforzados, sin que pudiese escapar ninguno. De esta manera quedó reconquistado el reino de Moab y humillados los moabitas bajo la mano de Israel. En el año 3894, en Silo murió santamente Aod, Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel, después de haber gobernado ochenta años.

Libro III

El Libro de Rut

Capítulo I

Noemí, desde Belén, va a vivir a la tierra israelita de Moab.

Conversión de Rut

1. Durante el largo gobierno del Juez Aod, fue la historia de la santa mujer Rut, la moabita. Entre las muchas familias paganas moabitas que se habían infiltrado en el Pueblo de Dios, estaba la de los padres de Rut, llegados a la ciudad de Ar, del territorio israelita de Moab, en el último año del gobierno del Juez Otoniel. Siendo ya Juez Aod, en el año 3814, en Ar, les nació al matrimonio moabita su hija Orfa, y un año más tarde Rut. El padre de ambas era un hombre distinguido.

2. Y sucedió que, en el año vigésimo octavo del gobierno del Juez Aod, hubo una gran hambre en algunos territorios de la parte occidental de la tierra de Israel. Por tal motivo, Elimelec, varón de Belén de Judá tuvo que marcharse a la región israelita de Moab, con su mujer Noemí y sus dos hijos Mahalón y Quelión, todos naturales de Belén. Y habiendo entrado en Moab, moraban en Ar.

3. Al poco tiempo de que se establecieran, Noemí conoció a Orfa y a Rut, paganas, que vivían con su madre viuda. A pesar de las diferencias de sangre y fe existentes, las dos hermanas se vieron atraídas por las grandes virtudes de Noemí, la cual, como gran Apóstola de la fe del Pueblo de Israel, habló a Orfa y a Rut de la religión del Dios Verdadero. Ambas y su madre, mediante las piadosas exhortaciones de Noemí, se convirtieron a la fe de Israel.

4. En el año 3844, dos años después de que se establecieran en Moab, murió Elimelec marido de Noemí, y quedó ella con sus dos hijos, los cuales se casaron en el mismo año: Mahalón con Rut y Quelión con Orfa. Rut tenía entonces la edad de veintinueve años. Dos años después

de ambos matrimonios, Noemí, sus hijos y nueras fueron a vivir a Setín de Moab, quedando en Ar la madre de Orfa y Rut. Transcurridos los diez años de haberse casado, murieron Mahalón y Quelión, quedando sus esposas sin descendencia. Poco tiempo después, como hubiese oído Noemí que el hambre había cesado ya en su tierra, decidió salir del territorio israelita de Moab y volverse a Belén de Judá. Y si bien era su deseo llevar consigo a Orfa y a Rut, quiso que fueran ellas las que lo decidiesen libremente. Y para probar la voluntad de una y otra, dijo a sus nueras: *«Podéis volver a la casa de vuestra madre, el Señor haga con vosotras misericordia, como la hicisteis con mis difuntos hijos y conmigo. Y Dios conceda que halléis descanso en las casas de los nuevos maridos, que El os pueda dar»*. Al oír esto, Orfa, cuya fe en el Dios de Israel no era muy consistente, y que, por tanto, no deseaba ir con su suegra, vio el campo libre para separarse de ella sin resistencia alguna; por lo que, besando a Noemí, se preparó para volver con su madre a la casa de Ar. Mas, por el contrario, Rut, alzando la voz, se puso a llorar diciendo a Noemí: *«Contigo iré a tu pueblo natal»*. A la cual respondió Noemí: *«Vuelve, también, hija mía, ¿para qué venir conmigo? ¿Por ventura tengo yo algún hijo más para que de mí puedas esperar otro marido? No, hija mía, no vengas conmigo, porque tu angustia agrava la mía y la mano de Dios está levantada contra mí»*. Entonces Rut, que no quería desasirse de su suegra, desecha en lágrimas, le dijo: *«No me insistas más para que te deje y me vaya, porque adonde tú fueres, he de ir yo, y donde tú morares, he de morar yo. Tu pueblo es mi pueblo, y tu Dios es mi Dios. En la tierra en que murieres tú, allí moriré yo, y donde fueres sepultada, allí lo seré yo igualmente. Sólo la muerte me separará de ti»*. Viendo, pues, Noemí la firme resolución de Rut, colmada de alegría, partió con ella a Belén de Judá. Y luego que entra-

ron en la ciudad, prontamente se esparció entre todos la noticia, y decían las mujeres: «*Esta es aquella Noemí*». A las cuales dijo: «*No me llaméis Noemí (esto es, graciosa) sino llamadme Mara (esto es, amarga) porque el Todopoderoso me ha llenado en extremo de amargura. Salí llena, y el Señor me ha hecho volver vacía. ¿Por qué, pues, me llamáis Noemí, habiéndome humillado el Señor, y afligido el Todopoderoso?*». Vino, pues, Noemí con Rut moabita su nuera, de la tierra de su peregrinación, y volvió a Belén, cuando comenzaban a segarse las cebadas.

Capítulo II

Rut va a espigar en la heredad de Booz

1. Tenía Elimelec, difunto marido de Noemí, un pariente consanguíneo, hombre poderoso y muy rico, llamado Booz, el cual era muy anciano. Y dijo Rut a su suegra: «*Si me das licencia, iré al campo y recogeré las espigas que caigan de las manos de los segadores, pues espero que halle buena acogida en algún padre de familias que se muestre compasivo conmigo*». Y ella le respondió: «*Anda, hija mía*». Salió, pues, Rut, y recogía espigas detrás de los segadores. Y aconteció que aquel campo era de Booz; el cual, cuando vino él de Belén para ver cómo iba su cosecha, dijo a los segadores: «*El Señor sea con vosotros*». Y ellos le respondieron: «*Bendígate el Señor*». Y como Booz viese a Rut espigando, dijo al mayoral: «*¿De quién es esa mujer?*». A lo que él respondió: «*Es aquella moabita que vino con Noemí y ha pedido permiso para ir tras los segadores cogiendo las espigas que quedan, y desde muy temprano hasta ahora está en el campo, sin haberse retirado ni por un momento a su casa*». Y Booz dijo a Rut: «*Oye, hija mía, no vayas a otros campos a espigar, ni te apartes de este lugar; sino sigue espigando con las demás muchachas. He dado orden a mis criados que nadie te moleste; antes bien, si tuvieras sed, vete al hato y bebe del agua que beben también mis criados*». Entonces Rut, inclinando su rostro hasta la tierra, le hizo una profunda reverencia, y dijo: «*¿De dónde a mí esta dicha de haber hallado gracia en tus ojos, y te dignes tratarme con tanta bondad, siendo una mujer extranjera?*». A la cual respondió Booz: «*Me han contado todas las buenas obras que hiciste con tu suegra después de la muerte de tu marido, y que has dejado a tus parientes y la tierra en que naciste, para venirte a una tierra que no conocías. El Señor te premie conforme a tus obras y recibas un cumplido galardón del Dios de Israel, a quien has recurrido, y debajo de cuyas alas te has acogido*». Ella dijo: «*He hallado gracia en tus ojos, señor mío, pues has consolado y hablado al corazón de esta esclava tuya, que ni merece contarse en el número de tus criadas*». Y dijola Booz: «*Cuando fuere hora de comer, ven aquí, y come del pan, y moja tu bocado en la salsa*». Y Booz dio esta orden a los segadores: «*De vez en cuando, dejad a propósito caer espigas de vuestras gavillas para que ella las coja fácilmente sin rubor*».

2. Y ya al mediodía, sentóse Rut con las criadas, y Booz le dio una porción de polenta, y ella comió y se sació,

guardando las sobras. Booz, quedó prendado de la virtud, sencillez y belleza de Rut; mas, sin que por eso aspirase a casarse con ella, dada la gran diferencia de edad. Estuvo, pues, Rut espigando en el campo hasta la tarde; y una vez desgranadas las espigas que había recogido, se halló con una buena porción de cebada; y cargada con el grano, volvióse a la ciudad, y se lo dio a su suegra; y, además, le dio las sobras de la comida, de que ella se había saciado. Y díjole Noemí: «*¿Dónde has espigado hoy? Bendito el que tuvo misericordia de ti*». Y Rut le declaró que había espigado en el campo de un varón llamado Booz. A lo cual respondió Noemí: «*Bendito sea él por el Señor. Es hombre de gran caridad y pariente nuestro*». Y dijo Rut: «*También me ha mandado que me una a sus criadas hasta que se acabe la siega de todas las mieses*». Y Rut siguió espigando en los campos de Booz hasta que las cebadas y el trigo fueron guardados en las trojes.

Capítulo III

Booz se casa con Rut

1. El bondadoso trato de Booz para con Rut, había infundido en ella, no sólo veneración, sino, incluso, gran cariño hacia el anciano; todo lo cual, iba siendo observado por él con gratos ojos. Y como era deseo de Dios que ambos se unieran en santo matrimonio, a pesar de la gran diferencia de edad, Booz sintió en su corazón el impulso divino de solicitar a Noemí su casamiento con Rut.

2. En el verano del año 3855, cuando Rut se hallaba espigando en los campos de Booz, éste fue a casa de Noemí para hablarle sobre el casamiento con su nuera. Y aunque ella sintió en su interior que el deseo del anciano era movido por Dios, no quiso dar su consentimiento al matrimonio mientras no supiese el parecer de Rut. Horas después que Booz partiera de la casa de Noemí, llegó Rut cargada con el grano que había recogido en su trabajo, y Noemí le dijo: «*Hija mía, yo quiero buscarte reposo, y procurar que estés bien. Ese pariente nuestro Booz, con cuyas criadas andas junta en el campo, y que es varón de gran virtud, me ha pedido que te dé a él por esposa. Ahora deseo saber si tú estás dispuesta a casarte con él, ya que es muy grande la diferencia de edad. Mas, por las señales veo que está en el plan divino el que ambos os caséis para mayor gloria del Señor Dios de Israel*». Al oír Rut las palabras de su suegra, su corazón quedó lleno de sobrenatural júbilo, pues veía que el sentimiento del alma de Booz era el de su propia alma; por lo que Rut manifestó a su suegra su gran deseo de aceptar a Booz por esposo. Y Noemí dijo a Rut: «*Lávate, pues, y úngete con perfumes, y ponte tus mejores vestidos; pues, voy a comunicar a Booz que es el deseo de Dios, y el tuyo, que te tome por esposa*». Y Noemí mandó recado a Booz para que viniera a entrevistarse con Rut a fin de concertar el casamiento. El anciano, acompañado de algunos de los criados y criadas más principales, fue a la casa de Noemí. Y cuando Rut vio entrar a Booz, se postró de rodillas ante él. Y Booz, en presencia de Noemí y de sus criados, dijo a Rut: «*Bendita seas del Señor, que has sobrepujado tu primera bondad y cordura con esta de ahora, porque*

no has deseado un varón más joven que yo para casarte, sino que has puesto tus ojos en mí, hombre anciano, que Dios ha dispuesto para ti. Yo te tomaré por esposa, pues todo el pueblo de Belén sabe que eres mujer de gran virtud». Booz, a pesar de sus muchos años, era hombre que, por providencia divina, conservaba aún gran belleza y lozanía.

3. Ese mismo año 3855, cuadragésimo primero del gobierno de Aod, el venerable anciano Booz, de ciento veinticuatro años de edad, casó con Rut, de cuarenta años de edad. Y después de cohabitar con ella, le concedió el Señor que concibiera y pariera un hijo, a quien llamaron Obed, el cual fue padre de Isaí por sobrenombre Jesé, que fue padre de David. De la descendencia de Booz y Rut nacería el Mesías Salvador.

4. Y las mujeres de Belén, congratulándose, decían unas a otras: «Ha nacido un hijo a Rut». Y manifestaban, además, su regocijo a Noemí, diciéndole: «Bendito sea el Señor, por haber dado un hijo a tu nuera que te ama, y que es para ti tanta alegría como si tuvieras siete hijos». Y Noemí cuidaba de aquel niño como si fuera nieto suyo.

5. Orfa, hermana de Rut, volvió, pues a vivir con su madre en la casa de la ciudad de Ar, del territorio israelita de Moab. Un año después, murió su madre, y Orfa, cuya fe en la religión de Israel siempre había sido endeble, apostató del verdadero Dios volviendo a la idolatría y costumbres paganas que había practicado antes de su conversión. Y fue tal su corrupción, que partió del Pueblo de Israel y se casó con un filisteo. De la descendencia de Orfa y el filisteo nacería el gigante Goliath.

Libro IV

Los Jueces Sangar, Débora, Gedeón y Tola

Capítulo I

Sangar, tercer Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Muerte de Sangar

1. Muerto el juez Aod en el año 3894, después de un mes de interregno en el que asumió el mando el Sumo Sacerdote correspondiente, Dios eligió como Profeta, Juez y Caudillo de Israel a Sangar hijo de Anat, de la tribu de Simeón. Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote ungió a Sangar, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Sangar fue Juez durante siete años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo. Durante su gobierno, los filisteos invadieron una parte del sur del Pueblo de Israel, y Sangar, con su ejército, expulsó a los invasores, matando a más de seis mil de ellos.

2. En el séptimo y último año del gobierno del Juez Sangar, dada la prevaricación de muchos israelitas de algunos territorios de la parte norte de Israel, Dios permitió que Jabín, rey cananeo en el exilio, invadiera algunos de aquellos territorios, los dominara durante veinte años y asentara su trono en la ciudad israelita de Asor. Jabín, tenía como general de su ejército a Sisara, el cual habitaba en la cercana ciudad de Haroset. Sangar murió santamente en Silo el año 3901.

Capítulo II

Débora, cuarta Profetisa, Jueza y Caudilla del Pueblo de Israel. Barac, Caudillo militar del Pueblo de Israel. Muerte de Débora

1. Muerto el Juez Sangar, después de un mes de interregno en el que asumió el mando el Sumo Sacerdote correspondiente, ese mismo año 3901, Dios eligió como Profetisa, Jueza y Caudilla del Pueblo de Israel, a Débora,

de la tribu de Neftalí, que era esposa de Lapidot, llamado también Abinoén, natural de Cades. Débora fue santificada al ser ungida profetisa con el contacto de la Triple Bendición en sus labios, por ministerio del Alma de Cristo, en el momento de ser elegida Jueza del Pueblo de Israel. De esta manera fue preparada esta santa mujer para gobernar y juzgar a su pueblo. Después de ser elegida, el Sumo Sacerdote ungió a Débora, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Débora fue Jueza durante veinte años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo.

2. En el año vigésimo del gobierno de la Jueza Débora, viendo Dios el sincero arrepentimiento de aquella parte de su Pueblo invadida por los cananeos, y oyendo el clamor de sus hijos oprimidos en extremo, mandó a la Profetisa, Jueza y Caudilla Débora que expulsara a los invasores. Débora envió a llamar a su hijo Barac, y díjole: «El Señor Dios de Israel me ha dado esta orden para ti: 'Seas tú, Barac, Caudillo militar de Israel; anda, toma contigo diez mil combatientes de Israel, y lleva el ejército al Monte Tabor, que Yo haré que Sisara, general del ejército del rey cananeo Jabín, con sus carros y toda su gente, vayan junto al torrente Cisón, en donde tú también irás, y los entregaré en tus manos'». Y, movido por Dios, dijo Barac a su madre: «Si vienes conmigo, iré; mas, si no quieres venir conmigo, no partiré». A lo cual respondió Débora: «Bien está, iré contigo; mas no se atribuirá a ti la victoria, pues Sisara será vencido por medio del valeroso ánimo de una mujer». Débora, con Barac y diez mil combatientes, partió de Silo al Monte Tabor.

3. Cuando Sisara tuvo la noticia de que Barac, Caudillo militar de Israel, había subido al Monte Tabor con un poderoso ejército para darles la batalla, dicho general del ejército cananeo juntó novecientos carros armados, e hizo mover a toda su gente desde Haroset hasta el torrente de

Cisón. Entonces dijo Débora a Barac: *«Ea, vamos, porque este es el día en que el Señor ha puesto a Sisara y a su ejército en nuestras manos. Mira que el mismo Dios de Israel es nuestro Caudillo en la batalla»*. Y Débora dio a su hijo todas las instrucciones de cómo debía llevar a cabo la batalla. Y mientras ella quedó en el Monte Tabor orando a Dios por el triunfo de los ejércitos de Israel, Barac descendió con diez mil combatientes para hacer la guerra a los cananeos. A la vista del ejército de Israel, el Señor llenó de espanto a Sisara, y a todos sus soldados; los cuales, en su gran mayoría, perecieron en la batalla a manos del ejército israelita. Y como los supervivientes cananeos se dieran a la huida, fueron perseguidos por los soldados de Israel hasta la ciudad de Haroset, en donde Sisara murió atravesado por la espada de Barac. Con este triunfo, los hijos de Israel cobraron más bríos y se dirigieron a la ciudad de Asor, sede del rey Jabín; y tras duro asedio, fue tomada por Barac, quien se apoderó del rey cananeo y se lo llevó vivo a Débora, la cual lo atravesó con su espada en el Monte Tabor. De esta manera Dios, a través de una mujer fuerte, la Profetisa, Jueza y Caudilla Débora, humilló en aquel día a Jabín, usurpador de parte de los territorios del Pueblo de Israel. Esta victoria fue en el año 3921.

4. Tras la gloriosa victoria de Débora y Barac contra los ejércitos cananeos, madre e hijo cantaron un himno en honor del Dios Fuerte y Poderoso de Israel. Débora comenzó así: *«Oh, varones de Israel, vosotros que voluntariamente habéis expuesto vuestras vidas, bendecid al Señor por tan gran victoria. Escuchad, reyes, estad muy atentos, oh príncipes, yo, una mujer, Débora, soy la primera que cantaré himnos de alabanza y acción de gracias al Señor de Israel»*. Por su parte, Barac, para ensalzar la grandeza de Dios por haberse valido del valor de una mujer para defender los derechos de su Pueblo, dijo: *«Se habían acabado en Israel los valientes, habían desaparecido, hasta que Débora levantó su cabeza y se manifestó como una madre para Israel. Nuevo y maravilloso modo de guerrear escogió el Señor, y Él mismo, por medio de una mujer, destruyó las fuerzas de sus enemigos. ¡Oh, Pueblo de Israel, bendecid al Señor!»*. Débora murió santamente en Silo, en el año 3921.

Capítulo III

Nueva prevaricación de los hijos del Pueblo de Israel

1. Tras la muerte de Débora en el año 3921, hubo un interregno de siete años en el que asumió el mando el Sumo Sacerdote de ese momento. El que Israel se viera privado, durante tantos años, de un Juez que le gobernase, fue a causa de la prevaricación de muchos del Pueblo de Israel, especialmente los de la parte sur; y Dios permitió que, durante el interregno, cayeran esas zonas de los prevaricadores en manos de los madianitas, los cuales oprimieron a sus habitantes de tal manera que se vieron obligados a hacer grutas y cuevas en los montes para refugiarse, así como lugares fuertes para defenderse.

2. Durante esos siete años, los israelitas que vivían bajo el dominio de los madianitas, fueron víctimas de su opre-

sión; pues, talaban los sembrados de sus campos, destruían sus frutos y se apoderaban de ellos al tiempo de la recolección. De tal manera aquellos israelitas vivían en extremo humillados que, movidos a sincero arrepentimiento, clamaron el auxilio del Señor con voces de aflicción.

Capítulo IV

Gedeón, quinto Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel

1. En el año 3928, séptimo del interregno, el Ángel del Señor, que era el Alma Divinísima de Cristo, se apareció, bajo figura de Varón, en Efra, sentado debajo de una encina en el campo de Joás, padre de Gedeón, cuando éste sacudía y limpiaba el grano en el lagar para esconderlo de los madianitas. La familia de Gedeón había permanecido fiel en medio de la apostasía de aquella parte de su pueblo. El Ángel del Señor dijo a Gedeón: *«El Señor es contigo, oh tú, el más valeroso de los hombres. Vé con esa tu fortaleza, y libra a Israel del poder de los madianitas; sepas que Yo soy el que te envío»*. Y con estas palabras Dios eligió Profeta, Juez y Caudillo de Israel a Gedeón, de la tribu de Manasés. Y Gedeón, que se consideraba indigno del alto y difícil cargo que se le confiaba, respondió: *«Ah, señor mío, ruégote me digas cómo podré yo libertar a Israel. Mira que mi familia es la infima en la tribu de Manasés, y yo el menor de la casa de mi padre»*. Y díjole el Señor: *«Yo seré contigo, y derrotarás a los madianitas, como si fueran un solo hombre»*. Y contestó Gedeón: *«Si es que yo he hallado gracia delante de ti, dame una señal de que Tú eres el Dios de Israel quien me habla, ni te retires de aquí, hasta que yo vuelva a ti, y te traiga un presente para ofrecértelo como comida»*. Y el Ángel del Señor dijo: *«Yo esperaré hasta que vuelvas»*. Entróse Gedeón en su casa y coció un cabrito, e hizo panes; y poniendo la carne en un canastillo, y echando en una olla el caldo de la carne, llevólo todo debajo de la encina, y se lo presentó. Y díjole el Ángel del Señor: *«Toma la carne y los panes, y ponlos sobre aquella piedra, y derrama encima el caldo»*. Y habiéndolo hecho así, el Alma Divinísima de Cristo, bajo figura de Ángel del Señor, extendió la punta del báculo, que tenía en la mano, y tocó la carne y los panes, y salió fuego de la piedra, que consumió la carne y los panes. Y el Ángel del Señor desapareció de sus ojos. Y viendo Gedeón que era el Dios de Israel bajo forma de Ángel, dijo: *«Ay de mí, Señor mío, que he visto a Dios»*. Mas, el Señor se le apareció de nuevo y díjole: *«La paz sea contigo, no temas»*. Luego, el Señor mandó a Gedeón que destruyera el altar dedicado al dios Baal que había erigido la gente pagana en Efra; lo cual hizo Gedeón afrontando valientemente las amenazas de muerte por parte de los seguidores idólatras, que dijeron a Joás: *«Sácanos aquí a tu hijo Gedeón, para que le demos muerte, pues ha destruido el altar de Baal»*. Entonces Gedeón, con gran coraje y valor, salió de la casa, y dijo: *«Si creéis que Baal es el verdadero Dios, fulmineme ahora mismo, que he derribado su altar; y si no lo es, que el Dios de Israel, en el que yo creo, fulmine al sacerdote de Baal a la vista de todos»*. Y aca-

badas estas palabras, se apareció el Santísimo Melquisedec y fulminó con un rayo al sacerdote de Baal a la vista de todos, desapareciendo luego Melquisedec. Con esta gran señal del Cielo, todos se convirtieron al Dios de Israel.

2. Tras ser elegido Profeta, Juez y Caudillo de Israel, Gedeón fue ungido con el óleo por el Sumo Sacerdote, delante del Templo de Silo, en presencia de una gran multitud de todas las tribus; y, mediante esta unción, el Sumo Sacerdote le transmitió los poderes del gobierno. Gedeón fue Juez de Israel durante cuarenta años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo.

3. La heroica gesta de Gedeón destruyendo el altar de Baal en Efra, y la fulminación del sacerdote idólatra, causaron gran sobresalto entre los madianitas invasores, máxime que corría de boca en boca la alarma de que los seguidores del Dios de Israel se preparaban, bajo el mando de Gedeón, para liberar a su Pueblo del yugo que le oprimía. El ejército madianita acampó en el valle de Jezrael, situado entre el Monte Carmelo y el río Jordán, y se dispuso para la guerra. Y Gedeón, que se hallaba en Silo, fue impulsado por el Señor para librar la gran batalla contra aquel numeroso ejército de enemigos; por lo que, envió mensajeros a las distintas tribus de Israel para que se preparasen. Mas, antes que Gedeón saliese a afrontar a los madianitas, sintiéndose incapaz para tan difícil misión, pidió a Dios con gran humildad algunas señales prodigiosas que bastaran para darle completa seguridad, no sólo a él sino a los que le seguían, de que, verdaderamente, el Señor era quien le movía a tan heroica empresa. Esta prudente conducta mereció la aprobación divina, y Dios accedió a la solicitud de su siervo. Dijo, pues, Gedeón a Dios: *«Si has de salvar a Israel por mi débil mano como lo has dicho, ésta será la primera señal que humildemente pido: pondré este vellocino de lana en la era, y si el rocío cayere sólo en el vellocino, y toda la tierra quedare seca, sabré que es voluntad tuya que salve a Israel por mi mano, conforme has dicho»*. Y así sucedió. Y levantándose Gedeón antes de amanecer, exprimió el vellocino y llenó una taza de rocío. Y dijo de nuevo a Dios: *«No se irrite contra mí tu furor si aún hago una prueba más buscando otra señal por medio del vellocino. Rúegote que sólo el vellocino quede seco, y toda la tierra mojada del rocío»*. Y el Señor lo hizo aquella noche como se lo había pedido, y sólo el vellocino quedó seco, y todo el terreno se halló cubierto de rocío.

Capítulo V

Victoria de Gedeón sobre los madianitas.

Muerte de Gedeón

1. Fortalecido Gedeón por las milagrosas pruebas que Dios le había dado, levantándose de noche, fue con un ejército de treinta y dos mil soldados al Monte Gelboé, estando el campamento de los madianitas en el valle cerca de ese monte; cuyo número de soldados era de sesenta y cuatro mil. Gedeón, en su campamento, dijo a los de su ejército: *«Levantaos y vayamos, que el Señor va a poner*

a los madianitas en nuestras manos». Y dividió en cuatro partes sus huestes, y las colocó alrededor del campamento enemigo. A la medianoche, Gedeón y los suyos asaltaron el campamento enemigo al son de las trompetas, y gritando todos al unísono: *«La espada del Señor y de Gedeón vencerá»*. Y fue tal el espanto y la confusión que esto causó en el campamento de los madianitas que, dando aullidos, huían despavoridos y se mataban unos a otros pensando que eran enemigos. Gedeón, al mando de su ejército, se lanzó en persecución de los adversarios e hizo una gran matanza entre ellos, apresando, además, a los dos reyes madianitas Oreb y Zeb, quienes fueron atravesados por la espada de Gedeón. Luego, portando las cabezas de ambos, continuaron la persecución hasta que echaron a los enemigos del territorio del Pueblo de Israel. Ninguno de los treinta y dos mil hombres del ejército de Gedeón murió ni fue herido en la batalla, pues el Señor Dios de los Ejércitos fue su Escudo Protector. Humillados, pues, los madianitas delante de los hijos de Israel, no pudieron, después, levantar cabeza, y todo el país estuvo en paz los cuarenta años que gobernó Gedeón.

2. Después de la gran victoria contra los madianitas, algunos israelitas ambiciosos, inducidos por Fura, mayor-domo de Gedeón, dijeron a éste: *«Sé tú nuestro rey, y después de ti tu hijo, y tu nieto, ya que nos has librado del poder de los madianitas»*. A lo cual respondió Gedeón: *«No seré yo rey vuestro, ni tampoco lo será ni mi hijo, ni mi nieto, ya que el Señor es el que domina y reina sobre vosotros»*.

3. Y dijo Gedeón a los de su ejército: *«Dadme los zarcillos o pendientes que habéis hallado en el botín de nuestro enemigo»*. Pues los madianitas acostumbraban llevar zarcillos de oro. Ellos le respondieron: *«De muy buena gana te los daremos»*. Y tendiendo en tierra una capa, echaron en ella los zarcillos del despojo, muchos de ellos con figuras idolátricas. Y el peso de los zarcillos de oro que pidió, fue de mil setecientos siclos de oro. Gedeón, recogió estos zarcillos con intenciones santas: una, la de evitar que los israelitas, inclinados a la idolatría, levantasen ídolos para adorarlos; otra, erigir un monumento a Dios en agradecimiento por haberles alcanzado la victoria sobre los enemigos, y así quedara memoria de este glorioso triunfo, a quien sólo a Dios se le debía. Mas, lamentablemente, tras la muerte santa de Gedeón, muchos del Pueblo de Israel idolatrarón aquel monumento de oro erigido por él en honor de Dios, sin que se le pueda imputar al gran Caudillo culpa alguna en esta idolatría, ya que Gedeón levantó el monumento guiado de un corazón hermoso, fuerte, y agradecido a Dios.

4. Gedeón, hijo de Joás, tuvo siete hijos de una misma y única esposa; y, además, a Abimelec, hijo bastardo tenido con una meretriz de Siquén. Gedeón murió santamente en Silo en el año 3968, siendo enterrado en Efra, en el mismo sepulcro de Joás, su padre.

5. Después que murió Gedeón, prevaricaron muchos de los hijos de Israel, que se entregaron a la idolatría, adorando a Baal, y olvidándose así de todos los beneficios que Dios había hecho con su Pueblo liberándole de la tiranía de los madianitas. Los ocho hijos de Gedeón, tanto los siete legítimos como el bastardo, y también la gran

mayoría de los demás parientes, apostataron de la verdadera fe.

Capítulo VI

Tola, sexto Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel

1. Tras la muerte de Gedeón en el año 3968, hubo un interregno de un mes en el que asumió el mando el Sumo Sacerdote de ese momento. Transcurrido este brevísimo periodo, ese mismo año, Dios eligió como Profeta, Juez y Caudillo de Israel a Tola, de la tribu de Isacar, hijo de Fúa, el cual era hermano de Gedeón por parte de madre. Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote ungió a Tola, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Tola fue Juez durante veinte años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo.

2. Poco después de la elección de Tola como Juez de Israel, se sublevó contra él su primo Abimelec, hijo bastardo de Gedeón, con la intención de proclamarse rey. Al mismo tiempo, sus siete ambiciosos hermanos que vivían en Efra, hicieron lo mismo, pretendiendo cada uno, por su cuenta, el gobierno de Israel. El bastardo Abimelec, buscando el apoyo de muchos de los israelitas que habían apostatado, fue a Siquén, en donde se hallaba la mayoría de los parientes por parte de su madre; los cuales alentaron a los demás ciudadanos a que se unieran a Abimelec en su sublevación contra Tola, Caudillo de Israel elegido por Dios. Y aquellos apóstatas de Siquén vieron muy oportuna la insurrección de Abimelec, ya que éste les gobernaría conforme a las costumbres paganas e idolátricas que ellos practicaban. He aquí que los habitantes de Siquén, se inclinaron a favor de Abimelec como rey de Israel, pues además decían: «*Pariente nuestro es*».

3. Después, Abimelec, ante las pretensiones de sus siete perversos hermanos, para asegurar su puesto, reclutó en Siquén un ejército y fue a Efra, ciudad de su padre, en donde degolló a sus siete ambiciosos hermanos, sin quedar uno vivo. Tras su fratricidio, Abimelec, retornó a Siquén, en donde se congregaron todos los ciudadanos, y también los venidos de la ciudad de Mello, proclamando a Abimelec como rey y señor de ellos.

Capítulo VII

El Caudillo Tola se alza en armas contra el usurpador Abimelec. Muerte de Tola

1. El Caudillo Tola, que se hallaba en Silo, una vez enterado de la sublevación de Abimelec, reclutó un poderoso ejército y se dirigió a Siquén. Mas, como el usurpador hubiera cerrado las puertas de la ciudad, Tola, subióse a una parte elevada de la ladera del Monte Garizín, desde donde clamó a voz en grito, y dijo: «*Ciudadanos de Siquén, oídme de parte del verdadero Dios: Habéis hecho una acción perversa al proclamar como vuestro rey a Abimelec, pisoteando la autoridad del Dios de Israel, que es el que gobierna su pueblo por medio del que Él ha elegido, que soy yo, Tola, vuestro Caudillo*». Y Tola retó a Abimelec a que saliera de la ciudad con sus soldados a guerrear contra él y su ejército.

2. Como se resistiese Abimelec a salir de la ciudad para luchar, díjole uno de sus jefes de milicia: «*Sal y pelea contra él*», lo cual hizo. Tola, Caudillo de Israel, libró una gran batalla contra Abimelec y sus secuaces, tomando finalmente la ciudad de Siquén, en donde pasó a cuchillo a una parte de sus habitantes. Abimelec, con algunos de su ejército, logró huir, dirigiéndose a la ciudad de Tebes, cuyos ciudadanos, avisados de ello, cerraron y aseguraron bien las puertas para que no entrase, situándose muchos de los tebenos en las almenas de las murallas en actitud de defensa. Tola, persiguiendo a Abimelec, venció a su ejército junto a las murallas de Tebes, en donde Tola atravesó con su espada a Abimelec dándole muerte.

3. Tras la victoria sobre Abimelec, el Santísimo Ananías dijo a Tola cuando éste retornó a Silo: «*Con tu poderoso ejército dirígete ahora al desierto del Sinaí, y toma una parte para agregar a la que conquistó mi siervo Caleb, y así, de toda la extensión del desierto del Sinaí, tres cuartas partes estarán bajo el dominio de Israel. No tomarás la cuarta parte restante. Yo iré delante de ti. Tú vencerás*». Una vez tomada esta parte del Sinaí y distribuida entre las tribus, volvió Tola a Silo, en donde vivió y gobernó al Pueblo de Israel casi veinte años más, que gozó de gran paz. Tola murió santamente en Silo en el año 3988, y fue sepultado en Samir, lugar de las montañas de Efraín.

Libro V

Los Jueces Jaír, Jefté, Abesán, Elón, Abdón y Sansón

Capítulo I

Jaír, séptimo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Muerte de Jaír

1. Tras la muerte de Tola en el año 3988, hubo un interregno de un mes en el que asumió el mando el Sumo Sacerdote de ese momento. Transcurrido este brevísimo periodo, ese mismo año, Dios eligió como Profeta, Juez

y Caudillo de Israel a Jaír, de Galaad, de la tribu de Gad. Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote ungió a Jaír, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Jaír fue Juez durante veinte años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo.

2. Durante los dos primeros años del Caudillaje de Jaír, muchos de los hijos de Israel, añadiendo nuevos pecados a los antiguos, prevaricaron delante del Señor, sirviendo a los ídolos, a los baales, a Astarot, a los dioses de los sirios, de los sidonios, de los moabitas, de los amonitas y de los filisteos. Por tanto, dejaron de dar culto al Dios Todopoderoso, para entregarse a la idolatría. Durante los dieciocho últimos años del gobierno del Caudillo Jaír, el Señor, airado contra muchos de su Pueblo por haber prevaricado, permitió que una parte de Israel fuese ocupada por los amonitas y otra por los filisteos.

3. En cuanto a la invasión de los amonitas, estos, al mando de su rey, que estaba en el exilio, entraron por el este, en los límites de Israel con Mesopotamia. El Caudillo Jaír, enterado de esta invasión, se encaminó con su ejército al Monte Galaad, frontera con el desierto de Arabia. Jaír tenía un ejército bien formado y poderoso, más que suficiente para acabar con los amonitas. Mas, aunque sabía que podía vencerlos, traicionó al Pueblo de Israel, ya que, por permisión divina, y no por mandato de Dios, en vez de guerrear contra el rey de los amonitas, pactó con él lo siguiente: Que este rey idólatra tuviese abierta la puerta de entrada al territorio del Pueblo de Israel, a cambio de que los treinta hijos de Jaír gobernarán sobre treinta ciudades; o sea, que Jaír, con su pacto, daba entrada al enemigo en el territorio de Israel, a condición de que, sobre esta tierra tomada por los amonitas, se reservaran treinta ciudades, una para cada uno de sus treinta hijos. A lo que respondió el rey amonita: *«De acuerdo, con tal que los príncipes de esas treinta ciudades sean tributarios míos»*; y Jaír, agregó: *«Y también sean mis tributarios»*. Esto sucedió cuando aquella zona de Israel estaba cayendo en idolatría. Tras este pacto, Jaír con su ejército del Pueblo de Israel retrocedió en dirección a Silo, dejando penetrar a los amonitas; con cuya ocupación Dios castigó esta parte del territorio de Israel por sus prevaricaciones. Los treinta hijos de Jaír, constituidos príncipes de treinta ciudades, en el territorio de Galaad, que se llamaron ciudades de Jaír, cabalgaban en treinta pollinos de asnas, ostentando esa autoridad que les vino de la traición que Jaír hizo al Dios de Israel.

4. Mientras los amonitas ocupaban aquella parte del territorio del Pueblo de Dios, los filisteos, venidos de su exilio en Egipto, entraron por el oeste en Israel, invadiendo la parte occidental sur. Y Dios permitió esta invasión filistea porque esta zona del suroeste estaba idolatrando, la cual quedó sometida bajo el yugo filisteo durante dieciocho años.

5. Tanto los israelitas que vivían bajo la invasión amonita como los que vivían bajo la invasión filistea, fueron afligidos y oprimidos cruelmente por espacio de esos dieciocho años, expiando, con este castigo, sus idolatrías. Dichos territorios oprimidos pertenecían: unos a la parte oriental del Jordán y otros a las tribus de Judá, Benjamín, Dan y Simeón.

6. Jaír, fue un Juez perverso y malvado que gobernó sobre todos los territorios del Pueblo de Israel; muchos de los cuales, que permanecían fieles a Dios, tuvieron que soportar a este Juez inicuo. El Caudillo Jaír, traidor a Dios y a su Pueblo, después de una vida perversa y malvada,

murió en Silo el año 4008, en la más abyecta impenitencia, y fue sepultado en un lugar llamado Camón. Jaír se halla en el fuego eterno del Infierno.

Capítulo II

Jefté, octavo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Sacrificio de Seila. Muerte de Jefté

1. Tras la muerte de Jaír en el año 4008, hubo un interregno de un mes en el que asumió el mando, por primera vez, el Sumo Sacerdote Helí. Los habitantes de aquellos territorios oprimidos por los amonitas y filisteos, arrepentidos de sus prevaricaciones, clamaron a Dios para que les auxiliara, diciendo: *«¡Oh, Dios y Señor, hemos pecado contra Ti, haz Tú de nosotros lo que te agradare, mas libranos de nuestros opresores!»*. Y era tal el arrepentimiento de ellos, que arrojaron fuera de sí y destruyeron todos los ídolos de los dioses ajenos, entregándose sinceramente al servicio de Dios, el cual se compadeció de sus miserias.

2. Había por entonces un hombre en la ciudad de Galaad llamado Jefté, de la tribu de Judá, varón muy esforzado y guerrero, hijo de Galaad y de una meretriz. Los otros hijos de Galaad, tenidos con su verdadera esposa, habían echado a Jefté de su casa, porque defendía con ardor, ante ellos y muchos de la ciudad, los derechos del Dios de Israel y combatía la idolatría; y además, porque sus hermanos no querían que Jefté tomara parte en la herencia de su padre por haber nacido de otra madre. Jefté, escondiéndose de ellos para que no le matasen, se vio obligado a habitar en Tob, ciudad al norte de Galaad, en los confines del desierto de Arabia. Jefté, como era varón fiel a Dios y esforzado guerrero, se ganó pronto la confianza de muchos de los israelitas y lo tomaron como jefe de ellos. Por no pocas partes de Israel se oía hablar de Jefté como hombre justo y recto delante de Dios, y diestro en el arte de la guerra; ya que, en más de una ocasión había hecho escaramuzas contra los enemigos del Pueblo de Israel.

3. En el año 4008, en que Dios se apiadó de aquellos territorios prevaricadores de Israel que sufrían bajo el yugo amonita y filisteo, hallándose Jefté en Tob, acudió a él una comisión de ancianos israelitas de Galaad, diciéndole: *«Ven, y serás nuestro Caudillo, y pelearás contra los amonitas, pues sólo en ti confiamos»*. Respondióle Jefté: *«¿No sois vosotros los que me aborrecisteis y echasteis de la ciudad de mi padre, y ahora me habéis venido a buscar compelidos de la necesidad?»*. Y respondieron a Jefté los ancianos de Galaad: *«Pues por esta razón venimos ahora a buscarte, para que vengas con nosotros, y pelees contra los amonitas, y seas nuestro Caudillo»*. Mas Jefté les dijo: *«Sea el Dios Todopoderoso de Israel el que nombre el Caudillo que libre aquellos territorios de su Pueblo que están bajo la opresión enemiga»*. Tras estas palabras, Jefté se retiró de ellos, y postrado en oración, invocó a Dios pidiendo su auxilio. Y el Santísimo Ananías se apareció a Jefté, diciéndole: *«Tú eres el que Yo elijo como Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Vé, y libera a los hijos de mi Pueblo del idólatra invasor, pues he visto el arrepentimiento de ellos y he oído miseri-*

cordioso su clamor». Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote ungió a Jefeé, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Jefeé fue Juez durante seis años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo.

4. Jefeé, tras ser ungido, impulsado por el Espíritu de Dios, se puso al mando de un poderoso ejército, y fue en busca de los amonitas. Mas, antes de comenzar la batalla, pidió a Dios que le ayudará para alcanzar la victoria contra esos enemigos; y al mismo tiempo le dijo Jefeé a Dios: *«Pídemelo lo que quieras, para que se cumpla lo que te pido, Señor»*. Y Dios le dijo: *«A tu retorno a casa, al primero que veas que sale, lo matarás y me lo ofrecerás en sacrificio, en holocausto e inmolación»*. Y Jefeé, aun pasándole por su mente que podría ser su propia hija, libre y soberanamente respondió a Dios: *«Sí, Señor»*. No fue, pues, Jefeé, el que, por propia iniciativa, hizo el voto de sacrificar al primero que saliese de su casa cuando él volviera victorioso, sino que fue el mismo Dios el que puso a Jefeé esta condición para su victoria, y él voluntariamente aceptó. Marchó, después, Jefeé a pelear contra los amonitas, y el Señor se los entregó en sus manos. Y conquistó Jefeé veinte ciudades, desde Aroer hasta llegar a Menit, y hasta Abel, que está plantada de viñas, causando los ejércitos de Israel gran mortandad entre sus enemigos, que fueron humillados y arrojados de los territorios invadidos.

5. Cuando Jefeé volvía victorioso a su casa en Silo, en donde había dejado a Seila, su hija única, ya que no tenía otros hijos, salió ella la primera, con gran júbilo, a recibirle con panderetas y danzas. Jefeé, cuando vio a su hija rasgó sus vestiduras, y dijo: *«¡Ay de mí, hija mía, qué desengaño el mío y el tuyo! pues he dado palabra al Señor de que, el primero de mi casa que saliere a recibirme, se lo ofreceré en holocausto, y tú has sido, y ya no podré hacer otra cosa»*. Jefeé sabía que Dios es el Autor de la vida y el único que tiene derecho a quitarla; por lo que la pide cuando quiere, cómo quiere y a quien quiere. Por eso, la actitud de Jefeé es heroica y admirable al aceptar plenamente la voluntad de Dios, por muy dolorosa que le sea.

6. Al oír Seila lo que su padre le anunciaba, le respondió: *«Padre mío, si has dado tu palabra al Señor, haz de mí todo lo que le has prometido, puesto que te ha otorgado el vengarte de los enemigos del Pueblo de Israel, vendiéndolos»*. También, la hija de Jefeé aceptó voluntariamente ser sacrificada, pues Dios lo había pedido a su padre a condición de la gran victoria contra los enemigos de su Pueblo, y él lo había aceptado; por lo que Seila heroicamente le dijo que cumpliera lo prometido a Dios.

7. Mas, antes de que Jefeé llevase a cabo la inmolación de su hija, Seila le dijo: *«Padre mío, otórgame sólo esto que te suplico: Déjame ir dos meses a dar vuelta por los montes, y a llorar mi virginidad con mis compañeras»*. Respondióle Jefeé: *«Vete»*. Y dejola ir por dos meses. Y habiendo ido con sus compañeras y amigas, lloraba su virginidad en los montes; lo cual le sirvió de meditación y de reflexión. Seila, lloró su virginidad porque, con su

muerte sin sucesión, perdía la esperanza que toda mujer de Israel abrigaba de dejar una posteridad de la cual naciera el Mesías. Y pasados los dos meses, volvió a su padre, el cual cumplió lo pedido por Dios y prometido por él, con la que no había conocido varón, matando a su hija Seila y ofreciéndosela a Dios en holocausto.

8. Tras el sacrificio de Seila, Jefeé, con un poderoso ejército, se lanzó a la reconquista de aquellos territorios invadidos por los filisteos, los cuales fueron vencidos con una gran mortandad y expulsados fuera de los términos de Israel. Con esta nueva victoria, todo el Pueblo de Dios quedó liberado de los invasores, gozando de gran paz y prosperidad. Jefeé murió santamente en Silo en el año 4014, después de haber gobernado a su Pueblo durante seis años, y fue enterrado en su ciudad de Galaad.

Capítulo III

Abesán, Elón y Abdón: noveno, décimo y undécimo Profetas, Jueces y Caudillos del Pueblo de Israel.

El Pueblo de Israel goza de gran paz durante el período en que gobiernan estos tres jueces.

Muerte de los tres jueces

1. Tras la muerte de Jefeé en el año 4014, hubo un interregno de un mes en el que asumió el mando, por segunda vez, el Sumo Sacerdote Helí. Transcurrido este brevísimo período, ese mismo año, Dios eligió como Profeta, Juez y Caudillo de Israel a Abesán, de la tribu de Rubén, nacido en Belén. Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote ungió a Abesán, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Abesán fue Juez durante siete años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo. Abesán tuvo veinticuatro hijos entre varones y varonas. Murió santamente en Silo en el año 4021, y fue sepultado en Belén.

2. Tras la muerte de Abesán en el año 4021, hubo un interregno de un mes en el que asumió el mando, por tercera vez, el Sumo Sacerdote Helí. Transcurrido este brevísimo período, ese mismo año, Dios eligió como Profeta, Juez y Caudillo de Israel a Elón, de la tribu de Zabulón. Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote ungió a Elón, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Elón fue Juez durante ocho años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo. Elón murió santamente en Silo en el año 4029, y fue sepultado en el territorio de Zabulón.

3. Tras la muerte de Elón en el año 4029, hubo un interregno de un mes en que asumió el mando por cuarta vez el Sumo Sacerdote Helí. Transcurrido este brevísimo período, ese mismo año, Dios eligió como Profeta, Juez y Caudillo de Israel a Abdón, hijo de Illel, de la tribu de Aser, natural de Faratón. Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote ungió a Abdón, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Ab-

dón fue Juez durante ocho años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo. Abdón murió santamente en Silo en el año 4037, y fue sepultado en Faratón.

4. Durante el gobierno de estos tres Profetas, Jueces y Caudillos, el Pueblo de Israel gozó de gran paz y prosperidad, pues Dios no permitió que su Pueblo fuese invadido por ningún enemigo en atención a la rectitud de los tres Jueces y al buen comportamiento de la mayoría del Pueblo.

Capítulo IV

Sansón, duodécimo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Muerte de Sansón

1. Había un hombre natural de Sara, llamado Manué, de la tribu de Dan, cuya esposa se llamaba Nardina. Manué y Nardina procedían de la tribu de Dan, mas con un cruce de Madián en sus antepasados, por lo que eran, respectivamente, Anciano y Anciana de Madián. A Nardina se le apareció un día el Ángel del Señor, que era el Alma Divinísima de Cristo, y le dijo: *«Eres estéril, mas concebirás, y parirás un hijo, cuyo cabello no deberá cortarse, porque ha de ser Nazareo, o sea, ofrecido a Dios desde su infancia, y elegido para altos designios»*. Nardina, habiendo ido en busca de su marido, le contó la buena nueva que el Ángel del Señor le había anunciado. Una vez que Nardina hubiera concebido de su esposo, Manué, puesto en oración, dijo al Señor: *«Te ruego, Señor, que venga otra vez el Varón de Dios, que has enviado, y nos enseñe lo que debemos hacer con el niño que ha de nacer»*. Y oyendo Dios la oración de Manué, el Ángel del Señor se apareció de nuevo a su mujer cuando estaba sentada en el campo. Y como Manué su marido no estaba con ella, ella corrió a avisarle, y le dijo: *«Mira que se me ha aparecido el varón, que había visto antes»*. Ante esta noticia, Manué siguió a su mujer, y llegándose adonde estaba el varón, él le dijo: *«¿Eres tú el que ha hablado a mi mujer?»*. Y respondió el Ángel: *«Yo soy»*. Al cual dijo Manué: *«Cuando nazca mi hijo, ¿qué quieres que haga con él? ¿de qué deberá abstenerse?»*. Y respondió el Ángel del Señor: *«Que no beba vino, que se abstenga de toda cosa inmundicia y que cumpla y guarde todo lo que Dios mande»*. Y como Manué y su esposa, ignorasen que aquel misterioso varón fuera el Ángel del Señor, díjole: *«Ruégote que condesciendas, y te aderecemos un cabrito para que comas»*. A lo que respondió el Ángel: *«Por más que me instes, no probaré tu comida, pero si quieres hacer un holocausto, ofréceselo al Señor»*. Tomó, pues, Manué un cabrito y las libaciones correspondientes, y lo puso sobre una piedra, para ser ofrecido al Señor. Entonces la Divinísima Alma de Cristo, con apariencia de varón de Dios, manteniendo en su mano derecha un misterioso báculo, prende a través de él, en el altar, el fuego consumidor del holocausto, manifestándose así la gloria de Dios. Y cuando subió la llama del altar hacia el cielo, el Ángel del Señor subió también junto con la llama, llevándose consigo el fragante olor de suavidad desprendido del sacrificio. Lo cual visto por Manué y por su mujer,

se postraron en tierra sobre su rostro, entendiendo ambos que era el Ángel del Señor, por lo que dijo Manué a su mujer: *«Moriremos ciertamente, porque hemos visto a Dios»*. A lo que respondió la mujer: *«Si el Señor nos quisiera quitar la vida, no hubiera recibido el holocausto y las libaciones de nuestras manos, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni nos hubiera predicho lo que ha de suceder»*. Ella, pues, parió un hijo, y púsole por nombre Sansón. Y el niño creció, y el Señor le bendijo. Y el Espíritu del Señor empezó a manifestarse en él en el campamento de Dan entre Sara y Estaol. Desde su más tierna infancia, Sansón fue de carácter impetuoso, engreído y vengativo, aunque dichos defectos eran, en gran parte, moderados por su fidelidad a la Ley de Dios y al ejercicio de las virtudes, que sus santos padres, Manué y Nardina, procuraron inculcarle con especial celo.

2. En el año 4037, tras la muerte del juez Abdón, hubo un interregno de un mes, en que asumió el mando, por quinta y última vez, el Sumo Sacerdote Helí. Una vez acabado el interregno, Dios eligió Profeta, Juez y Caudillo de Israel a Sansón, de la tribu de Dan. Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote Helí ungió a Sansón, con el óleo, delante del Templo de Silo en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Sansón fue Juez durante veinte años, y tuvo su residencia oficial en Silo, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo.

3. Dada la prevaricación de muchos de los hijos de Israel, los cuales se entregaban a los cultos y costumbres idolátricas, Dios permitió de nuevo que los filisteos invadieran algunos territorios de la parte suroeste de Israel, oprimiendo cruelmente a sus moradores. Esta invasión filistea permaneció durante los veinte años del Caudillaje de Sansón, así como durante los primeros veinte años del Juez siguiente, Samuel; por tanto, durante cuarenta años dominaron los filisteos sobre partes del territorio de Israel.

4. Sansón, a pesar de la piadosa educación que había recibido de sus padres, y de los buenos consejos del Sumo Sacerdote Helí, poco a poco su corazón se fue embruteciendo por su apego hacia las mujeres filisteas, de costumbres paganas y corrompidas, en las distintas incursiones que él hacía con su ejército en los territorios israelitas que estaban bajo la opresión de sus enemigos. Y sucedió que, bajando un día Sansón a la ciudad de Tamnata, vio allí a una mujer filistea, y dejándose llevar de sus incontrollados instintos, volvióse a casa y dio parte a sus padres, diciendo: *«He visto una mujer en Tamnata de las hijas de los filisteos y voy a tomarla por esposa»*. A lo que dijeron sus padres: *«¿Pues qué, no hay mujeres entre nuestros familiares, y en todo nuestro pueblo, que quieres tomar mujer de los filisteos, que son paganos?»*. Y dijo Sansón a sus padres: *«Tomaré para mí ésta, porque es del agrado de mis ojos»*. Y como el deseo de Sansón iba en contra de lo dispuesto por Dios acerca de los casamientos de los hijos de Israel, sus padres hicieron todo lo posible para disuadirle de esa boda a fin de que buscara una esposa entre las hijas piadosas de su Pueblo. Sansón, desoyendo el consejo de sus padres, descendió solo a

Tamnata para unirse a aquella mujer. Y sucedió que ya próximo a la ciudad, le salió un feroz cachorro de león, que rugiendo arremetió contra él; mas, Sansón, con las fuerzas excepcionales que Dios le había dado, sin tener arma alguna en su defensa, cogió con sus manos las dos mandíbulas de la fiera y la mató. Tras este episodio, Sansón entró en Tamnata, casándose con Filisteia; la cual buscaba la ruina moral del Caudillo de Israel y el mayor dominio filisteo sobre su Pueblo. Pocos días después de las bodas, Sansón fue traicionado por su mujer al descubrir ella a los filisteos un secreto arrancado a su marido con taimado fingimiento de lágrimas. Sansón, enojado con su esposa, la abandonó.

5. El Profeta, Juez y Caudillo Sansón, a pesar del engaño sufrido con la mujer filisteia, lejos de sentir el menor arrepentimiento por haber quebrantado la Ley de Dios al casarse con una pagana, engreído por su extraordinaria fuerza física, se dejó arrastrar aún más de su impetuoso espíritu vengativo, no mirando el honor de Dios y la honra de su Pueblo, sino su propia exaltación y satisfacción personal. Y para vengarse de la traición de su esposa y de los que la indujeron a hacerlo, fue a Ascalón y mató treinta hombres filisteos. Su esposa, al verse abandonada, tomó por marido a uno de los amigos de Sansón y compañero de bodas. No obstante la mala conducta de Sansón, el Dios Todopoderoso, en sus misteriosos planes, siguió valiéndose de ese Caudillo y Juez, por Él elegido, para el gobierno teocrático de su Pueblo.

6. Sansón, al frente del ejército de Israel, en distintas guerras, fue restituyendo a su Pueblo algunos territorios invadidos por los filisteos. Era tal el temor que infundía su presencia que, cuando lo veían, salían huyendo para no perecer entre sus poderosas manos. Además de las guerras, Sansón, solía hacer incursiones en los territorios ocupados por los enemigos, unas veces solo y otras veces acompañado de algunos soldados.

7. Algunos años después de que Sansón se casara con la filisteia de Tamnata, volvió a esa ciudad para reconciliarse con su mujer. Pero al querer entrar en su casa, el padre de ella se lo impidió, diciendo: *«Mi hija ya nada tiene que ver contigo. Creí que la habías aborrecido, y por eso la di a un amigo tuyo, mas tiene una hermana, que es más joven y más hermosa que ella, tómala por mujer en su lugar»*. Y respondió Sansón: *«Desde hoy no tendrán ya más motivos los filisteos de quejarse de mí si me vengo de ellos por el daño que me han hecho»*. Y para vengarse del desaire recibido a causa de su esposa, partió de allí, y cazando treinta raposas, les ató a la cola una tea encendida, y luego las soltó para que discurriesen por todas partes. Los animales, metiéndose entre las mieses de los filisteos, fueron de tal modo éstas abrasadas, que, extendiéndose la llama, consumió hasta las viñas y olivares. Y dijeron los filisteos: *«¿Quién ha hecho esto?»*. Y les fue dicho: *«Sansón yerno del tamnateo ha hecho esto porque su suegro le ha quitado su mujer, y se la ha dado a otro»*. Y fueron los filisteos y quemaron tanto a la mujer, como a su padre. Mas Sansón les dijo: *«Aunque habéis hecho esto, no obstante yo continuaré vengándome de vosotros, y después me sosegaré»*. E hizo tan gran matanza entre ellos, que los habitantes de aquellos con-

tornos quedaron llenos de espanto. Después, Sansón, se retiró a la cueva del Huerto de los Olivos, en Jerusalén, ante la cual Cristo sería prendido.

8. Mientras él se hallaba en la cueva, un escuadrón de filisteos entraron en el territorio de Judá y acamparon en un lugar próximo a la cueva. Cuando algunos de los hijos de Israel los vieron, preguntáronles: *«¿Por qué habéis subido contra nosotros?»*. Respondieron los filisteos: *«Hemos venido para llevarnos atado a Sansón, y devolverle el mal que nos ha hecho»*. Temerosos aquellos hijos de Israel, fueron en gran número a la cueva del Monte de los Olivos, y dijeron a Sansón: *«Tú sabes que los filisteos dominan parte de nuestros territorios ¿pues por qué les has hecho estas cosas para nuestra ruina?»*. A los cuales él respondió: *«Como me hicieron a mí, así me he vengado yo de ellos»*. Y replicaron: *«Hemos venido a atarte, y ponerte en manos de los filisteos; pues, si no lo hacemos, nos matarán a nosotros»*. Sansón, dejándose atar con cuerdas, fue sacado de la cueva y llevado al lugar en que se hallaba esperando el escuadrón de filisteos; los cuales salieron a encontrarle con algazara. Mas, Sansón, con la fuerza extraordinaria de que Dios le había dotado, como suele consumirse el lino al sentir el fuego, del mismo modo rompió y deshizo las ligaduras con que estaba atado. Y hallando a mano en el suelo una quijada o mandíbula de un asno, mató con ella treinta hombres. Y dijo: *«Con la quijada de un asno los enemigos destrocé, matando a treinta hombres»*. Y luego arrojó de su mano la quijada, y llamó aquel lugar Lequí, que quiere decir, elevación de la quijada. Y acosado en extremo de sed, clamó al Señor, y dijo: *«Tú eres el que me has salvado y dado esta gran victoria por mano de tu siervo; pero he aquí que muero de sed»*. El Señor entonces abrió una fuente entre el hueco de una muela en la quijada del asno, y salió agua, de la que bebió Sansón. Por esto fue llamado el nombre de aquel lugar Fuente de la Quijada.

9. Un día en que el ejército de Sansón se hallaba acampado próximo a Gaza, él fue por la noche a esta ciudad filisteia, en donde vio una mujer ramera, y entró en su casa para pecar con ella. Mas, sabido por los filisteos, pusieron secretamente soldados a la puerta de Gaza, con el fin de matar a Sansón cuando saliese. Mas, éste, levantándose a la medianoche, hizo frente a los guardias, y estos huyeron, y luego arrancó las dos grandes puertas de la ciudad, con sus pilares y cerraduras, y cargandóselas sobre las espaldas llevólas a la cumbre del monte.

10. En el año 4055, Sansón, se amancebó con una mujer que habitaba en el valle de Sorec, llamada Dalila. Y vinieron luego a ella los príncipes de los filisteos, y la dijeron: *«Engaña le con caricias, y averigua de él de dónde le viene tanta fuerza, y de qué modo podremos apoderarnos de él, y maltratarle después de haberle atado. Si así lo hicieres, te daremos treinta monedas de plata»*. A la vista de estas promesas, la taimada Dalila dijo a Sansón: *«¿Oh, si tú quisieras satisfacer mi curiosidad! Dime, te ruego: ¿En qué consiste la fuerza tan grande que posees, y de cómo se te ha de atar para que no puedas escapar rompiendo las cuerdas?»*. Y Sansón, siempre engreído de sus fuerzas, consideró como un entretenido pasatiempo el acceder a los caprichos de Dalila; por lo que

respondió: «*Si me ataren con siete cuerdas de nervios recientes, y todavía húmedos, quedaré tan débil como los otros hombres*». Y puesto en conocimiento de los filisteos, estos llevaron a Dalila las siete cuerdas, con las que ella ató a Sansón, el cual fingió luego quedar dormido. Y como los filisteos estuvieran escondidos rodeando la casa, Dalila gritó: «*¡Sansón, los filisteos se echan sobre ti!*». Entonces él, despertando del aparente sueño, rompió las ataduras, como cualquiera rompería el hilo más endeble; y no supieron en qué consistía su fuerza. Y Dalila le dijo: «*Mira cómo te has burlado de mí, ocultándome la verdad; descúbreme siquiera esta vez, con qué convendría fueses atado*». A la que él respondió: «*Si fuere atado con cuerdas nuevas, que nunca hayan servido, quedaré débil como cualquiera de los otros hombres*». Con las que le ató de nuevo Dalila; y él fingió de nuevo quedar dormido. Dalila gritó otra vez: «*Sansón, los filisteos se echan sobre ti*». Y al punto él despertó del aparente sueño y rompió de nuevo las ataduras, como si fueran hilos de telas. Y díjole Dalila otra vez: «*¿Hasta cuándo me has de engañar, y decir mentira? Descúbreme ya con qué deberías ser atado*». A la que respondió Sansón: «*Si entretejes las siete trenzas de mis cabellos con las cuerdas, y rodeándolas atadas a un clavo, le hincas en tierra, quedaré sin fuerza*». Lo cual, habiéndolo hecho Dalila, Sansón fingió de nuevo que dormía, y gritó ella: «*Sansón, los filisteos se echan sobre ti*». Mas él despertando del aparente sueño, arrancó el clavo con los cabellos y las cuerdas. Y díjole Dalila: «*¿Cómo dices que me amas, cuando veo que tu corazón no está conmigo? Por tres veces me has mentido, y no me has querido decir en qué consiste tu grandísima fuerza*».

11. Y como siguiese importunándole Dalila durante varios días, el ánimo de Sansón se dejó vencer por las seductoras muestras de cariño que ella le prodigaba; hasta que, por fin, descubriéndole la verdad, díjole a Dalila: «*Nunca jamás has sido cortada mi cabellera, porque soy Nazareo, esto es, ofrecido a Dios desde mi infancia; por tanto, si fuere rapada mi cabeza, mi fuerza se apartará de mí, y desfalleceré, y seré como los otros hombres*». Y viendo ella que le había descubierto todo su corazón, envió a avisar a los príncipes de los filisteos, y les hizo decir: «*Venid aun por esta vez, porque ya me ha descubierto su corazón*». Los cuales fueron llevando consigo las treinta monedas de plata que le habían prometido. Dalila dio a beber a Sansón vino manipulado que adormecía y atontaba, e hizo que reclinara su cabeza en su seno, y él quedó dormido. Y luego, le cortó las siete trenzas de su cabello. Pasadas tres horas, cuando estaba casi recuperado del atontamiento, le gritó: «*Sansón, los filisteos se echan sobre ti*». El cual despertando de su sueño, vio que había perdido las grandes fuerzas que Dios le había dado. Los filisteos habiéndole echado mano, le sacaron luego los ojos, y lo llevaron a Gaza atado con cadenas, y encerrándole en la cárcel le obligaron a que moviera la rueda de un molino.

12. En el mismo año 4055, decimoctavo del gobierno del Profeta, Juez y Caudillo Sansón, cuando se hallaba prisionero de los filisteos, estos aprovecharon la ocasión para hacer la guerra a los israelitas, los cuales fueron ven-

cidos. Los filisteos robaron el Arca de la Alianza, invadieron la Ciudad Santa de Silo y destruyeron el Templo de Dios.

13. En el año 4057, se juntó un gran número de filisteos en el templo del ídolo Dagón en Azoto para ofrecerle sacrificios solemnes y celebrar alegres festines. Los jefes filisteos mandaron que Sansón fuese traído al templo desde la cárcel, en donde llevaba prisionero dos años, con el fin de divertirse burlándose de él. Durante su cautiverio, a Sansón le habían crecido los cabellos, y había recuperado así su extraordinaria fuerza. El templo estaba abarrotado de gente, entre los que se hallaban también los príncipes de los filisteos; había como unas tres mil personas entre hombres y mujeres. Todos, cuando vieron a Sansón, decían con gran júbilo: «*Nuestro dios nos entregó a Sansón, el que asolaba nuestras tierras y mataba a muchos de los nuestros*». Sansón, a quien habían sacado los dos ojos, fue conducido por un muchacho y colocado de pie entre las dos columnas principales del templo, y todos se burlaban de él. Y Sansón, extendiendo sus brazos, se cercioró que tenía a su alcance las dos columnas, a las que se fingía apoyarse por cansancio. Luego, arrogante y vengativo, dijo al Señor: «*Ahora verás como me voy a vengar de mis enemigos, y les voy a hacer pagar de una sola vez el haberme privado de los dos ojos*». Y empujando, con gran fuerza, ambas columnas, una con la mano derecha y la otra con la mano izquierda, dijo lleno de desesperación: «*Muera aquí Sansón con los filisteos*». Y al momento, cayó el templo sobre todos los príncipes y la gran multitud que allí había, pereciendo todos, incluida Dalila. Dios permitió la destrucción, por Sansón, del templo pagano como castigo a los filisteos por haber destruido el Templo de Dios. Sansón, pues, murió vengándose por los ultrajes que a él le habían hecho, sin importarle para nada el honor de Dios terriblemente vilipendiado por los filisteos, quienes habían robado el Arca de la Alianza y habían destruido el Templo de Silo. Si Sansón hubiera ofrecido su muerte para vengar el honor de Dios humillado por los enemigos de su Pueblo, no hubiese muerto en la impenitencia, sino como mártir en defensa de los derechos de Dios, y se hubiera salvado al expiar así sus muchos pecados. El cuerpo de Sansón permaneció sepultado bajo las ruinas del templo pagano.

14. Sansón, figura contrapuesta de Cristo, se cuenta en el número de los réprobos, por lo que está en el fuego eterno del Infierno. Dios, sin embargo, se valió de la fuerza, arrogancia y ánimo vengativo del Profeta, Juez y Caudillo Sansón, para acabar con la invasión filistea en algunos territorios de Israel, aunque siguió habiéndola en otros. En cuanto a sus padres Manué y Nardina, ambos murieron santamente.

Capítulo V

El inexistente episodio de los benjaminitas que abusaron de la mujer de un levita

En la manipulada biblia oficial, al final de la historia de Sansón, hay varios capítulos en los que se refiere cómo unos benjaminitas, no pudiendo abusar de un levita, abusaron de su concubina o mujer de segundo orden, cuando

ambos, yendo camino de Silo, entraron en Gabaa, y aquí reciben hospitalidad de un anciano. Este episodio es, en gran parte, una copia del de Lot y los sodomitas que quisieron abusar de los Ángeles que él hospedó en su casa. Todos los sucesos de los benjaminitas, desde el levita que va a Gabaa, el abuso de su concubina, el descuartizamiento de la misma, las guerras, el rapto de doncellas y otros hechos, no existieron en absoluto. Todos estos sucesos son un relato ficticio escrito por el rey Salomón cuando él, en los últimos años de su vida, perdió la luz al dejarse

llevar de la corrupción, del paganismo y de la idolatría; pues, en su soberbio engrandecimiento, llegó incluso a creerse que era más que Dios, pactando incluso con el diablo. Por tanto, este Santo Sínodo excluye de la Historia Sagrada o Santa Biblia Palmariana, esos tres capítulos que refieren el inexistente episodio de los benjaminitas, escritos por la pluma soberbia de Salomón. Mas, sabemos que este rey escribió, inspirado por el Espíritu Santo, cosas maravillosas dignas de narrar en esta Historia Sagrada o Santa Biblia Palmariana.

Libro VI

El Juez Samuel

Capítulo I

La familia de Samuel.

Presantificación y nacimiento de Samuel.

Samuel, entregado al servicio del Templo

1. En los tiempos en que gobernaba en Israel el Profeta, Juez y Caudillo Elón, y era Sumo Sacerdote Helí, había un hombre de la ciudad de Ramata o Ramá del norte, en las montañas de Efraín, cuyo nombre era Elcana, de la tribu de Leví, sacerdote hijo de Jerohá, que tenía dos mujeres, una llamada Ana y la otra Fenena. Ésta tenía hijos, mas Ana no los tenía. Iba este hombre desde su ciudad a la de Silo en los días establecidos, para adorar y ofrecer sacrificios al Señor Dios de los Ejércitos en el Templo. Había allí dos hijos del Sumo Sacerdote Helí, llamados Ofni y Finés, sacerdotes del Señor. Viniendo uno de dichos días solemnes, Elcana ofreció su sacrificio, y distribuyó luego lo que le correspondía de las víctimas entre su esposa Fenena y todos sus hijos e hijas; mas, a su esposa Ana, a quien mucho amaba, diole sólo una porción, entristecido, porque el Señor no le había dado hijos. A causa de esto, Fenena solía mortificar y angustiar a Ana en gran manera, echándole en la cara su esterilidad. Con esto Ana se ponía a llorar, y no tomaba alimento. Y díjole Elcana, su marido: «Ana, ¿por qué lloras y por qué no comes? ¿Por qué causa está afligido tu corazón? ¿Acaso no soy yo para ti mejor que diez hijos que tuvieses?».

2. Un día que Elcana y Ana se hallaban en Silo, estando el Sumo Sacerdote Helí sentado en su silla en el Templo del Señor, Ana con el corazón lleno de amargura, oró a Dios, derramando copiosas lágrimas, e hizo un voto, diciendo: «Señor de los ejércitos, si te dignares volver los ojos para mirar la aflicción de ésta tu esclava, y acordándote de mí me dieres un hijo varón, le consagraré a Ti, Señor, para todos los días de su vida, y no será jamás rapada su cabeza». Ana contó después al Sumo Sacerdote Helí la petición y el voto hechos por ella al Señor. Entonces Helí le dio un poco de agua bendecida con el Sacratísimo Misterio de la Triple Bendición, cuya agua bendecida era una especie de sacramental que se usaba, entre otros fines santos, para conceder la fecundidad a las mujeres estériles que la bebían con fe. Ana bebió de aque-

lla agua, y Helí le dijo: «Vete en paz, y el Dios de Israel te conceda la petición que le has hecho». Y ella respondió: «Ojalá tu sierva halle gracia en sus ojos». Al día siguiente, Elcana y Ana, después de adorar al Señor, volvieron a su casa en Ramata o Ramá del norte. Hallándose en esta ciudad, acordó el Señor de Ana, la cual concibió un hijo de su esposo Elcana. Desde Ramata o Ramá del norte, ambos esposos fueron a Ramata o Ramá del sur, llamada también Belén de Judá y Éfrata. Estando Elcana y Ana en Belén de Judá les nació el hijo, el cual fue circuncidado en el octavo día, imponiéndole el nombre de Samuel, por haberlo pedido fervorosamente al Señor. El niño Samuel, pocos días antes de nacer, fue presantificado en el seno de su madre Ana, la cual ya estaba santificada. El nacimiento de Samuel fue en el año 4027, en tiempos del Juez Elón.

3. A los cuarenta días del nacimiento de Samuel, fue llevado a Silo por sus padres para cumplir con el rito de la purificación de su madre y la presentación del niño. Ana, al poner a Samuel en los brazos de Helí para que lo ofreciera al Señor, dijo al Sumo Sacerdote: «Yo soy aquella mujer que estuvo aquí orando al Señor delante de ti. Por este niño oré, y el Señor me concedió la petición que le pedí». En el año 4030, en que el niño Samuel había cumplido los tres años de edad, sus padres Elcana y Ana lo llevaron al Templo de Silo, para dejarlo allí al servicio de Dios. Llevaron tres becerros, tres modios de harina y un cántaro de vino para ofrecerlo todo en sacrificio. Una vez en Silo, presentaron el niño al Sumo Sacerdote Helí, a quien dijo Ana: «Conforme al voto que hice sobre este niño, yo lo entrego al servicio del Señor por todo el tiempo que le diere de vida».

4. Y luego, Ana, con santo júbilo, exclamó: «Salta de gozo mi corazón en el Señor, pues he sido ensalzada en mi Dios; ya puedo responder a boca llena a mis enemigos, pues toda la causa de mi alegría es la salud que he recibido de Ti, oh Señor. Nadie es santo como lo es el Señor. No hay otro Dios fuera de ti, y nadie hay fuerte como el Dios nuestro. Cesad, pues, de hablar grandezas vanagloriándoos; porque el Señor es el Dios de la Sabiduría y él conoce todos los pensamientos. El arco de los fuertes fue quebrado, y los flacos han sido revestidos de vigor. Los que estaban hartos, mendigan pan, y los que

estaban hambrientos, están saciados. La que era estéril, ha venido a ser madre de muchos hijos; y la que tenía muchos, ha perdido sus bríos. El Señor es el que da y quita la vida, el que empobrece y enriquece, abate y ensalza. Del polvo levanta al mendigo, y del estiércol ensalza al pobre, para que se sienta con los príncipes, y ocupe un trono de gloria. Porque del Señor son los ciimientos de la tierra, y sobre ellos asentó el mundo. Él guiará los pasos de sus santos; mas los impíos quedarán mudos en tinieblas; porque no es fuerte el hombre por sí mismo. Al Señor temerán sus adversarios, y sobre ellos tronará desde los cielos. El Señor juzgará a toda la tierra. Y dará el imperio de ella a su Rey, ensalzando el poder y la gloria de su Cristo». Y volviéronse Elcana y Ana a su casa de Ramata; mas, Samuel quedó en Silo, y en el Templo servía al Señor bajo la dirección del Sumo Sacerdote Helí.

Capítulo II

Impía conducta de los hijos de Helí

1. Mas los hijos del Sumo Sacerdote Helí, los sacerdotes Ofni y Finés, eran impíos y perversos, pues no respetaban al Señor, ni cumplían con las obligaciones de los sacerdotes, sobre todo las que atañían a los sacrificios sagrados que se ofrecían en el Templo. Era, pues, muy grande el pecado de estos sacerdotes delante del Señor, porque, dada su iniquidad, retraían a la gente de sacrificar a Dios, ya que, con despotismo, tomaban porciones de las carnes de las víctimas a su gusto y capricho, quebrantando así lo establecido en la Ley, a lo cual, algunas veces, cooperaba Helí por condescendencia.

2. Helí sabía las cosas malas que hacían sus hijos en todo Israel, y de cómo además pecaban lujuriosamente con algunas de las mujeres que venían a velar a la puerta del tabernáculo. Mas, en vez de usar con ellos del rigor y la severidad que reclamaban la gravedad de sus delitos y el escándalo dado al pueblo, se limitaba a reprenderles con cierta timidez y comedimiento. Un día Helí les dijo: *«¿Por qué hacéis todas estas cosas malas que me dicen de vosotros? No debéis comportaros así, hijos míos, porque es muy desagradable lo que yo oigo de vosotros: que hacéis prevaricar al pueblo del Señor. Si un hombre peca puede alcanzar de Dios el perdón por el ruego de los sacerdotes; mas, si el sacerdote, que ha de ser el mediador, es el que peca contra Dios, ¿quién rogará por él?»*. Mas no escucharon los hijos de Helí las débiles y negligentes reprensiones de su padre.

3. A la sazón, vino un Varón de Dios, que era el Alma Divinísima de Cristo bajo figura humana, y dijo a Helí: *«Esto dice el Señor: 'Yo te escogí para Sumo Sacerdote y a tus dos hijos para sacerdotes, a fin de que sirváis a mi altar ofreciendo sacrificios, quemando incienso y llevéis el efod delante de Mí, y os asigné una porción de las víctimas y demás ofrendas. ¿Por qué habéis pisoteado mis víctimas, y los presentes que me fuesen ofrecidos en el Templo? Y tú, Helí, ¿por qué has honrado a tus hijos más que a Mí, comiendo con ellos lo que no os pertenece de los sacrificios?'»*. Y le fueron anunciados a Helí los grandes castigos que vendrían sobre él, su fami-

lia y descendencia, y el desastroso fin de sus dos hijos. Mas, no obstante estos anuncios, ni los hijos se corregían ni Helí usaba de la potestad que tenía para deponerlos de sus cargos en el Templo.

Capítulo III

Piedad de Samuel y mayor fecundidad de Ana.

Primera visión de Samuel

1. Elcana y Ana iban a Silo en las fiestas solemnes a ofrecer sacrificios en el Templo. En una de las visitas con motivo de la fiesta de la Pascua, el Sumo Sacerdote Helí bendijo a Elcana y a su mujer, diciendo a él: *«El Señor te conceda más sucesión de esta mujer en pago de haber entregado a tu hijo al servicio del Señor»*. Después de lo cual, ambos volvieron a su casa. Y, en efecto, el Señor concedió a Ana una mayor fecundidad, ya que, después, tuvo de su esposo tres hijos y dos hijas. Entretanto, Samuel, iba adelantando en sabiduría, y creciendo en edad y en virtud, siendo grato tanto al Señor como a los hombres. Y, bajo la dirección del Sumo Sacerdote Helí, ejercía su servicio delante de Dios vestido de una túnica hecha por su madre.

2. En el año 4039, segundo del gobierno del Juez Sansón, cuando Samuel tenía la edad de doce años, el Señor le habló por primera vez comunicándole sus vaticinios. Estando el Sumo Sacerdote Helí, ya ciego por su muy avanzada edad, acostado y Samuel durmiendo cerca de él en las dependencias anexas al Templo, sucedió que el Señor llamó a Samuel, y éste respondió: *«Aquí estoy»*. Y como creyese Samuel que quien le llamaba era Helí, ya que era la primera vez que Dios le hablaba, fuese corriendo hacia el Sumo Sacerdote, y díjole: *«Aquí estoy, pues me has llamado»*. Y el Sumo Sacerdote le dijo: *«Yo no te he llamado, vuélvete y duerme»*. Y se fue, y durmió. Y volvió otra vez el Señor a llamar a Samuel. Y levantándose éste, fue adonde estaba Helí, y dijo: *«Aquí estoy, pues me has llamado»*. Helí le respondió: *«No te he llamado, hijo mío, vuélvete y duerme»*. Y volvió de nuevo el Señor a llamar a Samuel; el cual, levantándose fue adonde estaba Helí, y díjole: *«Aquí estoy, pues me has llamado»*. Con esto reconoció Helí que era el Señor el que llamaba al joven Samuel, y díjole: *«Anda, y duerme; y si después te llamare, responderás: Habla Señor, que tu siervo escucha»*. Fue, pues, Samuel, y echóse a dormir en su cuarto. Se le apareció entonces el Señor; y, llegándose adonde estaba Samuel, lo llamó como lo había hecho las otras veces: *«Samuel, Samuel»*. A lo que respondió el joven: *«Habla Señor, que tu siervo escucha»*. Y el Señor dijo a Samuel: *«Mira que yo voy a hacer una cosa en Israel que a todo el que la oyere le retñirán de terror ambos oídos. En aquel día yo verificaré cuanto tengo dicho contra Helí y su casa, la cual quedará raída de la dignidad del Sumo Sacerdocio que, por sucesión, le corresponde de padres a hijos. Yo predigo estos castigos a causa de su iniquidad; pues, sabiendo Helí lo indignamente que se portan sus hijos, no los ha corregido como debía»*. Entre otros castigos, Dios también permitiría el robo sacrilego del Arca de la Alianza, la destrucción del Templo y de la Ciudad Santa de Silo.

3. A la mañana siguiente, Samuel tuvo temor de descubrir a Helí la visión que había tenido. Mas, el Sumo Sacerdote, que barruntaba que el Señor había dicho a Samuel algo sobre él, le preguntó: *«Samuel, ¿qué es lo que te ha dicho el Señor? Ruégote que no me encubras nada. El Señor te castigue severamente si me ocultares alguna de las cosas que te ha dicho»*. Samuel, pues, le manifestó todo lo que le había dicho el Señor acerca de la iniquidad de sus hijos y de la suya por no corregirlos severamente. Y Helí respondió: *«Él es el Señor: haga lo que es justo a sus ojos, pues lo merecemos, mas tenga misericordia de nosotros»*.

4. Samuel, empero, iba creciendo, y el Señor le asistía, y cuanto vaticinaba se cumplía, por lo que todo Israel supo que era un verdadero Profeta del Señor, quien siguió apareciéndosele a Samuel para manifestarle su palabra.

Capítulo IV

Derrota de Israel.

Muerte de Helí y sus dos hijos.

El Arca de la Alianza cae en manos de los filisteos.

Destrucción del Templo de Silo

1. En el año 4055, decimotavo del gobierno de Israel por el Profeta, Juez y Caudillo Sansón, cuando se hallaba prisionero de los filisteos, estos se juntaron para hacer la guerra a los hijos del Pueblo de Dios a fin de invadir otros territorios. El ejército israelita, al mando de su general, se puso en pie para combatir a los filisteos, y acampó en un lugar que sería llamado después Piedra del Socorro, en la ciudad de Betar, próxima a Belén. Enfrentados los dos ejércitos y comenzada la batalla, los israelitas retrocedieron cobardemente y fueron matados cuatro mil de sus hombres por los filisteos. Cuando volvieron al campamento los supervivientes del ejército de Israel, y contaron a los ancianos la matanza que habían tenido, dijeron ellos: *«¿Por qué el Señor nos ha derrotado hoy delante de los filisteos? Traigamos aquí de Silo el Arca de la Alianza del Señor, y esté en medio de nosotros para que nos salve de la mano de nuestros enemigos»*. Los ancianos enviaron a Silo una comisión para pedir al Sumo Sacerdote Helí la autorización para sacar del Templo el Arca de la Alianza y llevarla adonde estaba el ejército acampado. Helí, a ruego de sus hijos Ofni y Finés, condescendió indebidamente a sus deseos, por lo que encargó a sus hijos acompañaran a los otros Sacerdotes que llevaban el Arca del Señor, desde el Templo al campamento. Y una vez que llegó el Arca de la Alianza al campamento, los soldados de Israel vociferaron con gran algazara.

2. Cuando los filisteos supieron que el Arca del Dios de Israel estaba en el campamento israelita, atemorizados decían: *«El Dios de ellos ha venido a ayudarles, ¿quién nos librará de la mano de Él? pues es el mismo Dios que castigó a Egipto con toda suerte de plagas y que condujo a Israel en el desierto»*. Mas, después, de estos temores, los filisteos, recobrando ánimos, dieron la batalla y derrotaron a los ejércitos de Israel, pereciendo treinta mil soldados. Además, los filisteos, se apoderaron del Arca de la Alianza y mataron a los dos hijos de Helí, los Sacer-

dotes Ofni y Finés, que la custodiaban y a los otros sacerdotes.

3. Uno de los soldados del Pueblo de Israel, fue rápidamente a Silo a dar la noticia al Sumo Sacerdote Helí, diciéndole: *«Los filisteos han derrotado al ejército de Israel, pereciendo casi todos sus soldados, y, además, han matado a tus dos hijos, Ofni y Finés, y los enemigos se han apoderado del Arca de Dios»*. Apenas que Helí supo que el Arca de Dios había sido tomada por los filisteos, sintió en su alma tal dolor por esta pérdida y profanación, y tal contrición por sus pecados, que cayó de espaldas de la silla en la que estaba sentado a la puerta del Templo, y murió desnucado. Con esta muerte, Dios castigaba a Helí de sus errores, a la vez que le purificaba, logrando así alcanzar la salvación eterna de su alma. Mas, sus dos perversos hijos, murieron en la impenitencia y se condenaron. Helí murió a la edad de noventa y ocho años, tras haber ejercido su Sumo Sacerdocio durante más de cuarenta y siete años.

4. Días después de la muerte de Helí, el ejército filisteo invadió Silo, destruyendo el Templo de Dios. Esta destrucción ocurrió en el año 4055, decimotavo del gobierno de Sansón, mientras éste se hallaba prisionero de los filisteos, y dos años antes del Caudillaje de Samuel; por lo que el Templo había estado en pie trescientos ocho años, ya que había sido inaugurado en el año 3747 por el Profeta y Caudillo Josué.

5. Tras la muerte de Helí, ocupó el cargo de Sumo Sacerdote su nieto Aquitob, hijo de Finés. Poco después de que los filisteos se apoderaran del Arca de la Alianza, y antes de la destrucción de Silo y su Templo, el Señor se apareció a Samuel, de veintiocho años de edad, y le mandó que fuera con el Sumo Sacerdote Aquitob y los otros Sacerdotes a la ciudad de Ain Karén, próxima a Jerusalén. En Ain Karén, es donde mil ciento cuarenta y cuatro años después, la Santísima Virgen María visitó a su prima Santa Isabel, y en donde nació San Juan Bautista el Precursor.

Capítulo V

Cautiverio del Arca de la Alianza.

Devolución del Arca al Pueblo de Dios

1. Luego que los filisteos se apoderaron del Arca de la Alianza en el lugar que se llamaría Piedra del Socorro, la llevaron a la ciudad de Azoto, en donde la metieron en el templo de Dagón, colocándola junto al ídolo. Dentro del Arca de la Alianza se hallaba todo lo que en ella estuvo siempre depositado, incluido el Misterio de la Triple Bendición. Y sucedió que, al otro día, los filisteos hallaron que la estatua de Dagón yacía boca abajo en el suelo delante del Arca de la Alianza. Repuesta la estatua del ídolo en su lugar, al día siguiente la hallaron otra vez tendida en tierra; mas, la cabeza y las dos manos del ídolo, estaban sobre el umbral de la puerta del templo, de manera que solo el tronco de la estatua de Dagón había quedado allí donde cayó. Al mismo tiempo, Dios descargó su ira sobre los ciudadanos de Azoto, produciéndoles en sus cabezas y en sus profanadoras manos unas úlceras doloro-

sas y repugnantes que causaron a muchos la muerte, y, además, sus campos quedaron asolados por una plaga de multitud de feroces ratones que royeron todas las plantas. Fue tal la mortandad y los desastres causados, que los vecinos de Azoto decían: *«No quede más con nosotros el Arca del Dios de Israel porque es muy pesada su mano sobre nosotros y sobre el dios Dagón»*.

2. Y habiendo ido en busca de los príncipes de los filisteos que se hallaban en la ciudad de Get, les dijeron: *«¿Qué haremos del Arca del Dios de Israel?»*; a lo que respondieron: *«Llévese el Arca de un lugar a otro por el territorio filisteo»*. Y con ello pretendían comprobar si las plagas acaecidas en Azoto, se repetían en los distintos lugares por donde pasaba el Arca; lo cual sería señal de que los castigos venían del Dios de Israel. Llevaron, pues, el Arca de Dios de un lugar a otro; y conforme la iban conduciendo de ciudad en ciudad, el Señor descargaba su mano sobre los moradores con las mismas plagas con que afligió a los de Azoto. Finalmente, el Arca de la Alianza fue llevada a la ciudad filistea de Acarón; y, una vez allí, los ciudadanos exclamaron: *«Nos han traído el Arca del Dios de Israel, para que nos mate a nosotros y a nuestro pueblo»*. Y se difundió por todas las ciudades filisteas el terror de la muerte, ya que la mano de Dios descargaba terriblemente sobre ellas. Y era tal el espanto que, cuando llevaban siete meses con el Arca en su poder, se reunieron los príncipes filisteos de las ciudades de Azoto, Gaza, Ascalón, Get y Acarón, que eran las capitales de las cinco provincias filisteas, y convinieron devolver el Arca de la Alianza a los israelitas; la cual, una vez colocada sobre un carro de bueyes, la encaminaron a los términos de la ciudad de Betsamés, hacia el oeste de Jerusalén, observando los filisteos cómo los bueyes, habiendo comenzado a andar, se dirigieron ellos solos vía recta por el camino, sin desviarse a la diestra ni a la siniestra. El carro con el Arca de la Alianza, al llegar a la ciudad de Betsamés, se paró. Todos los ciudadanos, al saber que era el Arca, se alegraron sobremanera por haber recuperado el Pueblo de Dios aquel santo y precioso Tabernáculo que creían para siempre perdido. El Arca de la Alianza fue bajada por los sacerdotes del Señor de Israel, al que ofrecieron en holocausto los dos bueyes. Mas, los betsamitas, movidos por una vana curiosidad, recorrieron los velos que cubrían el Arca, y la miraron descubierta; por cuya irreverencia el Señor fulminó a ocho sacerdotes y a otras sesenta y dos personas más entre varones y varonas.

3. Los sacerdotes de Betsamés enviaron mensajeros al Sumo Sacerdote Aquitob, que se hallaba en Ain Karén con los demás sacerdotes y con Samuel, para decirles: *«Los filisteos han devuelto el Arca del Señor, venid, y llevadla con vosotros»*. El Sumo Sacerdote, los demás sacerdotes y Samuel, se desplazaron adonde estaba el Arca de la Alianza; y con gran solemnidad fue llevada, a hombros de los sacerdotes, a la ciudad de Ain Karén, en donde estuvo hasta pocos días antes de la elección de Samuel como Profeta, Juez y Caudillo de Israel.

Capítulo VI

Samuel, decimotercer Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel

1. En el año 4057, hallándose el Arca de la Alianza en Ain Karén, el Juez Sansón murió en la ciudad de Azoto al destruir con sus manos el templo de Dagón. Tras la muerte de Sansón, hubo un interregno de un mes, en que asumió el mando el Sumo Sacerdote Aquitob, en cuyo período fue llevada el Arca de la Alianza desde Ain Karén a la ciudad de Hebrón. Después de este brevísimo interregno, ese mismo año 4057, Dios eligió, en Hebrón, Profeta, Juez y Caudillo de Israel a Samuel, de la tribu de Levi, cuando tenía treinta años de edad. Después de ser elegido, el Sumo Sacerdote Aquitob ungió a Samuel, con el óleo, delante del Tabernáculo provisional, en presencia de una gran multitud de todas las tribus, y le transmitió así los poderes del gobierno. Samuel fue Juez durante cuarenta años, y tuvo su residencia oficial en Hebrón, por entonces capital y Ciudad Santa de Israel, desde donde gobernaba y juzgaba a su pueblo.

2. Samuel, después de ser ungido, habló a toda la multitud allí presente: *«Si de todo corazón preparáis vuestros corazones para el servicio del Señor, arrojando de en medio de vosotros todo rastro de idolatría, el Dios Todopoderoso libraré, del poder de los filisteos, aquellos territorios de Israel que están bajo su dominio»*. Los primeros veinte años del Caudillaje de Samuel, aunque una parte del suroeste del Pueblo de Israel seguía bajo el dominio filisteo, sin embargo, todo el extenso territorio del Pueblo de Dios que estaba fuera de ese dominio enemigo, gozó de una gran paz y prosperidad; pues, Samuel, como varón santo, desterró del extenso territorio que estaba bajo su gobierno, todo vestigio de paganismo y de idolatría; de manera que los hijos de Israel se entregaron con gran ardor al servicio del Señor.

3. Samuel levantó en Hebrón un Templo al Dios de Israel; que, aunque no fue lo fuerte y duradero que el de Silo, ya que era desmontable y transportable, poseía una cierta suntuosidad dentro del carácter provisional. A Hebrón acudían todos los de las tribus de Israel en las fiestas mandadas por la Ley de Moisés para ofrecer sacrificios en el templo allí erigido. Hebrón sería durante ochenta y tres años la capital y Ciudad Santa de Israel.

Capítulo VII

Samuel acaba con el dominio filisteo en el Pueblo de Israel. La península del Sinaí es conquistada totalmente. Nuevo censo del Pueblo de Israel

1. En el año vigésimo de su gobierno, el Profeta, Juez y Caudillo Samuel, dijo a los principales de su ejército: *«Reunid en Hebrón a todos los valerosos soldados de Israel, que yo rogaré por el triunfo de los ejércitos del Señor»*. Samuel, pues, reclutó en la ciudad de Hebrón un poderoso ejército israelita, para luchar contra los filisteos y acabar con el dominio de ellos en la par-

te suroeste de Israel, que es la que seguían usurpando. Los soldados israelitas, en el campamento de Hebrón, se prepararon para la gran batalla, con tres actos de penitencia: primero, como símbolo de purificación, se lavaron sus cuerpos con agua; después, como señal de contrición, pidieron perdón a Dios por sus pecados, diciendo: *«Hemos pecado muchas veces contra el Señor»*; y, por último, guardaron ayuno durante un día.

2. Cuando oyeron los filisteos que el ejército israelita, congregado en Hebrón, salía a hacer la guerra, vinieron a su encuentro. Mas, los del ejército de Israel, temiendo enfrentarse a los filisteos, dijeron a Samuel: *«No ceses de clamar por nosotros al Señor Dios nuestro, para que nos salve de la mano de los filisteos»*. Y Samuel, que iba al frente del ejército, les exhortó a que confiaran en la protección divina y se enfrentaran con valor al enemigo; y mandó víctimas animales para que fueran ofrecidas en el Templo para el feliz éxito de los ejércitos de Israel. El Señor oyó la oración de Samuel; pues, apenas había comenzado la batalla, mientras ofrecían los holocaustos, apareció el Cielo lleno de tenebrosas nubes, desencadenándose una furiosa tempestad cuyos espantosos truenos y relámpagos llenaron de tanto terror a los filisteos que, despavoridos, se dieron a la fuga considerándose ya derrotados. Los israelitas, alentados por estas portentosas señales del favor divino, con gran valor y coraje, persiguieron a los filisteos hasta la ciudad de Betar, próxima a Belén, en donde el ejército del Pueblo de Dios les causó tan gran mortandad, que quedaron completamente aniquiladas las huestes enemigas. Samuel dio muerte al rey de los filisteos atravesándole con su espada. Después, en gratitud, para dejar a la posteridad una señal del favor divino, Samuel tomó una gran piedra, y levantó a Dios un monumento, y desde entonces aquel lugar se llamó *«Piedra del socorro»*, pues dijo: *«Aquí nos ha socorrido el Señor»*. Con esta gran batalla de Israel los filisteos se vieron obligados a abandonar los dominios que poseían dentro del Pueblo de Dios, el cual recobró sus antiguas posesiones y la completa independencia.

3. Tras la derrota de los filisteos, al fin del año vigésimo del Caudillaje de Samuel, el Santísimo Ananías le dijo: *«Toma tu poderoso ejército, dirígete al territorio del Sinaí y conquista la cuarta parte restante, para añadir a lo ya conquistado por mis siervos Caleb y Tola»*. Samuel lo hizo tal y como Dios se lo había mandado. Con esta victoriosa reconquista, todo el territorio del desierto del Sinaí quedó totalmente bajo el dominio del Pueblo de Israel. Samuel volvió a Hebrón. Esta parte reconquistada del Sinaí fue distribuida entre las tribus.

4. En el primer día en que comenzó el año vigésimo primero de su Caudillaje, Samuel, por orden del Santísimo Malaquías, hizo un censo de los habitantes, varones y varonas, del Pueblo de Israel, tanto de los israelitas según la carne como de los israelitas según sólo la fe, que sumaron un total de un millón setecientas veintiocho mil personas: De la casa de José: ciento cuarenta y cuatro mil; setenta y dos mil, de la tribu de Efraín, y setenta y dos mil de la tribu de Manasés; de la tribu

de Rubén, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Dan, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Neftalí, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Simeón, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Leví, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Judá, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Gad, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Aser, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Isacar, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Zabulón, ciento cuarenta y cuatro mil; de la tribu de Benjamín, ciento cuarenta y cuatro mil. El número de los hijos de Israel, según el censo hecho por Samuel, superó en quinientas setenta y seis mil personas al número de israelitas censados por Caleb trescientos siete años antes.

5. Durante los últimos veinte años del caudillaje de Samuel, en Israel hubo gran paz y prosperidad, y los países paganos colindantes tuvieron gran respeto y temor al Pueblo de Dios.

Capítulo VIII

Los israelitas piden un rey

1. En el año 4097, cuando Samuel tenía setenta años de edad, como estaba ya envejecido, puso a sus hijos como delegados suyos, para que le ayudasen en las cosas no esenciales del gobierno de Israel. Su hijo primogénito se llamaba Joel, y el segundo Abía. Mas no siguieron los rectos caminos de su padre, sino que se dejaron arrastrar por la avaricia, aceptando regalos y pervirtiendo la justicia; de lo cual, enterado Samuel, los reprendió severísimamente y los depuso de los cargos que ocupaban por delegación suya; y, además, los desterró de Hebrón; por lo que ellos se fueron a vivir a Bersabé, cerca del desierto Farán.

2. Mas, los ancianos de Israel, con el malvado pretexto de que Samuel era ya viejo y de que sus hijos habían sido depuestos por obrar inicuamente, vinieron a Ramata del sur o Belén, en donde se hallaba Samuel de visita, ya que era su ciudad natal, y le dijeron: *«Bien ves que tú eres ya viejo para gobernar, y que tus hijos no siguen tus rectos caminos. Establécenos un rey que nos gobierne, como lo tienen también todas las naciones»*. Y como desagradase a Samuel esta petición, oró al Señor y consultóle sobre el asunto. Y el Señor dijo a Samuel: *«Estoy muy enojado con Israel, pues con su petición, no te han desechado a ti, sino a Mí, para que no reine sobre ellos. No obstante, oye la voz del Pueblo y accede a lo que te pide. Mas, conviene, primero, que les quede bien patente, a los hijos de Israel, los derechos del rey que ha de reinar sobre ellos, y así sepan cuán diferente será el trato que reciban de él, al que hasta ahora han recibido de Mí mediante mi paternal gobierno»*.

3. Y Samuel refirió todas las palabras del Señor al Pueblo, que le había pedido un rey, diciendo: *«Este será el derecho del rey, que ha de mandar sobre vosotros: Tomará vuestros hijos, y los pondrá para que guíen sus carros, para que sean sus guardias de a caballo y para que corran delante de sus cuadrigas. Y de vuestros hijos, tomará para sus tribunos y centurio-*

nes, para labradores de sus campos y segadores de sus mieses, y para que fabriquen sus armas y sus carros. Hará también a vuestras hijas sus perfumeras, sus cocineras y panaderas. Tomará asimismo lo mejor de vuestros ganados, campos, viñas y olivares, y lo dará a sus siervos. Y muchos de vosotros llegaréis hasta ser esclavos suyos. Y llegará el día en que clamaréis y gemiréis a causa de vuestro rey, que os habéis elegido; y no os oirá el Señor en aquel día, porque pedisteis tener un rey, desechando el gobierno que, hoy, directamente ejerce Dios sobre vosotros». Mas el pueblo no quiso dar oídos a las razones que Samuel les daba de parte de Dios, sino que dijeron todos: *«Queremos que haya rey sobre nosotros; para que seamos como las gentes de otras naciones. Nuestro rey nos gobernará, nos defenderá e irá al frente de nosotros en todas nuestras guerras»*. Y Samuel comunicó al Señor la firme decisión del Pueblo. Y dijo el Señor a Samuel: *«Accede a su petición, y pon rey sobre ellos. Mas, han de saber todos, que sólo acepto su solicitud con las siguientes condiciones: Que el Pueblo de Israel guarde celosamente la pureza de costumbres, respete con todo rigor las santas tradiciones y se someta incondicionalmente a la Ley Divina y disposiciones mías a través de los Profetas»*. Y Samuel lo comunicó a los ancianos tal y como Dios se lo había dicho. Y luego les dijo: *«Váyase cada uno a su ciudad»*.

4. El Pueblo de Israel venía siendo gobernado directamente por Dios, Rey Eterno, ya que era un gobierno teocrático. Y todos los jefes temporales que representaban a Dios en el gobierno sobre su pueblo, eran de carácter monárquico, aunque no hubiesen ostentado títulos o galas reales, al ser toda autoridad temporal, según el plan divino, esencialmente monárquica. Por tanto, si a Dios desagradó la propuesta de su Pueblo a Samuel para que les gobernase un rey al estilo de otras naciones, fue porque esto conllevaría la introducción de costumbres paganas; cuando ellos estaban siendo gobernados por jefes, como en el caso del mismo Samuel, portadores del sistema monárquico en su aspecto más excelso y perfecto, al ser teocrático, e implicar, por lo tanto, una más directa intervención de Dios a través de sus representantes en el gobierno de su pueblo. Y cuando Dios dice a Samuel: *«No te han desechado a ti, sino a Mí, para que no reine sobre ellos»*, fue para dejar constancia de que, con el establecimiento de la monarquía oficial en Israel, según el pueblo la deseaba, muchos de los reyes dejarían de representar la autoridad de Dios; ya que, por las desmedidas ambiciones y el mundanal boato cortesano, se verían arrastrados a la idolatría y al despotismo; lo cual era prueba de que los que así obraran no ejercerían su autoridad según el plan divino. Mas, a pesar del rechazo por Dios de la monarquía pedida por el pueblo con fines no del todo rectos, no obstante el Señor la estableció, a semejanza de las otras naciones; aunque exigiendo la pureza de costumbres, el respeto a las tradiciones y el sometimiento incondicional a la Ley Divina y disposiciones de Dios a través de los Profetas. Con estas condiciones, Él aceptó y quiso el nuevo sistema monárquico para su Pueblo de Israel.

Capítulo IX

Saúl es ungido rey por Samuel

1. Había un varón, de la tribu de Benjamín, llamado Cis, hijo de Abiel. Tenía Cis un hijo llamado Saúl, joven virtuoso, gallardo y de hermosa presencia. Saúl había nacido en la ciudad de Ramata o Ramá del norte, opuesta a Ramata o Ramá del sur, llamada ésta también Belén y Éfrata. Y sucedió que, en el año 4097, habiéndose perdido un día unos pollinos, Cis dijo a su hijo Saúl: *«Toma contigo un criado, y vé en busca de los pollinos»*. Saúl y su criado, habiendo atravesado el monte de Efraín y el territorio de Salisa sin haberlos hallado, pasaron luego por la tierra de Salín y por la de Jémini, y tampoco los hallaron. Y atravesando luego la comarca de Suf, llegaron a Ramata o Belén. Aquí dijo Saúl a su criado: *«Volvámonos, no sea que mi padre, más que preocupado ahora por los pollinos, lo esté por nosotros»*. Por aquellos días, Samuel se hallaba en Belén, su ciudad natal, para honrarla con su visita, y con este motivo había gran fiesta y banquete para todos sus moradores. Cuando Saúl y su criado se disponían a volver a su casa, vieron que venía Samuel hacia ellos; pues, a éste, el día antes, el Señor le había revelado: *«Mañana, a esta misma hora, te enviaré a ti un hombre llamado Saúl, de la tribu de Benjamín, y lo ungirás rey de mi Pueblo de Israel»*. Y luego que Samuel viera a Saúl, le dijo el Señor: *«Este es el hombre de quien te hablé: él reinará sobre mi pueblo»*. Y Samuel, acercándose a ellos, dijo: *«Saúl, no estés preocupado por los pollinos que perdiste hace tres días, porque ya aparecieron. Mas, sube ahora conmigo a la parte alta de la ciudad, para que comas en mi mesa, que mañana te manifestaré altos designios que hay sobre ti, ya que tú y tu casa seréis honrados sobre todo Israel»*. Y Saúl respondió: *«¿Acaso no soy yo descendiente de Benjamín, la última tribu de Israel, y mi familia no es una de las más humildes de la tribu? ¿Por qué te has acercado a nosotros y me has dicho estas palabras?»*. Samuel llevó consigo a Saúl y al criado, y los colocó junto a él, a la cabecera de la mesa principal, distinguiéndolos así sobre todos los convidados más ilustres, que eran como unas treinta personas. Saúl, después de comer con Samuel, durmió en la casa de este Profeta, Juez y Caudillo de Israel.

2. Al día siguiente, levantándose Samuel al amanecer, llamó a Saúl, saliendo ambos de la casa, y también el criado. Ya en las afueras de la ciudad, Samuel dijo: *«Saúl, di a tu criado que vaya más adelante, y tú entra conmigo en esta cueva, que quiero comunicarte a solas lo que ha dicho y dispuesto sobre ti el Señor»*. Entonces, tomó Samuel una ampolla de óleo y derramóla sobre la cabeza de Saúl, diciendo: *«He aquí que el Señor te unge rey de Israel, y tú librarás a su pueblo de las manos de sus enemigos que lo acechan»*. Y seguidamente Samuel besó la cabeza ungida de Saúl, quien había recibido del Espíritu del Señor el don de profecía, y otros dones extraordinarios, mediante los cuales sería asistido para que pudiera cumplir con sabiduría y prudencia su regia misión. La cueva en que fue ungido

rey Saúl, es en la que mil ciento dos años después nacería Cristo, Rey del Universo. En el año 4097, al ser ungido Saúl rey por Samuel, éste cesó en el cargo de Profeta, Juez y Caudillo de Israel.

3. Para la proclamación oficial y solemne de Saúl como rey, Samuel convocó en Hebrón al Pueblo de Israel, a cuya convocatoria acudieron los ancianos y una gran representación de todas las tribus. Delante del Templo de Hebrón, Samuel, en presencia del Sumo Sacerdote, presentó a la multitud a Saúl como el rey ungido de Israel. Todos se admiraron al ver a Saúl, ya que era joven, robusto, gallardo y de hermosa presencia. Dijo entonces Samuel a todo el Pueblo: *«Ya veis a quien ha elegido el Señor para que sea vuestro rey. No hay en todo el pueblo uno semejante a él»*. Y gritaron todos diciendo: *«¡Viva el rey!»*. Después expuso Samuel al pueblo las leyes fundamentales del reino, que luego las dejaría por escrito.

4. Tras el reconocimiento público de Saúl como rey, Samuel dirigió estas palabras al Pueblo de Israel: *«Ya veis cómo he cumplido con vuestros deseos, dándoos*

un rey para que os gobierne y vaya al frente de vosotros. Pido a Dios que Saúl os gobierne con la rectitud, la prudencia y la sabiduría con que yo os he gobernado. Si temiereis al Señor y le sirviereis y escuchareis su voz, y no fuereis rebeldes a sus palabras, entonces, tanto vosotros como el rey que os gobierna, seréis colmados de dicha por el Señor Dios nuestro». Y todo el Pueblo, al oír las palabras de Samuel, lloró de gratitud a aquel gran Profeta que tanto bien había hecho por su pueblo, durante su glorioso Caudillaje, y que ahora les dejaba un rey digno para que les gobernara.

5. Si bien Saúl había sido aclamado rey con gran entusiasmo por el pueblo, hubo, sin embargo, algunos que no estaban conformes con la elección, por lo que dijeron despectivamente: *«¿Por ventura podrá este rey gobernarnos y salvarnos de posibles invasiones enemigas?»*. Mas, Saúl, aunque tuvo conocimiento de esta insumisión, sin embargo, mostrando valor, piedad y prudencia, usó de misericordia para ellos a la espera de que pronto cambiaran de opinión y le reconocieran como rey.

Séptima Parte

El Libro de los Reyes y sus Crónicas

Libro I

Saúl, primer rey del Pueblo de Israel

Capítulo I

Los primeros años del reinado de Saúl

1. El rey Saúl comenzó su reinado en el año 4097, siendo la sede de su trono Hebrón, por entonces capital y Ciudad Santa del Pueblo de Israel. El reinado de Saúl, salvo algún período al principio en que, por su fidelidad a Dios, obró con bondad y rectitud, fue en general un reinado nefasto.

2. La primera actuación guerrera de Saúl tuvo lugar a los treinta días de su proclamación como rey de Israel. Y sucedió que Naás, rey de los amonitas, país fronterizo situado en el desierto de Arabia, comenzó con su ejército a poner acechos a la ciudad israelita de Jabes de Galaad, de la tribu de Gad, ciudad fronteriza con el país de Amón. Los ancianos de Jabes enviaron mensajeros a Hebrón para comunicar al rey Saúl el peligro que corrían de ser invadidos por el país enemigo. Al oírlo el rey, impulsado del espíritu del Señor, mandó mensajeros por todo Israel para que los varones de las distintas tribus salieran a campaña y se congregaran en la ciudad de Bezec, la cual estaba situada cerca del lugar del Jordán por donde se debía pasar para ir a Jabes. Saliendo, pues, Saúl con su ejército para socorrer a los israelitas de la ciudad de Jabes de Galaad, que se hallaban en grave peligro, sus habitantes le recibieron con gran alegría. Al día siguiente, habiendo dividido el ejército en tres cuerpos, al rayar el alba, cayó

rápidamente sobre el campamento enemigo, causando una gran mortandad, sin que apenas quedara uno vivo. Ante esta gloriosa victoria de Saúl, muchos del pueblo dijeron: *«¿Quiénes son los israelitas que decían despectivamente: Saúl ha de ser acaso nuestro rey?»*. Y pidieron a Saúl les entregara esos hombres para matarlos. Mas, Saúl les dijo: *«Ninguno ha de morir en este día, ya que el Señor ha salvado a Israel»*, con cuya generosa actitud de moderación y clemencia, Saúl no sólo se ganó de su pueblo una mayor estima y consideración, sino que los mismos que habían manifestado insumisión, le reconocieron como rey.

3. Después, Saúl casó con Aquinoán, hija de Aquimaás, con la que tuvo tres hijos, por este orden de nacimiento: Isboset, Jesuí o Abinadab y Melquisúa; y dos hijas, por este orden de nacimiento: Merob y Micol. En cuanto a Jonatán, éste no era verdadero hijo de Saúl; sino de Isaí y de Aquinoán, esposa del rey; pues, Isaí, por sobrenombre Jesé, a pesar de su mucha ancianidad, conservaba aún extraordinaria belleza y lozana virilidad. Oficialmente, Jonatán era hijo de Saúl, el cual lo había adoptado como tal; pero en realidad era hijo de Isaí por el pecado del doble adulterio del padre de David y la esposa de Saúl. Luego Jonatán era hermano de David por parte de padre. Jonatán, aunque sabía Saúl que no era su hijo, se crió con él y con su madre Aquinoán desde su nacimiento, y fue considerado siempre como hijo de Saúl por el pueblo,

que desconocía el adulterio de Aquinoán con Isaí. Mas, Saúl, desde el nacimiento de Jonatán, aunque sabía cuál era su verdadera filiación, le trató siempre como si fuera su hijo.

4. Durante los ocho primeros años de su reinado, Saúl gobernó a su pueblo próspera y felizmente, bajo la sapientísima dirección de Samuel y el influjo de aquellos especiales dones con que el Espíritu del Señor le asistía. Mas, después, el corazón de Saúl se fue endureciendo cada vez más, con la consecuente disminución, y finalmente pérdida, de aquellos dones de sabiduría, prudencia y fortaleza que tan liberal y graciosamente le fueron concedidos por Dios. La conducta de Saúl, cada vez más desviada del recto camino, fue una de las principales causas que indujeron a muchos del Pueblo de Israel a prevaricar de su fe y sanas costumbres, cayendo, incluso, en la idolatría. En el año 4114, decimoséptimo del reinado de Saúl, Dios permitió que distintos países paganos, entre otros, los filisteos, los moabitas, los edomitas o idumeos o amalecitas, y los jebuseos, invadiesen distintos territorios de Israel como castigo a la infidelidad de muchos de su Pueblo. Una de las grandes ciudades invadidas fue Jerusalén, que cayó en manos de los jebuseos. Saúl, llevó a cabo grandes batallas contra los invasores: saliendo en unas victoriosas y en otras derrotadas. Pues, cuando el rey obedecía los mandatos divinos y ponía su confianza en el Todopoderoso Dios de Israel, su ejército era invencible; mas, cuando observaba una actitud desobediente a los mandatos divinos, lo cual fue muchas veces, era derrotado, ya que Dios no le asistía en la batalla.

Capítulo II

El rey Saúl es infiel a Dios.

Elección de David como futuro rey de Israel.

Muerte de Samuel

1. En el año 4119, vigésimo segundo del reinado de Saúl, los filisteos, que habían invadido algunos territorios del suroeste de Israel, amenazaban con llevar a cabo otras grandes conquistas. Y como se hubiesen apoderado de la ciudad de Gabaa, sucedió que un valeroso general de Saúl, que tenía bajo sus órdenes un escuadrón de mil soldados, salió al frente de ellos venciendo y matando a la guarnición de filisteos que había ocupado la ciudad israelita, quedando así liberada. Esta victoriosa hazaña mandó Saúl que se publicara a son de trompeta por todo el país, diciendo: «Que lo sepan todos los israelitas». Y corrió por todo Israel la noticia de que había sido destruida la guarnición de los filisteos que ocupaban la ciudad de Gabaa, con lo que, los hijos del Pueblo de Dios recobraron aliento y acudieron con algazara a vitorear a Saúl.

2. Tan vergonzosa derrota, exasperó a los vencidos filisteos de tal manera que reunieron un gran ejército compuesto de un buen número de carros, caballos y soldados que, avanzando, acamparon en Mecmas, próximo a Betel. Viéndose aquella parte de Israel cercada por los enemigos, los israelitas, desalentados, se ocultaron en grutas y entre las montañas, y otros pasaron el Jordán retirándose a la tierra de Gad y Galaad. Por entonces se hallaba Saúl en Hebrón, con sus soldados, a los cuales, la noticia

del numeroso ejército filisteo, les causaba gran terror. En esta ocasión quiso el Señor probar la fe y la obediencia del rey Saúl, ordenándole, por medio del Profeta Samuel, que esperase por espacio de siete días y no emprendiese la batalla hasta que, regresado éste, le manifestase lo que debía hacer. Mas, viendo Saúl que iba ya transcurriendo el día séptimo y que los soldados, desalentados ante los formidables preparativos del enemigo, se iban marchando poco a poco, tomó la resolución de emprender la batalla sin esperar a que expirase el plazo señalado. Saúl avanzó con sus soldados, acampando en Gabaa, mientras que los filisteos tenían su campamento en Mecmas. Ambos ejércitos se encontraron frente a frente librándose entre ellos una gran batalla que duró varios días, en la cual el ejército israelita sería derrotado, y casi masivamente exterminado.

3. Dentro del séptimo día, en que se cumplía el plazo dado por Dios a Saúl a través de Samuel, éste llegó a Hebrón cuando ya había partido el rey de Israel con su ejército para luchar contra los filisteos, sin esperar la llegada del Profeta y, por tanto, en contra de lo mandado por Dios. Ante esta actitud desobediente, el Señor, sumamente enojado, manifestó a Samuel su sentimiento de haber elegido a Saúl como rey; por lo cual, el Profeta, lloraba por Saúl, pues veía que, cada vez, él se obstinaba más en su regio engreimiento. Entonces dijo el Señor a Samuel: «¿Hasta cuando tú llorarás por Saúl? No veo Yo en él signos que den esperanza de enmienda; por lo que, ahora mismo, dispongo que, de la descendencia de Saúl, nadie más reine sobre Israel. Llena, pues, tu ampolla de óleo, pues quiero enviarte a casa de Isaí, en Belén de Judá, porque entre sus hijos he provisto un futuro rey, ya que la casa de Saúl será raída». Y dijo Samuel: «¿Cómo iré yo? Pues cuando lo sepa Saúl, me matarán». Y respondió el Señor: «Ten confianza en mí, nada te ha de pasar. Cuando te encuentres en casa de Isaí, Yo te manifestaré lo que has de hacer, y ungirás al que Yo te señale».

4. Al día siguiente que Samuel recibiera el mandato de Dios, mientras Saúl se hallaba en guerra con los filisteos en un valle entre el campamento enemigo de Mecmas y el campamento israelita de Gabaa, el Santo Profeta fue a Belén, cuya inesperada visita causó extrañeza a los ancianos de la ciudad, los cuales le acogieron con gran amor y respeto, entre ellos Isaí, por sobrenombre Jesé, y le dijeron: «¿Es de paz tu venida?». Y respondió Samuel: «De paz es. Orad a Dios para que se cumpla en todo su divina voluntad». Samuel, acompañado de Isaí, dirigióse a su casa y le manifestó que quería ver a sus hijos. Y luego que hubieron entrado, Samuel vio primero a Eliab, y al verlo, dijo en su interior: «¿Será éste el escogido por el Señor?». Y dijo el Señor a Samuel: «No mires a su buena presencia, ni a su gran estatura, porque no es éste el que he escogido. Yo no juzgo por lo que aparece a la vista del hombre, pues el hombre no ve más que el exterior, mas Yo veo el fondo del corazón». Luego llamó Isaí a su hijo Abinadab y, presentándoselo a Samuel, éste se dijo en su interior: «Tampoco es éste el escogido del Señor». Después vino el tercer hijo, llamado Samna, del cual también se dijo Samuel en su interior: «No es éste tampoco el esco-

gido el Señor». Y una vez que Isaí le hubo presentado siete de sus hijos, conociendo Samuel que ninguno de ellos era el elegido del Señor, dijo a Isaí: «¿No tienes más hijos?». A lo que contestó: «Aún hay otro pequeño, que está apacentando las ovejas». Y dijo Samuel: «Envía por él, y tráemelo, porque no nos sentaremos a comer hasta que él haya venido». Envio por él Isaí, y le presentó a David, el cual era rubio, de gallarda presencia y hermoso rostro. Y dijo el Señor a Samuel: «Ea, ungele, porque ese es el elegido». Tomó, pues, Samuel la ampolla del óleo que había traído, y ungió a David en presencia de sus padres y hermanos; cuya unción alegró el corazón del Santo Profeta Samuel. Y desde esta unción, el Espíritu del Señor asistió a David con el don de profecía y otros dones extraordinarios para que pudiera cumplir con rectitud, sabiduría y prudencia su misión como príncipe heredero.

5. David, hijo de los esposos Isaí e Isabel, había nacido en Belén de Judá en el año 4107, año décimo del reinado de Saúl, y fue ungido por Samuel en el año 4119, o sea, doce años más tarde, cuando tenía doce años de edad. Era David un joven de singular piedad, y solía orar frecuentemente en la cueva de Belén, en donde nacería después el Mesías. Allí, era favorecido con muchas apariciones celestiales. Poco antes de ser ungido por Samuel, la Divinísima Alma de Cristo, acompañada de la Divina Alma de María, se presentó ante David cuando éste oraba en la Sagrada Cueva; e, imponiendo el Sacramento de la Triple Bendición sobre la cabeza de su elegido, le santificó y le ungió para que reinase sobre Israel en el futuro. Dios quiso, después, exteriorizar la unción divina de David mediante el derramamiento del óleo, por Samuel, sobre su cabeza. Samuel ungió a David, no como rey, sino como el elegido para ser más tarde rey, o sea, para futuro rey. Por tanto, no hubo dos reyes al mismo tiempo; ya que, David no fue rey mientras vivió Saúl. David, elegido a los doce años para futuro rey, es figura del Niño Jesús, a los doce años, en el Templo ante los Doctores de la Ley.

6. Después que David fue ungido por Samuel, éste volvió a Hebrón, en donde halló a Saúl con los pocos supervivientes de su ejército, ya que había sido derrotado por los filisteos. Y Samuel dijo al rey: «Saúl, ¿qué has hecho desobedeciendo al Señor?». Respondió Saúl: «Como vi que, algunos de mis soldados, desalentados me dejaban; y que iba avanzando el séptimo día del plazo señalado y que tú no venías, pensé: 'Si ahora no voy para hacerles la guerra a los filisteos, ellos bajarán contra mí a Hebrón, y me hallarán desprovisto de soldados suficientes'». Y dijo Samuel a Saúl: «Has obrado neciamente, no cumpliendo los mandatos que te impuso el Señor Dios tuyo. Pues, si los hubieras guardado, además de haber ganado la batalla, Dios hubiera consolidado tu trono sobre Israel y hubiera asegurado el reinado para siempre en tu descendencia. Mas, ya tu reino no durará por mucho tiempo. El Señor ha elegido un varón de humilde corazón según es su deseo, el cual será el futuro rey de Israel, por cuanto tú no guardaste lo mandado por el Señor». Mas, Saúl, lejos de reconocer su desobediencia al mandato de Dios, se obstinó más en su orgullo. Y Samuel,

durante los pocos días que aún le quedaban de vida, trató de convertir a Saúl con toda su fuerza, y lloraba amargamente al ver que el rey no colaboraba para su propia conversión, ni su corazón se movía a arrepentimiento alguno. Y fue de tal manera dolorosa la noche oscura que padeció Samuel a causa de la obstinación de Saúl, que a los ocho días de haber ungido a David murió Samuel santamente en Hebrón, en donde fue luego enterrado. Fue, pues, en el año 4119, vigésimo segundo del reinado de Saúl, cuando Samuel, a la edad de noventa y dos años, murió de pena al ver el camino de condenación que llevaba el rey Saúl, a quien Dios reprochaba su inicua conducta.

Capítulo III

Nuevas batallas de Israel.

David, en la corte del rey Saúl.

Jonatán y David se ven por primera vez.

Victoria de David contra el gigante Goliat

1. Después de la aplastante derrota del ejército israelita, al mando de Saúl, por el ejército filisteo, estos, envalentonados, causaban aún peores daños en las ciudades con sus incursiones. El poderoso y bien fortificado campamento filisteo seguía en Mecmas y desde allí solían salir en grupos llevando a cabo actos de pillaje por distintas partes, de manera que los israelitas abandonaban las ciudades y se escondían en las montañas, en las cuevas y otros lugares seguros. Y fue tal la opresión de los filisteos por aquellos territorios, que nada podían hacer los hijos del Pueblo de Dios que no intervinieran los enemigos, hasta el punto que los filisteos se habían apoderado de las materias primas y restringían enormemente la fabricación de armas a los israelitas. Por entonces, Saúl y su hijo adoptivo Jonatán, con todo el ejército israelita, se hallaban acampados en Gabaa. Y era tal la escasez de armamentos, que los israelitas se reprimían de hacer la guerra a sus enemigos.

2. En el año 4125, vigésimo octavo del reinado de Saúl, sucedió que un escuadrón numeroso de filisteos, saliendo de su campamento de Mecmas, se apoderó de otras ciudades israelitas. Y como Saúl no se decidiese salir a luchar contra ellos por la escasez que tenían de armas, sucedió que Jonatán, de veinte años de edad, impulsado por Dios, con valeroso coraje, dijo a su escudero y a un reducido número de soldados de su confianza: «Venid, y vayamos al campamento de nuestros enemigos, pues el Señor combatirá por nosotros y venceremos, ya que es igualmente fácil a Dios el dar la victoria con mucha que con poca gente». Y todos respondieron: «Haz lo que vienes más oportuno, nosotros te seguiremos a todas partes». Y, sin dar aviso al rey Saúl, Jonatán, con un pequeño grupo de soldados, se dirigió al campamento enemigo sin que nadie supiera adonde había ido. Y cuando subían por una pendiente al campamento de los filisteos, Jonatán, a quien guiaba Dios para aquella empresa, dijo a los suyos: «Mirad, nos vamos a acercar al campamento filisteo. Y luego que nos descubran, si nos dijeren: 'Esperad hasta que lleguemos a vosotros', estémonos en nuestro lugar, y no subamos a ellos. Mas si dijeren: 'Subid

adonde estamos nosotros', subamos, porque ésta es la señal de que el Señor nos los pondrá en nuestras manos». Y una vez que los filisteos divisaron a Jonatán y a los que iban con él, dijeron: «*Ved allí a los israelitas, que salen de las cavernas, en donde se habían escondido*». Y algunos de los guardias del campamento, dijeron a Jonatán y a los suyos: «*Subid acá, y os mostraremos una cosa*». Y dijo Jonatán al escudero y a los soldados que lo acompañaban: «*Seguidme, subamos, porque el Señor pondrá a nuestros enemigos en manos de Israel*». Subieron, pues, Jonatán y los suyos, y fue tal el pánico que Dios infundió a los filisteos, que entre ellos mismos se tomaban como enemigos y se mataban sin piedad; y otros huían despavoridos ante la poderosa espada de Jonatán y el reducido número de soldados que iban a sus órdenes. Los israelitas que se hallaban escondidos en las montañas, habiendo visto que los filisteos huían, se fueron uniendo a las huestes de Jonatán, causando sobre el ejército enemigo una gran mortandad. Todas las ciudades israelitas colindantes, cuando conocieron el suceso, conmoviéronse reconociendo que era un milagro de Dios.

3. Entretanto, las avanzadillas que Saúl mandaba de su ejército apostado en Gabaa, vieron una gran multitud de filisteos muertos en el suelo y otros que huían y escapaban por todas partes. Dijo entonces Saúl a los que con él estaban: «*Averiguad quién ha salido de nuestro campamento*». Y hallaron que faltaban Jonatán, su escudero y un grupo de soldados. El rey Saúl, envidioso de la victoriosa hazaña de Jonatán, fue con su ejército al campo de batalla para luchar contra los filisteos y así le fuera atribuida a él la victoria, y de esta manera desacreditar la memorable hazaña de su supuesto hijo. Mas, en aquel día, el Señor Dios de Israel dio la victoria a su pueblo bajo el mando de Jonatán. La victoriosa hazaña de éste, lejos de alegrar el corazón de Saúl, llenólo de amargura y deseo de venganza. Y buscando pretextos para hacer matar a su hijo adoptivo, no halló otro que el de acusarle de desertor por haber abandonado el campamento para luchar contra los filisteos sin su autorización real; por lo que, hallándose Saúl en Hebrón, dijo al Sumo Sacerdote y a los principales del pueblo: «*Trátame Dios con todo el rigor de su justicia, si tú, oh Jonatán, no mueres sin remedio por desertor*». Mas, el pueblo, que se hallaba enardecido por el gesto victorioso de Jonatán, dijo a Saúl: «*¿Conque ha de morir Jonatán, que acaba de salvar de un modo maravilloso a Israel? ¡Ni hablarse debe de tal cosa! Vive el Señor que no ha de caer en tierra ni un solo cabello de su cabeza, porque él ha obrado este día con beneplácito y asistencia de Dios*». Y de esta manera el pueblo libró a Jonatán de la muerte, desistiendo, por entonces, Saúl, de sus vengativos propósitos.

4. En aquel año 4125, antes que Jonatán y David lo supiesen por otros medios, el Profeta Natán, por mandato de Dios, comunicó a ambos que eran hermanos, para lo cual fue primero a Belén para decírselo a David, y luego fue a Hebrón para comunicárselo a Jonatán. El Profeta dijo a Jonatán que fuera siempre fiel a David y que estuviera dispuesto, incluso, a dar la vida por él; y dijo a David: «*Tendrás un gran colaborador en tu hermano Jonatán, que va a ser siempre fiel a ti*». Y Natán, quedó unos

días en la corte de Saúl, pues deseaba poner en contacto a ambos hermanos.

5. Por su infidelidad a Dios, el rey Saúl, veíase atormentado por el espíritu de Satanás, que agitaba su mala conciencia y sumióle, a veces, en un verdadero delirio y furor. Viendo Natán la extrema melancolía de Saúl, dijo al rey: «*Veo cómo te atormenta un espíritu maligno, por permisión divina. Mas, si tú lo mandas, buscaré un hombre que sepa tañer el arpa, para que, con su melodía, sientas algún alivio*». Y respondió Saúl: «*Bueno, pues busca alguno que sea diestro en el tañer y cantar, y tráemelo*». Y respondió Natán: «*Hace poco he visto a David, hijo de Isaí, natural de Belén, muy favorecido del Señor. Es un joven prudente, de gallarda presencia, valeroso y muy diestro en tañer el arpa*». Con esto envió Saúl mensajeros a Isaí, por sobrenombre Jesé, diciendo: «*Mándame a tu hijo David*». Isaí llamó a David, que se hallaba con el ganado; y, entregándole unos obsequios para el rey, enviólo a Saúl. Y David se presentó al rey, el cual le cobró mucho cariño, e hizo su escudero. Y envió Saúl a decir a Isaí: «*Quédese David conmigo, porque ha hallado gracia en mis ojos*». Con esto, siempre que asaltaba el mal espíritu a Saúl, cogía David el arpa, tañíala, y cantaba himnos al Señor, con lo que Saúl se recreaba y sentía mucho alivio; pues, Dios, en atención a David, reducía el influjo, en Saúl, del espíritu maligno. Con motivo de la llegada de David a la corte real, se vio por primera vez con su hermano Jonatán, el cual deseaba vehementemente conocer a su hermano. Jonatán tenía entonces veinte años y David dieciocho. Y en el mismo instante en que se conocieron, el alma de Jonatán se unió estrechamente con el alma de David, y la de éste con la de Jonatán, por lo que se amaron entre sí con el afecto sano y santo que emanaba de tan sublime intimidad fraternal. Y para honrar a su hermano, Jonatán se quitó su capa y dióselo a David, así como su espada, arco y aún el cingulo militar. David permaneció sólo un año en la corte de Saúl, ya que tuvo que volver a la casa de su muy anciano padre en Belén, para cuidar los ganados, dado que sus siete hermanos estaban reclutados en el ejército israelita.

6. En el año 4126, vigésimo noveno del reinado de Saúl, el Señor mandó al Profeta Natán que fuera ante el rey para comunicarle que debía hacer la guerra a los amalecitas o idumeos, los cuales habían invadido una parte del sur de Israel. Con esta orden, Dios daba a Saúl una nueva oportunidad de arrepentimiento y conversión. Natán, pues, fue a Hebrón, en donde se hallaba el rey, y díjole: «*Escucha lo que te manda el Señor. Esto dice el Señor Dios de los Ejércitos: 'Tengo bien presente todo cuanto el Amalec hizo contra Israel, y cómo se opuso a mi pueblo, en el camino, para entrar en Israel cuando subía de Egipto. Vete, pues, ahora, acaba con el actual Amalec o rey de Edón, y destruye todo lo que tuviere. No le perdones, ni codicies cosa alguna de las suyas, sino que mata a hombres, mujeres, muchachos, niños de pecho, y todos los animales que tuviere'*». Y Saúl transmitió las órdenes a su pueblo; y, pasando revista de su ejército, halló que contaba con doscientos diez mil soldados. Tenía Saúl como capitán de sus ejércitos a su primo hermano Abner, hijo de Ner. Una vez llegado Saúl con su ejército próxi-

mo a la ciudad del Amalec, en el desierto de Idumea, puso coartadas en las montañas. Y Saúl fue destrozando a los amalecitas desde Hevila hasta Sur, en la frontera de Egipto. Tomó vivo a Agag rey amalecita, y pasó a filo de espada a la mayoría del pueblo, salvo los pocos que lograron huir. Mas, Saúl, con el beneplácito de su ejército, perdonó la vida de Agag con fines lucrativos; y los soldados israelitas se reservaron los mejores rebaños de ovejas, vacas y carneros, las mejores ropas, y en general todo lo bueno que hallaron en el botín, y no lo destruyeron. Sólo lo vil y despreciable eso fue lo que destruyeron.

7. Entonces el Señor habló al Profeta Natán, y le dijo: *«Pésame de nuevo el haber hecho rey a Saúl, porque otra vez me ha abandonado y no ha cumplido mis órdenes»*. Y entristecido Natán, estuvo clamando al Señor toda la noche pidiendo misericordia para Saúl. Y al día siguiente, Natán, antes del amanecer, se levantó para ir en busca de Saúl, el cual había ido a Gálga, junto a Jericó. Y cuando Saúl vio al Profeta, le dijo hipócritamente: *«Bendito seas tú del Señor. Yo he cumplido la palabra de mi Dios y Señor»*. Y dijo Natán: *«¿Pues qué son el balido de rebaños y el mugido de bueyes que resuena en mis oídos?»*. Y respondió Saúl: *«El ejército los ha traído del país del Amalec, pues ha conservado las mejores ovejas y vacas para ofrecerlas al Señor Dios, y el resto lo mataron»*. Y Natán dijo entonces: *«Saúl, permíteme hablar, y te manifestaré lo que el Señor me ha dicho esta noche»*. Y dijo Saúl: *«Dilo»*. Y añadió Natán: *«El Señor te envió contra los enemigos de su Pueblo, diciendo: 'Anda, y pasa a cuchillo a los perversos amalecitas, y pelea contra ellos hasta su total exterminio'. ¿Pues por qué no has obedecido la Voz del Señor, sino que te has vuelto con el botín, pecando en los ojos del Señor?»*. Y respondió Saúl con gran cinismo: *«No es verdad, he obedecido la Voz del Señor, siguiendo el camino que me ordenó, y he traído prisionero a Agag, rey amalecita, y he pasado a cuchillo a los suyos. Cierto es que el pueblo ha reservado del despojo del enemigo que se debía destruir, ovejas y vacas para inmolarlas al Señor su Dios»*. Y dijo Natán: *«¿Por ventura el Señor no estima más la obediencia a su Voz que los holocaustos y las víctimas? La obediencia vale más que los sacrificios, y el ser dócil importa más que ofrecer la grosura de los carneros, porque el desobedecer al Señor es un pecado de idolatría. Por lo tanto, ya que tú has desechado la palabra del Señor, el Señor ha desechado a tu descendencia del trono de Israel»*.

8. Al oír Saúl las palabras de Natán, dijo con hipocresía y falso arrepentimiento: *«He pecado contra Dios al quebrantar sus mandatos y despreciar sus dictámenes, por temor y condescendencia con el pueblo. Mas, ruegote que te apiades de mi pecado y me obtengas el perdón, y vengas conmigo a Hebrón para que des fe, ante el pueblo, de mi arrepentimiento»*. Y dijo Natán: *«No iré contigo, porque tú has desechado la palabra del Señor»*. Y volviendo Natán la espalda para marcharse, asíóle Saúl de la extremidad de la capa, la cual se rasgó, entendiendo con eso Natán que Dios había roto con Saúl. Por lo que dijo entonces Natán al rey: *«De la misma manera, el Señor ha rasgado hoy el reino de Israel, y lo ha arrancado de tu descendencia, para dárselo a otro mejor que tú. Y*

esta decisión de Dios es firme». Mas, Saúl, siguió fingiendo arrepentimiento, y dijo al Profeta: *«He pecado; mas, ruegote que me honres delante de los ancianos de mi pueblo, y delante de Israel, y para ello has de venir conmigo a Hebrón, para que a tu lado adore al Señor Dios tuyo, y así des fe, ante los demás, de que me he arrepentido de mi pecado»*. El Profeta Natán, aun conociendo que era fingido el arrepentimiento del impío rey, no obstante condescendió con la petición de Saúl, y acompañó a éste a Hebrón, y ambos oraron juntos ante el Señor, quedando así a salvo la reputación de Saúl delante del Sumo Sacerdote y del pueblo. Mas, con esta transigencia, Natán cometió un gravísimo pecado al ir en contra de lo mandado por Dios, quien ya había roto con Saúl por su falta de arrepentimiento. Natán, aunque antes no hubiera procedido con rectitud acompañando a Saúl, sin embargo, ahora, sabiendo que el rey de los amalecitas estaba allí prisionero, movido por el celo de la gloria de Dios, con valor y coraje, dijo a Saúl: *«Traedme aquí a Agag rey de los amalecitas»*. Y presentáronle a Agag, que era muy gordo, y estaba temblando. Y dijo Agag: *«¿Con esta muerte tan amarga me he de separar de todos los míos?»*. Y dijo Natán: *«Así como tu espada dejó sin hijos a las mujeres de Israel, de la misma manera entre las mujeres de tu pueblo tu madre quedará sin hijo»*. Y Natán, con su espada, degolló personalmente a Agag, lo cual le correspondía hacerlo como Profeta, cuya autoridad estaba por encima de reyes y de toda otra autoridad.

9. Por aquel mismo año 4126, los filisteos, ansiosos de ensanchar sus territorios en Israel, se prepararon para hacer la guerra. A su vez, el rey Saúl, con los soldados de su ejército, se preparó también para hacer frente a los filisteos. Ambos ejércitos estaban acampados uno enfrente de otro, mediando entre ellos el valle del Terebinto, el cual estaba próximo a Belén.

10. Entre las huestes enemigas de Israel había un gigante cananeo filisteo llamado Goliat, descendiente de Cam, natural de Get, cuya estatura era casi de tres metros y medio. Iba vestido de una robusta y pesada armadura de cobre: yelmo en su cabeza, coraza en su cuerpo, y botas en sus piernas; sobre su hombro llevaba un gran escudo y en su mano una pesada lanza. Durante cuarenta días, mañana y tarde, colocábase entre los dos campamentos, y desde allí insultaba con blasfemias a las huestes de Saúl; y, desafiándolas, para que uno de los israelitas combatiese con él individualmente, decía: *«¿Por qué habéis venido para darnos la batalla? Yo soy un valiente filisteo y vosotros los cobardes siervos de Saúl. Escoged entre vosotros a alguno que salga a combatir cuerpo a cuerpo conmigo: si el que tuviere valor para esto, me matare, los filisteos seremos esclavos vuestros; mas, si yo lo matare a él, seréis nuestros esclavos»*. Y, además, con grandes risotadas, jactándose de su estatura y fuerzas, decía a voces: *«Yo he desafiado hoy a los batallones de Israel diciéndoles: Dadme acá un valiente guerrero y mida sus fuerzas conmigo cuerpo a cuerpo»*. Saúl, así como los de su ejército, cuando oían este desafío del gigante filisteo, se llenaban de terror.

11. Cuando habían transcurrido treinta y ocho días del reiterado desafío de Goliat, sucedió que llegó David al

campamento israelita por orden de su padre, para llevar comida a sus hermanos y enterarse de cómo estaban; pues, David, había dejado pocos meses antes la corte de Saúl para volver a Belén con Isai y cuidar de los rebaños. Cuando se hallaba en el campamento israelita, vio cómo el gigante Goliat salía otra vez del campamento filisteo en actitud desafiante, repitiendo los mismos insultos de siempre. Y dijo a David uno de los soldados de Israel: *«Ese hombre que se presenta desafiando al combate, viene todos los días a insultar a Israel»*. Y dijo David: *«¿Quién es ese filisteo, para que insulte así impunemente a los escuadrones del Dios vivo?»*. Y como dejara entrever en sus palabras la resolución de aceptar el combate, Eliab, su hermano mayor, atribuyendo a vana altanería la decisión valiente de David, reprendió a éste severamente y le mandó que volviese cuanto antes a la casa de su padre para cuidar las pocas ovejas que tenían. Mas, la valiente actitud de David, llegó a los oídos de Saúl, quien le llamó a su presencia, y David dijo al rey: *«Nadie desmaye a causa de los insultos de ese filisteo. Yo, tu siervo, iré y pelearé personalmente contra él»*. Y Saúl dijo a David: *«No tienes fuerza para resistir a ese filisteo, ni para pelear contra él, pues eres joven todavía, y él es un varón gigante y aguerrido»*. Y replicó David: *«Cuando apacentaba los rebaños de mi padre en Belén, yo maté primero a un león y después a un oso, cuando intentaron apoderarse de una res. Y lo propio haré con ese gigante filisteo. Ahora mismo, iré, pues, contra él, y quitaré el oprobio de nuestro pueblo. Pues, ¿quién es ese malvado para tener la osadía de maldecir al ejército del Dios vivo?»*. Y David, impulsado por Dios, añadió: *«El Señor, que me libró de las garras del león y del oso, Él mismo me librará, también, de las manos de ese filisteo»*. Al oír las valientes palabras de David, díjole Saúl: *«Anda, pues, y el Señor sea contigo»*. Mandó Saúl que vistiesen al joven con un traje de guerra; mas, como viera David que aquellas armaduras militares le embarazaban hasta el extremo de no poder ni andar por la falta de costumbre, se decidió salir del campamento al encuentro de Goliat sin otras armas que su cayado, su honda y cinco guijarros que tomó de un arroyo. Venía Goliat hacia él caminando con paso grave, llevando delante su escudo; y cuando aquel gigante vio el aspecto humilde y sencillo del joven David, su estatura y corta edad, su color rubio y linda presencia, el traje de pastor que vestía, así como la clase de armamento con que se presentaba en la lucha, que eran el cayado y la honda, Goliat, menospreciando al joven, le dijo con ironía y aire burlesco: *«¿Soy yo, acaso un perro para que vengas contra mí con un palo?»*, por lo que el filisteo maldijo a David y juró que lo mataría. Mas, David, con energía y serenidad, respondió: *«Tú vienes contra mí con espada y lanza y escudo, mas yo salgo contra ti en el nombre del Dios de las legiones de Israel, a las cuales has insultado. El Señor te pondrá en mis manos, y te mataré, y cortaré tu cabeza para que sepa toda la tierra que hay Dios en Israel, y conozcan todos que el Señor salva sin espada ni lanza, porque Él es el árbitro de la guerra y Él os entregará en nuestras manos»*. Como el filisteo se acercase más hacia David, éste se apresuró a combatir contra él; y, metiendo su mano en el zurrón, sacó

una piedra, que disparó con la honda, e hirió al filisteo en la frente, quedándole en ella la piedra clavada. Goliat cayó en tierra sobre su rostro. Y tomando entonces David la espada que llevaba el gigante, le cortó la cabeza, la tomó con sus manos y la mostró a la vista del ejército filisteo y el ejército israelita. Y cuando los filisteos vieron que había muerto el gigante Goliat, que tenían como el más valiente de los suyos, se dieron a la huida despavoridos. Pero los hijos de Israel, con gran griterío, los persiguieron por el valle hasta las puertas de Acarón, causando una gran mortandad en el ejército enemigo. Después, los hijos de Israel saquearon el campamento filisteo. Y tomando David la cabeza de Goliat, la llevó al campamento israelita como valioso trofeo de su heroica hazaña. El gigante Goliat fue, también, una de las principales bestias de la tierra; el cual, después de ser matado por Dios a través de la certera mano de David, fue arrojado al fuego eterno del Infierno en cuerpo y alma.

Capítulo IV

David en el ejército de Saúl. Matrimonio de David con Micol. Saúl tiende insidias para matar a David, y éste huye. Saúl manda matar al Sumo Sacerdote Aquimelec y a siete de sus hijos sacerdotes

1. Tras la heroica hazaña contra Goliat, David se quedó en la corte de Saúl, ya que éste no le permitió volver a su casa. Poco después, en el año 4127, al cumplir David los veinte años, se incorporó en el ejército de Israel. Salía David a todas las expediciones que le enviaba el rey, y conducíase con mucha prudencia; por lo que Saúl le dio el mando sobre un escuadrón de guerra. El Pueblo de Israel tomó gran afición a David, especialmente los criados de la corte. Mas, el cariño y agradecimiento que Saúl también le manifestaba, comenzó a enturbiarse a consecuencia de que, el Pueblo de Israel, aclamaba a David con más entusiasmo que a Saúl, cuando ambos pasaban por sus ciudades, y decían: *«¡Saúl ha dado muerte a mil, y David ha dado muerte a diez mil!»*; pues, semejante expresión irritaba a Saúl de tal manera, que pensaba entre sí: *«¡David, diez mil, y yo sólo mil!, ¿qué le falta, sino ser aclamado rey?»*. Y desde entonces Saúl, cegado por la envidia, ya no miraba a David con buenos ojos; pues, además, sabía que el Señor estaba con su joven militar, el cual actuaba con mucha cordura, al contar con la especial asistencia de Dios.

2. En aquel mismo año 4127, en que David tenía veinte años de edad, sucedió que, hallándose un día recostado en la pared tañendo el arpa delante del rey, éste, agitado frenéticamente por el espíritu de Satanás, tomó en su mano una lanza y arrojóla contra David con intención de traspasarla y dejarlo clavado. Mas, el joven, logró esquivar el golpe con un rápido movimiento de su cuerpo. A pesar de la irresistible envidia que corroía el corazón de Saúl, éste evitaba que se trasluciesen al pueblo sus criminales intenciones, ya que todo Israel amaba a David por su rectitud, extremada prudencia y valentía militar.

3. En ese mismo año 4127, Saúl, con su corte, se trasladó temporalmente a la ciudad de Nobe. La refinada malicia de Saúl llegó hasta el colmo de ofrecerle a David es-

posa entre sus propias hijas, a fin de acercarlo más a él y tener ocasión de matarlo. Cuando David tenía veintiún años de edad, díjole el rey: *«He aquí a Merob, mi hija mayor: voy a dártela por esposa. Tú, sobre todo, sé muy valiente, y pelea en el servicio del Señor»*. David, respondió: *«¿Quién soy yo y quién es mi familia, para llegar a ser yerno del rey?»*. Mas, sucedió que, llegado el tiempo en que Merob debía desposarse con David, Saúl la dio por esposa a Hadriel, ya que sabía que su hija mayor era más difícil de manejar por él; máxime que observaba que Micol, su hija menor, se había aficionado mucho por David, y ella era más fácil de dominar. Y Saúl se decía a sí mismo: *«Le daré a David por esposa a Micol, para que ella, manejada por mí, sea la causa de su ruina»*. Y cuando los cortesanos le comunicaron a David que el rey quería darle por esposa a su hija Micol, dijo David: *«¿Os parece poca cosa el llegar a ser yerno del rey? Pues yo soy pobre y de humilde condición»*. Y respondieron los cortesanos: *«El rey no necesita de dote para su hija, sino únicamente exige de ti las cabezas de cien filisteos, por lo que te manda que vayas con tu ejército a hacerles la guerra»*. Y lo que pretendía con esto Saúl era que David pereciese a manos de los filisteos. David, aceptando ser yerno del rey, marchó con sus soldados, y luchando con los filisteos mató a doscientos de ellos, entregando al rey las doscientas cabezas. Con esto, dióle a su hija Micol por esposa, la cual amaba mucho a David.

4. Nada influyeron en el ánimo de Saúl los brillantes merecimientos que, día a día, adquiría el prudente y valeroso David; cuya celebridad ante el ejército y ante el pueblo, era cada vez mayor; antes al contrario, todo esto fue nuevo motivo que acrecentó más el furor del rey contra su yerno, a quien Dios asistía con especial providencia. Y como decidiese Saúl acabar con David a toda costa, habló a Jonatán, y a todos sus cortesanos, a fin de que le matasen. Mas, como Jonatán, hijo adoptivo de Saúl, amaba muy entrañablemente a su hermano David, avisó a éste diciendo: *«Saúl busca cómo matarte: y así te ruego que te guardes de su furor, y mañana te vayas a un lugar oculto en el cual estés escondido. Mientras tanto, yo procuraré estar con el rey, le hablaré en tu favor, y te iré dando cuenta de todo lo que fuere observando»*.

5. Por la noche, Saúl envió enseguida sus guardias a la casa de David para que custodiaran la salida a fin de que éste no huyera, y poder matarle por la mañana. Mas, enterada Micol, lo puso en conocimiento de su esposo David, diciéndole: *«Si no te pones a salvo esta noche, mañana morirás»*. Y como estuviesen custodiadas las puertas del palacio, David, ayudado por Micol, se descolgó por una ventana y, acompañado de su regimiento, huyó de Nobe en dirección a Hebrón para hablar con el Sumo Sacerdote Aquimelec, por sobrenombre Abiatar; pues, en la ciudad de Hebrón, estaba el Templo de Dios. Luego que huyó su esposo, Micol, puso sobre la cama de David un bulto cubierto con una piel de cabra, que figuraba la cabeza, simulando así que estaba durmiendo en ella. Por la mañana envió Saúl guardias a prender a David, y los criados comunicaron al rey que se hallaba enfermo. Mas, como éste enviase sus guardias a la habitación de su yerno, hallaron que no estaba en la cama, sino que había un

bulto que simulaba un cuerpo. Enojado Saúl con Micol, le dijo: *«¿Cómo me has burlado de esta manera dejando escapar a mi enemigo?»*. Y mintiendo Micol, le respondió: *«Porque él me dijo: 'Déjame ir, sino te mataré'»*. Saúl, retuvo a Micol en su palacio, con gran vigilancia, para que no fuera en busca de David, y así forzar a éste a que viniese a por ella, y tener una nueva oportunidad de matarle. Y para impeler más a David a que se apresurase venir a por Micol, Saúl prometió fingidamente dar su hija a Falti por esposa, noticia que hizo llegar a David. Mas el matrimonio de Falti y Micol no llegó a realizarse.

6. Después, Saúl, preguntó a Jonatán si sabía adonde había ido David. Y Jonatán le dijo al rey: *«No hagas daño, oh rey, a tu siervo David, puesto que nada malo ha obrado contra ti; antes bien, te ha hecho grandes servicios exponiendo su vida en contra de los filisteos. Y merced a su valor, el Señor ha dado la victoria a Israel. Tú mismo lo viste y te llenaste de gozo; pues, ¿por qué quieres ahora pecar matando a David, que no es culpable de nada, y derramar su sangre inocente?»*. Con estas razones de Jonatán, Saúl, con fingida piedad y falso juramento, dijo: *«¡Vive el Señor que no se quitará la vida a David!»*; pues, así el rey quería engañar a Jonatán para que éste, confiando en su palabra, atrajese de nuevo a David a la corte, y luego matarle; mas, Jonatán no dio crédito a lo que decía el rey.

7. David, después de su huida de Nobe, se escondió en Hebrón, y se puso primero en contacto con el profeta Natán, a quien contó todo lo sucedido. El Profeta mandó secretamente un aviso a Jonatán para que viniese a ver a su hermano. Y una vez que vino Jonatán, le dijo a éste David: *«¿Qué he hecho yo? ¿En qué he pecado y cuál es mi delito delante de mi rey para que ande así en mi busca para matarme?»*. Y respondióle Jonatán: *«No temas, no morirás, porque no hará el rey cosa sin comunicármela primero»*. Y Jonatán, después de jurar de nuevo a David que daría, incluso, su vida en defensa suya, volvió a Nobe. Mientras tanto, con motivo de unas solemnes fiestas, Saúl lo aprovechó para una nueva estratagema contra David; para lo cual organizó un banquete, al que invitó a todos sus cortesanos; y como el rey sospechara que Jonatán sabía dónde estaba David, con fingida bondad le dijo que lo buscara y lo trajese a la casa para que participara de su mesa. A este perverso ardid del rey para matar a David, Jonatán, astutamente, dio la llamada por respuesta. Cuando llegó la hora del banquete, estando el rey rodeado de sus cortesanos, a la espera de ver a David, observó que no estaba; por lo que dijo a Jonatán: *«¿Por qué no ha venido a comer David?»*. Y como Jonatán no diera respuesta alguna, Saúl, indignado contra él, le dijo: *«Hijo de mujer que va a la caza de hombres, ¿acaso no sé que amas desmesuradamente al hijo de Isai, para ignominia tuya y confusión de tu adúltera madre? Sábetelo que, mientras viva David, tu vida no estará segura»*. Con estas palabras, Saúl, no sólo le echaba en cara, a Jonatán, su condición de hijo adulterino, sino que, además, le acusaba calumniosamente de trato sodomítico con David. Mas, Jonatán, indignado respondió a Saúl: *«Pero ¿por qué ha de morir David? ¿qué mal ha hecho?»*; y al oír esto, agarró Saúl la lanza en ademán de atravesar con ella a Jona-

tán; mas, éste, con gran aflicción, marchó de allí, y fue adonde se hallaba David; y, una vez juntos, ambos hermanos se abrazaron y lloraron. Y Jonatán, después de aconsejar a su hermano que se escondiese en lugar muy seguro, pues peligraba su vida, volvió a Nobe.

8. Cuando marchó Jonatán, David, secretamente, fue a ver al Sumo Sacerdote Aquimelec, por sobrenombre Abiatar, el cual, sorprendido, dijo a David: «¿Cómo es que vienes solo sin que nadie te acompañe?». Y David, recurriendo a la mentira, dijo al Sumo Sacerdote: «El rey me ha encargado una misión, diciendo: 'Nadie sepa a lo que te envío, ni las órdenes que te he dado'. Por cuyo motivo, aun a los que me acompañan les he mandado que me esperasen en un bosque fuera de la ciudad». Y como se hallase David acosado por el hambre, le dijo a Aquimelec: «Si tienes a mano aunque no sean más que cinco panes, dámelos, o cualquier otra cosa, pues tenemos gran necesidad, ya que llevamos tres días sin comer». A lo que respondió el Sumo Sacerdote: «No tengo a mano panes comunes, sino solamente los panes santos de la proposición». Y David dijo: «Pues, dámelos». Y Aquimelec dijo: «Te los daré para que los comáis tú y los que te acompañan». Y, a falta de otro alimento, diole los panes sagrados que se habían quitado de la mesa de la proposición del Templo, al ser reemplazados por otros recientes, según lo mandaba la Ley. Estos panes sagrados sólo podían comerlos los sacerdotes; mas, como era un caso de extrema necesidad, David los tomó para comer él y su regimiento, sin que por eso los profanase. Si bien David, movido por Dios, pidió al Sumo Sacerdote Aquimelec que le diera los panes de la proposición, los cuales se multiplicarían después milagrosamente, no obstante, David pecó gravísimamente al mentir al Sumo Sacerdote, Ministro del culto divino y al desconfiar de la Providencia de Dios. Y como David se hubiese presentado ante Aquimelec sin lanza y sin espada, díjole al Sumo Sacerdote: «Dame la espada de Goliat». Esta arma la había antes entregado David al templo para dejar constancia que tan valioso triunfo lo había ganado por el especial favor de Dios, al cortar la cabeza del gigante. El Sumo Sacerdote entregó a David la espada, y éste marchó enseñuida de Hebrón.

9. Hallábase en Hebrón un criado de Saúl llamado Doeg, que era un idumeo converso, o sea, idumeo de nación, pero israelita de religión. Y como Doeg viese a David hablando con el Sumo Sacerdote Aquimelec, fue a Nobe a comunicarlo al rey, diciendo: «Yo vi al hijo de Isai en Hebrón en casa del Sumo Sacerdote Aquimelec, el cual consultó al Señor por él, y le dio víveres, e incluso la espada de Goliat el filisteo. Mi sospecha es de que están conjurando contra ti». Saúl, que vivía completamente amargado por la envidia y otras pasiones desordenadas, ordenó al idumeo que fuese a Hebrón para que trajese a Nobe al Sumo Sacerdote Aquimelec, por sobrenombre Abiatar, y a sus ocho hijos sacerdotes. Y una vez que se hallaban estos en la presencia de Saúl, dijo éste a Aquimelec: «¿Por qué os habéis conjurado contra mí tú y el hijo de Isai, a quien diste los panes sagrados y la espada de Goliat, y consultaste por él a Dios para que siguiera sublevándose contra mí y poniéndome acechan-

zas?». Y como no hubiese tal conjura ni sublevación contra el rey por parte de Aquimelec y de David, respondió el Sumo Sacerdote: «¿Y quién hay entre todos tus siervos tan leal como David, tu yerno, pronto a tus órdenes y respetado en toda tu casa? ¿Es acaso la primera vez que yo he consultado por él a Dios? Aleja de ti, oh rey, ese mal pensamiento de que hemos conjurado contra ti, por lo que no sospeches tal cosa ni de mí, ni de David, ni de mis hijos». Mas, como vieran que el rey estaba dispuesto a matarles, el Sacerdote Abiatar, primogénito del Sumo Sacerdote Aquimelec, con la intención de salvar su propia vida y de heredar anticipadamente el Sumo Sacerdocio, ratificó y confirmó lo dicho por el idumeo a Saúl sobre la entrevista en Hebrón de David con el Sumo Sacerdote; y, además, calumniosamente, dio como verdadera la conjuración que, contra el rey, tramaban el Sumo Sacerdote Aquimelec, sus hermanos y David. Por tanto, Abiatar traicionó a su padre y hermanos para quedar vivo y usurpar el Sumo Sacerdocio.

10. Inmediatamente después que el Sacerdote Abiatar calumniase a su padre y a sus siete hermanos, dijo el rey: «Hoy mismo morirás sin falta, Aquimelec, y también los siete hijos tuyos que han cooperado en la conjuración contra mí». Y Saúl dijo a los de su guardia que lo rodeaban: «Embestid y matad al Sumo Sacerdote y a los otros siete sacerdotes, por estar coaligados con David contra mí». Y si bien una gran parte de los siervos de Saúl se negaron a matar a Aquimelec y a sus siete hijos, sin embargo, otra parte de esos siervos, encabezados por el idumeo Doeg, los condujeron a la parte alta del bosque situada a las afueras de la ciudad de Nobe, en donde llevaron a cabo la sacrílega ejecución. Tras la muerte del Sumo Sacerdote Aquimelec, automáticamente su hijo, el perverso Abiatar, pasó a ser el Sumo Sacerdote. Mas, Abiatar sería luego quitado por Salomón, pagando así su terrible pecado, y con esto quedaría raída la casa de Helí al no ocupar jamás, ninguno de sus descendientes, el cargo del Sumo Sacerdocio.

Capítulo V

David se casa con la joven Aquinoán.

David vence a los filisteos en Ceila. El Sumo Sacerdote Abiatar se entrevista con David. Saúl persigue a David, y éste le perdona la vida. Aquinoán revela a su hijo Jonatán tres adulterios de Saúl

1. Después que David, tras su entrevista con Aquimelec, partió de Hebrón, refugióse con su ejército en una cueva de la ciudad de Odollán, próxima a Belén. En esta ciudad se hallaban sus padres y hermanos, los cuales vinieron adonde estaba él una vez que les avisó a través de uno de sus soldados. Por la noticia de la estancia de David en Odollán, se fueron allegando a él otros muchos de sus partidarios, por lo que su regimiento creció en gran número, entre los que se encontraban sus siete hermanos. En el año 4128, en Odollán, David se casó con Aquinoán, una hermosa joven natural de Jezrael del sur. Después de la boda de David, sus muy ancianos padres Isai e Isabel volvieron a su casa de Belén, en donde fallecieron poco tiempo después santamente.

2. En este mismo año, cuando aún se hallaba David en Odollán, unos partidarios suyos vinieron a avisarle: «*Mira que los filisteos están sitiando la ciudad de Ceila, y destruyen todos los sembrados*». Y David consultó al Señor diciendo: «*Si voy, ¿podré yo vencer a los filisteos?*». Respondióle el Señor: «*Anda, que derrotarás a los filisteos y librarás a Ceila*». Pero las gentes que tenía David consiguieron le dijeron: «*Ya ves que nosotros somos muy pocos. ¿Cómo vamos a luchar contra los batallones de los filisteos?*». Consultó nuevamente David al Señor, el cual le respondió: «*Marcha con tus gentes a Ceila, que Yo entregaré en tus manos a los filisteos*». David, dejando a su esposa Aquinoán en la ciudad de Odollán, partió a pelear contra los filisteos a quienes derrotó causando en ellos una gran mortandad, y liberó la ciudad de Ceila, en donde David permaneció luego con su ejército.

3. Enterado el traidor Abiatar, que ejercía ya el cargo de Sumo Sacerdote, de que David se hallaba en Ceila, vino aquí secretamente, desde Nobe, para entrevistarse con él y ganarse la amistad y confianza del que iba a ser el rey de Israel. Y una vez en la presencia de David, el perverso Abiatar, falseando la verdad, le contó cómo su padre el Sumo Sacerdote Aquimelec, y sus siete hermanos sacerdotes, habían sido asesinados por orden de Saúl, y de cómo él había podido escapar de dicha matanza, huyendo a Ceila para buscar su protección. Y respondió David a Abiatar: «*Bien sospeché el día que estuve en Hebrón hablando con tu padre, que el idumeo Doeg se lo contaría a Saúl. Yo soy el culpable de todo; pues, si yo no hubiera visitado a Aquimelec, no hubieran muerto ni tu padre ni tus siete hermanos*». Y añadió David: «*Quédate conmigo, no temas; si alguno atentare contra tu vida, también atentará contra la mía; y estando en mi compañía, si yo soy salvo, tú también lo serás*».

4. Mas, avisado Saúl de la derrota de los filisteos por David y de la liberación de Ceila, dijo el rey: «*Dios me ha puesto en mis manos a David, pues cogido está, ya que está dentro de la ciudad*». Y mandó a su tropa que, secretamente, fuera a Ceila para cercarla, y así atrapar a David con su ejército; mas, advertido éste de que Saúl trazaba de esta manera su ruina, puesto David en oración, dijo: «*Señor, Dios de Israel, ha llegado a tu siervo la noticia de que Saúl se prepara para venir a Ceila y destruirla, por hallarme yo en ella. ¿Vendrá, en efecto, Saúl, como he oído decir? ¿Me entregarán sus ciudadanos en manos del rey por miedo a que éste destruya la ciudad y mate a todos?*». Y respondió el Señor: «*Sí, vendrá*». E insistió más David: «*¿Los de Ceila me entregarán a mí y mi gente en manos de Saúl para evitar así que los maten?*». Y respondió el Señor: «*Os entregarán*». Ante este aviso del Señor, David marchó de Ceila con toda su gente. Y el Sumo Sacerdote Abiatar, antes de que llegara Saúl, partió para Hebrón secretamente sin que nadie supiese en Ceila que había estado allí con David. Cuando llegó Saúl, para ganarse la confianza de los habitantes, ya que la liberación de la ciudad se la debían a David, aparentó que estaba muy agradecido de lo que éste había hecho en beneficio de aquella ciudad de Israel.

5. Tras su huida de Ceila, David anduvo con los suyos de una a otra parte sin asiento fijo, hasta que situó su cam-

pamento en un bosque montañoso del desierto de Zif, próximo al Mar Muerto. Saúl, entretanto, no cesaba de buscarle, mas el Señor siempre libró a David de las manos criminales del rey. Y como David mandara aviso a Jonatán para que supiese dónde se hallaba, éste vino al desierto de Zif, y contó a su hermano que, por la ambiciosa traición de Abiatar, su padre Aquimelec y sus otros siete hijos, habían sido matados por orden de Saúl. Con esta noticia, David se entristeció sobremedida, sintiendo indecible dolor por la muerte ignominiosa del Sumo Sacerdote Aquimelec y de siete de sus hijos sacerdotes, y por la actitud perversa de Abiatar para usurpar el Sumo Sacerdocio. Jonatán consoló y animó a su hermano, y recordóle las promesas de Dios, diciéndole: «*No temas, David, porque Saúl, mi padre adoptivo, por más que haga, no podrá cogerte. Tú llegarás a ser el rey de Israel, y yo seré en tu reino tu más fiel colaborador; hasta el mismo Saúl está persuadido de esto*». Y una vez que ambos hermanos reafirmaran, en la presencia del Señor, la estrecha alianza que entre los dos había, David quedó en el bosque y Jonatán volvió a la corte.

6. Mas, algunos de los habitantes de aquella zona, fueron a comunicar a Saúl por dónde se hallaba David; y el rey les mandó que fueran delante de él para que lo escurriñasen bien y luego retrocediesen para informarle con seguridad. Y decía Saúl: «*Pues, aunque David se metiere en las entrañas de la tierra, yo le buscaré y le sacaré de donde esté escondido*». Y los emisarios fueron a Zif delante de Saúl; mas, ya David y los suyos estaban en el desierto de Maón, en las llanuras que están a la derecha de Jesimón, próximo al Mar Muerto. Enterado David que venía Saúl con su ejército, se escondió entre las rocas del desierto; mas, sabiendo el rey en dónde se hallaba, fue en su persecución, de manera que el iba por un lado del monte y David con los suyos por otro lado sin esperanza ya de poder escapar de las manos de Saúl; pues, éste con su gente, tenía encerrados a David y a los suyos, en un círculo para cogerlos en medio. Dios no permitió que David fuera cogido por el rey; ya que, llegando un mensajero, dijo a Saúl: «*Ven a toda prisa, que los filisteos han hecho una irrupción en tus territorios*». Y con esto, desistió por entonces de perseguir a David, y volvió para luchar contra los filisteos.

7. En el año 4129, David, libre otra vez de las garras de Saúl, fuese con su gente a habitar en los lugares más seguros de las colinas de Engadi, junto al Mar Muerto. Y como Saúl volviese después de haber perseguido a los filisteos, le avisaron en dónde estaba David. Saúl, con tres mil hombres, salió en su búsqueda escalando por las rocas más escarpadas de dichas colinas. Y como al rey le entraran ganas de hacer una necesidad, penetró en una cueva para desocupar el vientre, y David estaba con los suyos escondido en lo más interior de ella. Y uno de los soldados de David, le avisó de que Saúl estaba sólo en la cueva; y David, sin ser sentido, cortó la orla del manto de Saúl. Cuando volvió David con los suyos, le dijeron que por qué no le había matado, y dijo David: «*No permita el Señor que jamás haga yo tal cosa contra mi rey, contra el ungido del Señor*». Y no permitió que los suyos se echasen sobre Saúl. Una vez salido éste de la cueva, prosiguió

su camino en busca de David; mas éste, que iba en pos de él, salido ya fuera, dio voces a Saúl, diciendo: «*Mi rey y señor*»; volvió Saúl la cabeza; y, postrándose David hasta el suelo, le hizo una profunda reverencia, y dijo: «*Mi rey Saúl, ¿por qué das oídos a los que te dicen que yo ando maquinando tu ruina? Ve ahora, con tus mismos ojos, que el Señor te ha puesto en mis manos en la cueva. Y aunque me asaltó el pensamiento de matarte, me he abstenido de hacerlo, porque dije entre mí: 'No levantaré yo mi mano contra mi rey, por cuanto es el ungido del Señor'. Mira, oh Saúl, en mi mano, la orla que he cortado de tu manto, sin osar extender mi mano contra ti. Considera, pues, ahora, y persuádate de que no soy culpable de haber hecho nada contra ti. Y, sin embargo, tú andas poniendo acechanzas a mi vida para matarme. Juzgue el Señor entre ti y entre mí. Y hágame Él justicia respecto de ti. Pero yo jamás pondré la mano sobre tu persona. De inicuos es hacer acciones inicuas, y así Dios me libre de extender mi mano contra ti*». David, con su magnánima conducta y palabras bondadosas, para con el rey, quiso, más que atraerlo para sí, atraerlo para Dios, tratando de alcanzar el arrepentimiento y conversión de Saúl. Y cuando éste reconoció que era David el que le hablaba, con gran llanto le dijo a gritos: «*Más justo eres tú, David, que yo, porque tú no me has hecho sino bienes, y yo te he pagado con males. Tú has mostrado el bien que me has hecho, puesto que me ha entregado el Señor en tus manos, y no me has quitado la vida. Pues, ¿quién es el que, hallando a su enemigo desprevenido, lo deja sin hacer daño? El Señor te dé la recompensa por lo que hoy has hecho conmigo*». Mas, a pesar de que David oyó estas sinceras palabras de dolor, alabanza y gratitud de Saúl, salidas de su corazón vehemente y carácter desequilibrado, con todo, no se fió del rey, pues conocía sus altibajos; por lo que subió con los suyos a lugares aún más seguros de las colinas de Engadi. Saúl, desistió de su persecución, máxime que temía ser castigado por el Señor, que protegía a David.

8. En aquel año 4129, en el día que Jonatán cumplió veinticuatro años de edad, su madre Aquinoán le reveló que, antes de que ella cometiera su adulterio con Isaí, el rey Saúl, su esposo, dentro del espacio de un mes, había cometido tres adulterios: el primero, con la esposa de su mayordomo; el segundo, con la esposa de un general suyo; y el tercero, con la esposa de un príncipe de los sacerdotes. Aquinoán conoció los tres adulterios de Saúl antes de cometer ella el suyo con Isaí para vengarse de la infidelidad del rey su esposo. Con los tres adulterios, Saúl comenzó a desviarse del recto camino.

Capítulo VI

Matrimonio de David con Abigail.

Victoria de David contra el ejército de Aquís, rey filisteo. David, nuevamente perseguido por Saúl, le perdona otra vez la vida

1. En el mismo año 4129, poco después del inesperado encuentro con Saúl en la cueva de Engadi, descendió David al desierto de Farán, cerca de la ciudad de Carmelo del Sur, próxima al Mar Muerto. En ella vivía un hom-

bre muy rico, llamado Nabal, esposo de Abigail. Mientras permaneció David con sus soldados en aquellos contornos, jamás ocasionaron el menor daño a los numerosos rebaños de Nabal ni molestaron a sus pastores, sino todo lo contrario, ya que los soldados de David los defendían de los ataques de los ladrones y de las fieras. Cierta día, habiendo oído David que Nabal estaba esquilando las ovejas, y que por este motivo se acostumbraba hacer banquetes y fiestas, envió diez de los suyos para saludarle en su nombre y pedirle algunos víveres para sí y sus soldados; pues, David creyó de buena fe que sería atendido, por la ayuda que él y los suyos le venían prestando en el desierto. Pero Nabal, que era malvado y de corazón duro, los recibió con aspereza, diciendo: «*¿Quién es ese David, y quién es el hijo de Isaí para que yo le ofrezca presentes? Cada día se ven más esclavos que andan fugitivos de sus amos. No voy a tomar yo parte de mis panes, de mi agua y de la carne de mis reses que he matado, para que coman mis esquiladores, y dar de comer con ellos a unos indeseables*». Y cuando David tuvo conocimiento de esto, dijo a sus gentes: «*Tome cada uno su espada*», y siguieron a David como unos cuatrocientos hombres dispuestos a vengar la injuriosa insolencia del perverso Nabal; con cuyo deseo de venganza pecó David gravísimamente.

2. Nada sabía la hermosa y prudente Abigail de cuanto había ocurrido. Mas, fue avisada por un criado, que le dijo: «*David acaba de enviar unos mensajeros para saludar a nuestro amo y pedirle algo de comida para los suyos, mas tu esposo Nabal los ha desechado con desprecio. David y los suyos han sido muy buenos con nosotros, y nos han defendido de los que han intentado dañar a nuestros ganados. Considera, pues, lo que debes hacer, porque está para caer sobre tu marido y tu casa una gran desgracia por esta causa*». Cuando Abigail acabó de oír a su criado, postróse ante Dios y pidió la iluminara cómo había de proceder. Y el Señor le reveló a ella que David sería el futuro rey de Israel, y le mandó que le llevara presentes para reparar así la ofensa que le había hecho su marido. Abigail tomó a toda prisa doscientos panes, dos pellejos de vino, cinco carneros cocidos y otros víveres, y lo cargó todo sobre asnos. Y dijo a sus criados: «*¡Id delante de mí, que yo iré siguiendo detrás de vosotros*». Y sin decir nada a Nabal, fue al encuentro de David y su gente, que ya venían por el camino con la disposición de castigar a Nabal y a los de su casa; pues, David, indignado, había dicho a sus soldados: «*Puesto que me ha vuelto mal por bien, no dejaré de hoy a mañana cosa con vida de todo lo que pertenece a Nabal*». Y Abigail, así que vio a David, bajó al instante del asno e hizo una profunda reverencia postrando en tierra su rostro, y díjole: «*Recarga sobre mí, señor mío, el castigo de la iniquidad de mi marido. Ruégote que permitas a tu esclava que te hable, y te dignes escuchar lo que va a decir tu sierva. No hagas, mi señor y mi futuro rey, ningún caso a la injusticia de Nabal, porque es un hombre insensato. Mas yo, sierva tuya, no vi a los criados que tú enviaste. Vive Dios y vive tu alma, que el Señor es el que, haciéndome salir a mí, ha detenido tu mano para que no derramara sangre. Recibe, señor mío, este presente que te trae tu esclava, y re-*

pártelo entre la gente que traes contigo. Perdona, señor, a tu sierva, ese pecado de mi esposo Nabal, pues seguramente Dios edificará para ti una casa estable, por cuanto tú, dueño mío, peleas por el Señor. Y cuando el Señor Dios te hubiere dado, oh dueño mío, todos los bienes que ha predicho sobre ti, y te haya constituido rey de Israel, no tendrás pesar por haber devuelto mal por mal ni por haber derramado sangre por venganza. Y así, cuando Dios te haya colmado de bienes, ruego que te acuerdes, oh David, señor mío, de tu esclava». Quedó David admirado de la virtud y santa sabiduría de aquella mujer. Por lo que, profundamente arrepentido de su deseo de venganza, dijo a Abigaíl: *«Bendito sea el Señor Dios de Israel, por haberte enviado a mi encuentro, bendito sea el consejo que me has dado, y bendita seas tú que me has estorbado el ir a derramar sangre y a tomarme la venganza por mi mano; pues, de no venir presto a encontrarme, no hubiera quedado en casa de Nabal, de hoy a mañana, ni una cosa viva, ni siquiera un perro».* Recibió David, de manos de Abigaíl los presentes, y díjole a ella: *«Vuélvete en paz a tu casa, ya ves que he hecho lo que me has pedido, por consideración a tu persona».* Abigaíl volvió a su casa, y al cabo de diez días murió Nabal herido por la mano de Dios, lo cual, habiéndolo sabido David, dijo: *«Bendito sea el Señor, que me ha vengado de la afrenta que me hizo Nabal, y preservó a su siervo del mal que iba a hacer».* Pasado un año de la muerte de Nabal, David, que deseaba casarse con la virtuosa Abigaíl, mandó a unos siervos que le dijeran: *«David nos envía a ti para tomarte por esposa suya».* Abigaíl montó en su asno; y, acompañada de cinco doncellas criadas suyas, siguió a los enviados de David. Y ya en la presencia de él, postrada en tierra le dijo: *«He aquí tu sierva, que sería ya una esclava dichosa con lavar los pies de los siervos de mi señor».* Y David se desposó con Abigaíl en el año 4130.

3. En el año 4131, cuando se hallaba David en la ciudad de Carmelo del Sur con sus esposas Aquinoán y Abigaíl, supo que Aquís, rey filisteo de Get, enviaba escuadrones de su ejército para que hiciese incursiones en ciudades israelitas, en las que mataban a ciudadanos, realizaban saqueos y asolaban los campos. Y aunque el rey Aquís contaba con un poderoso ejército, David, alentado por el Señor, se dispuso a darle batalla con sus soldados poniendo en sus divinas manos la victoria. Una vez enfrentados ambos ejércitos, los israelitas, al mando del valeroso David, enardecidos de santo coraje por el celo de Dios, causaron tal mortandad entre los filisteos, que apenas quedaron supervivientes, y el rey Aquís murió atravesado por la espada de David. Este futuro rey de Israel, además de asegurar con la victoria la independencia y tranquilidad de las ciudades israelitas amenazadas por los filisteos, llevó a cabo una gran campaña, apoderándose de la ciudad de Get, así como de las otras ciudades filisteas Gesuri y Gerzi, llegando en sus conquistas a apoderarse también de la ciudad de Siceleg, pasando de nuevo, todas esas ciudades, a ser del reino de Israel. David, pues, asoló todos esos territorios filisteos sin dejar con vida hombre ni mujer que no aceptase al verdadero Dios de Israel. En Siceleg fijó David, por entonces, su residencia,

y allí quedaban sus dos esposas Aquinoán y Abigaíl, mientras él andaba en campañas por otros territorios.

4. Con esta gran victoria de David contra los filisteos, se acrecentó, aún más, por todo Israel, su fama como valeroso guerrero. Y de tal manera se avivó en Saúl la envidia contra David, que se sintió de nuevo impulsado a perseguirle; lo cual puso en obra instigado por el perverso Abner, general de su ejército. Y como sabía Saúl que David se hallaba otra vez en el desierto de Zif, salió secretamente en su busca, acompañado de Abner y tres escuadrones de hombres. Oyendo David que Saúl había venido allí en su seguimiento, envió a algunos de sus guardias, para que se informasen. Cerciorado, pues, David de la presencia del rey en el desierto, acercóse una noche secretamente al campamento enemigo, acompañado de Abisaí, soldado de su confianza. Todo el ejército de Saúl dormía en profundo sueño; por lo que, David y Abisaí pudieron llegar, sin ser vistos por nadie, hasta el mismo lecho del rey, que dormía profundamente, teniendo a la cabecera la lanza y un cántaro con agua. Abner, con la tropa, dormía alrededor de la tienda de Saúl. En ocasión tan propicia, manifestó Abisaí vehementes deseos de atravesar de un solo golpe el pecho de Saúl con la lanza, mas David se opuso resueltamente diciendo: *«De ningún modo lo mates, porque ¿quién podrá alzar sin pecado su mano contra el ungido del Señor? Vive Dios, que, a no ser que el Señor lo mate, o muera él de muerte natural, o perezca en alguna batalla, yo no lo he de matar. Ahora, pues, toma la lanza que tiene a su cabecera, y el cántaro de agua, y vámonos».* Y ambos salieron sin que nadie los viese; pues, todos estaban sumidos en un sueño profundo que el Señor les había enviado.

5. David y Abisaí salieron del campamento enemigo; y, llegado el amanecer, David, desde lo alto del monte, increpó con grandes voces a Abner porque, siendo general de las tropas de Saúl, se había entregado desmedidamente al sueño, sin preocuparse de guardar al rey, y, por tanto dando lugar a que David y Abisaí entrasen en la tienda de él, pudiéndole haber matado, aunque no lo hicieron. Ante el asombro de Abner, David le mostró desde lo alto la lanza y el cántaro de agua que habían sustraído de la cabecera de Saúl. Las voces de uno y otro despertaron al rey, quien, enterado de que David le había perdonado nuevamente la vida, le manifestó de nuevo su gratitud y le invitó a volverse con él ofreciéndole todo género de seguridades. Mas, a pesar de tales promesas, David no le dio crédito alguno, por lo que, con los suyos, marchó enseguida de aquel lugar.

Capítulo VII

Victoria de David contra los amalecitas

En el año 4134, los amalecitas, que ya habían invadido una parte del territorio de Idumea, en una de sus incursiones a otros territorios del Pueblo de Israel se apoderaron de la ciudad de Siceleg, en la que mataron a muchos de sus habitantes y le pegaron fuego, llevándose consigo una parte de sus mujeres, con excepción de Aquinoán y Abigaíl, esposas de David, que lograron providencialmente escapar refugiándose en la ciudad de Carmelo del Sur.

Por entonces, se hallaba David en Hebrón, aprovechando la ausencia de Saúl. Aquí tuvo David noticia de la conquista, por los amalecitas, de algunas ciudades del sur, entre ellas la de Siceleg. Grande fue su desconsuelo en aquellos momentos, pues en Siceleg había dejado a sus dos esposas. Pero David, poniendo su confianza en el Señor Dios de Israel, dijo al Sumo Sacerdote Abiatar: *«Ponte el efod, entra en el Tabernáculo y consulta al Señor si es el momento oportuno de perseguir a estos salteadores, y si los alcanzaré o no»*. Y el Señor le respondió a través del Sumo Sacerdote: *«Persíguelos, porque los alcanzarás y recuperarás lo que han tomado»*. Partió, pues, David, con su ejército, y acampó junto al torrente Besor. Desde aquí David siguió adelante. Y cuando él y sus hombres llegaron a la ciudad de Siceleg, y la vieron incendiada y llena de cadáveres, alzaron su voz con gran llanto. Y sin perder tiempo, se fueron en busca del ejército amalecita, que ignoraban dónde podía estar acampado. En el camino hallaron un hombre egipcio, al cual David dio de comer y beber, pues llevaba más de tres días sin tomar alimento. Y dijo David al egipcio: *«¿De quién eres tú?, ¿de dónde vienes y adónde vas?»*. El cual respondió: *«Yo soy un esclavo egipcio que sirve a un amalecita. Mi amo me ha dejado abandonado porque caí enfermo anteayer»*. Y luego agregó: *«Los amalecitas han hecho una incursión en la parte sur, y han incendiado Siceleg»*. Y díjole David: *«Y ¿podrás tú guiarme adonde está ahora el ejército amalecita?»*. Y respondió el egipcio: *«Júrame que no me matarás, ni me entregarás en mano de mi amo, y te conduciré adonde está aquella tropa»*. Guiados, pues, por el egipcio, llegaron a una colina desde donde se veía el campamento de los amalecitas. Estos estaban tendidos en tierra por todo el campo, comiendo y bebiendo, y celebrando un día de fiesta por todo el botín y despojos que habían tomado en Siceleg y en otras ciudades israelitas. Al verlos David, impelido por el fuego de la ira de Dios, saltó con los suyos sobre el campamento de los enemigos, matando a una gran parte de estos, a excepción de algunos que huyeron. David libertó a las mujeres secuestradas, las cuales le dijeron que sus esposas Aquinoán y Abigail habían logrado huir. También, recobró el botín que habían tomado los amalecitas y se llevó todos los ganados y riquezas del enemigo, por lo que decían sus soldados: *«Esta es la presa que ha hecho David»*. Y desde allí, envió al Templo de Dios en Hebrón, el oro y la plata tomados al enemigo.

Capítulo VIII

Aparición del Profeta Samuel a Saúl.

Guerra de Saúl contra los filisteos.

Muerte de Saúl y Jonatán

1. En el año 4137 los filisteos congregaron sus ejércitos para prepararse a la guerra contra Israel, y acamparon en Sunán. Asimismo, Saúl, juntando sus tropas, acampó en el Monte Gelboé; mas, cuando vio desde allí el gran ejército de los filisteos, temió y desmayó su corazón sobremedida. Y como Saúl osara consultar al Señor, y no recibiese respuesta alguna, dijo a uno de sus criados: *«Buscadme un adivino para consultar a los espíritus a*

través de él». Y le dijeron: *«En Endor, hay una pitonisa que, para sus respuestas, se vale del espiritismo»*. Mas, Saúl, aunque estuvo tentado, no se decidió a ir a la casa de esa mujer. Y, en medio de su amarga confusión, fue en busca del Profeta Natán, el cual, puesto en oración, pidió a Dios, por intercesión del Profeta Samuel, ya fallecido muchos años antes, que orientase a Saúl. Y de pronto, vieron delante de sí a un varón anciano que era el Profeta Samuel, el cual se había aparecido a los ruegos de Natán. Y postrado Saúl rostro en tierra, le hizo profunda reverencia. Samuel dijo a Saúl: *«¿Para qué me has llamado?»*. Y respondió Saúl: *«Me veo en un estrechísimo apuro, pues los filisteos me han declarado la guerra y Dios se ha retirado de mí y no ha querido responderme. Por esta razón te he llamado a fin de que me orientes sobre lo que debo hacer»*. Y respondióle Samuel: *«¿A qué viene consultar conmigo cuando el Señor te ha desamparado? Porque el Señor procederá contigo, como te dije de parte suya: Arrancará de tus manos el reino, por cuanto no obedeciste su voz, y se lo dará a otro, el cual es David tu yerno; y, además, el Señor permitirá que tú y tu ejército caigáis en manos de los filisteos. Mañana tú y tus hijos habréis muerto, y tu campamento será entregado en poder del enemigo»*. Finalmente, Samuel exhortó a Saúl a que se arrepintiese de sus pecados para poder alcanzar la misericordia divina y salvar su alma, ya que sus horas estaban contadas, y tendría que dar una estrecha cuenta de sus desvíos delante del tribunal de Dios. Despavorido Saúl ante tales predicciones, cayó desvanecido en tierra.

2. Al día siguiente, tras las predicciones de Samuel, no se decidía Saúl a salir con su ejército para enfrentarse a los filisteos. Pero estos fueron en busca del ejército de Saúl, y fue tal el temor de los israelitas, que se dieron a la huida sin hacerles frente; por lo que, los filisteos, envalentonados, fueron en persecución de ellos, matando a muchos de los hijos de Israel en el Monte Gelboé y en distintas ciudades. En la batalla, los filisteos hirieron gravemente a Saúl con una flecha y mataron a Abinadab, Melquisúa y demás hijos suyos, a excepción de Isboset; y, además, mataron a Jonatán, hermano de David. Luego, en una de las ciudades, mataron a los cinco hijos de Merob tenidos con Hadriel. Y cuando se vio Saúl herido, dijo a su escudero: *«Desenvaina tu espada, y quítame la vida antes que lleguen los filisteos y me maten mofándose de mí»*. Mas, su escudero, sobrecogido de sumo terror, no quiso hacerlo. Con esto Saúl desenvainó su espada, y arrojóse sobre ella, atravesándose el corazón. Al ver el escudero muerto a su rey, hizo lo mismo y murió junto a él. Después, los filisteos cortaron la cabeza de Saúl y la colgaron en el muro de Betsán. Por la noche, unos valientes israelitas de Jabes de Galaad tomaron los cadáveres de Saúl, de sus hijos, de Jonatán, y de sus cinco nietos hijos de Merob y Hadriel, y los sepultaron en el bosque de su ciudad. Cuando vieron los israelitas residentes en las ciudades próximas, que habían huido los soldados de Israel y que habían dado muerte a Saúl, abandonaron sus ciudades y escaparon. Después, los filisteos se apoderaron de ellas. Saúl murió a la edad de sesenta y dos años, y Jonatán a los treinta y dos años. Lamentablemente, Saúl

se cuenta en el número de los réprobos, por lo que está en el fuego eterno del Infierno.

Capítulo IX

Commoción de David

por la muerte de Saúl y Jonatán

1. Al tercer día de la muerte de Saúl, hallándose David en Carmelo del Sur con sus esposas Aquinoán y Abigaíl, compareció ante él un soldado israelita que venía del campamento del difunto rey, y que había presenciado cómo Saúl pedía a su criado que le atravesara con la espada. El soldado, llegando ante David, postróse sobre su rostro y le hizo una reverencia. Éste le preguntó: «¿De dónde vienes?». Respondió el joven: «He podido escapar del campamento del ejército de Israel». Dijo David: «Pues, ¿qué ha pasado?». Y respondió el joven: «Una vez emprendida la batalla, las tropas israelitas se dieron a la huida, y han quedado muchos de ellos muertos en el campo, y hasta Saúl, Jonatán, Abinadab y Melquisúa han perecido». Dijo David al soldado israelita: «¿Cómo sabes tú que han muerto Saúl y los otros tres?». Y creyendo que iba a granjearse la estimación de David, lleno de cierto orgullo, respondióle con la siguiente falsedad: «Me hallaba en el Monte Gelboé al tiempo que Saúl se había arrojado sobre la punta de su espada. Y cuando ya los filisteos se le acercaban, volviendo su mirada atrás, me vio y me llamó diciendo: 'Mátame con tu espada, porque estoy ya en la agonía y no acabo de morir'; por lo que yo, que estaba bien cierto que no había de vivir, lo acabé de matar. Luego tomé la corona de su cabeza y el braza-

lete de su brazo, y te los traigo a ti, que eres mi señor». Al oír esto David, rasgó sus vestiduras, y lloró por amor a Saúl, a Jonatán y a todos los que habían sido matados de la casa de Israel. Dijo después David al joven: «¿Pues, cómo has osado levantar tu mano para matar al ungido del Señor?». Y llamando a uno de su guardia, le dijo: «Arrójate sobre este hombre, y mátalos». Y el guardia mató al soldado mientras que David decía: «A nadie sino a ti mismo se impute tu muerte, porque tu propia boca ha testimoniado contra ti, de que has matado a Saúl, el ungido del Señor». Poco después llegaron ante David algunos soldados supervivientes, e informáronle sobre la verdad de los hechos y de cómo Saúl se había dado muerte a sí mismo atravesándose con su propia espada.

2. David compuso un cántico fúnebre sobre la muerte de Jonatán, que mandó que se enseñase a los hijos de Israel, diciendo entre otras cosas: «Considera, oh Israel, quiénes son los que han sido heridos y perdieron la vida sobre tus caminos. Lo ilustre de Israel ha perecido sobre tus montañas. ¡Cómo cayeron los valientes! Monte Gelboé, jamás caiga sobre ti ni el rocío ni la lluvia, porque allí fue abatido el escudo de los valientes, el escudo de Jonatán. Nunca la flecha de Jonatán salió de su arco sin que se clavara en las entrañas de los fuertes, jamás fue vano el golpe de su espada. Jonatán fue más ligero que las águilas, más fuerte que los leones. Llorad, pues, oh hijos de Israel, sobre Jonatán. ¿Cómo es que fue muerto en tu cima, Monte Gelboé? ¡Oh, hermano mío, Jonatán, gallardo sobremano, yo lloro por ti! Como una madre ama a su hijo único, así te amaba yo».

Libro II

David, segundo rey del Pueblo de Israel

Capítulo I

David es consagrado en Hebrón rey de Israel.

Sedición de los saulitas.

Muerte de Abner y del inocente Isboset

1. Pasados los días del duelo por la muerte de Saúl y Jonatán, sabiendo David que le correspondía el trono de Israel y que debía ser ungido rey, preguntó al Señor: «¿A qué ciudad habré de ir?». Y respondióle el Señor: «A Hebrón», la cual era la capital de Israel y la Ciudad Santa. David, pues, se puso en camino llevando consigo a sus dos esposas, Aquinoán y Abigaíl, a toda la gente de servicio que tenía consigo y a su ejército.

2. Ese mismo año 4137, en la ciudad de Hebrón, ante el Templo de Dios, en presencia del Sumo Sacerdote Abiatar, así como de los príncipes y ancianos de cada una de las trece tribus de Israel, el Santísimo Melquisedec, en presencia de todos ellos, ungió rey a David, cuando tenía éste treinta años de edad, a lo que dijeron todos: «Amén». Supo entonces David que los de Jabes de Galaad habían dado sepultura a Saúl, y les envió emisarios para que les dijese de su parte: «Bendito seáis del Señor, pues habéis

hecho tal obra de misericordia con Saúl, y le habéis dado sepultura. El Señor, desde ahora, se os mostrará más misericordioso y fiel, y yo también me mostraré agradecido por esta acción que habéis hecho. Buen ánimo y cobrad aliento, porque, aunque ha muerto Saúl, el Señor me ha ungido a mí para rey de Israel». Durante los tres primeros años del reinado de David, su trono lo tuvo en Hebrón, capital y Ciudad Santa de Israel.

3. Tras la elevación de David al trono como rey del Pueblo de Dios, hubo una facción minúscula de israelitas seguidores del difunto Saúl, conocida como los saulitas, los cuales no reconocían a David como rey y se hallaban dispersos por todas partes. Dichos insumisos, estaban alentados por Abner, generalísimo del ejército de Saúl. Abner, por su propia cuenta, contra la voluntad de Isboset, primogénito de Saúl, le había declarado rey de Israel. Las contiendas entre los innumerables seguidores del rey David, que eran la mayor parte de Israel, y los pocos saulitas que seguían a Isboset, duraron tres años. Durante este tiempo que duró la lucha entre la casa real de David y los vestigios que quedaban de la de Saúl, la de David fue siempre haciéndose más fuerte, mientras que la casa

de Saúl fue decayendo hasta que desapareció. Tenía cuarenta años de edad Isboset cuando, sin aceptar el título de rey y sin llegar a reinar, fue por todas partes proclamado como rey por Abner y los suyos.

4. El rebelde y sedicioso Abner, para tratar de imponer su dominio sobre Israel valiéndose del inocente Isboset, salió con su ejército para pelear contra David, y acampó en Gabaón, adonde concurrió también Joab, general de los ejércitos de David. El engreído Abner, queriendo hacer ostentación de la confianza que tenía en el valor de sus soldados, y para intimidar a las huestes de David, retó a Joab para que saliesen a pelear doce jóvenes de cada bando. Tal reto, dio lugar a un gran combate en el que las tropas de David derrotaron a las de Abner causándole sensibles bajas. Estaban allí también Abisai y Asael, hermanos de Joab. Y como Asael era velocísimo corredor, emprendió la persecución, contra Abner, con constancia y ardimiento para quitarle la vida. Y, aunque por tres veces éste instó a su perseguidor a que volviese para atrás, Asael no hizo caso, y entonces Abner atravesóle de parte a parte con la lanza quedando muerto en aquel sitio. Sus dos hermanos, Joab y Abisai, continuaron hasta ponerse el sol al alcance de Abner, que iba huyendo; mas, como éste fuera protegido por un grupo de seguidores, Joab y Abisai optaron por cesar en la persecución.

5. Pronto, las relaciones entre Abner e Isboset, se agriaron a consecuencia de que éste corrigió al generalísimo porque mantenía relaciones deshonestas con Resfá, mujer secundaria del difunto Saúl, lo cual se consideraba como un delito, ya que se trataba de la viuda de un rey. El enojo de Abner llegó a tal extremo, que amenazó a Isboset de dejarle sin reino, poniéndose él y sus tropas bajo el mando de David. Mas, Isboset que, al considerarse súbdito fiel de David, nunca había aceptado ser rey, ni ejercido tal cargo, y que, por tanto, veía con malos ojos que Abner, para dominar personalmente la situación en Israel, estuviese propagándole a él como rey, en contra de su voluntad, le echó en cara su traición a David, verdadero rey de Israel puesto por Dios. Abner, para vengarse de Isboset, envió mensajeros a David que le dijese de su parte: *«Sólo a ti pertenece todo Israel. Haz conmigo las amistades, que yo te ofrezco todo mi ejército, y reducirás a la obediencia a los insumisos seguidores del difunto Saúl»*. De esta manera, el malvado Abner pretendía echar sobre el inocente Isboset toda la culpa de la sedición saulita contra David, a fin de que éste le considerase como usurpador de su trono. Como condición para hacer las paces con Abner, David le exigió que le trajese primero a su esposa Micol, hija de Saúl. Con la venia de Abner, David envió embajadores a Isboset diciendo: *«Restitúyeme a Micol, la cual se me dio por esposa por haber matado yo a doscientos filisteos»*. E Isboset, que nada tenía contra David, envió enseguida a buscar a su hermana Micol y la envió al rey su esposo.

6. Comenzó, pues, Abner, la misión de convencer a los saulitas, para que aceptasen a David como rey de Israel, diciendo: *«Hace ya tiempo que vosotros deseabais tener a David como rey. Reconocedle, pues, ahora por tal, ya que el Señor ha dicho de David: 'Por mano de mi siervo David salvaré a mi Pueblo de Israel del poder de los fi-*

listeos y de todos mis enemigos'». Luego Abner se fue a Hebrón para comunicar a David que una parte de los saulitas estaban de acuerdo en reconocerle como rey. Con este motivo, preparó David un banquete en obsequio suyo y de una veintena de hombres que le acompañaban; y, una vez que terminaron de comer, marchóse Abner, con sus soldados, para hacer frente a un grupo de saulitas que aún seguían obstinados en no reconocer a David como rey. En esta lucha, Abner murió con otros de los soldados a sus órdenes. David le dio a Abner digna sepultura en Hebrón.

7. Cuando Isboset, hijo de Saúl, oyó que Abner había muerto luchando contra un grupo de sediciosos del rey, quedó consternado. Tenía Isboset dos escuderos que eran hermanos, llamados Recab y Baana, los cuales sabían que su amo era fiel partidario de David, pues Isboset jamás había aceptado ni ejercido la realeza sobre los saulitas. Y con la ambición de alcanzar de David estimación y honores, entraron en la casa de Isboset; y cuando él estaba durmiendo en su cama, le cortaron la cabeza; y esperando que David aplaudiera su crimen como si se tratara del mejor servicio prestado a su persona, le presentaron la cabeza, diciendo: *«He aquí la cabeza de Isboset, hijo de Saúl, tu enemigo, que atentaba contra tu vida. Dios ha vengado hoy al rey, de Saúl y de su linaje»*. Mas, irritado David, dijo: *«Hombres malvados que habéis asesinado a un inocente dentro de su misma casa, sobre su cama. Yo vengaré ahora su sangre en vosotros, que la habéis derramado con vuestras manos, y así os extirparé de la tierra»*. Y dio David orden a su gente, y mataron a los dos hermanos; luego enterraron a Isboset en el sepulcro de Abner en Hebrón. Isboset había sido asesinado en el 4139, o sea, un año antes de que David entrara triunfante en Jerusalén. Aun muerto Isboset, el reducido número de los seguidores del difunto Saúl, siguió un año más buscando un rey en la tribu de Benjamín para continuar el saulismo.

8. Aunque David había sabido por Jonatán que Abiatar había llegado al Sumo Sacerdocio traicionando a su padre, no es de extrañar que, cuando llegó a ser rey, no actuase en contra de Abiatar. Pues, de un lado, consideró que el Sumo Sacerdote es el ungido del Señor, y que a Dios es al que le corresponde darle su castigo; y, de otro, la criminal traición de Abiatar había acaecido en tiempos del reinado de Saúl, y por tanto siendo otro el rey. Y aunque David no quiso tocar a Abiatar, no por eso se le puede imputar al rey complicidad con él.

Capítulo II

David conquista Jerusalén y entra en ella triunfalmente.

El Arca de la Alianza es llevada desde Hebrón a Jerusalén

1. En el año 4140, cuando el trono de Israel aún se hallaba en Hebrón, el Señor impulsó a David a que llevara a cabo la conquista de Jerusalén. El rey, con su numeroso ejército, se dirigió hacia Jerusalén para arrebatársela a los jebuseos, que eran sus moradores, sitiándola por todas partes. Mas, los jebuseos, engreídos de que la estraté-

gica situación de la ciudad ofrecía graves dificultades para la conquista, manifestando su desprecio a las huestes de David, pusieron sobre sus murallas a los ciegos, a los cojos y a otros lisiados, para dar a entender a los sitiadores que sólo con la defensa de los inválidos era bastante para rechazar el ejército israelita. Los sitiados, con aire burlesco y jocos, gritáronle a David: «*No entrarás dentro de esta plaza si no echas primero de ella a los ciegos, cojos y demás lisiados, los cuales ya oyes que están diciendo: 'No entrará David acá'*».

2. David había ofrecido nombrar generalísimo de sus ejércitos al primero que asaltase las murallas de Jerusalén, hiriese a un jebuseo y arrojase a los ciegos y cojos que le insultaban y maldecían. Joab, hijo de Sarvia, fue el primero que dio el asalto, y sin vacilar ante los peligros que por todas partes le acechaban, acometió a los sitiados con valor y arrojo, siendo secundado con ardoroso ímpetu por las huestes israelitas que acaudillaba. Vencidos por fin los jebuseos, David se apoderó de la fortaleza de Sión y quedó bajo su dominio toda la ciudad de Jerusalén, dando muerte a todos aquellos que no se convirtieron al Señor Dios de Israel. Luego, el rey, cumpliendo su promesa, le concedió a Joab el cargo de generalísimo de todo su ejército. La victoria de David sobre los filisteos en Jerusalén, fue cuarenta y cinco días antes de la entrada triunfante del rey en dicha ciudad para quedarse ya a residir allí, y asimismo cincuenta días antes de la llegada del Arca de la Alianza, lo cual fue cinco días después de la entrada triunfante de David.

3. David, después de vencer a los jebuseos, retornó inmediatamente a Hebrón, y entró en esta ciudad cuando faltaban cuarenta y un días para la llegada del Arca de la Alianza a Jerusalén. En Hebrón, el Profeta Natán, de parte del Santísimo Melquisedec, dio orden al rey David para que, el Arca de la Alianza fuera llevada por los sacerdotes a la ciudad de Belén, y entrada en la misma cueva donde acostumbraba a hacer oración el Profeta Samuel, así como el mismo David cuando joven, y sobre todo donde nacería Nuestro Señor Jesucristo. También, de parte del Santísimo Melquisedec, el Profeta Natán dio a David la orden de que se desmontase el Templo de Dios, que ochenta y tres años antes había levantado Samuel en Hebrón, que estaba suntuosamente adornado, y que era parte de hierro y parte de madera, y, por tanto, desmontable; y que, dicho Templo, fuese transportado a Jerusalén. Cuarenta y un días antes de la llegada del Arca de la Alianza a Jerusalén, fue sacada de Hebrón en dirección a Belén, y entró en la famosa cueva justo cuarenta días antes de la llegada de David a Jerusalén. Durante los cuarenta días que estuvo en la cueva de Belén, el Arca de la Alianza recibió el culto debido que le fue dado por el profeta Natán, por los sacerdotes y por otros más que Dios dispuso. La estancia del Arca de la Alianza en la Cueva de Belén durante cuarenta días, es figura de los cuarenta días que el Niño Jesús estuvo en dicha cueva desde su Nacimiento hasta su Presentación en el Templo. Una vez desmontado el Templo, desde Hebrón fue transportado a Jerusalén sin hacer escala en Belén, ya que necesitaba un tiempo para ser desmontado y ser montado otra vez, cuyo lugar en Jerusalén fue el que indicó a David el Profeta Natán de

acuerdo con las instrucciones del Santísimo Melquisedec, y que David obedeció. El Templo quedó dignamente montado en la víspera de la entrada triunfal de David en Jerusalén.

4. En el mismo año 4140, cuando David tenía treinta y tres años de edad, entró triunfante en Jerusalén, siendo apoteósicamente aclamado por los hijos de Israel; incluido el escaso número de saulitas que habían permanecido hasta entonces sediciosos contra el rey, ya que se habían retractado de su error. Los principales ancianos de las trece tribus de Israel, aclamaban a su rey y señor con los siguientes vivas: «*¡Viva David, rey de los hebreos!, ¡Viva David, rey de los israelitas!, ¡Viva David, rey de los judíos!, ¡Viva David, rey de la tierra!*». Y a cada uno de estos vítores, el Pueblo de Israel allí reunido, contestaba: «*¡Viva!*». Y desde ese momento, fue tomado como sinónimo de hebreo e israelita el término judío, aunque en su sentido más estricto se indique con él a un miembro de la tribu de Judá, y en su sentido espiritual a un miembro del Pueblo de Dios. Los israelitas, al vitorear a David como rey de la tierra, se referían a toda la tierra o globo terráqueo. Y una vez que David entró en Jerusalén, siguiendo la orden del Santísimo Melquisedec a través de Natán, se dirigió directamente al Templo de Dios, que ya estaba dignamente montado, y entró en él e inspeccionó todo, incluidos los departamentos más sagrados, ya que aún no estaba depositada en él el Arca de la Alianza. David, con treinta y tres años de edad, en su entrada triunfal en Jerusalén y revisión del Templo de Dios, es figura de Nuestro Señor Jesucristo, quien, a esa misma edad, entró triunfante en Jerusalén y revisó todo el Templo.

5. En aquel mismo año 4140, cinco días después de la entrada triunfante de David, el Arca de la Alianza penetró en Jerusalén, llamada también Ciudad de David, en medio de un apoteósico acompañamiento y recibimiento. El glorioso traslado del Arca de la Alianza desde la sagrada Cueva de Belén a Jerusalén, fue con sumo esplendor y magnificencia, en medio de gran regocijo por parte de todos. El Arca de la Alianza era llevada a hombros de los sacerdotes del Señor, precedida de los demás sacerdotes revestidos con sus sagradas vestiduras, y de los príncipes del Pueblo de Israel; todos ellos presididos por el Sumo Sacerdote Abiatar y por el rey David engalanado de todos sus atuendos reales. Muchos hombres armados, los más valientes y escogidos del ejército, formaban la guardia de honor. Anunciaba el sagrado cortejo el brioso sonido de las trompetas por los ministros levitas, y estaba armonizado por siete coros de músicos, cuyos sagrados cánticos eran acompañados por los acordes de los címbalos, las liras, los tambores y las cítaras. Un inmenso gentío venía en pos del Arca vitoreando y aclamando al Dios de Israel; entre ellos se encontraba la familia de David. Cuando el Arca de la Alianza había penetrado por la puerta de las murallas de Jerusalén, el gran rey David, al ver que Dios, dentro del Arca, entraba majestuosamente para vivir en Jerusalén, enardecido por tan insólito acontecimiento, despojóse de su manto real y lo tendió en el suelo como una alfombra regia, para que pasara por encima el Arca de la Alianza. Y luego, al son de la música y canto de los siete coros, con el arpa en las manos, se puso a

danzar jubilosamente, en honor de Dios, delante del Arca; y fue con tal dignidad, que el Pueblo se sintió sumamente edificado por aquella jubilosa danza de su rey, que era toda una oración al Creador, plena de religiosidad.

6. Mas, en medio de aquel júbilo inenarrable, sucedió un lamentable hecho: Micol, esposa de David, que, acompañada de sus criadas, presenciaba en la calle, junto al Arca de la Alianza, la entrada en la ciudad de aquella solemne procesión, al ver que el rey, su esposo, se despojaba del manto real y lo depositaba en el suelo como alfombra al Señor, y que luego comenzaba a danzar delante del Arca, consideró el gesto de David como una payasada propia de un bufón, por lo que comenzó a mofarse públicamente de él con burlas y carcajadas satánicas, contagiando también a sus criadas, y diciendo públicamente y en tono despectivo: *«¡Qué bella figura hace hoy el rey de Israel, despojándose de sus galas reales delante del Pueblo y danzando como lo haría un bufón!»*. Micol, al burlarse del rey, se burlaba de la alabanza que él hacía en honor de Dios y, por tanto, del Arca de la Alianza; pues, las danzas de David no eran motivo alguno de menosprecio ni burla, sino de elogio e imitación. Viendo el rey cómo su esposa Micol ofendía a Dios con su irreverencia y le ofendía también a él en su dignidad real, se dirigió a ella y la corrigió severamente con estas palabras: *«Micol, aunque a tus ojos parezca que lo que yo he hecho es propio de un bufón, sepas que es correcto y grato a los ojos de Dios; pues, delante del Señor, que me eligió en lugar de la descendencia de tu padre Saúl, y que me ungió rey del Pueblo de Israel, bailaré aun más de lo que he hecho en su honor y gloria; pues aunque parezca despreciable a tus ojos y a los de tus criadas, cuanto más se humille uno a los ojos de Dios, más será ensalzado por Él»*. Aun después de estas palabras de David ante la multitud, Micol, lejos de arrepentirse, se burló todavía con más gritos y risotadas, profanando, con su satánico actuar, el Arca de la Alianza, y moviendo a sus siervas a burlarse de David con insultos y risas. Mas, repentinamente, del interior del Arca de la Alianza, salió del Alma de Cristo un fuego devorador en forma de rayos que fulminó a Micol y a sus siervas colaboradoras a la vista de toda la multitud; la cual vio cómo quedaron convertidas en ceniza como castigo a ellas y aviso para todo aquel que osare hacer burla del Arca. Con este castigo de Micol y sus criadas, quedó glorificado el Dios de Israel y exaltado el rey David. Micol, como era estéril, no dejó descendencia.

Capítulo III

Jerusalén, capital de Israel y Ciudad Santa.

David engrandece Jerusalén

1. Con la entrada triunfal de David en Jerusalén en aquel año 4140, esta ciudad quedó establecida capital de Israel; y con la instalación del Templo traído de Hebrón y depósito en él del Arca de la Alianza, quedó constituida como Ciudad Santa del Pueblo de Dios. El reinado de David en Jerusalén duraría treinta y siete años; que, con los tres años que reinó en Hebrón, hacen un total de cuarenta años.

2. Tras el establecimiento de su trono en Jerusalén en aquel año 4140, el rey habitó en la fortaleza de Sión, por lo que Jerusalén recibió el sobrenombre de Ciudad de David, en la cual hizo construir suntuosos edificios en su interior y a los alrededores. De esta manera, fue fortificándose y engrandeciéndose más y más, tanto Jerusalén como el trono de David, pues el Señor Dios de los ejércitos estaba con él. Para el engrandecimiento de la ciudad, el rey mandó que le trajeran maderas de cedro, y buscaran canteros y carpinteros especializados. También Belén es llamada Ciudad de David, pues en ésta había nacido él.

Capítulo IV

Grandeza, paz y prosperidad del Pueblo de Israel. Gloriosas victorias del rey David sobre sus enemigos

1. Con la exaltación de David al trono de Israel, se afianzó más la unidad de su pueblo, y con ella la tranquilidad interior. Con el reinado de David, comenzó una era de paz, de grandeza y de prosperidad para el Pueblo de Israel. Sin embargo, aquel poderoso monarca tenía aún que seguir con la gran empresa de exterminar a muchos de los tenaces enemigos del Pueblo de Dios que dominaban parte del extenso territorio israelita y amenazaban con dilatar más sus posesiones.

2. La primera guerra que libró David desde su establecimiento en Jerusalén, fue en el año 4142, contra los filisteos, los cuales dominaban la parte sur occidental de Israel y eran una continua amenaza para los otros territorios israelitas; pues, incluso, habían avanzado más y más sus posiciones hasta extenderse por el valle de Rafáin, al sur de Jerusalén. David, prevenido de este peligro, reuniendo su ejército, acampó con él en un lugar fortificado y seguro, para luego ir en contra de ellos. Mas, como él no emprendía batalla sin saber antes el parecer de Dios, puesto en oración consultó al Señor diciendo: *«¿Será bien que yo acometa ahora a los filisteos? ¿Los entregarás en mis manos?»*. Y respondióle el Señor: *«Vé, que te entregaré y pondré los filisteos en tus manos»*. Se dirigió, pues, David adonde estaba acampado el ejército enemigo, y los venció en la batalla, causando entre ellos gran mortandad. Y fue tal el júbilo de David que, lleno de gratitud a Dios, exclamó: *«El Señor ha quebrantado a mis enemigos con la facilidad que se quebrantan las aguas»*. Mas, pasado algún tiempo, volvieron otra vez los filisteos y se esparcieron de nuevo por el valle de Rafáin. Y David consultó al Señor diciendo: *«¿Acometeré a los filisteos, y los entregarás en mis manos?»*. Y el Señor respondió: *«Vé contra ellos, mas no los acometas de frente, sino rodealos por detrás y atácalos por la espalda escondido entre las balsameras; y cuando entre las balsameras oigas ruidos de pasos, ataca fuertemente, porque soy Yo, tu Dios, el que marcha delante de ti para derrotar el ejército de los filisteos»*. Con esta disposición, Dios quiso probar la obediencia y fe de David en sus palabras. Y David hizo lo que Dios le había mandado; y fue batiendo a los filisteos hasta la frontera de Egipto, causando sensibles bajas en sus enemigos.

3. Después de esta victoria contra los filisteos, el poderoso rey David, impelido por Dios, fue de campaña en campaña para liberar a Israel de los invasores que, desde el tiempo del rey Saúl, dominaban muchos territorios del Pueblo de Dios. En una de esas batallas, venció a los moabitas, que dominaban algunos de los territorios de la parte oriental del Jordán, los cuales reconquistó David ensanchando sus dominios hasta la frontera con el desierto de Arabia. Camino de Siria, en otra batalla derrotó a los filisteos que habían ocupado la parte central de Israel en la batalla en que murió Saúl. Y siguiendo más hacia el norte, derrotó a varios reyes sirios, a quienes causó gran mortandad en sus ejércitos y les arrebató sus riquezas; extendiendo los dominios de Israel hasta el río Éufrates. Con estos y otros triunfos, David reconquistó para el Pueblo de Dios, todos los territorios que habían sido invadidos por los enemigos, volviendo otra vez Israel a ensanchar sus fronteras hasta los límites alcanzados en tiempos de Samuel.

Capítulo V

David adopta como hijo a Mifiboset, hijo de Jonatán

Cuando murió Jonatán, hermano de David, dejó un hijo de cinco años tenido con una de sus siervas, sin que ambos estuvieran casados. El niño era cojo de ambas piernas a consecuencia de una caída que tuvo su madre cuando huyó precipitadamente con él al oír la noticia de la muerte de Saúl y de Jonatán. Mifiboset fue llevado por su madre a la casa de Amniel, padre de ella, que residía en Lodabar, en la parte oriental del Jordán. Allí vivió el niño y fue criado con mucho amor, sin que su madre revelara que era hijo de Jonatán, por el temor de que, si lo decía, corriera peligro, ya que entonces sería tenido por nieto de Saúl, al ser éste oficialmente considerado como padre de Jonatán. En el año 4147, como llegó a oídos de la madre de Mifiboset que el rey David investigaba sobre la suerte acaecida a su sobrino, y que, para ello, había dado orden de que se averiguase si estaba aún vivo para traerlo con él al palacio, mandó aviso al rey en dónde se hallaba. Y como Mifiboset tenía un criado llamado Siba, hízole venir el rey, y le dijo: «¿Eres tú Siba?». «Sí, señor», respondió. Preguntóle el rey: «¿Es verdad que vive el hijo de Jonatán?». Respondió el criado: «Sí, señor: vive y está lisiado de ambas piernas». Envío, pues, David por Mifiboset y lo hizo venir; y, una vez llegado éste a la presencia del rey, díjole David: «No tienes que temer, pues yo quiero colmarte de mercedes por amor de Jonatán tu padre. Tú comerás siempre a mi mesa». Mifiboset, haciéndole reverencia, le dijo: «¿Quién soy yo, siervo tuyo, para que te hayas dignado poner los ojos en un pobre lisiado cual soy yo?». Llamó el rey a Siba y díjole: «Cuida tú, con tus hijos y criados, de labrarle las tierras, y de proveerle de todo lo necesario». Y dijo Siba al rey: «Como tú lo has mandado, así se hará, mi señor». Y Mifiboset quedó, desde entonces, en el palacio del rey, quien miró por él como si fuera su hijo.

Capítulo VI

Adulterio y crimen de David

1. En año el 4147, envió David al generalísimo Joab, a sus oficiales y a gran parte de su ejército, a la frontera con el desierto de Arabia para hacer frente a los amonitas que amenazaban con entrar en Israel. El ejército israelita, pasando la frontera, sitió la ciudad amonita de Rabá, en donde se hallaba el ejército invasor. La ciudad amonita de Rabá se hallaba al este de la ciudad israelita de Rabá.

2. Mientras tanto, David se había quedado en Jerusalén. Y sucedió que, levantándose de su cama después de la siesta, se puso a pasear por el terrado del palacio, y vio en el jardín de una casa de enfrente una mujer que se bañaba y era de gran hermosura. No era la primera vez que ésta así procedía; pues, encaprichada por el rey y con la ambición de grandezas reales, solía alguna vez exhibirse para llamarle la atención, a fin de seducirlo. David, que no había reparado en ella hasta ahora, cautivado por sus encantos dejóse llevar de sus apetitos desordenados en vez de recurrir al auxilio divino. Envío, pues, el rey a saber quién era aquella mujer, y le dijeron que era Betsabé, hija de Elián, mujer del general Urías, el cual se hallaba con el ejército en el sitio de Rabá. Y David envió mensajeros para que la trajesen a su presencia, lo cual aceptó ella con suma complacencia. Y una vez que llegó, el rey pecó con Betsabé. Luego ésta volvió a su casa, y poco tiempo después le comunicó que había concebido de él. Tenía entonces David cuarenta años de edad.

3. Cuando supo David de la preñez de Betsabé, mandó enseguida un aviso a Joab diciéndole: «*Envíame a Urías*». Y envióselo Joab. Y cuando llegó el general Urías a la presencia de David, éste le preguntó cómo estaban Joab y sus tropas, y cómo iban las cosas de la guerra. Después, David, con astuta hipocresía, dijo a Urías: «*Vé a tu casa, lávate y descansa*». Salido que fue Urías de palacio, le envió el rey enseguida comida de su real mesa, mas Urías no fue a su casa, sino que durmió a la puerta del palacio con los otros oficiales del rey. Cuando le dijeron que Urías no había ido a su casa, David, redoblando más su malicia, le llamó y dijo: «*¿No has llegado de un largo viaje? ¿Pues, por qué no has ido a tu casa a descansar?*». Y respondió Urías: «*Mi generalísimo Joab y los soldados de mi ejército duermen en el duro suelo. ¿Iría yo, mientras tanto, a casa a comer, beber y dormir con mi mujer? Por la vida y por la salud del rey, juro que no haré tal cosa*». Díjole entonces David: «*Quédate, todavía hoy aquí y mañana volverás de nuevo con tu ejército*». Quedóse, pues, Urías en Jerusalén, y convidó David a comer y beber en su mesa, y procuró que se embriagara; pues, de esta manera, esperaba que Urías fuese a su casa y durmiese con su mujer. Mas éste, saliendo al anochecer, durmió en su estrado con los demás oficiales de palacio, y no fue a su casa. La perversa insistencia de David de que Urías fuera a su casa y durmiese con su esposa, era con el fin de que, cohabitando con Betsabé, el hijo que ésta había concebido de David se atribuyese a Urías, y así quedara oculto el adulterio cometido por el rey y ella.

4. Viendo David fallido su perverso plan para ocultar su adulterio, como además codiciaba apasionadamente a la mujer de su prójimo, ideó la manera más inicua de salir airoso, que fue la de recurrir al conyugicidio adúltero. Pues, al día siguiente del banquete, como hubiese observado que Urías tampoco había ido por la noche a su casa, escribió David una carta a su generalísimo Joab, y se la envió por mano de Urías. Decía en ella: «*Pon a Urías al frente de la batalla, en donde esté lo más peligroso del combate, y desamparadle para que sea herido y muera*», pues David sabía que Joab accedería a este favor. Joab, pues, teniendo sitiada la ciudad de Rabá, puso a Urías en el lugar en donde sabía que estaban los soldados más valientes del enemigo; los cuales, en uno de sus enfrentamientos con los soldados de Joab, dieron muerte a algunos de ellos, incluido Urías. Joab envió mensajeros a David para que, entre otras cosas, contaran al rey cómo los ballesteros del ejército enemigo, desde lo alto de las murallas, mataron a algunos de los soldados israelitas, entre ellos a su siervo Urías. Y David, con el mayor cinismo, dijo: «*Decid a Joab: 'No te desanimes con este fracaso, porque los acontecimientos de la guerra son así: una vez toca a unos y otra vez toca a otros perecer al filo de la espada. Reanima a tus guerreros contra la ciudad, y esfuérzalos hasta conquistarla'*». Cuando supo la mujer de Urías que había muerto su marido, le guardó los días de duelo; y después, David la hizo venir a palacio y la tomó por esposa. Este rápido e inesperado casamiento, infundió pronto en el pueblo justificadas sospechas sobre el adulterio de David y Betsabé, y su relación con la muerte de Urías, con el correspondiente escándalo de todos. Llegado el tiempo del parto, Betsabé dio a luz al hijo concebido en su adulterio con David. El niño nació en el año 4147, y al ser circuncidado le pusieron el nombre de Salomón, que significa pacífico.

5. Joab pecó gravísimamente prestando aquel terrible servicio a David para hacer morir al general Urías, ya que hay que morir antes que obedecer algo que va contra Dios; no obstante, Joab se arrepintió de su pecado en su debido tiempo. La acción abominable de David, ha de servirnos de profunda reflexión; pues, lamentablemente, por no haber dominado su vista, cayó en grave pecado de adulterio y en otros relacionados con éste, llegando a cometer, también, un terrible pecado de homicidio con la muerte premeditada del general Urías.

Capítulo VII

David, arrepentido de sus pecados, es perdonado por Dios

1. Algunos meses después del nacimiento de Salomón, primer hijo que Betsabé había concebido de David, como éste no daba señal alguna de arrepentimiento por su doble pecado de adulterio y crimen, el Señor le envió al Profeta Natán para que, en su Nombre, recriminase al rey por su iniquidad. Natán, comenzó presentando a David la siguiente parábola: «*Había dos hombres en una ciudad de tu reino, el uno rico y el otro pobre. El rico poseía ovejas y bueyes en gran número; mas, el pobre, no tenía otra cosa que una oveja pequeña que había comprado y*

que había criado en su casa, y que era para él como una hija. Mas, habiendo llegado un huésped a casa del rico, éste, para darle un convite, no quiso tomar de sus ovejas ni de sus bueyes, sino que tomó la oveja del hombre pobre y la guisó para que la comiese el hombre que había venido a su casa». Cuando esto oyó David, indignado en extremo, dijo a Natán: «*Vive el Señor, que hombre que tal cosa hizo, merece la muerte*». Y dijo entonces Natán a David: «*Ese hombre eres tú. Y sobre ti esto dice el Señor Dios de Israel: 'Yo te ungi para ser rey de Israel, te libré de la mano de Saúl, te di el trono real de Israel y puse a tu arbitrio sus mujeres. Y a todo esto, pensé añadirte muchas más cosas. ¿Cómo, pues, despreciaste mi ley haciendo el mal delante de mis ojos? Pues, además de haber adulterado con la esposa de Urías, le hiciste que muriera a manos del enemigo y has tomado por mujer la que era suya. Por lo cual, no se apartará de tu casa la aflicción y el castigo*». Y agregó Natán: «*He aquí, pues, lo que dice el Señor: 'Yo permitiré que salgan de tu propia casa los desastres sobre ti, que un allegado tuyo te quite algunas de tus mujeres para dormir con ellas, y que seas matado a filo de espada, porque tú has cometido el pecado ocultamente, mas Yo permitiré que las desgracias te sobrevengan a la vista de todo Israel'*».

2. David, cuando oyó la recriminación divina por sus delitos y las desgracias que le acaecerían como castigo a los mismos, profundamente arrepentido de sus enormes pecados, los lloró con gran amargura de su alma y pidió perdón de los mismos, diciendo: «*Pequé gravísimamente contra mi Dios y Señor*». Y ante el sincero arrepentimiento de David, Dios manifestó su misericordia hacia él; por lo que Natán dijo a David: «*También el Señor, que ha visto tu profundo dolor y arrepentimiento, ha perdonado tus pecados y no permitirá que mueras a filo de espada. Mas, como por tu mal ejemplo has escandalizado y has sido causa de que los enemigos del Señor se burlen de su Ley, el hijo que te ha nacido del adulterio morirá irremisiblemente*». Dicho esto, volvió Natán a su casa. Cuando el niño Salomón tenía tres meses de edad, el Señor le hirió con una grave enfermedad, y los médicos le desahuciaron. Todos en palacio veían que el niño estaba moribundo y que, de un momento a otro, dejaría de vivir. David, tremendamente angustiado por esta tragedia familiar, retirado aparte y postrado en tierra, con gran sinceridad pedía a Dios la curación del niño, cuya fervorosa oración era secundada con rigurosísimos ayunos y severísimas penitencias. Y he aquí que Dios oyó el clamor de su arrepentido siervo David; y, en atención a esto, hizo el portentoso milagro de sanar al niño, al que todos comprobaron cómo, de súbito, había recobrado la salud, la hermosura y el color. Y David, que se hallaba retirado en oración y penitencia, como oyese extraños murmullos entre los criados, pensó que el niño hubiese muerto, mas le dijeron: «*Tu hijo ha recobrado la salud y vive*». Entonces David, levantado de su postración, lavóse, ungióse, y vistiéndose de las galas reales, adoró al Señor con actos de generosa gratitud. Fue tal el júbilo del rey, que preparó un gran banquete para festejar en palacio este acontecimiento.

3. No obstante la penitencia de David y el perdón divino obtenido por su adulterio y crimen, el Señor permitió que sobre su casa sobrevinieran muchos de los castigos y desdichas anunciados al rey por Natán. Betsabé también se arrepintió de su pecado con motivo de la enfermedad del niño.

Capítulo VIII

Victoria sobre los amonitas y toma de Rabá

En el año 4148, mientras que en el palacio de David sucedían, respectivamente, los tristes y alegres episodios de la enfermedad y curación milagrosa de Salomón, Joab, generalísimo de los ejércitos de Israel, se hallaba en el asedio de la ciudad amonita de Rabá. Y estando éste para dar el asalto a esta ciudad, mandó emisarios a David, diciendo: «*He combatido contra la ciudad de Rabá, y está a punto de ser tomada. Junta, pues, ahora el resto del ejército, y ven a culminar la conquista, pues a ti, oh rey, se ha de atribuir el honor de la victoria*». Juntó, pues, David las tropas, marchó contra Rabá y la tomó por asalto. Y después de dar muerte al rey amonita, se apoderó de su corona de oro con piedras preciosas. Los habitantes de Rabá que no se convirtieron al verdadero Dios, fueron matados por el ejército israelita, el cual tomó de la ciudad muchísimos y ricos despojos. Y David, que siempre actuaba en las batallas con espíritu de justicia, y no con espíritu de venganza, en la toma de la ciudad de Rabá resaltó como nunca su benevolencia y caridad para con los enemigos; pues, si bien es verdad que combatió severamente el paganismo y la idolatría matando a los que se obstinaban en sus perversas creencias y costumbres, jamás empleó medidas crueles y deshumanizadas; por lo que no se le puede tachar al rey de sanguinario en las batallas. Después de la toma de Rabá, volvióse David con todo su ejército a Jerusalén. Joab, a pesar de haber obedecido inicualemente al rey preparando la muerte de Urías, siguió como generalísimo de los ejércitos, ya que David no cometía ninguna injusticia al seguir manteniéndolo en el cargo.

Capítulo IX

Nuevas victorias de David sobre sus enemigos

1. En el año 4150, decimotercero del reinado de David, Amón, rey de los amonitas, aliado con tres reyes sirios, se preparó para invadir algunos territorios de Israel de la parte oriental del Jordán. Informado David, puso al frente de sus tropas a Joab. El ejército amonita acampó cerca de Medaba, ciudad israelita en la frontera con el desierto de Arabia. Mas, sus aliados, los ejércitos sirios, se hallaban rezagados en un lugar apartado del campo de batalla para desplegarse en el momento que vieran más oportuno. Viendo, pues, Joab, generalísimo de los ejércitos de Israel, que iban a acometerles de frente y por retaguardia, con una parte de sus soldados se puso en orden de batalla contra los sirios, y el resto del ejército lo dejó a cargo de su hermano Abisái, para marchar de frente contra los amonitas. Y antes de la batalla, dijo Joab a su hermano: «*Si ves que los sirios me superan, vienes en mi*

ayuda, y si los amonitas te superan, yo iré a auxiliarte. Esfúrzate y luchemos valientemente por nuestro pueblo y por Jerusalén la Ciudad Santa de nuestro Dios. Por lo demás, el Señor dispondrá lo que sea de su mayor agrado». Con esto, Joab atacó con sus soldados a los sirios, cuyo ejército fue quebrantado con tan sensibles bajas, que los supervivientes se dieron a la fuga inmediatamente. Cuando los amonitas supieron la gran matanza sufrida por los sirios, llenos de terror huyeron también despavoridos, muriendo un gran número de ellos.

2. Meses después de la gran derrota sufrida, los sirios volvieron a rehacer su ejército; y, coaligados con los moabitas, amonitas y madianitas, se dispusieron a invadir los territorios del sureste de Israel. Avisado David, reunió sus tropas, pasó el Jordán, y fue a Jelán, en donde se dio la gran batalla. La victoria de Israel fue apoteósica, pues David, con su ejército, destruyó muchos carros de los sirios, mató a un buen número de soldados de a caballo y de a pie de los cuatro ejércitos enemigos, e hirió al general del ejército sirio, que murió al instante; y el resto de los soldados, viéndose vencidos por Israel, se dieron a la fuga con gran pavor.

Capítulo X

Esposas e hijos de David

1. Cuando David estableció su trono en Jerusalén, había traído de Hebrón ocho esposas: Micol, que fue fulminada, Aquinoán, Abigaíl, Maaca, Gesur, Haguit, Abital y Eglá. Y también trajo a los siguientes hijos: Amnón el primogénito, de Aquinoán; el segundo Absalón, de Maaca; el tercero Daniel, de Abigaíl, que murió en su niñez; el cuarto Adonías, de Haguit; el quinto Safatías, de Abital; y el sexto Jetraán, de Eglá.

2. Ya estando en Jerusalén, David se casó con Betsabé, esposa de primer orden, y además tomó cuatro concubinas o esposas de segundo orden. De manera que David tuvo un total de trece esposas: nueve de primer orden y cuatro de segundo orden o concubinas. Cada una de las trece mujeres de David, pertenecía a una tribu distinta de las trece tribus de Israel. De esta manera, cada tribu estaba representada en la vida conyugal de David por una mujer: no cabía más perfecta unión de David con su pueblo en aquel tiempo. He aquí las tribus a las cuales pertenecían algunas de las mujeres: Micol, que había sido fulminada, de la tribu de Benjamín; Aquinoán, de la tribu de Isacar; Abigaíl, de la tribu de Judá; Maaca, de la tribu de Dan; Betsabé, de la tribu de Leví.

3. David tuvo un total de cincuenta y tres hijos entre varones y varonas: seis habían nacido antes de establecerse en Jerusalén; y cuarenta y siete en Jerusalén. He aquí algunos de los varones nacidos en esta última ciudad: Salomón, Samúa, Sobad, Natán, Jebahar, Elisúa, Elifalet, Noga, Nafeg, Jafia, Elisama, Elíoda, Elifalet; y, también, le nació una varona llamada Tamar, que era hija de Maaca y hermana de Absalón por parte de padre y madre. De las esposas con las que tuvo hijos antes de establecerse en Jerusalén, David tuvo también hijos en Jerusalén. De Salomón, hijo de David y Betsabé, viene la línea sucesoria de la que nacería San

José, Padre Virginal de Nuestro Señor Jesucristo. De Natán, hijo de David y Betsabé, viene la línea sucesoria de la que nacería la Santísima Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

Capítulo XI

David manifiesta su deseo de construir un Templo a Dios. Dios promete a David que de su descendencia nacería Nuestro Señor Jesucristo, Rey de reyes

En el año 4155, o sea, un siglo después de la destrucción del Templo de Silo, estando el rey David en su palacio de Jerusalén, meditaba con frecuencia sobre los inmensos beneficios que recibía de la mano del Todopoderoso, por lo que, lleno de inquietud por el celo de la gloria de Dios, formó el propósito de edificarle un gran Templo suntuoso, firme y definitivo, para depositar, con suma magnificencia, el sagrado y precioso Tesoro del Arca de la Alianza, Trono del Altísimo, y ofrecer a Dios, de manera más solemne, el culto debido en su honor. Con esta inquietud, un día acudió al Profeta Natán, y díjole: «¿No reparas que yo habito en un suntuoso palacio mientras el Arca de la Alianza está en un Templo provisional? Siento el sagrado deber de levantar a Dios un Templo cuya grandeza y magnitud supere a todo edificio del orbe». Y el Profeta le contestó: «No te detengas. Haz lo que te dicta tu corazón, pues el Señor está contigo». Mas, aquella misma noche, el Señor habló a Natán diciéndole: «Anda y dile a mi siervo David: Esto dice el Señor: 'Te agradezco tu admirable propósito de edificarme un Templo según tus magnánimos planes. Mas, no serás tú el que lleve a cabo esta magna obra, pues tú has manchado tus manos de sangre matando al inocente Urías para casarte con su esposa Betsabé, con la cual habías ya adulterado. No serás tú el que me edifique el Templo, sino un hijo tuyo, pues, cuando hayas terminado tus días, e ido a descansar con tus padres, Yo levantaré después de ti a un hijo tuyo. Éste será el que edifique mi definitivo Templo. Yo afirmaré su regio trono para siempre y será su padre y él será mi hijo'. Y todas estas palabras de Dios, las transmitió Natán a David. Entonces, el rey, humildemente postrado en tierra, oró a Dios diciendo: «¿Quién soy yo, Señor Dios mío, y cuál es mi casa, para haberme elevado a tan alta dignidad? Y pareciéndote aún poco, oh Señor, has querido asegurar a tu siervo la permanencia de su casa para los siglos venideros. En estas grandes maravillas que haces con tu siervo, has ostentado tu grandeza. Nadie hay semejante a Ti, ni hay Dios fuera de Ti. Tú escogiste a Israel para que fuese para siempre tu pueblo y para que Tú fueras su Dios. Ahora, pues, oh Señor, que siempre viva la promesa hecha a tu siervo y a su casa, para que tu Nombre sea eternamente engrandecido, y se diga: El Señor de los ejércitos es el Dios de Israel. El trono de tu siervo David será estable delante del Señor». Y con estas palabras, se refería más especialmente al Excelso Rey que surgiría de su línea sucesoria, o sea, a Nuestro Señor Jesucristo, descendiente de David.

Capítulo XII

Incesto de Amnón. Fratricidio de Absalón

1. Absalón, segundo hijo del rey David, príncipe soberbio y engreído, de gallarda y hermosa presencia, ambicionaba con ansia incontenible el llegar un día a ocupar el trono de Israel, el cual correspondía a Amnón, hijo primogénito de David. Absalón tenía una hermana de padre y madre llamada Tamar, joven de extremada hermosura, vanidosa y un tanto frívola. Y sucedió que, en el año 4161, como Tamar solía hacer alarde de sus ricas prendas físicas ante Amnón, su hermano por parte de padre, a quien ella miraba con gratos ojos, dicho primogénito se enamoró apasionadamente de Tamar; lo cual, observado por Absalón, vio el medio oportuno de llevar a cabo un plan incestuoso y criminal para hacerse un día con el trono de Israel. De manera astuta, empezó por resaltar a su hermana las buenas cualidades de Amnón, con lo que fue fomentando en Tamar la tendencia vanidosa y seductora que solía usar con éste. E incluso, Absalón, llegó a insinuar a su hermana que, si lograba hacer caer en sus voluptuosas redes a Amnón, éste sería castigado por David y hasta posiblemente relegado de su derecho a sucederle en el trono; por lo que, desde entonces, ese derecho pasaría a él como segundo hijo del rey. Y como era tan vehemente la pasión hacia su hermana Tamar, Amnón vivía en continuo desasosiego, pues le parecía muy dificultoso el hacer con ella cosa alguna deshonesta. Mas, el perverso Absalón, se valió para sus planes de un criado suyo al que le dio instrucciones a fin de que Amnón cayese en las redes. El criado, acercándose un día al primogénito de David, le dijo: «¿Por qué Amnón, mi príncipe, estás cada día más desasosegado y demacrado? Ten confianza y descúbreme a mí lo que te pasa». Y entonces Amnón le dijo que era a causa de la pasión que sentía por Tamar. El criado, siguiendo las instrucciones recibidas de Absalón, dijo a Amnón: «Mira, quédate en cama como si estuvieses enfermo, y manda a un criado tuyo que diga a Tamar: 'Suplícote, hermana mía, que vengas a mis dependencias a componerme algún plato que me agrade, y que tú misma me lo sirvas'. Acostóse, pues, Amnón en la cama y empezó a fingirse enfermo, y envió a un criado suyo a llamar a Tamar. Ya ésta en las dependencias de su hermano, estando a solas con él, le preparó una comida que le fuera agradable, y se la llevó a la cama. Mas, Amnón no quiso comer por sí mismo, sino que le dijo a Tamar le diera la comida con su propia mano. Y cuando se acercó, asíóle él diciéndole: «Ven, hermana mía, duerme conmigo». Y Tamar, fingiendo que le desagradaba la deshonesto petición de su hermano, le dijo: «No quieras hacerme violencia, Amnón, pues eso no está permitido en Israel. No hagas tal villanía porque yo no podré sufrir mi deshonor y tú serás tenido por un insensato». Y como Tamar deseara saciar sus deshonestos deseos con su hermano que tanto le agradaba, cuando él hizo uso de la fuerza, ella, aun fingiendo cierta resistencia, se dejó apoderar y durmió con él. Mas, una vez que éste sació sus deseos lujuriosos, le tomó a ella tan gran aversión, que era mayor el odio que concibió contra Tamar que la desenfrenada pasión con que antes la deseaba; por lo que Amnón le

dijo bruscamente: «*Tamar, levántate y vete de aquí*», y luego llamó a un criado para que la echara, el cual lo hizo y cerró la puerta por dentro. La vanidosa Tamar, al ver pisoteado su orgullo, fue dando gritos por el palacio a fin de hacer notorio que había sido violada por Amnón. Fue Absalón el que procuró que llegara cuanto antes a oídos de David, a la espera de que el rey tomase una medida dura contra Amnón, su primogénito, le relegase de su derecho al trono e incluso le condenara a muerte por delito de violación e incesto. David, que amaba mucho a Amnón, dentro de su gran aflicción, le reprendió y castigó con gran severidad; mas, no le imputó delito alguno de violación, ya que supo que Tamar era tan culpable como él, pues constantemente le estaba seduciendo.

2. Como viese Absalón que el plan concebido a través de Tamar no había dado el feliz resultado que buscaba, decidió él mismo acabar con su hermano. Y sucedió que, pasados dos años, con motivo del esquila de sus ovejas, próximo a Belén, según era costumbre, convidó Absalón al rey su padre, y a todos los príncipes sus hermanos. David se disculpó de no poder asistir; y, aunque tampoco era partidario de que fuera su hijo Amnón, ya que abrigaba ciertos temores sobre su seguridad personal, accedió finalmente a la reiterada súplica de Absalón. Poco antes de que acudieran los convidados, éste había dado las siguientes órdenes a sus criados: «*Estad alerta, que cuando Amnón esté afectado por el vino, y yo dé la señal, le induciré sagazmente para que él provoque una reyerta conmigo, a fin de que los dos luchemos cuerpo a cuerpo. Vosotros, entonces, fingiréis que salís a interponeros ante nosotros y con vuestra ayuda yo daré muerte a Amnón como si fuese en defensa mía*». Todo sucedió según los planes de Absalón, y Amnón fue matado por él. Llenos de temor, sus hermanos, levantándose de la mesa, echaron a huir. Mas, como otros criados tuviesen conocimiento por sus mismos compañeros del plan de Absalón para matar a su hermano, fueron corriendo para dar aviso al rey; lo cual, sabiéndolo Absalón, huyó a refugiarse a la casa de su abuelo materno en una ciudad fuera de los dominios de David, en donde permanecería tres años. Cuando David tuvo conocimiento de que Absalón había asesinado a Amnón, temió que también hubiesen muerto todos sus demás hijos. Mas, los criados le aseguraron: «*Sólo Amnón es al que ha matado, porque Absalón así lo había jurado desde el día en que violó a Tamar, hermana suya*». David mandó enseguida a un escuadrón de sus tropas para que persiguieran a Absalón, y lo trajesen a fin de castigarlo como bien lo merecía su crimen; mas, no fue posible su captura por haberse refugiado en una ciudad fuera de los dominios del rey de Israel. Y con gran amargura, David lloraba continuamente la muerte de Amnón.

3. En el año 4166, cuando llevaba Absalón tres años en la casa de su abuelo materno, sucedió que Maaca su madre, se dispuso sagazmente a impetrar ante su esposo el rey David el perdón de su hijo, movida por la ambición de que llegase a ocupar el trono de Israel tras la muerte del rey. Para ello se presentó ante él vestida de luto, y con gran fingimiento de dolor, postróse en tierra y le dijo: «*Oh rey, esposo mío, ten compasión de mi dolor*». Y David le preguntó: «*¿Qué es lo que tienes?*». Y dijo Maaca:

«*Vengo a suplicar a mi rey y señor el perdón para mi hijo Absalón; porque tú, oh David, eres como un Ángel de Dios, siempre dispuesto a la misericordia para con tus siervos*». Y David, profundamente conmovido por la súplica de su esposa, díjola: «*Te concedo la gracia que me pides: Anda, pues, y haz volver a mi hijo Absalón. Mas, has de comunicarle que él no heredará el trono de Israel, pues tengo ya decidido en mi interior quién ha de ser mi sucesor*». Y Maaca, aunque frustrada en sus ambiciones, con refinado fingimiento diole las gracias diciéndole: «*Oh rey y esposo mío, hoy tu sierva ha hallado gracia en tus ojos, pues has otorgado la súplica que te he hecho perdonando a nuestro hijo*». Maaca envió a Joab, de parte del rey, para que trajese a Absalón a Jerusalén; y que, además, le comunicase la decisión real de quedar excluido de la sucesión al trono de Israel. Mas, Absalón, que no había perdido del todo la esperanza de ser el futuro rey, ya que, con astucia, confiaba en conquistar el corazón de David, cuando se vio ante él en el palacio, arrojándose a sus pies con fingidas y abundantes lágrimas, le reverenció como a su rey y señor; y David abrazó y besó a su hijo confirmando así que le perdonaba del fratricidio cometido con Amnón. Mas, al mismo tiempo, el rey, con incommovible firmeza, le dijo a Absalón que, no obstante su perdón, él quedaba excluido de la sucesión al trono de Israel, que ya tenía decidido quién de sus hijos sería rey a su muerte. Por la noche, David reveló a su esposa Betsabé que ya había decidido que Salomón, hijo de ambos, fuera, tras su muerte, el futuro rey de Israel. Mas, la astuta Betsabé, con cierta zalamería, pidió a su esposo le diese palabra de que su decisión fuera firme. Y David le dijo: «*Te juro por el Señor Dios de Israel que nuestro hijo Salomón reinará después de mí, y se sentará en mi trono*».

Capítulo XIII

Sedición, rebelión y muerte de Absalón

1. Una vez vuelto de la casa de su abuelo, y reconciliado con su padre el rey, el ambicioso Absalón, aun sabiendo que estaba excluido de la sucesión en el trono, se paseaba por Jerusalén montado en una carroza, precedido de gentes de a caballo y a pie, lleno de vanidad y engreimiento, por considerarse el hijo mayor del rey. Y para ganarse la simpatía de todos los que acudían al palacio para presentar asuntos al rey, levantábase de madrugada y, puesto a la puerta, les hablaba con taimada amabilidad, dando a entender que ponía sumo interés en sus problemas, a la vez que decía: «*Tus pretensiones me parecen razonables y justas. La lástima es que no hay persona suficientemente preparada para oírte*». Y añadía: «*¡Oh, si yo fuera el juez de Israel para que viniesen a mí todos los que tienen negocios y yo les hiciese justicia!*». Y así, calumniaba a su padre, dejando entrever que tenía abandonada y descuidada la administración de la justicia; con lo cual trataba de sublevar los ánimos del pueblo contra el rey su padre. Además, cuando alguno se acercaba para hacerle reverencia, le alargaba la mano y dándole un abrazo lo besaba. Esto hacía Absalón a todos los de Israel que venían a que el rey los oyese y juzgase, con lo cual se

atraía hacia él los corazones de los israelitas y los alejaba del afecto hacia el rey.

2. En el año 4167, Absalón, de treinta años de edad, impaciente por usurpar la corona de Israel, se trasladó a Hebrón con pretexto de visitar las tumbas de los Patriarcas, y se llevó consigo a doscientos hombres. Una vez en esa ciudad, ayudado por un buen número de sus seguidores, despachó emisarios por todas las tribus de Israel diciendo: «*Absalón, príncipe heredero, va a ser proclamado rey en Hebrón*». Muchos de las distintas tribus, creyendo de buena fe que David fuese a abdicar en favor de su hijo, se unieron al movimiento sedicioso de Absalón, que contó con el apoyo de Aquitofel, alto consejero del rey. Formóse, pues, una recia conjuración contra David, y crecía cada vez más el número de los partidarios de Absalón. David, que se hallaba en Jerusalén, al tener noticia de la sedición de su hijo en Hebrón, de que Aquitofel le apoyaba, y del número de las fuerzas que le seguían, comprendió la suma gravedad del conflicto y lo dificultoso de afrontarlo con la fuerza; por lo que la prudencia le aconsejó optar por la fuga. He aquí que David dijo a sus criados: «*Daos prisa y huyamos, de lo contrario vamos a caer en manos de Absalón. Apresurémonos a huir, no sea que nos sorprenda y se arroje sobre nosotros, nos mate, y a otros muchos de la ciudad*». Respondieron al rey sus criados: «*Todo cuanto nos ordenare el rey nuestro señor, lo ejecutaremos tus siervos*». Salió, pues, de Jerusalén el rey con sus hijos y sus ocho esposas principales, dejando a las cuatro esposas secundarias o concubinas para la custodia del palacio. Le acompañaban también el generalísimo Joab, la servidumbre de palacio y la guardia real compuesta de seiscientos hombres guerreros muy valientes. David llevó consigo a su sobrino Mifiboset, cojo de ambas piernas, a quien acompañaba su siervo Siba. Hasta la salida de la ciudad, fueron con el rey el Sumo Sacerdote Abiatar y el Sacerdote Sadoc, los cuales, por mandato de David, quedaron en Jerusalén para seguir cumpliendo su misión en el Templo, en donde estaba depositado el Sagrado Tesoro del Arca de la Alianza. Todos los habitantes, cuando veían marchar al rey David, lloraban con grandes sollozos. El rey atravesó con su familia y acompañamiento el torrente Cedrón, y subió llorando la cuesta del Huerto de los Olivos. Cuando llevaban ya un largo trecho de camino, les salió al encuentro Cusái, otro de los consejeros del rey, quien le mandó a Jerusalén para que, desde allí, le enviara noticias de lo que fuera sucediendo. Después, el rey, al llegar a una ciudad, tuvo que soportar humildemente las maldiciones que, un hombre de la parentela de Saúl, llamado Semei, lanzaba sobre él, diciendo: «*Anda, anda, David, hombre sanguinario, hombre de Belial, ahora te ha dado el Señor el pago de toda la sangre derramada de la casa de Saúl. Por haber tú usurpado el reino, el Señor lo ha puesto en manos de tu hijo Absalón. Mira cómo te ves ahora oprimido de males por haber sido un hombre sanguinario*». Y mientras esto decía, arrojaba piedras contra David. Entonces Abisai dijo al rey: «*¿Y por qué ese perro ha de estar maldiciendo al rey mi señor? Iré y le cortaré la cabeza*». Mas el rey le respondió: «*Dejadle que me maldiga. Pues, si el Señor permite que maldiga a*

David, ¿quién osará pedirle razón del por qué lo permite? Vosotros estáis viendo que un hijo mío nacido de mis entrañas busca cómo quitarme la vida. Pues, ¿qué importa que me maldiga uno que no es de mi sangre? Dejadle, pues, que me maldiga conforme a la permisión del Señor. Quizás así el Señor se apiadará de mí y me volverá bienes por las maldiciones que en este día recibo».

3. Cusái, gran amigo y siervo leal del rey, volvió a Jerusalén, adonde llegó al mismo tiempo en que entraba también Absalón, con su ejército, acompañado de Aquitofel. Mas, Cusái, hombre astuto, pensando que así prestaría mejor servicio a David, de su propia iniciativa y sin que el rey se lo mandara, se presentó a Absalón fingiéndole lealtad, y le dijo: «*Oh rey, ¡Dios te guarde!*». Y respondióle Absalón: «*¿Cómo no has ido a acompañar a tu amigo David? ¿Esta es la gratitud tuya para con él?*». Mas Cusái respondió: «*De ningún modo, porque yo he de servir a quien el Señor ha elegido y proclama como rey del Pueblo de Israel. Como he obedecido a tu padre, de la misma manera te obedeceré también a ti*». Seducido Absalón por las aduladoras palabras de Cusái, le nombró su consejero para que, de acuerdo con Aquitofel, ahora enemigo acérrimo de David, deliberasen acerca de las medidas que debían tomarse para exterminar a éste. Gravísimos males hubieran causado a David los perversos consejos de Aquitofel, sin el fuerte contrapeso de la autoridad de Cusái, que se interpuso muchas veces para que, Absalón, no siguiera las indicaciones del otro consejero. Uno de los inicuos consejos que el malvado Aquitofel dio a Absalón, fue el de que violara a las cuatro esposas concubinas de David, y así pisotear el sagrado honor que le debía como rey en lo concerniente al respeto a sus esposas. Dijo, pues, Aquitofel a Absalón: «*Abusa de las cuatro esposas concubinas de tu padre David, que él ha dejado aquí en Jerusalén para guardar su palacio, a fin de que, sabiendo todo Israel que has hecho esta afrenta a tu padre, menosprecien a éste y se unan más a ti*». Levantaron, pues, para Absalón un pabellón en el terrado del palacio, para que, de manera notoria a todos los de Jerusalén, llevara a cabo la profanación del lecho de su padre con general escándalo. Las cuatro concubinas de David accedieron gustosamente a los deseos lujuriosos de Absalón, que era joven y de gran hermosura, no sólo por la complacencia, sino sobre todo para ganarse al que se había proclamado por nuevo rey de Israel y quedarse como esposas de él; pues, además, ellas habían visto cómo el rey David, de sesenta años de edad, había huido de Jerusalén llevando sus esposas de primer orden. El soberbio Absalón se erigió un monumento en el valle de Josafat, porque decía: «*Yo no tengo hijos, y esto servirá para memoria de mi nombre*»; pues, Absalón era estéril y, por tanto, no dejaba descendencia para memoria suya.

4. Otra de las perversas maquinaciones de Aquitofel, fue el hacer a Absalón el siguiente sugerimiento: «*Tómame doce mil hombres y partiré esta noche a perseguir a David mientras camina; y echándome sobre él, como estarán todos cansados y desmayados, los derrotaré. Y luego que huyere toda la gente que le acompaña, quedará el rey desamparado y acabaré con él. De esta manera traeré hacia ti a todos aquellos que van con el rey*». Pareció-

le bien a Absalón el consejo de Aquitofel, mas, no obstante, llamó a Cusái para oír también su dictamen, el cual le dijo sagazmente: *«Por esta vez no me parece tampoco bueno el consejo de Aquitofel, pues tu padre y la gente que lo sigue son varones muy valientes, y es casi seguro que Aquitofel y su ejército fracasen en sus intentos, siendo derrotados, lo cual se publicaría por todo Israel con gran descrédito tuyo»*. Además, Cusái, para tener tiempo de avisar a David a fin de que éste preparase sus tropas, sugirió a Absalón que reuniese un gran ejército en un lugar determinado de Israel y cayese repentinamente sobre el rey para que no escapara ni un solo hombre. Enseguida, dijo Cusái al Sumo Sacerdote Abiatar y al Sacerdote Sadoc que, en secreto, enviaran cuanto antes a decir a David: *«No te detengas esta noche en las campiñas del desierto, sino pasa sin dilación a la otra parte del Jordán, no sea que te veas arrollado con toda tu gente por las tropas de Absalón»*. Avisado, pues, el rey, mandó levantar las tiendas y siguió con todos los suyos pasando el Jordán. Mientras tanto, Aquitofel viendo que Absalón había preferido la opinión de Cusái, herido profundamente en su amor propio, se fue a su ciudad y se ahorcó.

5. La paciencia y resignación con que soportaba David todas estas amarguras, fueron premiadas por el Señor Dios de Israel; pues, una vez pasado el Jordán, se unieron al rey muchos y muy valientes guerreros dispuestos a defenderle a toda costa; y ya en la ciudad israelita de Rabá, se hospedó en ella. Y tres ilustres y ricos varones israelitas, llamados Sobi, Maquir y Berzellái, le proporcionaron víveres en abundancia y cómodo alojamiento. Maquir era hermano de la madre de Mifiboset.

6. El soberbio Absalón, confió el mando de sus tropas al general Amasa, primo suyo, y se dirigió en busca de su padre, acampando en la tierra de Galaad. El rey David, habiendo pasado revista a su gente, los dividió en tres cuerpos, poniendo a uno bajo el mando de Joab, otro bajo el mando de Abisai su hermano y otro bajo el mando de Etai. Y dijo después el rey a sus tropas: *«Yo quiero también salir con vosotros a combate»*. Mas, respondieronle los tres generales: *«No debes venir de ningún modo, pues aun cuando los enemigos nos hagan huir, o incluso nos mataran a la mitad de nosotros, no quedarán muy satisfechos, porque tú solo vales por diez mil»*. Díjoles el rey: *«Haré lo que bien os pareciere»*. Y púsose en la puerta de la ciudad y, una vez que desfilaron delante del rey, los soldados se dirigieron al lugar del combate. Mas, David dio a su generalísimo Joab, a Abisai y a Etai esta orden: *«Conservad a todo trance la vida de mi hijo»*; pues, David deseaba que se lo llevasen con vida para tratar de corregirle con amor y encauzarle por el camino de la virtud. Y oyó todo el ejército que el rey mandaba a los tres caudillos que le trajesen vivo a Absalón. Salieron, pues, los ejércitos de David a pelear contra las huestes del rebelde Absalón, y dióse la gran batalla, entre ambos bandos, en el bosque de Efraín, próximo a Mahanaín. La derrota de los rebeldes, por el ejército de David, fue general y sangrienta, pues quedaron muertos en el campo veinte mil hombres del bando de Absalón. Y sucedió que, huyendo éste montado en un mulo, se encontró con la gente de David; y, a fin de esquivarla, se metió cabalgando debajo

de una frondosa encina, en donde quedó colgado por los cabellos, en el aire, y murió desnucado. Al punto, Joab hizo tocar la trompeta y detuvo al ejército para que no persiguiese a los rebeldes que iban huyendo, a fin de que, reconociendo su error, volviesen a ser leales al rey. Y descolgaron el cuerpo de Absalón, y se lo llevaron a David, el cual lo enterró en el valle de Josafat, de Jerusalén.

7. El trágico fin de Absalón debe servir de saludable escarmiento a todos los hijos, para que entiendan cuán gravísimo pecado es injuriar, perseguir y ofender a sus padres, a quienes, por el contrario, deben amar, respetar y obedecer siempre, excepto en aquello que esté en oposición a la Ley Santa de Dios.

Capítulo XIV

Anuncian a David la derrota y muerte trágica de Absalón. David llora amargamente por su hijo. Rebelión de Seba. Guerra contra los filisteos. Matrimonio de Salomón y nacimiento de su primogénito

1. Poco después de la muerte de Absalón, el generalísimo Joab envió mensajeros para que comunicasen a David la muerte de su hijo. El rey se hallaba en la ciudad israelita de Rabá. Y al llegar, dijeron al rey: *«¡Albricias, rey señor nuestro!, porque Dios ha hecho justicia hoy a tu favor contra el poder de todos los que se rebelaron contra ti»*. Mas el rey preguntó: *«¿Está vivo y sano mi hijo Absalón?»*. Y cuando supo David que había muerto su hijo, lleno de tristeza subióse a la torre del palacio y lloraba amargamente diciendo: *«¡Hijo mío Absalón, Absalón, hijo mío!: ¿quién me diera que yo hubiera muerto por ti, a fin de salvar tu alma de una posible condenación eterna? ¡Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón!»*.

2. Y cuando Joab llegó a Rabá, le avisaron que el rey estaba llorando y hacía duelo por su hijo, por lo que la victoria, aquel día, convirtiéndose en luto para todo el ejército, pues oían decir: *«El rey está traspasado de dolor por causa de su hijo»*. Y fue tal el profundo sentimiento con que lloró David la muerte de Absalón, que el ejército tuvo que suspender su entrada triunfal en la ciudad de Rabá, y los festejos públicos que con este motivo se acostumbraba. Y cuando David, cubierta su cabeza de ceniza, se hallaba exclamando en alta voz: *«Hijo mío Absalón, Absalón hijo mío»*, entró Joab adonde el rey estaba, y le rogó que saliese fuera y hablase a sus soldados, para manifestarles lo muy satisfecho que estaba con ellos por el servicio que le habían prestado. Y David, ante las palabras de Joab, salió a la puerta de su residencia palaciega de Rabá. Y cuando lo supo el pueblo, vino toda la gente a presentarse delante del rey para honrarle y manifestarle su gratitud por la victoria obtenida contra los rebeldes secuaces de Absalón. Y después, los que fueron marchando a sus destinos, decían por todas partes: *«¿Por qué no hacéis volver al rey a Jerusalén? pues Absalón, que engañó al pueblo traicionando a David, ha muerto»*. Y como el rey hubiera concedido un perdón general para todos los de Israel que se habían puesto al

lado de Absalón, esta generosa indulgencia corrió de boca en boca por todas partes, de suerte que David ganó el corazón de todos los israelitas, por lo que los ancianos de Jerusalén, después de haber dado sepultura a Absalón, enviaron a decir al rey: *«Vuelve de Rabá con todos los tuyos»*. En su camino de vuelta, una vez pasado el Jordán, una gran multitud de Israel fue hasta Gál-gala para recibir al rey, encontrándose entre ellos Semeí, el cual, postrándose delante de él, díjole: *«No quieras, rey mío, castigar mi maldad, ni te acuerdes de las maldiciones recibidas de tu siervo en el día que saliste de Jerusalén. Y porque reconozco el crimen que cometí al injuriarte y apedrearte, he venido hoy a pedirte perdón»*. Y aunque Abisai, uno de sus generales, le dijo al rey que matase a Semeí, David dijo: *«¿Es acaso hoy un día de hacer morir un hijo de Israel, máxime si está arrepentido?»*. Y luego dijo a Semeí: *«Te perdono, yo te juro que no morirás»*. Venía acompañando al rey el anciano Berzellái, uno de los que había ayudado a David, cuando éste llegó a Rabá, con comidas y alojamiento. Y el rey, muy agradecido, dijo al anciano: *«Vente conmigo para que vivas en mi compañía»*. Y respondió Berzellái: *«Ochenta años tengo, ¿estoy en edad ahora para ir con el rey a Jerusalén? ¿Cómo podré yo prestar servicio al rey mi señor? Suplícote, pues, que me dejes morir en mi ciudad, y que sea sepultado junto a mi padre y mi madre. Aquí tienes a mi hijo Camaán, éste puede ir contigo, mi rey y señor, y haz lo que bien te parezca»*. Y dijo el rey: *«Venga, pues, conmigo Camaán, que yo haré por él todo lo que desees»*. Y el rey besó a Berzellái, lo llenó de bendiciones, y él volvió a su casa.

3. Tras la victoria contra las huestes de Absalón, David volvió de nuevo a Jerusalén, y fue recibido por la multitud con gran júbilo y salvas. Una vez en palacio, no queriendo repudiar a las cuatro concubinas que habían cohabitado con su hijo Absalón, las metió en una casa en donde vivieron en rigurosa clausura y con gran vigilancia, sin que les faltaran alimentos. Allí estuvieron encerradas hasta el día en que murieron, viviendo como si fueran viudas, pues jamás David tuvo ya trato alguno con ellas.

4. Poco tiempo después que David hubiera vuelto a Jerusalén, se rebeló contra él un hombre de la parentela de Saúl, llamado Seba, al cual siguió un grupo de israelitas reaccionarios al rey, renovadores del saulismo, bajo las órdenes del general Amasa. Seba y los suyos se dirigieron al norte de Israel. Enterado Joab, salió con sus soldados en persecución de los rebeldes, y en el camino, luchando con ellos dio muerte a Amasa. Luego siguió en persecución de Seba, quien logró refugiarse en la ciudad de Abela, a cuyos habitantes engañó diciendo que Joab con sus tropas venía a destruir la ciudad, y que, por tanto, debían cerrar las puertas para que no entrase. Cuando llegó Joab ante las murallas de la ciudad estaban cerradas sus puertas; mas, un centinela, asomado en lo alto, dijo: *«¿Vienes a arruinar esta ciudad?»*. Y respondió Joab: *«No vengo yo a arruinar a la ciudad, sino en busca de un hombre llamado Seba que se ha rebelado contra el rey David»*.

Entregadnos ese hombre y nos retiraremos al instante». Y dijo entonces el centinela: *«Pues ahora mismo te echarán su cabeza por el muro»*. En efecto, los de la ciudad cortaron la cabeza de Seba, y se la arrojaron fuera de la muralla. Joab se retiró de allí con sus tropas y volvió otra vez a Jerusalén junto al rey.

5. En el año 4168, cuando David tenía sesenta y un años de edad, los filisteos, siempre al acecho, vinieron por el desierto de Arabia para invadir el Pueblo de Israel por la parte oriental. El Profeta Natán comunicó a David, de parte del Santísimo Melquisedec, el intento de invasión de esos filisteos, y que, por tanto, debía ir con su ejército a hacerles frente. David los persiguió, los venció y tomó siete ciudades enemigas del desierto de Arabia. Tras esta victoria, David volvió a Jerusalén, en donde entonó un himno de acción de gracias a Dios por el triunfo, diciendo entre otras cosas: *«El Señor es mi baluarte, mi fortaleza y mi salvador. Dios es mi defensa, mi escudo y el apoyo de mi salvación. En él esperaré siempre. Él es el que me ensalza sobre mis enemigos. Él es mi amparo. Invocaré al Señor, a quien se debe toda alabanza, y seré salvo de mis enemigos. Viva para siempre el Señor y sea bendito mi Dios. Sea bendito el Dios fuerte que me ha salvado. Por todo lo cual cantaré, oh Señor, tus alabanzas en medio de las naciones y cantaré cánticos en honor de tu Santo Nombre»*.

6. En el año 4169, tres milenios antes de la Entronización de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo en el Sagrado Lugar del Lentisco del Palmar de Troya, el Profeta Natán, de parte del Santísimo Melquisedec, comunicó a David el lugar exacto de Jerusalén en donde había de ser construido el majestuoso Templo, para lo cual Natán acompañó al rey hasta el lugar. En este mismo sitio es donde antes estuvieron los Templos construidos, respectivamente, por nuestro santo padre Adán, el Santo Patriarca Heber y el Santísimo Melquisedec. David, desde entonces, comenzó a acumular gran cantidad de oro, plata, piedras preciosas, maderas y otros materiales nobles, para la futura construcción del Templo.

7. En el año 4173, a la edad de veintiséis años, Salomón, por consejo de su padre, se casó con la hermosísima joven de Jerusalén llamada Sión, de la tribu de Judá. Este primer matrimonio de Salomón fue, pues, conforme a la Ley de Dios. Al año siguiente, 4174, le nació a Salomón, de su esposa Sión, su hijo primogénito, al que puso el nombre de Roboán al ser circuncidado.

Capítulo XV

Las cuatro últimas guerras de David

Durante el año 4175, cuando David tenía sesenta y ocho años de edad, los filisteos, desde Egipto, con una numerosa flota, vinieron cuatro veces por el Mar Mediterráneo y desembarcaron cada vez por el puerto próximo a la ciudad israelita de Azoto. Cada una de estas invasiones dio lugar a una guerra contra los filisteos que el rey David tuvo que librar al frente de su ejército. En cada una de estas batallas, el rey David triunfó contra los ejércitos enemigos dejándolos totalmente abatidos.

Capítulo XVI

Adonías, cuarto hijo de David, pretende el Reino de Israel.

Salomón es ungido y proclamado príncipe heredero. David perdona a Adonías.

Muerte del rey David, el León de Judá

1. En el año 4177, último de la vida de David, siendo ya anciano, se vio afectado por una extraña dolencia que impregnaba su cuerpo de un frío tan intenso que no podía entrar en calor, a pesar de que, en su dependencia, tenía un hogar de leña encendido. Viendo sus siervos lo mucho que padecía, dijéronse: «Buscaremos, para el rey, nuestro señor, las mejores lanas de Jerusalén, con las que fabricaremos cobertores especiales que le proporcionen calor suficiente». Tomaron, pues, de los mejores rebaños, lana abundante; y, una vez fabricados los cobertores, trajéronselos al rey, el cual se vio muy aliviado del frío que traspasaba sus huesos.

2. Adonías, cuarto hijo de David, ambicionaba suceder en el trono a su padre, ya que habían muerto los tres hermanos que le precedían; mas, temiendo que se frustraran sus aspiraciones, ya que barruntaba que la voluntad del rey era que le sucediese Salomón por las atenciones que a éste prodigaba, estuvo a la espera de una ocasión favorable para usurpar el trono por la fuerza, pues decía: «Yo reinaré». Y como viera a su padre imposibilitado en el lecho por la enfermedad que le conduciría a la muerte, se hizo carros a imitación de su difunto hermano Absalón; y tomó gente de a caballo y a pie que le servían de escolta, para que todos le reconociesen como el príncipe heredero; llegando a tanto su desmedida ambición que, aun viviendo David, se proclamó rey de Israel, para lo cual contó con la ayuda de Zahir, general del ejército de David, de una parte de los soldados, así como de otros muchos israelitas rebeldes. Esta ilícita proclamación real fue celebrada con un gran banquete. Mas, Adonías no contó con el apoyo del Sumo Sacerdote Abiatar ni del Sacerdote Sadoc ni del generalísimo Joab, ya que ellos condenaron la rebelión contra su padre.

3. Cuando llegó a oídos del Profeta Natán que Adonías se había proclamado rey, el profeta fue enseguida a palacio y se entrevistó con Betsabé, madre de Salomón, a la cual dijo: «¿No sabes que Adonías, hijo de Haguit, se ha hecho rey sin que David nuestro señor lo sepa?». Y entonces Betsabé declaró a Natán cómo su esposo el rey le había jurado privadamente que su hijo Salomón le sucedería en el trono, decisión que sólo ella sabía. Natán, asombrado por la noticia, dijo a Betsabé: «Toma mi consejo y preséntate ante David tu esposo, y dile: ¿No es verdad, oh rey y Señor mío, que tú me dijiste: 'Te juro por el Señor Dios de Israel que nuestro hijo Salomón reinará después de mí, y se sentará en mi trono? Pues, ¿cómo es que reina Adonías?'. Y cuando tú estés aún hablando al rey, llegaré yo y apoyaré tus razones». Entró, pues, Betsabé, en el cuarto del rey su esposo, y le habló tal y como Natán le había dicho, y, además, agregó ella: «¡Oh rey y esposo mío!, todo Israel tiene vueltos sus ojos hacia ti espe-

rando que declares quién debe sentarse después de ti en tu solio real; pues, de lo contrario, sucederá que, luego que el rey, mi señor, hubiere muerto, habrá guerras fratricidas para ocupar el trono». Estaba todavía hablando Betsabé con el rey, cuando llegó el Profeta Natán, quien, postrándose hasta el suelo, le dijo: «Oh rey y señor mío: ¿Has dicho acaso: 'Reine después de mí Adonías y sea él quien ocupe el trono'?», pues hoy se ha proclamado rey. Y sus seguidores le han reconocido como tal diciendo: '¡Viva el rey Adonías!'. ¿Es posible que mi Señor el rey haya dado tal orden y que no me haya comunicado a mí, tu siervo fiel, quién debe sentarse en el trono del rey, mi señor, después de su muerte?».

4. Y como Betsabé se hubiese ausentado de la cámara real para que Natán hablara a solas con David, éste, tras oír las quejas del profeta, dijo: «Llama a Betsabé». Así que ella hubo entrado en la dependencia del rey, le dijo: «Vive Dios, Quien ha librado mi alma de todo peligro, que así como juré por el Dios de Israel diciendo: Tu hijo Salomón reinará después de mí y el se sentará sobre mi trono después de mí, así lo ejecutaré hoy». Y Betsabé, inclinando el rostro hacia la tierra, dijo: «¡Viva para siempre David, el rey mi señor!». Dijo después David al Profeta Natán: «Manda juntar mi guardia, y haz montar a mi hijo Salomón en mi mula, y condúcelo a la Gruta de la cima del Monte de los Olivos; allí lo ungirás por futuro rey de Israel. Seguidamente, tocaréis las trompetas, y diréis: ¡Viva el príncipe heredero Salomón, futuro rey de Israel!. Después, sentado Salomón sobre mi mula, acompañado de vosotros, volverá a la ciudad y entrará a ella por una de las puertas de las murallas que mira al Monte de los Olivos, y tras mi muerte vendrá a sentarse sobre mi trono, y él reinará en mi lugar». Contestó Natán: «Así sea, así lo confirme el Señor y Dios del rey mi amo. Como el Señor ha protegido al rey mi amo, así guarde a Salomón y ensalce su trono, como ha ensalzado el trono de mi amo el rey David». El Profeta Natán hizo pública la decisión de David de ungir a su hijo Salomón para futuro rey de Israel. Ese mismo día del año 4177, el Profeta Natán hizo montar a Salomón en la mula del rey David, y le condujo a la cima del Monte de los Olivos. Y en una cueva, hoy llamada Gruta del Padrenuestro, el Profeta Natán ungió a Salomón con el óleo; y, después, cuando la guardia tocó las trompetas, gritó todo el pueblo: «¡Viva el príncipe heredero Salomón, futuro rey de Israel!». Seguidamente, Salomón, montado sobre la mula, volvió a la ciudad de Jerusalén y entró por la puerta de la muralla conocida después como la Puerta Dorada. Todo el pueblo iba detrás del príncipe heredero Salomón, y una tropa de soldados armados tocaban las trompetas y era tan grande el júbilo, que resonaba la tierra con sus aclamaciones. El príncipe heredero Salomón, sobre la mula, y acompañado del Profeta Natán, y de una inmensa muchedumbre, se dirigió al Templo; y al llegar al atrio, recibió los honores del Sumo Sacerdote Abiatar, del sacerdote Sadoc y de los demás sacerdotes y ministros levitas.

5. Poco después de la elección de Salomón como príncipe heredero del trono, el Señor Dios de Israel tuvo a bien mejorar un poco a David en su salud; de manera que ya podía levantarse de la cama y andar por sus dependencias. Durante los tres últimos meses de su vida, el rey David, entre otros consejos, mandó a su hijo Salomón que edificase en Jerusalén un suntuoso Templo al Señor Dios de Israel, por lo que le dijo: *«Hijo mío, mi voluntad fue la de edificar un Templo al Señor Dios, pero el Señor me habló y dijo: 'Tú has manchado tus manos de sangre matando al inocente general Urías para casarte con su esposa Betsabé, con la cual habías ya adulterado. Por tanto, tú no serás el que edifique el Templo a mi Nombre, sino que lo hará un hijo tuyo. Él edificará el Templo a mi Nombre, él será mi hijo y Yo seré su padre, y afirmaré el solio de su reino para siempre'»*. Y añadió David: *«Ahora, pues, hijo mío, Salomón, el Señor sea contigo y seas feliz. Y tras mi muerte, edifica el Templo al Señor Dios tuyo»*. David dio a Salomón el diseño de cómo debían hacerse todas las obras, el modelo de todos los objetos sagrados y la distribución de los departamentos; para cuyas obras tenía ya recogida gran cantidad de oro, plata, piedras preciosas, cobre, hierro, maderas y otros materiales nobles. Y, además, dijo David a Salomón: *«Anímate, pues, y manos a la obra, y el Señor sea contigo»*. Y mandó David a los príncipes de Israel que ayudasen a su hijo Salomón en la magna obra del Templo.

6. Varias semanas antes de la muerte del rey David, su hijo Adonías solicitó ser recibido por su padre para implorar su perdón, y el rey David accedió. Adonías, haciendo las debidas reverencias, pidió perdón sinceramente a su padre, con abundantes lágrimas. Además, reconoció a su hermano Salomón como heredero del trono, por ser ésta la voluntad del rey. David manifestó su perdón a su hijo Adonías.

7. Tres días antes de la muerte de David, el profeta Natán, de parte del Santísimo Melquisedec, comunicó al rey que iba a entregar su reino a su hijo Salomón con algo más de tres millones y medio de israelitas, entre varones y varonas, tanto de los israelitas según la carne como de los israelitas según sólo la fe. David, pues, no hizo ningún censo del Pueblo de Israel, sino que le comunicó el Señor cuál era el número de sus súbditos. Por tanto, fue Salomón quien, en los últimos años de su reinado, debido a su pagana y corrompida vida, imputó injustamente a David el grave pecado de que había mandado hacer un censo de la población del Pueblo de Israel movido de orgullo y presunción, en contra de la voluntad de Dios. Esta calumniosa acusación la hizo después Salomón con el fin de denigrar el nombre de su difunto padre, tachándole de soberbio, orgulloso y desobediente, vicios que precisamente dominaron a Salomón durante la última etapa de su vida. La pluma de Salomón manipuló con algunos de sus escritos no pocos pasajes de las Sagradas Escrituras;

pues, lo que pretendía este rey soberbio era resaltar defectos graves en los demás para que prestaran menos atención a los suyos, muchos de ellos gravísimos.

8. Poco antes de morir, David dio a su hijo Salomón sabios y prudentes consejos. Entre otras cosas, le dijo: *«Yo voy a morir, pues este es el fin de todo mortal. Ten tú buen ánimo y pecho varonil. No temas ni te acobardes, y observa los mandamientos del Señor Dios de Israel, siguiendo sus caminos, guardando sus ceremonias, sus preceptos, leyes y estatutos, como está prescrito en la Ley de Moisés. Y así, el Señor Dios de Israel te ayudará para que aciertes en todo cuanto hagas y en cuanto pongas la mira. De esta manera también el Señor confirmará las palabras que me dio, diciendo: 'Si tu hijo guardare el buen camino y anduviere delante de Mí en verdad, de todo corazón y de toda su alma, ocupará siempre alguno de tu linaje el trono de Israel'. Concédete el Señor sabiduría y prudencia para poder gobernar a Israel, guardar la Ley del Señor Dios y exigir que la guarden todos tus súbditos»*. Finalmente, David recordó a su hijo Salomón, así como a los ancianos que se hallaban junto al lecho de muerte, que llevasen a cabo su tan vehemente deseo de levantar el Templo del Señor Dios de Israel, y les dijo: *«Disponed, pues, vuestros corazones, y preparad vuestras almas, y buscad al Señor Dios. Manos, pues, a la obra, y edificad el Templo del Señor Dios en Jerusalén, para que el Arca de la Alianza y los vasos sagrados sean trasladados desde el Templo provisional, que ahora existe, al que construiréis con suma magnificencia y riqueza»*.

9. No es verdad que David en su lecho de muerte mandara a Salomón que diera muerte a Joab, ni que tampoco diera muerte a Semeí. Esto fue otra mentira de Salomón tras la muerte de su padre, para así tener un falso pretexto, ante el pueblo, de dar muerte a Joab. David, en su lecho de muerte, sólo se preocupó en pedir perdón a Dios por sus pecados, de llorar con lágrimas vivas, y de recomendar a Salomón que fuera mejor rey que él.

10. En ese mismo año 4177, tres milenios antes de la elevación al solio pontificio de Su Santidad el Papa Gregorio XVII, tras las recomendaciones hechas a su hijo, y después de bendecirlo, el rey David, el León de Judá, murió en su palacio del Monte Sión, en Jerusalén, a los setenta años de edad y cuarenta de su glorioso reinado. Su muerte fue santa y envidiable. Salomón, desecho en lágrimas, con el corazón entregado, lleno de emoción y agradecimiento, pues amaba mucho a su padre David, le cerró los ojos y le dio sepultura cerca de su palacio; y tanto él como todo el Pueblo de Israel, guardaron treinta días de duelo.

11. Salomón heredó de su padre, el rey David, un reino fuerte y muy extenso; pues, además de todos los territorios que habían pertenecido al Santo Patriarca Abrahán, recibió también otra parte del desierto de Arabia que había conquistado David con su espada.

Libro III

Salomón, tercer rey del Pueblo de Israel

Capítulo I

Salomón queda constituido rey del Pueblo de Israel

1. En el año 4177, tras la muerte del rey David, su hijo Salomón heredó el trono del extenso territorio de Israel. Salomón guardó treinta días de duelo por su difunto padre. La víspera del cumplimiento del día treinta, o sea, el vigésimo nono día de esa treintena, en una cueva hoy llamada Gruta del Padrenuestro o de las Enseñanzas, que está en el Monte de los Olivos de Jerusalén, el Santísimo Melquisedec santificó al rey Salomón y a la reina Sión su esposa, tocando los labios de cada uno con la Triple Bendición, recibiendo los dos en sus almas la Habitabilidad del Espíritu Santo; pues, conociendo Dios el carácter apasionado de Salomón, le quiso prevenir y fortalecer con la Gracia Santificante, y este privilegio fuese para él una gran ayuda en su vida.

2. Después de ser santificados, el Santísimo Melquisedec dirigió las siguientes palabras a Salomón: *«Aunque es lícito que tengas más esposas, es de mi agrado que Sión sea tu única esposa»*. Con este aviso, el Santísimo Melquisedec, quiso advertir al rey de los terribles peligros que correría su alma si se casaba con otras mujeres; de cuyos desvíos quería liberarle con esta paternal exhortación. De manera que si Salomón no cumplía lo que era del agrado de Dios manteniéndose monógamo, caería en gravísimas desviaciones; como lamentablemente así acaecería a partir del décimo año de su reinado, en que el rey, en contra del mandato divino, se casó con la pagana Artemisa, hija del Faraón, y con otras múltiples mujeres paganas.

3. Terminados los treinta días del duelo por su padre, el rey Salomón convocó a los príncipes, ancianos y demás súbditos del Pueblo Escogido para que se congregaran en Jerusalén ante el Templo provisional erigido por el rey David en el Monte Sión. El virtuoso Profeta Natán, ungió a Salomón rey de Israel, en presencia del Sumo Sacerdote Abiatar, del Consejo de ancianos, de los príncipes y cortesanos, y de un gran gentío. Todos, con gran júbilo, aclamaron: *«¡Viva Salomón, rey de Israel!»*. Con motivo de este trascendental acontecimiento, el Sumo Sacerdote Abiatar, hombre ahora virtuoso a pesar de sus antiguos errores y crímenes, el Sacerdote Sadoc y demás sacerdotes del Templo, ofrecieron a Dios, en señal de gratitud, muchas víctimas animales, y realizaron numerosas ofrendas. Entre los que manifestaron públicamente su fidelidad al nuevo monarca, se hallaba su hermano mayor Adonías, el cual falleció pocos meses después a causa de una dolorosa enfermedad.

4. En medio de aquellos solemnísimos cultos, Dios no sólo se dignó manifestar al pueblo su complacencia con múltiples señales milagrosas, sino que, el Santísimo Ananías, apareciéndose a Salomón le dijo: *«Pídeme lo que quieras que Yo te lo concederé»*. Y respondió el rey: *«Oh, mi Dios y Señor, Tú has usado de gran misericordia para con David mi padre, y me has constituido rey a su muer-*

te. Ahora, pues, oh Señor Dios, cúmplase la promesa que hiciste a David mi padre de que ocuparía siempre alguno de su linaje el trono de Israel. Y puesto que Tú me has hecho rey de este extenso y pobladísimo territorio de Israel, dame sabiduría y prudencia para poder gobernar bien a este tu pueblo». Y el Santísimo Ananías dijo a Salomón: *«Esa solicitud no sólo es de tu agrado sino también del mío, pues no has pedido riquezas, ni hacienda, ni gloria, ni larga vida; sino que has pedido sabiduría y prudencia para poder gobernar a mi pueblo, del cual Yo te he hecho rey. Por tanto, te son otorgadas la sabiduría y prudencia que me pides; y, además, te colmaré de riqueza, hacienda y gloria en tanto grado, que resonará por la tierra»*.

Capítulo II

Sabiduría y grandeza de Salomón

1. Dios, pues, hizo a Salomón grande en sabiduría, prudencia y magnanimidad. Su sabiduría aventajaba a la de los otros reyes de los demás países. Era el más sabio de todos los hombres, pues su ciencia abarcaba múltiples materias: las de carácter moral, jurídico, poético, artístico, científico, así como las ciencias naturales. El Rey Salomón dejó a la posteridad cuatro maravillosos Libros morales con santas y sabias sentencias que forman parte de las Sagradas Escrituras, y que él escribió inspirado por el Espíritu Santo: los Proverbios, la Sabiduría, el Cantar de los Cantares y el Eclesiastés. Su ciencia abarcaba también el conocimiento del reino animal, del vegetal y del mineral. Era tan eminente la sabiduría de Salomón, que su fama se había esparcido fuera del territorio de su reino, y venían reyes y súbditos de las distintas naciones a oír sus elocuentes y profundas enseñanzas.

2. Salomón fue uno de los monarcas que más gloria y felicidad alcanzaron en la tierra. Elegido por su padre David con preferencia a los dos hermanos mayores que aún vivían, ciñó en sus sienes la gloriosa corona de Israel, en medio de las más vivas manifestaciones de amor y fidelidad de sus súbditos. Salomón, con su sabiduría y prudencia, enriqueció aún más el orden político, social y administrativo establecido por su padre. Tenía bajo su real autoridad a personas muy competentes para el gobierno del Pueblo de Dios. Además, se servía de hábiles gobernadores sobre todo Israel, los cuales le suministraban copiosas y excelentes provisiones para él, su casa y para los muchos caballos de su guardia y bestias de carga, que poseía a su servicio personal. Los ricos manjares de la mesa de Salomón y el lujo de los salones de su palacio superaban en opulencia a la de cualquier otra corte real.

3. Estas eran las principales autoridades gubernativas que tenía Salomón cuando comenzó su reinado: el generalísimo de sus ejércitos seguía siendo Joab; el ministro principal era Azarías, hijo del Sacerdote Sadoc; los secretarios eran Elihoref y Ahías, hijos de Sisa; el canciller, Josafat, hijo de Ahilud; el superintendente de palacio, era

Banahías; y el confidente del rey, Zabud, hijo de otro Natán, el cual era sacerdote.

4. Uno de los hechos del reinado de Salomón que dejó a la posteridad prueba manifiesta de su gran sabiduría y prudencia, fue el extraño litigio sostenido entre dos mujeres: En los primeros tiempos de su reinado acudieron al tribunal del rey dos mujeres viudas de un mismo esposo; y ya en presencia de Salomón, dijo una de ellas: «*Oh, señor mío, dignate escuchar mi súplica: 'Esta mujer y yo vivimos juntas en una misma casa, y yo parí en el mismo aposento en que ella estaba. Tres días después de mi parto, parió también ella. Sólo las dos nos hallábamos en la casa. Mas el hijo de esta mujer murió una noche; porque estando ella durmiendo le ahogó involuntariamente. Mas, cuando se dio cuenta de la desgracia, se levantó en silencio por la noche; y, estando yo dormida, cogió a mi niño que se hallaba a mi lado, se lo llevó con ella a su cama y puso junto a mí a su hijo muerto. Cuando desperté por la mañana para dar de mamar al que creía era mi hijo, lo hallé muerto; mas, luego, mirándole con mayor atención, reconocí que no era el mío que había parido'.*». A esta declaración, respondió la otra mujer: «*Es falso cuanto dices; pues tu hijo es el que murió, y el que vive es el mío.*». La otra mujer, por el contrario, decía: «*Mientes, pues mi hijo es el vivo, y el tuyo es el muerto.*». Y de esta manera altercaban en presencia del rey. Entonces habló así Salomón: «*Veo que la una dice: 'Mi hijo es el vivo, el muerto es el tuyo'; y que la otra responde: 'No, que tu hijo es el muerto, y el vivo es el mío'.*». El rey, dirigiéndose a uno de sus ministros, le dijo: «*Toma una espada.*». Y así que la hubo tomado, añadió: «*Parte por medio al niño vivo, y da la mitad a una, y la otra mitad a la otra.*». Mas la mujer que era madre del hijo vivo, conmovida en sus entrañas por amor a su hijo, dijo al rey entre lágrimas: «*Te ruego, oh señor, que le des a la otra mujer el niño vivo, y no lo mates.*». Mas, por el contrario, con gran frialdad, decía la que no era madre del niño: «*Divídase en dos partes para que no sea ni tuyo ni mío.*». Entonces, el rey Salomón pronunció esta sentencia diciendo a uno de sus ministros: «*Da el niño vivo a la mujer que ha rogado se le conserve la vida, pues su gran corazón demuestra que ella es su madre.*». Divulgóse por todo Israel la sentencia dada por el rey, y se acrecentó el respeto y consideración de todos hacia Salomón, viendo que le asistía la sabiduría de Dios para administrar la justicia.

Capítulo III

Preparativos para la construcción del Templo de Dios en Jerusalén

1. Salomón, desde el comienzo de su reinado, tuvo muy presente que debía llevar a cabo la sagrada e imperiosa obligación de levantar un templo al Dios Todopoderoso, en donde resplandeciesen con extraordinaria pompa el esplendor de la religión y la magnificencia del culto divino. Y como deseaba cuanto antes iniciar tan magna obra, poco después de comenzar su reinado dijo a los sacerdotes, ancianos, príncipes y ministros de su reino: «*Bien sabéis el deseo que tuvo mi padre David de edificar en Jerusalén un suntuoso templo al Omnipotente Dios de*

Israel, y que, por disposición divina, dicha misión me fue encomendada a mí por mi padre según la orden que él recibió del Señor cuando le dijo: 'No serás tú el que me edifique el Templo, sino un hijo tuyo; pues, cuando hayas terminado tus días, e ido a descansar con tus padres, Yo levantaré después de ti a un hijo tuyo. Éste será el que edifique mi definitivo Templo. Yo afirmaré su regio trono para siempre y será su padre y él será mi hijo'.». Cuando todos oyeron las palabras de Salomón, exclamaron con gran júbilo: «*Bendito sea el Señor que dio a David un hijo sapientísimo para gobernar su pueblo.*»; y luego agregaron: «*Cumpliremos todos tus deseos organizando grupos de operarios especializados para que acumulen más cantidad de maderas de cedro y abeto, abundantes piedras y objetos preciosos para la construcción del Templo.*».

2. Para la realización del santo y ambicioso proyecto del Templo de Dios en Jerusalén, Salomón contaba ya con gran cantidad de oro, plata, piedras preciosas, maderas y otros materiales nobles acumulados por el rey David para ese fin durante su reinado. Mas, a lo ya aportado por su padre, mandó a sus ministros que, bajo la dirección de ellos, organizaran varios grupos numerosos de operarios, no sólo de Israel sino de otras naciones, a fin de acumular los distintos materiales que aún se necesitaban para la edificación del Templo de Dios conforme a la grandeza requerida. Eran más de doscientos mil el número de los operarios dedicados a la preparación de los materiales; a los cuales se les había confiado la tarea de confeccionarlos con precisión y exactitud para facilitar más su colocación en el sagrado edificio a construir. Los operarios, agrupados por su especialidad, bajo la dirección de acreditados artífices, se preocuparon: unos, de cortar cedros, abetos y demás maderas necesarias, existentes en los extensos y exóticos bosques del territorio israelita de Líbano y de territorios fuera de Israel; otros, de arrancar y cuadrar la piedra para los cimientos y paredes, así como ricos mármoles de variadas clases y colores; también, un grupo especializado se dedicó a la adquisición de oro, plata, marfil, piedras preciosas y demás materiales para el enriquecimiento. Además, Salomón exhortó a los hijos de Israel a que ofrecieran para el Templo de Dios todo género de alhajas de oro, plata, pedrería, así como telas, pieles, aromas, madera, etc. a lo cual correspondió su pueblo con extremada generosidad. Salomón hizo un derroche de riqueza en la construcción de todos los utensilios necesarios para el culto de Dios: lámparas, vasos sagrados, incensarios, altares, etc.

3. El poderoso rey Salomón poseyó las dos flotas marítimas más importantes de su tiempo: una, con base en el Mediterráneo, en los puertos del actual Líbano; otra, en el mar Rojo, con base en Asiongaber. Para construir en Jerusalén el gran Templo a Dios, se sirvió de sus dos flotas marítimas, que traían los materiales más nobles de distintos lugares; una de ellas, iba a la ciudad portuaria de Tarsis, hoy Sevilla (España) a traer de allí oro, plata, colmillos de elefantes, monos y pavos reales, tanto para el Templo como para su posterior palacio. El Templo de Salomón sería, durante mucho tiempo, la admiración del mundo por su magnificencia.

Capítulo IV

Construcción del Templo de Jerusalén

1. El majestuoso Templo de Dios en Jerusalén comenzó a construirlo Salomón el 8 de diciembre del año 4180, año tercero de su reinado, cuatrocientos noventa años y medio después de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, y mil años antes de la Inmaculada Concepción de la Divina Virgen María. Salomón construyó el Templo en cuatro años escasos, pues fue terminado el día 21 de noviembre del año 4184, mil años antes de la Presentación e ingreso religioso de la Niña María en el Templo a la edad de tres años, y un milenio después del nacimiento del Santo Patriarca Abrahán.

2. El Templo de Dios fue edificado por Salomón en el Monte Moria, en Jerusalén, en el lugar exacto que el Profeta Natán, de parte del Santísimo Melquisedec, indicó a David. En este mismo sitio es donde antes estuvieron los templos construidos, respectivamente, por nuestro Santo Padre Adán, el Santo Patriarca Heber y el Santísimo Melquisedec. Por tanto, Salomón lo construyó en un lugar distinto del que se hallaba el Templo desmontable y provisional instalado por su padre; pues, este Templo, había sido traído por David desde Hebrón, y emplazado por él sobre el Monte Sión en Jerusalén, en el mismo lugar en que después fue construido el gran edificio en que se hallaba el Cenáculo en el que Cristo celebró la Última Cena con sus Apóstoles e instituyó la Santa Misa. El salón del Cenáculo se hallaba edificado en el mismo lugar en que estuvo el recinto del Santo de los Santos del Templo de David, y, por tanto, en donde estuvo depositada el Arca de la Alianza hasta su traslado al Templo de Salomón.

3. El Templo de Dios construido por Salomón en Jerusalén, era un inmenso recinto compuesto del Tabernáculo o Santo de los Santos, del antetabernáculo o Santo, del vestíbulo y de tres atrios, con una dimensión total de seiscientos codos de largo (318 m.), por trescientos codos de ancho (159 m.).

El Tabernáculo o Santo de los Santos: era un recinto con veinte codos de largo (10,6 m.), por veinte de ancho (10,6 m.) y treinta y ocho de alto (20,14 m.). Formaban sus muros tres paredes sobrepuestas de diferentes materiales: una de piedra, otra de cedro y otra de láminas de oro, acomodadas de tal manera que el oro cubría enteramente la pared de cedro, y éste la de piedra. En las paredes de oro se colocaron ricos relieves con querubines y palmas, hechos de madera de olivo y revestidos de oro; de forma que adornaban las paredes a lo largo, teniendo los querubines las dos alas extendidas, con dos caras: la una de león, que miraba a la derecha; y la otra de hombre, que miraba a la izquierda. En las paredes no había ventana alguna, por lo que el recinto permanecía en completa obscuridad. El artesonado del techo estaba también revestido de láminas de oro, ricamente decoradas. El recinto del Santo de los Santos se separaba del recinto del Santo por una pared con una puerta de madera cubierta con láminas de oro artísticamente decoradas; la cual se cerraba también con una cadena de oro. Detrás de la puerta, en la parte interior del recinto del Santo de los Santos, había un lujosísimo

velo de gran tamaño, llamado velo interior; de manera que el velo impedía que, desde fuera, se viera el tesoro más sagrado, que era el Arca de la Alianza allí depositada; por eso, el Santo de los Santos era el lugar más sagrado y santísimo, al que sólo tenía acceso el Sumo Sacerdote, el cual entraba una vez al año de manera oficial y solemne; pues, fuera de este día, no tenía acceso de manera cultural, aunque sí para otros fines; y también otros Sacerdotes por él designados tenían acceso para llevar a cabo misiones de vigilancia, limpieza, y otras que fuesen necesarias. Al Santo de los Santos se entraba por el recinto del Santo.

El antetabernáculo o Santo: era un recinto de cuarenta codos de largo (21,2 m.), por veinte codos de ancho (10,6 m.), y por veintiocho codos de alto (14,84 m.), cuyas paredes estaban construidas ricamente del mismo material que el recinto anterior, aunque con menos lujo. En la parte superior de las paredes había ventanas enrejadas. El Santo tenía cinco candelabros de oro a la derecha y cinco a la izquierda, cada uno con seis brazos encorvados y uno recto en el centro. Allí se hallaba también la mesa para los trece panes de la proposición, hecha de madera de cedro recubierta de oro. Y en el fondo del recinto, delante de la puerta con el velo del Santo de los Santos, propiamente en el centro, estaba el altar de los perfumes, hecho de madera de cedro recubierta de oro, en donde se quemaba el incienso mañana y tarde. El recinto del Santo estaba separado del recinto del vestíbulo por un gran velo de diversos colores, llamado el velo exterior, el cual impedía ver desde el vestíbulo los objetos de culto allí depositados. Al recinto del Santo se entraba por el vestíbulo o Pórtico de Salomón.

El vestíbulo o Pórtico de Salomón: era un recinto de 30 codos de largo (15,9 m.), por 30 codos de ancho (15,9 m.) y 24 codos de alto (12,72 m.), de gran riqueza artística, que se hallaba delante del recinto del Santo. Tenía parte cubierta y parte al aire libre en el centro. A la entrada había dos columnas de bronce llamadas una Joaquín y otra Booz. Al pórtico de Salomón se tenía acceso directo desde el exterior del Templo, por la puerta principal o Puerta Dorada, que daba al este u oriente. Junto al pórtico, a un lado y a otro del Santo, formando un mismo cuerpo de obra, había sendos edificios de tres pisos cada uno, y de treinta y tres habitaciones cada piso. A estos pisos se subía por unas escaleras en forma de caracol que había en cada lado del vestíbulo. Uno de los edificios, era para uso de los sacerdotes; y el otro, para residencia de mujeres piadosas. Desde el Pórtico de Salomón se tenía acceso directo e independiente a los tres atrios.

Los tres atrios tenían las siguientes características:

El atrio de los sacerdotes: circundaba el Tabernáculo, el antetabernáculo y las dos dependencias anexas, a partir de un lado y otro del Pórtico de Salomón. El atrio de los sacerdotes era un rectángulo de doscientos codos de largo (106 m.), por setenta codos de ancho (37,1 m.). En toda su extensión, tenía una parte cubierta con columnas y otra al aire libre. En este atrio estaba el altar de los holocaustos o sacrificios, que era de madera de cedro, forrado de bronce, con una especie de parrilla encima, y

debajo una especie de fogón donde ardía la leña de los holocaustos encendida con el Fuego Sagrado. Encima de este altar estaba el Fuego Sagrado, en una especie de brasero. Cuando colocaban las víctimas sobre el altar, el Fuego Sagrado era colocado dignamente en otro pequeño altar adjunto. Desde el altar de los holocaustos había un conducto subterráneo que comunicaba con el torrente Cedrón y servía para conducir la sangre de las víctimas. Entre el altar de los holocaustos y el Santo, estaba la pila de bronce en donde se purificaban los Sacerdotes antes y después de los sacrificios. En el atrio de los sacerdotes se hallaba el lugar del gran Sanedrín o Supremo Consejo de los judíos, el trono del rey que ocupaba siempre que asistía al Templo, y el gazofilacio que era una pieza en que se guardaban unas cajas públicas en las cuales se recogían las ofrendas que daba el pueblo para el Templo; estas ofrendas eran allí depositadas desde el atrio de los israelitas a través de una abertura. Desde el atrio de los sacerdotes se tenía acceso al atrio de los israelitas a través de las correspondientes puertas: una al norte, otra al sur y otra al oeste.

El atrio de los israelitas: circundaba en toda su extensión al atrio de los sacerdotes al que servía como muralla. Era un recinto rectangular de cuatrocientos codos de largo (212 m.), por ciento cuarenta codos de ancho (74,2 m.), en el que había espacio cubierto con porticadas y espacio al aire libre. Una parte de este atrio era para los hombres y otra parte para las mujeres. Desde el atrio de los israelitas se tenía acceso tanto al atrio de los sacerdotes como al atrio de los catecúmenos a través de las correspondientes puertas: una al norte, otra al sur y otra al oeste. Se llamaba atrio de los israelitas porque solamente se permitía la entrada a los que profesaban la fe judía.

El atrio de los catecúmenos: circundaba en toda su extensión al atrio de los israelitas al que servía como muralla. Era un recinto rectangular de seiscientos codos de largo (318 m.), por trescientos codos de ancho (159 m.), en el que había espacio cubierto con porticadas y espacio al aire libre. Desde el atrio de los catecúmenos se tenía acceso al atrio de los israelitas a través de las correspondientes puertas: una al norte, otra al sur y otra al oeste. Desde el atrio de los catecúmenos, se tenía acceso al exterior del Templo, a través de sus correspondientes puertas, cada una con su pórtico: al norte, al sur y al oeste. Se llamaba atrio de los catecúmenos porque en él se preparaba a los que iban a profesar la fe judía.

El recinto del majestuoso Templo de Dios construido en Jerusalén por Salomón, tenía, pues, cuatro puertas: la Puerta Dorada, que miraba al este u oriente, que era la principal; otra, que miraba al norte o septentrión; otra, que miraba al sur o mediodía; y otra que miraba al oeste u occidente.

Capítulo V

Solemnísima inauguración del Templo de Dios en Jerusalén

1. Con motivo de la inauguración del Templo de Dios y el consecuente traslado y entronización en él del Arca

de la Alianza, Salomón decretó la celebración de grandes solemnidades, para las cuales se reunieron en Jerusalén todos los sacerdotes, ancianos y príncipes de Israel, así como una inmensa multitud de fieles procedentes de las trece tribus del Pueblo Escogido. El Templo se inauguró oficialmente el 21 de noviembre del año 4184, día en que fue terminada su construcción; si bien no se inauguró de forma cultural hasta el día 8 de diciembre del mismo año, en que el Arca de la Alianza fue entronizada en el Tabernáculo o Santo de los Santos y se ofrecieron los primeros sacrificios de víctimas animales en el nuevo Templo. Sin embargo, durante los diecisiete días que precedieron al glorioso traslado del Arca, hubo solemnes procesiones con motivo del traslado de todos los demás objetos sagrados que estaban en el Templo provisional instalado por David en el Monte Sión.

2. La gloriosa traslación del Arca de la Alianza desde el Templo provisional de David al definitivo Templo de Salomón, fue, pues, el 8 de diciembre del año 4184, diecisiete días después de la inauguración. El Arca de la Alianza fue trasladada a hombros de los sacerdotes del Señor. La solemne procesión iba encabezada por un brillante cortejo de sacerdotes, presididos por el Sumo Sacerdote Abiatar, que precedía inmediatamente al Arca, dentro de la cual se hallaban depositados: el Cáliz de Melquisedec conteniendo la Triple Bendición, las Tablas de la Ley, la copa de oro con el maná, la vara de Moisés, la vara de Aarón y el Pentateuco o Libros originales de Moisés. Detrás del Arca de la Alianza iba el rey Salomón, ataviado con todas sus galas reales, llevando a su derecha a su primogénito Roboán de diez años de edad, y ambos acompañados de los ancianos y príncipes de Israel, y custodiados por la numerosa guardia de palacio. Una gran multitud del pueblo presenciaba el solemnísimo traslado, entre los que se hallaban: Betsabé madre del rey, y Sión su esposa con los otros hijos. Durante el trayecto, los ministros levitas hacían resonar las trompetas, y varios coros entonaban cantos sagrados armonizados por los acordes de los címbalos, las liras, los tambores y las cítaras. La entrada del Arca de la Alianza en el Templo de Salomón fue apoteósica. Una vez colocada el Arca en el Tabernáculo o Santo de los Santos, mientras cantaban todos: *«Alabad al Señor porque es bueno; porque es eterna su misericordia»*, una densa nube, signo de la presencia y de la aceptación de Dios, cubrió todo el Templo, de manera que la gloria del Señor lo había llenado todo. Entonces Salomón con gran voz exclamó: *«El Señor se manifiesta en esta Nube que todo lo cubre, al igual que otras veces se había manifestado tiempos atrás. Gran anhelo tuve, oh Señor, de edificar el Templo, y hoy lo veo cumplido; pues, ha quedado edificada la casa para Morada tuya y Trono tuyo para siempre»*. Y luego Salomón, vuelto el rostro al numeroso concurso de gente, bendijo a todos desde su trono diciendo: *«Bendito sea el Señor Dios de Israel, que ha llevado a efecto la promesa que hizo a David, mi padre. Que tus ojos, oh Señor, estén abiertos a las miradas de tu siervo y de tu Pueblo de Israel, y que tus oídos oigan todas nuestras plegarias»*.

3. Cuando Salomón hubo acabado su ferviente oración, se le apareció el Santísimo Ananías y le dijo: *«He oído tu*

oración y plegaria que has hecho delante de Mí. He santificado este Templo que has edificado a fin de establecer en él mi Nombre para siempre, y mis ojos y mi corazón estarán allí todos los días. Si tú anduvieras delante de Mí como anduvo tu padre, con sencillez de corazón y con rectitud, e hicieras todas las cosas que te he mandado, y guardares mis leyes y mis mandamientos, estableceré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, así como lo prometí a David tu padre, diciendo: 'No faltará varón de tu linaje en el trono de Israel'. Mas, si obstinadamente os apartareis de Mí vosotros y vuestros hijos, no siguiéndome ni guardando mis mandamientos y mis ceremonias que os tengo prescritas, y os desviareis para dar culto a falsos dioses y adorarlos, quitaré a mi pueblo de la superficie de la Tierra de Israel que les di, y permitiré que sea destruido el Templo consagrado a mi Nombre, e Israel vendrá a ser la burla y el escarnio de todas las gentes, que pasmadas dirán: '¿Por qué el Señor ha procedido así con este su Pueblo y con este su Templo?'. Y recibirán la siguiente respuesta: 'Porque abandonaron al Señor su Dios y se fueron tras los falsos dioses, y los adoraron y les dieron culto. Por esto el Señor ha permitido todo este mal sobre ellos'».

4. Desde el día 8 de diciembre hasta el 15 del mismo mes, entre otras numerosas y diversas ofrendas, se sacrificaron en el nuevo y majestuoso Templo de Dios un gran número de bueyes y de ovejas, que fueron ofrecidas, al Dios Todopoderoso, en el altar de los holocaustos, por el Sumo Sacerdote y demás sacerdotes, en turnos ininterrumpidos de día y noche. El día 8 de diciembre, durante el primer sacrificio, Dios manifestó por segunda vez su gloria por medio de la Nube, y un fuego bajado del Cielo consumió las víctimas que estaban colocadas encima del altar, lo cual fue presenciado por el pueblo, con santo respeto e indescriptible regocijo. Las solemnidades que durante estos ocho días se celebraron en el Templo de Salomón, fueron después conmemoradas anualmente con el nombre de fiesta de la Dedicación del Templo.

5. Tras la inauguración del majestuoso Templo a Dios levantado por Salomón, fue desmontado el Templo portátil que había instalado el rey David en el Monte Sión, y guardado en las dependencias del Templo.

Capítulo VI

Salomón manda construir sinagogas en todo Israel

1. Si bien antes del rey Salomón, desde los tiempos del Caudillo Josué, según lo había mandado Moisés, existían sinagogas repartidas en distintos puntos de la Tierra de Israel para enseñar la Ley de Dios, no obstante, no era de manera fija, ni disciplinada ni organizada. Fue el rey Salomón, el que, tras la terminación del Templo y entronizada en él el Arca de la Alianza, ese mismo día 8 de diciembre del año 4184 instituyó sabia y santamente la Sagrada Sinagoga; de manera que, obligatoriamente, todas las ciudades, pueblos y aldeas de Israel, por pequeños que fuesen, debían tener al menos una sinagoga, según la población y grandeza de la ciudad, y así el pueblo ser instruido en la Ley divina. Desde la institución de la sinagoga por

Salomón, no faltó, pues, al menos una sinagoga en cada lugar.

2. La sinagoga, de acuerdo con las posibilidades de la población, había de ser un edificio rico, para el honor y gloria de Dios, por cuanto se trataba de enseñar su Divina Palabra. Cada sinagoga tenía al menos un altar. En el lugar principal del mismo, al fondo, frente a la puerta de entrada del edificio, había una arqueta, lo más rica y dignamente posible, pues muchas de ellas eran de oro y bien labradas, en la que estaban depositadas las copias, en rollos o pergaminos, de la Ley de Dios. No podía faltar copia del Pentateuco, del Libro de Josué, de los Salmos de David y de algunos de los Profetas, entre otros.

3. Los Libros se guardaban en fundas bordadas dentro de la arqueta, la cual tenía delante un velo o cortina interior, de gran riqueza; de manera que, cuando se abría, no se veía lo que estaba dentro. La arqueta, en el exterior, estaba toda revestida con un velo fino y transparente. Todos sentían veneración a la sagrada arqueta, en cuanto que Dios estaba en ella representado por medio de su Palabra. Y cuando el sacerdote abría la arqueta, él y todos los presentes, se postraban en señal de reverencia a Dios por medio de su palabra, y el sacerdote incensaba la arqueta abierta antes de sacar algún Libro. Cuando sacaba el Libro correspondiente, lo ponía sobre el altar; y, antes de leer, incensaba lo que iba a leer, y todos los presentes se postraban. Entre el altar y la arqueta había espacio suficiente para que el Sacerdote pudiese colocar el Libro e incensarlo, y la lectura se hacía cara al pueblo. Los fieles estaban en filas, primero los varones, detrás las varonas, y entre unos y otros había una barrera, de buen material, según las posibilidades, de manera que no había proximidad, aunque sí visibilidad. Antes de dar lectura a la palabra de Dios, lo cual era preferentemente en día de sábado, se cantaban los salmos apropiados de David, según la lectura del día. Terminada la lectura, otra vez se cantaban salmos; y antes de meter el Libro en la arqueta, el sacerdote incensaba de nuevo, y bendecía a los presentes con él, o sea, con la Palabra de Dios allí contenida. Había gran respeto a la Palabra de Dios, cuyo culto a la Divina Palabra era figura de la Sagrada Eucaristía; pues, Dios estaba representado en el Libro, por medio de su Palabra. La institución de la sinagoga fue uno de los actos buenos que hizo Salomón cuando vivía todavía en rectitud, y por lo tanto antes de sus desvíos.

Capítulo VII

Construcción del palacio de Salomón.

Hijos de Salomón con la reina Sión.

Fortificación de las ciudades

1. Después de las grandes solemnidades de la Dedicación del Templo, Salomón, que venía residiendo en el palacio construido por David en el Monte Sión de Jerusalén, edificó un suntuoso palacio, para residencia oficial, como correspondía a su magnificencia, en cuya construcción tardó tres años. Antes de acabar el palacio, murió su madre Betsabé, la única esposa de David que aún vivía.

2. El rey Salomón y la virtuosa reina Sión, durante los catorce primeros años de su matrimonio, tuvieron trece hijos: once varones y dos varonas. Tanto a su esposa Sión como a sus trece hijos, los llevó a vivir con él al nuevo palacio real edificado en Jerusalén. Estos trece hijos los tuvo Salomón antes de su nefasto matrimonio con la egipcia Artemisa.

3. En el palacio o residencia oficial, Salomón erigió un gran trono de marfil guarnecido de oro finísimo; lo alto del trono era redondo por el respaldo, y tenía dos brazos, con dos leones de oro sosteniendo cada brazo. El trono tenía seis gradas, con doce pequeños leones de oro sobre ellas de uno y otro lado. Era tal la suntuosidad del trono de Salomón, que no fue hecha obra semejante en ningún otro reino. También construyó un palacio de recreo en el que hizo cuantiosas plantaciones de árboles, principalmente de cedros, por lo que tomó el nombre de Palacio del Bosque de Líbano. Ambos palacios fueron la admiración de los reyes de los otros países por la gran profusión de ricas maderas, mármoles, oro, plata y otros materiales nobles usados en la construcción y decoración de los mismos. Toda la vajilla en que comía y todas las copas en que bebía, eran de oro purísimo. Superó, pues, el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riqueza, de manera que todo el mundo deseaba contemplar la suntuosidad con que vivía Salomón.

4. Salomón edificó ciudades señoriales, fortificó más muchas de las ya existentes construyendo recias murallas, realizó grandes vías de comunicación para el mejor desplazamiento dentro del territorio de su reino; guarneció las ciudades con regimientos de soldados, caballos, carros, armas de combate, etc.; y organizó su ejército poniendo al frente de él hombres diestros en la dirección, defensa y ardid de guerra. El progreso económico y el bienestar social alcanzaron niveles altísimos. Los reyes de otras naciones tenían gran respeto y temor al señorío de Salomón, el cual era la admiración de todos por su sabiduría, riqueza y poder.

Capítulo VIII

El rey Salomón se previene de Semeí, antiguo partidario del saulismo

1. Semeí, tras haber sido perdonado por el rey David de los insultos que le había inferido, vivía próximo a Jerusalén, con gran fidelidad a la Ley de Dios. Y si bien es verdad que había sido acérrimo seguidor de la sedición saulista muchos años antes, después de su sincero arrepentimiento no sólo fue fiel servidor de David, sino que lo era también de Salomón. Mas, a pesar de las muestras de virtud y fidelidad de Semeí, el rey Salomón, como sabía su antigua condición saulista, había tomado ciertas medidas de seguridad sobre él, dado que Semeí era hombre de gran influencia no sólo en Jerusalén sino en todo Israel. He aquí que, una vez terminada la construcción del Templo, Salomón trajo a Semeí a vivir a Jerusalén para tenerlo bajo su control. Esta recta y prudente prevención de Salomón fue ante el temor de que Semeí pudiese hacer revivir de

nuevo el saulismo, aunque conocía su arrepentimiento y el perdón que le había otorgado su padre David.

2. Para llevar a cabo su prudente medida, Salomón había enviado a llamar a Semeí; y una vez éste en su presencia, le dijo: «*Semeí, hazte una casa en Jerusalén y habita en ella, y no saldrás de la ciudad para ir de una parte a otra. Mas, ten entendido que, cualquier día que salieres, te mandaré matar*». Y dijo Semeí al rey: «*Acepto humildemente esta orden tuya, oh mi rey Salomón; como lo ha dicho mi rey, así lo cumplirá tu siervo*». Y Semeí, hombre muy virtuoso, que había aceptado con gran sinceridad la orden real, construida su casa en Jerusalén vivía allí.

Capítulo IX

Viaje del rey Salomón a Egipto.

Abominable compromiso matrimonial de Salomón con una mujer pagana, hija del Faraón

1. Durante los diez primeros años de su reinado, Salomón, modelo de virtud, sabiduría y prudencia, cumplió fielmente sus sagrados deberes, y el Señor le fue engrandeciendo cada vez más con celestiales bendiciones y gracias. Todo lo cual, redundó en una mayor gloria del rey, por el extraordinario prestigio que llegó a alcanzar, el fidelísimo amor que le profesaban sus vasallos, la creciente prosperidad de su reino y la tranquila posesión de sus extensos dominios.

2. Lamentablemente, Salomón, en vez de corresponder con humildad a los grandes beneficios recibidos de Dios, se llenó de vanagloria al verse rodeado de tanta grandeza. Y como comenzara a desviarse del recto camino, fue corregido por Dios a través del virtuoso Profeta Gad, a lo cual el rey le respondía: «*No me importunes*».

3. Y sucedió que, en el año 4187, décimo de su reinado, Salomón, de cuarenta años de edad, poniendo más su confianza en los pactos humanos que en la protección divina, y desoyendo las advertencias de Dios a través de su Profeta Gad, viajó a Egipto para visitar al Faraón y pactar con él una alianza política y militar a fin de garantizar la seguridad de sus territorios de Israel. Con motivo de esta visita, conoció a la hija del Faraón, llamada Artemisa, que era una joven pagana de dieciocho años de edad, y sacerdotisa del sincretismo religioso. Seducido Salomón por la extraordinaria belleza de esta mujer egipcia, dejóse arrastrar de sus impulsos carnales, cada vez más desbocados, y la solicitó como esposa, en contra de lo establecido en la Ley de Moisés, en la cual se prohibía el matrimonio de los hijos del Pueblo de Dios con paganos. Y si bien Salomón conocía este precepto divino, para llevar a cabo su abominable capricho puso como pretexto que su matrimonio con la hija del Faraón aseguraba más la paz de su trono de Israel ante posibles acechos de otros reyes. Tras su estancia en Egipto, Salomón volvió dentro de ese mismo año a Jerusalén para preparar aquí el solemne recibimiento de la que sería su segunda esposa. Dios, a través del Profeta Gad, amonestó a Salomón para que no llevara a cabo su casamiento con Ar-

temisa. A cuya amonestación, Salomón respondió: *«No me importunes»*.

Capítulo X

El Sumo Sacerdote Abiatar, el generalísimo Joab y el magnate

Semeí, se oponen al abominable casamiento del rey con la hija del Faraón. Venganza de Salomón contra los tres

1. La noticia oficial dada por Salomón de su próximo desposorio con la joven pagana hija del Faraón, causó a muchos magnates de su corte gran extrañeza, así como una total repulsa por parte del Sumo Sacerdote Abiatar, del generalísimo Joab y del varón justo Semeí, que se opusieron firmemente a dicho casamiento; y con gran respeto, pero con claridad, antes de que sucediese, trataron de disuadirle advirtiéndole que tal desposorio atentaba contra la Ley de Dios, y que, por tanto, traería graves consecuencias para él y el pueblo. Mas, como el rey no estaba dispuesto a desistir de sus inicuos deseos, viendo que Abiatar, Joab y Semeí, le eran un gravísimo obstáculo, y temiendo que estos, por su gran prestigio, influyeran en los demás sacerdotes, militares, ancianos, cortesanos, incluso en la gente del pueblo, en contra de sus pretensiones matrimoniales, buscó el modo más sagaz de deshacerse de los tres. Dios, a través de su Profeta Gad, amonestó a Salomón para que desistiese de los planes inicuos que pensaba llevar a cabo, a lo que contestaba el rey: *«No me importunes»*.

2. El Sacerdote Sadoc, que ambicionaba el cargo del Sumo Sacerdocio, fue el promotor de la destitución de Abiatar; pues, sabiendo que éste se había opuesto inflexiblemente a las pretensiones matrimoniales de Salomón con la pagana egipcia, le calumnió ante el rey diciendo que Abiatar había estado en favor de la sedición de su hermano Adonías cuando aspiraba al trono de Israel. Mas aunque Salomón conocía ciertamente que no era verdad tal acusación y que se trataba de una calumnia de Sadoc contra Abiatar, sin embargo, como estaba cada vez más inclinado a su abominable matrimonio, vio la gran oportunidad para destituir a Abiatar del cargo de Sumo Sacerdote y dárselo a Sadoc, partidario de las aberraciones reales. Y este fue el inicuco pretexto en que se apoyó Salomón para destituir a Abiatar del cargo de Sumo Sacerdote y dárselo a Sadoc. Si bien Salomón pecó gravísimamente al destituir a Abiatar, no lo mandó matar porque era un Sacerdote del Señor y pensaba que ese crimen lo haría al mismo Dios.

3. Si bien el Sumo Sacerdocio era vitalicio y Salomón no tenía autoridad para deponer a nadie que ocupara este cargo, ni tampoco para poner a otro en el mismo, no obstante, Dios permitió esa injusticia de Salomón, y dio validez al nombramiento de Sadoc como Sumo Sacerdote, para que así pagara Abiatar la traición que había hecho a su padre y hermanos para conseguir dicho cargo de la Iglesia, de cuyos crímenes Abiatar estaba sinceramente arrepentido. De esta manera perdió Abiatar la máxima autoridad eclesiástica, quedando él y su familia como cualquier otra, cuya humillación fue peor que si Salomón le hubiera dado muerte. Además, así se cumplió la profe-

cía de Samuel sobre el Sumo Sacerdote Helí, cuando dijo a éste de parte de Dios: *«En aquel día Yo verificaré cuanto tengo dicho contra Helí y su casa, la cual quedará raída de la dignidad del Sumo Sacerdocio que, por sucesión, le corresponde de padres a hijos»*. Y esta profecía, dada muchos años antes, se cumplió en este momento.

4. El Sumo Sacerdote Sadoc, puesto por Salomón por permisión divina, y no por voluntad de Dios, aunque sí luego aceptado por Dios, cuando se hallaba sentado en su solio tuvo temor de que Abiatar pudiera ser restablecido en su antiguo cargo, ya porque pidiera perdón a Salomón, o ya porque algún profeta, de parte de Dios, le mandara al rey que así lo hiciese. Y para asegurarse en el cargo del Sumo Sacerdocio, Sadoc mandó matar a Abiatar. Éste, con su muerte, se purificó de sus antiguos crímenes y alcanzó la salvación de su alma.

5. El Sumo Sacerdote Sadoc, que llegó por esa injusticia al cargo, fue el padre de las herejías de la secta saducea, la cual, entre otros errores, negaba la existencia de los Ángeles, la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne. Dios permitió el nombramiento de Sadoc en castigo también por la prevaricación de muchos de los miembros de la Iglesia de entonces.

6. Después, Salomón se ocupó de deshacerse del virtuoso generalísimo Joab, para lo cual, el rey, influido por Sadoc, ingenió el falso pretexto de que Joab había seguido el partido de Adonías, apoyándole a éste en la sucesión al trono de Israel, imputación que era completamente falsa. Cuando a Joab le llegó la funesta noticia de la calumniosa imputación contra él, sospechando que ya estaba decretada su muerte, se refugió en el recinto del Santo del Templo de Jerusalén, para hacer valer así su derecho de asilo dado que era un lugar sagrado e inviolable. Y aunque la Ley de Moisés privaba de ese derecho a los asesinos, que no era el caso de Joab, aun así no se les podía dar muerte dentro, sino que había que prenderlos y sacarlos fuera para ser ajusticiados.

7. Fue dado aviso al rey Salomón que Joab se había refugiado en el antetabernáculo del Señor y que estaba junto al altar de la proposición asido a uno de los cornijales del mismo. El rey, envió a su superintendente Banahías, con esta orden: *«Anda, y mátale»*. Banahías fue al antetabernáculo del Señor; y una vez en el recinto, habló a Joab: *«Esto dice el rey: 'Sal fuera'»*. Joab respondió: *«No saldré, sino que aquí moriré»*. Banahías dio parte al rey de la respuesta de Joab. Y Salomón dijo a su superintendente: *«Si Joab quiere morir dentro del recinto sagrado, haz como él ha dicho. Mátaelo y entiérralo»*. Fue, pues, Banahías; y acometiendo al virtuoso e inocente Joab dentro del recinto del Santo, lo asesinó, con lo cual Salomón manchaba de sangre el Templo que él mismo había edificado a Dios. El asesinato de Joab fue visto entre cortinas por el Sumo Sacerdote Sadoc, por lo que éste fue también responsable del sacrilego crimen, al permitirlo. Joab fue luego sepultado secretamente en el valle del Cedrón. Tras su muerte, el rey puso a Banahías en el cargo de generalísimo del ejército, y entregó el cargo de superintendente a Jeroboán, hijo de Nabat efrateo, nacido en Belén de Judá, que era un joven valiente, a quien el rey había protegido y elevado por su talento y habilidad.

8. Una vez terminado con Joab, llegó su turno a Semeí, el cual vivía en su propia casa de Jerusalén sin salir jamás de la ciudad, según el mandato real. Salomón, para acabar con Semeí, se valió del siguiente ardid: Envió secretamente un mensajero de toda su confianza para que indujese a tres de sus esclavos a escapar de la casa y marchar a otra ciudad, diciéndoles que no temiesen, pues contaban con la promesa del rey de que alcanzarían la libertad. Con esto esperaba Salomón que Semeí saliese en busca de los esclavos, y así tener pretexto para matarle por haber desobedecido el mandato de que no saliera fuera de la ciudad.

9. Cuando fue dado aviso a Semeí de que sus esclavos habían huido a la casa de un magnate de la ciudad de Get, levantóse, aparejó su asno y fue en busca de ellos, con lo cual procedía justamente ante Dios, creyendo que estaba en su derecho y que hasta ahí no llegaba la prohibición del rey. Mas, el mensajero, que había estado al acecho, dio enseguida aviso a Salomón de que Semeí había salido de la ciudad. Salomón envió rápidamente algunos de sus guardias para traer a Semeí a palacio; y una vez en presencia del rey, éste le dijo: *«¿No te juré yo por el Señor y te previne que, en cualquier día que salieses de la ciudad, se te quitaría la vida? Y tú me respondiste: 'Acepto humildemente esta orden tuya, oh mi rey Salomón; como lo ha dicho el rey mi señor, así lo cumplirá tu siervo'»*. Enseguida, Salomón, dio la orden a Banahías para que llevara fuera del palacio al inocente y virtuoso Semeí, y lo matase; lo cual se cumplió.

10. El Sumo Sacerdote Abiatar, el generalísimo Joab y el magnate Semeí, con sus respectivas muertes alcanzaron la gracia del martirio.

Capítulo XI

Dios, a través del Profeta Gad, vaticina a Salomón la muerte de diez de sus hijos si se casa con Artemisa. Abominable matrimonio de Salomón con la hija del Faraón. Salomón cae en la idolatría

1. Tras los actos vengativos de Salomón contra Abiatar, Joab y Semeí, Dios, a través del Profeta Gad, vaticinó, entre otras cosas, a Salomón, que si llegaba a casarse con la sacerdotisa Artemisa, en el mismo instante en que entrare con ella en el palacio real, diez de sus hijos, enfermos un mes antes de fiebre maligna, morirían. A esto respondió Salomón: *«No me importunes»*.

2. El rey Salomón, cada vez más obstinado en llevar a cabo su matrimonio con la hija del Faraón, en contra de la reiterada prohibición de Dios, mandó que se preparara todo lo necesario a fin de dar un lujoso y apoteósico recibimiento a Artemisa, a quien había mandado viniese de Egipto. En el mismo año 4187, a los cuarenta años de edad, Salomón se casó en el Templo de Jerusalén con la sacerdotisa egipcia Artemisa, en presencia del Sumo Sacerdote Sadoc; lo cual fue un requisito impuesto por Artemisa. Salomón violó así abiertamente la Santa Ley Divina y profanó el Sagrado Templo. Y en el mismo instante en que Salomón entró con su esposa Artemisa en el palacio real de Je-

rusalén, murieron, como castigo divino al rey, diez de sus hijos; y, también, en ese mismo instante, la virtuosa reina Sión repudió sexual, heroica y voluntariamente a su esposo el rey Salomón; si bien ella continuó viviendo en el palacio cuidando de sus tres hijos.

3. A partir de su matrimonio con Artemisa, la conducta de Salomón fue de mal en peor; ya que, desechando en su corazón muchos de los preceptos de la Ley de Dios, dejóse arrastrar, entre otras concupiscencias, por los placeres de la carne, la vanagloria de su sabiduría, la arrogancia del poder, la desmedida atracción por el lujo y la ambición de las riquezas. Precisamente, fue Artemisa, sacerdotisa del sincretismo religioso, la que corrompió el corazón del rey haciéndole caer en la herejía de conciliar la verdadera religión, que era la del Pueblo de Israel, con las religiones paganas de otros países, cuando la verdad es inconciliable con el error. El sabio Salomón, en su avaricia de lujuria y poder temporal, y olvidando su poder espiritual, profanaba aún más el Templo de Dios en Jerusalén, al entronizar en él los ídolos de Egipto. Salomón, pues, a la vez que daba culto a Dios, lo daba a los ídolos, con lo cual encendía una vela a Dios y otra al diablo.

Capítulo XII

La reina de Sabá visita a Salomón

1. Uno de los países en donde hizo fuerte eco la grandeza de Salomón, fue el de Sabá, que abarcaba lo que hoy es Yemen, al sur de Arabia, y Etiopía al otro lado del mar Rojo. El territorio de Sabá era gobernado por una reina pagana llamada Candisa. Como hubiese oído ésta la fama de Salomón, vino a Jerusalén a fin de comprobar la sabiduría y magnificencia del rey, de las que tanto se hablaba. Candisa, en su visita a Salomón, había traído consigo grandes riquezas y camellos cargados de aromas, oro y piedras preciosas. Y ya cuando estuvo en la presencia de Salomón, ella le propuso muchas dificultades que tenía en su corazón, las cuales le fueron descifradas por el rey con gran acierto y sabiduría. Habiendo, pues, visto la reina de Sabá la sabiduría de Salomón, la grandeza del Templo que había levantado a Dios, las riquezas de sus palacios, la opulencia con que era servida la mesa, las habitaciones de sus cortesanos, la diversa multitud de siervos, la magnificencia con que estos vestían, los coperos reales con sus ricos trajes, y las víctimas que se inmolvaban en el Templo del Señor, quedó atónita y como fuera de sí, y dijo al rey: *«Verdadera es la fama que yo había oído en mi tierra de tu sabiduría, riqueza y poder; yo no acababa de creer lo que me contaban, hasta que yo misma he venido, lo he visto con mis propios ojos y palpado con mis manos, comprobando que apenas se me había dicho ni la mitad de lo que era; tu sabiduría, riqueza y poder exceden, pues, a lo que de ti publica la fama. Dichosas tus gentes, y felices tus criados, que están siempre alrededor de ti, y escuchan tu sabiduría. Grande y poderoso debe ser para ti ese Señor tuyo, que dices que es tu Dios, y que te ha colo-*

cado con tan gran magnificencia sobre el trono de Israel para que lo gobiernes y administres justicia con tu gran sabiduría». Y aunque la reina Candisa manifestó su admiración y asombro por la grandeza de Salomón, no se convirtió al verdadero Dios, sino que siguió la idolatría. Y dio a Salomón el valioso tesoro que traía de Sabá.

2. Salomón, prendado de la belleza de la reina de Sabá, convivió íntimamente con ella durante el año que permaneció en Jerusalén. Cuando Candisa, la reina de Sabá, retornó a su país, portaba en su seno seis hijos, todos varones, frutos de su cohabitación adulterina con el rey Salomón; los cuales nacieron, crecieron y se multiplicaron. Muchos de los habitantes de Etiopía son descendientes del concubinato habido entre Salomón y la reina de Sabá. Algunos de estos etíopes abrazaron después la fe de Israel.

3. Cristo, en el Santo Evangelio, hace mención de esta visita de la reina de Sabá a Salomón cuando dice: *«La misma reina del Mediodía, o Sabá, se manifestará en el día del juicio contra los hombres de esta generación, y los condenará; porque ella vino desde muy lejos a oír la sabiduría de Salomón; y más que Salomón soy Yo; y, sin embargo, este pueblo malvado no quiere escucharme»*. Con esta sentencia, Cristo reprimaba la dureza de corazón de muchos del Pueblo Judío que oían sus palabras y rechazaban su sabiduría divina al no aceptar su santa doctrina. Y el Señor les trae a la memoria el episodio de la visita de la reina de Sabá a Salomón para que se resalte aún más la mala disposición de los que presumían de hijos de Abraham y cumplidores de la Ley de Moisés; pues, si bien la reina de Sabá, aun siendo pagana, tuvo la buena voluntad de venir desde muy lejos para oír las sentencias de Salomón, de sabiduría limitada, sin embargo, ellos, que se consideraban hijos del Pueblo de Dios, despreciaban las sublimes enseñanzas del Mesías Hijo del Altísimo, de Sabiduría Infinita. Por lo que, en el día del juicio, Nuestro Señor Jesucristo, como Supremo Juez, les echará en cara esa inicua osadía que les tacha como de peor condición que los mismos paganos. El texto sagrado no quiere decir, por tanto, que la reina de Sabá vaya a juzgar a esa generación perversa que rechazó el Evangelio de Cristo.

Capítulo XIII

Matrimonios y numerosos amancebamientos de Salomón con mujeres paganas. Salomón levanta múltiples altares a los ídolos. Desenfrenada lujuria de Salomón

1. Tras su casamiento con Artemisa, además de sus lujuriosos amores con Candisa, Salomón amó apasionadamente a otras muchas mujeres paganas de diversas creencias: moabitas, amonitas, sidonias, heteas, filisteas, etc. en contra de lo que había dicho el Señor Dios de Israel acerca de las naciones paganas: *«No tomaréis de ellas mujeres para vosotros, ni ellos se casarán con las vuestras, porque infaliblemente pervertirán vuestros corazones para que sigáis a sus dioses»*.

Sin embargo, este precepto no invalidaba los matrimonios contraídos en estas condiciones. Mas, con respecto a la poligamia, Dios sólo permitía hasta un número máximo de trece esposas en total por varón. De manera que, todas las que rebasaban este número, ya no vivían con el varón en matrimonio, sino en amancebamiento. Salomón convivió carnalmente con mil y una mujeres, de las cuales sólo trece fueron verdaderas esposas, y de estas trece la reina Sión fue la única del agrado de Dios. Salomón, para justificar su depravada poligamia, borró del Deuteronomio la limitación, establecida por Dios, que era de trece esposas en total por varón. Las perversas mujeres con las que convivió Salomón, bajo la dirección de Artemisa, fueron pervertiendo cada vez más el corazón del rey. Salomón llegó a profanar aún más el Templo de Dios en Jerusalén, entronizando en él a los múltiples ídolos que adoraban las mujeres paganas con las que convivía; entre ellos, a Astarte, ídola de los sidonios, a Moloc, ídolo de los amonitas, etc. Y no sólo en el Templo, sino también erigió en el Monte de los Olivos un templo a Camos, ídolo de los moabitas, y otro a Moloc, ídolo de los amonitas; y lo mismo hizo en otras partes de Jerusalén y en muchas ciudades de Israel. Salomón, acompañado de sus mujeres paganas, ofrecía incienso y sacrificios a sus ídolos; y de esta manera tan inicua y aberrante las complacía.

2. El rey Salomón, en su desenfrenada ambición de placeres, no sólo tuvo relaciones lujuriosas con mujeres, sino también con hombres; pues, llegó a tal extremo su incontinencia con las mujeres, que ya no satisfacían totalmente sus deseos carnales; por lo que buscó el satisfacerlos también con los de su propio sexo. Además, Salomón introdujo en las dependencias dedicadas a los varones, del Templo de Jerusalén, hombres afeminados para que estuviesen al servicio carnal de los varones peregrinos; pues, las mujeres tenían sus dependencias propias e independientes.

3. Salomón fue el fundador del primer estadio o antesala de la masonería; si bien, el Sumo Pontífice levítico Anás fue el verdadero fundador de la masonería, en tiempo de Cristo.

Capítulo XIV

Salomón tuvo innumerables hijos con sus múltiples mujeres. Sacrificios humanos a los ídolos, ofrecidos por Artemisa y Salomón

1. Salomón, de sus mil y una mujeres, tuvo innumerables hijos. Con la misma sacerdotisa Artemisa tuvo veinticuatro hijos, todos varones, en seis partos de cuatrillizos. El que, los textos bíblicos sólo hablen de tres hijos de Salomón, es porque únicamente tres sobrevivieron en Israel; pues, el rey llegó a tal grado de perversidad, que sus innumerables hijos tenidos con sus mujeres, eran ofrecidos en holocausto a los ídolos, en el Templo de Jerusalén, por su esposa la sacerdotisa Artemisa, en cuyos oficios él hacía de coadjutor suyo, aun sabiendo muy bien que esos ídolos no representaban al verdadero Dios. Salomón condescendió, pues,

con su esposa a esos sacrificios por fines políticos y económicos. La sacerdotisa Artemisa y el rey Salomón, comenzaron en el Templo de Jerusalén los sacrificios de víctimas humanas en el año 4193, después de seis años casados.

2. En el año 4211, tres días antes del último sacrificio de víctimas humanas ofrecidas en holocausto a los ídolos, por Artemisa y Salomón, en el Templo de Dios en Jerusalén, el Profeta Semeías, de parte de Dios, fue al palacio real en donde estaban el rey Salomón, la sacerdotisa Artemisa y los veinticuatro hijos de ambos, para anunciarles que si volvían a ofrecer un solo sacrificio humano a los ídolos en el Templo de Dios, en el mismo instante los veinticuatro hijos serían reducidos a cenizas por medio de un rayo de fuego salido del Arca de la Alianza. En el año 4211, tres días después de la visita del Profeta Semeías, un milenio antes del hallazgo del Niño Jesús a la edad de doce años en el Templo de Jerusalén en medio de los doctores de la ley, la sacerdotisa Artemisa, el rey Salomón y sus veinticuatro hijos ofrecieron un nuevo sacrificio de víctimas humanas en holocausto a los ídolos en el Templo de Dios en Jerusalén; y en ese mismo instante, salió del Arca de la Alianza un potente rayo de fuego que redujo a cenizas a los veinticuatro hijos de Artemisa y Salomón, quedando simbólicamente como escabeles de los veinticuatro ancianos adoradores del Señor Dios de los ejércitos. Los cuatro hijos mayores de Artemisa y Salomón tenían trece años de edad, y los cuatro menores tenían siete años de edad, cuando fueron reducidos a cenizas por la santa Ira de Dios. Desde entonces, Artemisa, de cuarenta y dos años de edad, y Salomón, de sesenta y cuatro años de edad, dejaron para siempre de ofrecer sacrificios de víctimas humanas, tras llevar ofreciéndolos dieciocho años.

Capítulo XV

Atenuantes de los pecados de Salomón

1. Si bien Salomón pecó gravísimamente ofreciendo sacrificios idolátricos, no fue con el deseo expreso de ofender a Dios directamente; lo cual no excusa su culpabilidad, pues sabía que ofendía a Dios, mas sí atenúa su perversidad. El rey Salomón daba culto a los ídolos para sus fines materiales, como era el obtener oro, mujeres, construir palacios, no sólo en Jerusalén sino incluso por todo Israel, para lo cual imponía también un pesado yugo sobre el pueblo mediante desmesurados impuestos. Y aunque Salomón tuvo épocas en que caminaba mejor, no por eso quitaba los ídolos y sus altares.

2. También, el rey Salomón, a pesar de su perversidad, jamás dio muerte a ningún profeta; pues, sentía en su corazón que el atreverse hacer algo contra alguno de ellos, sería ir directamente contra Dios, y esto él no lo quería. Salomón, pues, desobedeció muchas veces las órdenes de Dios comunicadas a través de sus profetas, diciendo: «No me importunes», mas nunca dañó, torturó o mató a ninguno de ellos. Tampoco, Salomón se atrevió a matar a ningún Sacerdote del

Señor, pues pensaba que sería un crimen directo contra Dios. Por eso, en el caso del Sumo Sacerdote Abiatar, aunque Salomón pecó gravísimamente al destituirle del cargo, sin embargo, le respetó la vida; al contrario de lo que hicieron otros muchos reyes, que se atrevieron a matar a profetas y sacerdotes. Este respeto de Salomón por la vida de las personas sagradas, le atenuó su perversidad.

3. Salomón, a pesar de sus desenfrenos lujuriosos y de su pertinaz idolatría y demás corrupciones, jamás prohibió los cultos a Dios en el Templo de Jerusalén; es más, él presidía, en calidad de rey, los sacrificios levíticos ofrecidos al Señor Dios de los Ejércitos.

4. A pesar, pues, de sus nefandos pecados, Salomón se salvó, no sólo por el majestuoso Templo que levantó a Dios en Jerusalén, por las oraciones de su virtuosísima esposa Sión y por las de su padre David, sino también porque jamás dio muerte a ningún sacerdote ni a ningún Profeta, ni prohibió el culto a Dios en el Templo, como sí lo hicieron otros muchos reyes.

Capítulo XVI

La verdadera paz y la falsa paz en el reinado de Salomón. Salomón agobia a su pueblo con impuestos desmesurados

1. Durante el reinado de Salomón no hubo guerra alguna en Israel. Mas, dicha paz no fue siempre del agrado de Dios, ya que todo buen gobernante está obligado a usar las armas cuando sea necesario para la defensa de los santos y justos intereses de la nación. Por eso, durante los diez primeros años del reinado de Salomón, hubo verdadera paz conforme al plan divino, ya que, como premio a la fidelidad del rey, Dios no permitió que ninguna otra nación se atreviera a entrometerse en los dominios de su pueblo. Sin embargo, cuando el rey comenzó a desviarse del recto camino, Dios permitió que otros países atentaran contra Israel; y Salomón, en vez de hacer la guerra, concertó con sus enemigos tratados de paz, los cuales iban contra el plan de Dios; por lo que esa paz era falsa.

2. A partir del décimo año de su reinado, la idolatría y las ambiciones de riqueza y placeres de Salomón, fueron la principal causa de que, el prestigio y el poder que caracterizaba al Pueblo de Israel, tomara unos cauces opuestos a lo que debe ser un verdadero reino según el plan divino. Salomón, con el afán desmedido de acumular riquezas, tanto para su gloria personal como para armarse poderosísimamente, y con el afán, también, de reclutar mujeres paganas para sus placeres, intimidaba a muchos de los reyes de otras naciones con amenaza de guerra, aunque no tenía intención de hacerla; los cuales, ante el peligro de poder perder su reino, pactaban con el rey Salomón haciéndose tributarios suyos, enviándole, entre otras riquezas, oro y jóvenes mujeres hermosas. Las amenazas de guerra las hacía Salomón con las dos flotas más poderosas de su tiempo, establecidas: una, en distintos puertos de Líbano, que recorría toda aquella zona marítima; y la otra flota en Asiongaber y otros puertos del Mar Rojo, con

sus distintos recorridos. Además, Salomón poseía un ejército de tierra numeroso y bien armado, con caballos y carrozas; pues, con los tributos que recibía de los otros reyes, procuraba armarse bien, no para hacer guerra, sino para intimidar y conseguir más tributos y mujeres. De esta manera, Salomón se convirtió en el rey de reyes, ya que fue el rey más poderoso de la tierra. El rey Salomón, no sólo recibía tributos de oro, plata, etc. así como de bellas mujeres, sino también ídolos, que iba colocando en el Templo de Dios, en la ciudad Jerusalén, en los montes y por otras muchas partes de Israel.

3. Fueron muchas las naciones que pasaron a ser tributarias del poderosísimo Salomón por la amenaza que él les hacía de guerra si no se sometían a su yugo. Entre los reyes tributarios estaban los de Egipto, Sabá, Sudán, Abisinia, Persia, España, de parte de lo que es India, de Mesopotamia al otro lado del Éufrates, de los cananeos fenicios de Cartago, etc., etc..

4. El lujo excesivo con que vivía Salomón, el continuo despilfarro por sus vicios desenfrenados, las complacencias de todo género para con sus numerosas mujeres, las abominables construcciones para cultos idólatricos y otros múltiples gastos que atentaban contra Dios y contra el pueblo, le condujeron a agobiar a sus súbditos con impuestos desmesurados; por lo que, el descontento general se hacía latente en Israel, ya que muchos no veían en el rey a un padre sino a un tirano. A todo esto, se unió la edificación de un nuevo y opulento palacio, y de otras lujosísimas dependencias, para los caprichos y liviandades de la impía y luciferina Artemisa, su segunda esposa. El descontento general de los habitantes de Israel, unido a la corrupción de muchos de ellos, fueron también causa de las futuras invasiones que sufrió el Pueblo Escogido en los últimos años del reinado de Salomón.

Capítulo XVII

Dios amenaza a Salomón y le anuncia el cisma de Israel

1. Con frecuencia el Señor, a través de su Profeta Gad, venía corrigiendo a Salomón por su vida de corrupción e idolatría. Y como el rey siempre rechazase estas amonestaciones, pues su corazón estaba cada vez más endurecido por el vicio, Dios, terriblemente irritado con Salomón, le envió de nuevo a su Profeta Gad con este mensaje: *«Salomón, esto dice el Señor tu Dios: 'Porque has actuado contra Mí adorando a dioses falsos, y por tanto no has guardado mi pacto y los preceptos que te di, Yo permitiré que tu reino se divida en dos. Mas, no será en tus días por amor a David tu padre, sino cuando se halle en poder de tu hijo Roboán'»*. A esta amonestación divina, Salomón contestó al Profeta Gad con su acostumbrada respuesta: *«No me importunes»*.

2. Ante la obstinación del rey, Dios le mandó ahora al Profeta Ahías para amonestarle por sus desvíos y exhortarle a que se corrigiese de sus abominaciones y volviese a la vida virtuosa de los diez primeros años

de su reinado; pues, Dios, como Padre Bondadoso, quería que Salomón se convirtiera y se salvase. He aquí que Ahías, de parte de Dios, le comunicó a Salomón el siguiente vaticinio: *«Oh rey Salomón, esto dice el Señor Dios de Israel: 'Veo día a día tu corazón más endurecido, y con tu mal ejemplo induces a tus súbditos a que procedan de la manera inicua que tú lo haces. Pues, me has abandonado a Mí, tu Dios y Señor, para adorar a Astarte diosa de los sidonios, a Camos dios de Moab, a Moloc dios de los hijos de Amón, entre otros muchos ídolos. No has seguido, pues, mis caminos practicando la justicia en mi presencia, ni has guardado mis mandamientos y leyes, ni has imitado los buenos ejemplos de tu padre David. Atiende, oh rey, mis paternales correcciones: saca del Templo dedicado a Mí todos los ídolos que has entronizado, y quémalos; expulsa del Templo a todos sus profanadores e idólatras; destruye todos los altares e ídolos que has levantado por todo el territorio de mi pueblo; extermina a todos los profanadores e idólatras que no estén dispuestos a convertirse a Mí, Dios de Israel; repudia a todas esas mujeres paganas que cohabitan contigo. Y si no te corriges, Salomón, y vuelves los ojos a Mí sinceramente arrepentido, Yo permitiré que a tu muerte se divida el reino de Israel; pues, el pueblo del territorio del norte o Samaria se levantará contra tu hijo Roboán y proclamará rey a Jeroboán, de la tribu de Manasés; si bien, la otra parte de Israel quedará bajo la corona de tu hijo Roboán, por amor de mi siervo David y de Jerusalén, ciudad que Yo he escogido entre todas las de mi pueblo. ¡Oh, Salomón!, medita bien en mis palabras, pues si tú obedecieres todo cuanto Yo te mando, y volvieres a mis caminos e hicieres lo que es recto a mis ojos guardando mis mandamientos y mis preceptos como lo hizo David mi siervo, Yo seré contigo y fortificaré aún más el trono de Israel en tu descendencia'»*.

3. Y Salomón, ciego de soberbia, dijo a Ahías: *«Tú eres un Profeta tan importuno como el Profeta Gad. Te aseguro que, aunque yo no cambie de vida, nada sucederá de lo que tú me has dicho en nombre de Dios, ya que yo lo impediré»*; a lo que aseveró el Profeta Ahías: *«Salomón, rey de Israel, en nombre de Dios te digo que estás blasfemando, pues todo lo vaticinado sobre ti sucederá si no cambias de vida»*. Seguidamente, el Profeta Ahías volvióse por donde había venido lleno de dolor y con abundantes lágrimas en los ojos, pues veía que Salomón no tenía remedio dado su obstinado proceder. Y luego Ahías, en la soledad, lloró amargamente y rogó a Dios por Salomón porque no quería corregirse y porque, incluso, era capaz de cometer cualquier crimen para impedir que se cumpliese lo vaticinado por Dios sobre la división del reino de Israel.

4. Estas órdenes de Dios por medio del profeta Ahías, fueron dadas al rey Salomón, el día 25 de diciembre del año 4199, en el año vigésimo segundo de su reinado, un milenio antes del nacimiento de Cristo, cuando tenía Salomón cincuenta y dos años, y su hijo Roboán veinticinco.

Capítulo XVIII

Estratagema de Salomón para intentar dar muerte a Jeroboán.

Jeroboán huye a Egipto, por orden de Dios

1. Tras la corrección al rey, por el Profeta Ahías de parte de Dios, y el vaticinio de la división del reino de Israel si no se enmendaba, Salomón dispuso una estrategia para dar muerte a su fidelísimo superintendente Jeroboán, hombre virtuoso por entonces, de gran talento y de excelentes cualidades. Mas, el rey, no obstante su sabiduría, obró neciamente ya que no tuvo en cuenta que Dios es infinitamente sabio y puede romper los planes humanos.

2. Ante el gravísimo peligro que corría Jeroboán, Dios, sin pérdida de tiempo, dijo al Profeta Ahías: *«Pronto, no te demores, busca a Jeroboán y dile que se libre de las crueles manos de Salomón, y que huya a Egipto»*. Ahías lo comunicó a Jeroboán, y éste contestó: *«Si esta orden viene de Dios, como así lo creo, como Dios no miente, obedeceré y huiré a Egipto; pues, si no Salomón me matará»*. Jeroboán, pues, huyó lo más rápido posible a Egipto, en donde permaneció hasta que tuvo noticia de la muerte de Salomón.

Capítulo XIX

Muchos territorios del Pueblo de Israel alcanzan la autonomía quedando como reinos tributarios de Salomón

1. En los últimos años del reinado de Salomón, como preludio de los castigos que habían de acaecer por sus gravísimas desviaciones, Dios permitió que se sublevaran contra el rey algunos de los territorios de Israel. Estos levantamientos fueron promovidos, mediante respectivas invasiones, por los sucesores de los antiguos reyes de esos territorios israelitas que estaban bajo la corona de Salomón.

2. Dios, que no quería el desmembramiento del extenso territorio del Pueblo de Israel, ante la proximidad de cada una de las invasiones, por medio del Profeta Gad avisaba a Salomón, diciéndole: *«Levántate y defiende mi territorio»*, y así le mandaba que fuera con su ejército e impidiese la invasión. Mas, Salomón, nunca obedeció la orden de Dios, sino que pactaba con los reyes invasores haciéndolos tributarios y exigiéndoles, entre otras riquezas, oro y bellas mujeres. Mediante estos pactos contra Dios, muchos de los territorios del Pueblo de Israel quedaron bajo el dominio de los sucesores de sus antiguos reyes paganos; aunque sujetos como tributarios a la corona de Salomón, a quien temían por la amenaza que les hacía de guerra si no cumplían con las obligaciones pactadas.

3. Entre otros, los reyes invasores del Pueblo de Dios fueron: el rey Adad, venido de Egipto, que se apoderó del territorio de Edón o Idumea, así como de toda la península del Sinaí; treinta y tres reyes sirios, entre ellos el rey Razón, que se apoderaron del extenso territorio de Siria; los reyes filisteos, que se apoderaron de Líbano, en el norte; y también, otros reyes filisteos

entraron en Israel por el puerto próximo a la ciudad israelita de Azoto, y se apoderaron de otras partes costeras del sur. Igualmente fueron invadidos los territorios israelitas de Moab, Madián, Amón, Arabia, etc. que pasaron bajo las coronas de sus respectivos reyes.

4. Lamentablemente, los acuerdos pacíficos del rey Salomón con los reyes paganos que él permitió que reinasen en muchos de los territorios de Israel bajo el concepto de tributarios, trajeron como funestas consecuencias, no sólo el desmoronamiento de la unidad territorial, política y social del Pueblo Escogido, sino la introducción oficial y progresiva, en dichos territorios, de la idolatría y demás costumbres paganas de esos pueblos invasores, con la consecuente influencia en el resto de Israel.

Capítulo XX

Últimos días de Salomón.

Muerte de la reina Sión y muerte del rey Salomón

1. En el año 4217, murió santamente en Jerusalén la virtuosísima reina Sión, a la edad de sesenta y un años, a causa de los muchos sufrimientos que le habían producido los innumerables pecados, sobre todo los de idolatría, de su esposo Salomón, el cual contaba entonces setenta años de edad. La reina Sión fue enterrada en el Monte Sión de Jerusalén, en el panteón real, junto a la tumba del rey David. Salomón, que ya sentía remordimientos por sus gravísimos desvíos, guardó a su difunta esposa Sión treinta días de duelo, con grandes manifestaciones de dolor por haberla hecho tanto sufrir con sus infidelidades.

2. En el Libro del Eclesiastés, escrito por Salomón a los setenta años de edad y, por tanto, un año antes de su muerte, se refleja un cierto arrepentimiento de gran parte de los desvíos de su vida; pues, incluso, había dado orden de que se quitaran los ídolos y sus altares tanto en el Templo como en todo Israel. Esta orden sólo se cumplió en parte, pues le sobrevino la muerte. Sin embargo, Salomón no restableció la honra que había quitado a David su padre y a otros, con las manipulaciones que hizo en las Sagradas Escrituras; y aunque pudo perfectamente retractarse antes de morir, no quiso hacerlo; por lo que su arrepentimiento en vida no fue completo. Fue en la muerte clínica, durante el juicio particular, cuando Salomón, sintió verdadero arrepentimiento por todos los innumerables pecados cometidos durante su vida; de manera que, en esos momentos del juicio particular, estuvo plenamente dispuesto, si volvía a la vida normal, a deshacer todo el mal que había hecho y a obedecer todo lo que no había obedecido. Hizo lo suficiente para salvarse de la condenación eterna; mas, no con el suficiente amor para liberarse de las penas del Purgatorio, o al menos mitigar su duración e intensidad, cuando él era capaz de amar muchísimo a Dios. Pues, si bien es verdad que Salomón poseía una gran capacidad para amar, como lo había demostrado durante su vida amando con intensidad desmesurada las riquezas, las mujeres, el oro, los honores, los manjares, etc., pues Salomón sobresa-

lió en los siete pecados capitales, sin embargo, en la muerte clínica no manifestó suficientemente su capacidad de amar para con Dios, por lo que no pudo liberarse de las penas del Purgatorio.

3. Salomón, pues, en la muerte clínica, como se arrepintió sinceramente, se liberó de la condenación eterna: por la Infinita Misericordia de Dios; por las peticiones de la Divina Alma de María; por las constantes peticiones del Santo Rey David en el Seno de Abrahán; por las plegarias de su virtuosísima esposa Sión; que durante su vida redobló sus oraciones, penitencias y ayunos por la conversión de su esposo, sufriendo amargamente por ello; por el sublime Templo a Dios que él le levantó en Jerusalén; y también por su virtuosa conducta durante los primeros diez años de su reinado, en

que fue santo y sabio. El rey Salomón, por decreto divino e inalterable, seguirá en el Purgatorio hasta el retorno de Cristo a la tierra para implantar su Reino Mesianico. Con nuestras oraciones, podemos mitigar mucho la intensidad del sufrimiento que Salomón está padeciendo en el Purgatorio.

4. Salomón murió en el año 4218, a los setenta y un años de edad, después de haber reinado en Israel durante cuarenta y un años. Fue sepultado en el panteón real, junto a la tumba de su padre David en el Monte Sión de Jerusalén. A la muerte de Salomón le sucedió en el trono de Israel su hijo Roboán, que estaba casado con Maaca, nacida en la ciudad de Abesalón, o sea hija de dicha ciudad, sacerdotisa del obsceno ídolo Priapo; y que tuvo con su esposo al futuro rey Abía.

Libro IV

División del Reino de Israel en dos reinos: El de Judá y el de Samaria

Capítulo I

Consideraciones generales acerca de la división del Pueblo de Israel en dos reinos: el de Judá y el de Samaria

1. Dios no quería la división del Reino de Israel y, por tanto, no se puede admitir que Dios sea responsable del cisma de su pueblo. Sin embargo, Dios permitió la división para altísimos fines, principalmente, para castigar los pecados de Salomón en su descendencia, las desviaciones de muchos, la obstinada actitud de Roboán, y así purificar a una gran parte de su pueblo. Salomón fue, pues, el principal responsable del cisma del Pueblo de Israel, y tal delito le viene imputado en el Libro del Eclesiástico. Su hijo Roboán fue el segundo responsable del cisma, por su obstinada inflexibilidad ante la justa petición de muchos de su pueblo.

2. En el Reino de Judá reinaron legítimamente sólo los descendientes de la tribu de Judá. En el Reino de Samaria reinaron legítimamente dieciocho reyes pertenecientes a diez de las tribus; pues, quedaron excluidas, además de la de Judá, que tuvo su propio reino, la de Rubén y la de Dan: ya que los de la tribu de Rubén no reinaron, pues aun siendo el primogénito de Jacob, Dios no permitió que ningún descendiente de Rubén reinara por su pecado de incesto con Bala, esposa de su padre; y tampoco Dios permitió que hubiera ningún rey de la tribu de Dan, por ser éste responsable del incesto de Rubén, y por su desmedida ambición de usurpar los derechos de la primogenitura en confabulación con su madre Bala. Tanto en el Reino de Judá como en el Reino de Samaria hubo reyes buenos y malos.

3. Para la unción de los reyes del Pueblo de Israel por los Profetas de Dios, el profeta correspondiente, antes de la sagrada unción con el óleo al nuevo rey, exigía a éste el juramento de defender, incluso con la espada, el culto al Señor Dios de los Ejércitos, y de perseguir, incluso con la espada, el culto idolátrico. La

unción del nuevo rey solía hacerse una vez transcurridos los treinta días de duelo por la muerte del rey predecesor, aunque hubo casos en que no se respetó este intervalo.

4. Tanto en el Reino de Judá como en el Reino de Samaria, habitaron descendientes de todas las tribus de Israel, y tanto en uno como en otro reino hubo gente buena y gente mala.

5. El Reino de Judá abarcaba la parte sur de Israel, y tenía como capital Jerusalén, en donde estaba la residencia del rey. Y el Reino de Samaria abarcaba la parte norte, y tenía como capital Siquén, en donde estaba la residencia del rey.

6. En el Reino de Judá era donde se hallaba el Templo a Dios levantado por Salomón en Jerusalén, en cuya ciudad estaba la residencia oficial del Sumo Sacerdote Levítico.

7. En el Reino de Samaria, cuando sus habitantes no podían ir al Templo de Jerusalén durante siete años seguidos, por impedirlo el rey de Samaria, o el rey de Judá, o ambos a la vez, se instalaba en el octavo año un Templo portátil en Siquén, a semejanza del construido por Moisés en el desierto, a fin de que, en ese octavo año, pudieran los del Reino de Samaria celebrar las fiestas establecidas por la Ley de Moisés. Este Templo portátil fue mandado hacer por Dios al Profeta Ahías. Transcurrido ese octavo año, se quitaba el Templo portátil. Siempre que se hallaba instalado en Siquén el Templo portátil, éste estaba bajo la autoridad de un Príncipe de los Sacerdotes, que a su vez estaba sometido a la autoridad del Sumo Sacerdote Levítico, que se hallaba en Jerusalén. Los del Reino de Samaria estaban obligados a ir al Templo de Jerusalén con motivo de las fiestas establecidas por Dios, siempre que no existiera cualquiera de los impedimentos antedichos.

8. Tanto en el Reino de Judá como en el Reino de Samaria hubo sacerdotes levíticos buenos y malos.

Capítulo II

Roboán es proclamado en Jerusalén rey del Pueblo de Israel

En el año 4218, cumplidos los treinta días de duelo por la muerte de Salomón, se congregaron en Jerusalén gentes de todas las tribus, para asistir a la unción de Roboán como rey de Israel, cuya ceremonia fue realizada por el virtuoso Profeta Gad delante de la Puerta Dorada del Templo, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender, incluso con la espada, el culto del Señor Dios de los Ejércitos, y de perseguir, incluso con la espada, el culto idolátrico. Esta solemne ceremonia fue en presencia del Sumo Sacerdote Sadoc, de los demás sacerdotes, del Consejo de Ancianos, de los cortesanos y de la gran muchedumbre allí reunida. Inmediatamente después de ser ungido, todos proclamaron al nuevo rey, diciendo: «¡Viva Roboán, rey del Pueblo de Israel!». Y Roboán, en medio de la aclamación popular, entró con gran majestad en la ciudad de Jerusalén por dicha Puerta Dorada, que era también puerta de la ciudad, y recorrió las calles entre las manifestaciones de entusiasmo. Después, el Sumo Sacerdote Sadoc y demás sacerdotes, ofrecieron a Dios, en el Templo, sacrificios y ofrendas en señal de gratitud por la elevación al trono del nuevo rey. Roboán, pues, comenzó a reinar en el año 4218, a la edad de cuarenta y cuatro años.

Capítulo III

Sublevación en Siquén, contra Roboán, de muchos del Pueblo de Israel. Jeroboán es proclamado rey de Samaria, quedando Roboán como rey de Judá

1. Cuando llegó a Egipto la noticia de la muerte de Salomón, Jeroboán, allí exiliado, dijo a sí mismo: «*Ya ha muerto el que me buscaba para matarme. Volveré de nuevo a mi pueblo*»; y sin demora alguna, acompañado de su séquito, retornó a Israel, y se encaminó directamente hacia el norte, al territorio de Samaria, a la ciudad de Siquén, pues no quiso ir a Jerusalén por el temor de que le pudiera matar Roboán, hijo de Salomón, que días antes había sido proclamado rey de Israel.

2. Una vez que llegó la noticia de que Jeroboán se hallaba en Siquén, muchos de los israelitas de todas las tribus se congregaron en dicha ciudad, para manifestar a Jeroboán su descontento, por haber sido Roboán ungido y proclamado rey de Israel sin la exigencia previa de que debía estar dispuesto a reducir la insoportable carga tributaria que oprimía al pueblo, impuesta por Salomón. Los rumores, pues, de un amago de sublevación en Siquén contra el nuevo rey, se esparcieron por todo el territorio de Israel. Mas Jeroboán trató de aplacar los ánimos, con la esperanza de que Dios pusiera el remedio necesario para la paz.

3. Informado Roboán de lo que sucedía en Siquén, partió para esta ciudad acompañado del Consejo de Ancianos y de un séquito de jóvenes cortesanos con el fin de que los allí amotinados se sometieran a su autoridad como rey de Israel. Cuando ya Roboán se hallaba en Siquén, Jeroboán, en nombre de toda la gente del pueblo allí re-

unida, hizo al rey esta súplica: «*Roboán, tu padre Salomón nos impuso un yugo muy pesado; por lo que te suplicamos lo suavices rebajando los tributos que venimos satisfaciendo; y de esta manera te reconoceremos como nuestro rey*». Respondióle Roboán: «*Retiraos por ahora, y volved a mi dentro de tres días*». Retirado el pueblo, Roboán llamó al Consejo de los Ancianos, y les dijo: «*¿Qué me aconsejáis vosotros que responda a este pueblo?*». Dijéronle ellos: «*Si tú accedes a la súplica de este pueblo, le otorgas su petición y le hablas con dulzura, serán para siempre vasallos tuyos*». Y esta sabia respuesta de los ancianos venía del mismo Dios. Mas, Roboán, no conforme con la opinión de los ancianos, consultó a los jóvenes cortesanos que se habían criado con él, diciéndoles: «*¿Qué me aconsejáis vosotros que responda a este pueblo, que ha dicho: Aligéranos un poco el yugo que tu padre nos impuso?*». Respondieronle los jóvenes cortesanos: «*A esta gente le has de responder así: 'Si mi padre Salomón os impuso un yugo muy pesado, yo aumentaré aún más el peso de vuestro yugo'*». Y esta necia respuesta de los jóvenes venía de Satanás.

4. Compareció, pues, Jeroboán con todo el pueblo delante del rey al tercer día, tal y como éste le había mandado. Y Roboán, que había despreciado el consejo dado por los ancianos, respondió al pueblo con dureza, según el consejo de los jóvenes cortesanos, diciendo: «*Mi padre os impuso un yugo pesado; pues yo añadiré aún más peso a vuestro yugo*». Y no quiso el rey condescender con el pueblo. Entonces Jeroboán, en nombre de todos, replicó al rey diciendo: «*Nosotros somos fieles seguidores del virtuoso y justo rey David, y nada tenemos que ver con el opresor rey Salomón. ¿Qué herencia o provecho podemos esperar de ti, Roboán, cuando estás dispuesto a cargar sobre nuestros hombros un yugo aún más pesado que el que nos cargó tu padre?*». Y al oír estas palabras, los israelitas congregados en Siquén, se sublevaron contra Roboán, amenazándole incluso con la muerte; y, a su vez, proclamaron rey a Jeroboán, diciendo todos a una: «*¡Viva Jeroboán, rey de Samaria!*». Entonces éste dijo a Roboán: «*Vete al territorio de Judá, en donde has sido proclamado rey, y reina allí, que yo reinaré en Samaria, en donde he sido proclamado rey*». Y a toda prisa Roboán tomó su carro y huyó a Jerusalén con su séquito, aunque sensiblemente disminuido, ya que quedaron en Siquén todos los ancianos que habían venido de Jerusalén, y sólo volvieron los jóvenes cortesanos. De esta manera, separóse la parte norte de Israel, llamada desde entonces Reino de Samaria, de la parte sur de Israel, llamada desde entonces Reino de Judá.

5. Tras la proclamación de Jeroboán como rey de Samaria, Dios se apareció al virtuoso Profeta Ahías dándole la siguiente orden: «*Ahora tú, en mi Nombre, unge como rey a Jeroboán, que ha sido proclamado por muchos de Israel, para que se vea que Yo permito esta división de mi pueblo*». El Profeta Ahías fue presto en busca de Jeroboán; y en la misma ciudad de Siquén, ante el sepulcro del Patriarca José, le ungió con el óleo como rey de Samaria, tras haber prestado el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Todo el pueblo aclamó de nuevo:

«¡Viva Jeroboán, rey de Samaria!». Dios, por medio de Ahías, dijo a Jeroboán: «Si tú eres obediente a Mí, si cumples mis mandatos y conduces a mi pueblo por mis caminos, Yo aseguraré tu trono para ti y tus descendientes como hice con David; de manera que, a la vez que del linaje de éste nacerá el Mesías, también nacerá del tuyo. Mas, si tú no sigues mis caminos sino el camino malo, y no obedeces mis mandatos, acarrearás graves males para ti y para tu descendencia, y será quitado el trono a ti y a tu descendencia». Terminadas estas palabras, en presencia de Jeroboán, de súbito, la capa que el Profeta Ahías llevaba puesta sobre sus hombros, se rompió milagrosamente en once pedazos o trozos. A lo que Jeroboán, sobrecogido, preguntó al profeta por el significado de este rompimiento de la capa, diciendo: «¿Qué es esta señal? ¿Qué es lo que Dios quiere de mí?». Y respondió Ahías: «Esta señal que Dios quiere darte es el vaticinio de que, si no cumples como El lo ha ordenado, este reino será ocupado no por tus descendientes, sino por reyes de diez tribus, que se sucederán los unos a los otros. Mas, el Reino de Judá será gobernado por reyes de su propia tribu». Entonces, Jeroboán, dijo al Profeta Ahías: «Quiera Dios que esto no suceda. Que me ayude Dios para que cumpla en todo momento su voluntad, a fin de que mi trono sea para siempre, y el Mesías que esperamos descienda también de mi linaje». Y Ahías respondió: «Todo puede cumplirse si eres fiel a Dios; mas, si no lo eres, se quebrará tu trono como lo ha mostrado mi capa al romperse». Jeroboán, de la tribu de Manasés, comenzó, pues, a reinar en Samaria en el año 4218, y fijó su corte real en Siquén, ciudad que luego enriqueció más con grandes edificios.

6. Cuando Roboán, huyendo de Siquén, llegó a la ciudad de Jerusalén, juntó a su ejército para que pelease contra los del nuevo Reino de Samaria y quedasen sujetos a su autoridad real. Pero el Señor dirigió su palabra al Profeta Semeías, diciendo: «Habla a Roboán, hijo de Salomón, rey de Judá, y a todos los demás del pueblo, y diles: Esto dice el Señor: 'No salgáis a pelear contra vuestros hermanos israelitas del norte de Israel; pues Yo soy el que he permitido la división de mi pueblo mediante la proclamación de Jeroboán como rey de Samaria'. Obedeciendo ellos las palabras del Señor, desistieron de ir a hacer la guerra a Jeroboán.

Capítulo IV

Jeroboán, rey de Samaria, es fiel a Dios durante los tres primeros años de su reinado. Roboán, rey de Judá prohíbe que los del Reino de Samaria entren en el Templo de Jerusalén. Jeroboán, rey de Samaria, prohíbe que sus súbditos vayan al Templo de Jerusalén

1. El rey Jeroboán de Samaria, durante el primer trienio de su reinado, fue un hombre piadoso, virtuoso, cumplidor de la Ley de Dios, y que dejaba a sus súbditos ir al Templo de Jerusalén para cumplir con los preceptos divinos.

2. El rey Roboán de Judá, desde el mismo inicio del reinado de Jeroboán, despedido por el rechazo que le habían hecho los habitantes del Reino de Samaria, en

venganza, durante tres años, les prohibió la entrada en el Templo de Jerusalén para cumplir con las obligaciones religiosas de las fiestas anuales impuestas por Dios; para lo cual, puso gran vigilancia en las fronteras de su reino. Roboán, desde el primer momento de su reinado, fue un rey perverso. El rey Roboán, al término del primer trienio del reinado de Jeroboán, no por querer servir a Dios, sino para servirse a sí mismo, y abrigando la esperanza de que fuera derrocado Jeroboán y él fuese proclamado rey de Samaria, autorizó a los pobladores del Reino de Samaria entrar en el Templo de Jerusalén; pues, de esta manera, pensaba que se atraería la simpatía de los de aquel Reino del Norte para sus intereses personales.

3. El rey Jeroboán, al término del primer trienio de su reinado, al oír que el rey Roboán había dado marcha atrás en la prohibición de entrar en el Templo de Jerusalén a los pobladores del Reino de Samaria, temió que sus súbditos se levantasen contra él y proclamaran rey de Samaria a Roboán, pues Jeroboán dijo a sí mismo: «Si mis súbditos van a Jerusalén a ofrecer sacrificios en el Templo del Señor, presto volverán su corazón hacia Roboán, rey de Judá, y me quitarán a mí la vida al reconciliarse con él». Jeroboán prohibió a sus súbditos que fuesen al Templo de Jerusalén, para lo cual puso gran vigilancia en las fronteras de su reino. Y el corazón de este rey se endureció de tal manera, que levantó altares a los ídolos, principalmente en Betel al sur de Samaria, y en Dan al norte de Samaria, fundiendo un becerro de oro para cada una de estas ciudades. Una vez establecida la idolatría en Samaria, Jeroboán dijo a su pueblo: «No vayáis ya a Jerusalén a ofrecer sacrificios en el Templo del Dios de Judá. He aquí, oh Israel, a tus dioses, los que te sacaron de la tierra de Egipto». Y muchos de los súbditos de Jeroboán, entre otros altares idólatricos, visitaban los de Betel y Dan, para adorar a los becerros de oro y ofrecerles incienso y sacrificios. Jeroboán, además de levantar altares a los ídolos en muchos lugares de Samaria, puso por sacerdotes idólatras a gentes del linaje de Leví, y estableció como día de fiesta solemne el día quince del mes octavo, en el cual él mismo iba unas veces a Betel y otras a Dan, para quemar incienso ante los ídolos y ofrecerles sacrificios. Con este proceder de Jeroboán, dieron comienzo sus desvíos y prevaricaciones.

Capítulo V

El Profeta Gad de Judá, de parte de Dios, va a Samaria, a reprender a Jeroboán por sus idolatrías. Dios castiga al mentiroso Profeta Ajías

1. En el año 4222, cuarto del reinado de Jeroboán, hallándose éste en Betel echando incienso y ofreciendo sacrificios al becerro de oro, se presentó allí un varón de Dios, que era el virtuosísimo Profeta Gad, procedente de Judá, para reprender a Jeroboán por su idolatría. El Profeta Gad, exclamó contra el altar de Betel, diciendo de parte de Dios: «Oye Jeroboán lo que dice el Señor: 'Altar, altar, tiempo vendrá en que ha de nacer del linaje de Efraín un descendiente que se llamará Jehú, el cual degollará sobre ti los sacerdotes

idólatras que ahora queman incienso, pues sobre ti quemarán los huesos de esos hombres'».

2. Y como prueba de su verdadero vaticinio, añadió el Profeta Gad: *«Esta será la señal que os hará conocer que Dios es quien habla por mi boca: He aquí que va a partirse el altar, y se derramará la ceniza que hay en él».* Al oír Jeroboán esta profética imprecación, extendió la mano y dio orden de prender al Profeta, pero la mano se le quedó seca en el mismo instante, el altar se partió y la ceniza se derramó por todas partes. Confundido entonces el impío rey, suplicó al Profeta Gad que intercediera ante Dios diciéndole: *«Ruega al Señor Dios, y ora por mí, para que me sea restituida la mano».* Gad hizo oración a Dios y Jeroboán recobró la vitalidad de su mano, que quedó como antes estaba.

3. Jeroboán, para atraerse a Gad y ponerle al servicio de sus perversos intereses, dijo al profeta: *«Ven conmigo a casa a comer, y te colmaré de regalos».* Mas el varón de Dios respondió al rey: *«Aunque me dieras la mitad de las riquezas de tu casa, no iría yo contigo, ni comería pan, ni bebería agua en este lugar; porque así me lo tiene mandado expresamente el Señor con este precepto: 'No comerás allí pan, ni beberás agua, ni te volverás por el mismo camino que te fuiste'».* Y en efecto, se fue por un camino distinto del que había venido a Betel.

4. Mas, habitaba en Betel otro Profeta de Dios, llamado Ajías, anciano, a quien vinieron sus hijos, de parte del rey Jeroboán, para contarle lo que el Profeta Gad había hecho en Betel, y además comunicarle el deseo real de que urdiera un falso mensaje en el que constase una orden de Dios para el profeta Gad. Jeroboán, en pago de esos inicuos servicios, ofrecía al profeta Ajías, de Betel, las riquezas que no había aceptado el virtuosísimo Profeta Gad cuando, por su intervención, Dios curó la mano seca del rey. Y lo que pretendía Jeroboán, era atraer para su trono al Profeta Gad, varón de Dios, con fines perversamente egoístas. Ajías, que era verdadero Profeta de Dios, en vez de rechazar abiertamente las propuestas inicuas del rey, se ofreció a cumplirlas a cambio de las riquezas que le ofrecía. He aquí que dijo, pues, a sus hijos: *«¿Por qué camino se fue ese varón de Dios?».* Y sus hijos mostráronle el camino por donde había vuelto el varón de Dios, que había venido de Judá. Y luego dijo a sus hijos: *«Aparejadme el asno».* Y una vez aparejado, montó en él, y se fue en busca del Profeta Gad, al cual halló debajo de un árbol, y díjole: *«¿Eres tú el varón de Dios que ha ido a hablar con el rey?».* Y respondió Gad: *«Yo soy».* Y díjole el profeta de Betel: *«Ven conmigo a casa para que comas pan».* Y como el Profeta Gad, varón de Dios, respondiese que no podía acceder porque así se lo había prohibido el Señor, el otro profeta, urdiendo un falso mensaje preparado por él, engañó al Profeta Gad diciéndole: *«Un ángel me ha hablado en nombre del Señor, diciendo de ti: 'Hazle volver contigo a tu casa, para que coma pan, y beba agua'».* El Profeta Gad, tomó el mensaje del otro como verdadera palabra de Dios, pues consideraba que ese profeta Ajías, conocido por él, era incapaz de mentir, y mucho menos de poner en boca de Dios palabras no dichas por Dios; por lo que, por humildad, Gad le siguió a su casa. Una vez en la casa del mentiroso

profeta Ajías, cuando estaban comiendo, Dios le habló al virtuoso Profeta Gad, y le reveló que había sido engañado por el otro, y además le dijo: *«Gad, siervo mío, alabo tu proceder porque has actuado creyendo con rectitud que la contraorden venía de Mí. Mas, no es así, pues ese profeta mío con quien estás comiendo, te ha engañado mezquinamente para que me desobedecieras. Comunícale que, en castigo de su abominable mentira, un león le matará y le devorará; de tal manera que sólo quedarán de él sus huesos».* Terminado su vaticinio, el Profeta Gad, varón de Dios, marchó hacia el Reino de Judá por camino distinto del que había venido. Poco después, el mentiroso Profeta Ajías montó en su asno, y cuando iba por el campo le salió un león y le devoró, quedando sólo sus huesos; y con este castigo se cumplió el vaticinio de Dios a través del virtuoso Profeta Gad.

Capítulo VI

Dios establece el culto verdadero en el Reino de Samaria para cuando a los súbditos de este Reino les fuera impedido ir al Templo de Jerusalén

1. En el año 4225, séptimo del reinado de Jeroboán rey de Samaria, en la ciudad de Siquén, el Santísimo Ananías dijo al Profeta Ahías: *«A ti te encargo la misión de construir un Tabernáculo portátil, réplica del que tuvo mi pueblo cuando, al mando de Moisés, fue llevado por el desierto durante cuarenta años. Asimismo, te encargo que hagas una réplica del Arca de la Alianza que hay en el Templo de Jerusalén y demás utensilios sagrados. Cuando tengas esta Tabernáculo y esta Arca de la Alianza, pondrás el Tabernáculo y en su interior el Arca, junto a la tumba de mi siervo José en Siquén. Y en el año octavo de Jeroboán, se celebrarán en él todos los cultos que corresponden a mi pueblo, incluidos los dos sacrificios diarios, así como la Pascua, etc. Estos cultos sólo podrán realizarlos los sacerdotes levíticos y jamás los que no lo sean, a quienes servirán los ministros levitas en lo que corresponde a su ministerio. Sobre todos ellos habrá un Príncipe de los Sacerdotes, el cual sólo actuará en nombre del Sumo Sacerdote de Jerusalén, y cumplirá todas las funciones que corresponden al Sumo Sacerdote. En el año octavo que viene, se realizarán todos los cultos. Durante todo este año, los habitantes de mi pueblo en este reino que, durante los siete años precedentes, no han podido ir a Jerusalén, bien por obstáculo del rey de Samaria o bien por obstáculo del rey de Judá, podrán asistir a mis cultos. Terminados estos cultos del octavo año, se recogerá todo, lo cual será trabajo de los sacerdotes levíticos. El Arca de la Alianza, que será siempre llevada por los sacerdotes, así como el Templo portátil, serán depositados en el Monte Carmelo, en donde estarán guardados. Y siempre que, durante siete años seguidos, los del Reino de Samaria se vean impedidos por alguna prohibición para ir al Templo de Jerusalén, el octavo año volverá otra vez a colocarse el Tabernáculo con el Arca de la Alianza junto al sepulcro de mi siervo José en Siquén, y así hasta que llegue su momento en que se destruya todo».* Terminó el Santísimo Ananías empeñando su palabra al profeta Ahías, diciéndole: *«Os enviaré gran-*

des profetas para que este reino tenga oportunidad de salvación». Lo que se cumplió en Elías, Eliseo y muchos otros profetas, ya que Dios no abandona a los que le buscan.

2. En el año 4226, fue por primera vez instalado en Siquén, junto al sepulcro del Patriarca José, el Tabernáculo portátil y el Arca de la Alianza mandados hacer por el Santísimo Ananías al Profeta Ahías. El primer Príncipe de los Sacerdotes fue elegido por Dios, y los siguientes fueron por sucesión de padres a hijos. Hubo una ceremonia de consagración de las réplicas del Tabernáculo, del Arca de la Alianza, y demás utensilios sagrados. En este Templo portátil había una doble presencia del Fuego Sagrado: una, dentro de la réplica del Arca de la Alianza; y otra fuera, para los sacrificios, incienso, etc. El Fuego Sagrado lo había traído el Santísimo Melquisedec desde el Templo de Jerusalén. Terminado cada año octavo, el Fuego Sagrado que estaba fuera del Arca, se apagaba automáticamente, dando así fin a ese año de gracia; pues, era la señal de Dios de que habían terminado los cultos, y que, por tanto, debían llevar de nuevo el Tabernáculo y el Arca de la Alianza al Monte Carmelo, en donde el Tabernáculo quedaba desmantelado bajo la custodia de Ahías y un grupo de profetas, así como un grupo de sacerdotes y levitas. Mientras estuvo en el Monte Carmelo la réplica del Arca de la Alianza, nunca faltó ante ella el culto de adoración a Dios mediante oraciones y penitencias; ya que el Fuego Sagrado era el Alma Divinísima de Cristo, y por tanto se hallaba en el Arca de la Alianza la Santísima Trinidad. Tras la fundación de la Orden del Monte Carmelo por el Profeta Elías, el Tabernáculo desmantelado y el Arca de la Alianza, quedaron bajo la custodia de la Orden. Siempre que se hizo necesario instalar en el octavo año el Tabernáculo en Siquén, el correspondiente Príncipe de los Sacerdotes o Vicario del Sumo Sacerdote del Templo de Jerusalén, encendía en el Fuego Sagrado del Arca de la Alianza el correspondiente Fuego Sagrado que luego quedaba fuera para los sacrificios; de manera que, además del Fuego que quedaba dentro del Arca, había otro fuera de la misma.

3. Pasados los siglos, como consecuencia de la persecución de Herodes, la Sagrada Familia estuvo siete años refugiada en Egipto, sin poder ir a los cultos. Y en el octavo año pudieron volver a Israel, y estuvieron en Nazaret, en el reino del Norte. Los siete años sin cultos en el reino del Norte, eran figura de esos siete años de la Sagrada Familia en Egipto.

Capítulo VII

El Profeta Ahías vaticina el exterminio del hijo de Jeroboán y de toda su familia.

Martirio del Profeta Ahías

1. En el año decimosexto del reinado de Jeroboán, enfermó gravemente Abía, su hijo primogénito, por lo que dijo el rey a su esposa: *«Anda y vistete de manera que no seas conocida por mujer mía: y vé a Silo, donde está el profeta Ahías, el que predijo que había de*

reinar yo sobre este pueblo. Toma también contigo diez panes, una torta y una orza de miel; y vé a visitarle, que él te dirá lo que ha de acontecer a nuestro hijo». Hizo la mujer de Jeroboán lo que éste le había dicho; y, partiendo de Siquén para Silo, llegó a casa de Ahías; el cual ya no veía, porque se le había ofuscado la vista a causa de su mucha edad.

2. Pero el Señor dijo a Ahías: *«Mira que a ti viene la mujer de Jeroboán a consultarte sobre su hijo que está enfermo. Esto y esto le dirás»*. Y como ella entrase disimulando quien era, oyó Ahías el ruido de sus pisadas al entrar por la puerta, y dijo: *«Entra, esposa de Jeroboán. ¿Para qué finges ser otra? He de darte una mala noticia. Vé y di a Jeroboán: Esto dice el Señor Dios de Israel: 'Yo te ensalcé de en medio del pueblo, y te hice rey de Samaria al permitir Yo que se dividiese el Pueblo de Israel en dos Reinos. Mas, tú, en lugar de seguir los rectos caminos de mi siervo David, has obrado lo malo, levantando altares a falsos dioses y volviéndome las espaldas. Por tanto, si no te conviertes a Mí y vuelves a los caminos rectos del principio de tu reinado, Yo permitiré grandes males a los de tu linaje, Jeroboán, pues tu casa será destruida y barridos sus residuos como suele barrerse el estiércol hasta que no queda rastro. Además, los de tu casa que murieren en la ciudad, serán comidos de los perros, y los que murieren en el campo serán devorados por las aves del cielo'. Esta es la palabra que me ha comunicado Dios para ti, Jeroboán»*.

3. Y luego el Profeta Ahías dijo también a la mujer de Jeroboán: *«Vete, pues, a tu casa; y comunica a tu esposo que, si no se convierte al verdadero Dios, morirá vuestro hijo Abía. Y, además, el Señor permitirá que un usurpador del trono de Samaria extermine la casa de Jeroboán tras su muerte, lo cual sucederá en este tiempo en que vivimos»*; pues, Jeroboán, no solamente él cometió abominaciones, sino que también hizo que las cometiesen muchos de su pueblo. Marchó, pues, la mujer de Jeroboán; y una vez en Siquén, contó a su esposo las exhortaciones y vaticinios que le había hecho el Profeta Ahías de parte de Dios. Jeroboán, despreció descaradamente dichas correcciones y avisos divinos; y aún llegó a más su crueldad, pues el virtuoso Profeta Ahías, fue matado por orden de Jeroboán, rey de Samaria, después de que la reina le comunicara los vaticinios del profeta sobre la proximidad de la muerte de su hijo Abía y la destrucción de su casa si no se convertía al verdadero Dios. En el momento que el Profeta Ahías murió asesinado por orden de Jeroboán, el hijo de éste, Abía, murió a consecuencia de su enfermedad.

Capítulo VIII

Roboán, rey de Judá, consume su maldad entregándose a la idolatría. Invasión del Reino de Judá por el rey Sesac de Egipto. Muerte de Roboán

1. Cuando comenzó a reinar Roboán, ya estaba casado con la impía sacerdotisa Maaca, y le había nacido su hijo Abía. Pero Roboán, durante su reinado, se casó

y se amancebó con otras mujeres paganas, llegando a tener un total de setenta y ocho mujeres, a pesar de las prohibiciones de Dios a través del Profeta Gad.

2. Durante su reinado, el perjurio Roboán se destacó por su infidelidad a Dios. Pues, corrompido su corazón, cayó en la idolatría, rindiendo culto a los falsos dioses que adoraban sus mujeres, y arrastrando consigo a muchos del Pueblo. Roboán erigió altares a los ídolos, tanto en el Templo de Dios de Jerusalén como en otras partes de la ciudad y de todo el Reino de Judá. Además, siguió permitiendo la estancia en el Templo de Jerusalén de hombres afeminados, introducidos por Salomón, que estaban al servicio sexual de los varones peregrinos. A su vez, permitió que Maaca, su perversa esposa, sacerdotisa del obsceno ídolo Priapo, introdujese en las dependencias dedicadas a las mujeres, en el Templo de Jerusalén, a mujeres amasculinizadas para que estuviesen al servicio carnal de las mujeres peregrinas. El ídolo Priapo era una repugnante figura humana hermafrodita.

3. El virtuoso Profeta Semeías, de parte de Dios, corregía también con frecuencia los pecados e idolatrías de Roboán, le exhortaba a su conversión, y le vaticinaba, además, que si no lo hacía, sobrevendrían grandes castigos para su reino. En el año quinto del reinado de Roboán, a causa de sus gravísimas desviaciones y de las de muchos de sus vasallos, Dios permitió que el Reino de Judá fuera castigado con la invasión de los reyes de otros países; pues, Sesac, rey de Egipto, aliado con los reyes de Libia, Etiopía y otros, vino al Reino de Judá con un poderoso ejército y fue tomando las ciudades más fuertes, hasta llegar a Jerusalén.

4. El Profeta Semeías, ante tal invasión, se presentó al rey Roboán y a los príncipes de Judá, en Jerusalén, y les dijo: *«Esto dice el Señor: 'Vosotros me habéis abandonado, pues Yo también os he abandonado en manos de Sesac'»*. Consternados los habitantes de Jerusalén, confesando muchos sus pecados, dijeron: *«Justo es el Señor»*; ya que también había gentes que eran fieles a los preceptos divinos. Con lo que, viendo Dios que se habían humillado, dijo a Semeías: *«Por cuanto se han humillado, no permitiré que sean destruidos enteramente, sino que les daré un poco de socorro a fin de evitar tan terrible exterminio. No obstante, este castigo les servirá a muchos del Reino de Judá para que sepan la inmensa diferencia existente entre servirme a Mí y servir a las abominaciones»*. Dios, pues, no permitió que los habitantes del Reino de Judá quedasen bajo el dominio de Sesac rey de Egipto; por lo que éste se retiró de Jerusalén después de haber saqueado el Templo de Dios, el palacio del rey, y de haberse apoderado de muchos de los tesoros de ambos edificios. A pesar de la misericordia divina para con el Pueblo de Judá, Roboán continuó con sus abominables costumbres e idolatrías; pues, desobedeció de nuevo el mandato divino, a través del Profeta Semeías, de que desvirtuase los ídolos y se convirtiese a Dios.

5. En el año 4226, después de haber reinado ocho años en Judá, murió Roboán, en Jerusalén, a la edad de cincuenta y dos años, sin señal alguna de arrepenti-

miento. Fue enterrado en el panteón real del Monte Sión. A la muerte de Roboán, le sucedió en el trono de Judá su hijo Abía, tenido con su esposa Maaca, el cual había nacido en el año 4195, durante el reinado de su abuelo Salomón.

Capítulo IX

Abía, segundo rey de Judá

1. En el año 4226, transcurridos los treinta días de duelo por la muerte de su padre, Abía fue ungido públicamente rey de Judá por el virtuoso Profeta Semeías, delante de la Puerta Dorada del Templo de Jerusalén, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Fue aclamado por el pueblo.

2. El perjurio rey Abía siguió, en los tres años de su reinado, el mismo derrotero de iniquidad que su padre, del cual fue fiel imitador en la idolatría. Su madre, Maaca, viviendo todavía su esposo Roboán, tuvo relación incestuosa con su propio hijo Abía, de la que nació el futuro rey Asa.

3. En el año 4228, segundo de su reinado, por conveniencia meramente política de Jeroboán rey de Samaria, y de Abía rey de Judá, los habitantes de Samaria pudieron ir al Templo de Jerusalén.

4. En el año 4229, tercero de su reinado, Abía, movido por la ambición de apoderarse del Reino de Samaria, declaró una guerra político-territorial, sin ningún fundamento religioso, contra Jeroboán. Salió, pues, Abía, con un poderoso ejército para invadir Samaria, y les salió al encuentro Jeroboán con un número bastante menor de soldados. Colocados frente a frente ambos ejércitos, el osado y soberbio rey Abía, con sañuda ira, desafió a Jeroboán tachándole injustamente de usurpador del trono de Samaria, mediante estas palabras: *«Escucha tú, oh Jeroboán, con todo tu pueblo: ¿Ignoras acaso que el territorio que está bajo tu corona me pertenece a mí como sucesor de David? ¿Ignoras también que tú, Jeroboán, siendo un siervo de Salomón, osaste sublevarte contra mi padre Roboán usurpándole el territorio que hoy dominas? Ríndete, pues, y entrégame presto Samaria, pues me pertenece a mí como legítimo descendiente de David»*. Pero, mientras Abía desafiaba con sus palabras a Jeroboán, éste iba sigilosamente disponiendo y movilizando sus escuadrones con tal arte, que consiguió cercarlo; y luego, dando un fuerte grito, anunció a los suyos el comienzo de la sangrienta batalla. Y a pesar de que Jeroboán era infiel a Dios con sus perversas idolatrías, sin embargo, el Señor Dios de los Ejércitos no permitió que perdiese la batalla, para así castigar las abominaciones de Abía, rey de Judá. He aquí que el triunfo fue para el ejército de Jeroboán, quien causó una gran mortandad en el ejército del rey Abía, el cual murió también en esta batalla en aquel año 4229, después de reinar tres años en Judá. A su muerte, heredó el trono su hijo Asa.

Capítulo X

Asa, tercer rey de Judá.

Demolición de los altares idolátricos y promulgación de edictos de acuerdo a la Ley de Dios.

Victoria de Asa contra el rey Zara de Etiopía

1. En el año 4229, transcurridos los treinta días de duelo por la muerte de su padre, Asa fue ungido públicamente rey de Judá por el virtuoso Profeta Azarías, delante de la Puerta Dorada del Templo de Jerusalén, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Fue aclamado por el pueblo con gran entusiasmo. Asa, a diferencia de su padre, fue de corazón recto, pues hizo lo que era bueno y agradable a los ojos de Dios.

2. Asa, el Virtuoso, al principio de su reinado, devoró por el celo de Dios, destruyó todos los ídolos del Templo de Jerusalén y de toda la tierra de Judá, promulgó edictos condenando a pena de muerte a los ídólatras y demás transgresores penalizados así en la Ley Divina; echó del Templo de Jerusalén a los afeminados que estaban al servicio sexual de los peregrinos; y a las amasculinizadas que estaban al servicio sexual de las peregrinas. El rey Asa, delante del Templo, quemó a su propia madre Maaca, que había rehusado convertirse, junto con el ídolo Priapo, representado por una figura obscenísima y repugnante. Entregó también al Templo del Señor el oro y la plata, y diferentes especies de vasos o utensilios, que su abuelo y su padre habían sustraído del culto de Dios para su propio servicio. Además, durante su reinado, edificó muchas ciudades, fortificó otras y aseguró su reino por medio de un poderoso ejército extraordinariamente armado.

3. Pero la paz existente en el Reino de Judá, se vio de súbito interrumpida por la invasión del sur por el rey Zara de Etiopía; quien, ambicionando conquistar parte del territorio del Reino de Judá, penetró en él por Idumea con un numeroso ejército. Asa salió al encuentro del enemigo; y, formados sus soldados en orden de batalla, en el valle de Sefata, que está junto a Maresá, invocó al Señor Dios, diciendo: «Señor, dado tu infinito Poder, no hay para Ti diferencia entre socorrer al que tiene muchas fuerzas o al que tiene pocas. Ven, pues, oh Dios, en ayuda nuestra, porque en Ti confiamos y a combatir en tu nombre hemos venido contra ese numeroso ejército del rey Zara. ¡Oh Señor! que el poder del hombre quede humillado ante el poder de Dios». Y a pesar de que, el ejército de Asa era inferior al de Zara, las huestes de Judá, con el auxilio divino, una vez entradas en campaña, llenaron de tal terror a las milicias del rey etíope, que huyeron despa- voridas. Pero el valeroso rey Asa, las fue siguiendo con su ejército hasta Gerara; y tras conquistar esa parte de Filistea, penetró en Idumea, en donde fueron derrotados los etíopes, sufriendo una gran mortandad. En la batalla el rey Asa de Judá mató con su espada al rey Zara de Etiopía. Asa y los suyos, tomaron muchos y ricos despojos en el campo de batalla; y, además, reconquistaron aquella parte de Idumea. Después, volvieron a Jerusalén.

4. Cuando el rey Asa volvía con su ejército de la gloriosa victoria contra los etíopes, le salió al encuentro el virtuoso Profeta Azarías, hijo de Oded, movido por el Espíritu de Dios, quien dijo a Asa: «Escuchadme tú, oh Asa, y gentes del Reino de Judá: El Señor ha estado con vosotros en la batalla, porque habéis permanecido fieles a Él. Siempre que busquéis a Dios, le hallaréis; mas, si lo abandonáis, El os abandonará a vosotros. Muchos días vendrán en que el Pueblo de Israel vivirá lejos del verdadero Dios, sin sacerdotes que los enseñe y olvidados de su Ley. Mas, a pesar de sus infidelidades, cuantas veces, en medio de sus aflicciones, se convirtieren al Señor Dios de Israel y lo buscaran, le hallarán. Mas, tiempos vendrán que, a causa de la infidelidad a Dios por parte de su Pueblo, no habrá seguridad para ir y venir, sino espantos en los habitantes de la tierra; porque una nación se levantará contra otra y una ciudad contra otra ciudad, ya que el Señor permitirá que sean conturbados con toda clase de angustia como castigo por haberle sido infieles. Por tanto, oh hijos de Judá, alentaos para ser cada día más virtuosos y leales al Señor Dios de Israel, y no se aflojen vuestras manos en servirle con fidelidad, pues habrá galardón para vuestro trabajo». Y habiendo oído el rey Asa las palabras y vaticinios del profeta Azarías, cobró aún más aliento y vitalidad para hacer emprender mayores reformas en su Reino en honor de Dios.

5. El rey Asa, entró victorioso en Jerusalén por la Puerta Dorada en medio de un apoteósico recibimiento, no sólo por muchos de sus súbditos, sino también por muchos del Reino de Samaria que se habían pasado al Reino de Judá viendo que Asa estaba con el Señor Dios de Israel. Y entre las aclamaciones de su pueblo, recorrió triunfante las calles de la ciudad. Después, sacrificaron al Señor, en el Templo, gran número de bueyes, ovejas y carneros que habían traído del botín del vencido enemigo etíope. Y en medio de aquellos sacrificios, el rey Asa, con gran solemnidad, ratificó su alianza con Dios, y dijo a todos que buscasen siempre al Señor Dios de sus padres con todo su corazón y con toda su alma. Y luego, agregó con gran severidad: «Cualquiera, pues, que no buscare al Señor Dios de Israel, muera desde el más pequeño al mayor, sea varón o varona». Y todos los allí presentes hicieron juramento de fidelidad, con todo su corazón, al Señor, en voz alta, con júbilo y entre el estrépito de las trompetas.

Capítulo XI

Muerte de Jeroboán, primer rey de Samaria.

Nadab, segundo rey de Samaria

1. En el año 4235, tras diecisiete años de su reinado, Jeroboán, rey de Samaria, murió herido por Dios a través de una terrible enfermedad intestinal saltando sus entrañas por los aires. Su muerte fue en la ciudad de Siquén, en la impenitencia. Los múltiples trozos de su cuerpo reventado, fueron barridos como se barre el estiércol.

2. Transcurridos los treinta días por el duelo de la muerte del rey Jeroboán, ese mismo año 4235, comenzó a reinar en Samaria su hijo Nadab, también de la tribu de Manasés, que fue ungido rey por el virtuoso Profeta Jehú

de Samaria, en Siquén, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Mas, el perjuró Nadab, siguió los mismos caminos de impiedad de su padre, adorando los ídolos y arrastrando a muchos de su pueblo a la idolatría.

3. En el año 4236, segundo del reinado en Samaria del perverso rey Nadab, no fue necesario instalar en Siquén el Tabernáculo portátil, ya que no hubo ningún impedimento para ir al Templo de Jerusalén.

4. En el año 4237, Nadab, movido por la ambición, y no por el celo de Dios, puso sitio a la ciudad de Gebetón para recuperarla, ya que estaba en poder de los filisteos. Dios permitió que, como castigo a sus impiedades, durante el asedio conspirase contra el rey Nadab un vasallo suyo llamado Baasa, hijo de Ahías de la tribu de Isacar, el cual dio muerte a Nadab en el mismo año 4237, tras dos años de reinado en Samaria. El cadáver quedó insepulto en el campamento y fue devorado por las aves del cielo. El regicida Baasa abandonó con el ejército el sitio de Gebetón, pues le interesaba más ser proclamado rey cuanto antes en Siquén por el pueblo.

Capítulo XII

Baasa, tercer rey de Samaria. Martirio del Profeta Jehú de Samaria. Muerte de Baasa

1. Después de haber asesinado a Nadab, ese mismo año 4237, Baasa, de la tribu de Isacar, comenzó a reinar en Samaria, y fue ungido rey, en Siquén, por el virtuoso Profeta Jehú de Samaria, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. El perversísimo y perjuró Baasa, hombre sanguinario que había matado a Nadab, exterminó también a toda la demás descendencia de Jeroboán, y no dejó con vida ni una sola persona de su linaje, según había sido vaticinado por el Señor a través del Profeta Ahías.

2. En el primer año del reinado de Baasa, hubo guerra entre el reino de Samaria y el de Judá. Pues, Baasa había prohibido que sus vasallos de Samaria fuesen al Templo de Jerusalén para cumplir con los deberes religiosos según la Ley Divina; y además, para asegurar más esa impía orden, había fortificado militarmente la ciudad de Ramata o Ramá del norte, que pertenecía al Reino de Samaria, y que era fronteriza con el Reino de Judá y el paso más común para entrar en este reino. Mas, el virtuosísimo Asa, rey de Judá, para facilitar a los de Samaria el que pudieran ir al Templo de Jerusalén, movido por Dios, fue con su ejército y se apoderó de la ciudad de Ramata o Ramá del Norte. Pero, Baasa, con el fin de tratar de recuperar dicha ciudad de su reino, se alió con el pagano Benadab, rey de Siria; y ambos, con un poderoso ejército, cercaron la ciudad Ramá del norte, ocupada por el rey Asa de Judá. Sin embargo, éste, con la ayuda del Señor Dios de los Ejércitos, se liberó del cerco de Baasa y de Benadab, vencidos y conquistando también parte del territorio de Samaria.

3. En ningún momento, pues, el virtuoso Asa, rey de Judá, hizo alianza alguna con el pagano Benadab, rey de Siria. Por consiguiente: tanto el episodio bíblico que refiere dicha alianza, como el episodio bíblico que habla del Profeta Ananí reprochando al rey Asa, y éste poniendo en el cepo al Profeta, así como el episodio de la matanza de muchos del pueblo, son productos de las manipulaciones del perverso rey Manasés, que reinaría en Judá muchos años después.

4. Dios, para dar oportunidades de salvación al impío rey Baasa, le corrigió por sus idolatrías, primero a través del virtuoso Profeta Ananí, y después del Profeta Jehú, ambos de Samaria. Mas, el perversísimo rey de Samaria, despreciando todas las correcciones recibidas de Dios a través de sus Profetas, siguió su camino depravado cada vez con más abominación; ya que, hasta incluso ofreció a hijos suyos en holocausto a los ídolos, provocando aún más la Ira Divina. En el año vigésimo de su reinado, Dios le mandó al Profeta Jehú, para comunicarle el siguiente vaticinio: *«Baasa, rey de Samaria, Yo permití que, siendo tú de condición vasalla, ocupases el trono del Reino de Samaria; mas, tú, en vez de hacer lo que es recto en mi presencia, has seguido el perverso camino de Jeroboán, y has hecho pecar a mi pueblo, provocando mi ira con sus pecados: He aquí que, si no te conviertes a Mí como verdadero Dios que soy, Yo permitiré que sean exterminadas tu casa y tu descendencia, por lo que tendrán el mismo fin que la de Jeroboán. El que de tu linaje, Baasa, muriese en la ciudad, los perros lo comerán: y el que muriese en el campo, lo comerán las aves del cielo»*. El virtuoso Profeta Jehú de Samaria, fue matado por orden de Baasa, rey de Samaria, después que le comunicara los vaticinios sobre la destrucción de su casa si no se convertía al verdadero Dios.

5. En el año 4261, Baasa, tras haber reinado veinticuatro años en Samaria, murió en la ciudad de Siquén envenenado por su propio hijo Ela, que le sucedió en el trono. Baasa murió en la más abyecta impiedad, y fue enterrado en dicha ciudad.

Capítulo XIII

Ela, cuarto rey de Samaria. El antirrey Zambrí. Anrí, quinto rey de Samaria

1. En el año 4261, comenzó a reinar Ela, de la tribu de Isacar; y transcurridos los treinta días de duelo por la muerte de su padre, fue ungido en Siquén por el virtuosísimo Profeta Semeías, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Ela, incumpliendo el juramento, siguió el perverso ejemplo de su padre Baasa. En el año 4263, habiéndose Ela embriagado en el curso de un banquete dado en su palacio de Siquén, fue agredido y asesinado por Zambrí, oficial del ejército de caballería; el cual mató también a todos los descendientes de Baasa y de Ela, incluso a sus amigos.

2. Cuando Zambrí, tras sus asesinatos, usurpaba el trono de Samaria, el ejército se hallaba sitiando de nue-

vo la ciudad filisteá de Gebetón. Y una vez que este ejército tuvo noticia de que Zambri había sido apoyado y reconocido como rey por una paupérrima minoría, proclamó a Anrí, general del ejército, como rey de Samaria, quien al instante se encaminó a Siquén para destituir al usurpador. Cuando lo supo Zambri, desconcertado por el temor, se encerró en sus dependencias del palacio, y prendiéndolas fuego, se suicidó pereciendo miserablemente en medio de las llamas, condenándose eternamente. El usurpador Zambri, de la tribu de Dan, no fue, pues, auténtico rey, sino antirrey; no le correspondía el trono ni por la sangre, ni por la nobleza, ni por permisión divina, ni por aclamación del pueblo, ya que los de la tribu de Dan estaban excluidos de todo posible acceso al trono. Su falso reinado duró siete días.

3. En el año 4263, tras la muerte del rey Ela, comenzó, pues, a reinar Anrí, de la tribu de Benjamín, y fue ungido en Siquén, por el virtuoso Profeta Ananí, hermano del Profeta Jehú de Samaria, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Ananí, aseguró a Anrí, de parte de Dios, que si, fiel a su juramento, destruía los ídolos y sus altares erigidos en su reino y cumplía con los demás preceptos de la Ley Divina, continuaría su casa reinando en Samaria a través de sus descendientes.

4. No obstante el reconocimiento de Anrí como rey de Samaria por el ejército y una parte de los habitantes, hubo quienes se negaron a aceptarlo como rey al ser partidarios de que lo fuera Tebni, hijo de Ginet. Pero Anrí acabó pronto con esta división del pueblo mandando asesinar a Tebni secretamente. El rey Anrí fue corregido de sus abominaciones y crímenes, por orden de Dios, a través del Profeta Ananí, sin que hiciera caso alguno; por lo que fue de mal en peor, llegando a ser otro de los reyes perversos de Samaria. Anrí, con su mal ejemplo, no sólo indujo al pueblo a la idolatría, sino que, además, le coaccionó a ello con leyes opresoras. Anrí, al igual que los demás anteriores reyes de Samaria, tenía su residencia oficial en Siquén; mas, durante su reinado, edificó y fundó una ciudad a la que puso el nombre de Samaria.

Capítulo XIV

Muerte de Asa, tercer rey de Judá.

Josafat, cuarto rey de Judá.

Año Santo de Jerusalén.

Muerte de la virtuosa reina Nazaret

1. En el año 4269, tras cuarenta años de reinado, Asa el Virtuoso, rey de Judá, murió santamente en Jerusalén, y fue enterrado en el panteón real del Monte Sión. Le sucedió en el trono de Judá su hijo Josafat.

2. En el mismo año 4269, transcurridos los treinta días de duelo por la muerte de su padre, Josafat fue ungido por el virtuoso Profeta Jehú de Judá, delante de la Puerta Dorada del Templo de Jerusalén, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perse-

guir el culto idolátrico. Josafat fue uno de los reyes más rectos de Judá, por lo que fue conocido como el «Piadoso». Completó la obra de su santo padre el rey Asa. Josafat hizo grandes servicios al Templo de Dios, levantó murallas y fortalezas en muchas ciudades de su reino, las proveyó de fuertes provisiones y organizó un ejército numeroso.

3. Josafat se preocupó con todas sus fuerzas de que el pueblo conociese bien la Ley de Dios para que la pusieran mejor en práctica. Con este fin, en el año tercero de su reinado, se puso al frente de una comisión de sacerdotes, ministros levitas y doctores de la Ley, todos de gran ardor apostólico, y recorrió las ciudades de Judá, para infundir en sus súbditos una mayor fidelidad en el servicio de Dios, extirpar los errores que pudiera haber y reformar aún más las costumbres.

4. El virtuoso y prudente rey Josafat, llevó a cabo un gran mejoramiento en la reforma hecha por su padre sobre la autoridad de los jueces y el ejercicio de sus funciones. Se preocupó de que los jueces fueran personas rectas y hábiles. En las ciudades más importantes de Judá, estableció tribunales de justicia para asuntos eclesiásticos, civiles y penales. Y en Jerusalén, estableció, además, el Tribunal Superior de Justicia, formado por el Consejo de Ancianos bajo la presidencia del virtuoso Sumo Sacerdote Amarías.

5. Además, Josafat dio la siguiente orden a los responsables de la administración de justicia: *«Mirad muy bien lo que hacéis, porque el ejercicio de juzgar, no ha de ser según vuestro arbitrio sino como representantes que sois del Señor en dicha facultad. Y seréis responsables de todo lo que juzgareis; de manera que si juzgáis sin rectitud, este mal recaerá sobre vuestras propias conciencias. Tened muy en cuenta que Dios, el Supremo Juez, estará presente en los juicios y sentencias que deis, y que El os va a juzgar luego en su rectísimo tribunal cuando os llame a juicio. Esté, pues, con vosotros el temor de Dios y haced todas las cosas con diligencia, pues en el Señor nuestro Dios no se halla injusticia, ni acepción de personas, ni codicia de regalos».*

6. Sin embargo, el piadoso Josafat, rey de Judá, tuvo, entre otros desaciertos, el de emparentar con el rey Acab de Samaria; pues, en los últimos meses del año 4276, séptimo de su reinado, en contra de las justas amonestaciones del Sumo Sacerdote Amarías, fue a dicho Reino para concertar el matrimonio de su hijo Jorán con Atalía, hija de Acab y Jezabel. Con motivo de estos esponsales, Acab decretó grandes fiestas en toda Samaria. Y en su palacio de Siquén celebró suntuosos banquetes en honor de Josafat, de su hijo y de todo el séquito que le había acompañado desde Judá, matando para ello muchos carneros y otros animales. Después de algunos días de estancia en Siquén, el rey Josafat, con su hijo y séquito, volvió a Jerusalén, trayendo consigo a Atalía, la prometida de Jorán, que venía acompañada de un cortejo formado por damas y guardias.

7. Cuando Josafat llegó a Jerusalén, el Profeta Jehú de Judá, acompañado del Sumo Sacerdote Amarías, le

visitó para decirle: «*Josafat, por tratar de emparentar con el impío rey Acab y con su familia, que aborrecen a Dios, mereces que el Señor descargue su santa Ira sobre ti*». Jehú, pues, reprendió severamente al rey Josafat por el compromiso matrimonial de su hijo con la idólatra y perversa Atalía, ya que la Santa Ley prohibía tales enlaces; por lo que, además, le conminó que jamás llevara a cabo tal matrimonio. Sin embargo, Josafat, desoyendo la voz de Dios a través del Profeta Jehú, y las nuevas amonestaciones del Sumo Sacerdote Amarías, permitió que su hijo Jorán casara con Atalía, que, aunque de la tribu de Benjamín, era pagana por compartir la idolatría de sus impíos padres Acab y Jezabel. Con esta permisón, Josafat pecó gravísimamente. Su pecado atrajo sobre Judá uno de los anatemas del Profeta Elías lanzados el día 16 de enero del año 4277; pues, volvió, una vez más, a ser desierto el frondosísimo bosque del territorio que hoy conocemos por el desierto de Judá. Pocos meses después de estos castigos, Josafat, reconociendo su pecado, se arrepintió con sinceridad, y ordenó a su hijo que no compartiera la idolatría de su esposa Atalía, e incluso la repudiase si no se convertía. Jorán desoyó el mandato de su padre; y, apartándose del culto al verdadero Dios, adoró a los ídolos junto con su esposa. Ante tal actitud, Josafat desheredó a Jorán del trono de Judá, y tanto a él como a Atalía los echó fuera de los territorios del Reino de Judá. El desierto de Josafat permitiendo el matrimonio de su hijo con Atalía, además de que implicó para él grandes sufrimientos y expiaciones, acarreó, después de su muerte, terribles consecuencias para su familia y el reino.

8. Una de las grandes y victoriosas hazañas bélicas del rey Josafat, fue la que obtuvo en el año 4281 contra un poderoso ejército constituido por soldados moabitas, amonitas e idumeos; los cuales, acamparon en las colinas de Engadi, junto al Mar Muerto para dar la gran batalla al rey de Judá. Josafat, aunque era muy valiente, de pronto se sobrecogió. Mas, recapacitando, imploró enseguida el auxilio del Señor, y mandó que sus súbditos hiciesen oraciones y ayunos especiales en todo el territorio de su Reino. Muchos de los habitantes de Judá vinieron a Jerusalén para implorar el socorro del Señor, presentándole sus ruegos. Y el rey Josafat, delante de la Puerta Dorada del Templo, en medio de una gran multitud, de varones y varonas de todas las edades, oró así al Señor Dios: «*Señor de nuestros padres: Tú eres el Dios de los Ejércitos y tienes el dominio de todos los reinos de las naciones: en tu mano está la fortaleza y el poder, ninguno puede resistir a Ti. ¿Acaso, Tú, nuestro Dios, no entregaste para siempre a nuestro Padre Abrahán, esta tierra de Judá en que ahora habitamos, cuando hiciste perecer a sus paganos moradores? Ahora, pues, Señor, los amonitas, los moabitas y los idumeos, se disponen a echarnos de la posesión que nos diste. Oh, Dios nuestro, en nosotros, ciertamente, no hay tanta fuerza que podamos resistir a esa multitud de enemigos de tu pueblo que vienen a hacernos la guerra. Y como no sabemos lo que hemos de hacer, a Ti dirigimos nuestras plega-*

rias y levantamos nuestros ojos, a fin de que seas Tú, oh Dios de los Ejércitos, nuestro Caudillo y Guía en esta batalla».

9. Tras que el rey hubiese pronunciado su fervorosa oración, el Profeta Jazahiel, religioso esenio, de parte de Dios, pronunció las siguientes palabras: «*Atended, oh rey Josafat y todos los de Judá. Esto dice el Señor: 'No temáis ni os acobardéis a la vista de este numeroso ejército que os acecha, porque será el mismo Dios el que luche con vosotros. No combatiréis, pues, solos; por eso, manteneos firmes en la confianza a Dios, y veréis el socorro del Señor sobre vosotros. No temáis ni os acobardéis, mañana saldréis contra vuestros enemigos y el Señor estará con vosotros'*». Y al oír estas palabras Josafat y todo el pueblo, se postraron rostro en tierra delante del Señor, y lo adoraron.

10. A la mañana siguiente, los ejércitos de Judá, bajo el mando de Josafat, emprendieron su marcha para dar la gran batalla a los tres ejércitos enemigos que se habían coaligado. Y ya en el desierto de Tecua, el rey Josafat, dijo a sus huestes: «*Oídmme, varones de Judá: Confíad en el Señor Dios vuestro y estaréis seguros; creed a sus profetas y todo irá felizmente*». Y mandó que entonasen las alabanzas de Dios, y todos a una voz decían: «*Glorificad al Señor, porque es eterna su misericordia*». Y sucedió que, tan pronto como empezaron los cánticos sagrados, el ejército de Josafat atacó con inusitado ímpetu a las huestes enemigas; quienes, presas de pánico, llegaron a tal desconcierto que, en la fuga, se acuchillaban entre ellas mismas, causándose una gran mortandad. Josafat, con su valeroso ejército, a la vez que les perseguía y exterminaba poco a poco, penetró en el territorio de Moab, y reconquistó una gran parte del mismo. El rey moabita, con los pocos supervivientes que le quedaban, logró refugiarse en la ciudad de Ar, y cerrar las puertas de las murallas. Mas, el ejército de Judá, al mando de Josafat, puso sitio a la ciudad con tal tesón, que el rey de Moab, viendo que se hacía insostenible el asedio, cogió a su hijo primogénito y, a la vista de Josafat y de su ejército, ofreciólo en holocausto al ídolo Moloc, para que éste le socorriese. Dicho sacrificio humano, causó tal indignación en Josafat, que, saltando la muralla, mató con su propia espada al rey moabita. Después, Josafat acabó de reconquistar el territorio de Moab, quedando de nuevo incorporado al Pueblo de Dios bajo la corona del Reino de Judá.

11. Esta victoria de Josafat contra el rey de Moab, además de proporcionar al ejército de Judá un grande y riquísimo botín de alhajas, vestidos, vasos preciosos, etc. sirvió para hacer más temible el nombre de Josafat en todas aquellas naciones, porque en ellas se hizo notorio que el Señor Dios de los Ejércitos había peleado por él. Josafat, con su ejército, destruyó todos los ídolos y sus altares, del reconquistado territorio de Moab. El texto bíblico que refiere que el rey Josafat hizo alianza con el rey de Samaria y el rey de Edón o Idumea, para vencer al rey de Moab, es producto de las manipulaciones del rey Manasés.

12. Después de esta gran victoria contra los moabitas, en ese mismo año 4281, estando Josafat de nuevo residiendo en Jerusalén, Dios, por medio del Profeta Jehú de Judá, le ordenó que se levantara con su poderoso ejército e hiciera la guerra a los filisteos situados en la parte sudoccidental de su reino aún sin reconquistar, que habían usurpado en los últimos años del rey Salomón, cuando éste ya se hallaba muy desviado del recto camino. Josafat, obedeció la orden del profeta, organizó su ejército; y él mismo al frente, después de pedir el auxilio divino, tomó su espada y se dirigió a los territorios ocupados por los filisteos. Con heroico valor, Josafat les hizo la guerra, vencéndolos y llevando a cabo entre ellos una gran mortandad. Después, entró en la ciudad de Azoto, en donde los filisteos habían reconstruido el templo al ídolo Dagón, derribó este templo y todos sus ídolos, mató con su propia espada al rey filisteo que se había refugiado en aquella ciudad, dio muerte también a todos los que no se convirtieron al verdadero Dios y derribó todos los ídolos y sus altares del territorio filisteo reconquistado; no obstante, algunos de los filisteos no convertidos, lograron huir fuera de los dominios de Judá. Con esta gran victoria, aquel territorio que estaba ocupado por los filisteos pasó a formar parte de Judá nuevamente.

13. El año 4284, el rey Josafat lo declaró Año Santo con motivo del primer centenario de la inauguración del Templo de Dios levantado por el rey Salomón en Jerusalén.

14. En el año 4286 murió la virtuosa reina Nazaret, esposa del rey Asa y madre del rey Josafat.

Capítulo XV

Muerte de Anrí, quinto rey de Samaria.

Acab, sexto rey de Samaria

1. Después de diez años de reinado, en el año 4273 murió Anrí con la misma impiedad que había vivido, y fue enterrado en Siquén. Le sucedió su hijo Acab de la tribu también de Benjamín.

2. En el mismo año 4273, Acab comenzó su reinado en Samaria; y transcurridos los treinta días de duelo por la muerte de su padre, fue ungido en Siquén por el virtuoso Profeta Ananí, hermano del Profeta Jehú de Samaria, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Ananí, al ungir rey a Acab, le dijo de parte de Dios que, si destruía los ídolos y sus altares erigidos en el territorio de su reino y cumplía con los demás preceptos de la Ley Divina, continuaría su casa reinando en Samaria a través de sus descendientes.

3. Mas, Acab, desoyendo las exhortaciones de Dios a través del Profeta Ananí, dejóse arrastrar por la execrable influencia de su esposa, la pagana Jezabel, hija del rey de los sidonios. Esta perversa reina, idólatra, soberbia, dominante y adúltera, llegó a tal colmo de iniquidad que, arrogándose el título de profetisa, predicaba y enseñaba a todos el culto a los ídolos, y perseguía a muerte a los profetas del Señor que se mante-

nían firmes en el culto al verdadero Dios. Jezabel, con su depravada seducción, arrastraba a Acab, con tal maña diabólica, que no permitía que él perseverara mucho tiempo en los buenos propósitos que hacía en aquellas ocasiones en que se sintió verdaderamente arrepentido de sus pecados. No obstante la poderosa influencia de Jezabel sobre Acab, ella procuró no enfrentarse nunca abiertamente a su marido, pues sabía que era hombre cruel, capaz de matarla incluso en un arrebató de cólera. Por eso, cuando el rey tomaba decisiones contrarias a los deseos de Jezabel, ésta no se oponía despóticamente a él, ya que le temía; sino que procuraba, de manera maliciosamente seductora, hacerle cambiar de opinión. Por las instigaciones de su esposa, Acab levantó en la ciudad de Samaria, edificada por su padre, un inmenso templo al ídolo Baal, y erigió aún más altares a los ídolos por todo el territorio de su reino; a los cuales daba culto, incluso ofreciendo a muchos de sus hijos en holocausto, con lo que así provocaba más la Ira Divina. Además, construyó en Jezrael un palacio de recreo, en donde habitaba con frecuencia.

4. La impía y perversa Jezabel, esposa de Acab, con obcecación y malicia refinadas, persiguió a los profetas de Dios que había en el Reino de Samaria, dando muerte a muchos de ellos. Por entonces, el rey Acab tenía como mayordomo a un varón temeroso de Dios llamado Abdías; quien, en medio de una corte viciosa e idólatra, se mantuvo sin contaminarse. Abdías procuraba siempre contrarrestar, con sus buenos consejos al rey, la influencia perversa que, sobre éste, ejercía su esposa. Y Acab, que sentía por su mayordomo un gran respeto, le protegía de las insidias de Jezabel; de manera que ella no se atrevió nunca a atacar contra Abdías por temor al rey su esposo. Durante la persecución de la impía reina, el virtuosísimo y joven mayordomo Abdías, favoreció mucho a los Profetas del Señor que no apostataron, escondiéndolos en cuevas y alimentándolos. Muchos de estos, permaneciendo fieles a Dios, murieron mártires de la persecución de Jezabel; y los que por temor apostataron, se hicieron servidores del ídolo Baal. A Abdías, después de su servicio a Acab como mayordomo, le correspondería cumplir una alta misión como Profeta de Dios.

5. El 16 de enero del año 4277, cuarto del reinado de Acab, el Profeta Elías presentó al impío rey de Samaria, para corregirle de parte de Dios su execrable conducta y conminarle a que se convirtiera para evitar que la Santa Ira cayera sobre él y sobre su pueblo. Y como Acab despreciara con arrogancia las amonestaciones del Profeta Elías, éste, devorado por el celo de Dios, pronunció tres solemnes anatemas, al mismo tiempo que, entre otras maldiciones, decía a Acab: *«Acab, en nombre del Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy, te anuncio que no caerá rocío y lluvia en estos años, hasta que yo quite esta maldición de la tierra por orden de Dios»*. Algunos de los desiertos de Palestina y de otros países próximos deben su origen a la santa Ira divina, descargada por Dios merced a los tres solemnes anatemas lanzados por el santo Profeta

Elías sobre partes de la tierra. Después de la entrevista con el rey de Samaria, el Profeta Elías, por orden de Dios, se retiró junto al torrente Carit, afluente del río Jordán. Tras los solemnes anatemas y otras maldiciones de Elías, cesó de llover durante tres años y medio seguidos en todo el Reino de Samaria y en otras partes.

6. Era tal la escasez de agua y de alimentos para hombres y animales, que Acab envió a varios mensajeros en busca de Elías para que pusiera remedio a tanto mal, y no lo hallaban. Y tras sucesivas búsquedas, en el año 4280, transcurridos tres años y medio, el Señor Dios habló al Profeta Elías diciendo: *«Anda y preséntate a Acab, que si él manifiesta arrepentimiento por sus desviaciones, Yo volveré a hacer que la lluvia caiga sobre la tierra»*. Y sucedió que, hallándose Acab en el valle de Jezrael con su familia, cerca del Monte Carmelo, mandó a su mayordomo Abdías investigara en dónde podía haber agua y hierba para el alimento de los caballos y otros animales de la corte real, pues corrían el riesgo de perecer todos. Y cuando el mayordomo iba por el camino, le salió al encuentro Elías, acompañado de un grupo de seguidores. Abdías, postrándose sobre su rostro, le dijo: *«¿Eres tú, mi señor, el Profeta Elías?»*. A lo cual respondió: *«Yo soy. Anda y di al rey Acab, que tanto me busca, que aquí está Elías»*. Y temeroso Abdías de que, mientras fuera a avisar al rey, Dios mandase a Elías marchase a otro lugar, dijo a éste: *«Mi señor el rey Acab ha enviado muchos mensajeros en busca tuya, y todos han jurado no hallarte; porque seguro que el Señor Dios te ha mantenido oculto y te llevaba de un lugar a otro para que no dieran contigo. Por tanto, si yo voy a comunicarlo al rey, cuando él venga en tu busca, si no te hallare me matará»*. Y dijo Elías: *«En nombre del Señor Dios de los Ejércitos, en cuya presencia estoy, te digo que hoy me mostraré al rey»*. Alentado con estas palabras, partió Abdías a comunicárselo a Acab, quien, viniendo al encuentro de Elías, dijo al Profeta: *«¿No eres tú, acaso, el que traes alterada a Samaria a causa de la sequía?»*. Y respondió Elías: *«Todo ese mal es por culpa tuya y la de muchos de tu reino. Mas, si deseas que vuelva a caer el agua sobre esta tierra, envía ahora a por los cuatrocientos cincuenta profetas del ídolo Baal, y congrega también a tu pueblo, para que todos vengan ante mí en el Monte Carmelo»*.

7. El 16 de julio del año 4280, Acab congregó en el Monte Carmelo a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y a muchos de los habitantes de Samaria, incluido su virtuoso mayordomo Abdías. Entonces el Profeta Elías, dirigiéndose a todo el pueblo, dijo: *«¿Hasta cuándo vais a ser como los que cojean hacia los dos lados?, diciendo unas veces: el Señor es el verdadero Dios; y otras: no lo es, sino Baal. Os afirmo que el Señor a quien yo sirvo es el Dios Altísimo, al que habéis de servir con fidelidad; y que, por tanto, el ídolo Baal es falso dios»*. Ante este veraz testimonio, el pueblo guardó silencio. Y dijo de nuevo Elías: *«Yo solo, con la ayuda divina, me enfrentaré a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. Os voy a demos-*

trar que mi Señor es el verdadero Dios. Traed, pues, dos bueyes: uno de ellos que los profetas de Baal lo dividan en trozos, y los pongan sobre la leña, pero sin prender fuego debajo; el otro buey yo lo dividiré y lo colocaré también sobre leña sin poner fuego debajo». Los falsos profetas, en un altar, colocaron sobre la leña la correspondiente víctima troceada; y, a su vez, el Profeta Elías colocó la suya dividida en trozos, sobre la leña de otro altar erigido con trece piedras en honor de las trece tribus de Israel. Cuando estaba todo preparado, dijo Elías a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal: *«Invocad vosotros el nombre de vuestro dios, que yo invocaré el nombre de mi Dios; y el que de los dos tenga poder para bajar fuego sobre las víctimas, será prueba de que es el Dios verdadero»*. Respondió todo el pueblo: *«Buena proposición»*. Los falsos profetas estuvieron invocando el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: *«¡Baal, escúchanos!»*. Pero no se oía voz, ni había quien respondiese; y ellos saltaban fanáticamente alrededor del altar. Llegado ya el mediodía sin que Baal diera respuesta alguna a los falsos profetas, el Profeta Elías se burlaba de ellos diciendo: *«Gritad, gritad más fuerte, a ver si lográis que os oiga ese dios vuestro»*. Y los cuatrocientos cincuenta profetas daban, pues, mayores gritos, y se saaban sus cuerpos, según su rito, con cuchillos y lancetas, hasta llenarse de sangre, con el fin de ser mejor oídos. Y como no tuviesen respuesta alguna, dijo entonces Elías a todo el pueblo: *«Acercaos, llenad cuatro cántaros de agua y echadla por tres veces sobre la víctima y la leña que hay en mi altar»*. Y así lo hicieron, y corrían las aguas desde lo alto del altar hacia el suelo, formando charcos. Y entonces, el Profeta Elías, lleno de confianza en Dios, dijo en voz alta: *«¡Oh Señor Dios de Abrahán, de Isaac, y de Jacob! Muestra hoy, una vez más, ante todos, que Tú eres el Dios verdadero del Pueblo de Israel, y yo tu siervo; y que por mandamiento tuyo hago todas estas cosas. Óyeme, Señor, escúchame, a fin de que sepa este pueblo que Tú eres el Señor Dios, para que se conviertan de nuevo sus corazones»*. Y al instante, el Señor Dios Todopoderoso, hizo caer fuego del cielo sobre el altar erigido por Elías, y consumió la víctima, la leña, las piedras, el polvo y hasta los charcos de agua que había en el suelo. Cuando el pueblo vio tal prodigio, postrándose rostro en tierra, decía: *«El Señor de Elías es el Dios verdadero»*. Y díjoles entonces Elías: *«Echad mano de los profetas de Baal, que no se escape ninguno de ellos»*. Y una vez apresados, los mandó llevar al arroyo Cisón, y allí Elías los degolló con su propia espada, quitándoles la vida. Ante tan extraordinario suceso, el rey Acab y los otros muchos que allí estaban, sobrecogidos por el temor de Dios, se arrepintieron sinceramente de sus pecados. Elías les instó con severidad a que se mantuviesen fieles al Dios verdadero y que destruyesen todos los ídolos y sus altares del Reino de Samaria; y les anunció que se avecinaba la lluvia tan necesaria y deseada, retirándose luego de donde ellos estaban.

8. Concluida esta misión, el mismo día 16 de julio del año 4280, Elías subió al Monte Carmelo, y arrodillado puso su rostro en tierra. En ese momento el Alma Divina de María, bajo figura humana, se apareció al Profeta sobre el Mar Mediterráneo, quedando en ese momento fundada la Orden del Monte Carmelo. Entonces, Elías dijo a Eliseo, que era uno de sus seguidores: *«Sube más alto, y mira hacia el mar»*. Él, habiendo subido y mirado, bajó adonde estaba Elías, y le dijo: *«No he visto nada extraño»*. Y Elías le dijo por segunda vez: *«Sube, baja y vuelve a subir hasta siete veces»*. Y sucedió que, a la séptima vez, Eliseo vio que subía del mar una diminuta nubecilla como huella de un pie de hombre, momento en que, sobre esta nube, la Divina Señora se elevaba hacia el Cielo hasta desaparecer; y en el mismo instante de elevarse, cayó una gran lluvia, cesando desde ese momento la sequía que había habido hasta entonces.

9. Mientras Elías se hallaba en el Monte Carmelo, el rey Acab, que había llegado a su palacio de Jezrael, contó a su esposa Jezabel todos los prodigios que había hecho el Profeta, de cómo había degollado a todos los profetas de Baal y el anuncio de la proximidad de la lluvia, que ya caía sobre la tierra. Y como viera Jezabel la conversión de su marido y de muchos de su pueblo al verdadero Dios, haciendo uso de su perversa astucia, guardó silencio con fingido arrepentimiento, por no ser el momento propicio de enfrentarse con Acab, con su virtuosísimo mayordomo Abdías y con todo aquel numeroso gentío que había presenciado los prodigios de Dios a través de su Profeta Elías.

10. El Profeta Elías, Padre y Fundador de la Orden Carmelitana, a partir de la aparición de la Santísima Virgen María, organizó en el Monte Carmelo lo concerniente a la vida comunitaria, dando las primeras reglas de vida religiosa a esa primera comunidad de numerosos religiosos Carmelitas, que vivían como ermitaños, infundiendo en la Orden el espíritu de oración, penitencia y devoción a la Virgen venidera, Madre de Dios.

11. Poco tiempo perseveró Acab en los buenos propósitos que había hecho tras su conversión sincera; pues, seducido por la irresistible e impetuosa Jezabel, volvió a caer, y con más intensidad, en las mismas desviaciones de su pasada vida, a pesar de las exhortaciones de su virtuoso mayordomo. Los planes diabólicos de Jezabel, lograron, pues, doblegar hacia el mal, no sólo a su marido, sino también a muchos de los que se habían convertido. Dueña, pues, Jezabel de la situación, manifestó ahora su rabiosa ira contra el Profeta Elías, por haber degollado con su espada a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. He aquí, pues, que envió a Elías un mensajero diciéndole: *«Lo que tú has hecho con ellos, y aún más, hagan conmigo los dioses, si mañana, a esta hora, no hiciere con tu vida lo que tú hiciste de la de cada uno de los profetas de Baal»*. Ante esta amenaza, el Profeta Elías quedó invadido de amarga desolación, no sólo por la cruel persecución de la impía Jezabel, sino también por la dureza de corazón de una mayor parte de su pueblo, que no había

correspondido a la gracia, a pesar de los grandes prodigios que Dios manifestó a través de él en el sacrificio contra los sacerdotes de Baal. A causa del celo por la gloria de Dios y con motivo de la persecución de Jezabel, el Profeta Elías, en medio de las aflicciones que padecía su alma a consecuencia de una noche oscura, daba vueltas por el Monte Carmelo, hasta que, casi extenuado, pidió a Dios que dispusiese de su vida y le enviara la muerte: *«Basta ya, Señor, de vivir; llévate mi alma, pues prefiero morir antes que ver cómo eres terriblemente ofendido por la mayor parte de tu pueblo, que vive a espaldas tuyas, sumido en la idolatría y en la corrupción»*.

12. El día 8 de diciembre del año 4280, nueve siglos antes de la Inmaculada Concepción, el Profeta Elías, para liberarse de las garras de la impía Jezabel, huyó del Monte Carmelo después de dejar al Profeta Eliseo como vicesuperior general de la Orden Carmelitana, y de exhortar a todos sus hijos religiosos que en sus sacrificios rezasen por él y por su retorno. Elías, pues, huyó solo, quedando en el Monte Carmelo todos los demás religiosos carmelitanos, sin que ninguno se moviera de allí durante la persecución de Jezabel, pues ésta ahora no perseguía a ellos, sino sólo al Profeta Elías. Además, el Monte Carmelo era inexpugnable por privilegio de Dios, y nadie se atrevía tocarlo.

13. El Profeta Elías, en su huida del Monte Carmelo, caminó hacia el sur; y después continuó hacia el este en dirección del desierto de Judá, recientemente reaparecido por un anatema lanzado por él. En este desierto permaneció cuarenta días y cuarenta noches en ayuno, oración y penitencia; transcurridos los cuales el Señor transportó a Elías desde el desierto de Judá al Monte de Dios u Horeb, llamado también Monte de Ananías, y Sinaí; y habitó en la cueva en que Dios se apareció a Moisés. Y el Señor Dios habló al Profeta diciendo: *«¿Qué te pasa, Elías?»*. Y él respondió: *«Yo me abraso de celo por el Señor Dios de los Ejércitos, porque la mayoría de los del Reino de Samaria te han abandonado y viven dándote las espaldas; pues, han destruido tus altares, han pasado a cuchillo a muchos de tus profetas, y aun a mí me buscan para quitarme la vida»*. Pues, por mandato de Acab, se habían destruido todos los altares dedicados al Señor que había en las sagradas sinagogas de todo el territorio de Samaria, y en su lugar se habían levantado en ellas altares a los ídolos. Y Dios consoló el alma de su siervo el profeta con excelsos vaticinios acerca de la recién fundada Orden del Monte Carmelo.

14. El 8 de septiembre del año 4281, después de que llevara nueve meses ausente del Monte Carmelo por la persecución de Jezabel, el Profeta Elías retornó al Monte Carmelo, en donde estuvo hasta poco antes de que, a orillas del Jordán, fuera arrebatado en un carro de fuego al Planeta de María.

15. Con anterioridad a este arrebató, el Señor había dado la orden a Elías de que nombrara a Eliseo como sucesor suyo en el cargo de Superior General de la Orden. Y, además, Dios había revelado a Elías que Hazael llegaría a ser rey de Siria, y Jehú rey de Sama-

ria; mas, no le mandó que los ungiera; pues, el primero era pagano y no podía ser ungido por un Profeta de Dios; y el segundo sería más tarde ungido por un profeta, hijo espiritual del profeta Eliseo.

Capítulo XVI

Nabot rehúsa vender su finca al rey Acab. Acab hace matar a Nabot y usurpa su finca. Predicción de Elías contra la casa de Acab, si no se convierte.

El Profeta Elías es arrebatado al Planeta de María

1. Nabot, natural de Jezrael, tenía en esta ciudad, cerca del palacio veraniego del rey Acab, una finca con casa, viña y otras dependencias. Y sucedió que, en el año 4283, el rey dijo a Nabot: «*Dame tu finca, pues está cercana y contigua a mi palacio; yo te daré, a cambio, otra mejor; o, si te trae más cuenta, te daré el justo precio que valga en dinero*». A lo cual respondió Nabot: «*Dios me libre de darte la heredad de mis padres, ya que en ella están enterrados*». Acab, furioso y colérico por la negativa respuesta de Nabot, volvió a su palacio de Jezrael, y echóse sobre su cama sin querer comer. Entró a verle Jezabel, su mujer, y díjole: «*¿Qué es esto? ¿Qué motivo tienes para estar triste? ¿Y por qué no quieres comer?*». Respondióle Acab: «*He hablado con Nabot jezraelita, y le he dicho: 'Dame tu finca, que te la pagaré al contado, o, si quieres también, yo te daré, a cambio de ella, otra mejor'. A lo que él me ha contestado que no lo hará*». Entonces le dijo Jezabel con sarcástica ironía: «*Pues, ¡si que es grande tu autoridad, y si que gobiernas bien el reino de Samaria! Anda, levántate, toma alimento, y sosiega tu ánimo, que yo te diré la manera de conseguirlo: tienes que autorizar que Nabot y sus hijos sean matados tras ser acusados falsamente de rebelión contra ti*». Acab, inducido por Jezabel, escribió una carta sellándola con su anillo regio, y enviola a los ancianos y príncipes que había en Jezrael, con el siguiente contenido: «*Demandad la presencia de Nabot y sus hijos ante vuestro tribunal y sobornad a dos hombres para que declaren como falsos testigos contra ellos, diciendo: 'Se han sublevado contra el rey'. Y después de sentenciados a muerte por esta acusación, sacadlos fuera y apedreadlos en su misma finca hasta que mueran*». Y los ancianos y príncipes de la ciudad lo hicieron conforme el rey lo había mandado. Y después de que fueron ejecutados Nabot y sus hijos, el inicuo tribunal envió a decir a Acab: «*Nabot y sus hijos han sido apedreados y muertos*». Y Acab fue adonde estaba Jezabel, su esposa, y le dijo: «*Ya puedo tomar posesión de la finca de Nabot jezraelita, que no quiso complacerme y dármele a cambio de dinero, pues ya no viven ni él ni sus hijos*».

2. Después, Acab se puso en camino de la finca de Nabot jezraelita, para tomar posesión de ella. Mas el Señor habló al Profeta Elías, diciendo: «*Marcha, y sal al encuentro de Acab, rey de Samaria, pues él va a la finca de Nabot para tomar posesión de ella. Pero tú le has de hablar en estos términos: 'Esto dice el Señor: cometiste homicidios, y tras esto vas a usurpar la fin-*

ca de Nabot'. A lo que añadirás después: 'He aquí lo que dice el Señor: En este lugar en que los perros lamerón la sangre de Nabot y sus hijos, en el mismo lamerán tu sangre'». Elías, se presentó ante Acab y le comunicó todo lo que le había dicho el Señor. Y el rey respondió: «*¿Por ventura me tienes por enemigo y yo he hecho algo contra ti, para que me anuncies tales desgracias?*». Y respondió Elías de parte de Dios: «*Sí que te tengo por tal; porque te has vendido a los deseos de tu esposa para hacer el mal delante del Señor. He aquí que vendrán males sobre ti, y serán exterminadas tu casa y posteridad, ya que has provocado mi justa ira, y por tu culpa han pecado también muchos de mi pueblo. Además, te anuncio, de parte de Dios, que una jauría de perros lamerán tu sangre en el campo de Jezrael; y que ahí mismo, los perros comerán las carnes de Jezabel, de manera que sus huesos estarán en el campo de Jezrael como el estiércol sobre la tierra; de suerte que los pasajeros dirán: '¡Y ésta es aquella Jezabel!'*». Así que Acab oyó estas palabras, preso del temor de Dios, sintió verdadero arrepentimiento de sus pecados, por lo que cubrió su carne con cilicio, guardó ayunó y durmió envuelto en saco de penitencia, manifestándose cabizbajo y humillado. El Profeta Elías mandó al rey que repudiase a la impía Jezabel. Mas, ésta no dio lugar a ello, pues con gran astucia, abandonó de súbito a su marido y marchó a vivir a otra ciudad, a la espera de que Acab pronto la requiriese amorosamente a su lado y tuviera ocasión de influir de nuevo sobre él para inducirlo al mal, lo que desgraciadamente ocurrió más tarde.

3. Tras la marcha de Jezabel, Acab dio orden de que fueran destruidos en Samaria los ídolos y sus altares que había vuelto a levantar; y esta orden fue cumplida.

4. Con motivo de esta visita de Elías al rey Acab, su mayordomo Abdías fue aceptado por el profeta como religioso del Monte Carmelo; aunque, por mandato del Fundador de la Orden, el mayordomo quedó aún al lado del rey Acab como instrumento de Dios para ayudarle a perseverar en el buen camino.

5. El Profeta Elías fue arrebatado al Planeta de María el día 21 de noviembre del año 4284, a la edad de cuarenta años.

Capítulo XVII

Victorias de Acab sobre Benadab II, rey de Siria. Acab desobedece a Dios

1. Tras el episodio de la finca de Nabot, el rey Acab tuvo un nuevo período en su vida en que fue fiel al Señor Dios de Israel, con el consecuente mejoramiento de las costumbres en todo su reino. A partir de esta conversión, durante el resto de ese año 4283, todo el año 4284 y parte del año 4285, el rey Acab permitió que sus súbditos fueran al Templo de Dios en Jerusalén.

2. En el año 4285, el rey Benadab II de Siria, coaligado con los otros treinta y dos reyes sirios, al frente de un poderoso ejército, invadió el Reino de Samaria, cercando la ciudad de Siquén, en donde se hallaba el

rey Acab con una parte de su ejército. Ante situación tan crítica, atemorizado Acab por el poderoso y temible enemigo que le acechaba, imploró el auxilio divino. Y he aquí que Dios le mandó al Profeta Ananí con este mensaje: *«Esto dice el Señor: '¿Has visto toda esa inmensa multitud de soldados sirios?, pues no temas, que hoy los pondré en tus manos para que sepas que Yo soy el Señor Dios de los Ejércitos'»*. Y dijo Acab: *«¿Con quién podré yo hacer la guerra a tan numeroso ejército sirio?»*. Y respondió el Profeta: *«Con los pocos soldados que están contigo dentro de la ciudad que tiene cercada el enemigo. Tú mismo comenzarás el combate y vencerás con la ayuda de Dios; mas, tendrás que quitar la vida a Benadab II»*. Pasó, pues, Acab revista de los soldados que estaban con él en la ciudad y halló que eran muy pocos; y saliendo a la cabeza de ellos, se dirigieron al campamento en donde se hallaba Benadab II con los otros reyes sirios, bebiendo y comiendo opíparamente. Los reyes sirios, al darse cuenta que Acab venía hacia ellos, dieron orden a sus soldados para hacerles frente. Por espacio de siete días estuvieron luchando ambos ejércitos, y el séptimo día, abatidos los sirios por el vigor sobrehumano del pequeño ejército de Samaria, se dieron a la fuga. Acab, les fue persiguiendo hasta fuera de sus dominios, haciendo un gran estrago en sus carros y caballos, y matando a muchos de sus soldados. Benadab II entró huyendo en la ciudad siria de Afeca, en donde cayó prisionero del rey Acab. Como éste no se decidiera a dar muerte a Benadab II por las proposiciones ambiciosas que le hacía, Dios mandó al Profeta Ananí para que dijera a Acab que diera muerte al rey sirio. Mas, el rey de Samaria, en contra del mandato de Dios, no dio muerte a Benadab II, sino que le dejó en libertad a cambio de gran cantidad de oro y otras muchas riquezas. Y Dios, enojado con Acab, le envió de nuevo su Profeta Ananí para decirle: *«Esto dice el Señor: 'Por cuanto has dejado escapar de tu mano a Benadab II cuando era digno de muerte, permitiré que lo que tú no has hecho con él, él mismo lo haga contigo'»*. Y el rey de Samaria, despreció este vaticinio, y luego volvió a su palacio de Siquén, en medio de las aclamaciones de sus habitantes.

Capítulo XVIII

Acab, incitado por Jezabel, se entrega de nuevo a todo tipo de abominaciones. Nueva guerra contra los sirios. Muerte del rey Acab

1. En el año 4285, a pesar de que el virtuoso mayordomo Abdías trataba de mover el corazón de Acab para que permaneciese fiel a Dios, el rey, que ansiaba apasionadamente volver de nuevo a los brazos de Jezabel, requirió a ésta para que retornase a su palacio. La malvada reina, cuando estuvo al lado de su esposo, le incitó con mayor perfidia a que se entregase de lleno a la idolatría y a todo tipo de abominaciones; y Acab, vendido a los impíos deseos de Jezabel, superó con creces sus anteriores iniquidades. En poco tiempo fueron restablecidos por todo el territorio de Samaria los ídolos

y sus altares, con la consecuente corrupción de costumbres por parte del pueblo. En las ciudades de Betel y Dan se volvieron a levantar los respectivos templos al becerro de oro.

2. En el año 4291, restablecidos los ejércitos de los treinta y tres reyes de Siria, al mando del rey Benadab II, se situaron en orden de batalla en la ciudad de Ramot de Galaad, con el fin de invadir de nuevo el Reino de Samaria. Por entonces Acab, que residía en el palacio de la ciudad de Jezrael, como estuviese indeciso de salir con su ejército para evitar la invasión, incitado por Jezabel, consultó con los profetas de Baal que ella protegía, los cuales le vaticinaron, en nombre de sus ídolos, que, si subía con sus soldados a hacer frente a los sirios en Ramot de Galaad, vería con felicidad cómo sus dioses le entregarían al enemigo en sus manos. Mas, Abdías, el virtuoso mayordomo del rey, le anunció severamente que, para vencer a los sirios, tenía primero que arrepentirse de sus pecados, desterrar otra vez la idolatría de su reino y pedir el auxilio del Señor Dios de Israel. Y como Acab desoyera el consejo de su mayordomo para seguir el de Jezabel y el de los cuatrocientos profetas falsos, Abdías dijo al rey que, antes de emprender la batalla, oyera el consejo de Miqueas, Profeta del Señor. Acab mandó llamar a Miqueas, que era uno de los Profetas llamados Menores, y díjole: *«Miqueas, los profetas de Baal que protegen a mi esposa Jezabel me han anunciado la victoria si luchas contra los sirios. Ahora quiero ver si tus palabras son conformes a esa buena nueva de los otros profetas»*. Y Miqueas respondió: *«Por mi Dios y Señor, que lo que Él me dijere, eso hablaré»*. Y preguntó Acab: *«Miqueas, ¿debemos ir o no a pelear contra los sirios en Ramot de Galaad?»*. Y el Profeta Miqueas le contestó: *«Si antes te conviertes al verdadero Dios y destruyes los ídolos, sus altares, y repudias a tu esposa Jezabel, vé a la guerra enhorabuena, que el Señor te entregará al enemigo en tus manos»*. Y Acab respondió: *«Te conjuro una y otra vez, en el nombre del Señor, que sólo me digas la verdad»*. Y Miqueas dijo al rey: *«Mira, Acab, que el Señor ha permitido que Satanás haya puesto en la boca de los profetas de Baal el engañoso vaticinio de que, si te pones en manos de sus falsos dioses, saldrás victorioso de la guerra contra los sirios»*. Y añadió Miqueas: *«Pues yo he tenido dos visiones relacionadas con esa batalla: Primero he visto al Señor Dios de los Ejércitos sentado sobre su trono, y a todas las huestes angélicas que le rodeaban a la derecha y a la izquierda, y dijo el Señor: ¿quién engañará a Acab, rey de Samaria, para que vaya contra los sirios y perezca en Ramot de Galaad?; y vi entonces que el espíritu infernal se puso delante del Señor y dijo: 'Yo le engañaré', y el Señor preguntó: '¿De qué manera?'; y el espíritu infernal respondió: 'Seré un espíritu mentiroso en la boca de los profetas de Baal'; y el Señor dijo al espíritu infernal: 'Si el rey Acab no se convierte a Mí y extermina todos los ídolos de su reino y repudia a la perversa Jezabel, Yo permitiré que tú le engañes y perezca'»*. Y añadió el Profeta Miqueas: *«He visto a los ejércitos angélicos dispues-*

tos a ayudarte en la gran batalla, por orden de Dios, si tú te conviertes sinceramente al Señor, destruyes todos los ídolos de tu reino y repudias a Jezabel. Y también he visto a los ejércitos tuyos dispersos por los montes como ovejas sin pastor, completamente derrotados, unos heridos y otros muertos, y a ti entre estos, lo cual sucederá si no oyes el aviso que te mando de parte de Dios». Después de haber referido el Profeta Miqueas estas visiones alegóricas, Sedecías, uno de los profetas de Baal, que antes había sido Profeta del Señor, dio una tremenda bofetada a Miqueas en el rostro, diciendo: «¿Acaso es falso lo que yo he vaticinado al rey, y es verdad lo que tú le has vaticinado?». Y dijo Miqueas: «Tú comprobarás que digo la verdad sobre el mal que sucederá al rey si él no me escucha». Y Acab, nuevamente inducido por Jezabel, en vez de seguir el consejo de Miqueas, montó en cólera contra él, y dijo a su gobernador: «Encierra al profeta en un calabozo, sustentado sólo con pan y agua, para que padezca tribulación y angustia, hasta que yo vuelva en paz victorioso». Y dijo Miqueas: «Allá tú lo que haces, pues el mal que suceda a ti y a tu reino, a ti será imputado por desobedecer al Dios y Señor verdadero». Y luego, en voz alta, dijo el Profeta a todos los que estaban allí: «Tened muy presente lo que acabo de decir al rey». Lo cual supo también todo el pueblo por boca de los mismos cortesanos.

3. El rey Acab, despreciando, pues, el consejo de Miqueas, y poniendo su confianza en el favor de los ídolos, se lanzó a la batalla contra los sirios. Comenzada ésta, el rey sirio Benadab II, enfrentándose a Acab, le atravesó de parte a parte con su espada, y el rey de Samaria cayó gravemente herido, muriendo poco después entre terribles convulsiones agónicas y gestos de desesperación e impiedad. Los sirios se apoderaron de algunas de las ciudades de Samaria, tras saquearlas y hacerse con grandes riquezas y tesoros. Dios no permitió que estos reyes avanzaran más sobre el reino de Samaria, impulsándolos a que no continuaran la conquista.

4. Los vasallos de Acab, llevaron su cuerpo muerto a Jezrael en un carro, y llegados a la finca de Nabot lo bajaron para meterlo en el palacio. Y antes de que limpiasen la sangre de Acab que había en el carro, fue lamida por una jauría de perros como lo había vaticinado el Profeta Elías. El cadáver del rey Acab fue sepultado en la ciudad de Samaria.

5. Cuando el mayordomo Abdías tuvo noticia de la muerte de Acab, logró a espaldas de Jezabel, que el virtuoso Profeta Miqueas fuese liberado del calabozo en que se hallaba por orden del rey. Miqueas y Abdías huyeron de la corte para evitar ser matados por Jezabel, y marcharon al Monte Carmelo para vivir allí con los religiosos de la Orden, de la cual era ya Superior General el Profeta Eliseo, pues Elías había sido arrebatado siete años antes al Planeta de María.

6. La perversa y maldita Jezabel, una de las mayores figuras de la Antimaría, adulteró con algunos cortesanos, con los que tuvo algunos hijos. Entre estos estaban: Ocozías, heredero del trono de Samaria, el cual

era hijo de Jezabel y de un príncipe de la tribu de Leví; Jorán, que era hijo de Jezabel y de una alta dignidad de la tribu de Simeón. Mas, oficialmente, los dos hermanos eran considerados como hijos de Acab tenidos con Jezabel.

Capítulo XIX

Ocozías, séptimo rey de Samaria.

Muerte de Ocozías

1. A la muerte del rey Acab, le sucedió en el trono Ocozías, que no era hijo suyo, sino de la adúltera Jezabel y de un príncipe de la tribu de Leví. Ocozías, de la tribu de Leví, comenzó a reinar en el año 4291 en Samaria; y fue ungido en Siquén, por el virtuoso Profeta Ananí, después de que el nuevo rey prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. El Profeta, al ungir rey a Ocozías, le dijo de parte de Dios que si, fiel a su juramento, destruía los ídolos y sus altares erigidos en su reino y cumplía con los demás preceptos de su Santa Ley, continuaría su casa reinando en Samaria a través de sus descendientes. Mas, el perjurio Ocozías no hizo caso alguno de las advertencias del Profeta y siguió los mismos caminos de iniquidad que Acab y Jezabel. El Profeta Ananí, por orden de Dios, corrigió a Ocozías de sus abominaciones, sin que él hiciera caso alguno.

2. En el año tercero de su reinado, habiendo Ocozías enfermado gravemente a causa de una caída desde una dependencia alta de su palacio en la ciudad de Samaria, envió a unos mensajeros diciendo: «*Id a consultar a Beelcebub, dios de Acarón, si podré sobrevivir de esta enfermedad*». Mas, el Ángel del Señor, es decir, el Alma Divinísima de Cristo, habló al Profeta Eliseo, diciendo: «*Sal al encuentro de los mensajeros del rey de Samaria, y les dirás que transmitan al rey estas mis palabras: Ocozías, ¿acaso no soy Yo el Dios verdadero?, ¿por qué envías a consultar a Beelcebub, príncipe de las tinieblas? Mira que, si no te conviertes a Mí como Señor Dios que soy, de la cama en que te has acostado no te levantarás, sino que morirás sin remedio*». Y cuando volvieron los mensajeros a Ocozías, éste les dijo: «*¿Por qué habéis vuelto sin cumplir con la misión que os mandé?*». Y ellos les transmitieron las palabras que, de parte de Dios, les había dicho el Profeta Eliseo. Y preguntóles el rey: «*¿Qué figura y vestimenta tiene ese hombre que os ha salido al encuentro y dicho esas palabras?*». Respondieron ellos: «*Es un hombre calvo, vestido de piel de camello, y ceñido con un cinto de cuero*». Dijo entonces Ocozías: «*¡Ah!, ese es el Profeta Eliseo*».

3. Entonces, el rey Ocozías envió un capitán con cincuenta soldados en busca del Profeta Eliseo, el cual se hallaba sentado en el mismo lugar en que antes se había entrevistado con los mensajeros del rey. El capitán dijo a éste: «*Eliseo, el rey quiere que vayas a su palacio, pues se halla postrado en cama*». Y como el profeta no se decidiese a ir con ellos, el Alma Divinísima de Cristo, bajo figura de Ángel del Señor se le apare-

ció y le dijo: «*Desciende y vé con ellos a la presencia de Ocozías*». Con esto, Dios quería dar al impío rey una oportunidad más de conversión por medio de su profeta. Ya en la presencia del rey, Eliseo dijo a Ocozías: «*Esto dice el Señor: '¿Acaso no soy Yo el Dios verdadero?, ¿por qué envías a consultar a Beelcebub, príncipe de las tinieblas?' Mira, de parte del Señor te digo que, si no te conviertes a Él como el Señor Dios que es, de la cama en que te has acostado no te levantarás, sino que morirás sin remedio*». Al oír Ocozías las palabras del profeta, se llenó de temor de Dios; y, arrepentido de sus pecados, prometió que derribaría los ídolos y sus altares en todo su reino. Mas, no por esas muestras de arrepentimiento Dios le devolvió la salud, sino que era necesario que antes el rey cumpliera con la promesa de destruir los altares y los ídolos.

4. Ocozías, si bien estaba dispuesto a cumplir con la promesa hecha al Profeta Eliseo, luego, influido por la perversa Jezabel su madre, desistió de estos buenos propósitos. Y he aquí que, según la palabra del Señor pronunciada por Eliseo, Ocozías murió ese mismo año 4294, a los ocho meses de haber recibido la visita del profeta, y después de haber reinado tres años en Samaria. A su muerte le sucedió en el Reino de Samaria su hermano Jorán.

Capítulo XX

Muerte de la virtuosa reina Belén. Muerte de Josafat, cuarto rey de Judá. Jorán, quinto rey de Judá. Martirio del Profeta Jazahiel. Muerte de Jorán, rey de Judá

1. En el año 4291 murió la virtuosa reina Belén, esposa del rey Josafat y madre del perverso rey Jorán.

2. Josafat, tras lograr un gran resurgimiento espiritual, social y económico en el Reino de Judá, y de haber ensanchado sus fronteras, murió santamente en Jerusalén en el año 4293 después de veinticuatro años de reinado. Fue enterrado en el panteón real del Monte Sión. El valle de Jerusalén lleva el nombre de Josafat en honor de este rey. Josafat, entre otros muchos hijos, tuvo a Jorán, su primogénito, a Azarías, Jahiel, Zacarías, Jazarías, Micael y Safatías. Cuando Josafat se hallaba enfermo de muerte, retornaron del destierro su hijo Jorán y su nuera Atalía.

3. A la muerte de Josafat, le correspondía el trono de Judá a su segundo hijo Azarías, ya que Jorán, su primogénito, había sido desheredado de la sucesión a la corona por su padre a causa de su reiterada desobediencia en abandonar la idolatría y otras abominaciones. Mas, Jorán, despótico y sanguinario, con el fin de hacerse con el trono de Judá, asesinó a todos sus hermanos, así como a los príncipes más celosos del culto al verdadero Dios y a las santas costumbres. De estos horrendos crímenes de Jorán fue también culpable su esposa Atalía, la cual influyó poderosamente para que él los cometiera.

4. A pesar de los fratricidios y homicidios cometidos para entrar en posesión del trono de Judá, Jorán

comenzó su reinado en el año 4293, con el beneplácito de la inmensa mayoría del pueblo; siendo ungido rey en Jerusalén por el virtuoso Profeta Jehú de Judá, después de haberle prestado juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Jorán, rey perjuro, en nada siguió los pasos rectos de su virtuoso padre Josafat; sino que, influido por Atalía su esposa, obró conforme a la misma iniquidad que sus suegros, los reyes Acab y Jezabel de Samaria. Jorán erigió altares a los ídolos, no sólo en el interior del Templo de Jerusalén, sino también en la ciudad y en todo el territorio de su reino. Con su infame actuación, hizo que muchos de los habitantes de Jerusalén y de otras partes de Judá se prostituyesen y cayesen en la idolatría.

5. En medio de sus idolatrías y abominaciones, le fue traída a Jorán, en el cuarto año de su reinado, una carta del Profeta Eliseo, a través del Profeta Jazahiel, en la que estaba escrito: «*Esto dice el Señor Dios: 'Por cuanto no andas por los caminos rectos de Josafat tu padre y de Asa tu abuelo, sino que sigues los caminos de la iniquidad, ya que has asesinado a tus hermanos, que eran mejores que tú, y has hecho que se prostituyan muchos de los habitantes de tu reino, esto te anuncio: Si no te conviertes al Señor Dios, destruyes los ídolos con sus altares, repudias a tu perversa esposa Atalía y la echas de palacio, el Señor te herirá con una terrible enfermedad en el vientre, de manera que las entrañas irán saliendo de tu cuerpo poco a poco cada día hasta que así mueras'*». Ante estos anuncios del Profeta Eliseo, el rey Jorán, lejos de convertirse, endureció más su corazón con nuevas y terribles abominaciones; pues, incluso, tras leer la carta, mandó matar al Profeta Jazahiel, lo cual fue ejecutado inmediatamente.

6. El territorio de Idumea, con toda la península del Sinaí, estaba bajo la corona del Reino de Judá desde que fue reconquistada por el virtuoso rey Asa. Mas, como castigo a la abominable conducta de Jorán, y de otros muchos de su pueblo, en el quinto año de su reinado Dios permitió que un sucesor del rey de Idumea que estaba en el exilio, penetrara en dicho territorio con sus huestes y se sublevara contra el rey Jorán. Éste, con su ejército, le hizo frente; y aunque en la batalla el rey de Judá le fue aventajando en fuerza, sin embargo, las tropas rebeldes resistieron la presión enemiga con gran valor y entereza, hasta el punto que el rey Jorán se retiró con su ejército; y quedó Idumea y la península del Sinaí bajo la corona del rey invasor. También, Dios permitió que los filisteos se apoderaran de la parte suroeste del Reino de Judá, entrando por el puerto Mediterráneo próximo a la ciudad de Azoto. Asimismo se sublevó contra Jorán la ciudad de Lebná, también en la parte suroeste de Judá, quedando desde entonces independiente del Reino.

7. En el sexto año de su reinado, antes de ser herido Jorán con la terrible enfermedad en el vientre, el virtuoso Profeta Miqueas, de parte de Dios, se presentó ante el rey de Judá para recriminarle nuevamente por sus idolatrías y otras terribles abominaciones, y exi-

girle que se convirtiese al Señor Dios de Israel, que destruyese los ídolos y sus altares, repudiase a su perversa esposa Atalía, y la echase de palacio. Con esto, Dios daba a Jorán otra nueva oportunidad de conversión, y además quería liberarle de la terrible enfermedad con que sería llagado si seguía obstinado en su impiedad. Jorán no sólo desprecia las exhortaciones del Profeta, sino que además encerró a éste en un calabozo y lo mandó azotar cruelmente; y una vez que fue así maltratado, lo dejó en libertad.

8. Ante la obstinada maldad de Jorán, Dios le hirió en su vientre con una enfermedad dolorosísima, pestilente e incurable; por lo que, consumido así lentamente de un humor corrompido, fueron sus entrañas saliendo poco a poco de su cuerpo, hasta que en el 4301, después de haber reinado ocho años en Judá, murió con espantosos dolores y convulsiones, en la más abyecta impiedad. Tras su muerte, no hubo exequias ni entierro, ya que su cuerpo fue quemado. A la muerte de Jorán, le sucedió en el trono su hijo Ocozías.

Capítulo XXI

Jorán, octavo rey de Samaria.

Martirio del Profeta Ananí.

Ocozías, sexto rey de Judá.

Martirio del Profeta Jehú de Judá.

El general Jehú es ungido rey de Samaria.

Muerte de Jorán, Ocozías y Jezabel, a manos de Jehú

1. Jorán, de la tribu de Simeón, octavo rey de Samaria, hijo de Jezabel y de una alta dignidad de la tribu de Simeón, comenzó a reinar en el año 4294, y fue ungido rey por el virtuoso Profeta Ananí, después de que le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idólatrico. El profeta le prometió, de parte de Dios, que, si fiel a su juramento, destruía los ídolos y sus altares erigidos en su reino y cumplía con los demás preceptos de la Ley Divina, continuaría su casa reinando en Samaria a través de sus descendientes. Si bien Jorán quitó las estatuas de Baal y sus altares que había levantado Acab, sin embargo, no derribó los becerros de oro y sus altares erigidos de nuevo en las ciudades de Dan y Betel. El Señor Dios, dio a Jorán grandes oportunidades de conversión exhortándole a través del Profeta Ananí; mas, el perverso rey, en vez de aceptar los buenos consejos de Ananí, dio orden de que lo mataran y fue ejecutado. Con esto Jorán llegó a tal degradación que, no sólo levantó de nuevo los ídolos y altares en el Reino de Samaria, sino que, incluso, a muchos de sus hijos los ofreció en holocausto a los ídolos, provocando así más la Ira divina.

2. Mientras tanto, Ocozías, sexto rey de Judá, comenzaba su reinado en el año 4301, y fue ungido rey, en Jerusalén, por el virtuoso Profeta Jehú de Judá, tras que le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idólatrico. Ocozías, hijo de Jorán y Atalía, estaba casado con la pagana Azalía, que era una de las hijas que tuvo Acab con otra mujer distinta de Jezabel; por lo que

Azalía era hermana de Atalía por parte de padre y, por tanto, tía de Ocozías. Este rey siguió el mal ejemplo de su padre, siendo tan inicuo e idólatra como él. El Profeta Jehú de Judá, de parte de Dios, ordenó al rey Ocozías que se convirtiera al Señor Dios de Israel y destruyese los ídolos y altares; además, que repudiase a su pagana esposa Azalía, la echase de palacio, y también echase de palacio a su madre Atalía. Y el Profeta Jehú, aseveró al rey diciéndole que, si no lo hacía así, moriría por las manos del Justiciero de Dios en las proximidades de Jezrael, ciudad del Reino de Samaria. Con todos estos avisos y mandatos, Dios quiso dar a Ocozías la oportunidad de conversión. Pero el perverso rey, no sólo desobedeció lo mandado por Dios a través de Jehú, sino que además mandó matar a este profeta, que fue ejecutado sin demora.

3. Mientras el rey Ocozías de Judá se entregaba de lleno a toda serie de impiedades y abominaciones, el rey Jorán de Samaria se deslizaba también por el camino de la iniquidad. Pero en el año 4309, acaeció lo siguiente en Samaria: El rey Jorán tenía un general llamado Jehú, hombre valiente, recto y temeroso del Dios verdadero, que gozaba de gran prestigio ante sus soldados. Dios, para restablecer su culto y santas costumbres en Samaria, ordenó al Profeta Eliseo, el cual se hallaba en el Monte Carmelo, ungiese al general Jehú rey de Samaria para que fuera instrumento justiciero contra el impío rey Jorán. Pero, por deseo de Dios, el Profeta Eliseo encomendó esta misión al Profeta Miqueas, hijo espiritual suyo en el Carmelo, diciéndole: *«Miqueas, prepárate, toma este recipiente con óleo y vé al campamento del general Jehú. Y luego, en presencia de sus principales oficiales, derramarás el óleo sobre su cabeza y, en nombre de Dios, le ungirás rey de Samaria. Cumplida esta misión, sin detenerte volverás otra vez aquí»*. El Profeta Miqueas marchó al campamento de Jehú, quien se hallaba reunido con los principales oficiales de su ejército. Miqueas, cuando vio a Jehú, le comunicó la misión que traía de parte de Dios a través del Profeta Eliseo, y al punto el general se postró de rodillas delante de Miqueas; y tras que Jehú le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idólatrico, el Profeta Miqueas derramó el óleo sobre la cabeza de Jehú, diciendo: *«Esto dice el Señor Dios: 'Yo te he ungido rey de Samaria para que seas mi Justiciero: pues, exterminarás la estirpe de la casa de Acab, la persona de Jorán y toda su descendencia. De esta manera Yo vengaré la sangre de mis siervos los profetas, y de otros siervos míos, derramada por Jezabel, a la cual la comerán los perros en el campo de Jezrael, sin que haya quien la entierre'»*. Cumplida su misión, el Profeta Miqueas volvió al Monte Carmelo. Después, uno de los capitanes de Jehú, mandando tocar las trompetas, y reunido todo el ejército, dijo: *«Jehú ha sido ungido rey por orden del Señor Dios. Con él el Reino de Samaria podrá alcanzar la rectitud, el orden y la paz. Pues nada de esto será posible mientras permanezcan las impiedades de Jorán, las fornicaciones de Jezabel, las idolatrías y demás abominaciones»*. Al

oír estas palabras, el numeroso ejército, postrado de rodillas ante Jehú, lo proclamó rey de Samaria, al grito unánime y jubiloso: «¡Jehú es nuestro rey! ¡Viva Jehú, rey de Samaria!».

4. Por entonces el rey Jorán de Samaria se hallaba residiendo en la ciudad de Jezrael. Jehú mandó unos emisarios para comunicarle que había sido depuesto del trono, ya que Dios, a través del Profeta Miqueas, le había ungido a él como nuevo rey de Samaria y el ejército le había proclamado como tal, por lo que exigía de Jorán su rendición incondicionada; si no lo hacía, se vería obligado a declararle la guerra con su ejército. Jorán, que no estaba dispuesto a entregar su corona, para hacer frente a Jehú, no sólo se coaligó con los setenta hijos del rey Acab, sino que, además, inducido por Jezabel, envió una embajada urgente a su sobrino Ocozías, rey de Judá, para que viniera en auxilio al frente de su ejército. Los setenta hijos de Acab eran tan perversos como sus padres Acab y Jezabel: unos eran hijos de ambos, otros de él tenidos con otras esposas, y otros de él o de ella en sus distintos adulterios. Los setenta hijos de Acab contaban también con su propio ejército.

5. El rey Jehú, conocedor de la coalición entre Jorán de Samaria, Ocozías de Judá y los setenta hijos de Acab, preparó debidamente su ejército para darles la gran batalla. Mas, antes de que el rey Jehú, con sus soldados, saliera del campamento para enfrentarse a los tres ejércitos enemigos, invocó el auxilio del Señor Dios Todopoderoso. La gran batalla del ejército de Jehú contra los tres ejércitos enemigos coaligados, fue en las proximidades de Jezrael; en donde el Señor dio la victoria a Jehú. Éste, con su espada, no sólo mató a los setenta hijos de Acab, sino que además atravesó el corazón de Jorán de parte a parte, muriendo éste en el acto. El rey Jorán de Samaria murió, pues, en el año 4309, después de haber reinado quince años.

6. Cuando Ocozías, rey de Judá, vio que había muerto su coaligado el rey Jorán, se dio a la fuga; mas Jehú corrió tras él diciendo: «*Acabaré, también, con este impío rey*». Y si bien Ocozías fue herido de gravedad por la espada de Jehú, huyó en su carro hasta Megido, conducido por varios soldados suyos, en donde poco después murió. Seguidamente, los soldados, en el mismo carro, llevaron su cadáver a Jerusalén; en donde fue sepultado en el panteón real del Monte Sión. Ocozías murió en el año 4309, después de haber reinado ocho años en Judá.

7. Tras la muerte del rey Jorán, la perversa Jezabel, que se hallaba en el palacio de Jezrael, indujo a los muchos soldados que la custodiaban a que hiciesen fuerte resistencia al ejército de Jehú. Mas, éste, con gran valor, invadió la ciudad, y dio la batalla final en el campo adonde daba el palacio, del que se apoderó su ejército, tras rendirse sus moradores. Jezabel, viéndose vencida por la fuerza, trató ahora de ganarse a Jehú con sus acostumbradas mañas; por lo que, seductoramente pintada y ataviada, púsose a la ventana del palacio para mirar a Jehú, que victorioso pasaba en su caballo por aquel lado del edificio, a fin de ganarle

para ella. Alzó Jehú la cabeza hacia la ventana, y al ver a Jezabel dijo a dos criados que estaban junto a ella: «*Arrojadla de ahí, abajo*». Jezabel fue arrojada por la ventana y cayó al suelo, muy magullada aunque todavía viva, junto a los muros del palacio, en la misma finca que había sustraído a Nabot. Entonces, el caballo en que montaba Jehú, no por acción del rey, sino movido por Dios, pisoteó el cuerpo de Jezabel hasta darle muerte. Jehú no mandó que diesen sepultura a la pagana y perversa Jezabel. Su cadáver quedó, pues, allí tirado en la finca de Nabot y una jauría de perros se lo comió dejando sólo los huesos, que nadie los sepultó. Cuando lo supo Jehú, dijo: «*Se ha cumplido lo que vaticinó el Señor por medio de su siervo Elías, cuando dijo: 'En el campo de Jezrael comerán los perros las carnes de Jezabel, de manera que sus huesos estarán en el campo de Jezrael como el estiércol sobre la tierra; de suerte que los pasajeros dirán: '¡Y ésta es aquella Jezabel!'*». Ésta perversa mujer, figura de la Antimaría, murió, pues, en el año 4309, condenándose eternamente. Siglos después, con motivo de la muerte de Cristo en el Calvario, el cuerpo de Jezabel resucitó, y desde entonces está también en el infierno junto con su alma.

Capítulo XXII

Jehú, noveno rey de Samaria

1. Jehú, de la tribu de Efraín, ocupó el trono del Reino de Samaria en el año 4309, siendo aclamado en Siquén como rey por las multitudes. Nada más comenzar su reinado, prohibió bajo pena de muerte la adoración a los falsos dioses y restableció las buenas costumbres en Samaria. Le repugnaba de tal manera la idolatría, que había dicho a sus soldados: «*Yo os juro que, aquel que de vosotros dejare vivo a uno de los seguidores de Baal, lo pagará con su propia vida*». Y con toda valentía, empuñando la espada, fue acabando con los adoradores de ídolos en todos sus dominios, diciendo: «*Acabaré con los adoradores de Baal. Yo no adoro a Baal, sino sólo al Señor mi Dios; y a todos los adoradores de Baal daré muerte. Todos los sacrificios a Baal están prohibidos, y mataré a todo aquel que ofreciera sacrificio a Baal*». Jehú dio muerte, pues, a todos los sacerdotes, profetas y demás seguidores de ídolos que no se convirtieron al verdadero Dios. Para esta misión, elegía los días más señalados en que los idólatras iban a sus templos, y allí se presentaba él con su ejército para exterminarlos. Jehú jamás se hizo pasar por adorador de los ídolos, para atraer engañosamente a sus templos a los idólatras, y luego acabar con ellos. No usó, pues, jamás de fingimiento para luego ajusticiar a los seguidores de los falsos dioses. Todos conocían perfectamente que él perseguía la idolatría porque repugnaba a su recta conciencia, al ser el culto pagano un gravísimo atentado contra el culto del verdadero Dios y Señor. El virtuoso rey Jehú, el Justiciero de Dios, destruyó todos los ídolos y sus altares que los reyes anteriores habían erigido por todo el Reino de Samaria, incluidos los becerros de oro de las ciuda-

des de Betel y Dan. Además, Jehú persiguió a todos los idólatras, no sólo dentro de su reino, sino también fuera de las fronteras; pues cumplió, con celo y rigor sumos, todo lo que Dios le había mandado.

2. Dios, por medio del profeta Eliseo, ordenó a Jehú que se levantara con su poderoso ejército e hiciese la guerra al rey filisteo de Líbano. Jehú obedeció, venció, conquistó el territorio, mató al rey filisteo, destruyó todos los ídolos y restableció el culto al verdadero Dios. Una buena parte de los filisteos se convirtió, otra fue exterminada por su persistencia en la idolatría y también muchos escaparon.

Capítulo XXIII

Atalía, reina ilegítima de Judá. Joás, proclamado príncipe heredero de Judá. Muerte de Atalía

1. En el año 4309, Atalía, de la tribu de Benjamín, tras conocer la muerte de su hijo Ocozías, rey de Judá, a manos de Jehú, rey de Samaria, dominada por la ambición, se apoderó del trono de Judá con el beneplácito de la inmensa mayoría del pueblo. El Profeta Miqueas, según era ritual en cada monarca, fue a Jerusalén para ungir a la nueva reina. Esta unción no la llevó a cabo, porque Atalía rehusó hacer el juramento de defender el culto al Señor Dios de los Ejércitos y de perseguir el culto idólatrico; pues, ella ni quería ser ungida por un Profeta de Dios, ni estaba dispuesta a renunciar a sus idolatrías y demás abominaciones. Es más, la muy orgullosa y perversa Atalía, para reafirmarse en su fidelidad al demonio, mandó ser ungida satánicamente por un falso profeta, también de la tribu de Benjamín, llamado Aca, el cual era profeta de Satanás y príncipe de los sacerdotes de Baal. Antes de ser ungida por Aca, Atalía prestó el juramento satánico de defender el culto idólatrico y perseguir el culto al verdadero Dios.

2. La perversa e ilegítima reina, para asegurar su corona, tomó la cruel resolución de exterminar la descendencia de la casa real de Judá; por lo que dio orden que fueran degollados todos los miembros de la estirpe de David, incluidos sus propios nietos. De todos estos, se libró de la muerte el príncipe Joás, de dos años de edad, hijo de Ocozías y Azalía, que fue salvado de las garras de Atalía por la princesa Josabá, esposa del Sumo Sacerdote Joyada, tía del niño. Joyada llevó a Joás al Monte Carmelo, en donde permaneció oculto con los miembros de la Orden Carmelitana hasta que fuera proclamado príncipe heredero en el Templo de Jerusalén. Atalía mató también a su hermana Azalía, viuda de Ocozías.

3. El virtuoso Sumo Sacerdote Joyada, para evitar que Atalía profanara el Arca de la Alianza, en el año 4309, por orden directa de Dios, trasladó el Arca Sagrada a la ciudad de Betulia o Megido, en el Reino de Samaria, en donde reinaba el virtuoso rey Jehú. Desde entonces, cesó el sacrificio perpetuo en el Templo de Jerusalén, hasta que fue restablecido tras la muerte de la usurpadora reina Atalía. Sin embargo, en Betulia continuó el sacrificio perpetuo en el Tabernáculo por-

tátil, traído del Monte Carmelo, e instalado en la ciudad. Dentro de este Tabernáculo quedó depositada el Arca de la Alianza llevada desde Jerusalén.

4. Mientras el regio vástago Joás crecía oculto en el Monte Carmelo bajo la sabia y prudente dirección del Profeta Eliseo, superior por entonces de la Orden Eсения o Carmelitana, la usurpadora e ilegítima reina Atalía regía con tiránico desconcierto los destinos del Reino de Judá, corrompiéndole más y más con las abominaciones paganas. Atalía había empleado muchas de las riquezas, vasos y demás utensilios sagrados del Templo, para el enriquecimiento y culto de los templos a Baal erigidos por su esposo Jorán, por su hijo Ocozías y por ella misma.

5. En el año 4315, sexto del despótico reinado de Atalía, el virtuoso Sumo Sacerdote Joyada, movido por Dios, se preparó para llevar a cabo el destronamiento de la usurpadora reina, y la proclamación de Joás como príncipe heredero, con la consecuente restauración de la monarquía legítima en el Reino de Judá. Para tan arriesgada misión, contó el Sumo Sacerdote Joyada con la poderosa ayuda del virtuoso Jehú, rey de Samaria; al cual, ese mismo año, el Profeta Eliseo le comunicó, de parte de Dios, la orden de colaborar con Joyada para la restauración del culto divino en Jerusalén y la restauración de la monarquía legítima en el Reino de Judá, lo que Jehú ejecutó sin demora alguna.

6. El mismo año 4315, mientras Jehú, con un gran número de valientes y diestros militares, fue al Monte Carmelo para recibir, de manos del Profeta Eliseo, al niño Joás, de ocho años de edad, y luego traerlo secretamente a Jerusalén, el Sumo Sacerdote Joyada envió, por todo el Reino de Judá, emisarios de gran confianza para comunicar secretamente a los sacerdotes, ministros levitas y príncipes de las familias que le eran fieles, que debían concentrarse en Jerusalén en determinada fecha, sin revelar a nadie el fin para lo que eran convocados. Para sus santos fines, Joyada contaba con la mayoría de los jefes del ejército de Judá, los cuales estaban ya hastiados de la conducta perversa y despótica de la reina Atalía.

7. El plan se llevó a cabo con tan providencial tacto, que el día señalado para la proclamación del príncipe heredero de Judá, llegaron a Jerusalén todos los convocados por Joyada. También, en ese día, llegaron a Jerusalén el Sumo Sacerdote Joyada, el niño Joás, y el rey Jehú con su ejército. Un buen número de los soldados del rey Jehú, así como un buen número de los soldados del Reino de Judá que eran fieles a la causa, controlaron el palacio de Atalía para que no pudiese salir y se situaron en puntos estratégicos de la ciudad para evitar cualquier reacción contraria de los pocos partidarios de la reina. Los sacerdotes y ministros levitas ocuparon el Pórtico de Salomón, y todos los demás congregados se colocaron delante de la fachada principal del Templo de Jerusalén. Entonces, el Sumo Sacerdote Joyada, desde la Puerta Dorada del Templo, con gran solemnidad, reveló a toda aquella muchedumbre la feliz noticia de que aún quedaba en Judá un descendiente legítimo de la sangre real de David, reserva-

do milagrosamente por la Divina Providencia, para continuar, a través de él, el trono de tan egregia estirpe. Seguidamente, Joyada presentó, ante la gran muchedumbre del pueblo, al niño Joás vestido con los atuendos de príncipe, el cual tenía a su derecha al Sumo Sacerdote y a su izquierda al rey Jehú de Samaria. A continuación, el venerable Sumo Sacerdote Joyada procedió a la augusta ceremonia de la unción sagrada de Joás como príncipe heredero del Reino de Judá; y seguidamente, dijo a todos: «*Ved aquí a Joás, legítimo descendiente de la casa de David, príncipe heredero del Reino de Judá*». Los coros de los músicos entonaron inmediatamente sagrados himnos, las trompetas resonaron con enardecidas notas, y la multitud, gozosa y enternecida, exclamaba con gran entusiasmo: «*¡Viva Joás, príncipe heredero de Judá!*».

8. El Sumo Sacerdote Joyada, para dar una oportunidad de conversión a la perversa Atalía, dio orden a algunos de los jefes del ejército de Judá que fueran al palacio de la reina para comunicarle que viniese a la Puerta Dorada del Templo, a fin de que, públicamente, se retractase de sus idolatrías, pidiese perdón al Señor Dios de Israel y a su pueblo de todas las abominaciones que ella había cometido, reconociese a Joás, hijo de Ocozías, como príncipe heredero y se sometiera al que iba a ejercer la regencia del Reino de Judá durante la minoría de edad de dicho príncipe.

9. La reina Atalía, sorprendida por la noticia de la proclamación como príncipe heredero de un nieto suyo, ya que creía haber exterminado a todos, acompañada de los enviados del Sumo Sacerdote Joyada, se dirigió a la Puerta Dorada del Templo, devorada por la intriga y sin intención alguna de hacer lo que el Sumo Sacerdote le había propuesto a través de sus emisarios. Y al contemplar al príncipe heredero Joás delante de la Puerta Dorada, revestido con atuendos propios de su estirpe real, y aclamado por todos, la reina Atalía, rabiosa y fuera de sí, comenzó a gritar diciendo: «*¡Traición, traición!*», y lanzaba blasfemias contra Dios y toda serie de maldiciones contra el príncipe heredero, el Sumo Sacerdote y demás allí presentes. No pudiendo contener su furor, Atalía corrió para abalanzarse sobre el niño Joás y darle muerte. Mas, unos soldados, arrojándose impetuosamente sobre ella y asiéndola del cuello, la arrastraron hacia el cauce del torrente Cedrón, en donde la degollaron, siendo después devorado su cuerpo por una multitud de feroces ratas, por lo que no recibió sepultura. La perversa Atalía murió, pues, en el año 4315, tras seis años de ilegítimo reinado en Judá. En los seis años del tiránico reinado de Atalía, el número de los sacrificios de víctimas humanas ofrecidas en holocausto a Baal en el Templo de Dios en Jerusalén, dejó reducido a una insignificancia el número de los ofrecidos por Artemisa y Salomón durante dieciocho años. Además, la perversidad de Atalía, bajo la dirección del impío falso profeta Aca, llegó hasta el extremo de ofrecer esos sacrificios humanos, entre otros motivos, con la expresa intención de ofender al Señor Dios verdadero y desagradar a

Satanás. La ilegítima reina Atalía, otra de las grandes figuras de la Antimaría, se condenó eternamente.

10. Tras la proclamación de Joás como príncipe heredero del trono, el virtuoso rey Jehú de Samaria, desde la Puerta Dorada del Templo, comunicó a la gran muchedumbre la siguiente orden dada por Dios a través del Profeta Eliseo: «*Es voluntad del Señor Dios, que el Sumo Sacerdote Joyada ejerza la regencia del Reino hasta que el príncipe heredero cumpla la edad de dieciséis años, en que será proclamado rey de Judá*».

11. El Sumo Sacerdote Joyada, como regente del Reino de Judá, exigió a los sacerdotes, a los ministros levitas, a los príncipes, al ejército y a todo el pueblo allí reunido, un juramento público de fidelidad al verdadero Dios y Señor; por lo que todos quedaban comprometidos a cumplir y hacer cumplir los mandamientos divinos, a destruir los ídolos y sus altares, a reformar sus costumbres y a ser leales al príncipe heredero y a él como regente del reino. Todos los allí presentes, con lágrimas en los ojos, prestaron con sinceridad el juramento exigido por Joyada. Inmediatamente después, fueron destruidos los ídolos y sus altares que había dentro del Templo y por toda Jerusalén, sin quedar ninguno en pie. El Sumo Sacerdote Joyada, devorado por el celo de Dios, degolló con su propia espada al falso profeta Aca, príncipe de los sacerdotes de Baal, y a otros secuaces, cuando ofrecía incienso en el altar del ídolo en represalia por el juramento de fidelidad al verdadero Dios exigido por el Sumo Sacerdote Joyada. El falso profeta Aca se condenó eternamente.

Capítulo XXIV

El Sumo Sacerdote Joyada, regente del Reino de Judá

1. En el año 4315, el Sumo Sacerdote Joyada comenzó su regencia. El gobierno de Joyada durante ocho años fue una etapa gloriosa para el Reino de Judá.

2. Después que fueron destruidos los ídolos y sus altares del Templo de Jerusalén, de la ciudad y de todo el extenso territorio de Judá, el Sumo Sacerdote Joyada envió a Betulia o Megido a muchos sacerdotes para que volviesen a traer el Arca de la Alianza que se hallaba depositada en aquella ciudad del Reino de Samaria durante el reinado de la impía Atalía. El Arca de la Alianza fue traída a hombros de los sacerdotes, seguida de un numeroso cortejo presidido por el rey Jehú de Samaria. El Sumo Sacerdote Joyada, con su séquito y una gran multitud del Reino de Judá, dieron un solemnisimo recibimiento al Arca Sagrada, que entró en el Templo de Jerusalén en medio de las aclamaciones de todos. Con motivo de este gran acontecimiento, se ofrecieron en el Templo numerosos holocaustos y múltiples ofrendas al Señor Dios de los Ejércitos, quedando así restablecido el sacrificio perpetuo allí cesado durante los seis años en que el Arca se halló ausente.

3. El virtuoso Joyada restableció en el Templo de Jerusalén la gran magnificencia de tiempos pasados, y que había sido mermada sensiblemente por el sacrile-

go deterioro sufrido durante los reinados de los impíos Jorán, Ocozías y Atalía. Para llevar a cabo esta obra, Joyada congregó a sacerdotes y a ministros levitas, y les dijo: *«Salid por las ciudades del Reino de Judá, y también por las del Reino de Samaria, y recoged dinero para reparar el Templo de Dios, lo cual debéis hacer con prontitud»*. Esta orden iba acompañada de un edicto suyo en el que se requería a todos los súbditos, que cada uno, en la medida de sus posibilidades, contribuyeran a las obras de restauración y enriquecimiento del Templo de Dios en Jerusalén. Joyada devolvió al Sagrado Edificio todo lo que los enemigos de Dios habían antes sustraído para usos profanos e idolátricos; y, además, mandó hacer nuevos vasos de oro y plata, así como otros utensilios para el servicio del culto. Desde el primer momento, colocó en las puertas del Templo de Dios celosos porteros para que prohibiesen la entrada en él de cualquier cosa que no fuera conforme a la sagrada dignidad del edificio.

4. El virtuoso regente Joyada promulgó leyes severísimas en las que prohibía, bajo pena de muerte, entre otros delitos, el de la idolatría en cualquiera de sus manifestaciones, de manera que todos aquellos que no se convirtieron al verdadero Dios, fueron exterminados. Además, envió celosos sacerdotes para que predicaran la observancia de la Santa Ley por todo el Reino de Judá, exigieran su cumplimiento y destruyeran cualquier vestigio de idolatría que pudiera existir. Además, restableció por todo el Reino de Judá los tribunales de justicia puestos durante el glorioso reinado de Josafat.

5. Cuando en el año 4323 el Sumo Sacerdote Joyada terminó su regencia, el Reino de Judá sobresalía en esplendor por las santas costumbres, el orden, la paz y la prosperidad existentes.

Capítulo XXV

Joás, séptimo rey de Judá.

Martirio del Sumo Sacerdote Zacarías.

Muerte de Joás

1. Joás, hijo de Ocozías y Azalía, comenzó a reinar en el año 4323, a los dieciséis años de edad, siendo ungido rey, en Jerusalén, por el Profeta Eliseo tras que le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. El rey Joás, por consejo del Sumo Sacerdote Joyada, casó con dos virtuosas mujeres, de las que tuvo varones y varonas. Pocos años después de comenzar su reinado, murió Joyada santamente en Jerusalén, a la edad de ciento treinta años; fue sepultado en el panteón real del Monte Sión, en atención a sus muchos servicios prestados a Dios y al Reino. Le sucedió en el cargo de Sumo Sacerdote su hijo Zacarías, que fue un vivo reflejo de su padre en dotes, virtudes y celo por la gloria de Dios.

2. El rey Joás, contó siempre con la docta y virtuosa dirección del Sumo Sacerdote Zacarías; de quien siguió sus consejos hasta los veinte años de su reinado. Después, poco a poco, fue llenándose de vanagloria por su poder, magnificencia y las adulaciones de algu-

nos de los príncipes y magnates de su reino. Y llegó a tal extremo de engreimiento que despreció los rectos y prudentes consejos del Sumo Sacerdote Zacarías, para seguir las perversas influencias de sus cortesanos. Joás, pues, entregado al libertinaje, abandonó el culto al Dios Verdadero y se dio de lleno a la idolatría, hasta el punto que mandó levantar altares a los ídolos en el Templo de Jerusalén, en la ciudad y por todo su reino. Con frecuencia, Dios envió sus profetas a Joás para corregirle de sus errores y atraerle al camino de la virtud, sin que el impío rey quisiera darles oídos.

3. El virtuoso Sumo Sacerdote Zacarías, que veía cómo el Templo de Dios era profanado terriblemente por las abominaciones idolátricas, un día del año 4352, impulsado por Dios, se colocó delante de la Puerta Dorada del Templo, para impedir la entrada a muchos de sus profanadores, diciendo: *«¿Por qué traspasáis los preceptos del Señor negándole a Él el culto que es debido para dársele a los ídolos? Ésta y otras muchas abominaciones atraerán sobre vosotros la Santa Ira Divina»*. Y muchos del pueblo, irritados por estas justas reprensiones, acudieron al rey Joás, el cual dio orden de que, ante él, apedrearán a Zacarías en el atrio del Templo. El virtuoso Sumo Sacerdote, cuando estaba muriendo, dijo: *«El Señor, que ve lo que hacéis conmigo, os lo demandará»*, cuyas palabras pronunció el santo Zacarías no por venganza, sino movido por el espíritu de justicia y por el celo de la gloria de Dios. He aquí, pues, que el perverso rey Joás, lejos de acordarse de la misericordia que el Sumo Sacerdote Joyada tuvo con él librándole de las garras de Atalía, llegó a lo sumo de la ingratitud mandando matar a pedradas al virtuoso Sumo Sacerdote Zacarías, hijo de Joyada.

4. Dios descargó su justa Ira sobre el rey Joás y sobre todos aquellos que seguían sus perversos caminos y habían colaborado en la muerte del Sumo Sacerdote Zacarías, permitiendo que, en el año 4363, los sirios, entrando por el sureste de Judá, invadieran el territorio, ocuparan Jerusalén y se hicieran dueños de los tesoros del Templo y del palacio del rey; y, además, cometieran toda serie de atropellos y matanzas. El mismo rey Joás fue maltratado despiadadamente por los sirios, que le dejaron tirado en el suelo, y gravemente herido tuvo que ser llevado a la cama por sus vasallos en medio de terribles dolores. Cuando los sirios abandonaron Jerusalén, Dios permitió que dos de los vasallos de Joás vengaran la sangre del inocente y virtuoso Sumo Sacerdote Zacarías asesinando al rey en su misma cama, en donde aún se hallaba convaleciente de los golpes y heridas que había recibido en la invasión. El ejército sirio, después que colmó sus ambiciones de riqueza, abandonó el Reino de Judá, ya que Dios no permitió que se apoderara de él.

5. El rey Joás había muerto en la impenitencia el año 4363, después de haber reinado cuarenta años, y fue enterrado en el panteón real del Monte Sión. A la muerte del rey Joás, le sucedió en el trono de Judá su hijo Amasías.

Capítulo XXVI**Muerte de la virtuosa reina Betulia.****Muerte de Jehú, noveno rey de Samaria.****Joacaz, décimo rey de Samaria.****Muerte de la virtuosa reina Aquinoán.****Muerte de Joacaz**

1. En el año 4346 murió la virtuosa reina Betulia, esposa del rey Jehú y madre del rey Joacaz.

2. Poco antes de la muerte de Jehú, el Señor le dijo: *«Por cuanto has ejecutado con celo lo que era justo y agradable a mis ojos, y cumplido todo lo que tenía resuelto en mi corazón contra la casa de Acab, tus descendientes hasta la cuarta generación, ocuparán el trono de Samaria»*. Con estas palabras quedan, pues, desautorizadas las manipulaciones de la Biblia que presentan a Jehú como un hombre sanguinario, así como un tanto falsario e idólatra. Jehú murió santamente en la ciudad de Siquén en el año 4349, tras cuarenta años de glorioso reinado. Su hijo Joacaz, que le sucedió en el trono, dio sepultura a su padre en la misma ciudad.

3. A la muerte de Jehú, le sucedió en el trono su hijo Joacaz, de la tribu de Efraín, que comenzó a reinar ese mismo año 4349; y fue ungido en Siquén por el Profeta Eliseo tras que le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Joacaz, durante los tres primeros años de su reinado, lejos de seguir los rectos caminos de su padre, se condujo de manera perversa; pues, levantó altares a los ídolos, los adoró e hizo prevaricar también a muchos del pueblo. Sus excesos atrajeron sobre él la Santa Ira divina, y Dios le castigó permitiendo que el rey Hazael de Siria le venciera, exterminara la mayor parte de su ejército, conquistara muchas ciudades del Reino de Samaria y lo dejase sumido en la ruina, en la miseria y bajo el yugo de fuertes cargas tributarias. Joacaz, pues, quedó prácticamente en manos del rey Hazael de Siria.

4. Mas, en el año 4352, tercero de su reinado, Joacaz se convirtió sinceramente al ver cómo era castigado por sus abominaciones por la Santa Ira divina, al permitir Dios sobre el Reino de Samaria las atrocidades que hacían el rey Hazael y su hijo el futuro rey Benadab III de Siria. Y Dios, siempre solícito para quien vuelve sus ojos a Él arrepentido, apiadándose de la angustia que sufrían Joacaz y su pueblo, levantó un salvador del Reino de Samaria en la misma persona de Joacaz. Decidido éste a dar la gran batalla a los invasores sirios para reconquistar las ciudades tomadas por ellos, no quiso comenzar la guerra sin consultar antes con el Profeta Eliseo. Para ello, Joacaz, al frente de su ejército, antes de iniciar el combate, fue al Monte Carmelo a visitar al profeta, a quien halló muy enfermo, aunque no de muerte. Pensando el rey Joacaz que iba a morir, lloraba delante de él diciendo: *«Padre mío, padre mío, verdadero guía y carro de guerra del ejército de Dios»*. Y dijo Eliseo: *«Abre la ventana que da al oriente. Tráeme el arco y las flechas»*. Y habiéndolo hecho el rey, el profeta le dijo: *«Toma el arco en tus manos»*. Y tomado que lo hubo en sus manos, puso

Eliseo sus manos sobre las del rey, diciéndole: *«Tira una flecha por la ventana que has abierto»*. Y el rey la tiró. Y vaticinó Eliseo: *«Saeta del favor de Dios y saeta de victoria contra Siria, pues herirás a su ejército en Afeca hasta vencerlo»*. Y luego Eliseo, para infundir en el rey una mayor confianza en el auxilio divino, dijo a Joacaz: *«Toma tres flechas y hiere la tierra tres veces»*. Y habiéndolas tomado el rey, puesta una tras otra en su arco, las tiró sobre la tierra. Y con este gesto, Eliseo le daba a entender al rey que no temiese poner su ejército al servicio de Dios, ya que alcanzaría la victoria mediante su auxilio. El rey Joacaz, el Salvador, con la ayuda del Señor, hizo la guerra a los sirios, los venció, reconquistó todas las ciudades que le habían arrebatado, se liberó del yugo opresor y vivió en paz hasta su muerte.

5. El rey Joacaz, desde su conversión, caminó siempre fiel a Dios, destruyó los ídolos y sus altares que, tanto él como los sirios, habían levantado en las ciudades, montes y otros lugares del Reino de Samaria; persiguió a muerte a los adoradores de ídolos, exterminando a aquellos que se obstinaron en la idolatría. La gran mayoría de sus súbditos, siguiendo su buen ejemplo, se convirtieron al verdadero Dios de Israel.

6. Por tanto, si bien los tres primeros años del reinado de Joacaz corresponden a su vida perversa, los otros diecisiete restantes los dedicó a reparar y expiar por sus pecados mediante su vida ejemplar, el restablecimiento de las santas costumbres y la exaltación del culto al verdadero Dios. Joacaz murió santamente en el año 4369, tras veinte años de reinado. Con este relato de su vida, quedan desautorizadas las manipulaciones de los textos bíblicos en las que se presenta a Joacaz como un hombre siempre perverso e idólatra.

7. En el mismo año 4369, una semana después de la muerte de Joacaz, murió su virtuosa esposa, la reina Aquinoán, madre del perverso rey Joás de Samaria.

Capítulo XXVII**Amasías, octavo rey de Judá.****Joás, undécimo rey de Samaria.****Pretendida reconquista de Idumea por Amasías.****Guerra entre Amasías de Judá y Joás de Samaria.****Muerte de Joás. Muerte de Amasías**

1. Amasías, hijo del rey Joás de Judá, comenzó a reinar en el año 4363, y fue ungido rey, en Jerusalén, por el virtuoso Profeta Miqueas, tras que le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Amasías, temeroso de Dios por la trágica muerte de su padre y por todo el mal que había acaecido en Jerusalén y en todo su Reino, obró con rectitud durante los primeros años de su reinado, mandando desterrar la idolatría e imponiendo el orden en su pueblo, que se hallaba sumido en el caos. Mas, luego que se vio afianzado en el trono, apoderóse de él un cierto espíritu de vanagloria y ambición; e, incluso, dejándose arrastrar por la venganza, mandó degollar cruelmente a los siervos que habían quitado la vida a su padre.

2. Joás, de la tribu de Efraín, hijo del virtuoso rey Joacaz, comenzó a reinar en Samaria en el año 4369 y fue ungido rey en Siquén por el virtuoso Profeta Abdías tras que le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. El reinado de Joás de Samaria, salvo algunas cosas buenas, fue pura maldad y perversión; pues, dicho rey volvió a poner los ídolos y sus altares, que su padre había quitado; y no sólo adoró a los falsos dioses, sino que, por su culpa, prevaricó también una gran parte de su pueblo.

3. En el año 4371, el rey Amasías de Judá, que contaba con un numeroso ejército de jóvenes valientes y diestros para la guerra, en lugar de usarlo rectamente en el servicio de Dios y en provecho de su pueblo, lo puso más bien al servicio de sus caprichos personales. Con la intención de aumentar su propia gloria, engreído de su poder, ideó el ambicioso plan de reconquistar el territorio de Idumea; para lo cual, aumentó el número de su ejército, concertando soldados mercenarios del Reino de Samaria en donde reinaba el perverso Joás, a quien envió, a cambio, una cuantiosa suma de oro y plata. Y cuando ya estaba todo preparado para la invasión de Idumea, Dios envió al Profeta Miqueas para que dijese a Amasías: *«Oh rey, mira antes los intereses de Dios que los tuyos propios y no te dejes arrastrar por la vanagloria de tu poder. Además, no salgas a la guerra llevando en tu ejército soldados mercenarios traídos de Samaria, porque este pueblo ha vuelto las espaldas al Señor Dios, y sus soldados obrarán conforme a su impiedad. Y si crees, Amasías, que el éxito en las guerras depende sólo de la fuerza del ejército, sepas que no es así; pues, lo mismo Dios puede darte la victoria que permitir que seas vencido»*. Y dijo Amasías al profeta varón de Dios: *«¿Y cómo he de desistir de los soldados mercenarios cuando ya he pagado por el servicio que me han de prestar? ¿Perderé, acaso, soldados y dinero?»*. Y le respondió el profeta: *«Tú obedece a Dios, que Él puede darte mucho más que eso»*.

4. Pero, el rey Amasías, desobedeciendo la exhortación divina por medio del profeta, se lanzó a la invasión de Idumea con un ejército formado por soldados del Reino de Judá y los mercenarios traídos del Reino de Samaria. Y si bien Idumea fue abatida por las huestes de Amasías, Dios no permitió que la reconquistara, como castigo a su desobediencia, mas sí permitió que los soldados mercenarios de Samaria desacreditaran con sus crímenes y ambiciones el Reino de Judá; pues, cometieron en la campaña toda serie de atrocidades y saqueos. Del inmenso y rico botín usurpado por los mercenarios, dieron al rey Amasías una mayor parte, en la cual se hallaban los ídolos de oro que los idumeos tenían como dioses. Amasías, en vez de destruir los ídolos, movido de la ambición de riquezas, los llevó consigo a Jerusalén, pues con el oro pensaba hacer grandes negocios. Estas pretensiones ambiciosas de Amasías fueron la causa de que se desviara totalmente por el camino del mal, lo cual Dios permitió como castigo a su codicia.

5. El rey Amasías, entregado de lleno a la impiedad y a la idolatría, levantó en el Templo de Jerusalén ricos altares para los ídolos de oro que había traído de Idumea, y además extendió el culto idolátrico por todo su Reino. Enojado el Señor Dios contra Amasías, le envió de nuevo al Profeta Miqueas para que le dijese de su parte: *«¿Cómo adoras a unos dioses que no han podido librar al pueblo idumeo de tus crueles y ambiciosas manos?»*. Y el rey respondió al profeta: *«¿Te he nombrado yo, acaso, consejero mío? Calla, si no quieres que mande quitarte la vida»*. Y al retirarse Miqueas, dijo al rey, de parte de Dios: *«Si no te corriges de tus abominables desvíos, destruyes los ídolos y sus altares y vuelves tus ojos a Dios verdaderamente arrepentido, morirás de muerte cruel y dolorosa por tus maldades y por despreciar mis paternales exhortaciones»*.

6. El rey Amasías, había pedido al rey Joás de Samaria una de sus hijas para darla en matrimonio a su hijo, el heredero del trono de Judá; a lo cual el rey Joás se negó. Por lo que Amasías, sumamente engreído por el éxito obtenido contra los idumeos, al ver pisoteado su orgullo por la negativa de Joás, le desafiaba a guerra, diciéndole: *«Veámonos las caras el uno al otro»*, a lo que Joás, le enviaba mensajeros para comunicarle que no deseaba hacer guerra alguna contra él. Mas, como Amasías le insistiese una y otra vez en su desafío de guerra, el rey Joás le envió una embajada para decirle: *«El cardo que se cría en Judá, envió a decir al cedro que se eleva en Samaria: 'Da tu hija por mujer a mi hijo'; y he aquí que las bestias que había en los bosques de Samaria pasaron y hollaron el cardo que se cría en Judá. Tú dices: 'Yo he abatido a los idumeos'; y con esto se ha engreído y ensoberbecido tu corazón. Mas, estate, pues, quieto en casa: ¿por qué razón provocas contra ti los desastres para perderte tú y Judá contigo?»*. No quiso Amasías dar oídos a esta pacífica embajada del rey Joás, lo cual fue permitido por Dios para que cayese en sus manos el rey de Judá a causa de los ídolos de Idumea que había introducido en el Templo de Jerusalén.

7. En el año 4382, ante los nuevos desafíos de Amasías, el rey Joás de Samaria vino con su poderoso ejército a la frontera del Reino de Judá, acampando en las cercanías de la ciudad de Betsamés, en donde esperaba Amasías con sus soldados. El resultado de esta campaña fue para Amasías tan fatal como merecido, pues sus tropas sufrieron una vergonzosa derrota en la que perecieron muchos de sus más valientes guerreros, en medio de una pavorosa huida. Joás, penetrando con su ejército en el territorio de Judá, cogió prisionero a Amasías en Betsamés, y lo llevó con su ejército a Jerusalén, en donde Joás derribó una gran parte de sus famosas murallas, saqueó el Templo de Dios llevándose gran parte de sus tesoros, entre ellos los vasos y otros utensilios de oro y plata dedicados al culto divino; y, además, saqueó el palacio real llevándose sus cuantiosas riquezas, todo lo cual fue permitido por Dios como castigo a Amasías y a su pueblo por sus prevaricaciones y también para moverles a conversión. Una vez

que Joás humilló el desafiante orgullo del rey Amasías, dejó a éste en libertad y volvió victorioso con su ejército al Reino de Samaria.

8. En el mismo año 4382 el impío rey Joás de Samaria murió en Siquén tras trece años de reinado, sobreviviendo el rey Amasías de Judá once años más.

9. En el año 4393, se levantó en Jerusalén, contra el rey Amasías, una fuerte conspiración, promovida por muchos de los príncipes y cortesanos. Amasías huyó hacia el sur y se refugió en la ciudad de Laquis, en donde fue cruelmente asesinado por los conspiradores. De esta manera, el perverso rey Amasías, pagó sus idolatrías, sus crímenes, su orgullo y su desobediencia a los paternos requerimientos de Dios a través de su profeta. Su cadáver fue enterrado en el panteón real del Monte Sión. El rey Amasías murió, pues, en el año 4393, tras treinta años de reinado en Judá. A su muerte, heredó el trono de Judá su hijo Ozías.

Capítulo XXVIII

Jeroboán II, duodécimo rey de Samaria.

Muerte de la virtuosa reina Séforis.

Muerte de Jeroboán II

1. En el año 4382, comenzó a reinar en Samaria, Jeroboán II, hijo de Joás, de la tribu de Efraín, que fue ungido rey por el virtuoso Profeta Jonás en Siquén, tras que le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Jeroboán II de Samaria fue un gran rey. La primera obra de su reinado, fue la de destruir todos los ídolos y sus altares erigidos por su padre.

2. En el año 4383, ante una nueva amenaza de invasión por los sirios, el Profeta Eliseo comunicó al rey Jeroboán II el siguiente mandato de Dios: *«Levántate con tu poderoso ejército y sal al encuentro de los sirios que vienen para entrar en el territorio del Reino de Samaria, y persíguelos hasta vencerlos, y luego toma el territorio de Siria. Yo estaré apoyándote»*. Jeroboán II, obedeciendo las órdenes divinas, salió al encuentro de la invasión, entró en Siria, y peleando con valor venció a sus treinta y tres reyes, que iban al mando de Benadab III, dando muerte a todos con su propia espada. Luego derribó los ídolos y sus altares del territorio reconquistado, y muchos de los del pueblo sirio se convirtieron al verdadero Dios y Señor. Con la reconquista por el virtuoso y valiente Jeroboán II, Siria volvió a pertenecer al Pueblo de Dios; del cual se había separado en los últimos años del reinado de Salomón, al independizarse de su corona. Con la anexión de Siria al Reino de Samaria, éste se engrandeció sobremedida. En ningún momento, Jeroboán II entregó al Reino de Judá parte alguna del territorio sirio reconquistado por su espada guiada por el Señor Dios de los Ejércitos.

3. En el año 4426 murió la virtuosa reina Séforis, esposa del rey Jeroboán II.

4. Jeroboán II, el Valeroso, murió santamente en el año 4430, tras cuarenta y ocho años de reinado en Samaria. A su muerte le sucedió en el trono su hijo Zacarías.

Capítulo XXIX

Ozías, noveno rey de Judá. Muerte de Ozías

1. En el año 4393, Ozías, hijo de Amasías y Jequelía, comenzó su reinado en Judá, a la edad de dieciséis años, y fue ungido rey en Jerusalén, por el virtuoso Profeta Jacarías tras que le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. El Profeta Jacarías, religioso esenio, era hijo del Sumo Sacerdote Zacarías mártir, hijo éste del Sumo Sacerdote Joyada. El gran Profeta Jacarías vaticinó, corrigió y amonestó, de parte de Dios, al rey Ozías, en el curso de su vida, cuando fue necesario para el bien de su alma y de su pueblo.

2. Ozías, bajo la dirección del sabio y prudente Profeta Jacarías, se condujo con fidelidad a la Santa Ley de Dios. Merced al especial auxilio divino, recuperó para el Reino de Judá el honor y la fama perdidos por los desaciertos de su padre, e hizo brillar de nuevo el cetro y la corona de la estirpe de David. Reparó el trozo de la muralla de Jerusalén derribado por Joás, rey de Samaria. A través de gloriosas campañas, Ozías, con la ayuda de Dios, reconquistó para el Reino de Judá muchas de las antiguas posesiones que se habían perdido: la región filistea del suroeste de Judá, gran parte de Arabia, el país de Amón, Idumea y la península del Sinaí. Sus victorias fueron tantas como sus batallas, por lo que su fama se extendió por los países colindantes, infundiendo terror hasta en el mismo Egipto.

3. Ozías fortaleció las murallas de Jerusalén y de otras ciudades, colocando en sus torreones armamentos de guerra de varias clases, para disparar flechas y piedras grandes. Por todo el territorio de su reino excavó muchos pozos para abrevadero de sus numerosos ganados y plantó extensas viñas y trigales, pues era hombre muy dado a la agricultura. Organizó esmeradamente su ejército, que puso al mando de diestros capitanes, y lo equipó con broqueles, lanzas, yelmos, corazas, arcos y hondas.

4. Mas, al verse Ozías tan poderoso, engrióse su corazón. Y sucedió que, en el año 4445, habiendo entrado un día en el Templo de Dios en Jerusalén con la pretensión de ofrecer incienso al Señor, con lo cual profanaba el ministerio sagrado al usurpar las funciones sacerdotales, fue en pos de él el Sumo Sacerdote Azarías, acompañado de ochenta sacerdotes, hombres de gran firmeza. Y Azarías, oponiéndose al rey, le dijo: *«Oh Ozías, no te pertenece a ti ofrecer incienso al Señor, sino a los sacerdotes que han sido consagrados para este ministerio. Sal, pues, del santuario, ya que estás prevaricando y tu acción es abominable delante del Señor Dios»*. Ozías, arrebatado de cólera, teniendo en la mano el incensario para ofrecer el incienso, amenazó a los que le recriminaban, por lo que el Sumo Sacerdote le maldijo en el nombre de Dios; y al punto, apareció la frente del rey cubierta de lepra, como señal de la indignación divina. Cuando esto observaron el Sumo Sacerdote Azarías y los demás sacerdotes, instaron al rey para que a toda prisa saliera fuera del Templo, lo cual él se apresuró a hacerlo, profundamente

arrepentido de su pecado ante tan evidente manifestación de la Justicia Divina.

5. Ozías, el Leproso arrepentido, dado el carácter de impuro que implicaba el estar leproso, aunque siguió como rey de Judá, se vio ante la humillación de verse privado, hasta su muerte, del gobierno de su pueblo, del magnífico palacio de Jerusalén y de la convivencia de su familia y cortesanos; pues, como leproso, tuvo que vivir recluso en otro palacio fuera de la ciudad y lejos del trato y comunicación con los demás. Desde el año 4445, en que Ozías fue castigado con la lepra, hasta el año 4448 en que moriría, ocupó el trono de Judá su hijo Joatán en calidad de virrey. El rey Ozías, durante los tres años que, a causa de la lepra, tuvo que vivir en un palacio fuera de los muros de la ciudad, expió su pecado con grandes muestras de arrepentimiento. Una semana antes de morir, el Profeta Jacarías, quien había amonestado a Ozías por su pecado, le visitó de nuevo; y, al observar el humilde arrepentimiento del rey, pidió al Señor le curase de la lepra. Y Dios, accediendo a los ruegos de su siervo el profeta, curó de la lepra a Ozías, para que también esto sirviera de muestra de que estaba arrepentido de su pecado. Ese mismo día en que el rey fue curado de la lepra, siguiendo las instrucciones del Profeta Jacarías, lo primero que hizo fue revestirse de todas sus galas reales y entrar en la ciudad de Jerusalén en medio de las aclamaciones del pueblo, así como ir al Templo para dar gracias a Dios y postrarse delante del Sumo Sacerdote Azarías para manifestarle su sumisión y acatamiento de su sagrada autoridad; cumpliendo de esta manera con el rito de la purificación de los leprosos curados. Seguidamente, Ozías marchó a vivir de nuevo a su magnífico palacio de Jerusalén.

6. El rey Ozías, el Leproso arrepentido, murió santamente en Jerusalén, a la semana siguiente de haber sido curado de la lepra, en el año 4448, tras haber reinado en Judá cincuenta y cinco años. Sus exequias fueron con toda la solemnidad que exigía su condición de rey, y fue enterrado en el panteón real del Monte Sión, junto al sepulcro de David. Le sucedió en el trono su hijo Joatán.

Capítulo XXX

Zacarías, decimotercer rey de Samaria.

Martirio del Profeta Eliecer. Muerte de Zacarías

1. En el año 4430, comenzó a reinar en Samaria, Zacarías, hijo de Jeroboán II y de Séforis, de la tribu de Efraín, que fue ungido rey en Siquén por el virtuoso Profeta Eliecer, religioso esenio, tras que le prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico.

2. El perjurio Zacarías, cuarto y último descendiente de Jehú en la sucesión del trono de Samaria, no siguió los rectos caminos de su virtuoso padre Jeroboán II, ya que hizo resurgir por todo su reino el culto a los falsos dioses, levantando altares a los ídolos. Con su abominable vida, condujo a muchos de sus vasallos a la corrupción de costumbres. El rey Zacarías, a pesar de los vaticinios, correcciones y amenazas que, de parte

de Dios, le hizo el Profeta Eliecer, no sólo continuó aferrado en sus errores despreciando esas oportunidades de conversión, sino que además mató a dicho profeta. En el año 4433 el Señor Dios de los Ejércitos, para castigar las abominaciones del rey Zacarías, permitió que el rey de los sirios en el exilio invadiese y tomase todo el extenso territorio de Siria que estaba bajo la corona del Reino de Samaria.

3. Y como ni siquiera este castigo divino moviese a conversión el perverso corazón del rey Zacarías, en el año 4437 Dios descargó una vez más sobre el rey su Santa Ira permitiendo que se levantara contra él una conjuración, encabezada por Sellún, hijo de Jabés, quien hirió y mató a Zacarías delante de su pueblo, con la aprobación de la mayoría.

4. Zacarías, rey de Samaria, murió, pues, en el año 4437, tras haber reinado siete años. A causa de su impiedad, fue el último de los descendientes de Jehú que ocuparon el trono de Samaria.

Capítulo XXXI

Sellún, decimocuarto rey de Samaria.

Muerte de Sellún

1. En el año 4437, Sellún, de la tribu de Gad, comenzó a reinar en Samaria, con el beneplácito de la inmensa mayoría del pueblo, siendo ungido rey, en Siquén, por el virtuoso Profeta Miqueas, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Su corto reinado, fue un completo caos para su pueblo, pues la idolatría y demás corrupciones ya existentes, tomaron más auge dada la impiedad, villanía y ambición del rey.

2. En el año 4439, se sublevó contra el rey Sellún, su generalísimo Menahén que, con una gran parte de su ejército, se hallaba en la ciudad de Tera. Y al frente de sus soldados, vino a Siquén, capital del reino, se apoderó de ella, y asesinó al rey Sellún, ocupando él el trono de Samaria. Sellún murió, pues, ese año 4439, tras haber reinado dos años.

Capítulo XXXII

Menahén, decimoquinto rey de Samaria.

Muerte de Menahén

1. En el año 4439, comenzó a reinar Menahén, de la tribu de Aser, y fue ungido rey en Siquén por el virtuoso Profeta Miqueas, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico.

2. Menahén, de carácter cruel, feroz y sanguinario, tras haber sido ungido rey en Siquén, volvió con su ejército a la ciudad de Tera, pues tenía noticias de que sus habitantes eran reaccionarios a su corona. Y cuando llegó a la ciudad, al ver que le habían cerrado las puertas y se negaban a reconocerle como rey, se apoderó a viva fuerza de la plaza haciendo estragos en los moradores, a quienes pasó a cuchillo, e incluso mató a las mujeres encintas abriéndoles el vientre.

3. Menahén dio muestras de gran impiedad, fomentando por todo el Reino de Samaria la idolatría y corrupción de costumbres. Su reinado se distinguió por el despotismo y la crueldad, lo cual excitaron contra él la indignación general y los sentimientos de odio y de venganza de toda la nación, dando lugar, en algunas partes de su territorio, a terribles conjuraciones para derribarle del trono. Menahén, conociendo el riesgo que le amenazaba de perder la corona, para asegurarla más, solicitó la ayuda de su amigo Ful, el rey del imperio ninivita o asirio; el cual vino a Samaria con su ejército y ayudó a Menahén a sofocar las múltiples insurrecciones de sus vasallos. Por este servicio, Menahén, no sólo dio a Ful gran cantidad de oro y plata antes de que partiera a Nínive, sino que, además, quedó como tributario suyo; y para hacer frente a este compromiso, Menahén cargó sobre todos los habitantes del Reino de Samaria impuestos desmesurados.

4. En el año 4449, murió Menahén en la ciudad de Siquén, tras diez años de funesto reinado. Le sucedió en el trono de Samaria su hijo Facea.

Capítulo XXXIII

Joatán, décimo rey de Judá.

Muerte de la virtuosa reina Jerusalén.

Muerte de la virtuosa reina Cordera.

Muerte de Joatán

1. En el año 4448, Joatán, hijo de Ozías y de su virtuosa esposa Jerusalén, comenzó su reinado en Judá a la edad de veinticinco años, y fue ungido rey, en Jerusalén, por el virtuoso Profeta Jacarías, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. El gran Profeta Jacarías vaticinó, corrigió y amonestó, de parte de Dios, al rey Joatán, en el curso de su vida, cuando fue necesario para el bien de su alma y de su pueblo.

2. El rey Joatán siguió los rectos caminos de su santo padre el rey Ozías, por lo que fue agradable delante del Señor, y descolló por su gran nobleza y dignidad. Joatán manifestó siempre un gran respeto al ministerio sacerdotal, ya que nunca olvidó la humillación que recibió su padre al ser castigado con la lepra por usurpar las funciones sacerdotales. Joatán vivió constantemente en la práctica de las virtudes, siendo muy amado de Dios y de su pueblo, y a la vez muy temido de sus enemigos; pues, se hizo poderoso porque seguía el recto camino delante del Señor.

3. Joatán, exornó más la Puerta Dorada del Templo de Jerusalén, e hizo muchas obras en los muros del barrio de Ofel. Edificó también, en algunas partes de Judá, sólidas fortalezas y elevadas torres, para la defensa y vigilancia de su reino. Una sola vez salió a campaña, que fue contra el rey amonita que, desde el exilio, amenazaba invadir con su ejército el territorio del país de Amón perteneciente a Judá. Joatán alcanzó una gran victoria con el favor del Señor Dios de los Ejércitos, e impidió la invasión.

4. En el año 4451, tercer año del reinado de Joatán, murió su virtuosa madre, la reina Jerusalén.

5. En el año 4461, dos meses antes de la muerte de Joatán, murió su esposa, la virtuosa reina Cordera.

6. Joatán, tras regir felizmente los destinos de Judá por espacio de trece años, murió santamente en Jerusalén en el año 4461, y fue enterrado en el panteón real del Monte Sión. Le sucedió en el trono de Judá su hijo Acáz.

Capítulo XXXIV

Facea, decimosexto rey de Samaria.

Muerte de Facea

1. En el año 4449, Facea, hijo de Menahén, de la tribu de Aser, comenzó a reinar en Samaria, y fue ungido rey en Siquén por el virtuoso Profeta Miqueas, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico.

2. Facea siguió el camino de su padre en la idolatría y demás abominaciones, conduciendo a su pueblo por la impiedad y corrupción de costumbres. Sus súbditos, que aún estaban resentidos de la tiranía y crueldad de su padre Menahén, no soportaban al hijo que le había sucedido en el trono; pues, además, Facea era un fiel reflejo de su siniestro padre.

3. En el año 4451, Faceas, general del ejército de Samaria, se sublevó contra Facea, el cual se hallaba por entonces en la ciudad de Samaria. Faceas puso sitio a la ciudad, la tomó y mató al rey, apoderándose del trono del Reino de Samaria y reinando en su lugar. Facea murió, pues, en el año 4451, tras dos años de reinado.

Capítulo XXXV

Faceas, decimoséptimo rey de Samaria.

Martirio de Faceas.

Muerte de la virtuosa reina Betel

1. En el año 4451, comenzó a reinar en Samaria, Faceas, hijo de Romelía, de la tribu de Zabulón, y fue ungido rey en Siquén por el virtuoso Profeta Miqueas, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. El rey Faceas, durante los doce primeros años de su reinado siguió el camino de la impiedad y de la idolatría de su predecesor.

2. En el año 4463, duodécimo de su reinado, el rey Faceas de Samaria declaró la guerra al impío rey Acáz, que llevaba gobernando dos años en Judá. En la contienda, el ejército de Samaria al mando de Faceas, peleó con tanto valor e impetuosidad, que dio muerte a un gran número de los soldados de Acáz que habían abandonado al Señor Dios de Israel, a pesar de que eran hombres valerosos. En la batalla pereció Maasías, hijo de Acáz, Ezrica su mayordomo, y Elcana que era la máxima autoridad después del rey. Envalentonados los soldados de Faceas por tan victoriosa hazaña, invadieron los dominios de Judá. El rey Faceas, aunque idólatra, sintiendo en su alma cierto temor del Dios verdadero, mandó severamente a su ejército que res-

petara el Templo de Jerusalén, pues castigaría con la muerte al que osara saquear el edificio. El ejército de Faceas tomó cautivos a un gran número de varones, mujeres y niños, se apoderó de cuantioso y rico botín; y con toda esta presa, se encaminó hacia Samaria.

3. Cuando Faceas y su ejército estaban próximos a la frontera del Reino de Samaria, les salió al encuentro el virtuoso Profeta Oded, que era religioso esenio, para comunicar a Faceas de parte de Dios: *«Has visto que el Señor Dios de los Ejércitos se ha enojado contra los del Reino de Judá, los ha puesto en manos de tu ejército, el cual ha dado muerte a muchos de los soldados del rey Acáz. Mas, Dios no quiere que los varones, mujeres y niños que has tomado cautivos en Jerusalén y otras partes de Judá, los lleses como esclavos a Samaria. Vuelve, pues, a enviar a sus casas esos prisioneros que traes, hermanos vuestros, ya que, tanto los de Judá como los de Samaria, sois todos hijos del Pueblo de Israel. Si no lo haces, la Santa Ira de Dios caerá sobre ti, sobre tu ejército y sobre tu pueblo»*. Este mandato de Dios transmitido por su Profeta Oded, hizo reflexionar profundamente al rey Faceas; el cual, por especial gracia divina, movido por el temor de Dios, no sólo aceptó la orden con humilde y heroica decisión, sino que, además, manifestó sincero arrepentimiento de sus pecados. Faceas comunicó a sus generales su firme decisión, diciéndoles: *«No introduciremos en el Reino de Samaria a estos cautivos, porque pecaríamos gravemente contra el Señor Dios verdadero y acarrearíamos su Santa Ira sobre nosotros y sobre nuestro pueblo»*. Al oír las palabras de su rey, tanto sus generales como el resto de su ejército, quedaron profundamente conmovidos. Por lo que, siguiendo la orden del converso rey Faceas, decidieron dejar en libertad a todos los prisioneros de Judá y devolverles el rico botín que habían tomado en la batalla. Y llegó a tanto el gesto misericordioso y compasivo de Faceas y de su ejército, que a los prisioneros les lavaron los pies para aliviarles del cansancio, vistieron y calzaron con prendas del botín a los que estaban desnudos y descalzos, dieron de comer y beber a todos y cuidaron de ellos con esmero. Y luego les entregaron el botín de guerra y les prepararon para que volviesen a sus casas; y a todos los que no podían andar o tenían debilitado su cuerpo, les hicieron subir en caballos. Faceas y su ejército, acompañaron a los prisioneros hasta la ciudad de Jericó; y una vez que los dejaron allí, retornaron al Reino de Samaria. La conversión al verdadero Dios, de Faceas, de sus generales y de su ejército, se debió a una gracia especial divina por haber respetado el Templo de Jerusalén cuando fue saqueada la ciudad. Tras el retorno del rey Faceas a su palacio de Siquén, se convirtió también al verdadero Dios, su esposa la reina Betel.

4. A partir de su conversión, durante los ocho años que aún siguió reinando en Samaria, el rey Faceas, no sólo destruyó todos los ídolos y sus altares que se hallaban levantados en el extenso territorio de su reino, sino que, también, castigó con la pena de muerte cualquier indicio de idolatría; además, estableció leyes muy

severas contra los corruptores de las sanas y santas costumbres. Merced al buen ejemplo y recto gobierno de Faceas, el Reino de Samaria volvió sus ojos al Señor y verdadero Dios, mediante sincera conversión.

5. Mas, a pesar del buen gobierno y celosa vigilancia del rey Faceas, hubo algunos secretamente opuestos a la implantación, en el Reino de Samaria, del culto al verdadero Dios y la consecuente extirpación de la idolatría y demás corrupciones. El cabecilla de este partido rebelde fue Oseas, hijo de Ela, poderoso cortesano que frecuentaba el palacio real de Siquén. En el año 4471, Oseas, valiéndose de la gran influencia que tenía sobre algunos cortesanos, militares y gentes de su pueblo, y por medio de grandes sumas de dinero, formó una conjuración en la que formaba parte un buen número del ejército. Oseas, al mando de los conjurados, exigió al rey Faceas que permitiese de nuevo la idolatría en el Reino de Samaria, a fin de que, los que quisiesen adorar a los ídolos tuvieran libertad para hacerlo. El rey Faceas se opuso rotundamente a esta impía proposición de Oseas, y éste amenazó al rey con la muerte. Y como el virtuoso Faceas persistiese en su firme decisión de no permitir la idolatría en su reino, y que, incluso, estaba dispuesto a morir antes que hacerlo, el taimado Oseas, invadiendo el palacio de Siquén con sus conjurados, cada vez más numerosos, hirió y mató a Faceas; quien, con su martirio y muerte santa, también se purificó del asesinato que él cometió con el rey Faceas, su predecesor en el trono de Samaria. El rey Faceas, el Converso, santo y mártir del Señor Dios verdadero, murió, pues, en el año 4471, después de haber reinado veinte años en Samaria. Tras la muerte de Faceas, el regicida Oseas, hijo de Ela, se apoderó del trono del Reino de Samaria.

6. La virtuosa reina Betel, la Conversa, esposa del rey Faceas, murió siete años después que su esposo, o sea en el año 4478.

Capítulo XXXVI

Acáz, undécimo rey de Judá.

**Oseas, decimoctavo y último rey de Samaria.
Coalición del rey Oseas y de Rasín rey de Siria
contra el rey Acáz de Judá. El príncipe heredero
Ezequías, hijo de Acáz, impide la toma de
Jerusalén. Martirio del Profeta Jacarías**

1. En el año 4461 comenzó a reinar en Judá Acáz, hijo de Joatán y Cordera, y fue ungido rey, en Jerusalén, por el Profeta Jacarías, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. La conducta del perverso y perjuro rey Acáz, fue abiertamente opuesta a la de su virtuoso padre Joatán y de su virtuoso abuelo Ozías; pues, siguiendo a toda prisa por los senderos de la impiedad, no hubo exceso que no cometiera, ni abominación que no dejara de practicar. Lo primero que hizo Acáz fue cerrar el Templo de Dios en Jerusalén para que no se celebrase en él el culto al verdadero Dios; a la vez, restableció el culto idolátrico, levantando altares a los ídolos en el Templo de Dios

en Jerusalén, así como en muchas partes de esta ciudad y de su reino; de manera que el Templo lo usó sólo para el culto idolátrico, sin importarle que dentro de él estaba el Arca de la Alianza. Él mismo, ofreció en él incienso y víctimas a los falsos dioses. Su crueldad llegó hasta el extremo de ofrecer en el Templo de Jerusalén, a sus propios hijos en holocausto al ídolo Moloc. Por entonces era Uriás el Sumo Sacerdote que, si bien empezó siendo bueno, luego, poco a poco, por temor a Acáz, fue cediendo su autoridad y acoplándose a las impiedades del rey.

2. Si bien el Profeta Jacarías vaticinó, corrigió, amonestó y amenazó, de parte de Dios, al rey Acáz durante su vida, Dios también mandó con frecuencia al Profeta Isaías para que corriese severamente a Acáz por sus idolatrías, crímenes y demás abominaciones. Mas, estas recriminaciones, lejos de ablandar el perverso corazón del rey y moverle a arrepentimiento, encendían en él más su odio al culto divino y a las santas costumbres. Dios descargó su Santa Ira sobre él y los del Reino de Judá que secundaban sus abominaciones, permitiendo que le hicieran guerra reyes de otros países, como la que sostuvo primero con el rey Faceas de Samaria, quien en el año 4463 le derrotó en la campaña e invadió el territorio de Judá, cuyo episodio referimos al hablar del rey Faceas.

3. En el año 4471, Oseas, de la tribu de Neftalí, comenzó a reinar en Samaria, siendo ungido rey en Siquén por el Profeta Miqueas, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. El rey Oseas fue uno de los perversos reyes de Samaria; pues, tras haber asesinado a su virtuoso predecesor, el rey Faceas, difundió la idolatría por todo su reino, levantando altares a los ídolos y promoviendo su culto; y, además, erigió de nuevo un templo al becerro de oro tanto en la ciudad de Betel como en la de Dan. El rey Oseas, hombre pervertido, propagó de tal manera la corrupción de costumbres por todo su reino, que éste llegó a ser un completo caos en el orden moral y espiritual.

4. Dios, para mover el perverso corazón de Oseas y darle oportunidad de conversión, en el año 4473, tercero de su reinado, le mandó al Profeta Oded para corregirle de sus abominaciones; y, además, advertirle que, si no desterraba la idolatría y restauraba las buenas costumbres, como castigo su reino sería invadido y llevados cautivos muchos de sus vasallos; a cuyas correcciones y advertencias, Oseas manifestó el mayor desprecio.

5. Ese mismo año 4473, Oseas, rey de Samaria, movido de la ambición y con el fin de invadir el territorio del rey Acáz de Judá y profanar el Templo de Dios de Jerusalén, se coaligó con Rasín, rey de Siria, cuya capital era Damasco. Cuando Acáz tuvo noticia de que los ejércitos sirios y samarios se habían coaligado contra Judá, se llenó de miedo y vio en ello una señal de la Santa Ira divina. Dios, para dar a Acáz una oportunidad de conversión, dijo al Profeta Isaías: *«Vete con tu hijo Jacob y sal al encuentro de Acáz, y le dirás: Esto dice el Señor Dios de los Ejércitos: 'Conviértete, Acáz,*

destierra de Judá todas las idolatrías y demás abominaciones, destruye los ídolos y sus altares, abre el Templo de Jerusalén para que se restablezca en él el culto que tengo establecido en mi Santa Ley. Si esto haces, no debes tener miedo ni acobardarte a la vista de los ejércitos invasores de Rasín rey de Siria y de Oseas rey de Samaria; pues, por mucho que hayan maquinado pésimos planes contra ti, esos planes serán desechos, pues Yo no permitiré que Rasín y Oseas invadan Jerusalén ni ningún otro territorio de tu reino. Además, pronto, por los terribles pecados de Oseas y su pueblo, Samaria dejará de ser reino. Mas, oye bien, Acáz, lo que te voy a decir ahora: Si tú no cumples lo que te he mandado, tu reino será cada vez menos estable». Y como Acáz desoyera con desprecio esta corrección y advertencia de Dios a través del Profeta Isaías, dijo éste al rey: *«Pide humildemente para ti del Señor Dios de los Ejércitos la señal que desees como prueba de que mis palabras vienen de Dios»*. Y respondió Acáz con fingida humildad: *«No la pediré porque no quiero tentar al Señor Dios»*. Y dijo Isaías: *«Oye, Acáz: ¿No es bastante ya el despreciarme a mí como profeta, sino que, además, ofendes a Dios desconfiando de su infinito poder?»*. Y el impío Acáz despreció abiertamente las advertencias de Dios a través del Profeta Isaías, y no hizo lo más mínimo para corregirse de sus abominables desvíos.

6. Entonces, el Profeta Isaías dijo a Ezequías, hijo de Acáz, que era el príncipe heredero: *«Toma tu espada, ponte a la cabeza de los soldados; y en nombre del Señor Dios de los Ejércitos defiende la ciudad de Jerusalén para que no sea invadida por los reyes de Samaria y Siria, y así evitar que profanen el Templo de Dios. Yo estaré a tu lado, ayudándote con mis oraciones al buen éxito de la contienda»*. Y cuando las huestes de Rasín y Oseas pusieron sitio a la ciudad de Jerusalén, Ezequías, con valor heroico defendió la ciudad. Y no sólo evitó que entraran los ejércitos enemigos, sino que, incluso, salió tras ellos y les fue persiguiendo hasta que penetraron en el Reino de Samaria, sufriendo los dos coaligados una gran mortandad en sus huestes.

7. El gran Profeta Jacarías, religioso esenio, a la edad de ciento cuarenta años, fue matado por orden del perverso rey Acáz.

Capítulo XXXVII

Rasín, rey de Siria, se apodera de territorios del Reino de Judá en Idumea. Invasión del Reino de Judá por los idumeos y filisteos. Acáz se coaliga con Teglafalasar, rey de los ninivitas. Dios castiga a Acáz por medio de Teglafalasar. Muerte de Acáz

1. En el año 4476, decimoquinto del reinado de Acáz de Judá, Dios descargó de nuevo su justa ira contra él y su pueblo por su mayor aferramiento a la idolatría y al desprecio a su Santa Ley. Pues, coaligados de nuevo los reyes Rasín de Siria y Oseas de Samaria, invadieron Idumea y la península del Sinaí, que estaban bajo la corona del Reino de Judá, y se apoderaron de algu-

nas de sus ciudades; incluido el importante puerto de Elat junto al mar Rojo, que quedó bajo el dominio de Rasín. Ambos reyes volvieron después a sus respectivos reinos.

2. Por entonces, el poderoso Teglafalasar era rey del imperio ninivita, bañado por el río Tigris, que abarcaba Asiria y otras naciones, y que tenía por capital Nínive. El rey Acaz envió embajadores a Teglafalasar para decirle: *«Siervo tuyo soy, ven y librame de las manos de los reyes de Siria y Samaria, que se han alzado de nuevo contra mí y me han usurpado algunas ciudades de mi reino»*. Y habiendo cogido plata y oro que había en el Templo de Jerusalén, así como de los tesoros de su palacio, envió ricos presentes al rey de Nínive; quien, accediendo a los deseos de Acaz, invadió Damasco, mató a Rasín, y se apoderó del territorio sirio, que quedó bajo el imperio ninivita. El rey Acaz, en agradecimiento, fue a Damasco a ver a Teglafalasar, rey de Nínive. Y habiendo visto el altar a los ídolos que allí había, envió unos emisarios a Jerusalén para que entregaran al Sumo Sacerdote Urías el modelo y la forma exacta del altar, a fin de que él construyese uno igual en el Templo de Dios. Urías, que por temor venía condescendiendo con lo que le ordenaba el rey Acaz, lo mandó hacer. Cuando volvió Acaz de Damasco y vio el altar idolátrico construido por Urías, mandó a éste que quitara del Templo de Jerusalén el sagrado altar de bronce usado para los sacrificios a Dios, y lo llevara a un monte, y en su lugar en el Templo colocase el altar que había hecho a semejanza del de Damasco. Luego, Acaz dijo al Sumo Sacerdote Urías: *«Tú ofrecerás en el monte, sobre el altar de bronce, el holocausto de la mañana y el de la tarde, y demás sacrificios y libaciones mandadas por la Ley, que yo ofreceré los sacrificios a los ídolos en la réplica del altar de Damasco que se ha colocado en lugar del otro altar»*. Y el Sumo Sacerdote Urías hizo conforme se lo había mandado Acaz; el cual ordenó también quitar del Templo otras muchas cosas dedicadas al culto del verdadero Dios.

3. En el año 4477, el Reino de Judá fue humillado por dos nuevos invasores; pues, la parte de Idumea y de la península del Sinaí que aún quedaban bajo la corona del rey Acaz, se sublevaron al mando del heredero al trono idumeo que estaba en el exilio; y, al mismo tiempo, los filisteos invadieron Judá por la parte suroeste esparciéndose por los campos y apoderándose de las ciudades de Azoto, Betsamés, Ayalón, Gaderot, Socot, Gaza y otras, con sus múltiples aldehuelas, habitando en todas ellas. Quiso Dios dar al perverso Acaz otra oportunidad de conversión, para lo cual mandó de nuevo al Profeta Isaías a que le corrigiese de sus desvíos y le comunicase de su parte que si se arrepentía de todos sus pecados, derrumbaba los ídolos y sus altares erigidos en Judá y exterminaba todas las demás corrupciones y abominaciones, Él, como Señor Dios de los Ejércitos, le liberaría de los invasores y su reino hallaría la paz y la prosperidad. Acaz, no sólo despreció las correcciones y exhortaciones de Dios por parte de su Profeta Isaías, sino que además inmoló víctimas

a los ídolos, diciendo: *«Mis dioses son los que me protegerán»*. Y llamó de nuevo en su ayuda a Teglafalasar, rey de Nínive. De esta manera, Dios permitió que Teglafalasar fuera el más cruel azote de Acaz y su pueblo; pues, el rey ninivita, una vez que estaba con su ejército en Judá, en vez de prestar ayuda a Acaz, oprimió su reino con toda clase de violencias y matanzas, despojó el Templo del Señor de muchos de los objetos, especialmente de oro y plata, se apoderó de cuantas riquezas había en la casa real y en los palacios de los príncipes. Dios no permitió que Teglafalasar se apoderase totalmente del Reino de Judá, por lo que le impulsó a que volviese a Nínive. Mas, antes de partir, invadió y tomó el territorio de Moab que estaba bajo la corona del Reino de Judá.

4. Ese mismo año 4477, el rey Acaz fue herido por Dios a través de una terrible enfermedad intestinal, saltando sus entrañas por los aires; por lo que murió en Jerusalén en la más desesperada humillación e ignominiosa impiedad, tras haber reinado dieciséis años en Judá. Los múltiples trozos de su cuerpo reventado, fueron barridos como se barre el estiércol, y seguidamente quemados. Le sucedió en el trono su hijo Ezequías.

Capítulo XXXVIII

Martirio del Profeta Oded. Invasión del Reino de Samaria por el rey Teglafalasar.

Primera deportación de samaritanos a Nínive

1. En el año 4477, mientras Teglafalasar, rey de Nínive, saqueaba cruelmente Jerusalén y otras ciudades de Judá, el Profeta Oded, de parte de Dios, fue a comunicar al rey Oseas de Samaria que, si él y su pueblo no se convertían al verdadero Dios, destruían los ídolos y sus altares y abandonaban sus abominaciones, el ejército ninivita invadiría el Reino de Samaria, conquistaría muchas de sus ciudades, mataría a un buen número de sus habitantes y se llevaría cautivos a otros muchos. El impío Oseas, lejos de moverse al arrepentimiento, no sólo despreció con el mayor descaro la corrección y advertencia de Dios a través del Profeta Oded, sino que además dio orden de que éste fuera matado por haberle corregido, lo cual se cumplió con la mayor crueldad.

2. En el mismo año 4477, desde Nínive el rey Teglafalasar marchó con sus ejércitos al Reino de Samaria para invadirla con fines de conquista. Y aunque el perverso rey Oseas le salió al encuentro con su ejército, Teglafalasar, mucho más poderoso, fue el instrumento de la Santa Ira Divina contra aquel Reino de Samaria obstinado en la idolatría y en la corrupción. El rey ninivita, tras haber conquistado muchas ciudades de Samaria y de haber llevado a cabo una gran mortandad entre la población, cautivó a dos mil de ellos, entre varones y varonas, de todas las edades, y se los llevó prisioneros al territorio ninivita, siendo ésta la primera deportación de samaritanos. Y Dios, a la espera de que Oseas y su pueblo se convirtiesen con este castigo, no permitió que, por entonces, desapare-

ciese el Reino de Samaria, por lo que impulsó a Teglatfalasar a que abandonara la parte del territorio que no había conquistado. Oseas siguió reinando en el ya mermado territorio de su Reino.

Capítulo XXXIX

Ezequías, duodécimo rey de Judá.

Año Santo de Jerusalén

1. En el año 4477, Ezequías, hijo de Acáz y de Abí comenzó su reinado en Judá y fue ungido rey en Jerusalén por el Profeta Isaías, en presencia del Sumo Sacerdote Urías, de los demás sacerdotes, de los cortesanos y del pueblo, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Después de ser ungido, Ezequías, desde la Puerta Dorada del Templo, dirigió su palabra a toda aquella muchedumbre congregada. En primer lugar, exhortó al Sumo Sacerdote Urías, a los demás sacerdotes y ministros levitas, a que cumpliesen celosamente con sus respectivos ministerios, diciéndoles: *«Purificaos, limpiad el Templo de Jerusalén de toda inmundicia y restableced en él el culto a Dios con la solemnidad que lo exige su Santa Ley, como tantas veces yo pedí a mi perverso padre que lo hiciera, y nunca él quiso»*. A continuación, corrigió públicamente al Sumo Sacerdote Urías por su cobardía, mandó a todos a que se convirtieran sinceramente al Señor Dios, ordenó destruir los ídolos y sus altares erigidos tanto en el Templo de Jerusalén, como en esta ciudad y todo el territorio de Judá, y restableció el culto al verdadero Dios y Señor. Además, en ese su primer discurso de elevación al trono de Israel, recriminó la impiedad que había existido en el anterior reinado, diciendo: *«Hicieron lo malo en la presencia del Señor nuestro Dios, abandonándole, apartaron sus rostros del Tabernáculo de Dios y le volvieron las espaldas; cerraron las puertas del Templo de Jerusalén, apagaron las lámparas, y no quemaron incienso ni ofrecieron holocaustos en el Tabernáculo al Dios de Israel. He aquí por qué se encendió el furor del Señor contra Jerusalén y el resto de Judá, y entregó a sus habitantes a la turbación, a la ruina y al escarnio, siendo pasados a cuchillo muchos de ellos. Ahora, pues, es el momento de que hagamos firme alianza con el Señor Dios de Israel, para que él manifieste su benignidad y misericordia con nosotros. Hijos míos, no os descuidéis. El Señor os ha escogido para que estéis en su presencia, y le sirváis, y le deis culto»*. Y las palabras de Ezequías fueron acogidas con grandes manifestaciones de júbilo y aclamaciones: *«¡Viva Ezequías, rey de Judá y fiel servidor del Señor Dios de los Ejércitos!»*.

2. Después de esta ceremonia, el Sumo Sacerdote Urías, los demás sacerdotes y los ministros levitas, estuvieron ocho días purificándose de sus desvíos con ayunos, penitencias y oraciones. Transcurrido el octavario expiatorio, sacaron del Templo los ídolos y demás inmundicia que se había colocado, y llevaron todo al torrente Cedrón, en donde fue destruido y quemado.

Y una vez que habían purificado el Templo, llevaron el altar de los holocaustos que se hallaba en el monte, así como otros utensilios del culto, y fueron a decir a Ezequías: *«Después de que nos hemos purificado nosotros, hemos purificado todo el Templo del Señor y hemos devuelto a él el altar de los holocaustos, sus vasos, etc.; y todo está en perfecto orden»*. Al día siguiente, levantándose muy de mañana el rey Ezequías, se presentó en el Templo de Jerusalén acompañado de los príncipes y de un numeroso pueblo. Y con toda la solemnidad que prescribía el ceremonial de Moisés, el Sumo Sacerdote Urías y demás sacerdotes, ofrecieron en holocausto muchas víctimas animales, en expiación de los pecados del pueblo y en señal de reconciliación de todos con el Señor Dios. Y mientras se ofrecían los holocaustos sobre el altar, comenzaron a cantar los Salmos de David y a tocar las trompetas y tañer los diversos instrumentos sagrados, en medio de una gran alegría, porque era restablecido el culto a Dios en el Templo de Jerusalén. Concluidos los sacrificios, el rey Ezequías se postró de rodillas ante el Señor Dios de los Ejércitos, y todo el pueblo también se postró en señal de adoración.

3. El rey Ezequías, devorado por el celo de la gloria de Dios, envió mensajeros con cartas por todo el Reino de Judá para comunicarles que el Templo de Jerusalén había sido abierto y restablecido en él el culto a Dios; y, además, exhortarles a que viniesen a celebrar la fiesta de la Pascua, establecida en la Ley de Moisés, y que era la fiesta inmediata a la apertura del Templo. Los mensajeros caminaban velozmente de ciudad en ciudad por todo el Reino de Judá ordenando, de parte del rey, que destruyesen todos los ídolos, sus altares, se convirtieran al Señor Dios y cumplieran fielmente los mandatos de su Santa Ley.

4. También envió mensajeros con cartas por todo el Reino de Samaria, para que, el rey Oseas y su pueblo, supiesen que el Templo de Jerusalén había sido abierto y restablecido en él el culto al verdadero Dios. Y, además, les invitaba a que viniesen a celebrar la fiesta de la Pascua, que era la más próxima. Ezequías, en las cartas enviadas al Reino de Samaria, decía entre otras cosas: *«Habitantes del Reino de Samaria: pues sois hijos del Pueblo de Israel, convertíos al Señor Dios de Abraham y de Isaac y de Jacob. Y Él tendrá misericordia de vosotros, y hará que retornen a vuestro pueblo los que han sido llevados cautivos por el rey de Nínive. No endurezcáis vuestros corazones. Rendid vuestras almas al Señor y venid al Templo de Jerusalén que Él santificó para siempre. Servid al Señor Dios vuestro, y se apartará de vosotros la ira de su furor. Porque si vosotros os volvéis al Señor, vuestros hermanos e hijos hallarán misericordia delante de los que los llevaron cautivos, y volverán a vuestra tierra, porque piadoso y clemente es el Señor vuestro Dios, y no apartará su Rostro de vosotros si os volviereis a Él»*. Muchos de los de Samaria se burlaron de las cartas del rey Ezequías de Judá; mas, también hubo quienes las aceptaron con gran esperanza. Gran multitud del Reino de Judá y también algunos del Reino de Sa-

maria acudieron a Jerusalén, y celebraron la solemnidad de la Pascua o ácidos por espacio de siete días, con gran júbilo y esplendor. Esta solemnidad produjo efectos muy saludables y provechosos, pues despertó en todos el sentimiento religioso verdadero casi extinguido por la idolatría.

5. Vemos, pues, que con la elevación de Ezequías al trono, el Reino de Judá se levantó de la postración y envilecimiento en que yacía sumido; pues, resurgió de manera magnificente y poderosa la Casa de David. Ezequías, no sólo exterminó, al comenzar su reinado, todos los ídolos y sus altares que se hallaban erigidos en Jerusalén y todo el territorio de Judá; sino que, además, hizo pedazos la serpiente de bronce mandada hacer por Moisés en el desierto, y que se hallaba en el Templo a la veneración desde tiempos de Salomón; pues, muchos le habían dado culto idolátrico, al considerarla como un ídolo, y no como una figura del futuro Salvador. De esta manera, Ezequías quiso evitar todo peligro de prevaricación a causa de la serpiente de bronce.

6. El año 4484 fue declarado Año Santo por el rey Ezequías con motivo del tercer centenario de la inauguración del Templo de Dios levantado por el rey Salomón en Jerusalén.

Capítulo XL

Teglatfalasar, rey de Nínive, invade de nuevo el Reino de Samaria. Segunda deportación de samaritanos a Nínive. Salmanasar, rey de Nínive, invade el Reino de Samaria. Tercera y última deportación de samaritanos a Nínive. Muerte de Oseas. Fin del Reino de Samaria

1. En el año 4483, para castigar las obstinadas abominaciones del rey Oseas y de gran parte de su pueblo, Dios permitió que nuevamente el rey Teglatfalasar de Nínive invadiese el Reino de Samaria; y tras haber conquistado muchas ciudades y de haber llevado a cabo una gran mortandad entre la población, cautivó a otros dos mil prisioneros, entre varones y varonas, de todas las edades, y se los llevó deportados al territorio ninivita. Y Dios, nuevamente, a la espera de que Oseas y su pueblo se convirtiesen con este nuevo castigo, no permitió que tampoco por entonces desapareciese el Reino de Samaria, por lo que impulsó a Teglatfalasar a que abandonara la parte del territorio que no había conquistado. Sin embargo, el rey de Nínive hizo tributario suyo al rey Oseas de Samaria, con la obligación de pagarle anualmente cuantiosos tributos. Oseas, pues, siguió reinando en el cada vez más mermado territorio del Reino de Samaria.

2. Transcurridos seis años, como el rey Oseas de Samaria no estuviese dispuesto a seguir soportando la humillación de vivir sujeto al yugo tributario del rey ninivita, sucedió que, en el año 4489, Oseas mandó embajadores a Sua, rey de Egipto, para que le ayudase en su plan subversivo contra el rey Salmanasar de Nínive, sucesor de Teglatfalasar. Mas, apercibido Salmanasar de los planes de rebelión del rey Oseas, invadió

el Reino de Samaria con sus victoriosas huestes, puso sitio a la ciudad de Siquén, tomó como prisionero al rey Oseas y lo mató. Y tras llevar a cabo una gran mortandad entre la población, se llevó cautivos a la inmensa mayoría de los moradores del Reino de Samaria, siendo ésta la tercera y última deportación de samaritanos al territorio ninivita, al otro lado del Éufrates. De este cautiverio se salvaron los que habían huido a otros países antes de ser apresados; y también los que se habían refugiado en el Monte Carmelo, ya que no fueron tocados para nada, por ser éste un refugio protegido muy especialmente por Dios. El rey Oseas de Samaria murió, pues, en el año 4489, tras dieciocho años de reinado.

3. Con esta tercera y última deportación finalizó el Reino de Samaria, después de haber sido gobernado por dieciocho reyes, desde el año 4218 hasta el 4489, y por tanto por espacio de doscientos setenta y un años. De esta manera se cumplieron los vaticinios de los Profetas, que tan repetidas veces anunciaron la desaparición del reino. A los samaritanos cautivos les fue prohibido salir fuera del territorio ninivita, lo cual fue para ellos una gran humillación.

4. Salmanasar, para poblar el territorio de Samaria que había quedado casi sin moradores, envió gentes de las diferentes naciones que estaban bajo su poder, a fin de que habitasen las ciudades y cultivasen las tierras. Estos nuevos pobladores eran ninivitas, cuteos, avadios, emateos y de otros pueblos. Todos ellos eran paganos, y por consiguiente idólatras, y cada uno rendía culto a los dioses de su país.

Capítulo XLI

Gravísimo pecado de Ezequías, rey de Judá. Dios castiga el pecado de Ezequías con una enfermedad de muerte. Arrepentimiento del rey y recuperación milagrosa de la salud. Sueño profético de Ezequías

1. En el año 4492, decimoquinto de su reinado, el rey Ezequías, engreído de su poder, cayó en la tentación de arrogarse ministerios sacerdotales; pues, un día, cuando se hallaba en el Templo de Dios de Jerusalén, osó tomar el incensario y dirigirse adonde se hallaba el Fuego Sagrado, con intención de encender con él el incienso y ofrecerlo a Dios. Mas, cuando se dirigía al Fuego Sagrado, he aquí que se interpuso el virtuoso Sumo Sacerdote Azarías II, diciendo: «*Detente, rey. Si haces estas cosas ofenderás a Dios gravísimamente*»; a lo que Ezequías, soberbio y desobediente, dio tres pasos más en dirección al Fuego. Entonces el Sumo Sacerdote le maldijo, e inmediatamente Ezequías fue herido por Dios con enfermedad de muerte, que era una úlcera pestilente. Dios mandó al Profeta Isafas para que comunicase al rey: «*Esto dice el Señor Dios: Dispón todas tus cosas, porque vas a morir*». Entonces, Ezequías, que se hallaba postrado en el lecho ya moribundo, vuelto su rostro hacia la pared, profundamente arrepentido de su pecado, oró a Dios diciendo: «*Oh, Señor, he pecado gravemente contra Ti; mas, te suplico, que olvides mi maldad y te acuerdes*

de cómo antes he andado delante de Ti con sinceridad y rectitud de corazón, haciendo lo que es agradable a tus ojos». Y derramó Ezequías abundantes lágrimas por su gravísimo pecado. Y antes que Isaías hubiese salido del palacio del rey, el Señor dijo al profeta: *«Vuelve y di a Ezequías, caudillo de mi pueblo: Esto dice el Señor Dios: 'He oído tu oración, he visto tus lágrimas, y serás curado de tu enfermedad; por lo que, de aquí a tres días, serás curado y subirás al Templo del Señor. Yo alargaré quince años tu vida por mi mayor gloria y por amor a David mi siervo'»*. Y dijo Isaías a la servidumbre: *«Traedme una masa de higos»*; y después que la trajeron, la aplicó sobre la úlcera del rey, el cual se sintió ya algo aliviado. Y Ezequías dijo a Isaías: *«¿Cuál será la señal de que el Señor me sanará de aquí a tres días, y que he de subir al Templo del Señor?»*. Respondióle Isaías: *«He aquí la señal que dará el Señor de que cumplirá la palabra que ha pronunciado: ¿Quieres que la sombra de ese reloj solar que tienes a la vista se adelante diez líneas, o retroceda otras tantas?»*. A lo cual respondió: *«Cosa fácil es para Dios tanto una cosa como la otra. Yo deseo que retroceda la sombra diez líneas»*. En ese mismo momento, el reloj solar, milagrosamente, retrocedió de súbito diez líneas, lo cual fue visto por el rey con esperanzador asombro. Cuando el rey Ezequías quedó sano de su úlcera maligna, fue al Templo de Dios en Jerusalén; y, postrado ante el Sumo Sacerdote Azarías II, le pidió humildemente perdón por su sacrilego pecado, y a la vez dio gracias a Dios por haberle perdonado y sanado de su enfermedad.

2. Pocos días después de su curación, Ezequías tuvo el siguiente sueño profético: Vio que un rey de Babilonia, le enviaba embajadores con cartas y presentes en atención de que había estado enfermo. Que él, Ezequías, tuvo gran alegría con la venida de estos embajadores, a quienes les mostró la fábrica donde hacían los perfumes y los ungüentos de aceites perfumados, los utensilios de oro y plata, el lugar en donde se hallaban las alhajas, la sala de armas y todo cuanto tenía en sus tesoros. No hubo cosa en su palacio ni de cuanto poseía, que Ezequías no se lo mostrase. Y como el Profeta Isaías viniese a visitar a Ezequías, éste le preguntó el significado que tenía ese sueño. Y el Profeta Isaías le reveló, de parte de Dios, dicho significado diciéndole: *«Ezequías, escucha la palabra del Señor: 'He aquí que vendrá el tiempo que todas estas cosas que hay en tu casa y cuantas han atesorado tus predecesores hasta el presente, serán transportadas a Babilonia sin que quede aquí cosa alguna. Y aun tus mismos hijos y tu pueblo, serán llevados cautivos a Babilonia'»*. Al oír esto el rey Ezequías, dijo al Profeta Isaías: *«Justa es toda sentencia del Señor pronunciada por tu boca. Reine, al menos durante mi vida, la paz y la verdad»*. Por tanto, esta visita de los embajadores de Babilonia al rey Ezequías, fue un sueño profético, y no una realidad; si bien dicho sueño profético se cumpliría tras su reinado. Este episodio fue manipulado después por el perverso rey Manasés, cuando se hallaba prisionero en Babilonia, para hacer responsable a su padre, el rey Ezequías, de las desgracias suyas y de su pueblo.

Capítulo XLII

El rey Ezequías reconquista Idumea y la península del Sinaí. Asedio de Jerusalén por el rey Senaquerib de Nínive. Intervención del Ángel del Señor. El rey Ezequías reconquista otros territorios de Judá, el territorio del antiguo Reino de Samaria y otros territorios. Muerte de la virtuosa reina Jericó. Muerte de Ezequías

1. En el año 4493, el rey Ezequías, al mando de un ejército organizado y poderoso, invadió y reconquistó la parte de Idumea y de la península del Sinaí perdida en tiempos del reinado de Acaz su padre, y que estaba incorporada a la corona de Senaquerib, rey del imperio ninivita.

2. Cuando Senaquerib tuvo noticia de que Ezequías había reconquistado aquellos territorios de Idumea y de la península del Sinaí, preparó su numeroso ejército y se dirigió con él a Judá. Y al saber esto el rey Ezequías, poniendo su confianza en el Señor Dios de los Ejércitos, no hizo proposición alguna al rey ninivita para detener su invasión; por lo que no envió a Senaquerib ni suma de dinero, ni de oro, ni quitó las puertas del Templo de Dios para obsequiarle. Senaquerib, con su ejército, entrando en el Reino de Judá, puso sitio a la ciudad de Jerusalén; y desde fuera de los muros, tanto él como su general Rabsacés, con grandes voces y blasfemias, amenazaban e insultaban al rey Ezequías, a sus principales generales y al pueblo, para tratar de intimidarles; además, les recordaban que las huestes ninivitas habían exterminado en otros países ciudades muy poderosas que le habían hecho también resistencia.

3. El rey Ezequías, y con él toda Jerusalén, ante las repetidas amenazas de Senaquerib y su general Rabsacés, pusieron su confianza en el Señor Dios de los Ejércitos. El rey mandó mensajeros al Profeta Isaías para rogarle que, con sus eficaces oraciones, alcanzase de Dios la victoria contra tan terrible enemigo; y luego, el virtuoso rey, vestido de saco y cilicio, acompañado del Sumo Sacerdote y demás sacerdotes y príncipes, subió al Templo, y en la presencia del Señor Dios, imploró con humildes súplicas su poderoso y eficaz auxilio, diciendo: *«Señor Dios de los Ejércitos, Tú eres el Señor de todos los reyes de la tierra. Tú hiciste todo cuanto existe. Abre tus ojos y ve el cerco que nos ha hecho Senaquerib, e inclina tus oídos, y oye las blasfemias que lanza contra Ti, que eres el Dios Viviente, y contra tu pueblo. Ciertamente es, Señor, que los poderosos reyes de Nínive han desolado los pueblos con sus ejércitos. Por eso, Señor Dios nuestro, sálvanos de su mano para que sepan todos los reinos de la tierra que Tú eres el Señor Dios Todopoderoso»*. El Profeta Isaías, de parte de Dios, envió un mensaje a Ezequías diciéndole: *«Esto dice el Señor: 'He oído la plegaria que me has hecho ante el asedio de Senaquerib. No te intimides con las blasfemias palabras que has oído de los enemigos, pues Yo enviaré mi Ángel, que con su espada responderá a esas blasfemias, de manera que el ejército ninivita será casi exterminado y su rey, espavorido, huirá a su país. Por tanto, el*

Señor dice de este rey de Nínive: No entrará en la ciudad de Jerusalén, pues será derrotado con aplastante victoria, y por el camino que vino volverá a su país. Yo, el Señor Dios de los Ejércitos, ampararé la ciudad y la salvaré por mi mayor gloria y por amor a David mi siervo ».

4. Aquella misma noche del año 4493, el Ángel del Señor, o sea, el Alma Divinísima de Cristo bajo figura de Invicto Guerrero de Dios, portando una flamígera espada, exterminó a la mayor parte del numeroso ejército ninivita que sitiaba Jerusalén. Cuando el rey Senaquerib vio al día siguiente su campamento lleno de cadáveres, entre los cuales se hallaba el de su general Rabsacés, comprendió que era el Dios Poderoso del ejército de Judá el que peleaba contra él. Por lo que, aterrado y avergonzado, se dio a la fuga con las pocas huestes que le quedaban, volviéndose a Nínive, en donde ese mismo año 4493, cuarenta y cinco días después de su llegada, fue asesinado por dos de sus hijos, Adramelec y Sarasar, cuando se hallaba el rey orando en el templo del ídolo Nesroc. Ambos asesinos huyeron a Armenia, por lo que le sucedió en el trono de Nínive su hijo menor Asaradón.

5. Tras el aplastante exterminio del ejército ninivita, el rey Ezequías, impulsado por Dios, invadió y reconquistó con su ejército todos los territorios de Judá que

se hallaban bajo el dominio de los filisteos; cuyos ejércitos fueron abatidos y casi aniquilados. En el año 4497, el valeroso rey Ezequías, impulsado por Dios, se lanzó a la reconquista del antiguo Reino de Samaria, venciendo a los ninivitas. Desde entonces, los reyes de Judá tuvieron también el título de reyes de Samaria. Por lo tanto, Ezequías fue el primer rey de Judá y Samaria unidas o reino de Israel reunificado. También, Ezequías, reconquistó con su ejército el territorio de Siria, que se hallaba incorporado a la corona del rey de Nínive, por lo que, el Reino de Israel extendió sus fronteras hasta el río Éufrates.

6. En el año 4499, ocho años antes de su muerte, el rey Ezequías reconquistó todos los territorios de Moab, Madián, Amón, Arabia, Líbano, etc.; de manera que Ezequías entregó a su hijo Manasés el mismo extenso territorio del Pueblo de Israel que había entregado David a su hijo Salomón.

7. En el año 4506, un año antes de la muerte de Ezequías, murió su esposa, la virtuosa reina Jericó.

8. El rey Ezequías, murió santamente en Jerusalén, en el año 4507, tras treinta años de reinado, y fue enterrado en el panteón real del Monte Sión. Le sucedió en el trono su hijo Manasés.

Libro V

El Libro de Tobías

Capítulo I

Tobías, varón de Betulia, siervo fiel de Dios

Tobías, había nacido en la ciudad de Betulia o Megido en el año 4444 durante el reinado del impío e idólatra rey Menahén de Samaria. Al quedar huérfano siendo muy niño fue cuidado por su abuela Débora, quien le dio una piadosa educación. Durante la niñez y juventud de Tobías, el Reino de Samaria era un semillero de idolatrías. Mas, no obstante la corrupción general de costumbres, el corazón del joven Tobías se mantuvo inocente y puro, sin mancillarse con las abominaciones de sus contemporáneos, ni consintió jamás adorar a los ídolos erigidos por todo el territorio del reino. Tobías, desde su niñez, se distinguió por un gran celo de la observancia de los mandamientos y leyes divinas. Era en extremo caritativo, pues repartía la décima parte de los beneficios que le producía su hacienda, entre pobres, huérfanos y viudas. Siendo ya de edad madura, se casó con una virtuosa mujer llamada Ana. Tobías y su esposa Ana, eran de la tribu de Neftalí, mas con un cruce de Madián en sus antepasados; por lo que los dos eran Ancianos de Madián, los cuales tenían una misión cuasi patriarcal.

Capítulo II

Deportación de Tobías y de su esposa Ana, al territorio ninivita. Tobías es honrado por sus virtudes en la corte del rey de Nínive

1. En el año 4489, cuando tenía cuarenta y cinco años de edad, Tobías y su esposa Ana fueron llevados cautivos al territorio ninivita en la última deportación de los habitantes de Samaria llevada a cabo por Salmanasar, rey del imperio ninivita.

2. Dios recompensó con creces las grandes virtudes de Tobías, pues llegó a ganarse de tal manera la confianza del rey Salmanasar, que éste le nombró mayordomo de su palacio de la ciudad de Nínive, le colmó de bienes y le concedió amplias facultades para hacer cuanto quisiera; pudiendo, incluso, recorrer las provincias del reino sin que nadie pudiera impedirselo. De este privilegio se valió Tobías para dar satisfacción a los vehementes impulsos de su ardiente caridad; por lo que, frecuentemente, salía a visitar a los demás cautivos, a quienes consolaba en sus aflicciones, exhortaba a la resignación y socorría en sus necesidades; y esto lo hacía Tobías con tal espíritu de desprendimiento y generosidad, que llegó incluso a ganarse la estima de los mismos paganos. Habiendo llegado un día a la ciudad meda de Ragés, viendo la suma pobreza en que se hallaba un pariente suyo llamado Gabelo, le entregó la

suma de diez talentos de plata, mediante el correspondiente recibo de préstamo.

Capítulo III

Tobías es perseguido por sus virtudes heroicas.

Nacimiento de su hijo Tobías

1. A la muerte del rey Salmanasar, ocupó el trono de Nínive su hijo Senaquerib, perdiendo Tobías el favor real que gozó durante el reinado anterior. A partir del año 4493, a causa de la sangrienta derrota sufrida por este rey, en el sitio de Jerusalén, en la que el Ángel del Señor quitó la vida a la inmensa mayoría de sus soldados, a su vuelta a Nínive decretó una bárbara y feroz persecución contra los hijos de Israel allí cautivos, matando a muchos de ellos. Tobías, sumamente afligido por las desgracias que acaecían a sus hermanos israelitas, llevó a cabo una intensa actividad caritativa entre ellos; pues, no sólo les consolaba en sus sufrimientos, sino que además, de sus propios bienes, ayudaba a cada uno en la medida de sus fuerzas; de manera que daba de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos, vestía a los desnudos y daba sepultura a los muertos; incluso, temiendo más a Dios que al rey, iba tomando secretamente los cadáveres de los israelitas matados por orden real que yacían abandonados en las calles, en las plazas y en los campos, los escondía en su casa, y a medianoche los enterraba en su propia finca.

2. Aquel mismo año 4493, cuando llegó a oídos del rey Senaquerib la labor misericordiosa de Tobías con los cadáveres de los israelitas que él mandaba matar, dio la orden de que le quitaran la vida y le confiscaran todos los bienes. Pero Tobías, con su mujer, logró huir de la ciudad de Nínive, y estuvo oculto hasta la muerte de Senaquerib, que fue ocho días después. El nuevo rey Asaradón permitió que Tobías y su mujer volvieran a su casa de la ciudad de Nínive, y le restituyó a Tobías una parte de los bienes que le habían sido confiscados.

3. En el año 4500, cuando Tobías, Anciano de Madián, contaba con la edad de cincuenta y seis años, tuvo de su esposa Ana, Anciana de Madián, un hijo a quien puso por nombre Tobías; el cual, desde su infancia, fue educado por sus padres en el santo temor de Dios y en la observancia de sus santos mandamientos. Durante el cautiverio, Tobías, su esposa Ana y su hijo Tobías, se mantuvieron siempre fieles a Dios, sin contaminarse de las costumbres paganas muy difundidas por el imperio ninivita.

4. El virtuoso Tobías tenía costumbre de celebrar con cierta solemnidad las fiestas solemnes prescritas en la Ley de Moisés. Con este motivo, tanto él como su esposa Ana y su hijo Tobías, hacían oraciones y penitencias especiales, y también concluían las celebraciones con una buena comida en la casa, a la que solían invitar a algunos de los israelitas más pobres. Y sucedió que en el año 4518, con motivo de la fiesta de Pentecostés, cuando estaba preparada una buena comida, dijo a su hijo: «*Anda, y tráete acá a algunos de nues-*

tros hermanos más pobres y temerosos de Dios para que participen del banquete». Tobías el Joven, con gran diligencia, cumplió la orden de su padre; mas, al volver le contó cómo el cuerpo de uno de los hijos de Israel, que había sido degollado por orden del rey, yacía en medio de la plaza. El anciano Tobías, dejando la comida en la mesa, corrió acompañado de su hijo adonde estaba el cadáver, y lo llevó secretamente a su casa para darle sepultura por la noche, en su propia finca. Ocultado el cadáver, sentóse en la mesa; y lleno el corazón de amargura, comió con temblor y lágrimas, acordándose del vaticinio del Señor por medio del Profeta Amós: «*Vuestros días de fiesta se convertirán en lamentación y llanto*». Luego, por la noche dio sepultura al cadáver. Mas sus hermanos israelitas le reprendían diciendo: «*Tobías, por esta causa, tiempo atrás hubo una orden real para que te mataran, y a duras penas lograste escapar con vida. ¿Y vas nuevamente a enterrar los cadáveres?*». Pero, Tobías, al igual que en otras ocasiones, obraba con rectitud y misericordia sin tener en cuenta los peligros a que se exponía.

Capítulo IV

Tobías padre queda privado de la vista.

Noche oscura de Tobías

1. En el año 4524, cuando el anciano Tobías, de ochenta años de edad, volvía un día a casa muy fatigado, tras llevar a cabo grandes obras de misericordia, recostóse sobre la pared de la entrada de su casa y quedóse dormido. Al despertar y abrir los ojos, le cayó en ellos un poco de estiércol caliente de un nido de golondrinas, quedando al punto ciego. Dios permitió que a su fidelísimo siervo le sobreviniese esta prueba a fin de dejar a la posteridad un ejemplo de paciencia semejante a la del Santo Job. El anciano Tobías, hallándose ciego y mermada su hacienda a causa de su mucha generosidad con los necesitados, jamás abrió su boca para quejarse de la providencia, sino que permaneció firme en el santo temor de Dios, dándole gracias por los muchos beneficios que de Él había recibido. Algunos de sus hermanos israelitas le zaherían diciendo: «*¿Así Dios te paga las muchas limosnas y demás obras de misericordia que has hecho?*». Mas, Tobías los reprendía diciendo: «*Hijos somos del Pueblo de Dios, y esperamos en aquella vida que el Señor dará para siempre a los que conservan en Él su fe y le sirven con fidelidad*».

2. Dios permitió que Tobías el Ciego experimentase en su alma una desoladora noche oscura para acrisolar más su virtud. Y como él creyera que ese sufrimiento espiritual le venía a causa de sus propios pecados y los de su pueblo, con gran llanto oró así a Dios: «*Justo eres, Señor, y justos son todos tus juicios; y todas tus sendas son de misericordia, verdad y justicia. Ahora, pues, Señor, acuérdate más especialmente de mí y no tomes venganza de mis pecados ni de los de mi pueblo; pues, porque no obedecimos tus mandatos, por eso fuimos conducidos al cautiverio de este pueblo en el cual nos has esparcido. Mas, Señor, haz de mí lo*

que fuere de tu agrado y manda que mi espíritu descanse en paz, porque ya mejor me es morir que vivir». Vemos en esta humilde y sincera oración cómo el anciano Tobías, en medio de su noche oscura, siente más vivamente su pequeñez ante la infinita grandeza del Señor Dios de Israel, hasta el punto que, siendo él inocente, carga sobre sí los pecados de su pueblo pensando que él es el mayor culpable de todo. Y este sentimiento de propia culpabilidad le causa tal dolor, que sólo Dios puede remediarlo dándole la eterna paz que conlleva la muerte del justo.

Capítulo V

Tobías el Ciego

manda a su hijo Tobías a la ciudad de Ragés

1. Pensando el anciano y ciego Tobías que su fervorosa oración había sido oída por Dios, y creyendo que estaba cerca su fin, ese mismo año 4524, llamó a su hijo Tobías, de veinticuatro años de edad, y le dijo entre otras cosas: «Escucha, hijo mío, las palabras de mi boca, y asíéntalas fuertemente en tu corazón. Luego que Dios recibiese mi alma, entierra mi cuerpo; honrarás a tu madre todos los días que le queden de vida, porque debes tener presente que ella te llevó en su vientre y lo mucho que ha padecido por ti; y cuando ella muera, la enterrarás junto a mí. Ten a Dios siempre en tu pensamiento, observa sus mandamientos y guárdate de consentir jamás en el pecado. Da limosna de aquello que poseas, y no vuelvas nunca la espalda a ningún pobre, para que así el Señor jamás aparte de Ti su Rostro; sé, pues, caritativo según tu posibilidad. De manera que, si tuvieras mucho, da con abundancia; y si poco, procura dar de buena gana aún de esto poco que tuvieras, por cuanto la limosna purifica de los pecados y sirve de gran confianza delante de Dios a todos los que la hacen. Guárdate, hijo mío, de toda impureza; y una vez que tomes esposa, no desees otra mujer, pues así lo exige nuestra condición de tercarios esenios. No permitas que jamás la soberbia domine en tu corazón, o en tus palabras, porque ella fue el principio de todo mal. Paga religiosamente el salario a tus jornaleros, y guárdate de hacer jamás a otro lo que no quisieras que otro te hiciera a ti. Participa tu pan con los hambrientos y menesterosos, y con tus vestidos cubre a los desnudos. Pide siempre consejo al hombre sabio. Alaba al Señor en todo tiempo, pídele que dirija siempre tus pasos y funda en Él todos tus planes».

2. Días después, Tobías el Ciego, pensando que su muerte estaba muy próxima, para dejar a su mujer y a su hijo recursos económicos suficientes para que pudieran vivir, llamó a su hijo Tobías, y le dijo: «Hijo mío, antes de nacer tú, presté diez talentos de plata a Gabelo, que reside en la ciudad de Ragés, en el país de los medos; conservo en mi poder el recibo firmado de su mano, por lo que procura ir a verlo para que recobres dicha cantidad de dinero y le devuelvas el recibo. No temas, hijo mío, ni te aflijas. Nada nos ha de faltar si tememos a Dios, obramos el bien y huimos

del pecado». Entonces, Tobías el Joven respondió a su padre: «Haré, oh padre mío, todo lo que me has mandado. Mas, no sé cómo he de ir a recobrar el dinero, ya que Gabelo no me conoce a mí ni yo le conozco a él, y ni siquiera conozco el camino para ir allá». A lo que su padre respondió: «Toma el recibo, que así que se lo mostrares, te dará el dinero al instante. Anda, mira a ver si encuentras un hombre fiel que te acompañe en el camino pagándole su salario».

Capítulo VI

El Arcángel San Rafael

acompaña a Tobías el Joven en su largo viaje

1. Cuando el joven Tobías salía de la casa para buscar quien le acompañase, encontró un gallardo joven que estaba como vestido de viaje y a punto de caminar. Y sin saber que era el Arcángel San Rafael, le saludó y dijo: «¿De dónde eres, buen mancebo?»; a lo que respondió el Arcángel: «Yo soy de los hijos del Señor Dios de Israel»; y Tobías le dijo: «¿Conoces el camino que va a Ragés, del país de los medos?». Y le respondió: «Sí, lo sé, pues muchas veces he andado por aquellos caminos y he estado en la casa de Gabelo, tu pariente, que mora en Ragés». Dijole Tobías: «Espera, te ruego, que voy a dar aviso a mi padre». Cuando Tobías el Joven entró en la casa y contó todo a su padre, éste, con gran admiración, dijo a su hijo que hiciese entrar en su casa al joven. Y el Arcángel, bajo aquella apariencia humana, saludó al ciego Tobías, diciendo: «La alegría y la paz de Dios sean contigo»; quien le respondió: «¿Qué alegría puedo tener cuando me veo privado de la vista, y está mi alma desolada?». Y el Arcángel le dijo: «Ten buen ánimo, que pronto serás curado por Dios». Y Tobías el Ciego dijo al Arcángel: «¿Podrás, por ventura, llevar a mi hijo a casa de Gabelo que vive en Ragés? Cuando volviereis te pagaré tu salario». Y dijo el Arcángel: «Yo lo llevaré y te lo volveré a traer acá». Y el anciano Tobías le preguntó: «Dime, te ruego, de qué familia y de qué tribu eres tú». Y respondió el Arcángel: «Aunque esto no es lo más importante, si quieres saber mi linaje, Yo soy Azarías, hijo del gran Ananías». Cuando Tobías el Ciego oyó la respuesta del Arcángel Rafael o Azarías, se le pasó por el pensamiento que tenía delante a un ángel enviado por Dios; mas, al considerarse indigno de tal cosa, tomó la respuesta del Arcángel como un irónico humor de un jornalero; y por eso le respondió: «De gran linaje eres tú». Y dijo el Arcángel: «Yo llevaré sano a tu hijo, y sano te lo volveré a traer». Y el anciano Tobías respondió: «Id con bien, que Dios os asista en vuestro camino y su Ángel os acompañe».

2. Cuando el Arcángel San Rafael bajo apariencia de joven mancebo, ante la pregunta de Tobías el Ciego, dice que se llama Azarías, no miente, porque es también su nombre. Azarías, entre otras cosas, significa: «Medicina de Dios» y «Báculo de caminantes y desvalidos». Cuando el Arcángel San Rafael, ante la pregunta de Tobías el Ciego, dice que es hijo del gran Ananías, no miente, porque este Ananías es Dios Pa-

dre. El nombre de Ananías, entre otras cosas, significa: «*El Disipador de las tinieblas*»; o sea, en primer lugar: el que da la vista a los ciegos del alma; en segundo lugar: el que da la vista a los ciegos del cuerpo. Cuando el Arcángel San Rafael o Azarías dice a Tobías el Joven que se ha hospedado en casa de Gabelo, no miente, pues muchas veces socorrió también a éste y habitó en su casa.

3. Tobías el Joven, prevenido de todo lo necesario para el viaje, despidióse de su padre y de su madre, y emprendió el camino acompañado de aquel celestial personaje, sin perro alguno. Apenas partieron, Ana, la esposa de Tobías el Ciego, comenzó a llorar amargamente, pues sentía vivir separada de su hijo, que consideraba su mayor riqueza. Mas, Tobías la consoló diciendo: «*No llores, nuestro hijo llegará sano; y salvo volverá a casa y tus ojos lo verán, porque siento en mi alma que es un Ángel de Dios el que lo acompaña, y cuidará de él a fin de que vuelva con gran gozo a nuestra casa*». Con estas palabras, Ana quedó consolada y dejó de llorar.

4. Juntos caminaban el joven Tobías y su celestial compañero Azarías por las orillas del río Tigris, y pernoctaron en una posada. Y sucedió que, por la mañana, Tobías se acercó al margen del río para refrescarse los pies. Mas, he aquí que se acercó a la orilla un gran pez como para morderle los pies; a cuya vista, Tobías, despavorido, dio un gran grito diciendo al Arcángel: «*Señor, que se tira hacia mí*». Y díjole el Arcángel: «*No temas, agárralo de las agallas y tíralo hacia ti*», lo que, habiéndolo hecho, lo sacó arrastrándolo a lugar seco. Y el Arcángel dijo a Tobías: «*Destripa ese pez y guarda su corazón, su hiel y su hígado, pues estas cosas nos servirán de útiles medicinas*»; pues, Dios, en sus misteriosos planes, quería valerse de aquellas miserables vísceras como futuros instrumentos de salud espiritual y corporal. Una vez que Tobías lo hizo tal y como el Arcángel le había indicado, preguntó a éste por la utilidad médica de las vísceras que le había mandado guardar. Y el Arcángel respondió que ya a su momento lo sabría. Luego tomaron camino del este hacia el país de Media, que es donde estaba la ciudad de Ragés. En el país de Media, vivían muchos de los deportados de Samaria, ya que pertenecía al imperio ninivita.

Capítulo VII

Sara, hija de Raguel, es acechada por el demonio Asmodeo a través de siete maridos.

Dios mata a los siete maridos lujuriosos de Sara

1. En la ciudad de Ecbátana, del país de Media, vivía un pariente de Tobías, llamado Raguel, virtuoso varón, que había sido deportado del Reino de Samaria. Raguel estaba casado con Ana; ambos esposos eran de la tribu de Neftalí, mas con un cruce de Madián en sus antepasados; por tanto, eran Ancianos de Madián. Raguel y Ana tenían una virtuosa hija llamada Sara, la cual se había casado sucesivamente con siete maridos, hijos de un israelita de la tribu de Dan, uno tras la muerte de otro, ya que Dios

fue quitando la vida a cada uno de esos esposos antes que llegasen a consumir el matrimonio con Sara. Este castigo divino fue porque ellos, impulsados por el demonio Asmodeo, fueron al matrimonio no con el fin de dar hijos a Dios, sino con el de gozar de sus placeres y el de pervertir a Sara; y Dios quería guardar intacta a Sara para darla por esposa a un virtuoso varón capaz de valorar la santidad del matrimonio. Grandes fueron las aflicciones que pasó la inocente Sara por sus acaecidos infortunios; pues, era objeto de críticas y burlas sarcásticas por muchos de la ciudad. E incluso llegaron a juzgar que ella era la que mataba a sus maridos. Un día, como Sara reprendiese a una de las criadas de su padre por una falta que había cometido, la sirvienta, a grandes voces, replicó a Sara diciendo: «*Nunca jamás veamos entre nosotros sobre la tierra hijo ni hija nacido de ti, ¡homicida!, que has matado a siete maridos. ¿Quieres tú, acaso, acabar también conmigo como lo has hecho con las siete víctimas?*». El demonio Asmodeo, entre otras misiones especiales, tiene la de promover la lujuria.

2. La virtuosa e inocente Sara, sumamente afligida, se recluyó en el cuarto más alto de su casa, en donde pasó tres días y tres noches, sin comer ni beber, suplicando a Dios con abundantes lágrimas la liberase del oprobio en que se hallaba, diciendo estas palabras: «*Oh Señor Dios nuestro misericordioso, que perdonas los pecados a los que te invocan. A Ti, Señor, vuelvo mi rostro, en Ti fijo mis ojos. Ruégote, oh Señor, que me libres de este oprobio, o a lo menos me saques de este mundo. Tú sabes, Señor, que nunca he deseado ningún hombre, y que he conservado mi alma limpia de toda concupiscencia. Jamás me acompañé con gente licenciosa, ni tuve trato con los que se portan livianamente. Que si consentí en tomar marido, fue en tu santo temor, y no por afecto carnal y liviano. Así que, o yo fui indigna de ellos o ellos quizá no fueron dignos de mí; porque tal vez Tú me has reservado para otro esposo. Porque no está al alcance del hombre el penetrar tus designios. Y bien cierto es que, a los que acrisolas, luego recompensas, que Tú eres el que libras de la tribulación y que todos se pueden acoger a tu misericordia. Tú, oh Señor, tras la tempestad luego traes la bonanza, y tras las lágrimas y suspiros infundes el júbilo y la alegría. Oh Dios de Israel, bendito sea eternamente tu Santo Nombre*». Estas humildes súplicas de Sara, habían sido acogidas con agrado por el Señor Dios de Israel. Y por eso, Él dispuso el viaje, a Ragés, del joven Tobías acompañado del Arcángel San Rafael, a fin de que, pasando por Ecbátana, la virtuosa e inocente doncella fuese liberada de las acechanzas de Satanás, del oprobio que sufría ante muchos de la ciudad y fuera sumamente recompensada uniéndose en santo matrimonio con el virtuoso joven Tobías. El Arcángel San Rafael, entre otras misiones especiales, tiene la de promover y defender la castidad.

Capítulo VIII

Matrimonio del joven Tobías y la joven Sara

1. Cuando Tobías y el Arcángel San Rafael bajo figura humana y con el nombre de Azarías, llevaban ca-

minando un gran trecho en dirección al país de Media, dijo el joven a su celestial Guía: «¿Dónde quieres que pasemos la noche?». Y el Arcángel le respondió: «En la ciudad próxima de Ecbátana hay un hombre llamado Raguel, pariente tuyo, de tu misma tribu, el cual tiene como única descendencia una hija llamada Sara, y por tanto la única heredera de su hacienda. Tú debes tomarla como mujer. Pídesela, pues, a su padre, que él te la dará como esposa». Temió Tobías al oír esta propuesta, al ser ya conocedor de la lamentable historia de aquella joven, pues el extraño suceso de la sucesiva muerte de sus siete maridos en la primera noche de cada desposorio, había alcanzado cierta notoriedad por muchas ciudades. He aquí que, Tobías, dijo al Arcángel: «Temo que me pase a mí lo mismo y que la aflicción precipite a mis padres al sepulcro, pues soy hijo único». Mas, el Arcángel San Rafael le dijo a Tobías la causa de haber perecido esos siete maridos y de cómo él debía prevenirse para que no le pasara lo mismo: «Escúchame, que yo te enseñaré cuáles son aquellos sobre quienes tiene potestad el demonio: Los que abrazan con tal disposición el matrimonio, que apartan de sí y de su mente a Dios, entregándose a su pasión como si fueran animales, éstos son, pues, sobre quienes tiene poder el demonio. Mas tú cuando la hubieres tomado por esposa, entrando en el aposento, no llegarás a ella en tres días, y no te ocuparás en otra cosa sino en hacer oración en compañía de ella. En aquella misma noche, quemando el corazón y el hígado del pez, será como un exorcismo contra las acechanzas del demonio. En la segunda noche, recibirás el espíritu del buen discernimiento acerca de la santidad del matrimonio, para vivir castamente con tu esposa. Y en la tercera alcanzarás la bendición para que nazcan de vosotros hijos sanos. Pasada la tercera noche, te juntarás con la joven en el temor del Señor, llevado más bien del deseo de tener hijos, que de la concupiscencia, a fin de conseguir en los hijos la bendición propia del linaje de Abrahán».

2. Ese mismo año 4524, cuando Tobías el Joven y el Arcángel San Rafael se hallaban en la ciudad de Ecbátana, entraron en casa de Raguel, el cual los recibió con alegría. Y así que Raguel puso sus ojos en Tobías, dijo a Ana su mujer: «¿Cuán parecido es este joven a mi primo hermano Tobías!». Y dicho esto, preguntó al joven: «¿De dónde eres?». Y él le respondió: «Soy de la tribu de Neftalí, de los cautivos de Nínive». Y Raguel dijo a los dos visitantes: «¿Conocéis a Tobías, mi primo hermano, varón de grandes virtudes?». Y el Arcángel San Rafael intervino diciendo: «Le conocemos. Ese Tobías es el padre de este joven, llamado también Tobías». Entonces Raguel, abrazó a su sobrino, besóle con lágrimas, y sollozando le dijo: «Bendito seas tú, hijo mío, que eres hijo de un hombre de bien, de un hombre virtuosísimo». Asimismo Ana, su mujer, y Sara, hija de ambos, prorrumpieron en llanto. Y después que hubieron conversado por largo tiempo, mandó Raguel que dispusiesen una buena comida. Y cuando les instaba a sentarse en la mesa, sintiendo Tobías en lo más profundo de su alma que era del agrado de

los padres de él su casamiento con Sara, dijo a Raguel: «Yo no comeré ni beberé, si primero no me otorgas mi petición, dándome por esposa a Sara, tu hija». Oído esto, se conturbó Raguel, recordando lo acaecido a los siete maridos que se habían casado con ella; pues temía que le acaeciese a Tobías la misma desgracia. Y estando Raguel perplejo, y sin dar respuesta alguna, el Arcángel le dijo: «No temas dársela, porque a éste que teme a Dios es a quien debes dar a tu hija por mujer, que por eso ningún otro hombre ha merecido tenerla». Y dijo Raguel: «No dudo que Dios ha acogido mis oraciones y lágrimas. Y creo que por esto os ha traído a mi casa, a fin de que mi hija reciba esposo de su parentela y según la santidad exigida por la Ley de Dios. Por tanto, Tobías, te la doy por esposa». Y ese mismo día de la llegada a casa de Raguel, cogiendo éste la mano derecha de su hija, la juntó con la mano derecha de Tobías, diciendo: «El Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob sea con vosotros, y Él os una en santo matrimonio, y cumpla en vosotros su bendición». Enseguida tomando un pergamino, hicieron la escritura matrimonial; y después celebraron un convite, bendiciendo todos a Dios. Tobías, de veinticuatro años de edad, casó, pues, con Sara en el año 4524.

Capítulo IX

Tobías y Sara oran durante tres días antes de consumar el matrimonio. Dios protege a Tobías y Sara de las acechanzas del demonio Asmodeo

1. Terminado el banquete de bodas, llamó Raguel a Ana su mujer, y mandóle que preparase el aposento para los recién casados; en el cual introdujo Ana a su hija Sara, que se echó a llorar. Mas Ana le dijo: «Ten buen ánimo, hija mía, que el Señor del Cielo te llenará de gozo después de tanto como has sufrido». Luego, condujeron al joven Tobías al aposento de la esposa.

2. Tobías, que tenía presentes las advertencias del Arcángel, sacó de su alforja el hígado y el corazón del pez, milagrosamente conservados, y púsolos sobre unos carbones encendidos. Y Dios premió la fe y obediencia del joven Tobías, protegiendo a él y su esposa de las acechanzas del demonio Asmodeo. De esta manera, el Señor Dios de Israel daba también su beneplácito al matrimonio de Tobías y Sara, por la recta intención de ambos esposos, conforme a su Santa Ley.

3. Tras haber colocado el hígado y el corazón del pez sobre las brasas, Tobías dijo a su joven esposa: «Sara, hagamos oración a Dios, hoy, mañana y pasado mañana. Estos tres días los pasaremos unidos en oración con Dios, y pasada la tercera noche haremos vida marital; pues nosotros somos hijos del Pueblo de Dios, y no podemos obrar a manera de los gentiles, que no conocen al Señor». Y ambos esposos oraban a una con gran fervor, para que se dignase Dios conservarlos salvos, como lo prueba esta oración de Tobías: «Oh Señor Dios de nuestros padres, bendígame los cielos y la tierra, y el mar, y las fuentes y los ríos, y todas tus criaturas que hay en ellos. Tú formaste a

Adán del lodo de la tierra, y le diste a Eva por esposa y compañera suya. Ahora, pues, Señor, Tú sabes que he tomado a Sara por esposa, no movido por concupiscencia, sino por el solo deseo de tener hijos que bendigan tu Santo Nombre por los siglos de los siglos». Asimismo Sara dijo: *«Ten misericordia de nosotros, oh Señor, ten misericordia de nosotros, y haz que ambos lleguemos sanos a la vejez para tu mayor gloria».*

4. Transcurridos los tres días de oración, Tobías y Sara consumaron felizmente el matrimonio. Raguel y Ana, manifestaron su gratitud a Dios con estas alabanzas: *«Te alabamos y damos gracias, oh Señor Dios de Israel, porque has hecho que experimentemos tu misericordia, y has echado lejos de nosotros al enemigo infernal que nos perseguía, compadeciéndote de mi hija y de su esposo. Haz, Señor, que te bendigan ambos más cumplidamente, y te ofrezcan el sacrificio de la alabanza por su perfecta salud, para que conozca el mundo todo, que Tú eres el solo y único Dios en toda la tierra».* Y al instante mandó Raguel a sus siervos que dispusiesen lo necesario para celebrar grandes festejos durante varios días, por las venturosas nupcias de Tobías y Sara.

5. Durante los tres días en que Tobías y Sara estuvieron retirados en el aposento conyugal preparándose con oraciones a la consumación del matrimonio, el Arcángel San Rafael, que se manifestaba bajo figura humana con el nombre de Azarías, había ido a la ciudad de Ragés para recuperar los diez talentos de plata que el anciano Tobías había prestado a Gabelo. Gran alegría sintió éste al tener noticias de su pariente Tobías, y máxime cuando supo que su hijo se había casado con Sara en la ciudad de Ecbátana. El Arcángel invitó a Gabelo a que le acompañase para que estuviese presente en los festejos de boda. Cuando Gabelo vio al joven Tobías sentado a la mesa en casa de su suegro Raguel, le abrazó fuertemente, y llorando alabó a Dios con estas palabras: *«Bendígate el Dios de Israel, pues eres hijo de un hombre muy justo, temeroso de Dios y limosnero. Que su bendición se extienda sobre tu esposa, y que veáis a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos y sea vuestra descendencia bendita del Dios de Israel, el cual reina por los siglos de los siglos».* Y habiendo todos respondido amén, se pusieron a la mesa, y con santo temor de Dios celebraron aquel día y demás días, los grandes festejos de las bodas de Tobías y Sara. Después Raguel pidió a Tobías que estuviese con ellos dos semanas, antes de volver a la casa de sus padres. De todos sus bienes dio Raguel la mitad a Tobías y a su esposa, y la otra mitad la reservó para que la heredasen después de muertos él y su mujer.

Capítulo X

Preocupación de Tobías el Ciego y de su esposa Ana, por su hijo. El joven Tobías marcha con Sara a la ciudad de Nínive

1. Mas como se detuviese el joven Tobías en Ecbátana, por razón de las bodas, su padre, Tobías el Ciego, se decía: *«¿Cuál será el motivo de la tardanza de*

mi hijo, o por qué se habrá detenido allí? ¿Si habrá muerto tal vez Gabelo, y no hay quien le devuelva el dinero?». Con esto empezó a afligirse sobremedida, tanto él como su mujer Ana. Y ambos comenzaron juntos a llorar, visto que su hijo no volvía al tiempo señalado; sobre todo, su madre lloraba amargamente sin consuelo, y decía: *«¡Ay de mí! ¡ay hijo mío! ¿Para qué te hemos enviado a lejanas tierras, lumbrera de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad? Siendo tú nuestra mayor riqueza, no deberíamos haberte alejado de nosotros».* Tobías, empero, decía: *«Calla, no te inquietes, que nuestro hijo estará bien. Es muy fiel el varón aquel con quien le enviamos».* Mas ella no admitía consuelo alguno; antes saliendo cada día fuera, miraba hacia todas partes con la esperanza de ver a su hijo llegar a lo lejos.

2. Entretanto Raguel decía a su yerno: *«Quédate aquí algún tiempo más, que yo enviaré a tu padre Tobías noticias de tu salud».* Pero Tobías respondió a su suegro: *«Yo sé que mi padre y mi madre están ahora contando los días y que están sus almas en continua tortura».* Y después de haber hecho Raguel repetidas instancias a Tobías, no queriendo éste condescender de ningún modo a sus ruegos, entrególe su hija Sara y sus criados, con la mitad de la hacienda en ganados, en camellos, y en vacas, y en una gran cantidad de dinero; y le dejó ir de su casa sano y gozoso, diciendo a Tobías y a Sara: *«El Santo Ángel del Señor os guíe en vuestro viaje, y os conduzca sanos y salvos, y halléis en próspero estado a vuestros padres y todas sus cosas, y puedan ver mis ojos, antes que muera, a vuestros hijos. Yo te he dado a Sara, es mi hija, cuida bien de ella».* Dicho esto, abrazando los padres a su hija, la besaron y dejaron ir; amonestándola que honrase a sus suegros, amase a su marido, cuidase de su familia, gobernase la casa, y se portase en todo de un modo irreprochable.

3. El joven Tobías, su esposa Sara, los criados y la rica hacienda que les había sido dada, acompañados por el celestial personaje Azarías, se pusieron en camino de la ciudad de Nínive. Cuando se aproximaban a esta ciudad, dijo el Arcángel San Rafael: *«Hermano mío Tobías, bien sabes en qué estado dejaste a tus padres; si te parece, adelantémonos tú y yo, y que vengan siguiéndonos detrás poco a poco tu esposa con los criados y los animales».* Decididos, pues, a ir delante, el celestial Azarías dijo a Tobías: *«Trae contigo la hiel del pez, porque será necesaria».* Tomó, pues, Tobías aquella hiel, y ambos marcharon aprisa a Nínive.

Capítulo XI

Feliz encuentro del joven Tobías con sus ancianos padres. Tobías el Ciego recobra la vista. Júbilo de toda la familia

1. Ana, la esposa de Tobías el Ciego, acostumbraba sentarse cerca del camino, en la cima de una colina, desde donde podía mirar a larga distancia, a la espera de que llegara alguna vez su hijo. Y aconteció que un

día de ese mismo año 4524, le vio venir desde lejos, y corrió a dar la noticia a su esposo, diciendo: «Mira que viene nuestro hijo». Y mientras el Arcángel San Rafael y Tobías el Joven se acercaban a la casa, díjole a éste el celestial personaje: «Hermano Tobías, al punto que entres en tu casa, póstrate de rodillas para adorar enseguida al Señor Dios. Y después de haberle dado gracias, acércate a tu padre, y bésale. E inmediatamente unge sus ojos con esa hiel del pez, que traes contigo; porque has de saber que luego se le abrirán, y recobrará la vista tu padre, y se llenará de júbilo al volver a verte bueno y sano».

2. Tobías padre, al saber por su esposa que volvía su hijo, al instante, ciego como estaba, empezó a correr, exponiéndose a caer a cada paso; mas, cogido de la mano de su esposa, ambos salieron a recibir a su hijo Tobías, al cual abrazaron y besaron llorando de gozo. Y después de haber entrado en la casa, adoraron a Dios y le dieron gracias. Inmediatamente, Tobías el Joven, tomando la hiel del pez, ungió los ojos de su padre, diciéndole: «Animo, padre»; y de súbito se desprendieron de ellos una especie de escamas, recobrando la vista. Al ver el anciano Tobías a su hijo, dijo llorando: «Bendígote, oh Señor Dios de Israel, que, después de haberme probado, has tenido misericordia de mí, y veo de nuevo a Tobías mi hijo». El joven Tobías, con gran júbilo, refirió a su padre todas las maravillas que habían sucedido en el país de Media y los muchos beneficios que había recibido de Dios por medio de aquel varón que le había guiado; entre ellos, de cómo se había casado con la virtuosa Sara, hija de su pariente Raguel.

3. Al día siguiente, supo el anciano Tobías que Sara, la esposa de su hijo, con su comitiva de criados y animales, se acercaba a las puertas de la ciudad de Nínive, por lo que salió con Ana, su hijo y el celestial Azarías, al encuentro de ella con gran contento y bendiciendo a Dios. Así que llegó Sara, el anciano Tobías bendijo a su nuera diciendo: «Bienvenida seas, hija mía; bendito sea Dios, que te ha traído entre nosotros, y benditos sean tus padres». Todos estos felices acontecimientos fueron motivo de gran alegría para los amigos y familiares del anciano Tobías que vivían en Nínive. Vinieron también a visitarle Aquior y Nabat, primos hermanos de Tobías, congratulándose con él por todos los favores con que Dios le había colmado. Durante siete días, se festejaron, en Nínive, con gran regocijo, el casamiento de Tobías con Sara que había tenido lugar en Ecbátana días antes.

Capítulo XII

El celestial personaje Azarías, revela que es el Arcángel San Rafael. Cántico de alabanza del anciano Tobías

1. Concluidos los festejos nupciales, el anciano Tobías llamó aparte a su hijo, y díjole: «Mira, hijo mío, el salario que debes dar a este santo varón que te ha acompañado, y lo que conviene añadirle por sus buenos servicios». A lo que respondió Tobías hijo: «Padre mío, ¿qué recompensa le daremos? ¿O cómo podremos corresponder dignamente a sus beneficios? Él me ha llevado y traí-

do sano y salvo; él mismo en persona cobró el dinero de Gabelo; él me ha proporcionado esposa, y nos ha protegido de las acechanzas del demonio, llenando de consuelo a sus padres; asimismo me libró del pez que me iba a morder; te ha curado a ti la ceguera, y hemos sido colmados, por medio de él, de toda suerte de bienes. ¿Qué podremos, pues, darle que sea proporcionado a tantos favores? Aun me parece poco darle la mitad de la hacienda que he traído. Yo te pido, padre mío, que le ruegues se digne tomar esa mitad para sí». Y respondió su padre: «Todo se lo merece». Y luego, padre e hijo, llamaron al celestial mancebo Azarías aparte, y le rogaban diciendo: «Dígnate aceptar la mitad de la hacienda de mi hijo que habéis traído». Entonces, Azarías, mandó que se reuniese toda la familia; y en presencia del anciano Tobías, de su esposa Ana, del joven Tobías y de Sara su esposa, dijo el celestial personaje: «Benedicid al Dios del Cielo, y glorificadle delante de todos los vivientes, porque ha hecho brillar en vosotros su misericordia. Porque así como es bueno guardar el secreto confiado por el rey, es muy glorioso pregonar las obras de Dios. Buena es la oración acompañada del ayuno; y la limosna es mucho mejor que tener guardados los tesoros, porque la limosna purifica de los pecados y ayuda a alcanzar la misericordia y la vida eterna. Los que practican la misericordia y la justicia serán colmados de felicidad, mientras que los pecadores son enemigos de su propia dicha. Por tanto, voy a manifestaros la verdad, y no quiero encubrirlos más lo que ha estado oculto: Cuando tú, Tobías, orabas con lágrimas, y enterrabas a los muertos, y te levantabas de la mesa a medio comer, y escondías de día los cadáveres en tu casa, y los enterrabas por la noche en tu finca, yo presentaba al Señor tus oraciones. Y por lo mismo que eras acepto a Dios, fue necesario que la aflicción te probase. Para eso el Señor me envió a curarte a ti, a procurar digna esposa para tu hijo y a proteger a ambos de las acechanzas del demonio. Yo soy el Arcángel Rafael, uno de los siete espíritus principales que asistimos delante del Señor». Al oír estas palabras, y ver la gloria que el Arcángel les manifestaba, llenos de turbación cayeron en tierra sobre su rostro. Pero el Arcángel les dijo: «La paz sea con vosotros, no temáis. Pues mientras he estado yo con vosotros, no he estado por mi voluntad, sino por disposición de Dios. Benedicidle, pues, y cantad sus alabanzas. Cuando yo comía y bebía con vosotros era una mera apariencia; pues, yo me sustentaba de un manjar invisible, y de una bebida que no puede ser vista de los hombres, cuya comida y bebida es hacer la voluntad del Dios Todopoderoso y alabarle y bendecirle ante el trono de su Infinita Majestad. Ya es tiempo de que me vuelva al que me envió. Vosotros empero, bendicid a Dios, y anunciad todas sus maravillas y dejad constancia por escrito de todo lo sucedido». Dicho esto, el Arcángel San Rafael desapareció de la vista de ellos. Entonces los cuatro miembros de la familia de Tobías, postrados en tierra sobre sus rostros estuvieron bendiciendo a Dios.

2. Y el anciano Tobías, en un arrebató de santo júbilo, cantó las grandezas y misericordias de Dios, diciendo entre otras cosas: «Bendito y grande eres Tú, oh

Señor, desde la eternidad y tu Reino dura por todos los siglos, porque Tú pruebas a los tuyos y les das la salud. Tú tienes poder sobre la vida y la muerte. Nadie puede sustraerse de tus manos. Bendecid al Señor, oh hijos de Israel, y alabadle en presencia de todos los hombres. Él ha permitido que muchos de su Pueblo sean esparcidos entre las gentes paganas, para que a éstas den testimonio de la santidad, grandeza y maravillas del Dios de Israel, y conozcan que no hay otro Dios Todopoderoso fuera de su Majestad Infinita. Él ha castigado a muchos de su Pueblo a causa de sus iniquidades, mas Él mismo nos salvará por su misericordia. Considerad, pues, lo que ha hecho Dios por su Pueblo; glorificadle con temor y temblor, y ensalzad con vuestras buenas obras al Rey de los Cielos y tierra. Yo mismo le glorificaré en la tierra de mi cautiverio porque ha hecho ostensión de su poder y majestad. Convertíos, pues, oh pecadores, y sed justos delante de Dios, y creed que usará con vosotros de su misericordia. Entretanto, yo me regocijaré en Él, y Él será la alegría de mi alma. Bendecid al Señor todos vosotros, sus hijos. Tened días alegres, y tributadle alabanzas. Bienaventurados, Señor, todos los que te aman y se regocijan por tu paz y felicidad. ¡Oh alma mía! bendice al Señor por los siglos de los siglos. Amén». Este cántico fue luego difundido por el anciano Tobías entre las gentes del territorio ninivita, tanto entre los hijos del Pueblo de Dios, como los que eran paganos. Todos conocieron las grandezas y maravillas obradas con la familia de Tobías por el Dios de Israel, y de cómo un Arcángel del Señor se les había manifestado y asistido.

3. Después que recuperó la vista, que fue en el año 4524, durante los veintisiete años que le restaban de vida, vivió el anciano Tobías en compañía de su mujer, su hijo, su nuera, sus nietos y biznietos, con gran paz y felicidad; sirvió a Dios cada día con mayor entrega y alcanzó altos grados de santidad.

Capítulo XIII

Últimos días del anciano Tobías.

Consejos a su hijo Tobías.

Muerte del anciano Tobías y de su esposa Ana

1. El día 30 de julio del año 4551, sintiendo el anciano Tobías que le llegaba la hora de la muerte, llamó a su esposa Ana, a su hijo Tobías, a Sara su nuera, a sus siete nietos y respectivas esposas, y a los biznietos, y habló así a su hijo: «Pronto sucederá la destrucción de Nínive vaticinada por el Profeta Nahúm, pues la palabra del Señor no puede faltar. Y nuestros hermanos israelitas que están aquí dispersos volverán a la tierra de Israel. Ahora, bien, hijo mío, escucha a tu padre: Sirve al Señor con sincero corazón haciendo siempre lo que es agradable a sus ojos. Y procura con esmerado celo que tus hijos hagan lo mismo. Tened siempre presente a Dios, para que os bendiga en todo tiempo. Mira, hijo mío, después que yo muera, cuida solícitamente de tu madre; y después que ella muera, y la hubieres enterrado junto a mí en la misma sepul-

tura, en ese mismo día prepararás vuestro viaje para salir de aquí, para que os libréis de las espantosas desgracias que sobrevendrán con la destrucción de Nínive, cuyos vicios y maldades están reclamando la Santa Ira de Dios». Y seguidamente, Tobías bendijo a toda su familia.

2. Al día siguiente, 31 de julio de aquel mismo año 4551, el virtuoso Tobías, Anciano de Madián, falleció santamente en la ciudad de Nínive a la edad de ciento siete años, siendo allí sepultado por su hijo. A los siete días de la muerte de Tobías, murió santamente su esposa Ana, Anciana de Madián, la cual fue sepultada por su hijo junto a la tumba de su esposo. El anciano Tobías murió cinco semanas antes de que Nabucodonosor I, rey de Babilonia, invadiese el reino ninivita y destruyese la extensa y hermosa ciudad de Nínive.

Capítulo XIV

Tobías hijo deja la ciudad de Nínive y va a vivir con sus suegros en Ecbátana. Destrucción de la ciudad de Nínive. Muerte de Raguel y Ana

1. El mismo año 4551, inmediatamente después de la muerte de su madre, Tobías y su esposa Sara, ambos Ancianos de Madián, con sus siete hijos, sus nueras, sus nietos, sus criados y numerosos animales, siguiendo el consejo del difunto Tobías, salieron de aquella ciudad y fueron a vivir a Ecbátana, del país de Media, a la casa de los padres de Sara. Grande fue el sentimiento de Raguel y Ana, Ancianos de Madián, al conocer la muerte de los padres de Tobías, y grande fue también la alegría que sintieron cuando volvieron a ver a su hija y a su yerno y conocieron a los nietos y biznietos frutos de este matrimonio. Cinco semanas después de la muerte del anciano Tobías, fue destruida la ciudad de Nínive por el rey Nabucodonosor I.

2. La ciudad de Nínive, que había sido librada por Dios de la destrucción merced a la predicación del Profeta Jonás y a la penitencia que hicieron los ninivitas, ante las exhortaciones y vaticinios del Profeta, fue luego castigada por Dios con la destrucción en el año 4551, al ser invadido el imperio ninivita por Nabucodonosor I, rey de Babilonia. Esta catástrofe sucedió cuatro semanas después de que salieran de Nínive Tobías y Sara para Ecbátana de Media, siguiendo el consejo del difunto Tobías. La ciudad de Nínive fue después reconstruida por el mismo Nabucodonosor I aún con mayor belleza y esplendor que antes tenía. Con la invasión, por Nabucodonosor I, del imperio ninivita, éste desapareció como tal imperio, ya que sus territorios fueron anexionados al imperio babilónico. Cuando esto sucedió, reinaba en el imperio ninivita Saodukín, hijo de Asaradón.

3. En el año 4559, en Ecbátana, murió primero Raguel santamente, y una semana después murió también santamente su esposa Ana. Uno y otro fueron enterrados por Tobías en dicha ciudad.

Libro VI

Los Reinos de Judá y Samaria unidos o Reino de Israel reunificado

Capítulo I

Manasés, hijo de Ezequías y Jericó, segundo rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Martirio del Profeta Isaías

1. En el año 4507, tras la muerte del virtuoso rey Ezequías, primer rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado, le sucedió en el trono su hijo Manasés.

2. Manasés, segundo rey de Judá y Samaria unidas, comenzó, pues, a reinar en el año 4507, sobre el extenso territorio del Reino de Israel que le había entregado su santo padre; fue ungido rey en Jerusalén por el Profeta Isaías, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico.

3. El perjurio Manasés, desde su elevación al trono de Israel, se manifestó como fanático enemigo del culto al verdadero Dios, de la observancia de su Santa Ley y de las santas costumbres. Levantó altares a los ídolos, incluido al sol, a la luna, a las estrellas, tanto en el Templo de Dios en Jerusalén como en todas las sinagogas de su extenso reino, así como en otros muchos lugares. En el mismo Templo de Jerusalén erigió, además, una estatua suya para que fuera adorado como dios. Manasés, pues, plagó de idolatría todo el extenso territorio del Reino de Israel reunificado. Además, se entregó de lleno a todo género de superstición y de magia, pues convirtió la ciencia astrológica en culto idolátrico, consultó agoreros, valióse de artes mágicas y tuvo consigo hechiceros y encantadores. Y llegó a tal su abominación que, incluso, a sus propios hijos los ofreció en holocausto en el Templo de Dios al ídolo Moloc. Manasés, con su abominable conducta, indujo a los moradores de Jerusalén y a todos los de su reino, para que hicieran lo malo delante de Dios. Manasés manipuló muchos textos bíblicos con perversos fines; entre ellos para hacer creer que ninguno de los reyes que le precedieron fue bueno, tanto los del Reino de Judá como los del Reino de Samaria.

4. Los Profetas amonestaron a Manasés en diferentes ocasiones reprendiendo sus impiedades, y le amenazaron con castigos del Cielo. Mas él, enfurecido contra los que le exhortaban a la conversión, los persiguió con saña y los trató con suma crueldad. A muchos de ellos mató, como lo hizo con el Profeta Isaías, cuyo cuerpo mandó aserrar con una sierra de madera en el año 4533.

Capítulo II

El Arca de la Alianza es llevada de Jerusalén a la ciudad de Betulia o Megido.

El Sumo Sacerdote Joaquín, gobernador de la ciudad santa de Betulia o Megido

1. Ese mismo año 4533, tras el martirio del Profeta Isaías, vino a Jerusalén el Profeta Jeremías para comunicar al Sumo Sacerdote Joaquín, la orden de Dios de que le acompañara al Monte Carmelo para sacar el Taberná-

culo portátil y llevarlo a la ciudad fortificada y estratégica de Betulia, a fin de instalarlo en este lugar seguro. Para esta labor, acompañaron al Profeta Jeremías y al Sumo Sacerdote Joaquín, un buen número de sacerdotes, ministros levitas, así como fieles en su mayoría esenios. Cumplida esta misión, de parte de Dios, el Profeta Jeremías, el Sumo Sacerdote Joaquín y el mismo séquito, volvieron a Jerusalén y sacaron del Templo el Arca de la Alianza, la cual fue llevada por ellos a Megido o Betulia, y entronizada en el Tabernáculo portátil, a fin de celebrar allí todos los cultos mandados por la Santa Ley, hasta el día en que Dios determinara el retorno a Jerusalén. De esta manera, Dios, a través del Profeta Jeremías, intervino también para que el impío rey Manasés no profanase el Arca de la Alianza.

2. En el año 4533, desde el momento en que el Arca de la Alianza es entronizada en el Tabernáculo portátil de Betulia, esta ciudad quedó constituida ciudad santa del Pueblo de Israel; y, también, desde ese momento, el Sumo Sacerdote Joaquín, por mandato de Dios, a través del Profeta Jeremías, quedó en calidad de gobernador en dicha ciudad. Dentro del Arca de la Alianza estaban depositadas, entre otras cosas sagradas: el Cáliz de Melquisedec conteniendo la Triple Bendición, las Tablas de la Ley, la copa de oro con el maná, la vara de Moisés, la vara de Aarón y el Pentateuco o libros originales de Moisés.

3. La ciudad de Betulia o Megido, durante los dieciocho años en que fue gobernada por el Sumo Sacerdote Joaquín, fue, pues, la ciudad santa de Israel, cerrada a toda influencia idolátrica y malas costumbres. Pues fue voluntad de Dios que el reducto de los hijos de su pueblo fieles a Él, se guarneciesen no sólo en el lugar santo, privilegiado y especialmente protegido del Monte Carmelo, sino también dentro de la ciudad de Betulia, cuyo nombre significa «ciudad de la casa de Dios». En ella, pues, se refugiaron, junto con el Sumo Sacerdote Joaquín, todos los demás sacerdotes, ministros levitas, ancianos, príncipes del pueblo, que permanecieron fieles al verdadero Dios; pues, aquellos que apostataron de Dios para seguir la idolatría, estaban en Jerusalén y en otras ciudades de Israel. Si bien los moradores de la ciudad de Betulia mantenían ciertas relaciones comerciales con los de otras ciudades, pues así lo exigía la necesidad de adquirir alimentos para sobrevivir, no obstante estas relaciones estaban estrechamente controladas por la guardia del Sumo Sacerdote Joaquín, para evitar cualquier influencia pagana en los ciudadanos de Betulia que pudiera venir desde fuera de la ciudad.

4. Dios, a través del Profeta Jeremías, comunicó al impío rey Manasés que no pretendiera entrar en Betulia o Megido, ya que, si lo hacía, sería inmediatamente fulminado por la Santa Ira Divina. Esta advertencia causó tal terror en Manasés, que nunca osó entrar en la ciudad.

5. El traslado del Arca de la Alianza desde el Templo de Jerusalén a la ciudad de Betulia, fue, pues, siete siglos antes de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Capítulo III

Pérdida de muchos de los territorios del Reino de Judá y Samaria unidos o Reino de Israel reunificado. El rey Nabucodonosor sitia Jerusalén, la saquea y se lleva a Manasés prisionero

1. A partir del año 4533, en distintas campañas, el rey Manasés fue perdiendo, no sólo los territorios que había conquistado su virtuoso padre, el rey Ezequías, sino también algunos más. De esta manera, el Reino de Judá y Samaria unidos o Reino de Israel reunificado, quedó privado de los territorios de Idumea, península del Sinaí, Siria, Arabia, Moab, Madián, Amón, etc., etc., que pasaron bajo el dominio de sus respectivos reyes; y, también, otros territorios del norte y el sur que pasaron bajo el dominio filisteo.

2. En el año 4545 el poderoso Nabucodonosor era el rey del gran imperio babilónico, bañado por el río Éufrates, que abarcaba Mesopotamia y Caldea, entre otras naciones, y cuya capital era Babilonia. Dios permitió que, para castigar de nuevo las abominaciones de Manasés, el rey Nabucodonosor invadiera con su ejército el muy mermado Reino de Israel. El ejército babilónico, tras incendiar y saquear otras muchas ciudades, sitió la ciudad de Jerusalén, en la que hizo prisionero a Manasés; el cual, atado con grillos y cargado de cadenas, fue llevado prisionero a Babilonia ese mismo año 4545. Y si bien es verdad que Nabucodonosor llevó a cabo una gran matanza entre los habitantes de Israel, sin embargo, Dios no permitió, por entonces, que los babilónicos se apoderasen completamente del Reino de Israel. Manasés, cuando se hallaba encarcelado en Babilonia, abdicó en su hijo Amón, tras treinta y ocho años de reinado legítimo.

Capítulo IV

Amón, tercer rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. El exmonarca Manasés, liberado de su cautiverio, pretende el trono de Israel. El rey de Egipto pone a Joaquín como rey de Israel. Amón asesina a su padre Manasés y a Joaquín, y luego se suicida. El Sumo Sacerdote Joaquín presenta al niño Josías como príncipe heredero del trono de Israel

1. Amón, hijo de Manasés y de Mesalemet, comenzó a reinar en el año 4545, siendo ungido rey por el Profeta Jeremías, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Amón, rey también perjuró, siguió los mismos pasos de su impío padre, incluso le superó en muchas de las abominaciones. También, Dios, a través del Profeta Jeremías, comunicó al impío rey Amón que no pretendiera entrar en Betulia, pues sería inmediatamente fulminado por la Santa Ira Divina. Dicho aviso causó tal pavor en Amón, que nunca osó entrar en la ciudad.

2. En el año 4548, después de poco más de dos años de cautiverio en Babilonia, el exmonarca Manasés fue liberado de la cárcel por concesión gratuita del rey

Nabucodonosor I, hijo de Nabucosopolor. Manasés, que retornó a Jerusalén falsamente arrepentido de sus abominaciones, con el apoyo de una tercera parte del pueblo pretendió que su hijo Amón le entregara el trono de Israel. Ese mismo año 4548, muchos del Pueblo de Israel que no querían que reinase Amón ni tampoco que recuperase Manasés el trono, acudieron al rey de Egipto para que interviniese en el asunto. El rey de Egipto, con fines ambiciosos, nombró rey de Jerusalén, con el beneplácito de otra tercera parte del pueblo, a un varón del linaje de la casa real de Judá, que se llamaba Joaquín; el cual, a cambio de oro y otras riquezas, fue ungido por el apóstata Profeta Misael, contra la voluntad de Dios, por lo que la unción fue inválida. Por lo tanto, el Pueblo de Israel quedó dividido en tres facciones o bandos: los partidarios del rey legítimo Amón, los de Manasés y los de Joaquín. Este Joaquín es distinto al otro Joaquín que reinaría cuarenta y dos años más tarde.

3. Durante el cisma de los tres reyes, Dios, a través del Profeta Jeremías, comunicó a Joaquín, y también recordó a Amón y a Manasés, que, si alguno de ellos pretendía entrar en Megido o Betulia, sería inmediatamente fulminado por la Santa Ira Divina.

4. En el año 4551, el rey Amón dio muerte a sus dos rivales Manasés y Joaquín. El rey Amón, desesperado se suicidó tras matar a estos dos rivales suyos y verse cercado por una multitud al mando del antisumo Sacerdote Ozías, sacerdote y hermano del Sumo Sacerdote Joaquín, puesto en el cargo por el exmonarca Manasés al retorno de su prisión en Babilonia. Con todo lo cual, terminó el cisma y el reinado de Amón de seis años, durante el cual hubo dos etapas: una primera, de un poco más de dos años, en la que él fue rey único; y una segunda, de tres años y medio, durante la cual hubo un cisma de tres reyes. Tras la muerte del rey Amón, el Sumo Sacerdote Joaquín mandó desde Betulia a Jerusalén una comisión de sacerdotes y militares para que sacasen al niño Josías del palacio y lo trajesen a Betulia.

5. Ese mismo año 4551, acabado el cisma de los tres reyes, el Sumo Sacerdote Joaquín asumió la regencia del Reino de Judá y Samaria unidos o Reino de Israel reunificado, y en la ciudad de Betulia, ante el Tabernáculo portátil, presentó al niño Josías, hijo de Amón, de ocho años de edad, al que proclamó príncipe heredero en presencia del pueblo.

Capítulo V

Nabucodonosor I, rey del imperio babilónico, se apodera del imperio ninivita. Grandes campañas de Holofernes, general de Nabucodonosor I

1. En el año 4550, Nabucodonosor I, rey de Babilonia, que había ya conquistado extensos territorios del oriente, engreído por su vasto poderío, llegó hasta a la osadía de enviar embajadores a los reyes de otras naciones para que le reconociesen como su dios y emperador. Y como estos rechazasen sus pretensiones y tratasen con desprecio a los embajadores, Nabucodono-

sor I, indignado, juró por su trono y por su reino que había de vengarse de todas aquellas naciones. Enseguida, reunió en consejo secreto a todos los miembros de su gobierno y principales generales de su ejército, para proponerles su plan de subyugar toda la tierra a su imperio. Y como esta propuesta fuera aprobada por todos, el rey Nabucodonosor I llamó a Holofernes, jefe principal de sus ejércitos, y díjole: *«Sal a campaña contra todos los reinos de occidente, y principalmente contra aquellos que despreciaron mis órdenes. No tendrás compasión de nadie y sujetarás a mi dominio todos los reinos y sus ciudades»*. Además, Nabucodonosor I, le dio orden de exterminar a todos los dioses de la tierra, con el fin de que él solo fuese tenido por el único dios.

2. El generalísimo Holofernes organizó un poderoso ejército bien armado y disciplinado, y se lanzó a la conquista, comenzando por todas aquellas naciones que habían rechazado la imposición del rey de Babilonia para que le reconociesen como dios y emperador de todos. Muchos de los reyes, sobrecogidos de terror por el feroz empuje y barbarie de los ejércitos de Holofernes, enviaron a éste los embajadores para que comunicase a su rey: *«Cese ya tu cólera contra nosotros, porque más vale vivir sirviendo al gran rey Nabucodonosor I, y depender de él, que morir bajo sus huestes. A tu disposición están todas nuestras familias, ciudades, posesiones, montes, collados, campos, ganados y todo lo que nos pertenece. Nosotros y nuestros hijos somos tus esclavos. Ven a nosotros como dueño pacífico y úsanos en tu servicio como gustares»*. Fue, pues, tan grande el espanto que se apoderó de todas aquellas naciones que, al paso de Holofernes con su ejército, le salían a su encuentro recibéndolo con coronas, hachas encendidas y danzas al son de tambores y flautas.

3. En el año 4551, Nabucodonosor I, rey de Babilonia, al mando de sus propias tropas, invadió el reino ninivita, cuyo rey era Saoduin, hijo de Asaradón, y destruyó la extensa y hermosa ciudad de Nínive. Al quedar, pues, absorbido el imperio ninivita bajo el imperio babilónico, Nabucodonosor I fue desde entonces rey de Babilonia y Nínive, o sea, de todo el imperio babilónico.

Capítulo VI

Asedio de la ciudad de Betulia por el generalísimo Holofernes

1. La noticia de las victoriosas conquistas, las bárbaras imposiciones y los crueles atropellos llevados a cabo por Nabucodonosor I y por su generalísimo Holofernes, causaban gran pavor a los hijos del Pueblo de Israel refugiados en la ciudad de Betulia. Y como medida de prevención, en los últimos meses del año 4551, el Sumo Sacerdote Joaquín, gobernador de la ciudad, mandó que reforzasen sus murallas y almacenasen víveres para poder sobrevivir en caso de asedio por el ejército de Babilonia.

2. Al mismo tiempo, el Sumo Sacerdote Joaquín mandó a los varones y varonas de todas las edades que

vivían en Betulia, invocasen al Señor Dios de los Ejércitos con gran insistencia, y llevaran a cabo ayunos y otras penitencias. Los sacerdotes y muchos del pueblo se vistieron de cilicio, y todos a una voz clamaron al Señor Dios de los Ejércitos que preservara la ciudad de las huestes enemigas para que no fuese profanado el Tabernáculo, y los ciudadanos fueran liberados de la muerte y de cualquier otro atropello. El Sumo Sacerdote Joaquín les habló a todos diciendo: *«Tened confianza que oírás el Señor vuestra plegaria si perseveráis en su presencia ayunando y orando»*. Movidos con estas y otras exhortaciones, perseveraban todos encomendándose al Señor Dios de los Ejércitos, sin apartarse de su acatamiento; y muchos de ellos, con cilicio y cubiertas de cenizas sus cabezas, pedían de corazón a Dios que les auxiliase y consolase.

3. Holofernes, generalísimo de los ejércitos babilónicos, acampó con su ejército en el sur de Líbano, junto a la frontera norte del Reino de Judá y Samaria unidos, y no lejos de la ciudad de Betulia o Megido. Su finalidad principal era la de conquistar a toda costa dicha ciudad por considerarla como la plaza más importante, ya que, en aquel tiempo, era el centro religioso, político y militar de Israel. En esta ciudad residían el Sumo Sacerdote Joaquín y otros sacerdotes, el príncipe heredero Josías, los ancianos y príncipes del pueblo y los principales generales del ejército. Cuando Holofernes fue avisado que, los hijos de Israel que moraban en Betulia, para defender la ciudad, habían reforzado sus murallas con soldados y armamentos, montando en cólera convocó a sus principales capitanes, y les preguntó: *«Decidme qué clase de pueblo es el de Israel y quién dirige sus tropas, pues tiene fuertemente custodiada la ciudad para hacernos resistencia. Sólo los habitantes de Betulia, menospreciando nuestro poder, se preparan a recibirnos incluso con armas»*. Dios, para disuadir a Holofernes de su pretensión de invadir Betulia, y además darle así una oportunidad de conversión, envió al campamento babilónico, desde el Monte Carmelo, al Profeta Jeremías, para responderle a las preguntas que él había hecho a sus principales capitanes acerca del Pueblo de Israel. He aquí que el Profeta Jeremías dijo a Holofernes: *«Si te dignas escucharme, yo te diré la verdad de este Pueblo»*. Y luego, el profeta, le hizo un resumen histórico de los orígenes del Pueblo de Israel, de su cautiverio en Egipto, de cómo fue liberado y guiado por Dios milagrosamente, de las conquistas, del gran imperio que llegó a formar y, sobre todo, de la protección de Dios sobre él cuando le fue fiel a sus Mandamientos y a sus planes divinos. Y finalmente, Jeremías dijo: *«Mira bien, Holofernes, lo que vas a hacer, pues los habitantes de la ciudad de Betulia, están implorando día y noche el auxilio del Dios Todopoderoso, para que le salve de las garras de tu ejército, el cual no podrá resistir al poder de Dios, por lo que vendrás tú y tus soldados a ser objeto de escarnio por parte de ese pueblo»*. Luego que acabó de hablar Jeremías, indignado Holofernes, dijo: *«¿Quién es este que dice que al rey Nabucodonosor I y a su poderoso ejército le pueden hacer frente y vencer los hijos de Israel, que son unos hombres casi sin armas, con poco valor y escasa pericia en el arte militar?»*. Y a su

vez, enfurecido sobremanera, dijo al profeta: «*Ya que has hecho de profeta diciéndonos que la ciudad de Betulia es defendida por su Dios, para hacerte ver que no hay otro dios fuera de Nabucodonosor I, después que los hayamos matado a todos sus habitantes, perecerás tú también al filo de mi espada y todo Israel será enteramente exterminado contigo, y sabrás por experiencia que Nabucodonosor I es el dios y señor de toda la tierra*». Y Holofernes mandó que prendiesen a Jeremías; y atado de pies y manos lo retuvieron en su campamento. No obstante, el Profeta Jeremías, siguió advirtiendo a Holofernes que, si osaban hacer sitio a la ciudad de Betulia, el Dios Todopoderoso de Israel les vencería. Finalmente, el profeta Jeremías vaticina a Holofernes su trágico final con estas palabras: «*Si sigues en tu obstinada ceguera, el Señor Dios de los Ejércitos, por medio de la espada del Monte Carmelo, cortará tu cabeza*». Holofernes, no pudiendo ya resistir la entereza e integridad de Jeremías y las maldiciones que, en nombre de Dios, lanzaba a él y a sus principales capitanes, inundado de pavor, mandó que lo desatasen y lo llevasen a las puertas de Betulia para que sus habitantes lo recogiesen; y así, dentro de la ciudad, ya no molestase más a él y a su ejército.

4. El día 22 de noviembre de aquel año 4551, cuando ya el Profeta Jeremías se hallaba dentro de la ciudad de Betulia, con abundantes lágrimas en los ojos refirió a sus habitantes todo cuanto había dicho a Holofernes, de cómo éste le había querido matar, de que le habían atado de pies y manos, y de cómo finalmente lo habían traído a la ciudad para quitárselo de encima y así no oír anatemas y vaticinios contrarios a sus propósitos. Todos los habitantes de la ciudad de Betulia, al ver a Jeremías y oír sus palabras, postraron su rostro en tierra y adoraron al Señor, diciendo entre abundantes lágrimas: «*Señor Dios del Cielo y de la tierra, mira la soberbia del ejército de Babilonia, y vuelve los ojos a nuestra humillación, y con tu poder haz ver a nuestros enemigos que no desamparas a los que confían en Ti y que abates a los que presumen de sí mismos y se jactan de su poder*». Y luego que cesó el llanto y la oración del pueblo, consolaron a Jeremías diciendo: «*El Dios de Israel, cuyo poder has publicado, saldrá en defensa de su pueblo, el cual verá la ruina de sus enemigos*». Después, el Profeta Jeremías se hospedó en la casa del Sumo Sacerdote Joaquín, que, además de regente del Reino era gobernador de la ciudad. A la caída de la tarde, fue convocado todo el pueblo, que pasó la noche en oración delante del Tabernáculo, pidiendo socorro al Dios de Israel.

5. El 23 de noviembre de aquel año 4551, o sea, ochenta días después de que Nabucodonosor I tomase y destruyese la ciudad de Nínive, Holofernes cercó con su ejército la ciudad de Betulia o Megido. Los hijos de Israel que vivían en aquella ciudad, viendo aquel numeroso ejército que les cercaba, postrados en tierra y echando cenizas sobre sus cabezas, rogaron unánimes al Señor Dios de los Ejércitos, que mostrase su misericordia para con su pueblo. Y a la vez, los soldados israelitas, tomaron las armas en defensa de la ciudad, con estrecha vigilancia.

Capítulo VII

El Santísimo Melquisedec reconquista todo el territorio perdido por el Pueblo de Israel

El 23 de noviembre de aquel año 4551, nada más comenzado el cerco de la ciudad de Betulia por el ejército de Holofernes, el Santísimo Melquisedec, bajo la figura de Invicto Guerrero, con los siete Arcángeles, legiones de Ángeles guerreros y soldados de Israel fieles a Dios, inició la reconquista de todos los territorios del Pueblo de Israel ocupados por reyes paganos y por el Antisumo Sacerdote Ozías. La reconquista duró treinta y dos días, coincidiendo con los mismos días del asedio de Betulia por Holofernes. La reconquista del Santísimo Melquisedec fue en cuatro períodos de ocho días, de la siguiente manera: los ocho primeros días, llevó a cabo la reconquista de todos los territorios del norte o septentrión, o sea, la parte ocupada por los filisteos, así como Líbano y Siria; los ocho días siguientes, reconquistó todos los territorios del sur o mediodía, o sea, Idumea y la península del Sinaí; los ocho días siguientes, reconquistó todos los territorios del este u oriente, o sea, los territorios ocupados por los moabitas, amonitas, madianitas, amalecitas, etc. así como la Arabia; y los ocho últimos días, reconquistó los territorios del oeste u occidente, o sea, la otra parte ocupada por los filisteos. Y dentro de estos treinta y dos días, conquistó también el resto del territorio de Israel en manos del Antisumo Sacerdote Ozías, que residía en Jerusalén, el cual fue matado por la espada del Santísimo Melquisedec. Durante los cuatro períodos de tiempo que el Santísimo Melquisedec dedicó a la reconquista de los territorios ocupados del Reino de Israel, además de realizar grandes campañas guerreras, llevó a cabo una gran labor de apostolado, predicando a todos los habitantes de esos territorios, para convertirlos al Señor Dios verdadero. Los innumerables conversos pasaron a formar parte del Pueblo de Israel; mas, los que no quisieron convertirse, unos murieron bajo las espadas de los ejércitos del Santísimo Melquisedec, y otros consiguieron huir, ya al otro lado del río Éufrates, ya a Egipto, etc. Tras la reconquista de Melquisedec, el territorio del Pueblo de Israel volvió a tener la misma extensión que el entregado por David a Salomón. En cada una de las zonas en que estuvo guerreando el Santísimo Melquisedec no hubo noche durante los ocho días de la conquista respectiva. Este milagro fue visto por todos los habitantes y favoreció mucho las conversiones. Mas, Holofernes y su ejército, a pesar de estas milagrosas señales, siguieron ciegamente obstinados en su afán de conquistar la ciudad de Betulia. A medida que el Santísimo Melquisedec fue reconquistando los territorios de Israel, estos experimentaron milagrosamente, en su naturaleza, una prodigiosa transformación, fecundidad y enriquecimiento. También, una vez más, los desiertos de Israel se convirtieron en frondosísimos bosques y en fertilísimos campos.

Capítulo VIII

En la ciudad cercada de Betulia cunden la aflicción y el abatimiento. La heroína Judit corta la cabeza del generalísimo Holofernes, derrota a su ejército y libera a Betulia del cerco enemigo

1. Holofernes iba estrechando cada vez más el cerco de Betulia ante la tenaz resistencia de sus habitantes. Había, incluso, cortado el acueducto que abastecía el agua a la ciudad, de manera que llegaron a agotarse las cisternas y depósitos. Dada, pues, la extrema escasez de bebida y alimentos para sobrevivir, cundió el desaliento entre muchos de los ciudadanos, y ellos acudieron en tropel al Sumo Sacerdote Joaquín para apremiarle con gran llanto, diciendo: *«Sea Dios juez entre tú y nosotros, pues eres el responsable de estos males, por no haber concertado la paz con los babilonios; he aquí que por eso Dios nos ha abandonado en las manos enemigas, sin que haya quien nos socorra en esta situación en que estamos abatidos por la sed, el hambre y la miseria. Entreguémonos todos voluntariamente al ejército de Holofernes; porque más vale vivir cautivos, que morir y ser el oprobio de todo el mundo después de que veamos expirar a nuestras esposas y niños»*. El Sumo Sacerdote Joaquín, que no estaba dispuesto en absoluto a entregar la ciudad al enemigo, dijo a todos que, confiando en la misericordia y en el poder de Dios, pidieran perdón de sus pecados, y oraran al Todopoderoso con insistencia. Y aquellos ciudadanos abatidos de Betulia estuvieron clamando a Dios por espacio de muchas horas, diciendo: *«¡Oh, Señor Dios de Israel! Hemos pecado, hemos cometido muchas maldades. Mas Tú, que eres piadoso, ten misericordia de nosotros, o al menos castiga Tú mismo nuestros delitos. Mas, no nos abandones en poder de un pueblo pagano que no te reconoce a Ti ni a los que te honran como el Dios verdadero; pues, si el enemigo se apodera de nosotros, dirán: '¿Dónde está el poder del Dios de Israel, de que tanto se habla?'»*. Y después de clamar y orar durante largas horas, ya casi extenuados, guardaron silencio. Y entonces, el Sumo Sacerdote Joaquín les dijo: *«Tened buen ánimo, hermanos míos, y esperemos de la misericordia del Señor, el cual hará brillar la gloria de su Santo Nombre»*; pues, el Sumo Sacerdote, que confiaba plenamente en el auxilio de Dios, jamás condescendió con el deseo de muchos del pueblo de que se entregase la plaza de Betulia a las huestes de Holofernes.

2. El viernes día 25 de diciembre de aquel año 4551, cuando ya habían transcurrido treinta y dos días del cerco de Betulia por el ejército de Holofernes, el Señor Dios de los Ejércitos impulsó a una valerosa mujer llamada Judit, para que fuera su instrumento victorioso en defensa de la ciudad.

3. Judit descendía de la tribu de José, tanto por la vía de Efraín a través de Merari su padre, como por la de Manasés a través de su madre. Había nacido en el año 4511, en la ciudad samaritana de Megido o Betulia. Judit, de singular hermosura, casó con Manasés, con quien tuvo seis hijos entre varones y varonas. Toda

la familia pertenecía a la Orden Tercera de los Esenios. Cuando murió Manasés, dejó a su esposa Judit una fortuna en oro, plata, siervos, ganados y campos. Judit, al enviudar, ingresó en calidad de religiosa esenia, dejando a su hijo mayor la custodia y cuidado de sus hijos menores. Judit, convirtió una de sus casas de Betulia en monasterio esenio, de cuya comunidad era la superiora. Junto a las otras religiosas carmelitas, llevaba vida de completa austeridad, entregada a la oración, y con ayunos y penitencias rigurosos.

4. La angustia de los ciudadanos de Betulia llegó de tal manera a traspasar el corazón de Judit, que ella pidió al Señor Dios Todopoderoso auxiliara a su pueblo de manera muy especial. Dios, compadecido de sus hijos, movió impetuosamente a Judit para que fuera el instrumento de sus divinos planes en favor de la ciudad. Cuando oyó Judit que muchos de Betulia preferían que se entregase la ciudad a Holofernes antes que perecer en el asedio, dijo a todos con sobrehumana firmeza y energía: *«¿Cómo tentáis al Señor Dios de los Ejércitos pidiendo la entrega de la ciudad? ¿Dónde está vuestra confianza en el auxilio divino? No es este el medio de atraer la misericordia de Dios; antes bien, lo es para provocar su ira y extender su furor. Por lo tanto, humillemos nuestras almas ante su acatamiento y sumamente contritos, como siervos suyos que somos, pidamos con lágrimas al Señor nos haga sentir los efectos de su misericordia, para que, así como la soberbia de sus enemigos ha llenado nuestro corazón de turbación y espanto, así nuestra humildad venga a ser para nosotros un motivo de gloria, ya que está con nosotros el Dios Todopoderoso de Israel»*. Al oír estas palabras, el Sumo Sacerdote Joaquín, que veía que Dios confirmaba sus pensamientos y deseos a través de la profetisa Judit, dijo sensiblemente conmovido: *«Judit, todo lo que has dicho es verdad, y no hay cosa que reprender de cuanto has hablado. Ahora, pues, ruega por nosotros, puesto que eres una religiosa santa y temerosa de Dios»*. Y todo el pueblo en su interior secundó las palabras dichas por Joaquín. Seguidamente, Judit dijo a todos: *«Así como reconocéis que es de Dios lo que acabo de decir, así reconoceréis también que es de Dios lo que tengo determinado ejecutar. Haced oración a Dios para que yo realice su designio. Para ello, saldré fuera de la ciudad con mi hermana religiosa Sonia. No os voy a revelar ahora mi proyecto, hasta que, una vez ejecutado, vuelva a vosotros. Mientras tanto, orad por mí y por mi compañera, a Dios Nuestro Señor»*. El Sumo Sacerdote, con viva voz, dijo en presencia de todos a Judit: *«Vete en paz, y el Señor sea contigo para vengarnos de nuestros enemigos»*.

5. Mas, antes de emprender su arriesgada misión, Judit, postrada delante del Tabernáculo portátil, clamó al Señor diciendo: *«Señor Dios de los ejércitos de Israel, levanta tu poderoso brazo contra el campamento de Holofernes y abate a nuestros enemigos, pues Tú eres nuestro Dios que, desde tiempo antiguo fortaleces los ejércitos de tu Pueblo cuando éste te ha sido fiel. Levanta, pues, tu santo brazo como tantas veces*

lo hiciste; y con tu infinito poder, desmorona la fuerza del ejército enemigo para que caiga por tierra el furor de ellos al golpe de tu ira, ya que pretenden profanar tu Tabernáculo. Haz, Señor, que la cabeza de ese soberbio Holofernes sea cortada con mi propia espada si no desiste del asedio de la ciudad. Infunde valor en mi corazón para destruirle, si no se convierte a Ti, porque sería un glorioso monumento a tu Santo Nombre el que sea derribado Holofernes por mano de una mujer. ¡Oh, Dios de los Cielos, Creador y Señor de todas las cosas! Oye la súplica de esta miserable que recurre a Ti, y lo espera todo de tu misericordia. Acuérdate, Señor, de tu alianza con nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob, y ponme Tú las palabras en la boca, y fortifica mi corazón en esta empresa, a fin de que tu Tabernáculo se mantenga siempre incólume y reconozcan las naciones todas que Tú eres el Señor Dios Verdadero y que no hay otro fuera de Ti».

6. Antes de salir para cumplir su misión, Judit, por mandato divino, vistióse de guerrero, y conforme al mismo mandato hizo igual la profetisa Sonia, que la iba a acompañar en tan heroica gesta; pues, el uniforme militar era lo más adecuado para cumplir una estratégica misión de guerra; y, además, lo más idóneo para que ellas pudieran ocultar su condición de varonas y así evitar la atracción que, como mujeres, pudieran despertar sobre los soldados. Si bien los respectivos ropajes guerreros de Judit y Sonia correspondían al ejército israelita, no obstante, puestos en ellas, se asemejaban a los correspondientes de las milicias celestiales del Señor Dios de los Ejércitos.

7. La valerosa Judit, de cuarenta años, cuyo nombre significa «*espada del Monte Carmelo*», con la otra religiosa Sonia, cuyo nombre significa «*escudo y parapeto del Monte Carmelo*», salieron de la ciudad de Betulia vestidas de hombres guerreros y se encaminaron al campamento de Holofernes, portando ambas, como únicos medios para ejecutar los planes, la fe en el Dios de Israel, la espada envainada y una mochila vacía, ya que no llevaban ni vino ni comida alguna. A la llegada de Judit y su compañera, los centinelas enemigos cayeron desmayados al ver el gran resplandor que rodeaba a esos dos aparentes guerreros de rostros barbilampiños. Judit, acompañada de Sonia, penetró en la tienda de Holofernes, quien, entre otros muchos vicios, era dado al exceso de bebida, así como a los placeres sexuales tanto con mujeres como con hombres. En la misión de Judit se abrigan varias esperanzas: una, que Holofernes, por temor a Dios, levantara el cerco; otra, que Holofernes y su ejército se convirtieran al verdadero Dios; y otra, que Holofernes siguiera en su obstinada ceguera, en cuyo caso ella tendría que vencerle cortándole la cabeza.

8. Una vez en la presencia de Holofernes, la virtuosa y valiente Judit, dijo al generalísimo: «*Yo, en nombre del Dios de Israel, a quien sirvo con fidelidad, y para bien de mi Pueblo al que ayudo con sincera y leal entrega, vengo, Holofernes, a comunicarte que desistas cuanto antes del asedio y de la pretendida conquista de Betulia, pues el Señor Dios Todopoderoso*

so dará la victoria a su Pueblo. Tú y tus huestes nada podrán contra el infinito poder del Señor Dios de los Ejércitos. Él nos asiste y protege con paternal amor. Humilla, pues, tu cabeza, oh Holofernes, ante el Dios Verdadero. A tiempo estás de retirarte». Estas palabras las pronunció Judit en su idioma hebreo y con su natural voz femenina; mas, Holofernes las oyó en su idioma babilónico y con su propia voz masculina; lo cual es un fenómeno sobrenatural que sucede con cierta frecuencia en el caso de los místicos y profetas, como era el de Judit. Mientras Judit y Sonia se hallaban ante el satánico Holofernes, estaban acompañadas espiritualmente por las cinco profetisas religiosas esenias principales del convento de Megido, que eran Hulda, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza; las cuales, en su monasterio, permanecían en oración para alcanzar el feliz éxito de la misión de Judit.

9. El perverso Holofernes, generalísimo del ejército del poderoso rey Nabucodonosor I, ante la majestuosa y varonil belleza de los dos aparentes guerreros de rostros barbilampiños, quedó prendado y enamorado de Judit, creyéndola varón. Al oír las advertencias de Judit, Holofernes, que en ningún momento estuvo dispuesto a cumplirlas, no aspiró a otra cosa que satisfacer sus deseos sensuales con quien pensaba era un soldado aguerrido, y no una virtuosa mujer, ya que había ocultado sus atractivos femeninos bajo el uniforme de soldado por razones de modestia y táctica militar. En ningún momento, la virtuosísima y castísima Judit cayó en la cuenta de que Holofernes se sentía atraído hacia ella considerándola como hombre.

10. Holofernes, resuelto a gozar de Judit, a quien tomaba por un varón atractivo, mandó a sus criados trajesen abundante vino para que bebiesen los dos aparentes soldados, pensando que aceptarían su invitación y que ello facilitaría su lujurioso plan. Mas, como Judit y Sonia rechazaron despectivamente las copas de vino que les ofrecía Holofernes, éste, que era muy dado a beber con exceso, comenzó a hacerlo desmesuradamente, a fin de estimularse más para el placer y, al mismo tiempo, provocar a ellas a que bebiesen. Pero Judit, revestida de valor, dijo a Holofernes con gran entereza: «*Tú, generalísimo Holofernes, en vez de meditar en el mensaje que te traigo de parte de mi Dios para que lo ejecutes con prontitud, ¿te pones a beber vino con exceso?, ¿cómo es posible que tú, máximo responsable de un ejército, te des a la bebida desmesuradamente?, ¿cómo podrás dirigir bien este campamento si llegas a estar ebrio? Además, ante esta situación de guerra, ¿te atreves a tomar tanto vino?, ¿no temes que vas a perder la razón? ¿No piensas, Holofernes, que ante los avisos que te traigo del Señor Dios de los Ejércitos, si no los cumples, te puede ser cortada la cabeza?*». Todas estas sabias exhortaciones, y más, que le hacía Judit inspirada por Dios, no eran escuchadas por Holofernes; ya que todo su deseo era beber vino y provocar a sus dos visitantes a que bebiesen, a fin de emborracharles, o al menos, debilitarles la voluntad, para llevar a cabo su plan lujurioso. Holofernes, con tremendas risotadas en las que dejaba en-

trever su lujuriosa pasión, siguió bebiendo y bebiendo, a pesar de que Judit le hacía esta advertencia diciendo: «*Si sigues bebiendo, tu cabeza va a rodar por el suelo, pues la espada del Monte Carmelo te la va a cortar*». Holofernes, que se había recostado en el catre en que solía descansar, llegó a tal estado de embriaguez, que perdió completamente el conocimiento. Y Judit, que con gran honradez y rectitud había hecho lo posible para disuadir a Holofernes a fin de que abandonara con su ejército el cerco de Betulia, convencida de que todo sería inútil, ya que se hallaba completamente embriagado, se decidió a darle muerte.

11. Mas, antes de hacerlo, Judit oró al Señor Dios diciendo: «*Dame valor, oh Señor Dios de los Ejércitos, para que con mis manos lleve felizmente a cabo esta empresa, y Tú seas ensalzado en medio de tu Pueblo, y tu Poder llene de pavor a los enemigos de Israel*». Acabada su plegaria, desenvainó su propia espada; y asiendo a Holofernes por los cabellos, oró así al Señor: «*Oh Dios mío, dame valor en este trance*; y, sin vacilar, de un certero tajo, cortóle la cabeza. Luego Judit, ayudada por Sonia, introdujo la cabeza del tirano dentro de su mochila, y ambas salieron de la cámara de Holofernes llevando consigo su cabeza, sin hallar dificultad alguna a su paso, ya que Dios había sumido en un profundo sueño a los soldados y centinelas que podían poner dificultades para que saliesen libremente del campamento.

12. Cuando Judit, con su compañera, llegó a la puerta de la ciudad de Betulia, gritó a los centinelas de las murallas diciendo: «*Abrid las puertas, porque Dios es con nosotros y ha obrado una maravilla en Israel*». Cuando los centinelas reconocieron su voz, llamaron al Sumo Sacerdote Joaquín, al Profeta Jeremías, a los ancianos de la ciudad y al pueblo, para que todos viniesen. Judit, ya dentro de Betulia, subiendo a un sitio elevado, mandó guardar silencio, y habló de esta manera: «*Alabad, oh Pueblo de Israel, al Señor Dios nuestro, que no ha desamparado a los que han puesto en Él su confianza, y por medio de mí, esclava suya, ha dado una muestra más de aquella misericordia que prometió a la casa de Israel, y ha quitado la vida por mi mano a Holofernes, el enemigo de nuestro Pueblo*». Y sacando de la mochila la cabeza del tirano, la mostró diciendo: «*Mirad la cabeza del diabólico Holofernes, generalísimo del ejército de Babilonia, que ha sido decapitada por Dios a través de las manos de esta pobre mujer. Alabad todos al Dios de Israel por su Suma Bondad y porque es eterna su Misericordia*». Entonces, todos, adorando al Señor, dijeron a Judit: «*El Señor Dios ha derramado sobre ti sus bendiciones; pues, por medio de su poder, tú has aniquilado a nuestros enemigos*». Los vítores y aclamaciones, mezclados con lágrimas de gratitud al Todopoderoso, se repetían sin cesar en la ciudad de Betulia. Judit, dirigiéndose al Profeta Jeremías, le dijo: «*El Dios de Israel, de quien tú testificaste que sabe tomar venganza de sus enemigos, Él mismo ha cortado, por mi mano, la cabeza del caudillo de los ejércitos de Babilonia*». Y el Profeta Jeremías, con gozo inenarrable, dijo:

«*Bendito sea el Señor Dios de los Ejércitos, que dirigió tu mano para cortar la cabeza de Holofernes*». El Sumo Sacerdote Joaquín, conmovido en extremo, dijo a Judit: «*Bendito sea el Señor Todopoderoso, Creador del Cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza del jefe de nuestros enemigos y bendita eres tú, oh hija mía, del Señor Dios Altísimo*». Y toda la muchedumbre presente dijo: «*Amén. ¡Aleluya, aleluya, aleluya!*».

13. Judit mandó colgar la cabeza de Holofernes en lo alto de uno de los torreones de la muralla, y dio orden de batalla. El ejército de Israel, con sus armas, al son de las trompetas, salió impetuosamente de la ciudad para luchar contra el ejército enemigo. Y alarmado éste por aquel imprevisto movimiento de ataque, uno de sus generales fue a dar aviso a Holofernes, a quien creían profundamente dormido; mas, cuál no sería su sorpresa al ver que se hallaba tendido en el suelo decapitado, en medio de un charco de sangre. Cuando cundió la noticia de la muerte de Holofernes entre los soldados babilónicos, fue tan espantosa la confusión, que, sobrecogidos de terror, abandonaron de súbito el campamento, dándose a la fuga. Pero, los valerosos soldados de Betulia les siguieron, llevando a cabo en el ejército enemigo una gran mortandad y apoderándose de un inmenso botín. Hubo, sin embargo, soldados del ejército babilónico que se convirtieron al verdadero Dios y otros que lograron escapar vivos fuera del territorio de Israel.

14. La profetisa Judit, cortando la cabeza del soberbio Holofernes, es figura de la Inmaculada Virgen María quebrantando la cabeza de Satanás, el dragón infernal, la antigua serpiente.

Capítulo IX

El Santísimo Melquisedec unge a la Profetisa, Religiosa y Heroína Judit, Caudilla del Pueblo de Israel

1. El mismo viernes 25 de diciembre de aquel año 4551, después de que Judit cortara la cabeza a Holofernes y fuese derrotado completamente su ejército, el Santísimo Melquisedec, acompañado de los siete Arcángeles, de las legiones de Ángeles y de los soldados israelitas que le habían seguido en la reconquista de los territorios del Pueblo de Israel, entró triunfante y glorioso en la ciudad de Betulia, en medio de las enervadas aclamaciones de sus habitantes. Aquel glorioso viernes, día 25 de diciembre del año 4551, el Santísimo Melquisedec, en presencia de la multitud, ungió a la Profetisa, Religiosa y Heroína Judit, Caudilla de todo el extenso territorio del reino de Israel, sin necesidad de juramento alguno. La Santísima Esenia, si bien no se manifestó visiblemente en la reconquista de los territorios del Pueblo de Israel, no obstante entró visiblemente en Betulia acompañando al Santísimo Melquisedec con todo el séquito. Después de la unción de Judit, el Santísimo Melquisedec, así como la Santísima Esenia, los siete Arcángeles y las legiones de Ángeles que le habían acompañado, de súbito desaparecieron de la presencia de todos.

2. La inmensa muchedumbre que había presenciado la unción de Judit como Caudilla del Pueblo de Dios, aclamaba a la Heroína con estos elogios: *«Tú eres la gloria de Israel, tú la alegría de Betulia, tú la honra de nuestro Pueblo»*. Entonces Judit, cantó al Señor sus alabanzas diciendo, entre otras cosas: *«Entonad todas las alabanzas del Señor Dios de Israel al son de panderos y címbalos, cantad en honor suyo un nuevo y armonioso salmo y ensalza e invocad su Santo Nombre. Él es el que derrota a los ejércitos. Su nombre es el Altísimo Todopoderoso, el Señor Creador del cielo y la tierra. Cantémosle al Señor Dios de los Ejércitos un himno nuevo: ¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria! ¡Oh, Señor mío, Tú eres el grande y muy glorioso por tu infinito poder, y nadie puede sobrepujarte!. Obedézcanle todas las criaturas, pues fueron hechas con un solo decir suyo»*. Judit, Profetisa, Religiosa, Heroína y Caudilla del Pueblo de Israel, de cuarenta años de edad, comenzó su Caudillaje el 25 de diciembre del año 4551, tras ser ungida por el Santísimo Melquisedec. Tres horas después, ese mismo día, murió santamente en Betulia el Sumo Sacerdote Joaquín, lleno de gozo inenarrable. A su muerte, su virtuoso hijo Arquías le sucedió en el cargo de Sumo Sacerdote.

Capítulo X

Judit, Caudilla del Pueblo de Israel. Muerte de Judit

1. Cuando Judit comenzó su caudillaje, el extenso territorio del Pueblo de Israel se hallaba restablecido espiritualmente, merced a la intensa labor de reconquista, celoso apostolado y exterminación de toda idolatría, llevado a cabo por el Santísimo Melquisedec.

2. Judit, antes que nada, se preocupó de restaurar el Templo de Jerusalén, deteriorado en el reinado del impío Manasés y el cisma de los tres reyes. Para esta importante labor, empleó un año y tres meses, espacio de tiempo en que siguieron celebrándose aún los cultos en el Tabernáculo portátil instalado en Betulia. Durante la restauración del Templo de Dios de Jerusalén, la Profetisa Hulda, mujer viuda y religiosa esenia que vivía en el convento de Betulia y luego vino a Jerusalén con Judit y las otras religiosas, halló en una de las dependencias del Templo el Libro histórico-profético de Enoc, perdido desde mucho tiempo atrás. En dicho libro Enoc había escrito todo lo acaecido en el Pueblo de Dios hasta que fue arrebatado al Planeta de María, y además había vaticinado todo lo porvenir hasta el fin de los tiempos. La Profetisa Hulda, de parte de Dios, entregó el Libro de Enoc al Sumo Sacerdote Arquías; quien, en presencia de la Caudilla Judit y del príncipe heredero Josías, así como de los sacerdotes, ancianos y príncipes del pueblo, leyó gran parte de su contenido, sobre todo, lo que concernía al futuro de la monarquía del Pueblo de Israel. Y como muchos de sus vaticinios eran difíciles de entender, Arquías solicitó de la Profetisa Hulda le aclarase algunos de los relaciona-

dos con el niño Josías y las calamidades que acaecerían al Pueblo de Israel; en especial, la destrucción del Templo de Jerusalén y el cautiverio de Babilonia. La Profetisa Hulda, tras consultar con el Señor Dios, comunicó al Sumo Sacerdote Arquías, a Judit, a Josías y demás, la respuesta de Dios: *«Esto dice el Señor Dios de Israel: Decid lo siguiente a la persona que os ha enviado a Mí: 'He aquí que Yo permitiré sobre Jerusalén y todo el territorio del Pueblo de Israel, las calamidades escritas en el Libro de Enoc; mas, dichos castigos no sucederán durante el reinado del futuro rey Josías, sino a consecuencia de las idolatrías y demás abominaciones en que, después de su muerte, incurrirá de nuevo mi Pueblo'»*.

3. En el año 4553, cuando se hallaba ya restaurado el Templo de Jerusalén, Dios, a través del Profeta Jeremías, mandó al Sumo Sacerdote Arquías que trasladase el Arca de la Alianza desde Betulia a Jerusalén; y, además, que el Tabernáculo portátil de Betulia fuera desmontado y guardado en el Monte Carmelo. En el mes de febrero de aquel mismo año, el Arca de la Alianza, desde Betulia, fue llevada a hombros de los sacerdotes, presididos por el Sumo Sacerdote Arquías, por la Caudilla Judit y por el príncipe heredero Josías, de diez años de edad. El séquito estaba formado por los sacerdotes, los ministros levitas, los ancianos y los príncipes de Israel. El Arca de la Alianza entró con gran solemnidad por la Puerta Dorada del Templo bajo el sonido de las trompetas y el cántico coral armonizado por los acordes de los instrumentos sagrados. Una gran multitud de fieles se congregaron para presenciar el entrañable acontecimiento. El Sumo Sacerdote Arquías entronizó de nuevo el Arca Sagrada en el Santo de los Santos.

4. Con el traslado del Arca de la Alianza al Templo de Jerusalén, se restableció en él el culto divino tras veinte años de celebrarse en el Tabernáculo portátil de Betulia. En el mes de marzo de aquel año se celebró la solemnidad de la Pascua, para cuya fiesta acudieron al Templo de Jerusalén multitudes de fieles del Pueblo de Dios procedentes de todo el extenso territorio del Reino de Israel. En los ocho días que duró la solemne fiesta de los ácidos, fueron ofrecidos en el altar de los holocaustos del Templo de Jerusalén, un gran número víctimas animales, por el Sumo Sacerdote Arquías y demás sacerdotes. La fiesta de la Pascua de aquel año 4553, fue una de las más gloriosas y solemnes de Israel.

5. Durante los casi ocho años del Caudillaje de Judit, el extenso territorio del Pueblo de Israel vivió en perfecta paz. La Profetisa y Caudilla Judit murió santamente en el convento esenio de Betulia, el día 12 de octubre del año 4559, a los cuarenta y ocho años de edad, tres días antes de la llegada de los deportados del antiguo reino de Samaria y que se hallaban cautivos en el antiguo imperio ninivita. Judit fue enterrada con gran solemnidad en el Monte Carmelo.

6. En el relato histórico de la Profetisa y Caudilla Judit, damos la verdadera versión de su vida, de su gesta heroica y de su caudillaje sobre el Reino de Is-

rael, quedando así desautorizadas las manipulaciones bíblicas llevadas a cabo por perversos sacerdotes levíticos del Templo de Jerusalén.

Capítulo XI

Los israelitas deportados al imperio ninivita retornan al territorio del Reino de Israel reunificado. Muerte de Tobías el Joven

1. En el año 4559, cuando Nabucodonosor I, rey de Babilonia, estaba residiendo temporalmente en la reconstruida ciudad de Nínive, Dios le envió al Profeta Ado, en compañía de Tobías el Joven, para decirle por boca del profeta: *«No es suficiente que mi pueblo tenga libertad de movimiento en tus territorios, sino que has de permitirle que retorne a la reunificada tierra de Israel»*. Ante esta petición, el rey Nabucodonosor I puso esta condición: *«Si en treinta y dos días es curado por tu Dios mi hijo Nabucodonosor, que está enfermo de muerte y al que ninguno de mis dioses ha podido curar, entonces accederé a tu petición»*. En aquel mismo año 4559, cumplido el plazo de los treinta y dos días, Dios curó al futuro Nabucodonosor II, hijo de Nabucodonosor I y padre de Nabucodonosor III. En aquel mismo año 4559, tras la milagrosa curación del futuro rey Nabucodonosor II, con plena libertad los israelitas de la deportación del imperio ninivita, retornaron, con el Profeta Ado y Tobías el Joven, a la reunificada tierra de Israel. Desgraciadamente, una buena parte del Pueblo de Dios que retornaba, estaba contaminada por el ambiente pagano en el que había vivido.

2. Por tanto, el día 15 de octubre del año 4559, transcurridos los setenta años que duró la cautividad en el antiguo imperio ninivita de los habitantes de Samaria, y tres días después de la muerte de la Caudilla Judit, retornaron a la reunificada tierra de Israel, con el Profeta Ado y Tobías el Joven, los que habían sido deportados. El Profeta Ado, de la tribu de Efraín, había nacido en dicha cautividad.

3. El Profeta Elías, en compañía de Enoc y Moisés, después de su arrebatamiento al Planeta de María, retornó a la tierra, entre muchas otras veces, en el año 4559, cuando los habitantes del antiguo reino de Samaria volvieron de la cautividad del antiguo imperio ninivita con el profeta Ado.

4. Tobías el Joven, Anciano de Madián, entró en la tierra de Israel con su esposa Sara, Anciana de Madián, hijos varones y varonas, yernos y nueros, nietos varones y varonas, y se estableció en Betulia, ciudad natal de su padre. Tobías el Joven llegó a conocer a sus biznietos varones y varonas, tataranietos varones y varonas, y retataranietos varones y varonas; entre estos últimos, a Mardoqueo, tío de Ester.

5. Tobías el Joven murió santamente en el año 4612 a la edad de ciento doce años, diecisiete años antes de la deportación de Babilonia, y fue enterrado en Betulia. Mardoqueo, retataranieto de Tobías el Joven y tío de Ester, reina de los persas, tenía veinticinco años cuando fue deportado a Babilonia, en el año 4629.

Capítulo XII

Josías, cuarto rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. El rey Josías conquista el extenso Reino de Cilicia. Muerte de la virtuosa reina Hebronia. Muerte de Josías

1. El día 20 de octubre del año 4559, tras ocho días de duelo por la muerte de la Caudilla Judit, Josías, a la edad de dieciséis años, en presencia del virtuoso Sumo Sacerdote Arquías, del Consejo de Ancianos, de los príncipes y cortesanos, y de un gran gentío, fue ungido rey por el Profeta Jeremías ante la Puerta Dorada de Jerusalén, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto al Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Todos, con gran júbilo, aclamaron: *«¡Viva Josías, rey de Israel!»*. Josías, que era un varón piadoso, continuó la obra de Judit manteniendo el espíritu de piedad y de justicia en todos sus dominios, sin desviarse del recto camino. Josías, pues, completó magistralmente la gran obra comenzada por la Caudilla Judit.

2. En el año 4562, tercero del reinado de Josías, el Profeta Jeremías, de parte de Dios, comunicó al rey lo siguiente: *«Etrusco, rey de Cilicia, con un poderoso ejército avanza hacia el territorio israelita de Siria para invadirlo. Levántate, Josías, con tu poderoso ejército, y sal al encuentro del rey Etrusco, que el Señor Dios de los Ejércitos te lo entregará con los cilicios. Tú deberás matar a todos aquellos que no se conviertan al verdadero Dios, destruirás todos los ídolos y altares de Cilicia, comenzando por el templo en honor de la idola Diana, levantado en Tarso, capital de Cilicia»*. Josías, obedeciendo la orden del Señor Dios de los Ejércitos a través del Profeta Jeremías, se encaminó a Cilicia, libró una gran batalla contra los ejércitos cilicios, causó una gran mortandad en las huestes enemigas y, con su propia espada, mató a Etrusco, rey de Cilicia. Además, Josías, conquistó todo el extenso territorio del reino de Cilicia, que quedó incorporado a su corona del Reino de Israel reunificado. Muchos de los cilicios se convirtieron al verdadero Dios, otros fueron exterminados por su obstinación en la idolatría y otros consiguieron huir a otros países fuera de los límites del territorio del Reino de Israel. El rey Josías quitó de Cilicia todas las abominaciones de la impiedad, de tal manera que su fama se extendió por muchos países. El reinado de Josías fue de completa paz, con excepción de la guerra contra Cilicia fuera del hasta entonces territorio de Israel.

3. En el año 4563, la virtuosa reina Hebronia, esposa del rey Josías, murió dando a luz a su hijo menor, el futuro rey Joacaz.

4. El 8 de septiembre del año 4583, tras casi veinticuatro años de glorioso reinado, murió santamente Josías, de muerte natural, en su cama del palacio de Jerusalén, a los cuarenta años de edad. Antes de su muerte, había nombrado heredero en el trono de Israel a su hijo Joacaz, que, aunque no era el mayor, fue el que vio más obediente y apto para ser rey; pues, todo hijo primogénito no tenía el derecho de heredar el trono por el hecho de serlo, ya que los reyes tenían la potestad de

elegir a su heredero entre sus hijos. Josías fue enterrado en el panteón real del Monte Sión.

Capítulo XIII

Joaquaz, quinto rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Muerte de Joacaz

1. En el año 4583, comenzó a reinar Joacaz, de veinte años de edad, hijo de Josías y Hebronia. Transcurridos los treinta días de duelo por la muerte de su padre, Joacaz fue ungido en Jerusalén por el Profeta Jeremías, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico.

2. Joacaz heredó de su padre todo el extenso territorio que él había recibido de la Caudilla Judit, y además el territorio de Cilicia conquistado por la espada de Josías.

3. El perjurio Joacaz se destacó por su impiedad e idolatría; pues, volvió a propagar por todo su reino el culto a los ídolos, levantando a ellos multitud de altares, tanto en el Templo de Jerusalén como en la misma ciudad y en todo el extenso territorio de Israel. Su perversidad llegó a tal aberración, que se erigió a sí mismo una estatua en el Templo de Jerusalén para ser adorado como dios. En varias ocasiones fue corregido por Dios a través del Profeta Jeremías, quien, además, le vaticinó que moriría en la más desesperada impiedad, si no volvía sus ojos al Señor Dios de Israel, destruía los ídolos y sus altares, que había levantado, y abandonaba sus corrompidas costumbres. Mas, a pesar de las exhortaciones y vaticinios de Jeremías y de otros profetas, Joacaz no enmendó por eso su vida; antes al contrario, se obstinó más en el mal, ya que persiguió a los seguidores del Dios verdadero y martirizó a muchos profetas y sacerdotes del Señor.

4. En el último año del reinado de Joacaz, por permisión divina, y como castigo al rey y al pueblo, comenzaron a ser invadidos algunos de los territorios del reino de Israel por herederos de antiguos reyes paganos.

5. En el año 4590, el rey Joacaz fue herido por Dios a través de una terrible enfermedad intestinal, saltando sus entrañas por los aires; por lo que murió en Jerusalén ese mismo año en la más desesperada humillación e ignominiosa impiedad, tras haber reinado siete años. Los múltiples trozos de su cuerpo reventado, fueron barridos como se barre el estiércol, y seguidamente quemados. Joacaz murió sin dejar descendencia alguna; por lo que ocupó la corona del Reino de Israel su hermano mayor Joaquín, hijo primogénito del rey Josías.

Capítulo XIV

Joaquín, sexto rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Invasión del reino de Israel por el rey Nabucodonosor II.

Primera deportación de israelitas a Babilonia.

Muerte de Joaquín

1. En el año 4590, comenzó a reinar Joaquín, hijo primogénito de Josías y Hebronia, y fue ungido rey en Jerusalén por el Profeta Oseas, tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. Joaquín

siguió los perversos caminos de su difunto hermano Joacaz. En el primer año de su reinado, Dios quiso dar al rey Joaquín oportunidades de conversión, enviándole muchas veces al Profeta Oseas para que le exhortase y le vaticinara los desastres que le sobrevendrían pronto si no se corregían tanto él como su pueblo. Todas estas correcciones y avisos de Dios, fueron despreciados por el perverso rey, quien llegó a tal grado de impiedad que se erigió a sí mismo una estatua en el Templo de Jerusalén para ser adorado como dios. Al igual que su hermano Joacaz, persiguió a los adoradores del Dios verdadero y martirizó a muchos profetas y sacerdotes del Señor.

2. En el año 4591, Dios castigó la idolatría y corrupción de su Pueblo permitiendo que Nabucodonosor II, rey de Babilonia, invadiese el Reino de Israel. Y aunque el perverso rey Joaquín le salió al encuentro con su ejército, Nabucodonosor II, mucho más poderoso, tras haberle vencido, conquistado muchas ciudades, y de haber llevado a cabo una gran mortandad entre la población, cautivó, de todo el Pueblo de Israel, a tres mil quinientas personas, entre varones y varonas, de todas las edades, a quienes llevó prisioneros, siendo ésta la primera deportación de israelitas a Babilonia. Dios, a la espera de que Joaquín y su pueblo se convirtiesen con este castigo, no permitió que, por entonces, desapareciese el Reino de Israel, por lo que impulsó a Nabucodonosor II a que abandonara parte del territorio que no había conquistado.

3. Durante los diecisiete años que Joaquín siguió reinando en el ya mermado territorio de Israel, por permisión divina, y como castigo al rey y al pueblo, fueron invadidos otros territorios del reino de Israel por herederos de reyes paganos.

4. En el año 4608, el rey Joaquín fue herido por Dios a través de una terrible enfermedad intestinal, saltando sus entrañas por los aires; por lo que murió en Jerusalén ese mismo año en la más desesperada humillación e ignominiosa impiedad, tras haber reinado dieciocho años. Los múltiples trozos de su cuerpo reventado, fueron barridos como se barre el estiércol, y seguidamente quemados. Le sucedió en el trono de Israel su hijo Jeconías.

Capítulo XV

Jeconías, séptimo rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Segunda invasión del Reino de Israel por el rey Nabucodonosor II. Segunda deportación de israelitas a Babilonia.

Muerte de Jeconías

1. Jeconías, hijo de Joaquín, comenzó a reinar en el año 4608, a los dieciséis años de edad, y fue ungido rey en Jerusalén por el Profeta Oseas tras que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico. El también perjurio Jeconías siguió los perversos caminos de su padre y de su tío. Y aunque fue muchas veces corregido por Dios a través de Oseas y otros profetas, que le vaticinaron los desastres que durante su reinado

sucedieran si no rectificaba su perversa conducta, no escuchó las correcciones y avisos divinos; llegando a tal grado de impiedad que se erigió a sí mismo una estatua en su honor en el Templo de Jerusalén para ser adorado como dios. Jeconías, al igual que su padre y su tío, persiguió a los adoradores del Dios verdadero y martirizó a muchos profetas y sacerdotes del Señor.

2. En el año 4615, Dios volvió a castigar la idolatría y corrupción de su Pueblo permitiendo que otra vez Nabucodonosor II, invadiese el Reino de Israel. El rey de Babilonia, tras haber conquistado otras muchas ciudades y de haber llevado a cabo una gran mortandad entre la población, cautivó, de todo el Pueblo de Israel, a otros tres mil quinientos prisioneros, entre varones y varonas, de todas las edades, y se los llevó deportados a Babilonia. Dios, a la espera que Jeconías y su pueblo se convirtiesen con este castigo, no permitió que tampoco por entonces desapareciese el Reino de Israel, por lo que impulsó a Nabucodonosor II a que abandonara la parte del territorio que no había conquistado. Sin embargo, el rey de Babilonia hizo tributario suyo al rey Jeconías, con la obligación de pagarle anualmente cuantiosos tributos.

3. Jeconías siguió reinando durante tres años en el cada vez más mermado Reino de Israel. Jeconías y su perversa esposa Raquel, un mes antes de la muerte del rey, concibieron a su hijo Salatiel, del cual siguió la línea sucesoria a Cristo.

4. En el año 4618, el rey Jeconías fue herido por Dios a través de una terrible enfermedad intestinal, saltando sus entrañas por los aires; por lo que murió en Jerusalén ese mismo año en la más desesperada humillación e ignominiosa impiedad, tras haber reinado diez años. Los múltiples trozos de su cuerpo reventado, fueron barridos como se barre el estiércol, y seguidamente quemados. A la muerte de Jeconías, le sucedió legalmente en el trono de Israel su tío Sedecías, hermano de Joaquín y Joacaz, hijos los tres del rey Josías.

Capítulo XVI

Sedecías, octavo y último rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Los profetas Jeremías, Ezequiel y Oseas, entre otros, vaticinan la inmediata destrucción de Jerusalén y su Templo

1. En el año 4618 comenzó a reinar Sedecías, segundo hijo de Josías y Hebronía, y fue ungido rey en Jerusalén por el Profeta Jeremías, después de que prestara el ritual juramento de defender el culto del Señor Dios de los Ejércitos y perseguir el culto idolátrico.

2. El rey Sedecías superó en maldad a sus tres antecesores en el trono de Israel por su idolatría, crueldad y excesos de todo tipo. Y como ya la idolatría estaba extendida profusamente en el Templo de Dios, en la ciudad de Jerusalén y por todo el Reino de Israel, el impío Sedecías, no sabiendo ya cómo colmar sus desvaríos idolátricos, hizo pintar en las paredes del interior y exterior del Templo de Jerusalén los numerosos ídolos que habían sido adorados por los del Pueblo de

Israel durante aquellos muchos años en que se entregaron a la idolatría. El Profeta Jeremías, enviado por Dios, con la autoridad de que estaba revestido, reprendió enérgicamente las abominaciones del rey Sedecías y de su pueblo; y les amenazó que, si no se corregían, Dios haría caer de nuevo su Justa Ira sobre Israel, y ahora con mayores estragos, permitiendo, incluso, la destrucción de la ciudad de Jerusalén y su sagrado Templo. Ya mucho antes Jeremías había profetizado la total destrucción de Jerusalén y el duro cautiverio que, por espacio de setenta años, sufrirían en Babilonia los israelitas; mas, a pesar de los vaticinios del profeta, su pueblo siguió obstinado en sus abominaciones.

3. Mientras Jeremías clamaba en Jerusalén sufriendo con gran paciencia los desprecios, insultos y persecuciones de los de su propio pueblo, a su vez los profetas Ezequiel, Oseas y otros, con energía vaticinaban, también, la ya cercana desolación del Reino de Israel y el desastroso fin del impío Sedecías. El mismo Ezequiel, clamaba así: *«¡Ay del Reino de Israel a causa de sus inicuas abominaciones!, porque han de perecer al filo de la espada y de hambre y de peste. El fin llega, ya llega el fin por los cuatro lados del país. El rey que estará en Jerusalén durante el cerco de la ciudad, será conducido a Babilonia, pero no la verá porque le quitarán los ojos, y allí morirá. Y muchos del Pueblo de Israel serán cautivos y dispersados por los distintos territorios del imperio babilónico»*.

Capítulo XVII

La Triple Bendición, el Arca de la Alianza y el Fuego Sagrado son sacados del Templo de Dios antes del cerco de Jerusalén

Antes del cerco de Jerusalén por Nabucodonosor III:

1. El Santísimo Profeta Malaquías, que es el Espíritu Santo, sacó del Arca de la Alianza la Triple Bendición y la llevó a la Cueva de Elías del Monte Carmelo, quedando bajo la custodia de los Esenios. Allí permaneció hasta que el Templo de Jerusalén fue reconstruido ciento dieciocho años después de su destrucción, siendo transportada nuevamente al Templo por el Santo Profeta Ageo.

2. El Profeta Jeremías, por mandato de Dios, y con la ayuda del ejército angélico, de sacerdotes fieles y de religiosos esenios, sacó secretamente del Templo de Jerusalén el Arca de la Alianza y la escondió en el Monte Nebo en la misma cueva desde donde Moisés fue trasladado al Planeta de María. Esta Arca Sagrada no volverá a aparecer hasta la conversión del Pueblo Judío al fin de los tiempos.

3. Los sacerdotes temerosos del Señor, tomaron el Fuego Sagrado que estaba sobre el altar del Templo de Jerusalén y lo escondieron en un pozo profundo y seco que había en un valle. Después de dicho cautiverio, fue encontrado allí por Nehemías, no ya en forma de fuego, sino como agua grasa, sacado por orden suya y colocado otra vez en el Templo que estaba reconstruyéndose, volviendo a tomar milagrosamente la forma de fuego.

Capítulo XVIII

Nabucodonosor III cerca la ciudad de Jerusalén. Tercera y última deportación de israelitas a Babilonia. El rey Sedecías es llevado cautivo a Babilonia. Destrucción de Jerusalén y del Templo de Dios. El Profeta Jeremías se lamenta ante las ruinas de la ciudad de Jerusalén y de su Templo

1. En el año 4627, noveno de su reinado, Sedecías se rebeló contra Nabucodonosor III, con ánimo de sacudir el yugo de los fuertes tributos que había impuesto a Israel. Por permisión divina, el rey de Babilonia, para vengar la rebelión del rey Sedecías, se puso al frente de su ejército e invadió el territorio de Israel; a su paso, fue arrasando ciudades y matando a muchos de sus habitantes, hasta caer impetuosamente sobre Jerusalén, poniéndole sitio. Sedecías, con su ejército y los numerosos ciudadanos de Jerusalén, no por la gloria de Dios, sino por intereses meramente materiales, estuvieron resistiendo dentro de la ciudad, después de haber sido cerradas y reforzadas sus murallas, por espacio de casi dos años, hasta que, por fin, rendidos por el hambre, la sed y la peste, tuvieron que ceder a los fuertes ataques de las poderosas milicias sitiadoras, que lograron entrar en la ciudad. Los soldados babilónicos capturaron al rey Sedecías y a todos sus hijos, quienes, conducidos ante el rey Nabucodonosor III, dio éste orden de que fueran matados los hijos delante del padre, y que después le sacaran a éste los ojos.

2. Nabucodonosor III, ayudado por Nabuzardán, general de sus tropas, tras tomar Jerusalén en el año 4629, no tuvo compasión ni de los varones, ni de las varonas, ni de los niños, ni de los ancianos, y ni aun de los enfermos, que se habían acogido tras las murallas en el asedio, ya que mató a una gran mayoría de sus habitantes. Y luego, penetrando en el Templo de Dios, se apoderó de todos los vasos y demás instrumentos sagrados, con otros inmensos tesoros, y lo mismo hizo con las riquezas de los palacios del rey y de los demás magnates de la corte, todo lo cual llevaría consigo a Babilonia. En ese mismo año 4629, los ejércitos babilónicos derribaron las murallas de Jerusalén, incendiaron todas las casas, y finalmente prendieron fuego al Templo de Dios, cuyo edificio fue reducido a escombros, al igual que la ciudad.

3. Sedecías, tras once años de reinado, fue conducido, ciego y atado con cadenas, al cautiverio de Babilonia, y con él muchos de los israelitas que habían sobrevivido en el cerco de Jerusalén, así como de todas las ciudades, pueblos y aldeas del reino de Israel, y por tanto de todas las tribus. Entre los deportados a Babilonia estaban: los profetas Ezequiel de cuarenta y nueve años de edad, y Daniel de doce años de edad, el Sumo Sacerdote Saraías, la perversa reina Raquel, esposa del rey Jeconías, y su hijo Salatiel de diez años de edad. Algunos, para no ser deportados, huyeron a otros países, y otros se refugiaron en el Monte Carmelo, lugar muy privilegiado de Dios. Otros muchos quedaron en el territorio de Israel. Dentro, pues, del año 4629, se llevó a cabo, en masa, la tercera y definitiva

deportación a Babilonia de los hijos del Pueblo de Dios.

4. El Profeta Jeremías a quien Sedecías había encarcelado en Jerusalén antes de la destrucción de la ciudad, cuando, encadenado, pretendían llevárselo cautivo a Babilonia, fue puesto en libertad por el general Nabuzardán, según la orden de Nabucodonosor III, quien, además, mandó no se le hiciese daño alguno. Jeremías, ante las ruinas de Jerusalén, se lamentaba de que, a causa de los pecados de su pueblo, habían sido destruidos el Templo de Dios y la ciudad. Y entre otros lamentos, decía: «*¡Cómo ha quedado Jerusalén, la ciudad antes populosa! La señora de las naciones está como viuda desamparada. La que fue soberana es ahora sierva. Inconsolable llora toda la noche. Corren las lágrimas por sus mejillas. No hay quien la consuele. Los caminos de Jerusalén están de luto, porque no hay quien venga a las solemnidades en el Templo de Dios, pues ha quedado destruido*». El Profeta Jeremías era por entonces Superior General de los Esenios.

Capítulo XIX

Nabucodonosor III nombra a Godolías, de la tribu de Efraín, virrey del territorio de Israel.

Los virreyes Godiel y Goniel

1. En el territorio de Israel quedaron viviendo muchos israelitas que no habían sido llevados al cautiverio. Entre ellos estaban todos los profetas y religiosos que vivían en el Monte Carmelo, el Profeta Jeremías y el Profeta Baruc, que vivían en Jerusalén, príncipes del pueblo, algunos sacerdotes levíticos y otras gentes.

2. Para gobernar a los que habían quedado en el territorio de Israel, Nabucodonosor III, rey de Babilonia, nombró virrey al israelita Godolías, hijo de Ahicán. El número total de israelitas o judíos en el territorio de Israel bajo la autoridad del virrey Godolías, era de noventa y un mil personas, de las trece tribus de Israel, entre varones y varonas de todas las edades, y de distintas clases sociales, de los cuales más de tres mil personas pertenecían a la Orden de los Esenios: unos religiosos y otros terciarios.

3. Godolías, de la tribu de Efraín, estableció la sede de su gobierno en la ciudad de Mafa, llamada también Nobe, al norte de Jerusalén. Allí acudieron muchos para reconocerle como la nueva autoridad. Y Godolías les aseguró a todos con juramento, diciendo: «*No temáis de estar sujetos a los babilonios. Quedaos en el país, y obedeced al rey de Babilonia, que nada malo os pasará*». Y como esta orden de Godolías fuese conforme a los designios de Dios, el Profeta Jeremías mandó a los habitantes de Israel que se sometiesen a la autoridad del virrey.

4. El día 8 de diciembre del año 4629, hallándose el Profeta Jeremías en Jerusalén llorando desoladamente al contemplar las ruinas del Templo de Dios y de la ciudad, se le apareció el Santísimo Ananías, el cual le dijo: «*Vete a la ciudad de Mafa, sal al encuentro del príncipe de los sacerdotes levíticos Azariel, y ungele con el óleo sobre su cabeza, para que sea vicario del*

Sumo Sacerdote en la cautividad. Dicha unción la harán en presencia de los sacerdotes levíticos que quedan en el territorio de Israel, así como de los ministros levitas, y fieles míos del pueblo. Seguidamente iréis todos al Monte Carmelo, de donde tomaréis la réplica del Arca de la Alianza allí custodiada, así como el Tabernáculo portátil, y ambas cosas las llevaréis a la ciudad de Mafa. La réplica del Arca de la Alianza será portata a hombros de los sacerdotes levíticos y el Tabernáculo portátil por los ministros levitas. Que desde el Monte Carmelo os acompañen miembros de mi amada Orden Religiosa apacentada por ti. El Tabernáculo portátil deberá ser instalado en la ciudad de Mafa, en cuyo Tabernáculo deberá ser entronizada el Arca de la Alianza, para que el día 25 de este mes de diciembre, comiencen todos los cultos de acuerdo con mi Ley. En dicha ciudad de Mafa se realizarán todos los sacrificios, incluidos el matutino y el vespertino, así como la Pascua y todos los demás cultos, hasta terminado el último día de la Pascua del año 4633; en cuyo día, automáticamente, el Fuego Sagrado externo se apagará. Tras esto, será todo desmontado y llevado con solemnidad al Monte Carmelo, en donde se guardará hasta el mes de diciembre del año 4636; en cuyo mes volverá a instalarse todo con la misma solemnidad en la ciudad de Mafa, para que el 25 de dicho mes comiencen todos los cultos; y así se hará en períodos de siete años sucesivamente hasta que retorne mi pueblo de la cautividad de Babilonia».

5. El Profeta Jeremías, cumpliendo fielmente la orden de Dios, sacó del Monte Carmelo la réplica del Arca de la Alianza y el Tabernáculo portátil. Una vez instalado en Mafa el Tabernáculo, entronizó en él el Arca Sagrada. El 25 de diciembre de aquel año 4629 comenzó el primer culto correspondiente al primer período de siete años. En cada período de siete años, durante los tres primeros años y algunos meses, se celebraban en Mafa todos los cultos mandados en la Ley. Los cultos siempre comenzaban el día 25 de diciembre del primer año del período correspondiente y terminaban el último día de la Pascua pasados tres años y algunos meses.

6. El virtuoso Vicesumo Sacerdote Levítico Azariel, tenía treinta y tres años cuando fue ungido por el Profeta Jeremías, y murió a la edad de ciento tres años, el día 25 de diciembre del año 4699, después de haber visto el retorno a Israel de los cautivos de Babilonia acaudillados por Zorobabel.

7. En el año 4632, murió Godolías tras virreinar en Israel poco más de dos años. Varios meses después de la muerte del virtuoso virrey Godolías, sucedió a éste en el mismo cargo su sobrino el virtuoso Godiel, de la tribu de Efraín, que murió tras veintisiete años de vi-

reinado, en el año 4659; y al virrey Godiel le sucedió en el mismo cargo su hijo el virtuoso Goniel, que murió tras cuarenta años de virreinato, en el año 4699, tres días antes del retorno de los israelitas de la cautividad de Babilonia.

Capítulo XX

Los virreyes Godolías, Godiel y Goniel presidieron las más importantes ceremonias de los cultos en el Tabernáculo portátil en Mafa. Períodos en que el Tabernáculo portátil estuvo instalado en Mafa

1. Los más importantes cultos divinos en el Tabernáculo portátil de Mafa fueron presididos por el virtuoso virrey Godolías hasta el año 4632 en que murió. A partir de este año 4632, al sucederle en el mismo cargo su sobrino el virtuoso Godiel, éste presidió los más importantes cultos divinos en el Tabernáculo portátil de Mafa hasta el año 4659, en que murió; y a partir de este año 4659, al sucederle en el mismo cargo su hijo el virtuoso Goniel, éste presidió los más importantes cultos divinos en el Tabernáculo portátil de en Mafa, hasta el año 4699, en que murió.

2. He aquí los distintos períodos en que el Tabernáculo portátil estuvo instalado en Mafa: Primero: Desde el día 25 de diciembre del año 4629 hasta el último día de la Pascua del año 4633. Segundo: Desde el día 25 de diciembre del año 4636, hasta el último día de la Pascua del año 4640. Tercero: Desde el día 25 de diciembre del año 4643, hasta el último día de la Pascua del año 4647. Cuarto: Desde el día 25 de diciembre del año 4650 hasta el último día de la Pascua del año 4654. Quinto: Desde el día 25 de diciembre del año 4657 hasta el último día de la Pascua del año 4661. Sexto: Desde el día 25 de diciembre del año 4664 hasta el último día de la Pascua del año 4668. Séptimo: Desde el día 25 de diciembre del año 4671 hasta el último día de la Pascua del año 4675. Octavo: Desde el día 25 de diciembre del año 4678 hasta el último día de la Pascua del año 4682. Noveno: Desde el día 25 de diciembre del año 4685 hasta el último día de la Pascua del año 4689. Décimo: Desde el día 25 de diciembre del año 4692 hasta el último día de la Pascua del año 4696.

3. El día 25 de diciembre del año 4699, se reanudaron los cultos en el Tabernáculo portátil instalado esta vez en el Monte Sión de Jerusalén, presididos ahora por el Caudillo Zorobabel y el Sumo Sacerdote Josué. El Tabernáculo portátil instalado en el Monte Sión de Jerusalén permaneció allí hasta el año 4747, en que el Caudillo Nehemías y el Sumo Sacerdote Josué inauguraron el nuevo Templo de Dios en la misma ciudad de Jerusalén.



¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**SANTA SEDE APOSTÓLICA
SEVILLA**

**PATRIARCADO DEL PALMAR DE TROYA
ORDEN DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

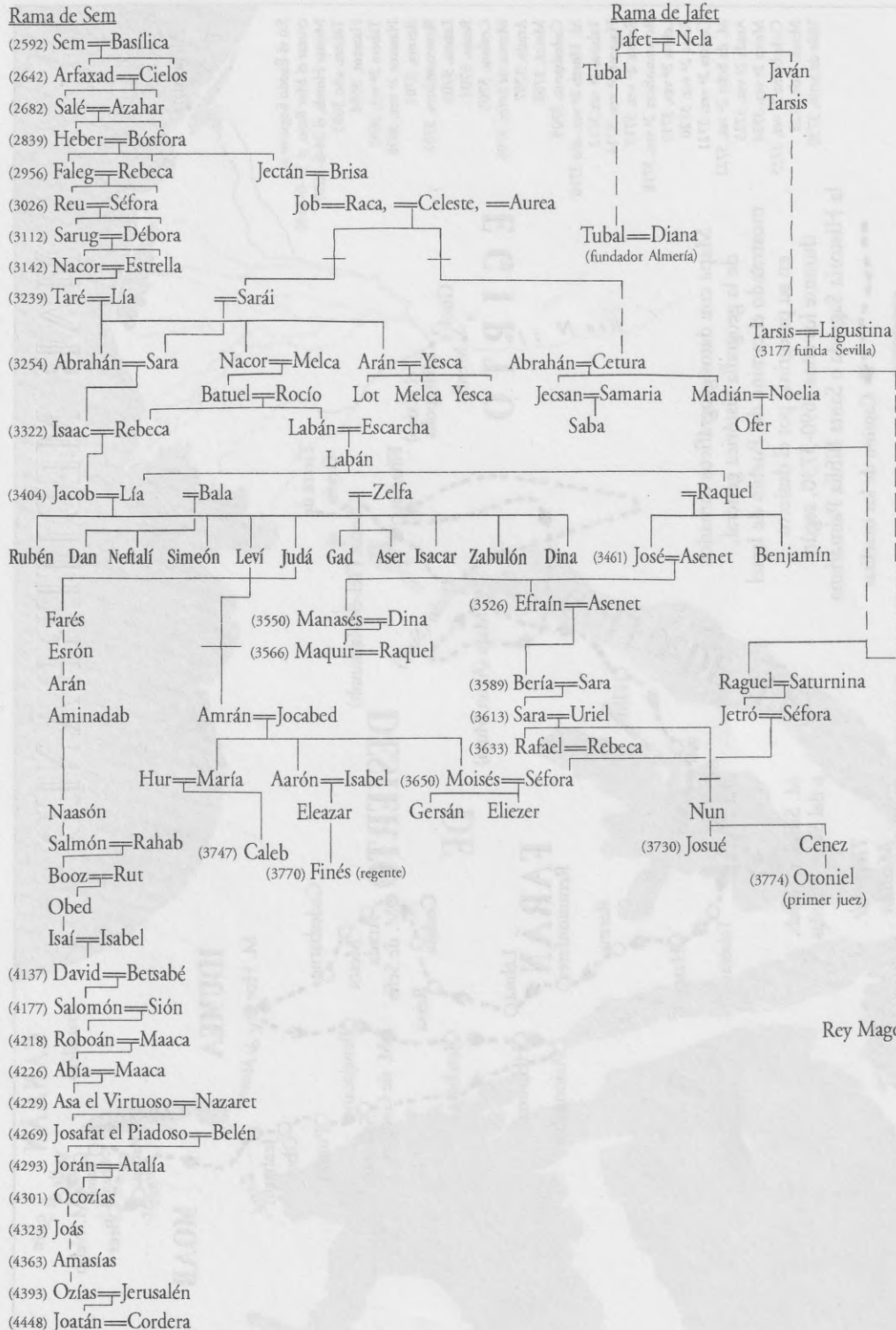
Residencia: Abad Gordillo nº 5 - Apartado 4.058
41.080 — Sevilla (España)

Si alguien se atreviere a negar que este primer tomo de la Historia Sagrada
o Santa Biblia Palmariana es verdad revelada por Dios, sea anatema.

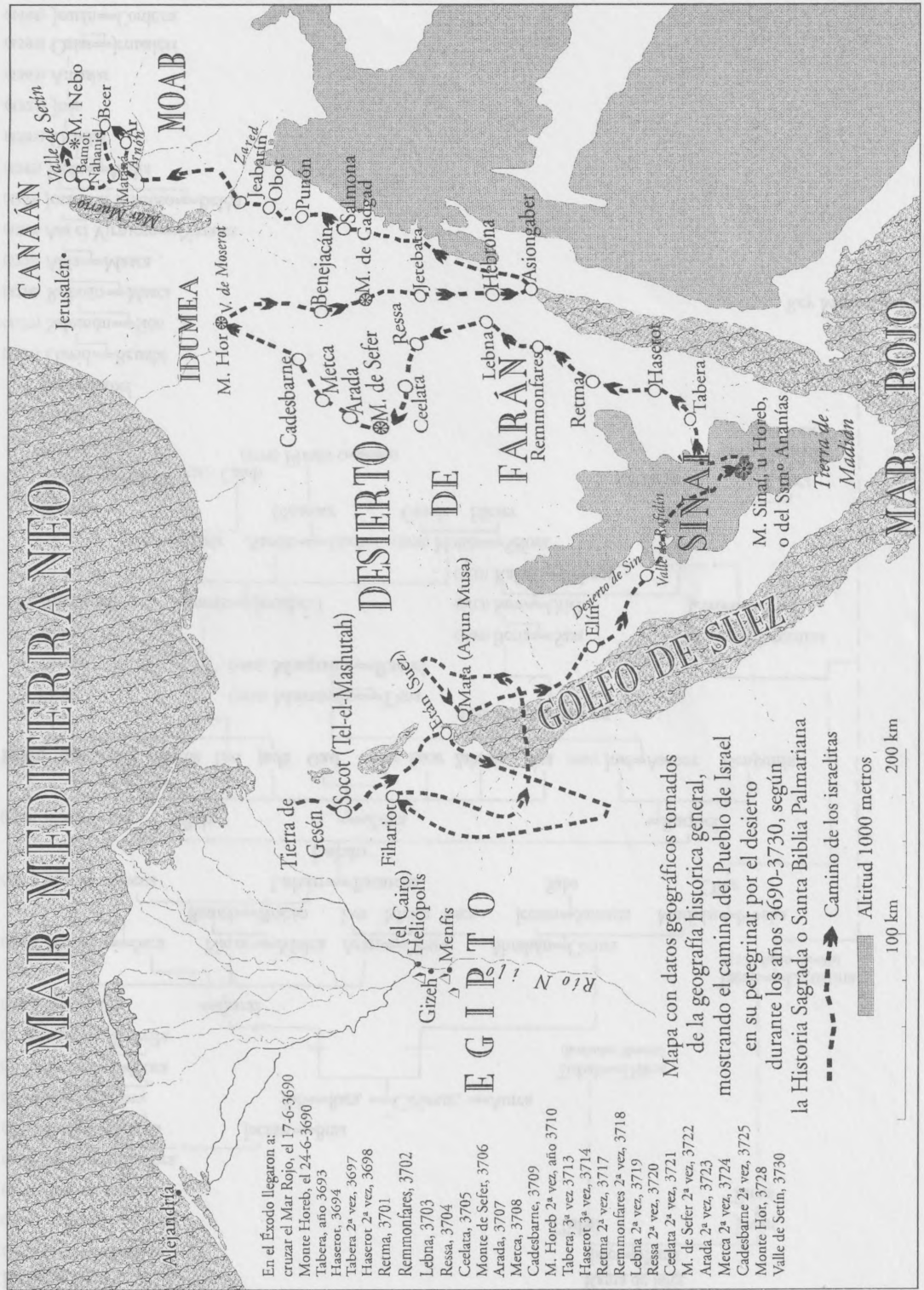
Con Nuestra Bendición Apostólica,
Gregorius XVII P.P. Póntifex Máximus



**Descendientes de Noé después del Diluvio: La rama de Sem y la rama de Jafet,
y las familias de Abrahán, Isaac, Jacob y José
según la Historia Sagrada o Santa Biblia Palmariana
(Con el año del comienzo del patriarcado o pastoreo o reinado, etc.)**



Rey Mago Gaspar



Índice

Preámbulo	1
-----------------	---

Primera Parte

La Santísima Trinidad

Libro Primero

Dios, Uno en Esencia

Capítulo I Existencia de Dios	2
Capítulo II Naturaleza de Dios y Atributos divinos	2
Capítulo III Clases de Atributos divinos	3

Libro Segundo

Dios, Trino en Personas

Capítulo I Las Tres Personas Divinas en general	7
Capítulo II Las Procesiones divinas	7
Capítulo III Las Relaciones Divinas	8
Capítulo IV Las Propiedades Divinas	9
Capítulo V La Vida Intratrinitaria y las Tres Personas Divinas comparadas entre Sí	9
Capítulo VI Nombres propios y apropiados de las Tres Divinas Personas	10
Capítulo VII Dios Uno y Trino, por su infinito Poder, es el Supremo Hacedor y Causa esencial de todo lo creado	10
Capítulo VIII La Santísima Trinidad habitando en el alma en estado de gracia	11
Capítulo IX La Santísima Trinidad representada en las obras del Universo	12
Capítulo X Las Tres Divinas Personas y la Persona de María	12
Capítulo XI Dios Uno y Trino prueba a las criaturas conforme a un decreto eterno probatorio	13
Capítulo XII En el Reino Mesianico ya no habrá prueba de fidelidad	13

Segunda Parte

El Génesis

Libro I

La Creación Universal

Capítulo I La Creación Universal fue decretada por Dios	14
Capítulo II La Creación Universal se obró en un mismo y único instante	14
Capítulo III La Creación Universal se obró según el orden decretado por Dios	15

Capítulo IV La Creación de las Almas de Cristo y María	15
Capítulo V La Iglesia del Alma Mística	16
Capítulo VI La creación de los Ángeles	16
Capítulo VII La creación de los seres de los reinos mineral, vegetal y animal	16
Capítulo VIII En la Creación Universal, Dios estableció el Calendario Natural	17
Capítulo IX Los cuatro elementos fundamentales para la vida y conservación de las cosas materiales creadas	17
Capítulo X La creación de Adán y Eva	17
Capítulo XI El Sacramento de la Triple Bendición. La justicia perfecta y la justicia imperfecta	18
Capítulo XII El Paraíso Terrenal	19

Libro II

La prueba de los Ángeles

Capítulo I Dios sometió a los Ángeles a la prueba de amor y fidelidad	19
Capítulo II Los Ángeles fieles tras superar la prueba	20

Libro III

La prueba y pecado de Adán y Eva

Capítulo I La prueba de nuestros primeros padres	20
Capítulo II La caída de la primera mujer	20
Capítulo III La caída del primer hombre	21
Capítulo IV Adán y Eva pecaron en lo que hoy conocemos como el Monte Calvario	21

Libro IV

Consecuencias funestas del pecado original, anuncio de la Redención y arrepentimiento de Adán y Eva

Capítulo I Dios reprende a Adán y a Eva por su gravísimo pecado	22
Capítulo II Dios anuncia la futura Redención del género humano	22
Capítulo III Dios establece sus Mandamientos a Adán y Eva	22
Capítulo IV Dios anuncia a nuestros primeros padres los castigos merecidos por su pecado	23
Capítulo V Por el pecado, Adán y Eva, perdieron los excelsos dones que poseían en el Paraíso	23
Capítulo VI Adán y Eva se arrepienten de su pecado	23
Capítulo VII Autoridad patriarcal y sacerdotal de Adán	23
Capítulo VIII El Planeta de María y el Planeta de Lucifer	24

Libro V**Los hijos de Adán y Eva**

Capítulo I	Caín y Abel	24
Capítulo II	Construcción del primer templo de Jerusalén dedicado a Dios. El Patriarca Adán y la Matriarca Eva son santificados. Nacimiento de Set	26
Capítulo III	El Patriarca Set y demás Patriarcas antediluvianos	27

Libro VI**Noé y el Diluvio universal**

Capítulo I	El Patriarca Noé	28
Capítulo II	La corrupción de la humanidad y el Decreto del Diluvio	28
Capítulo III	El Diluvio universal	29
Capítulo IV	Bendición y pacto de Dios con el Patriarca Noé	31
Capítulo V	Bendición de Sem y Jafet. Maldición de Cam y toda su descendencia	32
Capítulo VI	Los Patriarcas postdiluvianos desde Sem hasta la Torre de Babel	33

Libro VII**La Torre de Babel**

Capítulo I	El Patriarca Heber	33
Capítulo II	Corrupción de gran parte de los descendientes de Noé. Proyecto de la construcción de la Torre de Babel	33
Capítulo III	Construcción de la Torre de Babel, división de razas y confusión de lenguas	34

Libro VIII**El hundimiento y separación de Continentes**

Capítulo I	El Patriarca Faleg	36
Capítulo II	Situación de los cinco continentes según Dios los creó	36
Capítulo III	Corrupción de los hombres en los tiempos que precedieron a los tres días de tinieblas del año 3026	36
Capítulo IV	Los castigos durante los tres días de tinieblas en el año 3026	37
Capítulo V	Patriarcas postdiluvianos desde Reu hasta Taré	37
Capítulo VI	El Patriarca Tubal y el Patriarca Tarsis, pobladores de España	38

Libro IX**El Profeta y Patriarca Job**

Capítulo I	El Libro de Job	38
Capítulo II	Primera etapa de la vida de Job	39
Capítulo III	Prueba y paciencia heroica de Job	39
Capítulo IV	Heroico testimonio de Job ante su esposa	40
Capítulo V	Noche oscura de Job, con intervalos de luz	40

Capítulo VI	Dios, devuelve al Profeta y Patriarca Job la felicidad pasada con creces	43
-------------	--	----

Libro X**Los Patriarcas Abrahán, Isaac, Jacob y José**

Capítulo I	Vocación de Abrahán	43
Capítulo II	Viaje de Abrahán a Egipto	44
Capítulo III	Vuelta de Abrahán a Canaán	45
Capítulo IV	Los Augustos Monarcas Melquisedec y Esenia, Reyes de Salén	46
Capítulo V	Invasión de los territorios de la Pentápolis por los reyes de Oriente	46
Capítulo VI	El Patriarca Abrahán es bendecido por el Sumo Sacerdote Melquisedec	47
Capítulo VII	Alianza de Dios con Abrahán. Promesa de un heredero	47
Capítulo VIII	Abrahán se casa con Agar, de la cual nace Ismael	47
Capítulo IX	Dios renueva la alianza con el Patriarca Abrahán, establece la circuncisión y le promete un hijo	48
Capítulo X	Castigo de Sodoma y Gomorra. Pecado incestuoso de las hijas de Lot. Muerte santa de Lot	49
Capítulo XI	Nacimiento de Isaac	51
Capítulo XII	Agar y su hijo Ismael son despedidos de la casa de Abrahán	51
Capítulo XIII	Dios prueba al Patriarca Abrahán pidiéndole el sacrificio de su hijo Isaac	52
Capítulo XIV	El Patriarca Abrahán da las órdenes sobre el Matrimonio de su hijo Isaac. El Patriarca Abrahán, poco antes de morir, da a Isaac la Bendición de la Primogenitura	53
Capítulo XV	Matrimonio del Patriarca Isaac y Rebeca	53
Capítulo XVI	Dios ratifica con el Patriarca Isaac la alianza hecha con Abrahán. Viaje de Isaac a Egipto. Isaac es ungido rey de Hebrón	55
Capítulo XVII	Nacimiento de Esaú y Jacob	55
Capítulo XVIII	Esaú vende a Jacob los derechos de la primogenitura	56
Capítulo XIX	El Patriarca Isaac, poco antes de morir, da a Jacob la Bendición de la Primogenitura	56
Capítulo XX	Muerte del Patriarca Isaac	58
Capítulo XXI	Dios ratifica con el Patriarca Jacob la alianza hecha con Abrahán e Isaac. La visión de la escala celestial	59
Capítulo XXII	El Patriarca Jacob llega a la casa de su tío Labán	59
Capítulo XXIII	Jacob se casa con Lía y Raquel	59
Capítulo XXIV	Los hijos de Jacob nacidos en Harán	60
Capítulo XXV	Jacob, que desea volver a la tierra de Canaán, sirve seis años más a Labán	60
Capítulo XXVI	Vuelta de Jacob a la tierra de Canaán	61
Capítulo XXVII	Encuentro del Patriarca Jacob con su hermano Esaú	62

Capítulo XXVIII	Los sueños de José. José es vendido por sus hermanos y conducido a Egipto	63
Capítulo XXIX	El Patriarca Jacob y su familia vuelven a Siquén. La violación de Dina	65
Capítulo XXX	Nacimiento de Benjamín y muerte de Raquel	65
Capítulo XXXI	Jacob es ungido rey de Belén	66
Capítulo XXXII	Dina marcha a Egipto con su hija Asenet. Muerte de Lía. Incesto de Rubén con Bala	66
Capítulo XXXIII	Judá se casa y tiene tres hijos. Jacob, tras su Reinado en Belén, vuelve a Siquén. Episodio de Tamar	67
Capítulo XXXIV	José en casa de Putifar	68
Capítulo XXXV	José en la cárcel. Los sueños del copero y del panadero del Faraón	68
Capítulo XXXVI	José sigue en la cárcel. Los sueños del Faraón	69
Capítulo XXXVII	José, nombrado Virrey de Egipto	69
Capítulo XXXVIII	Los años de fertilidad y los años de carestía	70
Capítulo XXXIX	Los hermanos de José acuden a Egipto	70
Capítulo XL	Segundo viaje de los hijos de Jacob a Egipto	71
Capítulo XLI	José se da a conocer a sus hermanos. Tercer viaje de los hijos de Jacob a Egipto	72
Capítulo XLII	Jacob va a vivir a Egipto con sus hijos	73
Capítulo XLIII	Matrimonio de José con Asenet. Nacimiento de Manasés y Efraín	74
Capítulo XLIV	Testamento del Patriarca Jacob	74
Capítulo XLV	Jacob, poco antes de morir, da a José la Bendición de la Primogenitura. Muerte y entierro del Patriarca Jacob. Las trece tribus de Israel	75
Capítulo XLVI	El Patriarca José, rey de Siquén	77
Capítulo XLVII	Muerte del Patriarca José	78

Libro XI

Los Profetas Pastores de los israelitas

Capítulo I	Los Profetas Pastores de los israelitas en Egipto	78
Capítulo II	Multiplicación de los israelitas en Egipto. Los Israelitas, maltratados por los egipcios	78

Libro XII

Moisés, Profeta, Pastor, Legislador y Caudillo del Pueblo de Israel

Capítulo I	Nacimiento de Moisés. Los cuarenta primeros años de Moisés	79
Capítulo II	Moisés es ungido Profeta y Pastor de los israelitas. Moisés en la tierra de Madián. Dios le nombra Caudillo y Libertador del Pueblo de Israel	80
Capítulo III	Moisés y Aarón se presentan ante el Faraón	81
Capítulo IV	Dios castiga la obstinada actitud del Faraón con diez plagas	82

Tercera Parte El Éxodo y el Levítico

Libro I

Los israelitas salen de Egipto

Capítulo I	Moisés toma consigo los restos del Santo Patriarca José. Santificación de Moisés. Persecución de los israelitas por los egipcios	85
Capítulo II	Los israelitas cruzan milagrosamente el Mar Rojo	86
Capítulo III	Moisés conduce al Pueblo de Israel al Monte Horeb o Sinaí	87
Capítulo IV	Victoria de los israelitas contra el Amalec o rey de los amalecitas	87
Capítulo V	El Pueblo de Israel, acaudillado por Moisés, acampa junto al Monte Horeb o Sinaí. Encuentro de Moisés con Jetró	88

Libro II

Dios promulga el Decálogo en el Monte Sinaí

Capítulo I	Moisés y su Pueblo, se preparan con oraciones y penitencias especiales para recibir la Ley de Dios	88
Capítulo II	Moisés, Profeta, Pastor y Caudillo de Israel, sube a la cima del Monte Horeb. Apostasía de un gran número de los hijos de Israel, por el becerro de oro	89
Capítulo III	Majestuosa manifestación de Dios en el Monte Sinaí. Solemne promulgación de la Ley Divina al Pueblo de Israel	91
Capítulo IV	Moisés comunica a su Pueblo muchos preceptos recibidos en el Sinaí. Alianza entre Dios e Israel	92
Capítulo V	La Legislación Mosaica	92
Capítulo VI	La obligación de santificar el día del sábado	92
Capítulo VII	Otras principales Fiestas de la Legislación Mosaica	93
Capítulo VIII	Dios manda construir el Arca de la Alianza y el Tabernáculo	94
Capítulo IX	Censo de los varones de la Tribu de Leví para el ministerio sagrado	94
Capítulo X	El ministerio del sacerdocio levítico	95
Capítulo XI	El ministerio de los levitas	95
Capítulo XII	Censo de los varones de todas las tribus aptos para la guerra	96
Capítulo XIII	Trabajos que realizaba el Pueblo de Israel durante su permanencia en el desierto	96
Capítulo XIV	Terminación y erección del Tabernáculo. Distribución, dimensiones y ornato del Tabernáculo	96
Capítulo XV	Consagración del Tabernáculo e institución del Sacerdocio levítico, por Moisés, Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Israel	97
Capítulo XVI	Los sacrificios según la Ley Mosaica	98

Capítulo XVII Distribución de las Tribus alrededor del Tabernáculo	99
Capítulo XVIII Primera celebración de la Fiesta de la Pascua	100
Capítulo XIX Consejo de Jetró a Moisés. Nombramiento de jueces	100
Capítulo XX Castigo de Nadab y Abiú, hijos de Aarón	101
Capítulo XXI Celebración de las Fiestas de Pentecostés, Expiaciones y Tabernáculos	101
Capítulo XXII Dios manda el maná para alimento de su Pueblo	101

Quarta Parte

Los Números y el Deuteronomio

Libro I

Viaje del Pueblo de Israel desde el valle del Sinaí hasta Cadesbarne

Capítulo I El Pueblo de Israel se dispone a partir del valle junto al Monte Sinaí	103
Capítulo II Los hijos de Israel salen del valle del Sinaí, bajo el mando de Moisés, Profeta, Pastor y Caudillo de su Pueblo	103
Capítulo III Los hijos de Israel acampan en Tabera. Murmuraciones contra el Señor y castigo a su Pueblo	104
Capítulo IV Muchos de los hijos del Pueblo de Israel son tentados de gula	104
Capítulo V Dios provee, otra vez, de codornices a su Pueblo. Castigo de los que las comían con gula	104
Capítulo VI Aarón y María, murmuran de Moisés. María es castigada con la lepra	105
Capítulo VII Lugares en que acampó el Pueblo de Israel desde el año 3697 al 3709	105
Capítulo VIII Los israelitas, en su peregrinación hacia el norte de la península del Sinaí, acampan en Cadesbarne. Los exploradores de la Tierra Prometida	106
Capítulo IX Rebelión contra Moisés. Castigo de Dios al Pueblo de Israel	106

Libro II

El Pueblo de Israel cumple con el castigo divino de peregrinar durante veinte años más por la península del Sinaí

Capítulo I Muchos de los israelitas intentan penetrar en Canaán, la Tierra Prometida, a pesar de la prohibición de Dios	107
Capítulo II El Pueblo de Israel, en su continuo peregrinar en el desierto, acampa de nuevo en el Valle del Sinaí. Moisés transmite algunos preceptos	108
Capítulo III Sedición y castigo de Coré, Datán y Abirón	108

Capítulo IV El Sumo Sacerdocio de Aarón es confirmado ante el pueblo por el milagroso florecimiento de su vara	109
Capítulo V Los israelitas permanecen acampados en el valle del Monte Sinaí desde el año 3710 al 3713. Peregrinaje del Pueblo de Israel por el desierto, bajo el mando de Moisés, desde el año 3713 al 3725	109

Libro III

Últimos años del largo peregrinar, por el desierto, del Pueblo de Israel. Diligencias para la entrada en la Tierra Prometida

Capítulo I Muerte de María, hermana de Moisés, en Cadesbarne	110
Capítulo II Nuevo amotinamiento contra Moisés. Moisés saca milagrosamente agua de la Roca	110
Capítulo III Dios purifica a Aarón con una dolorosa enfermedad	110
Capítulo IV Frustradas negociaciones de Moisés con el rey de Edón	111
Capítulo V Muerte de Aarón en el Monte Hor	111
Capítulo VI La serpiente de bronce	111
Capítulo VII Divino Apostolado del Ángel del Señor, bajo la figura del Santísimo Melquisedec, en todos aquellos territorios que serían conquistados por Moisés	112
Capítulo VIII Victoriosas batallas del Pueblo de Israel en territorios de la ribera oriental del Jordán	112
Capítulo IX El profeta Balaán	113
Capítulo X Balaán, desobedece el mandato de Dios y traiciona al Pueblo de Israel. Fornicación de muchos israelitas con mujeres moabitas y madianitas	115
Capítulo XI Castigo del Pueblo de Israel por su fornicación e idolatría. Victoria de Moisés contra los moabitas y los madianitas. Muerte de Balaán	115
Capítulo XII Moisés, como Profeta, Pastor y Caudillo de Israel, distribuye las tierras conquistadas por él entre las tribus de Rubén y Gad. Muerte santa de Séfora. Traslado al Planeta de María de Jetró y de sus seis hijas vírgenes	116
Capítulo XIII Moisés designa a Josué como su sucesor en el Caudillaje del Pueblo de Israel	116
Capítulo XIV Últimas disposiciones de Moisés antes de ser arrebatado al Planeta de María	116
Capítulo XV Dormición y traslado de Moisés al Planeta de María	117
Capítulo XVI El emperador de Canaán y los distintos pueblos cananeos o amorreos a él sometidos. Divino Apostolado del Ángel del Señor, bajo la figura del Santísimo Melquisedec, en todos aquellos territorios que serían conquistados por Josué	118
Capítulo XVII El Ángel del Señor, bajo la figura del Santísimo Melquisedec, aflige, con plagas de tábanos, a los cananeos obstinados, antes de la conquista por Josué	118

Quinta Parte

El Libro de Josué

Libro I

Conquistas del Pueblo de Israel, bajo el mando de Josué, en la Tierra Prometida

Capítulo I	Rebelión de Tali y de muchos secuaces contra Josué	119
Capítulo II	Exhortaciones y promesas de Dios a Josué, como nuevo Profeta, Pastor y Caudillo de Israel	119
Capítulo III	Josué ordena a su Pueblo que se prepare para el paso del Jordán	119
Capítulo IV	Josué manda exploradores a Jericó	119
Capítulo V	Los israelitas pasan milagrosamente el río Jordán acaudillados por Josué	120
Capítulo VI	Dios manda a Josué que practique la circuncisión para con aquellos recién convertidos al Pueblo de Dios	121
Capítulo VII	El Alma Divinísima de Cristo se manifiesta a Josué como Príncipe del ejército del Pueblo de Israel	121
Capítulo VIII	La ciudad de Jericó es tomada y arrasada por los israelitas al mando de Josué	121
Capítulo IX	Derrota del ejército israelita en el sitio de la ciudad de Hai	122
Capítulo X	La ciudad de Hai es tomada y arrasada por los israelitas al mando de Josué	122
Capítulo XI	Los israelitas celebran la Pascua acampados en Gálgala	122
Capítulo XII	Los gabaonitas hacen un pacto con los hijos de Israel	122
Capítulo XIII	Josué lucha contra cinco reyes cananeos y hace parar el sol hasta lograr una victoria completa	123
Capítulo XIV	Conquista de Betel por Josué	123
Capítulo XV	Otras batallas de Josué desde agosto del año 3731 hasta noviembre del año 3733	123
Capítulo XVI	Los israelitas, desde Gálgala, van a Siquén. Sepultan aquí los huesos de José, ofrecen sacrificios y leen las bendiciones y maldiciones divinas	124
Capítulo XVII	Durante los cuatro años que el Pueblo de Israel permanece acampado en Siquén, Josué lleva a cabo otras victoriosas batallas, culminando su labor guerrera con la derrota del emperador cananeo. Milagrosa transformación, fecundidad y enriquecimiento de Canaán tras las conquistas por Josué	124
Capítulo XVIII	Repartición de la parte occidental de la tierra de Canaán por Josué. Situación del territorio correspondiente a cada tribu, tras la distribución hecha primero por Moisés y después por Josué	124

Libro II

Últimos años de la vida de Josué

Capítulo I	Josué establece el Tabernáculo en la ciudad de Silo	125
Capítulo II	Los de las tribus de Rubén y Gad levantan un altar cerca del Jordán	125
Capítulo III	Josué edifica en Silo un Templo a Dios de carácter duradero	126
Capítulo IV	Censo del Pueblo de Israel hecho por Josué	126
Capítulo V	Muerte santa del Sumo Sacerdote Eleazar	126
Capítulo VI	Caleb, hijo de Hur, es ungido Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Israel, por Josué. Muerte santa de Josué en Silo	126

Libro III

El Pueblo de Israel es gobernado por Caleb, Profeta, Pastor y Caudillo

Capítulo I	Nuevas Conquistas del Pueblo de Israel bajo el mando de Caleb	127
Capítulo II	Caleb conquista gran parte del territorio del Sinaí, incluido el Monte Horeb	127
Capítulo III	Caleb hace un nuevo censo del Pueblo de Israel	128
Capítulo IV	Muerte santa de Caleb, Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Israel. El Sumo Sacerdote Finés gobierna interinamente al Pueblo de Israel	128
Capítulo V	Las ciudades de Jerusalén, Belén, Hebrón y otras próximas, siempre permanecieron en el territorio de la tribu de Judá	128

Sexta Parte

El Libro de los Jueces

Libro I

Autoridad de los Jueces del Pueblo de Israel

Libro II

Los Jueces Otoniel y Aod

Capítulo I	Otoniel, primer Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Otoniel libra a los israelitas de la opresión de Cusán, rey de Edón. Muerte de Otoniel	129
Capítulo II	Aod, segundo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Aod libra a los israelitas de la opresión de Eglón, rey de los moabitas en el exilio. Muerte de Aod	129

Libro III El Libro de Rut

Capítulo I	Noemí, desde Belén, va a vivir a la tierra israelita de Moab. Conversión de Rut	130
Capítulo II	Rut va a espigar en la heredad de Booz	131
Capítulo III	Booz se casa con Rut	131

Libro IV Los Jueces Sangar, Débora, Gedeón y Tola

Capítulo I	Sangar, tercer Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Muerte de Sangar	132
Capítulo II	Débora, cuarta Profetisa, Jueza y Caudilla del Pueblo de Israel. Barac, Caudillo militar del Pueblo de Israel. Muerte de Débora	132
Capítulo III	Nueva prevaricación de los hijos del Pueblo de Israel	133
Capítulo IV	Gedeón, quinto Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel	133
Capítulo V	Victoria de Gedeón sobre los madianitas. Muerte de Gedeón	134
Capítulo VI	Tola, sexto Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel	135
Capítulo VII	El Caudillo Tola se alza en armas contra el usurpador Abimelec. Muerte de Tola	135

Libro V Los Jueces Jaír, Jefté, Abesán, Elón, Abdón y Sansón

Capítulo I	Jaír, séptimo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Muerte de Jaír	135
Capítulo II	Jefté, octavo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Sacrificio de Seila. Muerte de Jefté	136
Capítulo III	Abesán, Elón y Abdón: noveno, décimo y undécimo Profetas, Jueces y Caudillos del Pueblo de Israel. El Pueblo de Israel goza de gran paz durante el período en que gobiernan estos tres Jueces. Muerte de los tres Jueces	137
Capítulo IV	Sansón, duodécimo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Muerte de Sansón ..	138
Capítulo V	El inexistente episodio de los benjaminitas que abusaron de la mujer de un levita	140

Libro VI El Juez Samuel

Capítulo I	La familia de Samuel. Presantificación y nacimiento de Samuel. Samuel, entregado al servicio del Templo	141
Capítulo II	Impía conducta de los hijos de Helí	142
Capítulo III	Piedad de Samuel y mayor fecundidad de Ana. Primera visión de Samuel	142
Capítulo IV	Derrota de Israel. Muerte de Helí y sus dos hijos. El Arca de la Alianza cae en manos de los filisteos. Destrucción del Templo de Silo	143

Capítulo V	Cautiverio del Arca de la Alianza. Devolución del Arca al Pueblo de Dios	143
Capítulo VI	Samuel, decimotercer Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel	144
Capítulo VII	Samuel acaba con el dominio filisteo en el Pueblo de Israel. La península del Sinaí es conquistada totalmente. Nuevo censo del Pueblo de Israel	144
Capítulo VIII	Los israelitas piden un rey	145
Capítulo IX	Saúl es ungido rey por Samuel	146

Séptima Parte El Libro de los Reyes y sus Crónicas

Libro I Saúl, primer rey del Pueblo de Israel

Capítulo I	Los primeros años del reinado de Saúl ...	147
Capítulo II	El rey Saúl es infiel a Dios. Elección de David como futuro rey de Israel. Muerte de Samuel	148
Capítulo III	Nuevas batallas de Israel. David, en la corte del rey Saúl. Jonatán y David se ven por primera vez. Victoria de David contra el gigante Goliat	149
Capítulo IV	David en el ejército de Saúl. Matrimonio de David con Micol. Saúl tiende insidias para matar a David, y éste huye. Saúl manda matar al Sumo Sacerdote Aquimelec y a siete de sus hijos sacerdotes	152
Capítulo V	David se casa con la joven Aquinoán. David vence a los filisteos en Ceila. El Sumo Sacerdote Abiatar se entrevista con David. Saúl persigue a David, y éste le perdona la vida. Aquinoán revela a su hijo Jonatán tres adulterios de Saúl	154
Capítulo VI	Matrimonio de David con Abigaíl. Victoria de David contra el ejército de Aquís, rey filisteo. David, nuevamente perseguido por Saúl, le perdona otra vez la vida	156
Capítulo VII	Victoria de David contra los amalecitas	157
Capítulo VIII	Aparición del Profeta Samuel a Saúl. Guerra de Saúl contra los filisteos. Muerte de Saúl y Jonatán	158
Capítulo IX	Conmoción de David por la muerte de Saúl y Jonatán	159

Libro II David, segundo rey del Pueblo de Israel

Capítulo I	David es consagrado en Hebrón rey de Israel. Sedición de los saulitas. Muerte de Abner y del inocente Isboset	159
Capítulo II	David conquista Jerusalén y entra en ella triunfalmente. El Arca de la Alianza es llevada desde Hebrón a Jerusalén	160

Quinta Parte

El Libro de Josué

Libro I

Conquistas del Pueblo de Israel, bajo el mando de Josué, en la Tierra Prometida

Capítulo I	Rebelión de Tali y de muchos secuaces contra Josué	119
Capítulo II	Exhortaciones y promesas de Dios a Josué, como nuevo Profeta, Pastor y Caudillo de Israel	119
Capítulo III	Josué ordena a su Pueblo que se prepare para el paso del Jordán	119
Capítulo IV	Josué manda exploradores a Jericó	119
Capítulo V	Los israelitas pasan milagrosamente el río Jordán acaudillados por Josué	120
Capítulo VI	Dios manda a Josué que practique la circuncisión para con aquellos recién convertidos al Pueblo de Dios	121
Capítulo VII	El Alma Divinísima de Cristo se manifiesta a Josué como Príncipe del ejército del Pueblo de Israel	121
Capítulo VIII	La ciudad de Jericó es tomada y arrasada por los israelitas al mando de Josué	121
Capítulo IX	Derrota del ejército israelita en el sitio de la ciudad de Hai	122
Capítulo X	La ciudad de Hai es tomada y arrasada por los israelitas al mando de Josué	122
Capítulo XI	Los israelitas celebran la Pascua acampados en Gálgala	122
Capítulo XII	Los gabaonitas hacen un pacto con los hijos de Israel	122
Capítulo XIII	Josué lucha contra cinco reyes cananeos y hace parar el sol hasta lograr una victoria completa	123
Capítulo XIV	Conquista de Betel por Josué	123
Capítulo XV	Otras batallas de Josué desde agosto del año 3731 hasta noviembre del año 3733	123
Capítulo XVI	Los israelitas, desde Gálgala, van a Siquén. Sepultan aquí los huesos de José, ofrecen sacrificios y leen las bendiciones y maldiciones divinas	124
Capítulo XVII	Durante los cuatro años que el Pueblo de Israel permanece acampado en Siquén, Josué lleva a cabo otras victoriosas batallas, culminando su labor guerrera con la derrota del emperador cananeo. Milagrosa transformación, fecundidad y enriquecimiento de Canaán tras las conquistas por Josué	124
Capítulo XVIII	Repartición de la parte occidental de la tierra de Canaán por Josué. Situación del territorio correspondiente a cada tribu, tras la distribución hecha primero por Moisés y después por Josué	124

Libro II

Últimos años de la vida de Josué

Capítulo I	Josué establece el Tabernáculo en la ciudad de Silo	125
Capítulo II	Los de las tribus de Rubén y Gad levantan un altar cerca del Jordán	125
Capítulo III	Josué edifica en Silo un Templo a Dios de carácter duradero	126
Capítulo IV	Censo del Pueblo de Israel hecho por Josué	126
Capítulo V	Muerte santa del Sumo Sacerdote Eleazar	126
Capítulo VI	Caleb, hijo de Hur, es ungido Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Israel, por Josué. Muerte santa de Josué en Silo	126

Libro III

El Pueblo de Israel es gobernado por Caleb, Profeta, Pastor y Caudillo

Capítulo I	Nuevas Conquistas del Pueblo de Israel bajo el mando de Caleb	127
Capítulo II	Caleb conquista gran parte del territorio del Sinaí, incluido el Monte Horeb	127
Capítulo III	Caleb hace un nuevo censo del Pueblo de Israel	128
Capítulo IV	Muerte santa de Caleb, Profeta, Pastor y Caudillo del Pueblo de Israel. El Sumo Sacerdote Finés gobierna interinamente al Pueblo de Israel	128
Capítulo V	Las ciudades de Jerusalén, Belén, Hebrón y otras próximas, siempre permanecieron en el territorio de la tribu de Judá	128

Sexta Parte

El Libro de los Jueces

Libro I

Autoridad de los Jueces del Pueblo de Israel

Libro II

Los Jueces Otoniel y Aod

Capítulo I	Otoniel, primer Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Otoniel libra a los israelitas de la opresión de Cusán, rey de Edón. Muerte de Otoniel	129
Capítulo II	Aod, segundo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Aod libra a los israelitas de la opresión de Eglón, rey de los moabitas en el exilio. Muerte de Aod	129

Libro III El Libro de Rut

Capítulo I	Noemí, desde Belén, va a vivir a la tierra israelita de Moab. Conversión de Rut	130
Capítulo II	Rut va a espigar en la heredad de Booz	131
Capítulo III	Booz se casa con Rut	131

Libro IV Los Jueces Sangar, Débora, Gedeón y Tola

Capítulo I	Sangar, tercer Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Muerte de Sangar	132
Capítulo II	Débora, cuarta Profetisa, Jueza y Caudilla del Pueblo de Israel. Barac, Caudillo militar del Pueblo de Israel. Muerte de Débora	132
Capítulo III	Nueva prevaricación de los hijos del Pueblo de Israel	133
Capítulo IV	Gedeón, quinto Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel	133
Capítulo V	Victoria de Gedeón sobre los madianitas. Muerte de Gedeón	134
Capítulo VI	Tola, sexto Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel	135
Capítulo VII	El Caudillo Tola se alza en armas contra el usurpador Abimelec. Muerte de Tola	135

Libro V Los Jueces Jaír, Jefté, Abesán, Elón, Abdón y Sansón

Capítulo I	Jaír, séptimo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Muerte de Jaír	135
Capítulo II	Jefté, octavo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Sacrificio de Seila. Muerte de Jefté	136
Capítulo III	Abesán, Elón y Abdón: noveno, décimo y undécimo Profetas, Jueces y Caudillos del Pueblo de Israel. El Pueblo de Israel goza de gran paz durante el período en que gobiernan estos tres Jueces. Muerte de los tres Jueces	137
Capítulo IV	Sansón, duodécimo Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel. Muerte de Sansón ..	138
Capítulo V	El inexistente episodio de los benjaminitas que abusaron de la mujer de un levita	140

Libro VI El Juez Samuel

Capítulo I	La familia de Samuel. Presantificación y nacimiento de Samuel. Samuel, entregado al servicio del Templo	141
Capítulo II	Impía conducta de los hijos de Helí	142
Capítulo III	Piedad de Samuel y mayor fecundidad de Ana. Primera visión de Samuel	142
Capítulo IV	Derrota de Israel. Muerte de Helí y sus dos hijos. El Arca de la Alianza cae en manos de los filisteos. Destrucción del Templo de Silo	143

Capítulo V	Cautiverio del Arca de la Alianza. Devolución del Arca al Pueblo de Dios	143
Capítulo VI	Samuel, decimotercer Profeta, Juez y Caudillo del Pueblo de Israel	144
Capítulo VII	Samuel acaba con el dominio filisteo en el Pueblo de Israel. La península del Sinaí es conquistada totalmente. Nuevo censo del Pueblo de Israel	144
Capítulo VIII	Los israelitas piden un rey	145
Capítulo IX	Saúl es ungido rey por Samuel	146

Séptima Parte El Libro de los Reyes y sus Crónicas

Libro I Saúl, primer rey del Pueblo de Israel

Capítulo I	Los primeros años del reinado de Saúl ...	147
Capítulo II	El rey Saúl es infiel a Dios. Elección de David como futuro rey de Israel. Muerte de Samuel	148
Capítulo III	Nuevas batallas de Israel. David, en la corte del rey Saúl. Jonatán y David se ven por primera vez. Victoria de David contra el gigante Goliat	149
Capítulo IV	David en el ejército de Saúl. Matrimonio de David con Micol. Saúl tiende insidias para matar a David, y éste huye. Saúl manda matar al Sumo Sacerdote Aquimelec y a siete de sus hijos sacerdotes	152
Capítulo V	David se casa con la joven Aquinoán. David vence a los filisteos en Ceila. El Sumo Sacerdote Abiatar se entrevista con David. Saúl persigue a David, y éste le perdona la vida. Aquinoán revela a su hijo Jonatán tres adulterios de Saúl	154
Capítulo VI	Matrimonio de David con Abigail. Victoria de David contra el ejército de Aquís, rey filisteo. David, nuevamente perseguido por Saúl, le perdona otra vez la vida	156
Capítulo VII	Victoria de David contra los amalecitas	157
Capítulo VIII	Aparición del Profeta Samuel a Saúl. Guerra de Saúl contra los filisteos. Muerte de Saúl y Jonatán	158
Capítulo IX	Conmoción de David por la muerte de Saúl y Jonatán	159

Libro II David, segundo rey del Pueblo de Israel

Capítulo I	David es consagrado en Hebrón rey de Israel. Sedición de los saulitas. Muerte de Abner y del inocente Isboset	159
Capítulo II	David conquista Jerusalén y entra en ella triunfalmente. El Arca de la Alianza es llevada desde Hebrón a Jerusalén	160

Capítulo III	Jerusalén, capital de Israel y Ciudad Santa. David engrandece Jerusalén	162
Capítulo IV	Grandeza, paz y prosperidad del Pueblo de Israel. Gloriosas victorias del rey David sobre sus enemigos	162
Capítulo V	David adopta como hijo a Mifiboset, hijo de Jonatán	163
Capítulo VI	Adulterio y crimen de David	163
Capítulo VII	David, arrepentido de sus pecados, es perdonado por Dios	164
Capítulo VIII	Victoria sobre los amonitas y toma de Rabá	165
Capítulo IX	Nuevas victorias de David sobre sus enemigos	165
Capítulo X	Esposas e hijos de David	165
Capítulo XI	David manifiesta su deseo de construir un Templo a Dios. Dios promete a David que de su descendencia nacería Nuestro Señor Jesucristo, Rey de reyes	166
Capítulo XII	Incesto de Amnón. Fratricidio de Absalón	166
Capítulo XIII	Sedición, rebelión y muerte de Absalón	167
Capítulo XIV	Anuncian a David la derrota y muerte trágica de Absalón. David llora amargamente por su hijo. Rebelión de Seba. Guerra contra los filisteos. Matrimonio de Salomón y nacimiento de su primogénito	169
Capítulo XV	Las cuatro últimas guerras de David ..	170
Capítulo XVI	Adonías, cuarto hijo de David, pretende el Reino de Israel. Salomón es ungido y proclamado príncipe heredero. David perdona a Adonías. Muerte del rey David, el León de Judá	171

Libro III

Salomón, tercer rey del Pueblo de Israel

Capítulo I	Salomón queda constituido rey del Pueblo de Israel	173
Capítulo II	Sabiduría y grandeza de Salomón	173
Capítulo III	Preparativos para la construcción del Templo de Dios en Jerusalén	174
Capítulo IV	Construcción del Templo de Jerusalén	175
Capítulo V	Solemne inauguración del Templo de Dios en Jerusalén	176
Capítulo VI	Salomón manda construir sinagogas en todo Israel	177
Capítulo VII	Construcción del palacio de Salomón. Hijos de Salomón con la reina Sión. Fortificación de las ciudades	177
Capítulo VIII	El rey Salomón se previene de Semeí, antiguo partidario del saulismo	178
Capítulo IX	Viaje del rey Salomón a Egipto. Abominable compromiso matrimonial de Salomón con una mujer pagana, hija del Faraón	178
Capítulo X	El Sumo Sacerdote Abiatar, el generalísimo Joab y el magnate Semeí, se oponen al abominable casamiento del rey con la hija del Faraón. Venganza de Salomón contra los tres	179

Capítulo XI	Dios, a través del Profeta Gad, vaticina a Salomón la muerte de diez de sus hijos si se casa con Artemisa. Abominable matrimonio de Salomón con la hija del Faraón. Salomón cae en la idolatría	180
Capítulo XII	La reina de Sabá visita a Salomón	180
Capítulo XIII	Matrimonios y numerosos amancebamientos de Salomón con mujeres paganas. Salomón levanta múltiples altares a los ídolos. Desenfrenada lujuria de Salomón	181
Capítulo XIV	Salomón tuvo innumerables hijos con sus múltiples mujeres. Sacrificios humanos a los ídolos, ofrecidos por Artemisa y Salomón	181
Capítulo XV	Atenuantes de los pecados de Salomón	182
Capítulo XVI	La verdadera paz y la falsa paz en el reinado de Salomón. Salomón agobia a su pueblo con impuestos desmesurados	182
Capítulo XVII	Dios amenaza a Salomón y le anuncia el cisma de Israel	183
Capítulo XVIII	Estratagema de Salomón para intentar dar muerte a Jeroboán. Jeroboán huye a Egipto, por orden de Dios	184
Capítulo XIX	Muchos territorios del Pueblo de Israel alcanzan la autonomía quedando como reinos tributarios de Salomón	184
Capítulo XX	Últimos días de Salomón. Muerte de la reina Sión y muerte del rey Salomón	184

Libro IV

División del Reino de Israel en dos reinos:

El de Judá y el de Samaria

Capítulo I	Consideraciones generales acerca de la división del Pueblo de Israel en dos reinos: el de Judá y el de Samaria	185
Capítulo II	Roboán es proclamado en Jerusalén rey del Pueblo de Israel	186
Capítulo III	Sublevación en Siquén, contra Roboán, de muchos del Pueblo de Israel. Jeroboán es proclamado rey de Samaria, quedando Roboán como rey de Judá	186
Capítulo IV	Jeroboán, rey de Samaria, es fiel a Dios durante los tres primeros años de su reinado. Roboán, rey de Judá prohíbe que los del Reino de Samaria entren en el Templo de Jerusalén. Jeroboán, rey de Samaria, prohíbe que sus súbditos vayan al Templo de Jerusalén	187
Capítulo V	El Profeta Gad de Judá, de parte de Dios, va a Samaria, a reprender a Jeroboán por sus idolatrías. Dios castiga al mentiroso Profeta Ajías	187
Capítulo VI	Dios establece el culto verdadero en el Reino de Samaria para cuando a los súbditos de este Reino les fuera impedido ir al Templo de Jerusalén	188
Capítulo VII	El Profeta Ahías vaticina el exterminio del hijo de Jeroboán y de toda su familia. Martirio del Profeta Ahías	189

Capítulo VIII	Roboán, rey de Judá, consuma su maldad entregándose a la idolatría. Invasión del Reino de Judá por el rey Sesac de Egipto. Muerte de Roboán	189	Capítulo XXVIII	Jeroboán II, duodécimo rey de Samaria. Muerte de la virtuosa reina Séforis. Muerte de Jeroboán II	209
Capítulo IX	Abía, segundo rey de Judá	190	Capítulo XXIX	Ozías, noveno rey de Judá. Muerte de Ozías	209
Capítulo X	Asa, tercer rey de Judá. Demolición de los altares idolátricos y promulgación de edictos de acuerdo a la Ley de Dios. Victoria de Asa contra el rey Zara de Etiopía	191	Capítulo XXX	Zacarías, decimotercer rey de Samaria. Martirio del Profeta Eliecer. Muerte de Zacarías ...	210
Capítulo XI	Muerte de Jeroboán, primer rey de Samaria. Nadab, segundo rey de Samaria	191	Capítulo XXXI	Sellún, decimocuarto rey de Samaria. Muerte de Sellún	210
Capítulo XII	Baasa, tercer rey de Samaria. Martirio del Profeta Jehú de Samaria. Muerte de Baasa	192	Capítulo XXXII	Menahén, decimoquinto rey de Samaria. Muerte de Menahén	210
Capítulo XIII	Ela, cuarto rey de Samaria. El antirrey Zambrí. Anrí, quinto rey de Samaria	192	Capítulo XXXIII	Joatán, décimo rey de Judá. Muerte de la virtuosa reina Jerusalén. Muerte de la virtuosa reina Cordera. Muerte de Joatán	211
Capítulo XIV	Muerte de Asa, tercer rey de Judá. Josafat, cuarto rey de Judá. Año Santo de Jerusalén. Muerte de la virtuosa reina Nazaret	193	Capítulo XXXIV	Faceía, decimosexto rey de Samaria. Muerte de Faceía	211
Capítulo XV	Muerte de Anrí, quinto rey de Samaria. Acab, sexto rey de Samaria	195	Capítulo XXXV	Faceas, decimoséptimo rey de Samaria. Martirio de Faceas. Muerte de la virtuosa reina Betel	211
Capítulo XVI	Nabot rehúsa vender su finca al rey Acab. Acab hace matar a Nabot y usurpa su finca. Predicción de Elías contra la casa de Acab, si no se convierte. El Profeta Elías es arrebatado al Planeta de María	198	Capítulo XXXVI	Acáz, undécimo rey de Judá. Oseas, decimoctavo y último rey de Samaria. Coalición del rey Oseas y de Rasín rey de Siria contra el rey Acáz de Judá. El príncipe heredero Ezequías, hijo de Acáz, impide la toma de Jerusalén. Martirio del Profeta Jacarías	212
Capítulo XVII	Victorias de Acab sobre Benadab II, rey de Siria. Acab desobedece a Dios	198	Capítulo XXXVII	Rasín, rey de Siria, se apodera de territorios del Reino de Judá en Idumea. Invasión del Reino de Judá por los idumeos y filisteos. Acáz se coaliga con Teglafalasar, rey de los ninivitas. Dios castiga a Acáz por medio de Teglafalasar. Muerte de Acáz	213
Capítulo XVIII	Acab, incitado por Jezabel, se entrega de nuevo a todo tipo de abominaciones. Nueva guerra contra los sirios. Muerte del rey Acab	199	Capítulo XXXVIII	Martirio del Profeta Oded. Invasión del Reino de Samaria por el rey Teglafalasar. Primera deportación de samaritanos a Nínive	214
Capítulo XIX	Ocozías, séptimo rey de Samaria. Muerte de Ocozías	200	Capítulo XXXIX	Ezequías, duodécimo rey de Judá. Año Santo de Jerusalén	215
Capítulo XX	Muerte de la virtuosa reina Belén. Muerte de Josafat, cuarto rey de Judá. Jorán, quinto rey de Judá. Martirio del Profeta Jazahiel. Muerte de Jorán, rey de Judá	201	Capítulo XL	Teglafalasar, rey de Nínive, invade de nuevo el Reino de Samaria. Segunda deportación de samaritanos a Nínive. Salmanasar, rey de Nínive, invade el Reino de Samaria. Tercera y última deportación de samaritanos a Nínive. Muerte de Oseas. Fin del Reino de Samaria	216
Capítulo XXI	Jorán, octavo rey de Samaria. Martirio del Profeta Ananí. Ocozías, sexto rey de Judá. Martirio del Profeta Jehú de Judá. El general Jehú es ungido rey de Samaria. Muerte de Jorán, Ocozías y Jezabel, a manos de Jehú	202	Capítulo XLI	Gravísimo pecado de Ezequías, rey de Judá. Dios castiga el pecado de Ezequías con una enfermedad de muerte. Arrepentimiento del rey y recuperación milagrosa de la salud. Sueño profético de Ezequías	216
Capítulo XXII	Jehú, noveno rey de Samaria	203	Capítulo XLII	El rey Ezequías reconquista Idumea y la península del Sinaí. Asedio de Jerusalén por el rey Senaquerib de Nínive. Intervención del Ángel del Señor. El rey Ezequías reconquista otros territorios de Judá, el territorio del antiguo Reino de Samaria y otros territorios. Muerte de la virtuosa reina Jericó. Muerte de Ezequías	217
Capítulo XXIII	Atalía, reina ilegítima de Judá. Joás, proclamado príncipe heredero de Judá. Muerte de Atalía	204			
Capítulo XXIV	El Sumo Sacerdote Joyada, regente del Reino de Judá	205			
Capítulo XXV	Joás, séptimo rey de Judá. Martirio del Sumo Sacerdote Zacarías. Muerte de Joás	206			
Capítulo XXVI	Muerte de la virtuosa reina Betulia. Muerte de Jehú, noveno rey de Samaria. Joacaz, décimo rey de Samaria. Muerte de la virtuosa reina Aquinoán. Muerte de Joacaz	207			
Capítulo XXVII	Amasías, octavo rey de Judá. Joás, undécimo rey de Samaria. Pretendida reconquista de Idumea por Amasías. Guerra entre Amasías de Judá y Joás de Samaria. Muerte de Joás. Muerte de Amasías	207			

Libro V

El Libro de Tobías

Capítulo I	Tobías, varón de Betulia, siervo fiel de Dios	218
------------	---	-----

Capítulo II	Deportación de Tobías y de su esposa Ana, al territorio ninivita. Tobías es honrado por sus virtudes en la corte del rey de Nínive	218
Capítulo III	Tobías es perseguido por sus virtudes heroicas. Nacimiento de su hijo Tobías	219
Capítulo IV	Tobías padre queda privado de la vista. Noche oscura de Tobías	219
Capítulo V	Tobías el Ciego manda a su hijo Tobías a la ciudad de Ragés	220
Capítulo VI	El Arcángel San Rafael acompaña a Tobías el Joven en su largo viaje	220
Capítulo VII	Sara, hija de Raguel, es acechada por el demonio Asmodeo a través de siete maridos. Dios mata a los siete maridos lujuriosos de Sara	221
Capítulo VIII	Matrimonio del joven Tobías y la joven Sara	221
Capítulo IX	Tobías y Sara oran durante tres días antes de consumar el matrimonio. Dios protege a Tobías y Sara de las acechanzas del demonio Asmodeo	222
Capítulo X	Preocupación de Tobías el Ciego y de su esposa Ana, por su hijo. El joven Tobías marcha con Sara a la ciudad de Nínive	223
Capítulo XI	Feliz encuentro del joven Tobías con sus ancianos padres. Tobías el Ciego recobra la vista. Júbilo de toda la familia	223
Capítulo XII	El celestial personaje Azarías, revela que es el Arcángel San Rafael. Cántico de alabanza del anciano Tobías	224
Capítulo XIII	Últimos días del anciano Tobías. Consejos a su hijo Tobías. Muerte del anciano Tobías y de su esposa Ana	225
Capítulo XIV	Tobías hijo deja la ciudad de Nínive y va a vivir con sus suegros en Ecbátana. Destrucción de la ciudad de Nínive. Muerte de Raguel y Ana ..	225
Libro VI		
Los Reinos de Judá y Samaria unidos o Reino de Israel reunificado		
Capítulo I	Manasés, hijo de Ezequías y Jericó, segundo rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Martirio del Profeta Isaías	226
Capítulo II	El Arca de la Alianza es llevada de Jerusalén a la ciudad de Betulia o Megido. El Sumo Sacerdote Joaquín, gobernador de la ciudad santa de Betulia o Megido	226
Capítulo III	Pérdida de muchos de los territorios del Reino de Judá y Samaria unidos o Reino de Israel reunificado. El rey Nabucodonosor sitia Jerusalén, la saquea y se lleva a Manasés prisionero	227
Capítulo IV	Amón, tercer rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. El exmonarca Manasés, liberado de su cautiverio, pretende el trono de Israel. El rey de Egipto pone a Joaquín como rey de Israel. Amón asesina a su padre Manasés y a Joaquín, y luego se suicida. El Sumo Sacerdote Joaquín presenta al niño Josías como príncipe heredero del trono de Israel	227
Capítulo V	Nabucodonosor I, rey del imperio babilónico, se apodera del imperio ninivita. Grandes campañas de Holofernes, general de Nabucodonosor I	227
Capítulo VI	Asedio de la ciudad de Betulia por el generalísimo Holofernes	228
Capítulo VII	El Santísimo Melquisedec reconquista todo el territorio perdido por el Pueblo de Israel ...	229
Capítulo VIII	En la ciudad cercada de Betulia cunden la aflicción y el abatimiento. La heroína Judit corta la cabeza del generalísimo Holofernes, derrota a su ejército y libera a Betulia del cerco enemigo	230
Capítulo IX	El Santísimo Melquisedec unge a la Profetisa, Religiosa y Heroína Judit, Caudilla del Pueblo de Israel	232
Capítulo X	Judit, Caudilla del Pueblo de Israel. Muerte de Judit	233
Capítulo XI	Los israelitas deportados al imperio ninivita retornan al territorio del Reino de Israel reunificado. Muerte de Tobías el Joven	234
Capítulo XII	Josías, cuarto rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. El rey Josías conquista el extenso Reino de Cilicia. Muerte de la virtuosa reina Hebronia. Muerte de Josías	234
Capítulo XIII	Joacaz, quinto rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Muerte de Joacaz	235
Capítulo XIV	Joaquín, sexto rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Invasión del reino de Israel por el rey Nabucodonosor II. Primera deportación de israelitas a Babilonia. Muerte de Joaquín	235
Capítulo XV	Jeconías, séptimo rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Segunda invasión del Reino de Israel por el rey Nabucodonosor II. Segunda deportación de israelitas a Babilonia. Muerte de Jeconías	235
Capítulo XVI	Sedecías, octavo y último rey de Judá y Samaria unidas o Reino de Israel reunificado. Los profetas Jeremías, Ezequiel y Oseas, entre otros, vaticinan la inmediata destrucción de Jerusalén y su Templo	236
Capítulo XVII	La Triple Bendición, el Arca de la Alianza y el Fuego Sagrado son sacados del Templo de Dios antes del cerco de Jerusalén	236
Capítulo XVIII	Nabucodonosor III cerca la ciudad de Jerusalén. Tercera y última deportación de israelitas a Babilonia. El rey Sedecías es llevado cautivo a Babilonia. Destrucción de Jerusalén y del Templo de Dios. El Profeta Jeremías se lamenta ante las ruinas de la ciudad de Jerusalén y de su Templo	237
Capítulo XIX	Nabucodonosor III nombra a Godolías, de la tribu de Efraín, virrey del territorio de Israel. Los virreyes Godiel y Goniel	237
Capítulo XX	Los virreyes Godolías, Godiel y Goniel presidieron las más importantes ceremonias de los cultos en el Tabernáculo portátil en Mafa. Períodos en que el Tabernáculo portátil estuvo instalado en Mafa	238